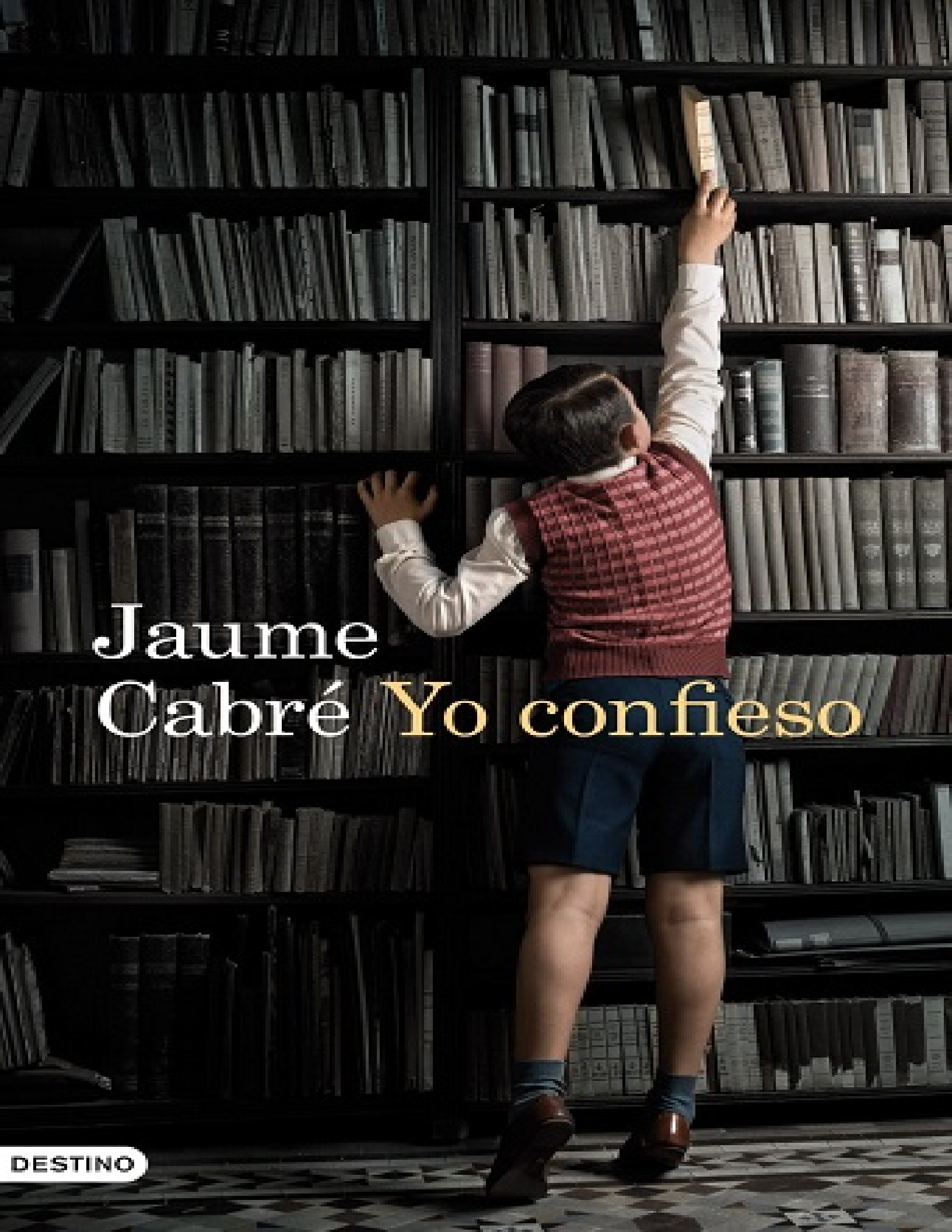
Jaume
Cabré
Yo confieso
DESTINO

Índice

Portada
Dedicatoria
I. A capite...
Capítulo 1
Capítulo 2
II. De pueritia
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
III. Et in Arcadia ego
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
IV. Palimpsestus
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
V. Vita condita
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
VI. Stabat Mater
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
VII … usque ad calcem
Capítulo 58
Capítulo 59
Agradecimientos
Dramatis personae
Notas
Créditos

A Margarida

I

A capite…

Yo será nada.

CARLES CAMPS MUNDÓ

1

Hasta anoche, andando por las calles mojadas de Vallcarca, no supe que nacer en semejante familia había sido un error imperdonable. De pronto entendí que siempre había estado solo, que nunca había podido contar con mis padres ni con un Dios al que encargar la búsqueda de soluciones, aunque, a medida que crecía, fuera adoptando la costumbre de delegar el peso del pensamiento y la responsabilidad de mis actos en creencias imprecisas y en lecturas muy diversas. Ayer, martes, por la noche, al volver de casa de Dalmau en pleno aguacero, llegué a la conclusión de que esa carga me corresponde sólo a mí. Y de que mis aciertos y errores son responsabilidad mía y sólo mía. He necesitado sesenta años para verlo. Espero que me entiendas y comprendas lo desamparado y solo que me encuentro y lo muchísimo que te echo de menos. A pesar de la distancia que nos separa, sigo tu ejemplo. A pesar del pánico, ahora ya no acepto tablas de salvación para no hundirme. A pesar de algunas insinuaciones, me mantengo sin creencias, sin sacerdotes, sin códigos consensuados que me allanen el camino hacia no se sabe dónde. Me encuentro viejo y la dama de la guadaña me invita a seguirla. Veo que ha movido el alfil negro y, con un gesto cortés, me anima a seguir la partida. Sabe que estoy muy escaso de peones. De todas maneras, todavía no es mañana y miro a ver qué pieza puedo mover. Estoy solo ante el papel, la última oportunidad que tengo.

No te fíes un pelo de mí. Sé que este género del recuerdo escrito para un solo lector se presta a la mentira y que procuraré caer siempre de pie como los gatos; pero voy a hacer un esfuerzo por no inventar gran cosa. Todo fue tal cual y peor. Tendría que habértelo contado hace tiempo, me hago cargo, pero es difícil y en estos momentos no sé por dónde empezar.

Todo empezó, en el fondo, hace más de quinientos años, cuando un hombre atormentado decidió solicitar el ingreso en el monasterio de Sant Pere del Burgal. Si no lo hubiera hecho o si el padre prior, dom Josep de Sant Bartomeu, se hubiese mantenido firme en la negativa, ahora no te estaría contando todo lo que te quiero contar. Sin embargo no puedo retroceder tan allá. Voy a empezar desde más acá. Desde mucho más acá.

—Tu padre… A ver, hijo mío… A tu padre…

No, no; tampoco quiero empezar ahí, no, mejor a partir del despacho en el que estoy escribiendo, enfrente de tu impresionante autorretrato. El despacho es mi mundo, mi vida, el universo mío en el que cabe casi todo, excepto el amor. Cuando rondaba por casa en pantalones cortos y con las manos llenas de sabañones del frío de los otoños y los inviernos, tenía prohibido entrar en el despacho, salvo en determinadas ocasiones. Por lo demás, me colaba clandestinamente. Lo conocía palmo a palmo y, detrás del sofá, tuve muchos años un fortín secreto, aunque debía desmantelarlo después de cada incursión, para que Lola Xica no lo descubriera al hacer la limpieza. Pero siempre que entraba legalmente debía comportarme como si estuviera de visita y poner las manos a la espalda, mientras mi padre me enseñaba el último manuscrito que he encontrado en una tienda cochambrosa de Berlín, fíjate, pero sin tocar, no me obligues a regañarte. Adrià acercó la cara al manuscrito con mucha curiosidad.

—Está en alemán, ¿no? —Y fue a tocarlo como quien no quiere la cosa.

—¡Chist! ¡Donde pones el ojo pones la mano! —Le dio un golpecito en los dedos—. ¿Qué decías?

—Que es alemán, ¿no? —Se frotó la mano dolorida.

—Sí.

—Quiero aprender alemán.

Fèlix Ardèvol miró a su hijo con orgullo y le dijo vas a empezar a aprenderlo enseguida, hijo mío.

El caso es que no era un manuscrito, sino un paquete de folios parduscos: en la primera hoja, con una letra muy historiada, ponía *Der begrabene Leuchter. Eine Legende*.

—¿Quién es Stefan Zweig?

Lupa en mano, distraído con una corrección al margen que había en el primer párrafo, en lugar de decirme un escritor, hijo mío, sólo me contestó pues verás, era uno que se suicidó en el Brasil hace diez o doce años. Lo único que he sabido de él durante mucho tiempo es que era un hombre que se había suicidado en el Brasil hacía diez o doce años, o trece, catorce o quince, hasta que pude leer el manuscrito y me enteré de algo más.

Y se acabó la visita y Adrià salió del despacho con la recomendación de no hacer ruido: en casa nunca se podía correr, ni gritar ni chascar la lengua, porque mi padre siempre estaba estudiando un manuscrito con la lupa, repasando el inventario de mapas medievales o pensando dónde podría dar con nuevas adquisiciones de cualquier objeto que le hiciera temblar las manos. El único ruido que me consentían era estudiar violín en mi habitación. Pero tampoco podía pasarme el día practicando los arpegios del XXIII de *O livro dos exercícios da velocidade*, que por su culpa cogí tanta manía a la Trullols, pero no al violín. No, no tenía manía a la Trullols, pero era un plomazo, sobre todo por lo mucho que insistía con el ejercicio XXIII.

—No, si sólo lo digo por variar un poco.

—Aquí —y golpeaba la partitura con el talón del arco—, en esta sola página, están resumidas todas las dificultades. Es un ejercicio simplemente genial.

—Pero es que…

—Para el viernes quiero el XXIII perfecto, incluso el compás 27.

¡Qué plomazo se ponía a veces la Trullols!, pero en general era una mujer pasable. Y a veces, más que pasable.

Bernat opinaba lo mismo. Todavía no lo conocía en los tiempos de *O livro dos exercícios da velocidade*. Pero opinábamos lo mismo de la Trullols. Debió de ser muy buena maestra, aunque no ha pasado a la historia, que yo sepa. Me parece que tengo que centrarme porque lo estoy desordenando todo. Sí, algunas cosas seguro que las sabes, sobre todo cuando hable de ti, pero hay repliegues del alma que sospecho que ignoras, porque es imposible conocer completamente a una persona, por mucho que.

Aunque la tienda era más espectacular, no me gustaba tanto como el despacho de casa. Quizá porque las poquísimas veces que iba tenía la sensación de que no me quitaban la vista de encima ni un momento. Lo mejor de la tienda era que podía ver a Cecília, que era guapísima; es que estaba perdidamente enamorado de ella. Era una señora de pelo rubio galáctico que iba siempre muy bien peinada y tenía los labios gruesos, de un color rojo furioso. Y siempre estaba atareada con sus catálogos y listas de precios, y escribiendo etiquetas y atendiendo a los pocos clientes que entraban con una sonrisa llena de dientes perfectos.

—¿Tienen instrumentos musicales?

El hombre ni se quitó el sombrero. Plantado delante de Cecília, echó una ojeada alrededor: lámparas, candelabros, sillas de madera de cerezo con un trabajo finísimo de marquetería, mecedoras de principios del diecinueve, jarrones de todas las medidas y épocas… A mí, ni me vio.

—Hay poca cosa, pero si tiene la bondad de acompañarme…

La «poca cosa» de instrumentos que había en la tienda consistía en un par de violines y una viola que no sonaban muy bien, pero conservaban milagrosamente incólumes las cuerdas de tripa. Y también una tuba abollada, dos fiscornos magníficos y una trompeta, la que tocaba desesperadamente el alguacil del valle para dar aviso de incendio a la gente de los valles colindantes; había fuego en el bosque de Paneveggio y los de Pardàc pedían ayuda a Siròr, a San Martino y hasta a Welschnofen, que también habían sufrido uno hacía poco, y a Moena y a Soraga, donde seguramente llegaba ya el olor alarmante del desastre del año del Señor de 1690, cuando la Tierra era redonda para casi todo el mundo y, si las enfermedades desconocidas, los salvajes sin Dios y las fieras del mar y de las tierras, el hielo y la tempestad y las lluvias excesivas no lo impedían, los barcos que se perdían por occidente volvían por oriente con los marineros más delgados, demacrados, perdida la mirada y plagadas de pesadillas sus noches. El verano del año del Señor de 1690, todos los habitantes de Pardàc, Moena, Siròr, San Martino…, todos menos los postrados, salieron a mirar con ojos empañados el desastre que les destrozaba la vida, a unos más que a otros. El pavoroso incendio que tuvieron que presenciar con impotencia calcinó madera buena por carretadas. Cuando el infierno se

extinguió con la ayuda de unas lluvias providenciales, Jachiam, el cuarto hijo de Mureda de Pardàc, el más despierto, recorrió minuciosamente todo el bosque devastado en busca de rincones que se hubieran salvado de las llamas y de troncos aprovechables. En medio de la cuesta que descendía hacia el barranco del Oso, se acuclilló a hacer de vientre al pie de un abeto joven transformado en carbón. Pero lo que vio le cortó las ganas de aliviarse: unas teas resinosas envueltas en un trapo que olía a alcanfor o a otra sustancia rara. Con mucho cuidado, desenvolvió los harapos que no había quemado del todo el infernal incendio, devastador de su futuro. El descubrimiento lo mareó: el trapo que envolvía las teas, de color verde sucio, con remates de cordón amarillo más sucios todavía, era un retal del jubón que solía llevar Bulchanij Brocia, el gordo de Moena. Cuando dio con dos hatillos más de ropa completamente quemados, al contrario que el primero, entendió que el monstruo de Bulchanij había cumplido la amenaza de arruinar a la familia de los Mureda y, con ella, a todo el pueblo de Pardàc.

—Bulchanij.

—No hablo con perros.

—Bulchanij.

El tétrico tono de voz lo obligó a volverse con desgana. Bulchanij de Moena era barrigudo y, si hubiese vivido más años y hubiera alimentado la panza lo suficiente, le habría venido pintiparada a modo de reposabrazos.

—¿Qué cojones quieres?

—¿Dónde has dejado el jubón?

—¿Y a ti qué cojones te importa?

—Es que no lo llevas puesto. Enséñamelo.

—Vete a cagar. ¿Te crees que porque habéis tenido mala pata, ahora tenemos que obedeceros los de Moena, eh? —Le señaló los ojos con odio —. No voy a enseñártelo. Y largo de ahí, que me tapas el sol de los cojones.

Con furia fría, Jachiam, el cuarto de los Mureda, desenvainó el cuchillo de escarzar que siempre llevaba en el cinto y se lo clavó en la barriga a Bulchanij Brocia, el gordo de Moena, como si descortezase un tronco de arce. Bulchanij abrió la boca, con los ojos como platos de perplejidad, no tanto por el dolor como porque osara tocarlo un mequetrefe

de Pardàc. Cuando Jachiam Mureda retiró el cuchillo, con un gorgoteo asqueroso y teñido de sangre, Bulchanij se derrumbó en la silla como si se deshinchara por la herida.

Jachiam miró a ambos lados del camino desierto. Ingenuamente, echó a correr en dirección a Pardàc. Al rebasar la última casa de Moena se dio cuenta de que la jorobada del molino, cargada de ropa mojada, lo miraba boquiabierta; tal vez lo hubiera visto todo. En lugar de borrarle la mirada, se limitó a acelerar la marcha. Aunque era el mejor cantador de madera, el que siempre sabía elegir la más sonora, y aunque todavía no había cumplido veinte años, se le acababa de truncar la vida.

La familia reaccionó bien y, sin pérdida de tiempo, mandaron emisarios a San Martino y a Siròr con pruebas fehacientes de que Bulchanij era un incendiario que les había quemado el bosque por rencor, pero los de Moena decidieron que no hacía falta entenderse con la justicia y, sin mediación de ninguna especie, se dispusieron a dar caza al malvado Jachiam Mureda.

—Hijo —lo interpeló Mureda, el viejo, con la mirada aún más triste que de costumbre—, tienes que huir —y le puso en un bolso la mitad del oro que había ahorrado en treinta años de trabajo en la madera de Paneveggio. Ningún hermano se opuso a la decisión y, un tanto ceremoniosamente, el viejo añadió aunque seas el mejor rastreador de árboles y el mejor cantador de madera, Jachiam, hijo mío de mi alma, el cuarto de los hijos de esta desdichada casa, tu vida vale más que el mejor tronco de arce que podamos vender jamás. Y así te ahorrarás la ruina que se nos viene encima porque Bulchanij de Moena nos ha dejado sin árboles.

—Padre, yo…

—Anda, márchate, rápido, tira por Welschnofen, porque seguro que te buscan en Siròr. Correremos la voz de que te has escondido en Siròr o en Tonadich. No puedes quedarte en los valles, es muy peligroso. Tienes que irte lejos, muy lejos, lejísimos de Pardàc. Márchate, hijo, y que Dios te guarde.

—Pero, padre, no quiero irme de aquí, quiero trabajar en el bosque.

—Nos lo han quemado. ¿Con qué vas a trabajar, criatura?

—No sé, pero si me voy de aquí, ¡me muero!

—Te mato yo si no te marchas esta misma noche. ¿Me oyes?

—Padre…

—A mi hijo no lo toca nadie de Moena.

Y Jachiam de los Mureda de Pardàc dijo adiós a su padre y besó a todos sus hermanos de uno en uno: Agno, Jenn, Max y sus mujeres. Hermes, Josef, Theodor y Micurà. Ilse, Erica y sus maridos; y después, Katharina, Matilde, Gretchen y Bettina. Se habían congregado todos para despedirlo en silencio y, cuando ya estaba en la puerta, la pequeña Bettina lo llamó Jachiam y se volvió y vio a la niña con la mano tendida y, en la mano, una medalla de Santa Maria dai Ciüf de Pardàc, la que le había confiado su madre antes de morir. Sin decir una palabra, Jachiam miró a sus hermanos, después fijamente al padre; éste hizo un gesto silencioso con la cabeza y el muchacho se acercó a la pequeña Bettina, cogió la medalla y dijo Bettina, mi chiquitina, esta joya estará conmigo hasta que me muera; y no sabía hasta qué punto decía la verdad. Y Bettina le tocó la cara con las dos manos, sin llorar. Jachiam salió de casa con los ojos empañados, murmuró una breve oración ante la tumba de su madre y desapareció en la noche, camino de la nieve eterna, para cambiar de vida, de historia y de recuerdos.

—¿No hay nada más?

—Este establecimiento es una casa de antigüedades —respondió Cecília con una actitud severa muy suya que avergonzaba a los hombres. Y, con un matiz de ironía—: ¿Por qué no va usted a un taller de instrumentos?

Me gustaba ver a Cecília enfadada. Se ponía aún más guapa, incluso más que mi madre. Que mi madre en aquella época.

Desde mi sitio veía el despacho del señor Berenguer. Me quedé escuchando mientras Cecília acompañaba a la puerta al defraudado cliente, que todavía llevaba el sombrero puesto, y cuando sonó la campanilla y la oí decir adiós, que usted siga bien, el señor Berenguer levantó la cabeza y me guiñó un ojo.

—Adrià.

—Mande.

—¿Cuándo vienen a buscarte? —preguntó, alzando la voz.

Me encogí de hombros. Nunca sabía con certeza cuándo estaría en un sitio o en otro. Mis padres no querían dejarme solo en casa y me llevaban a la tienda cuando se ausentaban los dos. A mí me parecía estupendo, porque me divertía mirando objetos inverosímiles que ya habían vivido alguna vez y ahora reposaban pacientemente en espera de una segunda, tercera o cuarta oportunidad. Me imaginaba la vida que habrían tenido en diferentes casas y me lo pasaba la mar de bien.

Al final siempre venía a buscarme Lola Xica, con prisas, porque tenía que hacer la cena y no había ni pensado en ella. Por eso me encogí de hombros cuando el señor Berenguer me preguntó cuándo vienen a buscarte.

—Ven aquí —me dijo, al tiempo que cogía un papel en blanco—. Siéntate a la mesa tudor a dibujar un poco.

Nunca me ha gustado el dibujo porque se me da fatal; no sé dibujar absolutamente nada, por eso admiro tanto tu destreza, porque me parece un milagro. El señor Berenguer me decía que dibujase porque le daba reparo que estuviera allí sin hacer nada, aunque no era verdad, porque me pasaba el rato pensando. Pero al señor Berenguer no se le podía llevar la contraria. El caso es que me sentaba a la mesa tudor y me ponía a hacer lo que fuera con tal de que se callara. Saqué a Águila Negra del bolsillo e intenté dibujarlo. Pobre Águila Negra, si llega a verse en el papel… Por cierto, todavía no le había dado tiempo a conocer al sheriff Carson, porque acababa de adquirirlo esa misma mañana; se lo había cambiado a Ramon Coll por la armónica Weiss. Si se entera mi padre, me mata.

El señor Berenguer era todo un personaje; su sonrisa me daba un poco de miedo y trataba a Cecília como si fuera una criada inútil, cosa que nunca le perdoné; en cambio, era la persona que más sabía de mi padre, mi gran misterio.

2

El *Santa Maria* llegó a Ostia la brumosa madrugada del segundo jueves de septiembre. La travesía desde Barcelona había sido peor que cualquiera de los viajes de Eneas en busca de su destino y de la gloria eterna. Neptuno no le fue nada propicio y, a bordo del *Santa Maria*, además de echar de comer a los peces, le cambió el color de la piel; la tenía tostada y saludable, como correspondía a un aldeano de la Plana, y se había quedado pálido como una aparición mística.

Monseñor Josep Torras i Bages había decidido personalmente que, habida cuenta de las excelentes calificaciones de ese seminarista inteligente y estudioso, piadoso, educado y culto a pesar de su juventud, tenían entre manos una flor preciosa que precisaba un jardín frondoso; de lo contrario, se agostaría en el humilde huerto del seminario de Vic y se echaría a perder la maravillosa inteligencia natural que Dios le había dado por arrobas.

—No quiero ir a Roma, monseñor. Quiero consagrarme al estudio porq

—Precisamente por eso te envío a Roma, hijo mío. Conozco muy bien este seminario nuestro y sé que aquí se echaría a perder una inteligencia como la tuya.

—Pero monseñor…

—Te llama el Señor, cumple Sus altos designios. Tus profesores me lo piden a gritos —dijo, agitando un poco teatralmente un documento que tenía en las manos.

> Nacido en la masía de can Ges, en la villa de Tona, en el seno de una familia ejemplar, hijo de Andreu y Rosalia, a la edad de seis años inicia la carrera eclesiástica con la preparación escolar adecuada y la resolución conveniente, entrando en el primer curso de Cultura Latina a cargo del padre Jacint Garrigós. Tan notables e inmediatos fueron sus progresos académicos que, en el momento de cursar Retórica, hubo de disertar a propósito de la célebre *Oratio Latina*, que, como sabe monseñor por experiencia propia, puesto que nos honramos de haberlo tenido por alumno en este seminario, es uno de los primeros actos literarios con los que los profesores premian a

sus alumnos más aventajados que demuestren ser oradores disertos. Mas distinción tan grande excedía sus once años y, sobre todo, su menguada estatura. Por tal motivo, si bien se podía oír al gran retórico Fèlix Ardèvol disertando a conciencia en la lengua de Virgilio, por otra parte fue preciso recurrir a un escabel de no poca altura con el fin de ponerlo también al alcance de la vista del público, entre el cual se encontraban sus emocionados padres y hermano. De ese modo llegó Fèlix Ardèvol i Guiteres a los caminos de los grandes triunfos académicos en Matemáticas, en Filosofía, en Teología, a la par que se encumbraba a la altura de ilustres alumnos que de este seminario han sido, como los insignes padres Jaume Balmes i Urpià, Antoni Maria Claret i Clarà, Jacint Verdaguer i Santaló, Jaume Collell i Bancells, el profesor Andreu Duran o vos mismo, ilustrísima, que nos honráis como obispo de nuestra amada diócesis.

Sea asimismo extensiva la virtud del agradecimiento a nuestros antepasados, como nos lo propone Dios Nuestro Señor: «*Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*» (Eccli., 44,1). Por tanto estamos convencidos de no errar solicitando emotivamente que concedáis al seminarista estudiante Fèlix Ardèvol i Guiteres licencia para cursar estudios de Teología en la Pontificia Università Gregoriana.

—No tienes alternativa, hijo mío.

Fèlix Ardèvol no se atrevió a decir que aborrecía los barcos, que había nacido y vivido siempre en tierra firme, lejos de la mar. Por eso mismo, por no haber sido capaz de contestar al obispo, hubo de emprender el penoso viaje. En un rincón del puerto de Ostia, encima de unas cajas de madera medio podridas e infestadas de ratazas, vomitó su impotencia y casi todos los recuerdos del pasado. Se tomó unos segundos para respirar hondo y erguirse de nuevo; se limpió la boca con un pañuelo, se alisó enérgicamente la sotana de viaje y miró hacia el esplendoroso futuro. Fuera como fuese, había llegado a Roma, igual que Eneas.

—Ésta es la mejor habitación de la residencia.

Atónito, Fèlix Ardèvol dio media vuelta. Bajo el dintel de la puerta, un estudiante de poca estatura y tirando a rechoncho, vestido de dominico, sudaba la gota gorda y sonreía cordialmente.

—Félix Morlin, de Lieja —dijo el desconocido, dando un paso hacia el interior de la celda.

—Fèlix Ardèvol. De Vic.

—¡Ah, tocayo! —exclamó riéndose, al tiempo que tendía la mano para darle un apretón.

Se cayeron bien desde el primer momento. Morlin insistió en que de verdad era la habitación más preciada de la residencia y le preguntó que quién lo apadrinaba. Ardèvol tuvo que confesar que no tenía padrino; le contó que el conserje calvo y gordo de recepción, al ver los documentos, había dicho ¿Ardevole?, la cinquantaquattro, y le había entregado la llave sin mirarlo a la cara siquiera. Morlin no se lo creyó pero se rió con ganas.

En una semana exactamente, antes de que empezara el curso, Morlin le presentó a ocho o diez estudiantes de segundo, que eran sus conocidos, le aconsejó que no se relacionara mucho con los que estudiaban fuera de la Gregoriana y del Istituto Biblico porque perdería el tiempo, le enseñó un truco para salir a hurtadillas sin que lo viera el cancerbero, le aconsejó que tuviese ropa de seglar a mano por si se presentaba la ocasión de dar un paseo de incógnito e hizo de guía a los nuevos alumnos de primero, a quienes presentó los edificios singulares que jalonaban el camino más corto desde la residencia hasta la Pontificia Università Gregoriana. Hablaba italiano teñido de acento francés, pero se le entendía perfectamente. Les soltó un discurso sobre la necesidad de guardar las distancias con los jesuitas de la Gregoriana, porque, en cuanto te descuidas, te ponen el cerebro patas arriba. Así, ¡plof!

La víspera del inicio del curso, todos los estudiantes nuevos y antiguos, que provenían de mil lugares, se reunieron en la inmensa sala de actos del Palazzo Gabrielli-Borromeo, en la Gregoriana, y el pater decanus de la Pontificia Università Gregoriana del Collegio Romano, pater Daniele D’Angelo, S. J., en un latín impecable, los exhortó a tomar conciencia de la gran suerte, el gran privilegio que tienen ustedes de poder estudiar en cualesquiera de las facultades de la Pontificia Università Gregoriana, etcétera, etcétera, etcétera. Hemos tenido el honor de acoger entre estos muros a estudiantes ilustres, entre otros a varios santos padres, como el más reciente, nuestro añorado papa León XIII. No se les exige sino esfuerzo, esfuerzo y esfuerzo. Aquí se viene a estudiar, a estudiar, a estudiar y a aprender de los mejores especialistas en Teología, Derecho Canónico, Espiritualidad, Historia de la Iglesia, etcétera, etcétera, etcétera.

—Al pater D’Angelo lo llamamos D’Angelodangelodangelo —le dijo Morlin al oído como si le informase de algo inquietante.

Y cuando terminen los estudios se dispersarán por el mundo, regresarán a sus países, a sus seminarios, a los colegios de sus respectivas órdenes; quienes todavía no se hayan ordenado se ordenarán y en ustedes fructificará lo que se les hubiere enseñado en esta casa. Etcétera, etcétera, etcétera hasta quince minutos más de avisos prácticos, no tanto quizá como los de Morlin, pero necesarios para la vida diaria. Fèlix Ardèvol pensó que podía haber sido mucho peor; que las orationes latinae de Vic eran a menudo más aburridas que el sensato manual de instrucciones que les acababan de servir.

Los primeros meses del curso, hasta después de Navidad, transcurrieron sin sobresaltos. Fèlix Ardèvol admiró sobre todo la lucidez del pater Faluba, un jesuita medio eslovaco, medio húngaro que poseía una cultura bíblica infinita, así como el rigor mental del pater Pierre Blanc, arrogante en el trato, que enseñaba la revelación y su transmisión a la Iglesia y que, a pesar de haber nacido en Lieja, como Morlin, suspendió a su paisano en el examen final de aproximaciones a la teología mariana, tema que había elegido el propio Morlin. Empezó a tomar confianza con Drago Gradnik, su compañero de pupitre en tres asignaturas; era un gigante esloveno procedente del seminario de Ljubljana, de rostro bermejo y con un cuello de toro tan ancho y fuerte, que parecía que fuera a reventar el alzacuello. Se hablaban poco, aunque manejaban el latín con fluidez, pero ambos eran tímidos y procuraban dedicar las energías a traspasar las numerosas puertas que les abrían los estudios. Cuanto más se quejaba Morlin y más ampliaba el círculo de amigos y conocidos, más se encerraba Ardèvol en la cinquantaquattro, la mejor celda de la residencia, a descubrir nuevos mundos en el estudio paleográfico de papiros y otros documentos bíblicos escritos en demótico, en copto, en griego o en arameo, documentos que les proporcionaba el pater Faluba, además de instruirlos en el arte de amar los objetos. A la ciencia, insistía, no le sirve para nada un manuscrito destrozado. Si hay que restaurarlo, se restaura cueste lo que cueste, y la

función del restaurador es tan importante como la del científico que lo interprete. Y no decía etcétera, etcétera, etcétera, porque siempre sabía de lo que hablaba.

—¡Qué sandez! —sentenció Morlin cuando se lo contó—. Es que son felices con una lupa en la mano y la mesa llena de papeles roídos y mohosos.

—Yo también.

—¿De qué sirven las lenguas muertas? —dijo entonces en su ampuloso latín.

—El pater Faluba nos ha dicho que los hombres no somos habitantes de un país, sino de una lengua, y que rescatar lenguas antiguas…

—Sciocchezze. Stupiditates. La única lengua muerta que está viva y coleando es el latín.

Estaban en plena Via di Sant'Ignazio. Ardèvol, protegido por la sotana, y Morlin, por el hábito. Fue la primera vez que Ardèvol miró a su amigo con extrañeza. Se detuvo y, perplejo, le preguntó que en qué creía. Morlin también se detuvo y respondió que se había hecho fraile dominico porque tenía un anhelo profundo de ayudar a los demás y servir a la Iglesia, y que nada lo apartaría de su camino; pero que entendía que el mejor servicio que podía hacer era de orden práctico, no estudiando papeles medio podridos, sino influyendo en las personas que influían en la vida de… Dejó de hablar y, de pronto, soltó: etcétera, etcétera, etcétera, y los dos amigos rompieron a reír. En ese momento pasó Carolina a su lado por vez primera, pero ninguno de los dos se fijó en ella. Y yo, nada más llegar a casa con Lola Xica, tenía que ponerme a estudiar violín mientras ella hacía la cena y todo el piso se quedaba a oscuras. Eso no me hacía ninguna gracia, porque en cualquier momento podía salir un malvado de detrás de una puerta y por eso llevaba a Águila Negra en el bolsillo, y es que en casa, desde que mi padre así lo quiso, hacía años ya, no había medallas, ni escapularios, ni estampas ni misales y el pobrecito Adrià Ardèvol necesitaba ayuda invisible de alguna clase. Un día, en lugar de estudiar violín, me quedé embobado en el comedor contemplando el efecto del sol, que huía por poniente, por la parte de Trespui, e iluminaba con un color mágico la abadía de Santa Maria de Gerri, el cuadro que estaba encima del trinchero del comedor. Era siempre

la misma luz, que me atraía y me inspiraba aventuras imposibles, y no oí abrirse la puerta de la calle ni nada, hasta que la voz grave de mi padre me pegó un susto monumental.

—¿Qué haces aquí perdiendo el tiempo? ¿No tienes deberes? ¿No tienes violín? ¿No tienes nada que hacer, eh?

Y Adrià se fue a la habitación con el corazón a cien por hora, sin sentir envidia de los niños que recibían besos de sus padres, porque creía que eso no existía en ninguna parte.

—Carson, te presento a Águila Negra, de la valerosa tribu de los arapaho.

—Hola.

—Jau.

Águila Negra dio al sheriff Carson un beso como el que nunca le había dado a él su padre y dejó a los dos, y también a sus caballos, en la mesita de noche, para que se fueran conociendo.

—¡Qué apagado estás!

—Llevamos tres años de estudios de Teología —dijo Ardèvol, pensativo—, pero todavía no he descubierto qué es lo que de verdad te interesa. ¿La doctrina de la gracia?

—No me has contestado a la pregunta —insistió Morlin.

—No era una pregunta. ¿La credibilidad de la revelación cristiana?

Morlin no respondió y Fèlix Ardèvol insistió:

—¿Por qué estudias en la Gregoriana, si la teología no te…?

Se habían apartado los dos de la fila de estudiantes que volvían de la universidad a la residencia. Después de dos años de Cristología y Soteriología, de Metafísica I, Metafísica II y Revelación Divina, además de las diatribas de los profesores más exigentes, sobre todo de ese Levinski de Revelación Divina, que consideraba que Fèlix Ardèvol no avanzaba en su disciplina en consonancia con las expectativas que todos tenían depositadas en él, Roma no había cambiado mucho. A pesar de la guerra que convulsionaba Europa, la ciudad no era una herida sangrante; tan sólo se

había empobrecido un poco más. Entre tanto, ajenos al conflicto y a los dramas que conllevaba, los estudiantes de la Pontificia Università seguían estudiando. No todos. Y adquiriendo sabiduría y virtud. No todos.

—¿Y a ti?

—La teodicea y el pecado original ya no me interesan. No quiero más justificaciones. Me cuesta hacerme a la idea de que Dios permita el mal.

—Hacía meses que lo sospechaba.

—¿Tú también?

—No. Es que sospechaba que te estabas liando demasiado. Dedícate a observar el mundo, como yo. En la Facultad de Derecho Canónico me lo paso en grande. Relaciones jurídicas entre la Iglesia y la sociedad civil. Sanciones de la Iglesia; Bienes temporales de la Iglesia; Carisma de los Institutos de vida consagrada; la Consuetudine canónica…

—¡Pero…! ¿Qué dices?

—Los estudios especulativos son una pérdida de tiempo; los reglamentistas son un descanso.

—¡No, no! —protestó Ardèvol—. A mí me gusta el arameo; me apasionan los manuscritos, entender las diferencias morfológicas entre el neoarameo bothan y el neoarameo judío barzani, el porqué del koy sanjaq surat o el mlahso.

—¿Sabes una cosa? No sé de qué hablas. ¿Estudiamos en la misma universidad? ¿En la misma facultad? ¿Estamos los dos en Roma, eh?

—Da igual. Mientras no tenga que aguantar de profesor al pater Levinski, me encantaría saber todo lo que haya de caldeo, de babilonio, de samaritano, de…

—¿Y de qué te sirve todo eso?

—¿Y de qué te sirve a ti saber la diferencia entre matrimonio rato, consumado, legítimo, putativo, válido y nulo?

Rompieron los dos a reír en plena Via del Seminario. Una señora vestida de oscuro levantó la mirada con cierto sobresalto al ver a dos curas jóvenes tan bulliciosos, alterando las normas más elementales del recato.

—¿Por qué estás apagado, Ardevole? Ahora sí que te hago una pregunta.

—A ti, en el fondo del corazón, ¿qué es lo que te interesa?

—Todo.

—¿Y la teología?

—Forma parte de todo —respondió Morlin alzando los brazos como si fuera a bendecir la fachada de la Biblioteca Casanatense y a la veintena de personas que paseaban desprevenidas enfrente de ellos. Entonces echó a andar y a Fèlix Ardèvol le costó mantenerse a su altura—. Fíjate en la guerra de Europa —prosiguió Morlin, señalando enérgicamente hacia África. Y en voz más baja, como si temiera a los espías—: Italia debe mantenerse neutral, porque la Triple Alianza sólo es un pacto defensivo, dice Italia.

—Ganaremos la guerra los aliados —responde la entente cordiale.

—A mí sólo me mueve el interés de la palabra dada —proclama Italia con dignidad.

—Te prometemos las regiones irredentas de Trentino, Istria y Dalmacia.

—Repito —insiste Italia con mayor dignidad, poniendo los ojos en blanco— que la posición honrada de Italia es la de la neutralidad.

—De acuerdo. Si te incorporas hoy, pero no mañana, ¿eh? Si te incorporas hoy, tendrás todo el paquete irredento: Alto Adigio, Trentino, Venecia Julia, Istria, Fiume, Niza, Córcega, Malta y Dalmacia.

—¿Dónde hay que firmar? —responde Italia. Y con los ojos brillantes —: ¡Viva la Entente! ¡Mueran los Imperios Centroeuropeos! Y ya está, Fèlix, eso es la política. Por parte de los unos y de los otros.

—¿Y los grandes ideales?

Ahora se detuvo Felix Morlin y miró hacia el cielo, dispuesto a soltar una frase lapidaria:

—La política internacional no tiene nada que ver con los grandes ideales internacionales, sino con los grandes intereses internacionales. Italia lo ha entendido perfectamente: en cuanto se ha puesto del lado de los buenos, que somos nosotros, ofensiva en Trentino, a arrasar la bendición divina de sus bosques, contraataque, batalla de Caporetto, trescientos mil muertos, Piave, ruptura del frente en Vittorio Veneto, armisticio de Padua, creación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que es un invento que no durará ni un par de meses aunque lo llamen Yugoslavia, y profetizo

que las regiones irredentas son la zanahoria que van a retirar ahora los aliados. E Italia, con un palmo de narices. La guerra no terminará del todo porque van a seguir peleándose entre ellos. Y a esperar al enemigo de verdad, que todavía no ha despertado.

—¿Quién es?

—El comunismo bolchevique. Y si no, al tiempo.

—¿Cómo te enteras de todas esas cosas?

—Leyendo la prensa, escuchando a las personas adecuadas. Es el arte del contacto eficaz. Y si supieras lo triste que es el papel del Vaticano en estos asuntos…

—¿Y cuándo estudias el efecto espiritual de los sacramentos en el alma o la doctrina de la gracia?

—Lo que hago también es estudio, apreciado Fèlix. Me preparo para servir bien a la Iglesia. En la Iglesia tiene que haber teólogos, políticos y hasta algún iluminado como tú, mirando el mundo con lupa. ¿Por qué estás apagado?

Siguieron andando un rato en silencio, con la cabeza gacha, cada cual en sus pensamientos. De repente, Morlin se paró en seco y dijo ¡nooo!

—¿Qué?

—¡Ya sé lo que te pasa! Ya sé por qué estás apagado.

—¿Ah, sí?

—Estás enamorado.

Fèlix Ardèvol i Guiteres, estudiante de cuarto curso en la Pontificia Università Gregoriana di Roma, premio extraordinario de final de curso los dos primeros años académicos de su brillante estancia en la ciudad, abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Le vino a las mientes el lunes posterior a la Pascua de Resurrección, último día de las vacaciones de Semana Santa; no tenía nada que hacer después de preparar la disertación sobre Vico, el verum et factum reciprocantur seu convertuntur y la imposibilidad de entender la totalidad, a diferencia de Félix Morlin, el anti Vico, que parecía entender todos los movimientos raros de la sociedad, cuando, al cruzar la Piazza di Pietra, la vio por tercera vez. Esplendorosa. Las palomas, unas treinta, formaban una barrera entre los dos. Se acercó; ella, que llevaba un paquetito en la mano, le sonrió en el mismo instante en

que el mundo se volvía más luminoso, pulcro, generoso y puro. Y se hizo el razonamiento lógico: la belleza, tanta belleza, no puede ser obra del demonio; es divina, y la sonrisa angelical, pues sí, también. Y se acordó de la segunda vez que había visto a Carolina: a la puerta de una tienda, ayudando a su padre a descargar el carro. ¿Tan grácil espalda debía cargar con ásperas cajas de madera abusivamente llenas de manzanas? No lo podía tolerar y la ayudó, y entre ambos, en silencio, con la complicidad irónica del mulo, que masticaba paja del morral, descargaron tres cajas, él, mirándole el paisaje infinito de los ojos, procurando no bajar la mirada hacia el incipiente canalillo, y toda la tienda de Saverio Amato en silencio, porque nadie sabía lo que hay que hacer cuando un padre dell'università, un prete, un sacerdote, un seminarista se arremanga la santa sotana y se pone a trajinar como un mozo de cuerda y observa a la propia hija con una mirada tan oscura. Tres cajas de manzanas, una bendición divina en tiempo de guerra; tres momentos deliciosos junto a la belleza, y después, mirar alrededor, darse cuenta de que había entrado en la tienda del signor Amato; decir buona sera e irse sin atreverse a mirarla otra vez, y la madre salió y le puso en las manos, por las buenas o por las malas, dos manzanas rojas que le subieron los colores, porque le pasó por la cabeza que podían ser los preciosos pechos de Carolina. O pensó en la primera vez que la vio, Carolina, Carolina, Carolina, el nombre más bonito del mundo, una chica sin nombre todavía que iba delante de él y que en ese momento se torció el tobillo; y soltó un grito de dolor, pobrecita, y casi se cae al suelo. Iba él en compañía de Drago Gradnik, quien había crecido medio palmo cumplido en los dos años que llevaba en la Facultad de Teología, además de engordar seis o siete libras carniceras, y que ahora hacía tres días que no vivía sino para el argumento ontológico de san Anselmo, como si no hubiera en el mundo otra forma de demostrar la existencia de Dios, por ejemplo la belleza de esa dulcísima criatura. Drago Gradnik era incapaz de reparar en el dolor tan intenso que debía de producir la torcedura de pie y Fèlix Ardèvol cogió la pierna a la bella Adalaisa, Beatrice, Laura, delicadamente por el tobillo, para ayudarla a apoyar el pie en el suelo, y en el momento en que la rozó, una corriente eléctrica más intensa que la de los arcos voltaicos de la exposición universal le recorrió la columna vertebral y mientras

preguntaba le duele, signorina, se habría abalanzado sobre ella y la habría hecho suya allí mismo, aunque era la primera vez en su vida que sentía un deseo sexual tan apremiante, doloroso, implacable y aterrador. Mientras tanto, Drago Gradnik miraba a otro lado pensando en San Anselmo y en vías más racionales para demostrar la existencia de Dios.

—Ti fa male?

—Grazie, grazie mille, padre… —dijo la dulce voz de los ojos infinitos.

—Si Dios nos ha dotado de inteligencia, entiendo que la fe pueda ir acompañada del raciocinio, ¿no, Ardevole?

—Come ti chiami (preciosa ninfa mía)?

—Carolina, padre. Grazie.

Carolina, qué nombre tan bello; no podías llamarte de otra forma, amor.

—Ti fa ancora male, Carolina (belleza sin paliativos)? —repitió angustiado.

—La razón. Por la razón a la fe. ¿Es herejía, eh, Ardevole?

Tuvo que dejarla sentada en el banco, porque la ninfa, intensamente ruborizada, le aseguró que no tardaría en pasar por allí su madre y, cuando los dos estudiantes reanudaron el paseo y Drago Gradnik aventuraba en su latín nasal que quizá san Bernardo no lo sea todo en la vida, que la conferencia de Teilhard de Chardin parece invitarnos a pensar, sin darse cuenta se encontró de pronto con la mano en la cara, buscando el rastro del olor de la piel de la diosa Carolina.

—¿Enamorado, yo? —Miró a Morlin, que lo observaba burlonamente.

—Presentas todos los síntomas.

—¿Tú qué sabes?

—He pasado por ello.

—¿Y cómo te lo quitaste de encima? —Tono ansioso de Ardèvol.

—No me lo quité de encima, me puse encima yo, hasta que se acabó el enamoramiento y punto.

—No me escandalices.

—Es la vida. Soy pecador y me arrepiento.

—El enamoramiento es infinito, no se acaba nunca. No me podría…

—¡Dios mío, cómo estás, Fèlix Ardevole!

Ardevole no respondió. Ante él, una treintena de palomas, el lunes siguiente a la Pascua de Resurrección, en la Piazza di Pietra. La premura del anhelo lo empujó por entre la jungla de palomas hasta alcanzar a Carolina, quien le entregó el paquetito.

—Il gioiello dell'Africa —dijo la ninfa.

—¿Cómo sabe que yo…?

—Pasa por aquí todos los días, todos los días.

En ese momento, Mateo veintisiete, cincuenta y uno, se rasgó el velo del Templo de arriba abajo, tembló la tierra, se resquebrajaron las rocas, se abrieron los sepulcros y resucitaron los restos de muchos santos enterrados.

Misterio de Dios y del Verbo de Dios Encarnado.

Misterio de María, Virgen y Madre de Dios.

Misterio de la fe cristiana.

Misterio de la Iglesia humana e imperfecta; divina y eterna.

Misterio del amor de una mujer joven que me regala este paquetito que tengo encima de la mesa de la cinquantaquattro desde hace dos días y que sólo al tercero me he atrevido a desenvolver. Es una cajita cerrada. Dios mío. Estoy al borde del abismo.

Esperó hasta el sábado. La mayoría de los estudiantes estaba en sus respectivas habitaciones. Unos cuantos habían salido a pasear o se habían dispersado por las diferentes bibliotecas romanas, donde hurgaban con indignación en las respuestas sobre la naturaleza del mal y por qué Dios lo permite; sobre la existencia indignante del demonio, sobre la lectura correcta de las Sagradas Escrituras o sobre la aparición del neuma en el canto gregoriano y en el ambrosiano. Fèlix Ardèvol estaba solo en la cinquantaquattro, ni un libro en la mesa, nada fuera de su sitio, porque lo único que le sacaba de quicio era la indignante profusión desordenada de objetos que se convertían en trastos, que las cosas no estuvieran en su lugar, que la mirada se pegara a cosas mal expuestas, que… Pensó que tal vez se estuviera volviendo maniático. Yo creo que sí, que todo empezó en aquella época: a mi padre lo obsesionaba el orden material. Creo que no le

preocupaba mucho la incoherencia intelectual, pero ver un libro en una mesa, fuera de su estantería, o un papel olvidado encima de un radiador era sencillamente inexcusable e imperdonable. No podía haber nada que ofendiera a la vista y nos ponía firmes a todos, sobre todo a mí, que tenía la obligación de ordenar todos, todos los días los juguetes que usaba y sólo se salvaban el sheriff Carson y Águila Negra, porque dormían clandestinamente conmigo y mi padre nunca llegó a enterarse.

La cinquantaquattro, como una patena. Y Fèlix Ardèvol de pie, mirando por la ventana el flujo de sotanas que entraban y salían de la residencia. Y un coche de caballos que pasaba por Via del Corso con indignantes secretos inconfesables ocultos en la cabina cerrada. Y el niño que arrastraba un caldero de hierro haciendo un estruendo innecesario, indignante. El caso es que temblaba de miedo y por eso todo le parecía indignante. Encima de la mesa, un objeto insólito, un objeto sin destino todavía. La cajita verde que le había regalado Carolina con un gioiello dell'Africa en el interior. Su destino. Se había jurado que antes de que dieran las doce en Santa Maria habría tirado la cajita o la habría abierto. O se habría suicidado. Una de tres.

Porque una cosa es vivir para el estudio, abrirse camino en el apasionante mundo de la paleografía, en el universo de los manuscritos antiguos, aprender lenguas que no habla nadie porque llevan siglos congeladas en papiros rancios, que son su única ventana abierta a la memoria, distinguir la paleografía medieval de la antigua, alegrarse porque el mundo era tan grande que, cuando se aburriese, podría comenzar a indagar en el sánscrito y en las lenguas asiáticas, y si alguna vez tengo un hijo quisiera que…

¿Y ahora por qué pienso en tener un hijo?, se enfadó; no, se indignó. Y volvió a mirar la cajita, sola encima de la pulcra mesa de la cinquantaquattro. Fèlix Ardèvol se sacudió un hilo imaginario de la falda de la sotana, se pasó el dedo por la piel que le irritaba el alzacuello y se sentó a la mesa. Faltaban tres minutos para que las campanas de Santa Maria diesen las doce. Tomó aire y decidió una cosa: de momento no se suicidaría. Cogió la cajita entre las manos con mucho cuidado, como un niño que roba un nido de un árbol, se lo lleva a su madre y le enseña los huevos verdosos o

los desamparados polluelos que yo les doy de comer, madre, no sufras, que les voy a dar muchas hormigas. Como el ciervo sediento, oh, Señor. Por algún motivo sabía que los pasos que daba imprimían en su alma un aura de irreversibilidad. Dos minutos. Con dedos temblorosos se aplicó a desanudar la cinta roja, pero el nudo se cerraba cada vez más, y no porque la pobre Carolina fuera inepta, sino por culpa de sus nervios. Desasosegado, se levantó. Un minuto y medio. Fue hasta la palangana del agua y cogió la navaja de afeitar. La abrió con apremio. Un minuto y quince segundos. Y seccionó cruelmente la cinta roja, el color rojo más bonito que había visto en su larga vida, porque, con veinticinco años, se encontraba viejo y cansado, deseoso de que no le pasaran a él esas cosas, que le pasasen al otro Félix, que por lo visto sabe echárselo todo a la espalda sin… ¡Un minuto! La boca reseca, las manos sudorosas, resbala una gota por la mejilla, aunque no hace un día muy… Faltan diez segundos para que las campanas de Santa Maria in Via Lata den las doce del mediodía. Y mientras en Versalles una cuadrilla de novatos decía que se había acabado la guerra y, con la lengua fuera por el esfuerzo, firmaba el armisticio y ponía cuidadosamente en marcha los mecanismos para facilitar una espléndida guerra nueva al cabo de pocos años, más sangrienta y más cercana al mal, que Dios no tendría que haber permitido jamás, Fèlix Ardèvol i Guiteres abrió la cajita verde. Vacilante, apartó el algodón de color rosa y, en el momento en que sonaba la primera campanada, Angelus Domini nuntiavit Mariae, rompió a llorar.

Era relativamente sencillo salir de incógnito de la residencia. Morlin, Gradnik, dos o tres más de confianza y él lo habían hecho muchas veces con total impunidad. El traje de seglar abría muchas puertas en Roma… u otras distintas de las que abrían las sotanas. De paisano, podían visitar los museos en los que el hábito clerical tenía prohibida la entrada. Y tomar café en Piazza Colonna, y aún más allá, viendo pasar a la gente; en dos o tres ocasiones Morlin lo llevó, amado discípulo, a conocer a gente que, según él, era necesario conocer. Y lo presentaba como Fèlix Ardevole, un sabio que domina ocho lenguas, para quien los manuscritos no tienen secretos, y los

estudiosos abrían la caja fuerte y le permitían examinar el manuscrito original de *La mandrágora*, una preciosidad, o unos trémulos papiros relacionados con los macabeos. Sin embargo, hoy, cuando Europa hacía las paces, el sabio Fèlix Ardevole salió por primera vez de la residencia a escondidas de las autoridades y de sus amigos. Con un jersey y una gorra que disimulaba el aire clerical. Y se fue directamente a la frutería del signor Amato a hacer guardia, y pasaban las horas, él, con la cajita en el bolsillo, mirando a los transeúntes despreocupados y alegres, porque no tenían la misma fiebre que él. Y a la madre de Carolina, y a la hermana pequeña. Todo el mundo menos su amor. El gioiello, una medalla tosca, con un grabado rudimentario de una virgen románica al lado de un árbol inmenso, una especie de abeto. Y por detrás, la palabra «Pardàc». ¿Africano? ¿No sería una medalla copta? ¿Por qué he dicho mi amor si yo no tengo derecho a…?, y el aire fresco se hacía irrespirable. Empezaron a sonar campanas y Fèlix, que todavía no estaba informado, creyó que era un homenaje de todas las iglesias de Roma en honor de su amor furtivo, clandestino y pecaminoso. Y la gente se extrañaba y se detenía tal vez buscando a Abelardo; pero en vez de mirarlo y señalarlo se preguntaban qué pasaría, por qué habrían echado al vuelo todas las campanas de Roma a las tres de la tarde, que no es hora de repiques, ¿qué pasaría? ¡Dios mío! ¿Y si se había terminado la guerra?

Entonces apareció Carolina Amato. Salió de casa con la melena corta al viento, cruzó la calle y fue directamente al puesto de guardia de Fèlix, él que creía que se había camuflado perfectamente. Y cuando llegó, lo miró con una sonrisa radiante pero silenciosa. Él tragó saliva, apretó la cajita en el bolsillo, abrió la boca y no dijo nada.

—Yo también —respondió ella. Y al cabo de muchas campanadas—: ¿Te ha gustado?

—No sé si puedo aceptarlo.

—El gioiello es mío. Me lo regaló mi tío Sandro cuando nací. Lo trajo él de Egipto. Ahora es tuyo.

—¿Qué van a decir tus padres?

—Es mío y te lo doy: no van a decir nada. Es una prenda mía.

Y lo tomó de la mano. A partir de ese momento, cayó el cielo sobre la tierra y Abelardo se concentró en el tacto de la piel de Eloísa, quien lo arrastró hasta un vicolo anónimo, lleno de porquería, pero que olía a rosas de amor, y lo condujo al interior de una casa cuyas puertas estaban abiertas, en la que no había nadie, mientras las campanas repicaban y una vecina gritaba por la ventana anuntio vobis gaudium magnum, Elisabetta, la guerra è finita! Pero los dos amantes iban a iniciar una batalla esencial y no oyeron la proclama.

II

De pueritia

El buen guerrero no puede
enamorarse constantemente de todas
las squaws con las que tropiece,
por mucho que se embellezcan con
pinturas de guerra.

ÁGUILA NEGRA

3

No me mires con esa cara. Sé que invento cosas, pero digo la verdad. Por ejemplo, me parece que el primer recuerdo que tengo de mi antigua habitación, la que hoy es la sección de Geografía e Historia, es que quería montarme una casa debajo de la cama. No era incómodo y, sobre todo, era divertido, porque veía los pies a los que entraban diciendo Adrià, hijo, dónde estás, o Adrià, a merendar. ¿Dónde se ha metido? Sé que era divertidísimo. Sí, siempre me aburría tanto, porque mi casa no era apta para niños, ni mi familia tampoco. Mi madre no contaba, mi padre sólo vivía para sus compras y sus ventas, y yo me moría de celos cuando lo veía acariciar un grabado o un jarrón de porcelana fina. Y mi madre…, pues siempre me dio la impresión de que estaba en guardia, alerta, mirando a todas partes. Y eso que contaba con la complicidad de Lola Xica. Ahora entiendo que mi padre no le permitía estar como en su propia casa. Era la casa de mi padre y le hacía el favor de dejarla vivir allí. Cuando murió él, respiró tranquila y desapareció la expresión de inquietud, aunque evitaba mirarme. Y cambió. Me pregunto por qué. También me pregunto por qué se casarían mis padres. No creo que llegaran a quererse nunca. Nunca hubo amor en casa. Yo fui una mera consecuencia circunstancial de su vida.

Es curioso: con la de cosas que quiero contarte y no paro de distraerme; me pierdo en divagaciones que harían babear a Freud, porque puede que todo sea por culpa de la relación que tuve con mi padre. Puede que porque murió por mi culpa.

Un día, ya un poco mayorcito, cuando en el despacho de mi padre había conquistado clandestinamente el espacio entre la parte de atrás del sofá y la pared y lo había convertido en una mansión para mis indios y vaqueros, entró mi padre y, con él, una voz conocida pero que en ese momento me pareció agradable y espeluznante a un tiempo: era la primera

vez que oía al señor Berenguer fuera de la tienda y no me sonaba exactamente igual; desde entonces no me gusta nada su voz, ni en la tienda ni fuera de ella. Me quedé inmóvil, dejé al sheriff Carson en el suelo, el caballo marrón de Águila Negra, normalmente tan silencioso, se me cayó e hizo un ruidito que me sobresaltó, pero el enemigo no lo oyó y mi padre dijo a usted no tengo que darle explicaciones.

—Yo creo que sí.

Al sentarse el señor Berenguer en el sofá, el mueble retrocedió un poco hacia la pared y, heroicamente, me imaginé aplastado antes que descubierto. Oí dar unos golpecitos al señor Berenguer y mi padre, con voz gélida, dijo en esta casa está prohibido fumar. Entonces el señor Berenguer dijo que exigía una explicación.

—Aquí el jefe soy yo. —Tono irónico de mi padre—: ¿O no?

—Encontré diez grabados, conseguí que los perjudicados no protestaran mucho. Los pasé por tres fronteras, los llevé a tasar por mi cuenta y ahora me dice que los ha vendido sin consultármelo siquiera. Uno era de Rembrandt, ¿lo sabía?

—Compramos y vendemos; así nos ganamos la puta vida.

Lo de puta vida era la primera vez que lo oía y me gustó; mi padre lo dijo con dos pes: la pputa vida, porque estaba enfadado, me parece. Entendí que el señor Berenguer sonreía; en aquella época ya había aprendido a descifrar los silencios y estaba seguro de que el señor Berenguer sonrió.

—¡Ah, hola, señor Berenguer! —la voz de mi madre—. ¿Has visto al niño, Fèlix?

—No.

Toque de alarma. ¿Cómo iba a salir de detrás del sofá y perderme en el extremo opuesto y ponerme a disimular, como si no hubiera oído nada? Lo consulté con el sheriff Carson y con Águila Negra, pero no podían ayudarme. Entre tanto, los hombres guardaban silencio, seguramente esperaban a que mi madre saliera del despacho y cerrase la puerta.

—Que usted siga bien.

—Que usted siga bien, señora. —En el mismo tono agrio de la discusión—: Me ha estafado. Reclamo una comisión extraordinaria. —Silencio—. La exijo.

A mí me importaba un comino el tema de la comisión. Para calmarme, me puse a traducir mentalmente la conversación al francés, un francés bastante inventado; por lo tanto, debía de tener siete años. A veces me servía para tranquilizarme; es que, cuando me ponía nervioso, me movía sin querer y, con el silencio que había en el despacho, si me hubiera movido mucho me habrían oído perfectamente. Moi, j'exige ma commission. C'est mon droit. Vous travaillez pour moi, monsieur Berenguer. Oui, bien sûr, mais j'ai de la dignité, moi!

Al fondo, las voces de mi madre, ¡Adrià, hijo! Lola Xica, ¿sabes dónde está? Dieu sait où est mon petit Hadrien!

No me acuerdo muy bien, pero me parece que el señor Berenguer se marchó algo enfadado y que mi padre se deshizo de él diciéndole a las duras y a las maduras, monsieur Berenguer, cosa que no supe traducir. ¡Qué más quisiera yo que mi madre me hubiera llamado alguna vez mon petit Hadrien!

El caso era que ya podía salir del escondite. Lo que tardó mi padre en acompañar a la visita a la puerta fue tiempo más que suficiente para borrar rastros; la vida de partisano que llevaba en casa me había dotado de una capacidad inmensa para el camuflaje… y para la ubicuidad, casi.

—¡Estás aquí! —Mi madre salió al balcón en el que me había puesto a mirar los coches, que ya empezaban a encender las luces, porque la vida en esa época, tal como la recuerdo, era un eterno anochecer—. ¿No me oías?

—¿Qué? —Con el sheriff y el caballo marrón en una mano, fingí que estaba en la higuera.

—Tienes que probarte la bata del cole. ¿Es que no me oías?

—¿La bata?

—La señora Angeleta ha cambiado las mangas. —Un gesto imperativo —: ¡Hala!

En el cuarto de la ropa, la señora Angeleta, con un alfiler entre los labios, miró profesionalmente la caída de las mangas nuevas.

—Creces muy deprisa, niño.

Mi madre fue a despedir al señor Berenguer y mientras me probaba la bata sin mangas, como tantas veces en la infancia, entró Lola Xica en el cuarto de la ropa a buscar las camisas limpias.

—Y gastas mucho los codos —remató la señora Angeleta, que en esa época ya había cumplido más o menos mil años.

Se cerró la puerta de la escalera. Los pasos de mi padre se alejaron en dirección al despacho y la señora Angeleta movió la nevada cabeza.

—Últimamente recibe muchas visitas.

Lola Xica no dijo nada y fingió que no la había oído. Mientras prendía la manga con los alfileres, la señora Angeleta añadió:

—Y a veces oigo gritos.

Lola Xica cogió las camisas sin decir ni pío. La señora Angeleta no cejó.

—¡A saber de qué hablarán!…

—De la pputa vida —dije sin pensarlo.

A Lola Xica se le cayeron las camisas al suelo, la señora Angeleta me pinchó en el brazo y Águila Negra dio media vuelta y escrutó el reseco horizonte con los ojos casi cerrados. Avistó la nube de polvo antes que nadie, incluso antes que Conejo Veloz.

—Se acercan tres jinetes —dijo. Nadie respondió. En el interior de la gruta, el calor inclemente del estío los respetaba un poco, pero nadie, ni una squaw, ni un solo niño, tenía ánimos para interesarse por los forasteros ni por sus intenciones. Águila Negra hizo con los ojos una señal imperceptible. Tres guerreros se pusieron en marcha hacia los caballos. Él los siguió de cerca sin perder de vista la nube de polvo, que iba acercándose directamente a la gruta sin el menor disimulo. Como el pájaro que distrae al depredador y lo aleja del nido con toda clase de artimañas, los tres guerreros y Águila Negra se desviaron hacia poniente para llamar la atención de los visitantes. Los dos grupos se encontraron cerca de las cinco encinas; los forasteros eran tres hombres blancos, uno muy rubio y dos de piel oscura, de los cuales, uno, que tenía un bigotazo exagerado, se apeó ágilmente de la montura con las manos separadas del cuerpo y sonrió.

—Eres Águila Negra —afirmó, sin pegar las manos al cuerpo, en señal de sumisión.

El gran jefe de los arapaho de las Tierras del Sur de la Orilla del Washita del Pez Amarillo asintió con un gesto imperceptible desde lo alto del caballo y no se le movió ni un pelo; entonces dijo quién nos honra con

su presencia, y el del bigote negro volvió a sonreír, saludó con una graciosa reverencia a medias y dijo soy el sheriff Carson, de Rockland, a dos jornadas de vuestras tierras.

—Sé dónde habéis levantado el poblado de Rockland —respondió secamente el legendario gran jefe—. En territorio pawnee —y escupió en el suelo con desprecio.

—Aquí, mis ayudantes —replicó Carson sin saber muy bien a quién iba dirigido el escupitajo—. Estamos buscando a un criminal fugitivo. —Escupió a su vez y le pareció que no estaba mal.

—¿Qué ha hecho, por qué lo tratan de criminal? —El caudillo arapaho.

—¿Lo conoces? ¿Lo has visto?

—Pregunto que qué ha hecho para que lo traten de criminal.

—Matar a una yegua.

—Y deshonrar a dos mujeres —añadió el rubio.

—Sí, también —afirmó el sheriff Carson.

—¿Y por qué lo buscáis aquí?

—Es un arapaho.

—El territorio de mi pueblo se extiende muchas jornadas hacia occidente, hacia oriente y hacia el frío y el calor. ¿Por qué has venido precisamente aquí?

—Tú sabes quién es. Queremos que se lo entregues a la justicia.

—Te equivocas, sheriff Carson. El asesino que buscas no es un arapaho.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabes?

—Un arapaho jamás mataría a una yegua.

Entonces se encendió la luz y, con un ademán, Lola Xica le indicó que saliera de la despensa. La madre de Adrià, con pinturas de guerra en la cara, sin mirarlo ni escupir en el suelo, dijo Lola, lávale la boca a conciencia. Con agua y jabón. Y con unas gotas de lejía, si hace falta.

Águila Negra soportó la tortura sin soltar ni un gemido. Cuando Lola Xica terminó, mientras él se secaba con la toalla, la miró a los ojos y dijo Lola Xica, ¿sabes qué quiere decir exactamente deshonrar a una mujer?

A los siete u ocho años creía que tomaba decisiones sobre mi vida. Una, muy sabia, consistía en dejar mi educación en manos de mi madre, pero, por lo visto, las cosas no funcionaban así. Y me enteré porque aquella noche quería saber cómo reaccionaba mi padre a mi despiste y monté el dispositivo de espionaje del comedor. No era muy complicado, porque mi habitación tenía un tabique en común con el comedor. Oficialmente me acosté temprano y mi padre no me encontró despierto cuando llegó. Era la mejor manera de ahorrarme un sermón peliagudo, porque si, por defenderme, hubiera llegado a decir que lo de la pputa vida se lo había oído a él, el asunto no habría terminado con tienes la boca muy sucia y te la voy a lavar con jabón lagarto, sino que habría continuado ¿y cómo narices sabes que yo he dicho eso de la pputa vida, mentiroso, desvergonzado, eh? ¡A ver, cómo lo sabes! ¿Eh? ¿Eh?¿Es que me espías? Y bajo ningún concepto podía enseñar las cartas del espionaje, porque a lo tonto, a lo tonto, era yo el único morador de la casa que dominaba todos los rincones y estaba al corriente de todas las conversaciones, discusiones y llantos inexplicables, como una vez que Lola Xica se pasó una semana llorando, pero salía de su cuarto disimulando con mucha habilidad el disgusto que tenía, que debía de ser inmenso. Tardé muchos años en saber por qué lloraba, pero lo que descubrí en aquel momento fue que algunos sinsabores podían durar una semana entera, y me dio un poco de miedo la vida.

El caso es que asistí a la conversación entre mis padres aplicando el oído al culo de un vaso pegado al tabique. Como mi padre hablaba con voz de cansancio, mi madre resumió el incidente diciendo que me estaba poniendo muy pesado; a mi padre no le interesaron los pormenores de mi pesadez y dijo ya está decidido.

—¿Decidido? ¿Qué es lo que está decidido? —Mi madre, sobresaltada.

—Lo he matriculado en el colegio de los jesuitas de la calle Caspe.

—Pero Fèlix… Si…

Y descubrí que allí sólo mandaba mi padre. Y que mi educación dependía sólo de él. Y tomé nota mentalmente de consultar en la *Britannica* qué era eso de los jesuitas. Mi padre sostuvo la mirada a mi madre en silencio y ella se decidió al fin:

—¿Por qué a los jesuitas? No eres creyente ni…

—Calidad de la enseñanza. Aquí sólo vale la eficacia; no tenemos más que un hijo y no nos podemos arriesgar.

A ver: sí, no tenían más que un hijo. O no; pero eso no venía al caso. Lo que estaba claro era que no se querían arriesgar y por eso soltó mi padre lo de las lenguas, que me gustó, lo reconozco.

—¿Qué dices?

—Diez lenguas.

—Nuestro hijo no es un monstruo.

—Pero puede aprenderlas.

—¿Y por qué diez?

—Porque el pater Levinski de la Gregoriana sabía nueve. Nuestro hijo tiene que superarlo.

—¿Por qué motivo?

—Porque me llamó inepto delante de toda la clase. ¡Inepto! Porque me había estancado con el arameo después de un curso entero con Faluba.

—No bromees: estamos hablando de la educación de nuestro hijo.

—No bromeo: estoy hablando de la educación de mi hijo.

Sé que a mi madre le molestaba mucho que mi padre dijera «mi hijo» estando ella delante, pero creí que se refería a otra cosa, porque empezó a decir que no quería que me convirtiese en un monstruo; con un desparpajo inusitado soltó ¿me oyes? No quiero que «mi» hijo acabe de monstruo de feria, obligado a superar al pater Luwowski.

—Levinski.

—El monstruo Levinski.

—Un gran teólogo y especialista en la Biblia. Un monstruo de erudición.

—No; esto hay que hablarlo con calma.

No lo entendí. Precisamente era lo que estaban haciendo: hablar de mi futuro con calma. Y yo tan tranquilo porque la pputa vida no salía a relucir.

—Catalán, castellano, francés, alemán, italiano, inglés, latín, griego, arameo y ruso.

—¿Qué es eso?

—Las diez lenguas que tiene que aprender. Las tres primeras ya las sabe.

—No, el francés se lo inventa.

—Pero se defiende, se da a entender. Mi hijo puede hacer lo que se proponga. Y tiene una facilidad singular para las lenguas. Diez, va a estudiar diez.

—También tiene que jugar.

—Ahora ya es mayor. Pero tiene que dominar las diez cuando empiece la carrera. —Suspiro de cansancio—. Lo hablamos en otro momento, ¿estamos?

—Tiene siete años, ¡por el amor de Dios!

—No le exijo que aprenda arameo ahora. —Tamborileó con los dedos en la mesa como dando el asunto por terminado—. Empezará con el alemán.

Eso también me gustó, porque con la *Britannica* ya casi me aclaraba solo y, con ayuda de un diccionario, no problem. En cambio, el alemán era impenetrable. Me hacía ilusión el mundo de las declinaciones, de las lenguas que cambian la desinencia de las palabras según la función que desempeñen en la oración. No lo formulaba con esas palabras, pero casi. Es que era muy repipi.

—No, Fèlix. No podemos cometer ese error.

Oí el ruidito de un escupitajo seco.

—¿Sí?

—¿Qué es el arameo? —preguntó con voz cavernosa el sheriff Carson.

—No estoy seguro; habrá que investigar.

Es que era un niño un poco raro, lo reconozco. Y ahora, al recordar que los oí hablar de mi futuro agarrado al sheriff Carson y al valeroso gran jefe arapaho, procurando no delatarme, me parece que no era un poco raro, sino muy raro.

—No es un error. He echado el ojo a un profesor de alemán; va a venir a dar clase al niño desde el primer día de curso.

—No.

—Se llama Romeu, es un muchacho que vale mucho.

Eso sí que me inquietó. ¿Un profe en casa? Mi casa era mi casa y era yo quien sabía todo lo que pasaba en ella: no quería testigos incómodos. No, no me gustaba que viniera el tal Romeu a meter las narices y a decir ay,

qué bien, una biblioteca personal a los siete añitos y demás tonterías que dicen todos los mayores que pasan por aquí. ¡Ni hablar!

—Y estudiará tres carreras.

—¿Cómo?

—Derecho e Historia. —Silencio—. Y la que elija él, pero sobre todo Derecho, que es la más útil para moverse en este mundo de ratas.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic. Se me empezó a mover el pie por su cuenta, tic, tic, tic, tic, tic. Aborrecía el Derecho. Ni te imaginas cuánto lo aborrecía. No sabía qué era exactamente, pero lo aborrecía a muerte.

—Je n'en doute pas —disait ma mère—. Mais est-ce qu'il est un bon pédagogue, le tel Gomeu?

—Bien sûr, j'ai reçu des informations confidentielles qui montrent qu'il est un individu parfaitement capable en langue allemagne. Allemande? Tedesque? Et en la pédagogie de cette langue. Je crois que…

Me iba tranquilizando. El pie dejó de moverse sin control y oí levantarse a mi madre y decir ¿y el violín, qué? ¿Va a tener que dejarlo?

—No, pero pasa a segundo plano.

—No estoy de acuerdo.

—Buenas noches, querida —dijo mi padre mientras abría el diario y se ponía a hojearlo, porque siempre lo hacía a la misma hora.

Es decir, me cambiaban de colegio. Qué fastidio. Y qué miedo. Menos mal que me acompañarían el sheriff Carson o Águila Negra. ¿El violín en segundo plano? ¿Y por qué arameo tan tarde? Esa noche tardé en dormirme.

Seguro que lo mezclo todo. No sé si fue a los siete años, a los ocho o a los nueve, pero tenía facilidad para los idiomas, mis padres se lo olían y no querían perder la ocasión. Empecé con el francés porque pasé un verano en Perpiñán, en casa de tía Aurora, y allí, en cuanto los liabas un poco, dejaban de hablar en catalán gutural y seguían en francés; por ese motivo aprendí francés con acento del Midi y lo he mantenido toda la vida con cierto orgullo. No recuerdo cuántos años tenía. El alemán fue después; el inglés…, no lo sé con exactitud, más adelante, me parece. No es que yo aprendiera idiomas, es que me aprendían ellos a mí.

Ahora que pienso en mi infancia para contártela, la veo como una tarde de domingo larga y aburridísima que pasé yendo de aquí para allá por inercia, intentando colarme en el despacho, pensando que con un hermano sería más divertido, que llegaba un momento en que uno se cansaba de leer, porque ya estaba hasta el gorro de Enid Blyton, que al día siguiente tocaba cole y eso era peor todavía. Aunque el cole no me daba miedo, ni los profes ni los curas, pero los niños sí. Me daban miedo los niños del cole porque me miraban como a un bicho raro.

—Lola Xica.

—¿Qué?

—¿Qué hago?

Lola Xica dejaba de secarse las manos o de pintarse los labios y me miraba.

—¿Puedo ir contigo? —Adrià con mirada de esperanza.

—¡No, hombre, no! ¡Te aburrirías!

—Donde me aburro es aquí.

—Pon la radio.

—Es un rollo.

Entonces, Lola Xica cogía el abrigo y salía de la habitación que siempre olía a Lola Xica, y en voz baja, para que no la oyera nadie, me decía di a tu madre que te lleve al cine. Y en voz alta, a pasarlo bien, hasta luego, abría la puerta de la escalera, me guiñaba un ojo y se marchaba; ella podía pasárselo bien las tardes de domingo, a saber cómo, no como yo, condenado como estaba a vagar por casa como un alma en pena.

—Madre.

—Qué.

—No, nada.

Mi madre levantaba los ojos de la revista, se tomaba el último sorbo de café y me miraba por encima:

—Dime, hijo.

No me atrevía a pedirle que me llevara al cine. Me daba mucho miedo y todavía no sé por qué. Mis padres eran muy serios.

—Me aburro.

—Lee. Si quieres repasamos francés.

—Vamos al Tibidabo.

—Hombre, si me lo hubieras dicho por la mañana…

Nunca fuimos al Tibidabo, ningún domingo, ni por la mañana ni por la tarde. Tenía que conformarme con imaginármelo cada vez que mis amigos me contaban cómo era y la de artilugios mecánicos que había, y autómatas misteriosos, atalayas, coches de choque… y no sé cuántas atracciones más. Pero tenían que llevarte los padres. Tampoco me llevaban al zoo ni a pasear al rompeolas. Eran tan desabridos… Y me da la impresión de que no me querían. En el fondo todavía me pregunto por qué me tuvieron.

—¡Pues yo quiero ir al Tibidabo!

—¿A qué viene ese griterío? —se quejó mi padre desde el despacho—. ¡No me obligues a castigarte!

—¡No quiero repasar francés!

—¡Te repito que no me obligues a castigarte!

Águila Negra consideró el trato muy injusto y se lo dijo al sheriff y a mí. Y para no morirme de aburrimiento, y sobre todo para que no me castigasen, me puse a ejercitar arpegios, que tienen la ventaja de ser difíciles y, por tanto, es más difícil que además suenen bien; lo cierto es que no me sonaron bien hasta que conocí a Bernat. Dejé el ejercicio a medias.

—Padre, ¿puedo tocar el storioni?

Levantó la cabeza. Como de costumbre, estaba mirando un papel raro con la lupa lámpara.

—No —dijo, y señaló lo que había encima de la mesa—. Mira qué bonito.

Era un manuscrito viejísimo, con un texto breve en un alfabeto que no conocía.

—¿Qué es?

—Un fragmento del evangelio de San Marcos.

—Pero ¿en qué lengua está?

—En arameo.

¿Oyes, Águila Negra? ¡Arameo! El arameo es una lengua muy antigua. De papiros y pergaminos.

—¿Puedo aprenderlo?

—A su tiempo. —Lo dijo con satisfacción, se le notaba mucho, porque, como en general se me daba bien todo, le gustaba presumir de hijo listo. Intenté aprovechar el momento.

—¿Puedo tocar el storioni?

Fèlix Ardèvol lo miró en silencio. Apartó la lupa de pie. Adrià dio una patada en el suelo.

—Sólo una vez. Anda, padre…

Cuando se enfadaba, mi padre tenía una mirada pavorosa. Adrià se la sostuvo unos segundos nada más. Tuvo que agachar la cabeza.

—¿No sabes lo que quiere decir no? Niet, nein, no, ez, non, ei, nem. ¿Te suena?

—¿Ei y nem?

—Finlandés y húngaro.

Al salir del despacho, Adrià dio media vuelta y, rabioso, profirió una amenaza.

—¡Pues no estudiaré arameo!

—Harás lo que yo diga —le advirtió su padre con el aplomo de quien sabe que siempre impone su voluntad. Y volvió a enfrascarse en el manuscrito, en el arameo, en la lupa.

Ese mismo día, Adrià decidió llevar una doble vida. Tenía unos cuantos escondites secretos, pero iba a ampliar el mundo de la clandestinidad. Se propuso un gran objetivo: descubrir la combinación de la caja fuerte y aprovechar las ausencias de su padre para estudiar con el storioni; a nadie le importaría. Y volvería a guardarlo en el estuche y en la caja fuerte con tiempo de sobra para borrar el rastro del crimen. Para que nadie se diera cuenta de nada, se fue a estudiar arpegios y ni siquiera se lo contó al sheriff ni al gran jefe arapaho, que estaban echando la siesta encima de la mesita de noche.

4

Los recuerdos que tengo de mi padre siempre son de un señor mayor. En cambio, mi madre era mi madre. Es una pena que no me quisiera. Lo único que sabía Adrià de ella era que abuelo Adrià la había educado como suelen hacerlo los hombres que enviudan muy jóvenes y se quedan con una hijita en brazos; miran a todas partes, a ver si alguien les da un manual de instrucciones que les explique cómo incorporar a la niñita a su vida. Abuelita Vicenta murió muy joven, cuando mi madre tenía seis años. Ella sólo conservaba un recuerdo vago, pero el único que tengo yo consiste en dos fotografías: la de la boda, en el estudio Casa Caria, los dos muy guapos y jóvenes, pero con unos trajes exagerados que sólo se ponían para ir a hacerse una foto, y la de mi abuela con mi madre en brazos y una sonrisa rota, como si supiera que no la vería hacer la primera comunión, preguntándose por qué tengo que morirme tan joven y no ser nada más que una foto de color sepia para mi nieto, que, al parecer, es un niño prodigio, aunque no lo conoceré nunca. Mi madre se crió sola. Nunca la llevó nadie al Tibidabo; a lo mejor por eso ni se le ocurría que yo quisiera saber qué diantre eran los autómatas animados, que, por lo visto, se les echa una moneda y por arte de magia empiezan a moverse como personas de carne y hueso.

Mi madre se crió sola. En los años veinte, cuando se mataba en plena calle, Barcelona era de color sepia y la dictadura de Primo de Rivera teñía de amargura la mirada de los barceloneses. Tan pronto como mi abuelo Adrià entendió que su hija crecía y era necesario explicarle cosas que él desconocía, porque no tenían nada que ver con la paleografía, metió en su casa a la hija de Lola, la mujer de confianza de mi abuela Vicenta, que seguía encargándose de la casa de ocho de la mañana a ocho de la noche como si la señora no hubiera muerto. La hija de Lola, que tenía dos años y

medio más que mi madre, también se llamaba Lola. A la madre la llamaban Lola Gran. La pobre mujer murió sin ver instaurada la república. En el lecho de muerte pasó el testigo a su hija. Le dijo cuida a Carme como si te fuese la vida en ello, y Lola Xica nunca se apartó del lado de mi madre. Hasta que se fue de casa. En mi familia, las Lolas aparecen y desaparecen cuando muere alguien.

Con la esperanza puesta en la república y la huida del rey, con la proclamación de la República Catalana y el tira y afloja con el gobierno central, Barcelona pasó del color sepia al gris y la gente iba por la calle con las manos en los bolsillos si hacía frío, pero se saludaba, se invitaba a un cigarrillo y se sonreía si era menester, porque tenía esperanzas; no se sabía exactamente de qué, pero las tenía. Haciendo caso omiso del sepia y del gris, Fèlix Ardèvol no paraba de viajar de acá para allá por mor de sus valiosas mercancías con el único propósito de engrosar su patrimonio de objetos, la razón de ser de su avidez recolectora, más que de coleccionista. Fuera sepia o gris, el entorno no le importaba. Sólo lo movía cuanto pudiera servirle para acumular. Por eso se fijó en el doctor Adrià Bosch, el eminente paleógrafo de la Universitat de Barcelona que, a decir de los rumores, era tan sabio que reconocía sin vacilación la edad exacta de las cosas. Entablaron una relación provechosa para ambos; Fèlix Ardèvol se presentaba tan asiduamente en el despacho del doctor Bosch en la universidad que suscitó recelos entre algunos profesores adjuntos. De todos modos, prefería reunirse con él en su casa sencillamente porque le incomodaba pisar el edificio de la universidad, donde cabía la posibilidad de encontrarse con algún antiguo compañero de la Gregoriana o, peor aún, con dos canónigos y profesores de filosofía con quienes había coincidido en el seminario de Vic, pues les asombraría verlo tan a menudo en el despacho del eminente paleógrafo y seguro que le preguntarían con toda cordialidad ¿a qué te dedicas, Ardèvol? O ¿verdad que lo dejaste todo por una mujer? ¿Verdad que abandonaste un futuro brillantísimo en el terreno del sánscrito y la teología, que lo echaste todo a perder por unas faldas? ¿No fue así? ¡Cuánto diste que hablar! ¡Si supieras lo que se llegó a decir, Ardèvol! ¿Qué fue de la famosa italianita?

Cuando Fèlix Ardèvol dijo al doctor Bosch quiero hablarte de tu hija, hacía seis años que la muchacha se fijaba en el señor Fèlix Ardèvol cada vez que su abuelo Adrià lo recibía en casa; por lo general, abría la puerta ella. Poco antes de estallar la guerra, con diecisiete años cumplidos, empezó a darse cuenta de que le gustaba la manera en que el señor Ardèvol se quitaba el sombrero para saludarla. Y siempre le decía cómo estás, preciosa. Esa frase, cómo estás, preciosa, le gustaba tanto que llegó a fijarse en el color de los ojos del señor Ardèvol. Castaño intenso. Y en el perfume de lavanda inglesa, una fragancia que la encandilaba.

Pero llegó la adversidad: los tres años de guerra; Barcelona no era ni sepia ni gris, sino del color del fuego, de la angustia, del hambre, de los bombardeos y de la muerte. Fèlix Ardèvol se ausentó; fueron varias semanas de viajes silenciosos, y la universidad resistía con las puertas abiertas y la amenaza cerniéndose sobre las aulas. Y cuando volvió la calma, la calma tórpida, Franco depuró a la mayoría de los catedráticos que no habían huido al exilio y la universidad empezó a hablar en castellano y a hacer gala de ignorancia sin complejos. Pero quedaron algunos islotes, como el departamento de paleografía, que los vencedores consideraron insignificantes. El señor Fèlix Ardèvol reanudó las visitas, y con más objetos en su haber. Clasificaban, databan y certificaban autenticidades entre los dos, Fèlix vendía la mercancía en todo el mundo y se repartían los beneficios, bendita sea la remuneración en tiempos de tanta penuria. Los profesores que sobrevivieron a las escabechinas franquistas siguieron recelando del comerciante que deambulaba por el departamento como si fuera el catedrático. Por el departamento y por casa del doctor Bosch.

Durante la guerra, Carme Bosch apenas lo vio, pero tan pronto como terminó, el señor Ardèvol volvió a frecuentar a su padre y se encerraban los dos en el despacho, mientras ella seguía con sus cosas y decía Lola Xica, ahora no quiero salir a comprar las sandalias, y Lola Xica sabía que era porque el señor Ardèvol estaba en casa, hablando de papeles antiguos con el señor; y con una sonrisa disimulada decía como quieras, Carme. Después, casi sin consultárselo, su padre la matriculó en la Escuela de Bibliotecarias, que acababan de reabrir casi al lado de su casa, porque vivían en la calle de los Ángeles, y comenzaron los tres años más felices de su vida. Trabó

amistad con algunas compañeras, se comprometieron entre todas a no dejar de verse por muchas vueltas que diera la vida, si se casaban, etcétera, y no volvió a verlas nunca más, ni siquiera a Pepita Masriera. Se puso a trabajar en la biblioteca de la universidad, transportó carritos de libros, procuró con poca fortuna adoptar la actitud adusta de la señora Canyameres, coincidió dos o tres veces con el señor Ardèvol, que casualmente iba a la biblioteca con mayor frecuencia que nunca y seguía diciéndole cómo estás, preciosa, y añoró a alguna de sus compañeras de estudios, sobre todo a Pepita Masriera.

—El castaño intenso no existe.

Lola Xica miraba a Carme con ironía, esperando una respuesta.

—Bueno. Castaño bonito. Como la miel oscura, la de eucaliptus.

—Tiene la edad de tu padre.

—¡Hala! Es siete años y medio más joven.

—En tal caso, no digo nada.

A pesar de las depuraciones, también el señor Ardèvol recelaba de los profesores nuevos y antiguos. Ya no lo incordiarían preguntándole por sus amoríos, porque quizá no supieran nada, pero seguro que le dirían pisas terreno resbaladizo, amigo mío. Lo que quería evitar Fèlix Ardèvol era tener que dar más explicaciones de la cuenta a quienes lo miraban con cívica ironía y, sin decir una palabra, daban a entender que no se las habían pedido. Hasta que un día dijo basta, no puedo vivir con esta cruz y se fue a Vía Layetana y dio el nombre del profesor Montells, de paleografía.

—¿Quién dice?

—El profesor Montells, de paleografía.

—Montells de Paleografía —escribió lentamente el comisario—. ¿El nombre de pila?

—Eloi. Y de segundo apellido…

—Eloi Montells de Paleografía, ya está el nombre completo.

El despacho del comisario Plasencia era de un color oliváceo sucio y tenía un archivador oxidado y los retratos de Franco y José Antonio en la desconchada pared. Por el mugriento cristal se veía el tráfico de Vía Layetana, pero el señor Fèlix Ardèvol no reparaba en semejantes minucias. Estaba escribiendo el nombre completo del doctor Eloi Montells, que al

parecer se apellidaba Ciurana de segundo, agregado a la cátedra de paleografía, que en otra época había estudiado también en la Gregoriana y que lo miraba con recelo cada vez que iba a ver al doctor Bosch para asuntos en los que no podía meter las narices por más que lo deseara.

—¿Y cómo lo calificaría?

—Catalanista. Comunista.

El comisario silbó y dijo vaya, vaya, vaya… ¿Y cómo puede habérsenos escapado?

El señor Ardèvol no contestó porque la pregunta era retórica y no era prudente replicar que se les había escapado por pura ineptitud policial.

—Es el segundo profesor que denuncia usted. Qué curioso —daba golpecitos en la mesa con un lapicero, como si mandase un mensaje en morse—. Porque usted no es profesor, ¿verdad? ¿Por qué lo hace?

—Por despejar el panorama. Por poder circular sin miradas indiscretas.

—Por patriotismo. Viva Franco.

Hubo más denuncias. Hasta tres o cuatro. Todos eran catalanistas y comunistas. De nada les valió adherirse incondicionalmente al régimen ni exclamar ¿comunista, yo? De nada les valió gritar vivafranco ante el comisario, porque había una institución que debía funcionar sin tregua: la cárcel Modelo, donde ingresaban los descastados que no habían aceptado las generosas ofertas del Generalísimo y se empecinaban recalcitrantemente en el error. Las oportunas denuncias despejaron los aledaños del doctor Bosch, que no se enteraba de nada y proporcionaba información a ese hombre tan animoso que, por lo visto, tanto lo admiraba.

En prevención de cualquier eventualidad, poco después de la detención de profesores, Fèlix Ardèvol trocó las visitas al despacho de la universidad por las de la casa del doctor Bosch, para gran satisfacción de Carme Bosch.

—¿Cómo estás, preciosa?

La muchacha, que cada día estaba más guapa, respondía con una sonrisa y bajaba la mirada, siempre igual, de tal manera que sus ojos llegaron a ser uno de los misterios más apasionantes que Fèlix Ardèvol

tenía que desentrañar con carácter de urgencia. Casi tan apasionante como un manuscrito autógrafo de Goethe sin dueño.

—Hoy traigo más trabajo y mejor pagado —dijo nada más entrar en el estudio del profesor Bosch. Y mi abuelo Adrià se dispuso a peritar, a certificar la autenticidad, a cobrar y a no preguntar nunca pero, oye, Fèlix, de dónde puñetas sacas todo este material. ¿Y cómo te las arreglas para…? ¿Eh?

Mientras el uno sacaba papeles, el otro aprovechaba para limpiar los quevedos. La función no empezaba hasta que tenían el manuscrito encima de la mesa.

—Gótica cursiva de cancillería —dijo el doctor Bosch con los lentes puestos, mirando golosamente el manuscrito dispuesto en la mesa. Lo cogió y lo miró y remiró por todas partes un rato largo.

—Está incompleto —dijo rompiendo el largo silencio.

—¿Es del siglo catorce?

—Sí. Vas aprendiendo, ¿eh?

En esa época, Fèlix Ardèvol ya había tendido por muchos lugares de Europa una red de búsqueda de todo papel, papiro o pergamino suelto o en legajo que pudiera haber en las estanterías, normalmente desordenadas y polvorientas, de archivos, bibliotecas, institutos culturales, ayuntamientos y parroquias. El joven señor Berenguer, un hurón genuino y ejemplar, los recorría uno por uno, hacía la primera valoración y comunicaba las novedades por medio de las endebles líneas telefónicas de la época. Según la decisión, pagaba al dueño poco y mal por el tesoro, siempre y cuando no pudiera hurtarlo, y se lo entregaba a Ardèvol, quien lo peritaba con ayuda del doctor Bosch. Todos salían ganando, incluso la memoria de las cosas. Sin embargo, más valía que nadie se enterase. Nadie. A lo largo de diez años había encontrado mucha, muchísima quincalla, pero de vez en cuando le caía en las manos una perla, como un ejemplar de la edición de 1876 de *L’après-midi d’un faune* con ilustraciones de Manet, entre cuyas páginas descubrió unos manuscritos de Mallarmé, nada menos, lo último que escribió, seguramente, que habían estado durmiendo en el desván de la miserable biblioteca municipal de Valvins. O tres pergaminos completos y en buen estado del corpus de la cancillería de Juan II, milagrosamente

rescatados de un lote de herencia en una subasta de Göteborg. Todos los años encontraba tres o cuatro perlas y por ellas se desvivía Ardèvol día y noche. Poco a poco, en la soledad del inmenso piso que había alquilado en el Ensanche, fue tomando cuerpo la idea de abrir una tienda de antigüedades para poner a la venta todo lo que no fuesen verdaderas perlas. Esa decisión le impuso otra: aceptar lotes hereditarios aunque contuvieran otros artículos, aparte de manuscritos. Jarrones, bongós, chippendales, paragüeros, armas…, cualquier objeto construido hacía muchos años y ya prácticamente inútil. Así fue como entró en su casa el primer instrumento musical.

Pasaron unos años; el señor Ardèvol, mi padre, fue a ver al profesor Bosch, mi abuelo, a quien todavía tuve ocasión de conocer, aunque era muy pequeño. Y Carme, mi madre, cumplió los veintidós años y un día el señor Fèlix Ardèvol dijo a su colega quiero hablar de tu hija.

—¿Le pasa algo? —un poco sobresaltado el doctor Bosch, quitándose los quevedos y mirando a su amigo.

—Quiero casarme con ella. Si no tienes inconveniente.

El doctor Bosch se levantó y, desconcertado, salió al oscuro recibidor blandiendo los lentes. A unos pasos de distancia, Ardèvol lo miraba fijamente. Al cabo de unos minutos de paseíllos nerviosos, mi abuelo dio media vuelta y miró a Ardèvol, pero no vio que tenía los ojos de color castaño intenso.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cuatro.

—Y Carme debe de tener dieciocho o diecinueve, a lo sumo.

—Veintidós y medio. Tu hija tiene veintidós años más que cumplidos.

—¿Seguro?

Silencio. El doctor Bosch se puso los lentes como para examinar la edad de su hija. Miró a Ardèvol, abrió la boca, se quitó los lentes y, con la mirada desenfocada, dijo lleno de admiración, como para sí, como si estuviera contemplando un papiro ptolemaico, Carme ha cumplido veintidós años…

—Hace unos cuantos meses.

En ese momento se abrió la puerta de la casa y entraron Carme y Lola Xica. La joven miró a los dos hombres, plantados en medio del recibidor, mudos. Lola Xica desapareció con la cesta y Carme volvió a mirarlos mientras se quitaba el abrigo.

—¿Ha pasado algo? —dijo.

5

A pesar de su carácter huraño, mi padre me fascinó mucho tiempo y yo deseaba complacerlo. Y, sobre todo, ansiaba que me admirase. Brusco, sí; con mal genio, también; y no me quería nada. Pero yo lo admiraba. Seguramente me está costando tanto hablar de él precisamente por eso. Por no justificarlo. Por no condenarlo.

Una de las pocas veces, si no la única, que me dio la razón me dijo muy bien, me parece que tienes razón. Guardo el recuerdo como un tesoro en una cajita. Porque, en general, siempre éramos los demás quienes nos equivocábamos. Entiendo que mi madre viese pasar la vida desde el balcón. Pero yo era pequeño y quería ser el perejil de todas las salsas. Cuando mi padre me ponía objetivos imposibles, en principio me parecía bien. Aunque los principales no se cumplieron. No estudié Derecho; sólo hice una carrera, pero, en cambio, me he pasado la vida estudiando. No he llegado a coleccionar diez o doce lenguas con la intención de batir la marca del pater Levinski de la Gregoriana, pero las he aprendido sin grandes obstáculos y porque me apetecía. Y aunque tengo deudas pendientes con mi padre, no he pretendido que se enorgulleciera dondequiera que se encuentre, es decir, en ninguna parte, porque he heredado su descreimiento en la vida eterna. Tampoco se cumplieron los designios de mi madre, siempre relegados al segundo lugar. Bueno, no es exactamente así. Hasta más tarde no llegué a saber que mi madre tenía planes para mí, pero a espaldas de mi padre.

Es decir, era hijo único y mis padres, ansiosos por presumir de niño inteligente, no me quitaban la vista de encima. He aquí lo que podríamos llamar el resumen de mi infancia: listón alto. Listón alto en todo, hasta en comer con la boca cerrada, sin apoyar los codos en la mesa y sin interrumpir las conversaciones de los mayores, menos cuando explotaba, porque había días que no podía más y ni Carson ni Águila Negra lograban

calmarme. Por eso, cada vez que Lola Xica tenía algún recado que hacer en el Barrio Gótico, procuraba aprovechar la ocasión para acompañarla y poder desojarme en la tienda mientras la esperaba.

Cuanto mayor me hacía, más me atraía el desasosiego inquietante que me infundía la tienda. En casa la llamábamos la tienda para simplificar, aunque, más que una tienda, era un universo completo en el que se podía prescindir de la vida de fuera de sus cuatro paredes. La puerta estaba en la calle de la Paja, enfrente de algo parecido a una fachada descuidada de una iglesia de la que no se hacían cargo ni el obispado ni el ayuntamiento. Al abrirla, sonaba una campanilla cuyo tintineo oigo todavía, que avisaba a Cecília o al señor Berenguer. A partir de ahí empezaba a regalarme la vista y el olfato. El tacto no, porque allí no se podía tocar nada, tú, que donde pones el ojo pones la mano, pobre de ti como toques algo. No se toca nada de nada, ¿entiendes…, hum…, niño…, Adrià? Y como no se podía tocar nada de nada, deambulaba por los estrechos espacios de paso con las manos en los bolsillos; miraba un ángel carcomido y policromado que estaba al lado de una palangana dorada de María Antonieta. Y un gong de la dinastía Ming que valía una fortuna y que Adrià quería tocar antes de morirse.

—¿Para qué sirve esto?

El señor Berenguer miró la daga japonesa, luego a mí y sonrió:

—Es una daga Kaiken de las bushi.

Adrià se quedó con la boca abierta. El señor Berenguer miró un momento a Cecília, que estaba abrillantando vasos de bronce, y dijo en voz baja, agachándose hacia el niño y echándole el poco agradable aliento que tenía:

—El puñal con el que se suicidaban las guerreras japonesas. —Lo miró fijamente esperando una reacción, pero como el niño se quedó tan pancho, el hombre añadió secamente—: Época Edo, siglo diecisiete.

Lógicamente, a Adrià le impresionó mucho, pero a los ocho años que debía de tener en esa época, ya sabía disimular las emociones, igual que mi madre cuando mi padre se encerraba en el despacho a mirar manuscritos con la lupa y en casa no se podía dar una voz más alta que otra porque mi padre estaba leyendo en el despacho y vete a saber a qué hora saldrá a cenar.

—No. No pongas la verdura al fuego hasta que dé señales de vida.

Y Lola Xica se iba a la cocina rezongando a éste le enseñaba yo, toda la casa pendiente de su lupa. Y si estaba yo al lado de éste, le oía leer:

A un vassalh aragones. / Be sabetz lo vassalh qui es, / El a nom. N'Amfos de Barbastre. / Ar aujatz, senher, cal desastre / Li avenc per sa gilozia.

—¿Qué es eso?

—*La reprensió dels gelosos*. Una novelita.

—¿Es catalán antiguo?

—No. Occitano.

—Se parecen.

—Mucho.

—¿Qué quiere decir gelós?

—El autor es Ramon Vidal de Besalú. Siglo trece.

—¡Ahí va, qué antiguo! ¿Qué significa gelós?

—Folio 132 del cancionero provenzal de Karlsruhe. Hay otro en la Biblioteca Nacional de París. Éste es mío. Es tuyo.

Adrià lo tomó como una invitación y alargó la mano. Mi padre me soltó un golpe seco y me hizo mucho daño. Ni se molestó en decir donde pones el ojo pones la mano. Siguió mirando los renglones de uno en uno con la lupa y dijo cuántas alegrías me da la vida últimamente, por qué será.

Daga japonesa con la que se suicidaban las mujeres, resumió Adrià. Y continuó el periplo hasta los recipientes de cerámica. Dejó los grabados y manuscritos para el final, porque le inspiraban mucho respeto.

—A ver cuándo vas a venir a ayudarnos, que aquí hay mucho que hacer.

Adrià miró la solitaria tienda y sonrió educadamente a Cecília.

—Cuando me deje mi padre —dijo.

Ella iba a replicar, pero se echó atrás y se quedó un momento con la boca abierta. Después, con los ojos brillantes, me dijo dame un beso, anda.

Y tuve que obedecer, porque no era cuestión de dar allí el espectáculo. El año anterior estaba colado por ella, pero ahora me empezaba a molestar tanto besuqueo. Aunque todavía era muy jovencito, acababa de entrar por la puerta grande en la etapa de la aversión profunda a los besos, como si

tuviera doce o trece años; siempre he sido un niño prodigio para las cosas secundarias. La fiebre antibesos me duró desde los ocho o nueve años que debía de tener entonces hasta…, bueno, ya lo sabes. O quizá no lo sepas todavía. Por cierto, ¿qué significa lo de «he rehecho mi vida», que le dijiste al vendedor de enciclopedias?

Adrià y Cecília se quedaron unos instantes mirando a la gente que pasaba por la calle sin fijarse en el escaparate.

—Siempre hay cosas que hacer —le dijo Cecília como si me hubiera leído el pensamiento—. Mañana vaciamos un piso con biblioteca, ¡menuda la que se prepara!

Volvió a los bronces. A Adrià se le metió el olor del Netol en el cerebro y puso tierra de por medio. Por qué tendrán que suicidarse las mujeres japonesas, pensó.

Ahora tengo la impresión de haber estado pocas veces en la tienda revolviendo las cosas. Lo de revolver es un decir. Lo que más pena me daba era no poder tocar los instrumentos musicales. Una vez, un poco mayor ya, probé un violín, pero al mirar atrás de reojo me encontré con la mirada muda del señor Berenguer y juro que me entró miedo. No volví a intentarlo nunca más. Recuerdo que, aparte de los fiscornos, tubas y trompetas, llegaron a pasar por allí más de doce violines, seis violoncelos, dos violas y tres espinetas, además del gong de la dinastía Ming, un tambor etíope y algo parecido a una serpiente inmensa, inmóvil, que no emitía ningún sonido y que, según me enteré después, se llamaba serpentón. Estoy seguro de que los instrumentos se compraban y se vendían, porque variaban, pero la cantidad solía ser ésa, lo recuerdo. Y hubo una temporada en la que pasaron por allí unos cuantos violinistas del Liceu, que intentaban infructuosamente llegar a un acuerdo para quedarse con algún instrumento. Mi padre no quería clientes músicos, porque siempre andan mal de cuartos: me interesan los coleccionistas, los que desean tanto el objeto que, si no pueden comprarlo, lo roban; ésos son mis clientes.

—¿Por qué?

—Porque pagan lo que les pido y se van satisfechos. Y luego, un día u otro vuelven muertos de ganas de comprar más.

Mi padre sabía mucho.

—Los músicos quieren los instrumentos para tocar con ellos. Cuando lo tienen, tocan con él. A los coleccionistas, en cambio, no les hace falta; pueden tener diez y les pasan la mano por encima, o la vista, y con eso les basta. No tocan con el instrumento, sólo lo tocan.

Mi padre era muy inteligente.

—¿Un músico coleccionista? Un chollo, pero no conozco a ninguno.

Y entonces, ganada cierta confianza, Adrià le dijo que Herr Romeu era más aburrido que una tarde de domingo y él me echó una mirada de las suyas, de las que taladraban y que, a los sesenta años, todavía me agobia.

—¿Qué has dicho?

—Que Herr Romeu…

—No; más aburrido ¿que qué?

—No sé.

—Sí sabes.

—Que una tarde de domingo.

—Está bien.

Mi padre siempre tenía razón. Se quedó callado como si estuviera metiéndose mis palabras en el bolsillo, para su colección. Después de ponerlas a buen recaudo reanudó la conversación.

—¿Por qué es aburrido?

—Siempre me manda estudiar declinaciones y desinencias que me sé de memoria y se pasa el día haciéndome repetir este queso de vaca es muy bueno; ¿dónde lo has comprado? O, si no, yo vivo en Hannover y me llamo Kurt. ¿Y dónde vives tú? ¿Te gusta Berlín?

—¿Y qué quieres aprender a decir?

—No sé. Quiero leer algo divertido. Quiero leer a Karl May en alemán.

—Muy bien, me parece que tienes razón.

Repito: muy bien, me parece que tienes razón. Y lo que es más: fue la única vez en la vida que me dio la razón. Si fuera fetichista habría enmarcado la frase, con el día y la hora del acontecimiento. Y le habría hecho una foto en blanco y negro.

El martes siguiente no hubo clase, porque habían despedido a Herr Romeu. Adrià se creyó muy importante, como si las personas fueran dueñas de su destino. ¡Qué martes de gloria! En esa ocasión me alegré de que mi padre siempre metiera a todo el mundo en cintura. Debía de tener nueve o diez años, pero con el sentido de la dignidad muy desarrollado. O mejor dicho, el del ridículo. Sobre todo ahora, mirando atrás, Adrià Ardèvol comprendió que no había sido niño ni de pequeño. Cogió todas las precocidades posibles igual que otros cogen catarros e infecciones. Hasta me doy pena. Y eso que ignoraba detalles que ahora puedo recomponer, por ejemplo, que, después de abrir la tienda en condiciones muy precarias, con Cecília, que estaba aprendiendo a peinarse para estar guapa, mi padre recibió la visita de un cliente que quería hablarle de un asunto; lo llevó al despacho y el desconocido le dijo señor Ardèvol, no he venido a comprar nada, y mi padre lo miró a los ojos y se puso en guardia.

—Dígame, entonces, a qué ha venido.

—A avisarle de que corre peligro.

—¿Ah, sí? —Sonrisa de mi padre, de estar un poco hasta las narices.

—Sí.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Por ejemplo, porque el doctor Montells ha salido de la cárcel, por si no lo sabía.

—No sé a quién se refiere.

—Y nos ha contado cosas.

—¿Quiénes son «nos»?

—Digamos que estamos muy enfadados con usted porque lo denunció por catalanista y comunista.

—¿Yo?

—Usted.

—No soy un chivato. ¿Se le ofrece algo más? —dijo, levantándose.

El desconocido no se levantó. Se arrellanó más en el asiento y, con pericia inusitada, se lió un cigarrillo. Y lo encendió.

—Aquí no fuma nadie.

—Yo, sí. —Lo señaló con la mano del cigarrillo—. Y sabemos que ha denunciado a tres personas más. Todas le envían recuerdos, desde casa o desde la cárcel. A partir de ahora, tenga mucho cuidado con las esquinas; son peligrosas.

Apagó el cigarrillo en la mesa como si de un cenicero enorme se tratara, echó el humo al señor Ardèvol a la cara, se levantó y salió del despacho. Fèlix Ardèvol vio chamuscarse un trocito de madera de la mesa y no hizo nada por evitarlo. Como si fuera su penitencia.

Por la noche, en casa, tal vez para resarcirse del mal cuerpo que le había quedado, me mandó pasar al despacho y, de premio, sobre todo de premio por ser el primero en exigir a los profesores, que eso es lo que tiene que hacer mi hijo, me enseñó un pergamino doblado y escrito por ambas caras, que, al parecer, era el acta fundacional del monasterio de Sant Pere del Burgal, y me dijo mira, hijo (como habíamos establecido una fuerte alianza, me habría gustado que después de mira, hijo, hubiera añadido «en quien tengo puesta toda esperanza»), este documento se redactó hace más de mil años y ahora lo tenemos en las manos… Quieto, quieto, calma, que lo cojo yo. ¿Verdad que es una preciosidad? Es de cuando se fundó este monasterio.

—¿Dónde está?

—En el Pallars. ¿Te acuerdas del urgell del comedor?

—Ése es el monasterio de Santa Maria de Gerri.

—Sí, sí. Burgal está todavía más arriba. A unos veinte kilómetros más hacia el frío. —Refiriéndose al pergamino—: El acta fundacional de Sant Pere del Burgal. Resulta que el abad Deligat pidió al conde Ramon de Tolosa el privilegio de inmunidad para un monasterio que, aun siendo muy pequeño, sobrevivió centenares de años. Me emociona tener tanta historia en las manos.

Me imaginé lo que me decía mi padre y no me costó mucho figurarme que pensara que, para ser Navidad, hacía un día demasiado luminoso y primaveral. Acababan de enterrar al reverendísimo padre prior dom Josep de Sant Bartomeu en el humilde y reducido cementerio de Sant Pere, y la vida, que reventaba en primavera cubriendo la hierba húmeda y tierna de mil botones variopintos, ahora, por el contrario, reposaba adormecida bajo

el hielo. Acababan de enterrar al padre prior y, con él, todas las posibilidades de que el monasterio pudiera continuar con las puertas abiertas. En otros tiempos, cuando todavía nevaba en abundancia, Sant Pere del Burgal era una abadía aislada; desde la remota época del abad Deligat, había pasado por avatares de toda índole, momentos de apogeo, cuando una treintena de monjes contemplaban el magnífico panorama que día a día labraban las aguas del Noguera, con el bosque de Poses al fondo, y alababan al Señor, Le daban las gracias por Su obra y maldecían al Demonio por el frío, que causaba estragos en el cuerpo y encogía el alma a toda la comunidad, y, del mismo modo, épocas de penuria, sin grano para el molino, con apenas seis o siete monjes viejos y enfermos, entregados a las labores propias de los monjes desde que ingresan en el monasterio hasta que son trasladados al cementerio, como ese día el padre prior. La cuestión es que no quedaba más que un solo depositario de tanta memoria.

Un responso breve, descarnado, una bendición apresurada y consternada al humilde féretro, y el oficiante circunstancial, el hermano Julià de Sau, hizo una seña a los cinco aldeanos de Escaló que habían acudido a auxiliar al monasterio en el triste acto. Todavía no había rastro de los hermanos de la abadía de Santa Maria de Gerri que debían presentarse para confirmar la clausura del recinto. Llegarían tarde, mal y nunca, como siempre cuando más falta hacían.

El hermano Julià de Sau entró en el pequeño monasterio de Sant Pere. Se adentró en la iglesia. Con lágrimas en los ojos, empuñó el martillo y la escarpa y agujereó el ara del altar mayor, de donde extrajo el diminuto receptáculo de madera que guardaba reliquias de santos. Lo sobrecogió entonces una súbita aprensión: era la primera vez en la vida que estaba solo. Solo. Sin ningún hermano. Los pasos resonaban en el angosto corredor. Echó una mirada al escueto refectorio. Un banco rozaba la pared y desconchaba el sucio enlucido. No se molestó en colocarlo correctamente. Se le escapó una lágrima y se fue en dirección a su celda. Desde allí contempló el amado paisaje que conocía como la palma de la mano, árbol a árbol. En la yacija, el Cofre Sacro que custodiaba el acta fundacional del monasterio y que ahora debería dar cobijo también al receptáculo de las reliquias de los santos desconocidos, que los habían acompañado a lo largo

de muchos siglos de misas y cánticos diarios. Y también al cáliz y la patena de la comunidad. Y a las dos únicas llaves de Sant Pere del Burgal: la de la iglesiuca y la del recinto monacal. Tantos años de cánticos al Señor reducidos a una caja de maciza madera de sabina que, a partir de ese día, sería testigo único de la historia del monasterio clausurado. En un extremo del jergón, el pañolón del hatillo con dos piezas de ropa, algo semejante a una bufanda rudimentaria y el libro de horas. Y la bolsita de piñas de abeto y arce que le recordaban la vida anterior y nada añorada, cuando se llamaba fray Miquel y profesaba en la Orden Dominica; cuando, en el palacio de Su Excelencia, lo detuvo cerca de las cocinas la mujer del Bizco de Salt y le dijo tomad, fray Miquel, semillas de pino y abeto y piñas de arce.

—¿Para qué las quiero?

—Es lo único que puedo ofreceros.

—¿Por qué debes ofrecerme algo? —Fray Miquel, impaciente.

La mujer agachó la cabeza y dijo en voz baja, casi imperceptible, Su Excelencia me ha violado y quiero quitarme la vida para que mi marido no lo sepa nunca, porque entonces me mataría él.

Aturdido, fray Miquel tuvo que entrar en el corredor y sentarse en el banco de madera de boj.

—¿Qué dices? —preguntó a la mujer, que lo había seguido y estaba de pie ante él.

La mujer no añadió nada porque ya lo había dicho todo.

—No te creo, mentirosa despreciable. Tú lo que quieres es…

—¿Me creeréis cuando me cuelgue de una viga carcomida? —Lo miró con unos ojos que daban miedo.

—Pero criatura…

—Quiero que me confeséis de mi pecado porque voy a quitarme la vida.

—No soy sacerdote.

—Pero podéis, si queréis… A mí sólo me resta morir. Y como no es culpa mía, creo que Dios me perdonará. ¿Verdad, fray Miquel?

—El suicidio es un pecado. ¡Fuera de aquí! ¡Aléjate!

—¿Dónde queréis que vaya una mujer sola, eh?

En ese momento, fray Miquel deseó encontrarse muy lejos, donde se acaba el mundo, a pesar de los peligros que acechan en los salvajes confines del universo.

En la celda de Sant Pere del Burgal, el hermano Julià se miró la mano tendida, con las semillas que le había dado la mujer desesperada a la que no supo consolar. Al día siguiente la hallaron en el pajar mayor, colgada de una viga carcomida. Se estranguló con el rosario de quince misterios con el que se ceñía el hábito Su Excelencia y que hacía dos días que se le había extraviado. Por orden de Su Excelencia, se negó sepultura en sagrado a la suicida y el Bizco de Salt fue expulsado de palacio por haber permitido que su mujer cometiese un acto que clamaba al cielo. La había encontrado de madrugada el propio Bizco de Salt e intentó romper el rosario con la ilusa esperanza de que la Bizca todavía respirara. Cuando fray Miquel se enteró, lloró amargamente, en contra de las indicaciones de la superioridad, rogó por la salvación del alma de la desesperada infeliz y juró ante el Señor que nunca perdería las semillas y los piñones de abeto, recordatorio eterno de su silencio cobarde. Los miró de nuevo, veinte años después, en la mano tendida, ahora, cuando, por el quiebro que le había dado la vida, empezaría a ser monje de Santa Maria de Gerri. Guardó los piñones en el bolsillo del hábito benedictino. Miró por la ventana. Tal vez estuvieran muy cerca, pero ya no le alcanzaba la vista para avistar movimientos a lo lejos. Ató el pañolón del hatillo al buen tuntún. Esa noche, en el monasterio del Burgal no dormiría ningún monje.

Aferrado al Cofre Sacro, pasó por todas y cada una de las celdas: la de fray Marcel, la de fray Martí, la de fray Adrià, la del padre Ramon, la del padre Basili, la del padre Josep de Sant Bartomeu, y la suya, humilde, al final del angosto pasillo, la más próxima al reducido claustro y a la puerta del monasterio, cuya vigilancia le había sido encomendada prácticamente desde su ingreso. Después se acercó al lavadero, a la modesta sala capitular, a la cocina y de nuevo al refectorio, en el que el banco seguía comiéndose la pared. A continuación salió al claustro y, sin poder evitarlo, brotó la congoja en forma de estallido de llanto hondo, porque no encontraba la forma de aceptar que todo fuese voluntad de Dios. Para serenarse, para despedirse definitivamente de tantos años de vida benedictina, fue a la

capilla monacal. Se arrodilló ante el altar sin soltar el Cofre Sacro. Miró por última vez las pinturas del ábside. Los profetas y los arcángeles. San Pedro y San Pablo, San Juan y los demás apóstoles; la Virgen María en actitud de adoración, con los arcángeles, el severo Pantocrátor, y lo desbordó la culpa, la culpa de la extinción del pequeño monasterio de Sant Pere del Burgal. Con la mano libre se golpeó el pecho y dijo confiteor, Domine. Confiteor, mea culpa. Dejó el Cofre Sacro en el suelo y se agachó a besar el suelo que habían pisado tantas generaciones de monjes en loor del Dios Todopoderoso que lo contemplaba impasible.

Se levantó, recogió el Cofre Sacro, miró por última vez las pinturas sagradas y retrocedió de espaldas hasta la puerta. Una vez fuera de la iglesiuca, cerró las dos hojas con gesto seco, echó la llave por última vez y la guardó en el Cofre Sacro. Ninguna mirada humana volvería a posarse sobre las amadas pinturas de la pared de la capilla, hasta que, casi trescientos años después, simplemente empujando con la palma de la mano una hoja carcomida y podrida, abriera la puerta Jachiam de Pardàc.

Entonces, el hermano Julià de Sau se acordó del día en que los pies, ávidos y cansados, inundados todavía de miedo, lo llevaron hasta la puerta de Sant Pere y llamó con el puño cerrado. Vivían a la sazón quince monjes intra muros monasterii. Dios mío, Señor Glorioso, cuánto añoraba, aun careciendo de derecho a sentir nostalgia de una época que no llegó a conocer, los tiempos en los que había una labor para cada monje y un monje para cada labor. El día en que llamó a esa puerta implorando el ingreso, hacía muchos años que había abandonado la seguridad para adentrarse en el reino del miedo, el que acompaña siempre al fugitivo. Y más aún si sospecha que tal vez yerre, porque Jesús nos habló de amor y de bondad y yo no cumplía Su mandamiento. Pero lo cumplía, sí, porque el padre Nicolau Eimeric, el Inquisidor General, era su superior y todo sucedía en el nombre de Dios y por el bien de la Iglesia y de la vera fe, y yo no podía, no podía porque Jesús estaba muy lejos de mí; ¿y quién sois vos, fray Miquel, cabeza de chorlito, fraile lego, para preguntaros dónde está Jesús? Dios Nuestro Señor está en la obediencia ciega, incondicional. Dios está conmigo, fray Miquel. Y quien no está conmigo está contra mí. ¡Miradme a los ojos cuando os hablo! Quien no está conmigo está contra mí. Y fray

Miquel prefirió huir, prefirió la incertidumbre y quizá el infierno a la salvación con mala conciencia. Y por eso huyó, se quitó el hábito de dominico e ingresó en el reino del miedo y viajó a Tierra Santa buscando el perdón de todos los pecados, como si fuese posible el perdón en este mundo o en el otro. Si es que eran pecados. Vestido de peregrino, vio muchas desgracias, se arrastró empujado por el arrepentimiento, prometió cosas difíciles de cumplir, pero no halló la paz, porque si se desoye la voz de la salvación el alma jamás encuentra reposo.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieto con las manos?

—Pero padre… Sólo quiero tocar el pergamino. Has dicho que también era mío.

—Con ese dedo. Y ojito.

Tímidamente, Adrià acercó la mano con un dedo extendido y tocó el pergamino. Tuvo la sensación de haber entrado en el monasterio.

—Ya basta, que a lo mejor lo manchas.

—Otro poco, padre.

—¿Es que no sabes lo que quiere decir «basta»? —gritó mi padre.

Y retiré la mano como si el pergamino me diera calambre y por eso, cuando el ex fraile volvió del periplo por Tierra Santa con el alma envejecida, enjuto de cuerpo y curtido de rostro y la mirada endurecida como el diamante, su infierno interior no se había apagado. No se atrevió a acercarse a casa de sus padres, si es que aún vivían; se dedicó a vagar por los caminos ataviado de peregrino, pidiendo limosna y liquidándola en los hostales con las bebidas más ponzoñosas que hubiera a mano, como si tuviese prisa por desaparecer y dejar de recordar recuerdos. También recayó en los pecados de la carne, obsesivamente, buscando el olvido y la redención que le había negado la penitencia. Era una auténtica alma en pena. De súbito, inopinadamente, le iluminó el camino la sonrisa bondadosa del hermano Julià de Carcasona, portero de la abadía benedictina de la Grassa, en la que pidió hospitalidad un invierno friísimo para pasar una noche. La noche de reposo se dilató hasta diez días de plegaria en la iglesia de la abadía, de rodillas, al pie del muro más alejado de la sillería de la comunidad. En Santa Maria de la Grassa oyó hablar por primera vez del Burgal, un cenobio tan perdido que decían que la lluvia llegaba cansada y

casi no mojaba la piel. Guardó para sí la sonrisa del hermano Julià, que tal vez fuera de felicidad, como un tesoro secreto y profundo, y emprendió el camino, primero hacia la abadía de Santa Maria de Gerri, como le aconsejaron los monjes de la Grassa. Con lo puesto, el zurrón lleno de vianda de caridad y la secreta sonrisa feliz, emprendió el viaje hacia las montañas de nieves perennes, hacia el mundo del silencio perpetuo donde, tal vez, con un poco de suerte, encontraría la redención. Cruzó valles y montes y pisó con sus sandalias destrozadas el agua gélida de ríos que acababan de brotar de la nieve. Cuando llegó a la abadía de Santa Maria de Gerri le confirmaron que el priorato de Sant Pere del Burgal estaba tan apartado y aislado que no se sabía con certeza si los pensamientos llegaban enteros. Y lo que decida contigo el padre prior de allí —le aseguraron— lo aprobará el padre abad de aquí.

Y así, tras muchas semanas de viaje, envejecido antes de los cuarenta años, llamó vigorosamente a la puerta del monasterio de Sant Pere. Era un atardecer frío y oscuro y los monjes, concluidas las vísperas, se disponían a cenar, si es que un plato de agua caliente se puede considerar cena. Le dieron alojamiento, le preguntaron qué era lo que quería y él imploró que lo admitieran en la reducida comunidad; no les refirió su sufrimiento, sino el deseo que tenía de servir a la Santa Madre Iglesia con una labor humilde y anónima, de ser hermano lego, el último de la casa, pendiente tan sólo de la mirada de Dios Nuestro Señor. El padre Josep de Sant Bartomeu, que ya entonces era el prior, lo miró a los ojos y descubrió el secreto de su alma. Treinta días con sus noches lo hospedaron a la puerta del monasterio, en una cabaña precaria. Pero lo que pedía él era la protección del hábito, el amparo de vivir conforme a la santa regla benedictina, que transforma a las personas y otorga la paz interior a quien la practica. Veintinueve veces imploró que le dejasen ser un monje más y veintinueve veces se lo negó el padre prior mirándolo a los ojos. Hasta que un viernes de lluvia y dicha lo imploró por trigésima vez.

—¡No lo toques, coño! ¡Donde pones la vista pones la mano!

La alianza con mi padre se tambaleaba, si no se había resquebrajado ya.

—Pero si sólo…

—Ni pero ni pera. Ándate con ojo si no quieres llevarte un coscorrón, ¿estamos?

Pasó mucho tiempo desde aquel viernes. Ingresó de postulante en el monasterio del Burgal y al cabo de tres inviernos glaciales profesó de hermano lego con el nombre de Julià, en recuerdo de la sonrisa que lo había transformado. Aprendió a estar en paz con su alma, a serenar el espíritu y a amar la vida. A pesar de las frecuentes incursiones en el valle de los hombres del duque de Cardona o de los del conde Hug Roger, que destrozaban a su paso cuanto no les pertenecía, en el encumbrado monasterio Dios y Su paz estaban más cerca. Con tenacidad, se inició en el camino que lleva a la sabiduría. No avistó la felicidad en el horizonte, pero alcanzó una serenidad total que lo condujo paso a paso al equilibrio y aprendió a sonreír como él sabía. Más de uno de los hermanos llegó a pensar que el humilde hermano Julià andaba en el camino de la santidad.

El sol estaba alto e intentaba calentar en vano. Los hermanos de Santa Maria de Gerri todavía no habían llegado; debían de haber pernoctado en el Soler. A pesar del tímido sol, en el Burgal hacía el mayor frío del mundo. Hacía unas horas que se habían ido los aldeanos de Escaló, con los ojos tristes y sin pedir paga alguna. Cerró la puerta con la gran llave que, en calidad de hermano portero, tenía consigo desde hacía muchos años y que ahora debería entregar al abad. Non sum dignus, repetía, apretando la llave que resumía medio milenio de vida monástica ininterrumpida del Burgal. Se quedó fuera, solo, sentado al pie del nogal, con el Cofre Sacro en las manos, esperando a los hermanos de Gerri. Non sum dignus. ¿Y si quieren pasar la noche en el monasterio? Puesto que la regla de San Benito prohíbe taxativamente que un monje viva solo en un cenobio, al caer enfermo, el padre prior mandó aviso a la abadía de Gerri para que se tomasen las disposiciones necesarias. Ya hacía dieciocho meses que el padre prior y él estaban solos en el Burgal. El padre decía misa y él la oía con devoción, asistían los dos al rezo de las horas, pero ya no las cantaban, porque el gorjeo de los gorriones era más fuerte que la voz desafinada y gastada de los monjes. La víspera, a media tarde, después de dos días de fiebre alta, al morir el venerado padre prior, volvió a quedarse solo en la vida. Non sum dignus.

Alguien se acercaba por el escarpado sendero de Escaló, porque el de Estaron era impracticable en invierno. Por fin. Se levantó, se sacudió el hábito y, aferrado al Cofre Sacro, bajó unos pasos por la cuesta. Se detuvo: ¿tendría que abrir las puertas en señal de hospitalidad? Las instrucciones que le había dado el padre prior en el lecho de muerte eran lo único que sabía a propósito del cierre definitivo de un cenobio con tantos años de historia. Los hermanos de Gerri subían poco a poco, cansinamente. Tres monjes. Con lágrimas en los ojos, dio media vuelta, se despidió del monasterio y emprendió el descenso para ahorrar a sus hermanos el último repecho. Veintiún años en el Burgal, lejos de los recuerdos, morían con ese gesto. Adiós, Sant Pere, adiós, barrancos rumorosos de agua fría. Adiós, montañas heladas que me habéis dado serenidad. Adiós, hermanos de claustro y siglos de cantos y plegarias.

—Hermanos, la paz sea con vosotros en este día de la Natividad del Señor.

—La paz del Señor sea con vos.

—Ya le hemos dado santa sepultura.

Uno de los hermanos se retiró la capucha. Una frente noble, seguramente de un padre profeso o, quizá, del ecónomo o del maestro de novicios, le sonrió con una beatitud semejante a la de otro remoto hermano Julià. No llevaba hábito bajo el manto, sino cota de malla de caballero. Lo acompañaban fray Mateu y fray Maur de Gerri.

—¿Quién es el muerto? —preguntó el caballero.

—El padre prior. El difunto es el padre prior. ¿No os han avisado de que…?

—¿Cómo se llama? ¿Cómo se llamaba?

—Josep de Sant Bartomeu.

—Loado sea Dios. Entonces vos sois fray Miquel de Susqueda.

—Me llamo hermano Julià. Soy el hermano Julià.

—Fray Miquel. El dominico hereje.

—La cena está servida.

Lola Xica asomó la cabeza en el despacho. Mi padre respondió con un gesto displicente y silencioso sin dejar de leer en voz alta los artículos del acta fundacional, incomprensibles a primera vista. A modo de respuesta al

requerimiento de Lola Xica:

—Ahora lee lo que falta.

—Es que la letra es muy rara…

—Lee —dijo mi padre, impaciente y decepcionado por tener un hijo tan sosaina. Y Adrià se puso a leer el buen latín medieval del abad Deligat sin entender del todo las palabras y sin dejar de soñar con la otra historia.

—Bien… El nombre de fray Miquel fue en otra vida. Y la orden de Santo Domingo está muy lejos de mi pensamiento. Soy un hombre nuevo, diferente. —Lo miró a los ojos, como hacía el padre prior—. ¿Qué queréis, hermano?

El hombre de la frente noble cayó de hinojos al suelo dando gracias a Dios con una oración breve y silenciosa y se persignó con devoción; los tres monjes se persignaron también respetuosamente. El hombre se puso en pie.

—He tardado muchos años en dar con vos. Un santo fraile inquisidor me ordenó que os ejecutara por hereje.

—Erráis.

—Señores, hermanos —dijo, muy sobresaltado, uno de los monjes acompañantes, fray Mateu tal vez—. Hemos venido a recoger la llave del Burgal y el Cofre Sacro del monasterio y a acompañar a fray Julià a Gerri.

Acordándose de pronto, fray Julià le entregó el Cofre Sacro, que todavía tenía en su poder.

—No será preciso acompañarlo —dijo secamente el de la frente noble. Y al hermano Julià—: No, no yerro. Es obligado que sepáis quién os condena.

—Me llamo hermano Julià de Sau y, como podéis ver, soy monje benedictino.

—Os condena fray Nicolau Eimeric. Me ordenó que os dijese su nombre.

—Erráis.

—Fray Nicolau murió hace mucho tiempo, pero yo sigo con vida y por fin podré dar reposo a mi alma trastornada. En el nombre de Dios.

Ante la mirada estremecida de los dos monjes de Gerri, el último del Burgal, un hombre nuevo, diferente, que tras muchos años de esfuerzo había alcanzado la serenidad espiritual, todavía tuvo tiempo de ver el

destello de la daga, antes de que se le hundiera en el pecho, a la luz cada vez más incierta del débil sol del día invernal. Tuvo que tragarse de golpe el rencor antiguo. En cumplimiento de la orden sagrada, con la misma daga le cortó la lengua y la guardó en una caja de marfil, que se tiñó de rojo. En un tono de voz fuerte y resuelto, mientras limpiaba el hierro con hojas secas del nogal, se dirigió a los atemorizados monjes:

—Este hombre no tiene derecho a reposar en tierra sagrada.

Miró alrededor. Fríamente. Señaló la era aneja al claustro.

—Allí. Sin cruz. Es la voluntad del Señor.

Los monjes, petrificados de horror, no reaccionaban y el hombre de la frente noble, plantado ante ellos, casi pisando el cuerpo inerte de fray Julià, gritó con menosprecio:

—¡Enterrad esta carroña!

Y mi padre, después de leer la firma del documento del abad Deligat, lo dobló con esmero y dijo cuando se toca un pergamino como éste se imagina uno la época, ¿a que sí?

Yo, consecuentemente, lo toqué con los cinco ansiosos dedos. Mi padre me soltó un pescozón doloroso y muy humillante. Mientras me esforzaba por no derramar ni una lágrima, mi padre, indiferente, apartó la lupa y guardó el manuscrito en la caja fuerte.

—¡Hala, a cenar! —dijo, en lugar de sellar un pacto con un hijo que sabía leer latín medieval. Tuve que secarme dos lágrimas furtivas antes de llegar al comedor.

6

Nacer en aquella familia fue un error imperdonable, sí. Y todavía no había pasado nada grave.

—Pues a mí me gustaba Herr Romeu.

Creían que ya me había dormido y levantaron la voz más de la cuenta.

—¡Qué tonterías dices!

—Claro. Soy una inútil. ¡Y la burra de carga de esta casa!

—¡¡Soy yo quien se sacrifica por Adrià!!

—¿Y yo, qué? —voz irónica, dolida, de mi madre, en tono más bajo —. Y procura no dar voces.

—¡Tú sí que las das!

—Conque yo no me sacrifico por el niño, ¿eh?

Silencio denso, palpable. Se oía reflexionar a las neuronas de mi padre.

—Sí, claro, tú también.

—Hombre, gracias por reconocerlo.

—Pero eso no significa que tengas razón.

Cogí al sheriff Carson porque intuía que necesitaría un poco de apoyo psicológico. Incluso llamé a Águila Negra por si acaso. Y, con total sigilo, abrí la puerta de mi habitación, pero sólo una rendija. Tampoco era cuestión de emprender una peligrosa escapada a la cocina en busca de un vaso. Así los oía mucho mejor. Águila Negra me felicitó por la idea. El sheriff Carson no dijo nada y siguió mascando chicle, o eso creía yo, porque en realidad era tabaco, por lo visto.

—De acuerdo, que aprenda violín, de acuerdo.

—Parece que me perdones la vida.

—Pero ¿qué dices, mujer?

—De acuerdo, que aprenda violín, de acuerdo. —Reconozco que mi madre, imitando a mi padre, exageró una barbaridad. Pero me gustó.

—Pues, si te pones así, fuera el violín y que se dedique a cosas serias.

—Si le quitas el violín, me oyes.

—No me amenaces.

—Ni tú a mí.

Silencio. Carson escupió en el suelo y se lo recriminé con un gesto sin palabras.

—El niño tiene que estudiar cosas de verdad.

—¿Y qué cosas son ésas?

—Latín, griego, historia, alemán y francés. Para empezar.

—¡Que sólo tiene once años, Fèlix!

Once años. Me parece que antes dije ocho o nueve; también por estas páginas se me resbala el tiempo. Menos mal que mi madre llevaba la cuenta. Lo que pasa es que tengo poco tiempo y menos ganas de corregir todo esto; escribo con prisa, como cuando era joven, que todo lo que escribía lo escribía con prisa. Y mi madre repitió:

—Tiene once años y ya estudia francés en el colegio.

—J’ai perdu la plume dans le jardin de ma tante no es francés.

—¿Qué es? ¿Hebreo?

—Hasta que pueda leer a Racine no…

—Dios mío.

—Dios no existe. Y podría esforzarse más con el latín. ¡Que está estudiando en los jesuitas, caray!

Eso me afectaba más directamente. Ni Águila Negra ni el sheriff Carson dijeron esta boca es mía. Ellos no habían ido nunca a los jesuitas de la calle Caspe. Yo no sabía si era bueno o malo, pero según mi padre no enseñaban bien latín. Tenía razón: estábamos con la segunda declinación y era un aburrimiento total, porque resulta que los niños no entendían ni el concepto de genitivo o dativo.

—¿Ahora quieres cambiarlo de colegio?

—¿Qué te parecería el Liceo Francés?

—No. El niño se queda en Caspe. Fèlix, ¡no es más que un crío! No podemos cambiarlo de un lado a otro como al ganado de tu hermano.

—De acuerdo, no he dicho nada. Siempre se hace lo que dices tú —mintió mi padre.

—¿Y el deporte?

—Eso es lo de menos. En los jesuitas hay muchos patios, ¿no es eso?

—Y la música.

—Bueno, bueno. Pero lo primero es lo primero. Adrià será un gran erudito y punto. Y voy a buscar a alguien para sustituir a Casals.

Que era, a su vez, el sustituto de Herr Romeu, y al cabo de cinco penosas clases también se atascó con imprecisiones sobre la complicadísima sintaxis del alemán que no fue capaz de solucionar.

—No hace falta. Déjale respirar.

Dos días después, en el despacho, mi madre sentada en el sofá en cuya parte trasera había establecido yo mi base de espionaje, mi padre me llamó a su lado y, a pie firme, oí los pormenores de mi futuro y atiende porque no pienso repetirlo: que yo era un niño listo, que tenía que aprovechar mi capacidad intelectual, que si los einsteins del colegio no se enteraban de mis capacidades iría él a iluminarlos personalmente.

—Me extraña que no fueses más insoportable —me dijiste un día.

—¿Por qué? ¿Porque me consideraban inteligente? Sabía de sobra que lo era. Igual que sabe cada uno si es alto, gordo o de pelo oscuro. Pero a mí, ni fu ni fa. Como las misas y los sermones religiosos que tenía que aguantar con santa paciencia, ni fu ni fa, aunque a Bernat le afectaban mucho. Me parece que todavía no te he contado nada de Bernat. Y entonces mi padre sacó un as de la manga:

—Y ahora vamos a empezar en serio con las clases particulares de alemán, con un profesor de verdad. Nada de Romeus, Casals ni cuentos chinos.

—Pero es que yo…

—Y refuerzo de francés.

—Padre, es que yo quería…

—Tú no quieres nada. Y te lo advierto —me apuntó como si tuviera una pistola en la mano—: al final aprenderás arameo.

Miré a mi madre buscando una aliada, pero estaba con la cabeza gacha, como si le interesaran las baldosas. Tuve que defenderme solo y grité:

—¡¡No quiero aprender arameo!! —lo cual era mentira, pero veía venir un alud de deberes.

—Ya lo creo que sí —en voz baja, fría, implacable.

—No.

—No me lleves la contraria.

—No quiero aprender arameo. ¡Ni nada más!

Mi padre se llevó una mano a la frente y, como aquejado de una migraña insoportable, dijo, mirando a la mesa, en voz bajísima, mira lo que me sacrifico por ti, para que seas el alumno más aventajado que haya existido en toda la historia de Barcelona, ¿y cómo me lo agradeces? —A voz en grito—: ¿Diciendo que no quieres aprender arameo? —Y ahora desgañitándose—: ¿¿Eh??

—Quiero estudiar…

Silencio. Mi madre levantó la cabeza, esperanzada. En el bolsillo, Carson, curioso, se agitó. Yo no sabía lo que quería estudiar. Sabía que no quería que me cargaran tan pronto con una losa. Fueron unos segundos de reflexión angustiosa. Finalmente tuve que improvisar:

—… pues quiero ser médico.

Silencio. Miradas de desconcierto entre mis padres.

—¿Médico?

Mi padre visualizó mi futuro de médico unos segundos. Creo que mi madre también. Yo, que me mareo sólo de imaginarme la sangre, pensé que había metido la pata. Tras un instante de indecisión, mi padre acercó la silla a la mesa, dispuesto a volver a su lectura.

—Nada. Ni médico ni monja. Serás un humanista eminente y punto.

—Padre.

—Anda, hijo, que tengo trabajo. Vete a meter algo de ruido con el violín.

Y mi madre mirando al suelo, tan interesada como antes en las baldosas de colorines del suelo. Traidora.

Abogado, médico, arquitecto, químico, ingeniero de caminos, dentista, abogado, ingeniero industrial, ingeniero óptico, farmacéutico, abogado, fabricante, ingeniero textil y banquero eran los oficios previsibles en los que pensaban todos los padres de todos los hijos.

—Has repetido abogado varias veces.

—Es que es la única carrera que se podía hacer desde Letras. Pero a lo que solían aspirar los hijos era a cursar estudios de carbonero, pintor, carpintero, farolero, albañil, aviador, pastor, futbolista, sereno, alpinista, jardinero, conductor de tren, paracaidista, conductor de tranvía, bombero y papa de Roma.

—Pero ningún padre había dicho nunca hijo mío, cuando seas mayor serás humanista.

—Nunca. Es que éramos muy raros. Vosotros también, un poco.

—Pse… —me dijiste, como si confesaras un defecto imperdonable sin querer entrar en detalles.

Iban pasando los días y mi madre no decía nada, como si estuviera agazapada esperando su turno. Es decir, que reanudé las clases de alemán pero con el tercer profesor, Herr Oliveres, un hombre joven que trabajaba en los jesuitas pero necesitaba un sobresueldo. Aunque daba clase a los mayores, lo conocí enseguida porque era el que siempre se apuntaba, supongo que por cuatro chavos, a vigilar los jueves por la tarde a los castigados por faltas de puntualidad, y dedicaba ese rato a leer libros. Y tenía un método eficaz de enseñanza del idioma.

—Eins.

—Ains.

—Zwei.

—Sbai.

—Drei.

—Drai.

—Vier.

—Fia.

—Fünf.

—Funf.

—Nein: fünf.

—Finf.

—Nein: füüüünf.

—Füüüünf.

—Sehr gut!

Procuré olvidar el tiempo que había perdido con Herr Romeu y Herr Casals y no tardé nada en coger el aire al alemán. Me apasionaron dos cosas: que el léxico no fuese románico, sino totalmente nuevo para mí y, sobre todo, que se declinara, como el latín, y Herr Oliveres, perplejo, no daba crédito a lo que veía. No tardé nada en pedirle deberes de sintaxis y el hombre no salía de su asombro; pero es que siempre me ha interesado entrar en las lenguas por el núcleo duro de su naturaleza. La hora se puede preguntar con cuatro gestos. Y sí, me gustaba aprender una lengua más.

—¿Qué tal las clases de alemán? —me preguntó mi padre, impaciente, después de la primera sesión de la era Oliveres.

—Aaaalso, eigentlich gut —dije como si la cosa no fuera conmigo. Por el rabillo del ojo, aunque no lo veía, me di cuenta de que sonreía y me puse la mar de ufano, porque me parece que, aunque nunca lo habría reconocido, a aquella edad anhelaba maravillar a mi padre.

—Pero no lo conseguiste casi nunca.

—No me dio tiempo.

Resultó que Herr Oliveres era un hombre culto, tímido, que hablaba en voz baja, que siempre iba mal afeitado, que escribía poemas a escondidas y que fumaba maloliente picadura, pero que explicaba la lengua desde dentro. Y que en la segunda clase ya me presentó los schwache Verben. Y en la quinta, con precaución, como si fuera una foto guarra, me dio un Hymn de Hölderlin. Y mi padre dijo a Herr Oliveres que me examinara de francés, a ver si necesitaba refuerzo, y después del examen, monsieur Oliveres le dijo que no lo necesitaba, porque lo llevaba bastante bien con lo que dábamos en el colegio, y que entonces, la hora que quedaba en medio… ¿Cómo está usted de inglés, míster Oliveres?

Sí, fue un error nacer en aquella familia por muchos motivos. Lo que me dolía era que mi padre sólo supiera que yo era su hijo. Todavía no se había dado cuenta de que era un niño. Y mi madre, mirando las baldosas, sin fijarse en la partida que disputábamos padre e hijo. O eso creía yo. Menos mal que tenía a Carson y a Águila Negra, que casi siempre me daban la razón.

7

Fue a media tarde; la Trullols estaba con un grupo de alumnos que no terminaban nunca, y yo, esperando. Se sentó a mi lado un chico más alto que yo, que ya tenía una sombra de bigote y cuatro pelos en las piernas. Es decir, mucho más alto que yo. Agarraba el violín como si lo abrazara y tenía la mirada fija al frente, para no mirarme, y Adrià le dijo hola.

—Hola —contestó Bernat, sin mirarlo.

—¿Vas con la Trullols?

—Ajá.

—¿Haces primero?

—Tercero.

—Yo también. Entonces, vamos juntos. ¿Me dejas ver tu violín?

En esa época, gracias a mi padre, casi me gustaba más el objeto que la música que se le sacaba. Pero Bernat me miró con desconfianza. Por unos momentos pensé que llevaba un guarnerius y que no quería enseñármelo. Sin embargo, abrí mi estuche, le enseñé el violín de estudio, de un rojo muy oscuro, pero que daba un sonido muy convencional, y entonces él hizo lo mismo. Imité la actitud del señor Berenguer:

—Francés, de principios de siglo. —Y, mirándolo a los ojos—: De los que se dedicaron a madame d'Angoulême.

—¿Cómo lo sabes? —Bernat tocado, perplejo, boquiabierto.

Desde aquel día me admiró. Por la mayor tontería por la que me podía admirar: es fácil acordarse de los objetos y saber calificarlos y clasificarlos. Sólo hace falta tener un padre loco por estas cosas. ¿Cómo lo sabes, eh?

—El barniz, la forma, la pinta en general…

—Todos los violines son iguales.

—De eso nada. Son todos diferentes. A cada violín hay que añadirle, además del violero que lo construyó, todos los violinistas que lo han tocado. Este violín no es tuyo.

—¡Desde luego que es mío!

—No. Es al revés. Verás:

Me lo contó mi padre un día, con el storioni en la mano. Me lo ofreció con cierto resquemor y dijo, sin saber muy bien qué decía, ten mucho cuidado, porque es un objeto único en el mundo. Cuando me lo puso en las manos me pareció que estaba vivo. Creí percibir un latido suave e íntimo. Y mi padre, con los ojos brillantes, me decía ten en cuenta que este violín ha vivido aventuras que ignoramos, ha sonado en salas y en casas que jamás conoceremos y ha presenciado las alegrías y los dolores de todos los violinistas que lo han usado. ¡Las conversaciones que habrá oído, la música que habrá recreado!… Estoy seguro de que nos contaría muchas anécdotas tiernas, terminó diciendo con una dosis extraordinaria de cinismo que en ese momento no supe captar.

—Déjame tocarlo, padre.

—No. Cuando termines octavo curso de instrumento. Entonces será tuyo. ¿Me oyes? Tuyo.

Juro que el storioni, al oír aquellas palabras, dio un latido más fuerte que los anteriores. No pude saber si de alegría o de pena.

—Mira, es que es…, cómo te lo diría; mira, es que es un ser vivo, que hasta tiene nombre propio, como tú y como yo.

Adrià miró a su padre con una actitud un poco distante, como si calculara si le estaba tomando el pelo.

—¿Nombre propio?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—Vial.

—¿Y qué significa Vial?

—¿Qué significa Adrià?

—Hombre… Hadrianus es el nombre de la familia romana que provenía de Hadria, en la costa del Adriático.

—No quiero decir eso, caray.

—Me has preguntado qué sig

—Sí, sí, sí… Pues el violín se llama Vial y punto.

—Pero ¿por qué se llama Vial?

—¿Sabes lo que he aprendido, hijo mío?

Adrià lo miró decepcionado porque esquivaba la pregunta, no sabía la respuesta y no quería reconocerlo. Era humano y lo disimulaba.

—¿Qué has aprendido?

—Que este violín no es mío, sino que yo soy suyo. Soy uno más de los muchos que lo han poseído. A lo largo de su vida, este storioni ha tenido diversos instrumentistas a su servicio. Y hoy es mío, pero yo sólo puedo admirarlo. Por eso me hace ilusión que aprendas a tocar el violín y continúes la larga cadena de la vida de este instrumento. Sólo por eso tienes que estudiar violín. Sólo por eso, Adrià. No hace falta que te guste la música.

Con qué elegancia tergiversaba mi padre las cosas, como si yo estudiara violín por deseo suyo, y no por voluntad de mi madre. Con qué elegancia disponía del destino de los demás. Pero en ese momento temblé de emoción, aunque entendí perfectamente las instrucciones que concluían con el espeluznante no hace falta que te guste la música.

—¿De qué año es? —pregunté.

Mi padre me dijo que mirase por la rendija de la derecha. Laurentius Storioni Cremonensis me fecit 1764.

—Déjame ponérmelo.

—No. Piensa en la historia que arrastra este violín. Pero, de tocar con él, nada.

Jachiam Mureda dejó pasar a los hombres y los dos carros en dirección a la Grassa, guiados por Blond de Cazilhac. Se escondió en un rincón para aliviarse el vientre. Unos instantes de calma. Más allá de los carros cargados de madera que se alejaban lentamente, la silueta del monasterio y la pared derruida por el rayo. Hacía tres veranos que se había refugiado en Carcasona huyendo del odio de los de Moena y el destino estaba a punto de dar un giro. Se había acostumbrado al habla dulce de los occitanos. Se había acostumbrado a no comer queso a diario; pero lo más difícil era no vivir entre bosques ni cerca de las montañas; montañas había, pero siempre lejos,

tan lejos que no parecían de verdad. De repente, mientras defecaba, comprendió que en realidad no añoraba el paisaje de Pardàc, sino a su padre, Mureda de Pardàc, y a todos los Mureda: Agno, Jenn, Max, Hermes, Josef, Theodor, Micurà, Ilse, Erica, Katharina, Matilde, Gretchen y la pequeña Bettina, que me regaló la medalla de santa Maria dai Ciüf, patrona de los leñadores de Pardàc, para que nunca estuviera solo. Y se echó a llorar de añoranza de los suyos y, mientras se aliviaba, se quitó la medalla del cuello y la contempló: una Virgen María hierática, de frente, con un recién nacido insignificante y un abeto frondoso al fondo, que le recordaba al de la orilla del torrente de Travignolo, en su Pardàc.

La reparación del muro fue complicada, porque primero fue preciso derrumbar una porción grande que no parecía segura. Y en dos días levantó con su madera un magnífico andamio que le valió los elogios del carpintero del monasterio, el hermano Gabriel, un hombre que, para desbastar y picar, tenía unas manos que parecían pies, pero cuando tocaba calibrar las cualidades de la madera, se volvían delicadas como labios. Se entendieron enseguida. El fraile, hablador de pura cepa, le preguntó que cómo podía ser que entendiera tan bien la madera si no era más que un carpintero, y Jachiam, liberado por fin del miedo a la venganza, por primera vez desde la huida, dijo es que no soy carpintero, hermano Gabriel. Yo tallo la madera, la oigo. Mi oficio es hacerla cantar, elegir los árboles y las partes del tronco que luego han de servir para que los maestros violeros construyan un buen instrumento, ya sea una viola, ya un violín o cualquier otro.

—¿Y qué haces trabajando con un maestro de obras, hombre de Dios?

—Cosas que pasan. Es complicado.

—Has huido de algún horror.

—Bueno, no sé.

—No soy quién para entrometerme, pero ándate con ojo, no sea que sea de ti de quien huyes.

—No. Supongo que no. ¿Por qué?

—Porque quien huye de sí ve constantemente la sombra de su enemigo pisándole los talones y no puede dejar de correr, hasta que revienta.

—Entonces ¿tu padre es violinista? —me preguntó Bernat.

—No.

—Bueno, pues… Pero el violín es mío —remató.

—No digo que no sea tuyo. Digo que tú eres del violín.

—Qué cosas tan raras dices.

Se quedaron en silencio. Oyeron a la Trullols, que levantó la voz para hacer callar a un alumno que desafinaba con pasión.

—¡Qué horror! —dijo Bernat.

—Sí. —Silencio—. ¿Cómo te llamas?

—Bernat Plensa. ¿Y tú?

—Adrià Ardèvol.

—¿Eres del Barça o del Espanyol?

—Del Barça. ¿Y tú?

—También.

—¿Haces colección de cromos?

—La de coches.

—Ostras. ¿Tienes el cromo triple del Ferrari?

—No. No lo tiene nadie.

—¿Tú crees que no existe?

—Eso dice mi padre.

—Ostras, ostras, ostras. —Desolado—. ¿Estás seguro?

Se quedaron en silencio pensando en el Ferrari de Fangio, que se completaba con tres cromos que tal vez no existieran, cosa que les produjo una sensación de vacío en la tripa. Y también los dos hombres guardaron silencio mientras admiraban lo recta que iba subiendo la pared de la Grassa gracias al sólido andamio construido por Jachiam. Al cabo de un largo rato:

—¿Y con qué madera haces los instrumentos?

—No los hago yo, ni los hacía antes. Yo ofrecía la mejor madera. Siempre la mejor. Venían a buscarla a casa los maestros de Cremona y se fiaban de lo que mi padre o yo les preparábamos. Cuando la querían sin resina, les dábamos madera talada en la luna nueva de enero, pero si la querían más armoniosa y valiente, les vendíamos la de pleno verano. Mi padre me enseñó a buscar la madera más cantarina entre cientos de árboles. Sí: me lo enseñó mi padre y a él, el suyo, que trabajaba en casa de los Amati.

—No sé quiénes son.

Entonces, Jachiam de Pardàc le contó cosas de sus padres, de sus hermanos y de su paisaje de bosques, en los Alpes del Tirol. Y de Pardàc, que los del llano llaman Predazzo. Y halló una paz como si se hubiera confesado con el hermano lego. Como si hubiera confesado el secreto de la fuga y el peligro. Pero no se arrepintió de ninguna muerte, porque Bulchanij de Moena era un cerdo asesino que les había quemado el futuro por envidia, y volvería a reventarle la barriga diez mil veces, si pudiera. Jachiam el impenitente.

—¿En qué piensas, Jachiam? Te asoma el odio a la cara.

—Nada, estoy triste. Los recuerdos. Mis hermanos.

—Me has contado cosas de muchos hermanos.

—Sí. Primero nacimos ocho chicos y cuando desesperaban de tener alguna niña, llegaron seis.

—¿Y cuántos viven?

—Todos.

—Eso es un milagro.

—Depende. Theodor no anda, Hermes tiene la cabeza hueca pero el corazón grande y Bettina, la chiquitina, mi querida Bettina, es ciega.

—Pobre madre.

—Está muerta. Falleció en el parto de un niño que también murió.

El hermano Gabriel guardó silencio, tal vez en memoria de la mujer mártir. Para aligerar la conversación:

—No has dicho nada de la madera de los instrumentos. ¿De qué son?

—Los buenos instrumentos que hacen en Cremona los maestros lauderos se hacen con madera de varias clases.

—No quieres contármelo.

—No.

—Da igual, lo averiguaré.

—¿Cómo?

El hermano Gabriel le guiñó un ojo y volvió al monasterio, aprovechando que los albañiles y peones, baldados después de una jornada trasegando piedras y subiéndolas con polea, bajaban de los andamios a esperar la oscuridad, el escaso rancho y el descanso, sin muchos sueños, si posible fuere.

—Un día llevaré el storioni a clase.

—Pobre de ti. Si lo haces, te vas a enterar de a qué sabe un capón bien dado.

—Entonces ¿para qué lo queremos?

Mi padre dejó el violín en la mesa y me miró con los brazos en jarras.

—Para qué lo queremos, para qué lo queremos… —me hizo burla.

—Sí. —Y me enfadé—: ¿Para qué lo queremos, si siempre está metido en el estuche, dentro de la caja fuerte, y no podemos ni verlo, siquiera?

—Lo quiero porque sí. ¿Entiendes?

—No.

—Ébano, un abeto que no se da por aquí y arce.

—¿Quién os lo ha dicho? —Jachiam de Pardàc, asombrado.

El hermano Gabriel lo llevó a la sacristía del monasterio. Arrinconada y protegida por una funda, había una viola de gamba de madera clara.

—¿Qué hace ahí?

—Reposar.

—¿En un monasterio?

Con un ademán indefinido, el hermano Gabriel dio a entender que no tenía ganas de entrar en detalles.

—Pero ¿cómo lo habéis adivinado?

—Nunca me había picado la curiosidad por saber de qué están hechos los instrumentos —dijo, maravillado de su propia desidia.

—¿Cómo lo habéis adivinado?

—Por el olfato.

—Imposible. La madera está muy seca y el barniz camufla.

Aquel día, encerrado en la sacristía con el hermano Gabriel, Jachiam Mureda aprendió a distinguir las maderas también por el olor y pensó qué lástima tan grande no poder contárselo a los de casa, a su padre el primero, que se moriría de tristeza si supiera que me pasaba algo. Y también a Agno, a Jenn y a Max, que hace muchos años que no viven en casa, a Hermes el corto de entendederas, a Josef, a Theodor el cojo, a Micurà, a Ilse y a Erica,

que ya están casadas, a Katharina, a Matilde, a Gretchen y a Bettina, la chiquitina, mi cieguecita, que me dio la medalla de nuestra madre, que es el pedacito de Pardàc que va conmigo a todas partes.

Hasta seis semanas después, cuando empezaron a desmontar el andamiaje, no le dijo el hermano Gabriel que sabía una cosa que barrunto que te gustaría mucho saber.

—¿Qué es?

Se alejaron de los hombres que desmontaban y le dijo, casi al oído, que sabía dónde había un monasterio antiguo, abandonado y muy dejado de la mano de Dios, y que a la vera de las ruinas crecía un bosque de abetos; de ese abeto rojo que te gusta a ti.

—¿Un bosque?

—Un abetal. Unos veinte abetos y un arce majestuoso. Y es madera sin dueño. Hace cinco años todavía no la había tocado nadie.

—¿Cómo es que no tiene dueño?

—Es el bosque de un monasterio abandonado. —En voz baja—: Ni la Grassa ni Santa Maria de Gerri van a echar de menos un par de árboles.

—¿Por qué lo decís?

—¿No tienes ganas de volver con los tuyos?

—Claro. Quiero volver a casa de mi padre, que espero que siga vivo. Y quiero volver a ver a Agno, a Jenn y a Max, que ya no viven en casa, y a Hermes, el corto de entendederas…

—Sí, sí, sí, ya lo sé. Y a Josef y a todos los demás, sí. Y un cargamento de madera que os ayudará a sobrevivir.

Jachiam de Pardàc no volvió a Carcasona. Desde la Grassa, acompañado por Blond de Cazilhac, con un par de hombres, cinco mulas que acarreaban ruedas de carro y una bolsa con todas las soldadas cobradas desde el día en que huyó, emprendió viaje por el Arieja y el puerto de Salau, camino de un sueño.

Tardaron siete u ocho jornadas en llegar a Sant Pere del Burgal, a finales de verano, por el sendero de Escaló, la misma cuesta que, en la fría época de los bisabuelos de los bisabuelos de los tatarabuelos, subió el emisario de la muerte. Arriba, en el monasterio, las paredes presentaban las flaquezas del abandono. Cuando dieron la vuelta al edificio, Jachiam se quedó de piedra. Creyó encontrarse ante el mejor rincón del bosque de Paneveggio antes del incendio. Un abetal formidable de diez o doce abetos inmensos y, en medio, como una reina, un arce del grosor adecuado. Mientras la cuadrilla descansaba de la fatiga del viaje, Jachiam bendijo el nombre del hermano Gabriel de la Grassa, paseó y palpó los árboles, puso la madera a cantar como le había enseñado su padre y la olió como le había enseñado el hermano Gabriel. Fueron momentos de felicidad. Después, mientras los hombres echaban la siesta, recorrió las estancias abandonadas y llegó a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada. La empujó con la palma de la mano y la hoja de madera se desmigajó, podrida y carcomida. El interior estaba tan oscuro que sólo echó un vistazo somero antes de irse a dormir la siesta, como los demás.

Se instalaron entre las paredes del monasterio solitario, bajo la techumbre mohosa, medio podrida, y compraron víveres a los aldeanos de Escaló y Estaron, que no entendían qué habría ido a buscar esa gente entre las ruinas del Burgal. Dedicaron una luna completa a construir unas robustas carretas de transporte abajo, a la orilla del río, donde el camino era más llano. Jachiam abrazó todos los troncos vivos después de cortar las ramas bajas. Los palmeó y los auscultó en compañía del silencio escéptico y asombrado de la cuadrilla. Cuando terminaron de construir las carretas, Jachiam de Pardàc había decidido el abeto que abatiría, además del arce. Estaba convencido de que la madera había crecido con una regularidad excepcional; aunque hacía muchos años que no practicaba el oficio, sabía que la de ese ejemplar cantaba. Pasó muchas horas contemplando las pinturas misteriosas del ábside de la iglesiuca, porque seguramente le contaban cosas que desconocía. Profetas y arcángeles, San Pedro, patrón del lugar, y San Pablo, San Juan y los demás apóstoles, y la Virgen María en actitud de adoración, con los arcángeles, y el severo Pantocrátor. Y no le remordió la conciencia.

Después serraron el abeto elegido. Sí: era un árbol de crecimiento regular, condicionado por el frío, que allí debía de ser intenso y, sobre todo, constante. A pesar de los años que tenía, todos los anillos del crecimiento presentaban la misma densidad. Dios mío, qué madera. Y, abatido el árbol, de nuevo ante la mirada escéptica de la cuadrilla que lo ayudaba, palpó el tronco, lo olió y lo golpeó para determinar cuáles eran las mejores partes. Señaló dos con tiza, una de doce pies y la otra de diez. Era donde la madera cantaba más. Y las serraron sabiendo que no estaban en la luna nueva de enero, que, a decir de muchos, es cuando se debe elegir la madera para un buen violín. Es que los Mureda se habían dado cuenta de que, con permiso de la carcoma, un poco de resina refrescaba la madera que debía hacer un largo viaje.

—Me parece que me estás tomando el pelo —dijo Bernat.

—Lo que tú digas…

Se callaron. Pero tanto desafinaba el alumno que estar callados era mucho peor. Un buen rato después, Adrià:

—Lo que tú digas, pero es más divertido pensar que quien manda es el violín porque está vivo.

Después de unos días de descanso empezaron con el arce. Era inmenso, añoso, de unos dos siglos, tal vez. Además, las hojas ya amarilleaban barruntando las primeras nieves que no llegarían a cubrirlo. Sabía que la parte próxima a la cepa era la mejor y serraron muy a ras, a pesar de las maldiciones de los hombres, pues les parecía que serrar tan abajo era inútil y trabajoso. Tuvo que prometerles dos días más de descanso antes de emprender el viaje. Cortaron a ras. Tanto, que Blond de Cazilhac, espoleado por la curiosidad de algo que vio, hizo un agujero con el pico en dirección a las raíces.

—Ven a ver una cosa —le dijo, interrumpiendo su visita diaria a las mágicas pinturas del ábside.

La cuadrilla había derraigado el tocón casi por completo. Entre las raíces, unos huesos, un cráneo y pelo humano, más unos harapos oscuros, deshechos por la humedad.

—¡A quién se le ocurre enterrar a alguien bajo un árbol! —se escandalizó uno de los hombres.

—Esto es muy antiguo.

—No lo enterraron debajo del árbol —dijo Blond de Cazilhac.

—¿Ah, no? —Jachiam lo miró sin comprender.

—¿No lo ves? El árbol sale del hombre; si es que es un hombre. Ha alimentado el árbol con su sangre y su carne.

Sí. Como si el árbol hubiera nacido del vientre del esqueleto. Y Adrià acercó la cara a la de su padre, para que lo viera, para que le contestase.

—Padre, que sólo quiero tocarlo para ver cómo suena. Cuatro escalas. Sólo un poco. ¡Anda, padre!…

—No. Y no es no. Y basta —dijo Fèlix Ardèvol, rehuyendo la mirada de su hijo—. ¿Y sabes una cosa? Que este despacho, que es mi mundo, también es como un violín, porque a lo largo de la vida habrá alojado toda clase de gente: mi padre, yo… tú, porque estás en el autorretrato, y a saber quién más, porque el futuro es imposible de entender. O sea que no; no es no, Adrià.

—¿¿No sabes que no quiere decir sí?? —me diría Bernat, irritado, al cabo de muchos años.

—¿Ves? —Mi padre cambió de tono de voz. Le pidió que diese la vuelta al violín y le enseñase el fondo del instrumento. Señaló una parte sin tocarla—: Esta raya delgadita…, ¿quién la hizo? ¿Cómo fue? ¿Es un golpe? ¿Está hecho a propósito? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Me cogió el instrumento con delicadeza y dijo para sí, ensoñadoramente, yo con esto soy feliz. Por eso me gusta… Con un movimiento de cabeza abarcó todo el despacho, todos los milagros que guardaba. Y guardó de nuevo al Vial en el estuche, y éste, en la mazmorra de la caja fuerte.

En ese momento se abrió la puerta del aula de la Trullols. Bernat, en voz baja, para que no lo oyese la profe:

—Menuda tontería: yo no soy del violín. Es mío, que me lo compró mi padre en la casa Parramon. Ciento setenta y cinco pelas le costó.

Y cerró el estuche. Me pareció muy antipático. Tan jovencito y ya le incomodaban los misterios. Imposible ser amigos. Descartado. Caput. Después resultó que también iba a Caspe, un curso más que yo. Y que se llamaba Bernat Plensa i Punsoda. Puede que eso ya lo haya dicho. Y que era muy estirado, como si se hubiera bañado en un caldero de fijador del pelo y se le hubiera olvidado enjuagarse. Dieciséis minutos después tuve que reconocer que ese antipático que negaba el misterio, que nunca sería amigo mío y que se llamaba Bernat Plensa i Punsoda, no sé por qué, conseguía que el violín de treinta y cinco duros de la casa Parramon le sonara con una delicadeza que jamás había logrado yo. Y la Trullols lo miraba con satisfacción y yo pensaba mi violín es una mierda. Fue entonces cuando juré que le cerraría la boca para siempre, a él, al violín de madame d'Angoulême y al fijador con el que se había bañado; aunque tengo la impresión de que habría sido mejor para todo el mundo no haber tenido nunca ese pensamiento. De momento, me limité a dejarlo madurar poco a poco. Parece mentira que las cosas más inocentes puedan dar pie a las tragedias más impensables.

En medio de las escaleras, Bernat se palpó el bolsillo y sacó el móvil, que vibraba. Tecla. Vaciló unos segundos, indeciso. Se apartó para dar paso a una vecina que bajaba con prisa. Se quedó como un estúpido mirando la pantallita iluminada, parecía que viese a Tecla subiéndose por las paredes y le entró una alegría inconfesable. Se guardó el móvil en el bolsillo y al cabo de unos segundos notó que ya no vibraba. Seguro que Tecla estaba negociando el último fleco con la voz de la operadora de mensajes. Puede que le dijera y la casa de Llançà, medio año para cada uno. Y la operadora, ¡usted qué se ha creído, si ni siquiera ha puesto el pie allí y, en caso de haberlo puesto, ha sido con esa cara de disgusto que tanto le agrada poner para amargar la vida al pobre Bernat! Se paró unos segundos en el rellano del principal a recuperar el aliento y después llamó al timbre.

—Rinrinríiin.

Tardó tanto en oír algún movimiento en la casa que tuvo tiempo de pensar en Tecla, en Llorenç y en la desagradable conversación de la noche anterior. Rumor de pasos que se arrastraban ligeramente. Ruido súbito de la cerradura, la puerta empieza a abrirse. Adrià, mirándolo por encima de unas gafas estrechas de leer, abrió la puerta de par en par y encendió la luz del recibidor. La luz se le reflejó en la calva.

—Se ha vuelto a fundir la bombilla del rellano —dijo a modo de saludo.

Bernat lo abrazó y Adrià no correspondió. Se quitó las gafas y dijo gracias por venir, mientras lo invitaba a entrar.

—¿Cómo estás?

—Mal. ¿Y tú?

—Mal.

—¿Te apetece tomar algo?

—No. Sí. Ahora ya no bebo.

—Ya no bebemos, ya no follamos, ya no zampamos como cerdos, ya no vamos al cine, ya no nos gusta ningún libro, ya nos parecen muy jóvenes todas las mujeres, ya no se nos empina, ya no creemos a los que dicen que van a salvar el país.

—¡Qué buen programa!

—¿Qué tal Tecla?

Lo pasó al despacho. Como de costumbre, Bernat lo miró todo sin disimular la admiración. Se detuvo unos segundos en el autorretrato, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Qué me has preguntado? —dijo.

—Que qué tal Tecla.

—Muy bien. Fenomenal.

—Me alegro.

—Adrià.

—Qué.

—No te chotees, anda.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te lo conté hace dos días: nos separamos, la pelea es a muerte…

—Ostras…

—¿No te acuerdas?

—No. Estoy muy enfrascado y…

—Eres un sabio distraído.

Adrià no respondió y para romper el silencio Bernat dijo nos separamos; a nuestra edad, y nos separamos.

—Lo siento, pero hacéis bien.

—Si quieres que te diga la verdad, a mí me da completamente igual. Estoy harto de todo.

Al sentarse, Bernat se golpeó las rodillas y, con un tono falso de animación, dijo a ver, ¿a qué venía tanta prisa y tanta urgencia?

Adrià lo miró fijamente un minuto larguísimo. Bernat le sostuvo la mirada hasta que comprendió que, por mucho que Adrià ni siquiera pestañease, en realidad estaba muy lejos.

—¿Qué te pasa? —Pausa. El otro, en las nubes—. ¡Adrià! —Una nota de alarma—. ¿Qué te ocurre?

Adrià tragó saliva y miró a su amigo con algo parecido a la ansiedad. Apartó la mirada.

—Estoy enfermo.

—Vaya.

Silencio. Cuando una persona a la que aprecias, pensó Bernat, te dice que está enferma, se ve pasar de pronto toda la vida por delante de los ojos, la de los dos. Y Adrià, como ausente. Bernat procuró olvidar unos momentos a la bruja de Tecla, menudo día que me está dando, menuda semana y menudo mes, la muy arpía, y dijo pero ¿a qué te refieres? ¿Qué te pasa?

—Fecha de caducidad.

Silencio. Otros cuantos largos segundos de silencio.

—Pero ¿qué te pasa, coño, te estás muriendo, es grave, puedo hacer algo? No sé, cuéntamelo, ¿no?

De no haber sido por el puñetero asunto de la separación de Tecla, Bernat nunca habría reaccionado de esa forma. Y sintió infinitamente haberle soltado semejante parrafada, aunque, por otra parte, a Adrià no le había afectado mucho, al parecer, porque sonrió.

—Sí hay una cosa que puedes hacer. Un favor.

—Pues claro, hombre, pero ¿qué tal estás? ¿Qué es lo que tienes?

—No es fácil de contar. Tengo que ingresar en un centro de asistencia o algo así.

—Pero si estás de puta madre. Estás más lozano que un jardín en primavera.

—Tienes que hacerme un favor.

Se levantó y desapareció en las entrañas de la casa. ¡Cuánta paciencia hay que tener!, pensó Bernat. Por un lado, Tecla, y por otro, éste, con sus misterios y su hipocondría de siempre.

Adrià volvió tan hipocondríaco como de costumbre y con un misterio en forma de legajo voluminoso. Lo dejó encima de la mesilla, delante de Bernat.

—Vela por esto, que no se pierda.

—A ver, a ver, un momento… ¿Desde cuándo estás enfermo?

—Ya te lo he dicho, desde hace tiempo.

—No lo sabía.

—Ni yo sabía que te separabas de Tecla, aunque te lo he aconsejado más de una vez. Y siempre he preferido pensar que lo habíais solucionado. ¿Puedo seguir?

Cuando dos hombres son amigos del alma saben enfadarse y reconciliarse y saben callarse algunas cosas, no vaya a ser que el otro pueda echarle una mano. Eso lo había dicho Adrià hacía treinta y cinco años y Bernat lo recordaba perfectamente. Lo aprovechó para maldecir la vida, que nos regala tantas muertes.

—Perdona, pero es que estoy… Claro que puedes, sigue, sigue.

—Hace unos meses me detectaron un proceso degenerativo en el cerebro. Y parece que ahora la cosa se acelera.

—Mierda.

—Sí.

—Podías habérmelo dicho.

—¿Me habrías curado?

—Soy amigo tuyo.

—Por eso te he llamado.

—¿Puedes vivir solo?

—Lola Xica viene a diario.

—Caterina.

—Eso. Y se queda hasta bastante tarde. Me deja la cena hecha.

Adrià señaló el montón de folios y dijo además de amigo eres escritor.

—Fracasado. —Respuesta seca de Bernat.

—Lo dirás tú.

—Desde luego que lo digo. Y tú no has parado de recordármelo, no te fastidia.

—Siempre te he criticado, ya lo sabes, pero nunca he dicho que hayas fracasado.

—Pero lo has pensado.

—Qué sabrás tú lo que me pasa aquí dentro —dijo Adrià, sulfurándose de pronto, golpeándose la frente con las dos manos.

—Hace muchos años que no publico.

—Pero no has dejado de escribir, ¿a que no?

Silencio. Adrià insistió.

—Hace cuatro días dijiste en público que estabas escribiendo una novela. ¿No es eso?

—Otro fracaso. La he dejado. —Respiró hondo y dijo—: Vamos a ver, ¿qué quieres?

Adrià cogió el montón de folios y lo examinó un rato, como si lo viera por primera vez. Miró a Bernat y le entregó el paquete. Ahora lo vio bien: era un buen legajo de folios escritos por las dos caras.

—Sólo vale esta cara.

—¿La de la tinta verde?

—Ajá.

—¿Y la otra? —Leyó la primera hoja—: «El problema del mal».

—Nada. Tonterías. No tiene ningún valor. —Adrià, incómodo.

Un tanto desorientado, Bernat hojeó por el lado de la tinta verde y procuró familiarizarse con la complicada letra de su amigo.

—¿Qué es? —dijo por último, levantando la cabeza.

—No sé. Mi vida. Mi vida y otros inventos.

—Y desde cuándo… No conocía esta faceta tuya.

—Ya. No la conoce nadie.

—¿Quieres que te dé mi opinión?

—No. Bueno, si me la das, estupendo. Pero… te pido, te ruego que lo pases al ordenador.

—Todavía no has estrenado el que te regalé.

Adrià hizo un ademán indefinido de excusa.

—Pero Llorenç me dio unas clases.

—Que no te han servido de nada. —Se fijó en el paquete de folios—. La parte escrita en verde no tiene título, que yo vea.

—Es que no sé cómo se titula. A lo mejor puedes ayudarme.

—¿Te gusta? —dijo Bernat, levantando el legajo.

—Pues… la cuestión no es que me guste ni me deje de gustar. Además, es la primera vez que…

—Me sorprendes.

—Yo también me sorprendo; pero tenía que hacerlo.

Adrià se reclinó en la butaca. Bernat siguió hojeando las páginas unos momentos y después las dejó en la mesilla.

—Cuéntame cómo estás. Hay algo que pueda hacer para…

—No, gracias.

—Pero dime qué tal te encuentras.

—Ahora bien, pero el proceso avanza. A lo mejor…

Adrià, indeciso sobre si hablar o no, miraba hacia delante, a la pared en la que estaba la foto de los dos amigos, con mochila a la espalda, pelo en la cabeza y nada de tripa, en Bebenhausen, cuando eran jóvenes y todavía sabían sonreír a la cámara. Y más arriba, en el puesto de honor de la pared, como un altar, el autorretrato. A continuación habló en voz baja.

—Puede que dentro de unos meses ya no te reconozca.

—No.

—Sí.

—Mierda.

—Sí.

—¿Y cómo vas a organizarte?

—Te lo contaré, no te preocupes.

—De acuerdo. —Bernat dio unos golpecitos en el legajo con el dedo —. Y por esto no te preocupes. No sé si entenderé tu letra. ¿Ya has pensado lo que vas a hacer con ello?

Adrià siguió divagando largo rato, casi sin mirarlo. A Bernat le recordaba a la figura de un penitente confesándose. Cuando dejó de hablar se quedaron en silencio mucho tiempo, mientras se hacía de noche. Quizá cada cual pensaba en su vida, que no había sido precisamente sosegada. Y en las cosas que no se habían llegado a decir; y en los insultos y peleas de otros momentos; y en los lapsos de tiempo en que habían dejado de verse. Y en por qué la vida siempre acaba con una muerte no deseada. Y Bernat, yo por ti hago lo que me pidas. Y Adrià, sin saber exactamente en qué pensaba. Y el teléfono de Bernat empezó a vibrar en el bolsillo y en ese instante le pareció una irreverencia.

—¿Qué es eso?

—Nada, el móvil. Es que los humanos usamos el ordenador que nos regala un buen amigo. Y además tenemos móvil.

—Pues contesta, coño. Los teléfonos son para contestar.

—No; será Tecla. Que se fastidie.

Y volvieron a sumirse en el silencio, esperando a que cesara el insistente zumbido que era casi un intruso en la conversación de silencios, y Bernat pensó seguro que es Tecla que no para de incordiar. Pero por fin cesó el zumbido. Y poco a poco los pensamientos volvieron a interponerse entre el silencio de los dos hombres.

8

—Pero ¡si no tenemos ni un mísero manuscrito! —protestaba Bernat; los dos en el cruce de la calle Bruc con Valencia, a la puerta del conservatorio, en dirección a casa del uno o del otro, cosa que se decidiría a medio camino.

—Lo que yo te diga.

—Y mi casa es pequeña, comparada con la tuya.

—Sí. ¿Y qué me dices de la terraza tan estupenda que tenéis, eh?

—A mí me gustaría tener un hermano.

—Y a mí.

Reanudaron la marcha en silencio, de nuevo en dirección a casa de Bernat antes de dar media vuelta hacia la de Adrià por segunda vez y demorar así el instante de la separación. En silencio echaban de menos al hermano que no tenían y el misterio por el que Roig, Rull, Soler y Pàmies tenían tres, cinco, cuatro o seis hermanos cada uno, y ellos, ninguno.

—Sí, pero en casa de Rull hay mucho follón, duermen cuatro en una habitación, en literas. Siempre grita todo el mundo.

—Bueno, bueno, de acuerdo. Pero es más divertido.

—No sé. Siempre hay un hermano pequeño fastidiando.

—Sí.

—O uno mayor.

—Puede…

Lo que Adrià quería decir también era que, cuando iban a casa de Bernat, los padres eran muy…, no sé, no están todo el día dándote la vara.

—¡Uf, sí! Que si hoy no has estudiado violín, Bernat. Que si no has hecho los deberes, que si no te ponen deberes, ¡y qué manera de comerte los zapatos, arrapiezo, que menudo potrillo estás hecho! Todo el santo día igual.

—Pues en mi casa no veas.

—Qué.

En el tercer trayecto entre las dos casas llegaron a la conclusión de que era imposible establecer cuál de los dos era más infeliz. Pero yo sabía que cuando iba a casa de Bernat me abría la puerta su madre y me sonreía, me decía hola, Adrià, y me revolvía el pelo un poco con la mano. Mi madre ni siquiera me decía qué tal, Adrià, porque siempre abría Lola Xica, que sólo me pellizcaba en la mejilla, y la casa estaba en silencio.

—¿Lo ves? Tu madre canta mientras zurce calcetines.

—¿Y qué?

—La mía no. En casa está prohibido cantar.

—¡Anda!

—Casi. ¡Qué desgraciado soy!

—Y yo. Pero tú sacas dieces y matrículas.

—Eso no tiene mérito. Los estudios son fáciles.

—Y una mierda.

—Bueno, menos el violín.

—No me refiero al violín, me refiero al cole: la gramática, la geografía, la fisicayquímica, las mates, las ciencias naturales, el rollo del latín; esas cosas. El violín es fácil.

Las fechas me bailan un poco, pero ya ves a qué me refiero con lo de que éramos muy desgraciados. Ahora que te lo he contado me parece más una tristeza de adolescente que de niño. Pero sé que tuve esta conversación con Bernat, que íbamos paseando por la calle entre su casa y la mía, ajenos a la circulación inclemente de Valencia, Lauria, Bruc, Gerona y Mallorca, el meollo del Ensanche, mi mundo, que todavía lo es, aparte de los viajes. Y también sé que Bernat, además, tenía un tren eléctrico y yo no. Y estudiaba violín porque quería. Y, sobre todo, sus padres le decían Bernat, ¿qué quieres ser de mayor?, y él podía decir todavía no lo sé.

—Empieza a pensar en ello. —El señor Plensa, con su cara de buena persona.

—Sí, padre.

Y no lo machacaban más, ¿te imaginas? A él le preguntaban qué quieres ser de mayor y en cambio a mí un día me dijo mi padre escúchame con atención porque no te lo voy a repetir, voy a decirte lo que vas a ser de mayor. Me había trazado el camino hasta el último detalle de cada curva. Y todavía no había intervenido mi madre, que no sé qué fue peor. Y no me quejo: sólo te escribo. Pero es que la cuerda se tensó hasta un punto que incluso me daba reparo contárselo a Bernat. En serio. Porque hacía unas cuantas clases de alemán que no podía terminar todos los deberes porque la Trullols me exigía hora y media de estudio si quería superar los primeros escollos de la doble cuerda y yo odiaba la doble cuerda, porque cuando quieres que te suene una sola te suenan tres y cuando quieres que suene la doble cuerda sólo te suena una, y llega un momento en que estamparías el violín contra la pared porque la digitación se complica, y en los discos de Iossif Robertovitch Heifetz, por ejemplo, ves que alcanza tal perfección que te mareas y me gustaría ser Heifetz por tres motivos: primero, porque seguro que su Trullevičius no le decía así no, Jascha, el tercer dedo tiene que resbalar con la mano, no puedes dejarlo solo ahí en medio, ¡¡¡por el amor de Dios, Jascha Ardèvol!!! Segundo, porque siempre lo hacía bien; tercero, porque seguro que no tuvo un padre como el mío; y cuarto, porque consideraba que ser niño prodigio era una enfermedad grave a la que sobrevivió por varios motivos, y yo también, pero sólo porque no era un niño prodigio de verdad, por mucho que le disgustase a mi padre.

—Jau.

—Dime, Águila Negra.

—Dijiste tres.

—¿Tres qué?

—Tres motivos por los que querías ser Jascha Heifetz.

Es que a veces me despisto. Y cada día más, ahora, mientras escribo. No sé si podré llegar al final.

Lo que estaba claro en mi oscura infancia era la inmensa capacidad pedagógica de mi padre, quien, un día, cuando a Lola Xica se le ocurrió echarme un capote, me dijo ¡pero qué leches decís! Alemán, violín, ¿y por

eso no puedes estudiar inglés? ¿Eh? ¿Acaso mi hijo es de mantequilla, eh? Además, ¿a ti quién te ha dado vela en…? ¡No sé por qué lo estoy hablando contigo!

Lola Xica salió del despacho como un basilisco. Todo empezó cuando mi padre anunció que yo tenía que reservar los lunes para empezar las clases de inglés con míster Prats, un muchacho que valía mucho, y yo me quedé con la boca abierta porque no sabía qué decir, porque sabía que me encantaría aprender inglés pero no quería que mi padre… Y miré a mi madre mientras me terminaba la verdura hervida en silencio y Lola Xica se llevaba la fuente vacía a la cocina. Pero mi madre no abrió la boca; me dejó solo y entonces dije que necesitaba tiempo para el violín porque la doble cuerda…

—Excusas. ¡La doble cuerda!… Fíjate cómo toca cualquier violinista normal y no me digas que no puedes hacerlo igual.

—No me da tiempo.

—Te lo inventas, que eres joven. Si no, dejas el violín, ¿me has oído bien?

Al día siguiente discutieron Lola Xica y mi madre, pero no pude enterarme de todo porque no tenía base de espionaje en el cuarto de la ropa. Y después, unos días más tarde, Lola Xica se enfrentó a mi padre. Fue cuando salió del despacho como un basilisco. Pero es que era la única persona de la casa que se enfrentaba a él sin miedo a recibir más de la cuenta. Y el último lunes antes de las vacaciones de Navidad no pude entretenerme con Bernat por la calle.

—One.

—Uan.

—Two.

—Tu.

—Three.

—Zrii.

—Four.

—Foa.

—Four.

—Fuoa…

—Fffooouur.

—Fffooooa.

—It’s all right!

Del inglés me apasionó la pronunciación, siempre maravillosamente inesperada si la comparábamos con la palabra escrita. Y me maravilló la simplicidad morfológica. Y la sutil relación léxica con el alemán. Y míster Prats era timidísimo, hasta el extremo de que ni me miró a los ojos cuando me mandó leer el primer texto en voz alta, que, por razones de buen gusto, no te digo cuál era. Para que te hagas una idea, el argumento trataba de si mi lapicero estaba encima o debajo de la mesa, con el inesperado giro argumental de que al final estaba en mi bolsillo.

—¿Qué tal la clase de inglés? —me preguntó, impaciente, mi padre diez minutos después de la primera sesión, a la hora de la cena.

—It’s all right —dije, como si la cosa no fuera conmigo. Y me daba rabia porque, en el fondo, y a pesar de lo de mi padre, me moría por saber cómo se decía en arameo uno, dos, tres, cuatro.

—¿Pueden ser dos? —preguntó Bernat, que siempre pedía más.

—Claro que sí.

Lola Xica le dio dos onzas de chocolate; tras medio segundo de incertidumbre, me dio la segunda a mí también. Primera vez en la pputa vida que no tuve que mangarla.

—Y no dejéis el suelo lleno de migas.

Los dos niños se fueron a la habitación y por el camino me dijo Bernat, dime, ¿de qué va, eh?

—Es un secreto muy grande.

Y en la habitación, abrí el álbum de cromos de coches de carreras por la página central y, en vez de mirar los cromos, me fijé en su cara. Por suerte, abrió los ojos de par en par.

—¡No!

—Sí.

—Por tanto, existe.

—Sí.

Era el cromo triple de Fangio al volante del Ferrari. Como lo oyes, querida: el triple de Fangio.

—Déjame tocarlo.

—Cuidado, ¿eh?

Pero es que Bernat no podía remediarlo: cuando una cosa le gustaba, tenía que tocarla. Igual que yo. Siempre fue así. Y todavía lo es. Igual que yo. Adrià contempló con satisfacción la envidia de su amigo mientras éste tocaba el cromo triple de Fangio con la punta de los dedos y, de paso, el Ferrari rojo más veloz de todos los tiempos, sin contar el futuro.

—Habíamos dicho que no existía. ¿Cómo lo has conseguido?

—Contactos.

De pequeño era así de chulo. Me parece que quería imitar a mi padre. O puede que al señor Berenguer. En ese caso, los contactos consistieron en una mañana de domingo bien aprovechada en los puestos de segunda mano del mercado de Sant Antoni. Allí se encuentra de todo, incluso descuidos del destino; desde ropa interior de Josefine Baker hasta un poemario de Josep Maria López-Picó dedicado a Jeroni Zanné. Y el triple de Fangio, que todavía no tenía ningún niño de Barcelona, según se rumoreaba. Cuando mi padre me llevaba allí, siempre procuraba dejarme entretenido y entonces intercambiaba misterios con un par de hombres de colilla eterna en la boca, manos en los bolsillos y mirada recelosa. Y apuntaba secretos en una libretita que después guardaba en algún bolsillo misterioso.

Con un suspiro de pena cerraron el álbum y tuvieron que quedarse esperando pacientemente, emboscados en la habitación. De algo tenían que hablar y Bernat quería preguntar una cosa que se le había metido entre ceja y ceja, aunque sabía que no tenía que preguntar nada porque en casa le habían dicho que esas cosas, mejor no menearlas, Bernat. Y acabó preguntándolo.

—¿Por qué no vas a misa?

—Tengo permiso.

—¿De quién? ¿De Dios?

—No, del padre Anglada.

—Ostras. Pero ¿es que no vas nunca?

—No soy cristiano.

—¡Ostras!… —Silencio desconcertado—. ¿Se puede no ser cristiano?

—Supongo. Yo no lo soy.

—Pero ¿qué eres? ¿Budista? ¿Japonés? ¿Comunista? ¿Eh?

—No soy nada.

—¿Se puede no ser nada?

Nunca he sabido responder a esa pregunta que me hicieron de niño, porque el enunciado da escalofríos. ¿Se puede no ser nada? Yo será nada. ¿Seré como el cero, que no es número natural, ni entero, ni racional, ni real ni complejo, sino el elemento neutro en la suma de los números enteros? Me temo que ni eso: cuando no sea, dejaré de ser necesario, si es que lo soy.

—Jau. Me he perdido.

—Anda, no te líes.

—No, si por mí…

—Pues cállate, Águila Negra.

—Yo creo en el Gran Espíritu de Manitú que llena la pradera de bisontes, manda la lluvia y la nieve al pueblo y mueve el sol que nos calienta, y lo hace desaparecer para dormir, y manda soplar al viento, guía al río por su lecho, apunta el ojo del águila hacia su presa e infunde valor al guerrero que se dispone a morir por su pueblo.

—¿Hola? ¿Dónde estás, Adrià?

Adrià parpadeó y dijo aquí, contigo, hablando de Dios.

—A veces te quedas como ido.

—¿Yo?

—En casa dicen que es porque eres sabio.

—Lo que soy es una mierda. Para mí quisiera yo…

—Oye, no empieces.

—Te quieren.

—¿A ti no?

—No. Me calculan. Me miden el coeficiente intelectual, hablan de mandarme a Suiza, a una escuela especial, y de matricularme en tres cursos a la vez.

—¡Ostras, qué bueno! —Lo miró de reojo—. ¿No?

—No. Discuten por mí, pero de quererme, nada.

—Bah. A mí, los besos…

Cuando mi madre dijo a Lola Xica vete a buscar los delantales a casa de Rosita, supe que era el momento. Como dos ladrones, como el Señor que vendrá a buscarnos, entramos en la casa prohibida. En silencio absoluto nos colamos en el despacho de mi padre, pendientes del rumor que pudiera llegar del fondo, donde mi madre y la señora Angeleta arreglaban la ropa. Tardamos unos minutos en acostumbrarnos a la oscuridad y al ambiente siempre denso del despacho.

—Huele raro —dijo Bernat.

—¡Chitón! —cuchicheé un tanto melodramáticamente, porque sobre todo me interesaba impresionar a Bernat, ahora que empezábamos a ser amigos. Y le dije que no era el olor, sino el peso de la historia que se acumulaba en los objetos de la colección; no me entendió; seguro que tampoco yo entendía del todo que lo que decía era verdad.

En cuanto se nos acostumbraron los ojos a la oscuridad, lo primero que hizo Adrià fue contemplar con satisfacción la expresión estupefacta de Bernat, que ya no percibía un olor raro sino el peso de la historia acumulado en los objetos que empezaba a vislumbrar. Dos mesas, una llena de manuscritos y con una lámpara de mesa rarísima que al mismo tiempo era… ¿Qué es esto? Ah, una lupa. Ostras… Y un montón de libros viejos. Al fondo, una librería llena de libros más viejos aún; a la izquierda, una parte de la pared llena de cuadros pequeñitos.

—¿Son valiosos?

—¡Uuf!

—¿Uuf, qué?

—Un apunte de Vayreda —Adrià señaló orgullosamente el cuadrito inacabado.

—Ah.

—¿Sabes quién es Vayreda?

—No. ¿Vale mucho?

—Muchísimo. Y esto es un grabado de Rembrandt. No es pieza única, porque si no…

—Ajá.

—¿Sabes quién es Rembrandt?

—No.

—Y éste tan pequeño…

—¡Qué bonito!

—Sí. Es el más valioso.

Bernat se acercó a las gardenias amarillas claras de Abraham Mignon como si fuera a olerlas. Bueno, como si quisiera oler el precio.

—¿Cuánto vale?

—Miles de pesetas.

—¡Anda allá! —Unos momentos de meditación—. ¿Cuántos miles?

—No sé, pero muchísimos.

Prefería dejarlo con la incertidumbre. Había empezado bien, ahora sólo faltaba rematarlo. Por eso lo puse mirando a la vitrina y enseguida reaccionó y dijo ¡ahí va!, ¿qué es eso?

—Una daga Kaiken de las bushi —dijo Adrià con orgullo.

Bernat abrió la puerta de la vitrina, yo miré, inquieto, la puerta del despacho; él cogió la daga Kaiken de las bushi, que era igual que la de la tienda, la examinó con mucha curiosidad, se acercó al balcón para verla mejor y la sacó de la funda.

—Cuidado —dije con voz misteriosa—; me parecía que no le había impresionado lo suficiente.

—¿Qué significa una daga caiquén delasbushi?

—Es el puñal con el que se suicidan las mujeres guerreras japonesas. —En voz baja—. El instrumento del suicidio.

—¿Y por qué se tienen que suicidar? —sin sorpresa, sin conmocionarse, el muy estúpido.

—Pues… —Con un esfuerzo de imaginación pude soltar el comentario —: Por si se les tuercen las cosas en la vida; por si pierden. —Y para rematar—: Época Edo, siglo diecisiete.

—¡No veas!

Se quedó mirándola con atención, seguro que se imaginaba a una guerrera japonesa delasbushi suicidándose. Adrià le cogió la daga, la enfundó y, con exagerada cautela de movimientos, la devolvió al armario de los objetos preciosos. Cerró sin hacer ruido. En ese momento ya estaba decidido a rematar a su amigo. Hasta entonces dudaba, pero quería acabar con el esfuerzo que hacía Bernat para no dejarse llevar por la emoción y

perdí el sentido de la prudencia. Me puse las manos en los labios exigiendo silencio absoluto, encendí la lámpara amarillenta del rincón y compuse la combinación de la caja fuerte: seis, uno, cinco, cuatro, dos, ocho. Mi padre nunca la cerraba con llave. Sólo con la combinación. Abrí la cámara secreta de los tesoros de Tutankamón. Unos legajos antiguos, dos cajitas cerradas, muchos sobres con documentos, tres fajos de billetes en un rincón y, en el estante de debajo, un estuche de violín con una mancha imprecisa en la tapa. Lo saqué con mucho cuidado. Abrí el estuche y apareció, resplandeciente, nuestro storioni. Más resplandeciente que nunca. Lo llevé a la zona de luz y le puse la efe delante de las narices.

—Lee esto —le ordené.

—Laurentius Storioni Cremonensis me fecit. —Levantó la cabeza, maravillado—. ¿Qué quiere decir?

—Léelo todo —lo reprendí pacientemente.

Bernat miró por la abertura de resonancia del violín y volvió a examinar el interior. Tuvo que colocar bien la caja para poder leer uno, siete, seis, cuatro.

—Mil setecientos sesenta y cuatro —tuvo que decir Adrià.

—Recorcho… Déjame tocar un poco, a ver qué tal suena.

—Sí, y mi padre nos manda a galeras. Sólo puedes tocarlo con un dedo.

—¿Por qué?

—Es el objeto más valioso de la casa, ¿vale?

—¿Más que las flores amarillas de ese no sé cuántos?

—Mucho más. Muchísimo más.

Por si acaso, Bernat lo tocó con un dedo; pero en un descuido mío, pinzó el re; sonó dulce, aterciopelado.

—Está un poco bajo.

—¿Acaso tienes oído absoluto?

—¿Qué?

—¿Cómo sabes que está un poco bajo?

—Porque el re tiene que sonar un poco poquito más alto, nada, un pelín.

—¡Recorcho, qué envidia me das! —A pesar de que lo que pretendía era dejar boquiabierto a Bernat, me salió la exclamación del alma.

—¿Por qué?

—Porque tienes oído absoluto.

—¿Y eso qué es?

—Es igual. —Y para volver a la situación inicial—: Mil setecientos sesenta y cuatro, ¿te has enterado?

—Mil setecientos sesenta y cuatro… —Lo dijo con verdadera admiración y eso me gustó mucho. Volvió a acariciarlo, sensualmente, igual que cuando dijo ya lo he terminado, Maria, querida. Y ella le susurró estoy orgullosa de ti. Lorenzo le acarició la piel y tuvo la impresión de que el instrumento se estremecía y Maria se puso un poco celosa. Admiró al tacto el ritmo de la curvatura. Lo posó encima de la mesa del taller y se alejó hasta que dejó de oler la intensa fragancia del abeto y el arce milagrosos, y contempló el conjunto orgullosamente. Maestro Zosimo le había enseñado que un buen violín, además de sonar bien, debe ser placentero a la vista y fiel a las proporciones que le dan valor. Sintió satisfacción. Y una sombra de duda, porque todavía no sabía el precio que tendría que pagar por la madera. Pero satisfecho, en efecto. Era el primer violín que empezaba y terminaba él solo y sabía que era muy bueno.

Lorenzo Storioni sonrió tranquilo. También sabía que, con el proceso de barnizado, el sonido adquiriría el color necesario. No sabía si enseñárselo primero a maestro Zosimo o llevárselo directamente a monsieur La Guitte, porque, según dicen, está un poco harto de la gente de Cremona y no tardará en volver a París. Algo parecido al sentido de la fidelidad al maestro lo impulsó a acercarse al taller de Zosimo Bergonzi con el instrumento, todavía pálido como un cadáver en su ataúd provisional. Al verlo entrar, tres cabezas se levantaron de su respectivo trabajo. El maestro entendió la sonrisa de su discípulo, dejó en la balda el fondo de violoncelo que estaba puliendo y llevó a Lorenzo hasta la ventana que daba a la calle de abajo, por la que entraba la mejor luz para examinar instrumentos. En silencio, Lorenzo sacó el violín del estuche de madera de pino y se lo presentó al maestro. Lo primero que hizo Zosimo Bergonzi fue acariciarle el lomo y la tapa. Comprendió que todo funcionaba como había previsto

cuando, unos meses antes, regaló en secreto a su discípulo Lorenzo unas tablas de madera excepcional para que probase si en verdad había aprendido sus enseñanzas.

—¿De verdad me las regaláis? —respondió, azorado, Lorenzo Storioni.

—Más o menos.

—Pero es madera de la que…

—Sí. De la que trajo Jachiam de Pardàc. Ahora está en su mejor momento.

—Quiero saber el precio, maestro.

—Te he dicho que no te preocupes. Cuando hayas hecho el primero te digo el precio.

Esa madera nunca había salido gratis. El año del Señor de 1705, hacía ya muchísimos años, mucho antes de que naciera el joven Storioni, cuando la Tierra era cada vez más redonda, Jachiam, el impenitente de los Mureda de Pardàc, llegó a Cremona acompañado por Blond de Cazilhac, conduciendo una carreta llena de madera aparentemente sin valor, cosa que les ahorró muchos sustos a lo largo del inacabable trayecto. Jachiam tenía más de treinta años, era fuerte y tenía la mirada muy oscura, por la determinación con que enfocaba la vida. Dejó a Blond con la carga suficientemente lejos de la ciudad y se dirigió hacia las casas a buen paso. Al pasar junto a un bosquecillo de encinas se adentró unos metros. No tardó en descubrir un rincón donde poder aliviarse el vientre con tranquilidad. Cuando estaba acuclillado miró hacia delante distraídamente y vio unas prendas harapientas abandonadas. Unas prendas anónimas que le recordaron el maldito jubón de Bulchanij de Moena y toda la desgracia que sobrevino a los Mureda de Pardàc y que tal vez ahora se acabaría con la buena fortuna que intentaba buscarse. Lloró mientras defecaba, incapaz de contener los nervios. Cuando se hubo serenado por completo, aliviado el vientre y la ropa pringosa bien puesta, entró en la ciudad y acudió directamente al taller de Stradivari, como había hecho otras veces, siendo mozo. Preguntó directamente por maestro Antonio. Le dijo que sabía que pronto tendría dificultades con la madera por causa del incendio que se había declarado en el Paneveggio hacía por lo menos quince años.

—La traigo de otros lugares.

—Ya lo sé. De los bosques eslovenos. Cuando hagáis un instrumento os daréis cuenta de que tienen el sonido velado.

—No hay otra.

—Sí que la hay. La tengo yo.

Tan mal momento pasaba Stradivari, que siguió al desconocido hasta el escondite de la carreta, a las afueras de Cremona. Lo acompañaron Omobono, el más silencioso de sus hijos, y un aprendiz del taller que se llamaba Bergonzi. Examinaron los tres la madera, cortaron pedacitos, los masticaron, cruzaron miradas furtivas y Jachiam, el hijo de Mureda, los observaba satisfecho, seguro de su trabajo, mientras miraban y remiraban las tablas que había cortado él. Ya oscurecía cuando maestro Antonio interrogó a Jachiam.

—¿De dónde la has sacado?

—De muy lejos. De occidente, de un lugar frío.

—¿Cómo sé que no la has robado?

—Debéis fiaros de mí. Mi vida entera gira en torno a la madera, sé hacerla cantar, sé olerla, sé elegirla.

—Es muy buena y está bien preparada. ¿Dónde aprendiste el oficio?

—Soy un hijo de Mureda de Pardàc. Mandad que se lo pregunten a mi padre.

—¿Pardàc?

—Aquí, en el llano, lo llamáis Predazzo.

—Mureda de Predazzo está muerto.

La magnitud de la noticia arrancó a Jachiam dos lágrimas inesperadas. Dolor, mi padre ha muerto y no me verá volver a casa con diez bolsas de oro, para que no tenga que trabajar nunca más, ni él ni ninguno de mis hermanos ni hermanas: Agno, Jenn, Max, Hermes el débil mental, Josef, Theodor que no anda, Micurà, Ilse, Erica, Katharina, Matilde, Gretchen y la pequeña Bettina, mi cieguecita, la que me regaló la medalla de Santa Maria dai Ciüf que le había dado nuestra madre al morir.

—¿Muerto? ¿Mi padre?

—Del disgusto por el incendio de su bosque. Del disgusto por la muerte de su hijo.

—¿Qué hijo?

—Jachiam, el mejor de los Mureda.

—Yo soy Jachiam.

—Jachiam murió ahogado en las pozas de Forte Buso a raíz del incendio. —Con una mirada irónica—: Seguro que te acuerdas, si eres el hijo de Mureda.

—Jachiam, hijo de Mureda de Pardàc, soy yo —insistió Jachiam, hijo de Mureda de Pardàc, mientras Blond de Cazilhac los escuchaba con gran interés, aunque de vez en cuando perdía alguna palabra porque hablaban muy deprisa para él.

—Sé que me engañas.

—No. Mirad, maestro.

Se quitó la medalla del cuello y se la enseñó a maestro Stradivari.

—¿Qué es?

—Santa Maria dai Ciüf de Pardàc. La patrona de los leñadores. La patrona de los Mureda. Era de mi madre.

Stradivari cogió la medalla y la miró con atención. Una Virgen María hierática y un árbol.

—Un abeto, maestro.

—Un abeto al fondo. —Se la devolvió—. ¿Eso demuestra algo?

—Lo que demuestra algo es la madera que os traigo, maestro Antonio. Si no la queréis, se la llevo a Guarneri o a cualquier otro. Estoy cansado. Quiero volver a casa a ver si siguen vivos todos mis hermanos. Quiero ver si Agno, Jenn, Max, Hermes el de la cabeza hueca, Josef, Theodor el cojo, Micurà, Ilse, Erica, Katharina, Matilde, Gretchen y la pequeña Bettina, que me regaló la medalla, están vivos.

La insinuación de que Guarneri pudiera beneficiarse espoleó la generosidad de Antonio Stradivari y pagó muy bien la carga que le ahorraría sudores cuando estuviera en sazón, después de unos cuantos años de pacífico envejecimiento en el almacén. Tenía el futuro asegurado. Y por eso los violines que construyó al cabo de veinte años fueron los mejores. No podía saberlo todavía. Pero, después de la muerte del maestro, Omobono y Francesco sí que lo sabían, y todavía quedaba un buen número de tablas de la misteriosa madera de occidente y procuraban emplearla con

cuentagotas. Y cuando les llegó su hora, el taller, junto con el rincón donde se encontraba la madera que guardaba un secreto, pasó a manos de Carlo Bergonzi. Y Bergonzi transmitió el secreto a sus dos hijos. Ahora, el pequeño de los Bergonzi, que era maestro Zosimo, miraba atentamente el primer instrumento del joven Lorenzo a la luz de la ventana de la Cucciatta. Examinó el interior.

—Laurentius Storioni Cremonensis me fecit mil setecientos sesenta y cuatro.

—¿Por qué has subrayado Cremonensis?

—Porque estoy orgulloso de serlo.

—Esto es una firma. Tendrás que hacer lo mismo en todos los violines que salgan de tus manos.

—Siempre estaré orgulloso de haber nacido en Cremona, maestro Zosimo.

Éste, satisfecho, devolvió el cadáver a su autor, quien lo metió en el ataúd.

—Nunca digas a nadie de dónde has sacado la madera. Y cómprala donde sea para dentro de unos años. Al precio que sea, si quieres tener futuro.

—Sí, maestro.

—Y no te equivoques con el barniz.

—Sé hacerlo, maestro.

—Ya lo sé, pero no te equivoques.

—¿Cuánto os debo por la madera, maestro?

—Sólo un favor.

—A vuestras órdenes…

—Deja en paz a mi hija. Es muy joven.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. No me obligues a repetirlo. —Tendió la mano hacia el estuche—. Si no, devuélveme el violín y la madera que no has gastado.

—Es que…

Palideció como su primer violín. No se atrevió a sostener la mirada al maestro y salió en silencio del taller de Zosimo Bergonzi.

Lorenzo Storioni pasó unas semanas encerrado en el proceso de barnizado, al tiempo que comenzaba un nuevo violín y daba vueltas al precio que había exigido Zosimo. Cuando logró el sonido que quería, monsieur La Guitte, que todavía deambulaba por Cremona, contempló con interés el color levemente oscurecido del barniz que acabaría siendo distintivo de los storionis. Se lo dio a un muchacho silencioso y enclenque, quien cogió el arco y empezó a tocar. El sonido arrancó unas lágrimas a Lorenzo Storioni: era aún mejor que el que le había sacado él; las lágrimas fueron también por Maria. Maria, te quiero. Tantas lágrimas, tantos florines más que se añadían al precio previsto inicialmente.

—Mil florines, monsieur La Guitte.

La Guitte lo miró a los ojos diez segundos incomodísimos. Luego miró de reojo al muchacho enclenque y poco hablador, el cual bajó los párpados en señal de asentimiento; y Storioni pensó que seguro que podía haber picado más alto y que, en ese aspecto, todavía le quedaba mucho por aprender.

—No podemos volver a vernos, amada Maria.

—Es una verdadera fortuna —dijo La Guitte con una mueca de rechazo.

—Su Señoría sabe que los vale. —Y en un acto de suprema valentía, Lorenzo cogió el violín—. Si no lo queréis, espero compradores la semana que viene.

—¿Por qué, Lorenzo, amor mío?

—Mi cliente quiere stradivari o guarneri… Vos todavía sois un desconocido. ¡Storioni! Connais pas.

—Dentro de diez años todo el mundo querrá tener un storioni en casa. —Guardó el violín en el estuche protector.

—Tu padre me ha prohibido que nos veamos. Por eso me ha regalado la madera.

—Ochocientos —oyó decir al francés.

—¡No! Yo te quiero. ¡Nos queremos!

—Novecientos cincuenta.

—Sí, nos queremos; pero si tu padre no quiere que…, yo no puedo…

—Novecientos, porque tengo prisa.

—¡Huyamos, Lorenzo!

—Hecho. Novecientos.

—¿Huir? ¿Cómo voy a huir de Cremona, si estoy abriendo taller?

Era cierto que tenía prisa. Monsieur La Guitte deseaba irse con los instrumentos recién adquiridos y no lo retenía en Cremona prácticamente nada, salvo los favores de la morena y apasionada Carina. El violín le parecía apropiado para monsieur Leclair.

—¡Ábrelo en otra ciudad!

—¿Fuera de Cremona? ¡Nunca!

—¡Lorenzo, traidor! ¡Lorenzo, cobarde! Ya no me quieres.

—Si vuelvo el próximo año con un par de encargos, revisaremos el precio a mi favor —le advirtió La Guitte.

—Te quiero, Maria. Con todo mi ser. Pero no me entiendes…

—De acuerdo, monsieur La Guitte.

—Hay otra mujer, ¿verdad? ¡Traidor!

—¡No, no! Ya conoces a tu padre. Me ha atado de pies y manos.

—¡Cobarde!

La Guitte pagó sin más regateo. Estaba convencido de que, en París, Leclair le pagaría hasta cinco veces más sin inmutarse y se felicitó por el trabajo bien hecho. El único inconveniente es que era la última semana que dormiría con la dulce Carina.

Storioni también se felicitó por el trabajo bien hecho. Y también se entristeció porque, hasta ese momento, no se le había ocurrido pensar que vender un instrumento era perderlo de vista para siempre. Y construirlo también acarreó la pérdida de un amor. Ciao, Maria. Cobarde. Ciao, amada mía. No tienes palabra. Ciao: siempre te recordaré. Me has cambiado por madera buena, Lorenzo: ¡así te mueras ahora mismo! Ciao, Maria, no sabes cuantísimo lo lamento. Así se te pudra la madera… o se queme en un incendio. Peor rodaron las cosas para monsieur Jean-Marie Leclair, de París, o Leclair l’Ainé o tonton Jean, según quién lo interpelara, porque, aparte del precio inflado que hubo de pagar, apenas tuvo ocasión, por así decir, de oír el dulce y aterciopelado re que imprudentemente hizo sonar Bernat.

Fue una de las muchas veces que me he dejado llevar en la vida por el impulso de la locura, porque vi que tenía que aprovechar la superioridad musical de Bernat en beneficio propio, pero para eso necesitaba hacer algo despampanante. Mientras dejaba a mi nuevo amigo acariciar la tapa del storioni con la punta de los dedos, se me ocurrió decir si me enseñas a hacer el vibrato, te dejo llevártelo un día a tu casa.

—¡Ostras!

Bernat sonrió, pero al cabo de unos segundos se puso serio, desolado, diría.

—Imposible. No se puede enseñar el vibrato, hay que encontrarlo.

—Se puede enseñar.

—Hay que encontrarlo.

—No te presto el storioni.

—Te enseño a vibrar.

—Tiene que ser ahora.

—Pues ahora. Pero luego me lo llevo.

—Hoy no puede ser. Tengo que prepararlo. Otro día.

Silencio, maquinación mental, no mirarse a los ojos, pensar en el sonido mágico y no fiarse de mí.

—Decir otro día es no decir nada. ¿Cuándo?

—La semana que viene. Te lo juro.

En mi habitación, ante el atril, donde se encontraba el Ševčik de escalas y arpegios abierto por la página del maldito ejercicio XXXIX, que era el compendio estrictamente genial, según la Trullols, de lo que tenía que aprender en la vida, antes y después de abordar la doble cuerda, pasaron media hora, Bernat alargando los sonidos con un vibrato mesurado y dulce, Adrià observándolo, fijándose en que Bernat se concentraba con los ojos cerrados, pensando para que vibre el sonido tengo que cerrar los ojos, probándolo, cerrando los ojos…, pero el sonido salía raquítico, socarrón, gangoso. Y cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza; pero el sonido lo esquivaba.

—¿Sabes una cosa? Te agobias demasiado.

—Eso, tú.

—¿Yo? ¡Vamos, anda!

—Sí, porque si no me lo enseñas bien, el storioni ni en sueños. Ni la semana que viene ni nunca.

Se llama chantaje moral. Pero Bernat no sabía cómo componérselas sin volver a decir nunca más que el vibrato no se enseña sino que hay que encontrarlo. Le dijo que se fijase en la posición de la mano, en la secuencia de los movimientos de la mano.

—No, oye, que no se trata de moler café con las cuerdas. ¡Relájate!

Adrià no sabía muy bien qué quería decir relajarse; pero se relajó; cerró los ojos y encontró el vibrato al final de un largo do en la segunda cuerda. Lo recordaré toda la vida, porque me pareció que empezaba a aprender a hacer reír y llorar al sonido. Porque estaba Bernat allí delante y porque en casa no se podía, porque, si no, se habría puesto a aullar de alegría.

A pesar de la epifanía, que todavía recuerdo, a pesar del agradecimiento infinito que sentí por mi amigo recién estrenado, no me animé a presentarle al gran jefe arapaho ni a Carson, el masticador de tabaco, porque no quedaba bien que un chavalote de diez o doce años que se las daba de superdotado jugase todavía con jefes arapaho y sheriffs duros de pelar y de barba cerrada. Simplemente, me quedé con la boca abierta recordando el sonido que había emitido *yo* con *mi* violín de estudio. Fue con la segunda cuerda en primera posición: sonaba un do y Adrià lo hizo vibrar con el segundo dedo. Eran las siete de la tarde de no sé qué día del otoño o del invierno de mil novecientos cincuenta y siete, en Barcelona, en la que siempre será mi casa de la calle Valencia, en el corazón del Ensanche, en el centro del mundo, y creí tocar el cielo sin saber el infierno que me aguardaba.

9

Aquel domingo, memorable porque mi padre se levantó de buen humor, mis padres habían invitado a tomar café al doctor Prunés, el mejor paleógrafo vivo del mundo según mi padre, y a su señora, la mejor mujer del mejor paleógrafo vivo del mundo. Y me guiñó un ojo y no lo entendí, aunque sabía que el guiño aludía a un subtexto esencial al que no supe llegar por falta de contexto. Me parece que ya te he dicho antes que era un niño muy repipi y pensaba las cosas casi como te lo cuento.

Hablaron del café, de la porcelana, tan fina que el café sabía más rico todavía, de manuscritos y, de cuando en cuando, amenizaban la charla con silencios incómodos. Y mi padre se decidió a rematar la tertulia. En voz alta, para que lo oyera desde la habitación, dio una orden.

—Niño, ven. ¿Me oyes?

Cómo no iba a oírlo Adrià. Pero se temió el desastre.

—¡¡Niño!!

—¿Sí? —como si hablase desde lejísimos.

—Ven aquí.

Adrià tuvo que ir. Mi padre, con el brillo del coñac en los ojos; el matrimonio Prunés mirando al niño con simpatía. Y mi madre sirviendo más café y desentendiéndose del desastre.

—Sí. Hola, buenos días.

Los invitados murmuraron buenos días con expectación e, ilusionados, miraron al señor Ardèvol. Mi padre me señaló el pecho y me ordenó:

—Di los números en alemán.

—Padre…

—Obedece. —Llamaradas de coñac en los ojos. Mi madre, sirviendo café y mirando las tacitas de porcelana, tan fina que el café sabía más rico.

—Eins, zwei, drei.

—Despacito y buena letra —me detuvo mi padre—. Vuelve a empezar.

—Eins, zwei, drei, vier, fünf, sechs, sieben, acht, neun, zehn. —Y me detuve.

—¿Qué más? —mi padre, severo.

—Elf, zwölf, dreizehn, vierzehn.

—Etcétera, etcétera, etcétera —dijo mi padre, como el pater D'Angelo. Adoptó un tono seco, imperativo—. Ahora en inglés.

—Es suficiente, Fèlix —dijo, por fin, mi madre.

—He dicho en inglés. —A mi madre, severo—: ¿No es eso?

Esperé unos segundos, pero mi madre no replicó.

—One, two, three, four, five, six, seven, eight, nine, ten.

—Muy bien, chico —dijo, entusiasmado, el mejor paleógrafo vivo del mundo. Y su mujer aplaudió silenciosamente, hasta que mi padre nos interrumpió: espera, espera, espera, y volvió a señalarme.

—Ahora, en latín.

—No… —dijo, admirado, rendido, el mejor paleógrafo vivo del mundo.

Miré a mi padre, miré a mi madre, que estaba tan incómoda como yo pero no miraba más que el café, y dije unus una unum, duo duae duo, tres tria, quatuor, quinque, sex, septem, octo, novem, decem. —Y suplicante—: Padre…

—A callar —mi padre, a palo seco. Y miró al doctor Prunés, quien dijo vaya, vaya, sinceramente asombrado.

—Qué encanto —dijo la mujer del doctor Prunés.

—Fèlix… —mi madre.

—Padre… —yo.

—¡A callar! —mi padre. A los invitados—: Pues no han visto nada. —Chasqueó los dedos dirigiéndose a mí y dijo secamente—: Ahora, en griego.

—Heis mia hen, dua, treis tria, tettares tessares, pente, hex, hepta, okto, ennea, deka.

—¡For-mi-da-ble! —Entregado al espectáculo, el matrimonio Prunés aplaudió a rabiar.

—Jau.

—Ahora no, Águila Negra.

Mi padre me señaló moviendo la mano de arriba abajo, como si luciese una lubina recién pescada, y dijo con orgullo:

—Doce años. —Y sin mirarme siquiera—: Anda, ya puedes irte.

Me encerré en la habitación, resentido con mi madre porque no había movido un dedo para librarme del ridículo. Me sumergí en Karl May para olvidar las penas. Y la lenta tarde del domingo dio paso al ocaso y a la noche. Ni Águila Negra ni el valeroso Carson se atrevieron a turbar mi aflicción.

Hasta que un día conocí la auténtica cara de Cecília. Tardé bastante en darme cuenta. Sonó la campanilla de la tienda; Adrià, que oficialmente, para mi madre, asistía al entrenamiento del segundo equipo de balonmano de la escuela, se encontraba en el rincón de los manuscritos, oficialmente, para el señor Berenguer, haciendo deberes, pero en realidad examinando ilegalmente un manuscrito en pergamino del siglo trece escrito en latín, del que no entendía casi nada pero que me emocionaba mucho. La campanilla. Enseguida pensé mi padre ha vuelto inesperadamente de Alemania y ahora empieza la juerga; prepárate, con lo bien que te habías montado la mentira en tres frentes. Miré a la puerta: el señor Berenguer, poniéndose el abrigo, decía algo apresuradamente a Cecília, que era quien acababa de llegar. Y después, con el sombrero en la mano, cara de enfadado y mucha prisa, se fue sin decir adiós. Cecília se quedó un rato de pie en la puerta, con el abrigo puesto, pensando. Yo no sabía si decir hola, Cecília, o esperar a que me viese ella. No, mejor se lo digo yo; pero entonces le extrañará no haberme visto antes. ¿Y el manuscrito? Mejor será; no, mejor me escondo y…, o tal vez mejor espero a ver qué… Tengo que ponerme a pensar en francés.

Decidió quedarse escondido cuando Cecília, con un suspiro, se adentró en la oficina al tiempo que se quitaba el abrigo. No sé por qué, pero ese día el aire pesaba. Y Cecília no salía de la oficina. Y de pronto oigo llorar a alguien. Cecília estaba llorando en la oficina y yo quería desaparecer, porque ahora sí que no, ahora no podía enterarse de que la había oído llorar a escondidas. De vez en cuando, los mayores lloran. ¿Y si iba a consolarla? Me daba pena, porque en casa respetábamos mucho a Cecília y hasta mi

madre, que solía referirse con desprecio a todas las mujeres que frecuentaba mi padre, hablaba muy bien de ella. Además, cuando eres pequeño, impresiona mucho ver llorar a un adulto. En resumen, a Adrià le habría gustado que se lo tragase la tierra. La mujer hizo una llamada marcando el número con violencia. Y yo me la imaginaba enfadada, furibunda, y no me daba cuenta de que quien corría peligro era yo, porque de un momento a otro cerrarían la tienda y me quedaría allí dentro, emparedado vivo.

—Eres un cobarde. No, no, déjame hablar: un cobarde. Me has tenido cinco años con la cantinela, que sí, Cecília, el mes que viene se lo cuento todo, te lo prometo. Cobarde. Cinco años dándome largas. ¡Cinco años! ¡No soy una niña!

En eso sí que estaba de acuerdo. De lo demás, no acababa de hacerme a la idea. Y Águila Negra en casa, en la mesita de noche, durmiendo la siesta tan tranquilo.

—¡No, no, no! Ahora hablo yo: no iremos nunca a vivir juntos porque no me quieres. No, calla, me toca hablar a mí. ¡¡Te he dicho que te calles!! Pues, hala, métete todas las palabras bonitas donde te quepan. Se acabó. ¿Me oyes? ¿Qué?

En la mesa de los manuscritos, Adrià no sabía qué era lo que se había acabado ni si le concernía a él; no entendía por qué las personas mayores siempre se enfadaban porque no me quieres, si, según empezaba a descubrir, eso de quererse era un rollo, con los besos y todo lo demás.

—No. No me digas nada. ¿Qué? Porque colgaré cuando me dé la gana. No, señor: cuando me *rote*[1] a mí.

Era la primera vez que oía decir cuando me rote. *Rotar*, del latín *ructare*, frecuentativo de *(e)rugere*. Y qué curioso, haberlo oído en boca de la persona mejor educada de mi entorno. Con el tiempo pasó a *ruptare* y de ahí su evolución posterior. Cecília colgó con tanta fuerza que me pareció que a lo mejor había escacharrado el teléfono. Y se puso a trabajar etiquetando material nuevo y catalogándolo en los dos libros de entrada, seria, con las gafas puestas, sin señales aparentes del cataclismo de unos momentos antes. No fue difícil salir por la puerta pequeña y volver a entrar desde la calle, decir hola, Cecília, y comprobar que no tenía ni rastro de lágrimas en la cara, siempre tan cuidada.

—¿Qué haces, encanto? —me sonrió.

Y yo boquiabierto, porque parecía otra mujer.

—¿Qué has pedido a los Reyes? —se interesó.

Me encogí de hombros, porque en casa no se celebraba Reyes, porque los Reyes son los padres y no está bien caer en supersticiones primitivas: por tanto, desde la primera vez que oí hablar de los Reyes, la emocionante espera de los regalos fue un resignado esperar el regalo o los regalos que mi padre hubiera tenido a bien elegir para mí, y que no guardaban relación alguna con mi rendimiento escolar, que se daba por supuesto, ni con mi buen comportamiento, que también se daba por supuesto. De todos modos, recibía algún regalo infantil, en contraste con la seriedad general de la casa.

—He pedido una… —Me acordé. Mi padre me había informado de que me regalaría un camión que tenía una sirena que sonaba y pobre de mí si hacía ruido dentro de casa—… un camión con sirena.

—Vamos, dame un beso —dijo Cecília con decisión, indicándome con el brazo que me acercara.

Mi padre volvió de Bremen al cabo de una semana con un jarrón micénico, que estuvo unos años rodando por la tienda, y, por lo que entendí, con mucha documentación útil y un par de posibles perlas en forma de primeras ediciones o manuscritos autógrafos, además de un manuscrito del catorce que, según él, llegaría a figurar entre sus joyas predilectas. Tanto en casa como en el trabajo le dijeron que había recibido un par de llamadas misteriosas de alguien que preguntaba por él. Y, como si no le importase lo que iba a suceder unos días después, me dijo mira, mira; mira qué preciosidad, y me enseñó unos cuadernos: era un manuscrito de Proust, de lo último que había escrito. De *À la Recherche*. Un embrollo de letra menuda, párrafos escritos al margen, notas, flechas, papelitos sujetos con grapas… A ver, lee esto.

—Es que no se entiende.

—¡Vamos, hombre! Que es el final. Las últimas páginas; la última frase: no me digas que no sabes cómo termina la *Recherche*.

No respondí. Mi padre se dio cuenta él solo de que se había pasado y lo disimuló con la elegancia que lo caracterizaba:

—¡No me digas que todavía no sabes francés!

—Oui, bien sûr: ¡pero no entiendo la letra!

Seguro que no respondí correctamente, porque mi padre, sin añadir nada más, cerró el cuaderno y lo guardó en la caja fuerte, mientras decía entre dientes tengo que tomar una decisión porque en esta casa empieza a haber más tesoros de la cuenta. Y yo entendí que empezaba a haber más muertos de la cuenta.

10

—Tu padre… A ver… Hijo mío… A tu padre…

—Qué. ¿Qué le ocurre?

—Pues que se ha ido al cielo.

—¡Pero si el cielo no existe!

—Tu padre ha muerto.

Me llamó más la atención la palidez extrema de mi madre que la noticia. Me pareció que la muerta era ella. Estaba tan pálida como el violín del joven Lorenzo Storioni antes de que lo barnizaran. Y con los ojos llenos de angustia. Nunca había oído a mi madre con la voz quebrada. Sin mirarme, con la vista fija en la mancha de la pared de la cama, me decía no le di un beso cuando se marchó. A lo mejor lo habría salvado con un beso. Y me parece que añadía en voz baja si es que se lo merecía. Pero sólo me lo pareció.

Como no la entendí bien, me encerré en la habitación, que estaba desordenada, aferrado al camión de la Cruz Roja que me habían traído los Reyes, me senté en la cama y me puse a llorar en silencio, como se hacían siempre las cosas en casa, porque si mi padre no estaba estudiando manuscritos, estaba leyendo o muriéndose.

No pregunté nada a mi madre. Ni pude ver a mi padre muerto, porque me dijeron que había tenido un accidente, que lo había atropellado un camión en la carretera de la Arrabassada, que no está en el camino del Ateneu y que, lo siento, no puedes verlo, no, de ninguna manera. Y yo angustiadísimo porque tenía que dar con Bernat urgentemente antes de que se me cayese el mundo encima y me metieran en la cárcel.

—Niño, ¿por qué llevaba tu violín?

—¿Eh? ¿Qué?

—¿Por qué llevaba tu padre tu violín? —repitió Lola Xica.

Ahora se sabría todo y yo me moriría de miedo. Todavía tuve las agallas de mentir:

—Me lo pidió no sé para qué. No me lo dijo. —Y a la desesperada—: Estaba muy raro mi padre.

Cuando miento, es decir, a menudo, me parece que todo el mundo se da cuenta. Se me sube la sangre a la cara, me parece que me ruborizo, miro a los lados buscando la incoherencia inadvertida que se agazapa en la ficción que construyo sobre la marcha…, me doy cuenta de que estoy en manos de los demás y no puedo dejar de asombrarme cada vez que no se dan cuenta. Mi madre, no, no se da cuenta; pero Lola Xica estoy seguro de que sí. Y en cambio, disimula. Es un misterio lo que pasa con las mentiras. Ahora, de mayor, todavía me ruborizo cuando miento, y oigo la voz de la señora Angeleta, que un día me cogió la mano, me obligó a abrirla y enseñó a mi madre y a Lola Xica una ignominiosa mancha de chocolate. Me la cerró de nuevo como si fuera un libro y me dijo se pilla antes a un mentiroso que a un cojo, no lo olvides nunca, Adrià. Y todavía lo recuerdo a los sesenta años más que cumplidos. Tengo los recuerdos grabados en mármol, señora Angeleta, y en mármol se convertirán. Pero ahora lo grave no era la onza hurtada de chocolate. Puse cara de pena, y no me costó, porque estaba muy triste y tenía mucho miedo y dije no sé nada, y me puse a llorar porque se había muerto mi padre y…

Lola Xica salió de la habitación y la oí hablar con alguien. Entonces un desconocido que apestaba muchísimo a tabaco, que hablaba en castellano, que no se había quitado el abrigo y que llevaba un sombrero en la mano, entró en la habitación y me preguntó cómo te llamas.

—Adrià.

—Por qué se llevó tu padre tu violín. —Así, como una interrogativa cansada.

—No lo sé, lo juro.

El hombre me enseñó trocitos de madera de mi violín de estudio.

—¿Lo reconoces?

—Humm, sí. Es mi violín… Era mi violín.

—¿Te lo pidió?

—Sí —mentí.

—¿Sin más explicaciones?
—No. Sí.
—¿Toca el violín?
—¿Quién?
—Tu padre.
—No, qué va.

Y tuve que reprimir una sonrisa burlona; sólo de imaginarme a mi padre tocando el violín me daban ganas de. El hombre del abrigo, el sombrero y el olorazo a tabaco miró a mi madre y a Lola Xica, quienes asintieron en silencio. Con el sombrero, el hombre señaló el camión de la Cruz Roja que tenía yo en las manos y dijo ese camión es muy bonito. Y salió de la habitación. Me quedé solo con mis mentiras y sin entender nada. Desde dentro del camión ambulancia, Águila Negra me lanzó una mirada conmiserativa. Sé que menosprecia a los mentirosos.

El entierro fue oscuro, había muchos señores serios con el sombrero en la mano y señoras que se cubrían la cara con un velo fino. Vinieron los primos de Tona y los Bosch de Amposta, unos primos segundos, y por primera vez en la vida noté que era el centro de atención, vestido de negro y repeinado, con el pelo pegadísimo a la cabeza porque Lola Xica me había puesto doble dosis de fijador y decía que estaba muy guapo. Y me dio un beso en la frente, de los que no me da mi madre y menos ahora, que ni me mira. Dicen que mi padre estaba en la caja oscura, pero no lo pude comprobar. Lola Xica me dijo que había quedado muy maltrecho y que era mejor no verlo. Pobre padre, todo el santo día inclinado sobre los libros y los objetos raros, y va y se muere con el cuerpo destrozado. Qué idiota es la vida. ¿Y si eran heridas de la daga Kaiken de la tienda? No: me habían dicho que había sido un accidente de tráfico.

Estuvimos unos días con las cortinas corridas; yo, rodeado de cuchicheos. Lola estaba más pendiente de mí y mi madre se pasaba muchas horas sentada en el sillón donde tomaban el café, enfrente del sillón vacío en el que lo tomaba mi padre, antes de morir. Pero ella no tomaba café porque no era la hora. Se me planteó una situación complicada, porque no

sabía si podía sentarme en el otro sillón, porque mi madre no me veía y por más que le dijera oye, madre, ella me cogía la muñeca pero seguía mirando el papel pintado de la pared y no me decía nada y entonces pensaba yo, es igual, y no me sentaba en el sillón de mi padre y lo achacaba todo a la tristeza. Pero yo también estaba triste y sin embargo miraba a todas partes. Fueron unos días muy angustiosos porque sabía que mi madre no me veía. Después me acostumbré. Me parece que mi madre no volvió a verme nunca más desde entonces. Seguro que había averiguado que toda la culpa era mía y por eso ya no quería saber nada de mí. A veces me mira pero sólo para darme instrucciones. Y me dejó en manos de Lola Xica. De momento.

Sin previo aviso, un día se presentó mi madre en casa con un violín de estudio nuevo, no estaba mal, bien proporcionado y con buen sonido. Y me lo dio sin decir apenas nada y, por descontado, sin mirarme a los ojos. Como si estuviera distraída y actuase por inercia. Como si estuviese pensando en lo de antes o en lo de después pero no en lo de ese instante. Tardé mucho en entenderla. Y reanudé el estudio del violín, interrumpido a la fuerza desde hacía muchos días.

Un día, estudiando en la habitación, afiné el bordón con tanta furia que lo rompí. Entonces rompí dos cuerdas más y salí a la sala y dije madre, tienes que acompañarme a Beethoven. Me he quedado sin mis. Ella me miró. Es decir, miró en dirección a mí, más o menos, y no dijo nada. Repetí que tenía que comprar cuerdas nuevas y enseguida salió Lola Xica de detrás de una cortina y me dijo vamos tú y yo, pero tienes que decirme qué cuerdas son porque a mí me parecen todas iguales.

Fuimos en metro. Lola Xica me contó que había nacido en la Barceloneta y que a menudo, cuando salía con sus amigas, decían vamos a Barcelona y en diez minutos se plantaban en la parte baja de la Rambla y paseaban Rambla arriba, Rambla abajo como bobas, riéndose y tapándose la boca con la mano para que los chicos no las vieran reírse, que, por lo visto, es más divertido que ir al cine, según decía Lola Xica. Y me dijo que nunca se habría imaginado que en esa tienda tan pequeña y oscura vendiesen cuerdas de violín. Y pedí un sol, dos mis y un la Pirastro y ella dijo sí que ha sido fácil: podías habérmelo apuntado en un papel y habría venido yo sola. Entonces le dije que no, que mi madre siempre me mandaba

acompañarla por si acaso. Lola Xica pagó, salimos de Beethoven, se agachó a darme un beso en la mejilla y miró Rambla arriba con añoranza, pero no se tapó la boca con la mano porque no se rió como boba. Entonces se me ocurrió que tal vez me estuviera quedando también sin madre.

Un par de semanas después del entierro vinieron otros señores que hablaban castellano y mi madre volvió a empalidecer como si se muriera por segunda vez y vuelta otra vez al cuchicheo entre mi madre y Lola Xica y me parecía que me apartaban y me armé de valor y dije a mi madre madre, qué pasa aquí. Fue la primera vez que me miró de verdad en muchos días. Me dijo es demasiado grave, hijo mío, es demasiado grave. Es mejor que…, y entonces entró Lola Xica y me llevó al colegio. Y me pareció que algún niño me miraba de una forma rara, más que de costumbre. Y Riera se me acercó a la hora del recreo y me dijo ¿también la han enterrado? Y yo, ¿qué? Y él, que si también la han enterrado. Y yo, ¿enterrar, el qué? Y Riera con una sonrisa de suficiencia dijo qué angustia, ¿verdad?, ver una cabeza suelta. Y volvió a insistir ¿también la habéis enterrado, eh? Y no entendí nada y, por si acaso, me fui al rincón del sol, con los que cambiaban cromos, y desde entonces evité a Riera.

Nunca me las arreglé para ser un niño como los demás. Es decir: no lo era. La dificultad, muy grave y sin remedio según Pujol, era que me gustaba estudiar: me gustaba estudiar historia y latín y francés y me gustaba ir al conservatorio y que la Trullols me mandase ejercicios de técnica, porque, practicando escalas, me imaginaba ante una platea llena y entonces los ejercicios de técnica me sonaban un poco mejor. Porque el secreto está en el sonido. Las manos son lo de menos, a base de horas se mueven solas. Y a veces improvisaba. Me gustaba todo eso y también me gustaba coger la enciclopedia Espasa y viajar por los artículos. Y entonces, en la escuela, cuando el señor Badia preguntaba cualquier cosa, Pujol me señalaba y decía que el encargado de contestar todas las preguntas era yo. Y entonces me daba vergüenza responder porque parecía que me exhibieran como a una mona, como si ellos fuesen mi padre. Esteban, que se sentaba en el pupitre de detrás del mío y era un bicho malo, me llamaba niña cada vez que contestaba bien a una pregunta hasta que un día le dije al señor Badia que no, que no me acordaba de la raíz cuadrada de ciento cuarenta y cuatro y

tuve que salir a vomitar al lavabo y mientras vomitaba entró Esteban, me vio vomitar y me dijo qué nena eres. Pero cuando murió mi padre me di cuenta de que me miraban, no sé, de otra forma, como si hubiese subido de categoría. A pesar de todo, me parece que envidiaba a todos los niños que no querían estudiar y de cuando en cuando suspendían alguna. Y en el conservatorio era otra cosa porque enseguida te ponías con el violín y procurabas sacarle un buen sonido, no, no, que parece un pato afónico, oye esto. Y la Trullols cogía *mi* violín y le sacaba un sonido tan bonito que, aunque era bastante mayor y excesivamente delgada, por poco me enamoro de ella. Era un sonido que parecía de terciopelo y olía a no sé qué flor, pero que todavía recuerdo.

—Nunca sabré sacar ese sonido. Y eso que ya me sale el vibrato.

—Cada cosa a su tiempo.

—Sí, pero yo nunca…

—Nunca digas nunca, Ardèvol.

Seguramente sea el consejo musical e intelectual peor expresado, pero me ha afectado más que todos los que he recibido en mi vida en Barcelona y en Alemania. Al cabo de un mes había mejorado ostensiblemente el sonido. Todavía no olía a nada pero ya se parecía al terciopelo. Pero ahora que lo pienso, no volví enseguida ni al colegio ni al conservatorio. Primero estuve unos días en Tona, con mis primos. Y cuando volví, intenté entender lo que había pasado.

El siete de enero, el doctor Fèlix Ardèvol se ausentó de casa porque tenía una cita con un colega portugués que estaba de paso.

—¿Dónde?

El doctor Ardèvol dijo a Adrià que cuando volviera quería ver la habitación ordenada porque al día siguiente se acababan las vacaciones y miró a su mujer.

—¿Qué dices? —Habló en el tono severo del profesor que no era mientras se ponía el sombrero. Ella tragó saliva, como la alumna que no era. Pero repitió la pregunta:

—¿Dónde has quedado con Pinheiro?

Lola Xica, que entraba en el comedor en ese momento, al percibir la densidad del ambiente dio media vuelta en dirección a la cocina. Fèlix Ardèvol dejó pasar tres o cuatro segundos, que a ella le parecieron humillantes y que dieron tiempo a Adrià a mirar, ora al padre, ora a la madre, y captar que pasaba algo.

—¿Y por qué quieres saberlo?

—Bueno, bueno… No he dicho nada.

Mi madre se fue hacia el interior de la casa sin darle el beso que le tenía reservado. Antes de llegar al fondo, a los territorios de la señora Angeleta, lo oyó decir hemos quedado en el Ateneu —y con retintín—: si no tienes inconveniente. Y a modo de castigo por tan desacostumbrado entrometimiento, en tono de reproche:

—Y no sé a qué hora volveré.

Entró en el despacho y volvió a salir enseguida. Oímos la puerta de la escalera; el ruido que hacía al abrirla y el golpe al cerrarla desde fuera, tal vez con más fuerza de lo habitual. Y luego el silencio. Y Adrià atemorizado, porque su padre se había llevado, ay, Dios mío, mi padre se había llevado el violín. El estuche del violín con el violín de estudio dentro. Automáticamente en pie de guerra, Adrià esperó el momento oportuno para colarse en el despacho como un ladrón, como el Señor entraré en tu casa, y rogando a Dios aunque no existe que a mi madre no se le ocurriera entrar en ese momento, murmuró seis uno cinco cuatro dos ocho y abrió la caja fuerte: mi violín no estaba y yo quise morirme. Y entonces lo dejé todo en su sitio como buenamente pude y después me encerré en la habitación a esperar el regreso de mi padre, hecho una furia y diciendo ¿quién se ha propuesto tocarme los cojones? ¿Quién tiene acceso a la caja fuerte, eh? ¿Eh? ¡Lola Xica!

—Pero si yo…

—¡Carme!

—Por el amor de Dios, Fèlix.

Y entonces me miraría a mí y diría ¡Adrià! Y yo tendría que empezar a mentir tan mal como siempre y mi padre lo adivinaría todo. Y a pesar de que me tendría a dos pasos, me llamaría como si me hablase desde la calle Bruc y me diría ven aquí y como yo no me movería, él, gritando todavía

más diría ¡¡te digo que vengas aquí!! Y el pobre Adrià iría con la cabeza gacha y procuraría hacerse el inocente y sería un mal trago, un mal trago horrible. Pero en lugar de eso, la llamada telefónica y mi madre entró en la habitación y dijo tu padre… A ver… Hijo mío… A tu padre… Y él: qué. ¿Qué le pasa? Y ella, pues que se ha ido al cielo. Y a él se le ocurrió contestar que el cielo no existe.

—Tu padre ha muerto.

Entonces lo primero que sintió fue desahogo, porque si había muerto, ya no me echaría la bronca. Y después me pareció que era pecado pensar eso. Y también que, aunque el cielo no exista, puedo ser un miserable pecador porque sabía con certeza que mi padre había muerto por mi culpa.

La señora Carme Bosch de Ardèvol tuvo que reconocer oficial, dolorosa y angustiosamente un cuerpo sin cabeza, que era el de Fèlix: una mancha en…, sí, esta mancha. Sí, y las dos pecas. Y él, un cuerpo frío que ya no podía reñir a nadie, pero era él, sin ninguna duda, sí, mi marido, el señor Fèlix Ardèvol i Guiteres, sí.

—¿Quién ha dicho?

—Pinheiro. De Coimbra. Profesor de Coimbra, sí. Horacio Pinheiro.

—¿Usted lo conoce, señora?

—Lo he visto un par de veces. Cuando viene a Barcelona suele alojarse en el hotel Colón.

El comisario Plasencia hizo una seña al hombre del bigotito, el cual salió silenciosamente. Entonces miró a la viuda, tan reciente que todavía no llevaba luto porque habían ido a buscarla hacía media hora y le habían dicho será mejor que nos acompañe, y ella pero qué pasa, y los dos hombres lo siento, señora, pero no estamos autorizados para hablar de ello, y ella, con elegante brusquedad, se puso el abrigo rojo y dijo a Lola Xica atiende a la merienda del niño, que vuelvo enseguida, y ahora estaba sentada, con el abrigo rojo, mirando, sin verlas, las grietas de la mesa del comisario y pensando es imposible. Y en voz alta, implorando, decía ¿pueden contarme qué ha pasado?

—Ni rastro, comisario —dijo el del bigote fino.

Ni en el Ateneu, ni en el hotel Colón ni en ninguna parte de Barcelona, ni rastro del profesor Pinheiro. Lo cierto es que cuando llamaron a Coimbra, oyeron la voz asustadiza del doctor Horacio da Costa Pinheiro que sólo acertaba a decir có… có… có… cómo puede ser que… que… que… si el doctor Ardèvol, si el… si… ¡Oh, qué horror! Si el señor… si el… si el… ¿No será una confusión? ¿Decapitado? ¿Y cómo saben que…? Pero no será… Es que es imposible.

—Tu padre… Hijo mío, tu padre se ha ido al cielo.

Entonces comprendí que se había muerto por mi culpa. Pero no podía decírselo a nadie. Y mientras Lola Xica, mi madre y la señora Angeleta buscaban ropa para el difunto y de cuando en cuando rompían a llorar, me sentí miserable, cobarde y asesino. Y muchas más cosas que no recuerdo.

El día después del entierro, mi madre, frotándose las manos con angustia, se inmovilizó de repente y dijo a Lola Xica dame la tarjeta del comisario Plasencia. Y Adrià la oyó hablar por teléfono y decir que en casa tenemos un violín muy valioso. El comisario se presentó en casa y mi madre llamó al señor Berenguer para que les echase una mano.

—¿Nadie sabe la combinación de la caja fuerte?

El comisario dio media vuelta para mirar a mi madre, al señor Berenguer y a Lola Xica, y yo lo miraba a él desde fuera del despacho de mi padre.

El señor Berenguer estuvo unos minutos preguntando la fechas de nacimiento de mi madre y la mía y probó a usarlas como combinación.

—Nada —dijo, preocupado. Y yo, desde el pasillo, que por poco se me escapa decir seis uno cinco cuatro dos ocho, pero no podía decirlo porque me habría convertido en sospechoso de asesinato. Y yo no era sospechoso. Sólo era culpable. No dije nada. Me costó mucho no hablar; el comisario hizo una llamada desde el teléfono del despacho y al cabo de unos minutos vimos maniobrar a un señor grueso, que sudaba mucho porque, al parecer, se cansaba de estar agachado, pero aun así tocaba las cosas con delicadeza;

con un estetoscopio y mucho silencio encontró el intríngulis de la combinación y la apuntó en un papel secreto. Abrió la caja con un gesto ceremonioso de satisfacción y se enderezó con dificultad mientras cedía el paso a los otros. Dentro de la caja estaba el storioni desnudo, sin estuche, mirándome con ironía. Entonces llegó el turno del señor Berenguer, que lo cogió con guantes, lo inspeccionó minuciosamente bajo el rayo de luz de la mesa, levantó la cabeza y la ceja derecha y con cierta solemnidad dijo a mi madre, al comisario, al señor gordo que se secaba el sudor de la frente, al sheriff Carson, a Águila Negra, gran jefe arapaho, y a mí, que estaba al otro lado de la puerta:

—Les aseguro que este violín es el llamado Vial, que fue construido por Lorenzo Storioni. Sin la menor sombra de duda.

—¿Sin estuche? ¿Siempre lo guarda sin estuche? —el comisario del olorazo a tabaco.

—Me parece que no —mi madre—. Me parece que lo guardaba dentro del estuche, en la caja.

—¿Y qué sentido tiene que cogiese el estuche, lo abriese, dejase el violín en la caja, la cerrase, le pidiese el violín de estudio a su hijo y lo encerrase en el estuche del bueno? ¿Eh?

Miró alrededor. Se fijó en mí, que estaba bajo el dintel de la puerta disimulando el temblor del miedo. Le tremblement de la panique. Durante unos segundos su mirada indicó que había averiguado el porqué del misterio. Me vi hablando en francés toda la pputa vida.

No sé qué es lo que pasó, no sé qué quería mi padre. No sé por qué, si tenía que ir al Ateneu, lo encontraron en la Arrabassada. Yo sólo sé que lo empujé a la muerte y hoy, cincuenta años después, pienso lo mismo.

11

Y un día mi madre salió del pozo y empezó a observar las cosas con los ojos. Lo noté porque, cuando estábamos cenando Lola Xica, ella y yo, me miró unos segundos como si fuera a decirme algo y me eché a temblar, convencido de que iba a decir lo sé todo, sé que tu padre ha muerto por tu culpa y ahora voy a denunciarte a la policía, asesino, y yo, pero madre, si yo, yo no quería hacerlo, yo no…, y Lola Xica intentando apaciguar los ánimos, porque era la encargada de apaciguar los ánimos en una casa en la que se hablaba poquísimo, y lo hacía con pocas palabras y gestos mesurados; Lola Xica, tenía que haberte conservado toda la vida conmigo.

Mi madre seguía mirándome y yo no sabía qué hacer. Me parece que me odiaba desde la muerte de mi padre. Ni siquiera antes me tenía mucho afecto. Es curioso; ¿por qué seríamos tan fríos los unos con los otros en casa? Hoy supongo que todo se debe a la forma en que mi padre nos organizaba la vida. El caso es que esa noche, a la hora de cenar, debía de ser abril o mayo, mi madre me miraba sin decir nada. No sabía qué era peor, si una madre que ni te mira o una madre que te acusa. Y entonces lanzó su terrible acusación:

—¿Qué tal las clases de violín?

La verdad es que no sabía qué responder, pero sudaba por dentro, me acuerdo.

—Bien. Como siempre.

—Me alegro. —Ahora me taladraba con los ojos—. ¿Estás contento con la señorita Trullols?

—Sí. Mucho.

—¿Y con el violín nuevo?

—Hombre…

—¿Qué significa «hombre»? ¿Estás contento o no?

—Pse.

—¿Pse o sí?

—Psí.

Silencio. Bajé la vista y Lola Xica aprovechó para llevarse la fuente vacía de las judías verdes, como si tuviera mucho que hacer en la cocina, la muy cobarde.

—Adrià.

La miré con ojos de cordero degollado. Ella me miró como no lo hacía desde hacía muchos días y dijo ¿te encuentras bien?

—Psí.

—Estás triste.

—Psí.

Ahora lo remataría señalando con el dedo mi alma negra.

—No te he prestado atención últimamente.

—Da igual.

—No, no da igual.

Lola Xica volvió con una fuente de caballa frita, que era el plato que más aborrecía en la vida, y mi madre, al verlo, esbozó algo parecido a una sonrisa seca y dijo qué bien, caballa.

Y ahí terminaron la conversación y la acusación. Esa noche me comí toda la caballa que me pusieron en el plato y, de postre, un vaso de leche y, cuando iba a acostarme, vi a mi madre revolviendo en el despacho, me parece que era la primera vez que lo hacía desde la muerte de mi padre. Sin poder evitarlo, fui a husmear; para mí, cualquier excusa era buena para echar un vistazo allí. Sólo llevaba a Carson por si acaso. Mi madre estaba agachada, rebuscando en la caja fuerte. Ya sabía la combinación. El Vial estaba apoyado, fuera de la caja fuerte, y ella iba sacando papeles, los miraba por encima con indolencia y los apilaba ordenadamente en el suelo.

—¿Qué buscas?

—Papeles. De la tienda. De Tona.

—Si quieres te ayudo.

—No, porque no sé lo que busco.

Y me puse muy contento porque mi madre y yo habíamos entablado conversación; breve, pero conversación al fin. Y se me ocurrió la infausta idea de que me alegraba de la muerte de mi padre, porque así mi madre y yo podíamos hablar. No es que quisiera pensar esas cosas, es que se me venían a la cabeza sin querer. Lo cierto es que a mi madre empezaron a brillarle los ojos desde ese día.

Y entonces sacó tres o cuatro cajitas y las dejó encima de la mesa. Me acerqué. Abrió una: contenía una pluma de oro con plumilla de oro.

—¡Ahí va! —dije, asombrado.

Mi madre cerró la cajita.

—¿Es de oro?

—No lo sé. Supongo.

—No la había visto nunca.

—Yo tampoco.

Inmediatamente se mordió los labios. Guardó la caja de la pluma de oro cuya existencia ignoraba y abrió otra, más pequeña y de color verde. Con dedos temblorosos apartó el algodón de color rosa.

Con los años he comprendido que la vida no fue fácil para mi madre. Que casarse con mi padre no debió de ser un acierto, por mucho que la saludase quitándose el sombrero con la elegancia que lo caracterizaba y le dijese cómo estás, preciosa. Que seguro que habría sido más feliz con otro hombre que de vez en cuando no tuviese la razón, o se equivocase o se echase a reír porque sí. En casa estábamos todos marcados por la insobornable seriedad, recubierta con un poco de acritud vital, de mi padre. Y, aunque me pasaba el día observando y era un niño bastante despierto, tengo que reconocer que sólo oía campanas y no sabía dónde. Por eso, como colofón de esa noche tan sensacional para mí, porque me parecía que había recuperado a mi madre, dije ¿puedo estudiar con el Vial, madre? Se quedó inmóvil. Por unos momentos fijó la vista en la pared y pensé ya estamos en las mismas otra vez, ya no volverá a mirarme nunca más. Pero sonrió tímidamente y dijo déjame pensarlo. Me parece que entonces me di cuenta de que era posible

que las cosas empezaran a cambiar. Cambiaron, por descontado, pero no como me habría gustado a mí. Claro que, de no haber sido así, no te habría conocido.

¿Te has fijado en la pputa casualidad que es la vida? De los millones de espermatozoides de mi padre, sólo uno fecunda el óvulo propicio. Que nacieras tú; que naciera yo: son casualidades inmensas. Podrían haber nacido millones de seres diferentes que no fuéramos ni tú ni yo. También es casualidad que a los dos nos guste Brahms. Que haya habido tantos muertos y tan pocos supervivientes en tu familia. Todo por casualidad. Si el itinerario de nuestros genes y después el de nuestras vidas se hubiera desviado por otra encrucijada, de los millones posibles, ni siquiera se habría podido escribir todo esto que a saber quién leerá. ¡Qué vértigo!

A partir de esa noche empezaron a cambiar las cosas. Mi madre pasaba muchas horas encerrada en el despacho, como mi padre pero sin lupa, repasando de arriba abajo toda la documentación de la caja fuerte, pues el seis uno cinco cuatro dos ocho ya era del dominio público. Menospreciaba tanto el estilo de mi padre que ni se dignó cambiar la combinación de la caja, cosa que agradecí sin saber muy bien por qué. Y más horas todavía repasando papeles y hablando con hombres desconocidos, que se ponían y se quitaban las gafas según leyesen documentos o mirasen a mi madre, y siempre hablando en voz baja o casi, todos muy serios, de manera que ni Carson ni yo, ni siquiera el silencioso Águila Negra, nos enterábamos de nada. Al cabo de unas cuantas semanas de murmullos, consejos casi musitados al oído, recomendaciones, arqueamientos de cejas y comentarios breves y rotundos, mi madre guardó toda la parafernalia documental en la caja fuerte, seis uno cinco cuatro dos ocho, y dejó unos cuantos papeles aparte en una carpeta oscura. Y en ese preciso momento cambió la combinación de la caja fuerte. Luego se puso el abrigo negro encima del vestido negro, tomó aire, cogió la carpeta oscura y se presentó en la tienda de manera inesperada y Cecília le dijo buenos días, señora Ardèvol. Y ella se fue directamente al despacho del señor Ardèvol, entró sin pedir permiso,

puso la mano delicadamente en el colgador del teléfono que estaba usando el señor Berenguer, que se quedó atónito, y le cortó la comunicación telefónica.

—Pero ¿qué coño…?

La señora Ardèvol sonrió y se sentó frente al señor Berenguer, quien ocupaba el sillón gris de Fèlix con cara de pocos amigos. Dejó la carpeta oscura encima de la mesa.

—Buenos días, señor Berenguer.

—Estaba hablando con Frankfurt. —Enojado, dio una palmada seca en la mesa—. ¡Con lo que me ha costado que me dieran línea, caray!

—Era lo que quería evitar. Usted y yo tenemos que hablar.

Y hablaron de todo. Resulta que mi madre sabía mucho más de lo que se suponía que tenía que saber. Y más o menos la mitad del material de la tienda es mío.

—¿Suyo?

—Personalmente. Herencia de mi padre. El doctor Adrià Bosch.

—Pues yo no sabía nada.

—Yo tampoco hasta hace unos días. Mi marido pasaba por alto esos pequeños detalles. Tengo los documentos que lo acreditan.

—¿Y los objetos que ya se han vendido?

—Me corresponden los beneficios.

—Pero esto es un negocio que…

—De eso venía a hablar. A partir de ahora llevaré la tienda yo.

El señor Berenguer la miró con la boca abierta. Ella sonrió sin alegría y dijo quiero ver los libros. Ahora.

El señor Berenguer tardó unos segundos en reaccionar. Se levantó y fue al territorio de Cecília, con quien sostuvo una conversación seca, rápida e instructiva y, cuando volvió con una pila de libros de contabilidad, se encontró con que la señora Ardèvol se había sentado en el sillón gris de Fèlix y le indicaba con un gesto que podía pasar.

Volvió a casa temblando; nada más cerrar la puerta, se quitó el abrigo negro y, sin fuerzas para colgarlo, lo dejó en la banqueta de la entrada y se fue a su habitación. La oí llorar y preferí no entrometerme en asuntos que apenas conocía. Después estuvo un buen rato en la cocina hablando con Lola Xica, quien le cogía la mano como dándole ánimos. Tardé muchos años en recomponer las piezas de esa imagen que todavía veo como una pintura de Hopper. Tengo toda la infancia en casa grabada en la cabeza como diapositivas de pinturas de Hopper, con la misma soledad pegajosa y misteriosa. Y me veo en ellas como un personaje sentado en una cama deshecha, con un libro abandonado en una silla desnuda, o que mira por la ventana o sentado junto a una mesa limpia, mirando la pared vacía. Porque en casa todo se resolvía con cuchicheos y el roce que se oía con mayor nitidez, aparte de mis ejercicios de portamento con el violín, era el que hacía mi madre cuando se ponía zapatos de tacón para salir a la calle. Y si Hopper decía que pintaba porque no lo podía decir con palabras, yo lo escribo con palabras porque, aunque lo estoy viendo, soy incapaz de pintarlo. Y siempre lo veo como él, a través de ventanas o de puertas entornadas. Y al final sé lo que no sabía. Y lo que no sé me lo invento y también es verdad. Sé que lo vas a entender y me lo vas a perdonar.

Dos días después, el señor Berenguer había devuelto sus pertenencias a su despachito, al lado de las dagas japonesas, y Cecília a duras penas disimulaba la satisfacción que sentía fingiendo que esas fruslerías le resbalaban. Fue mi madre quien habló con Frankfurt y me imagino que la redistribución de piezas que llevó a cabo, atacando con las torres y la dama, fue lo que empujó al señor Berenguer a quemar el último cartucho en lo que podríamos considerar un ataque fulminante e inesperado. Los pesos pesados del anticuario de la calle de la Paja se declararon la guerra y valía todo.

La actitud de mi madre siempre había sido de sacrificio, sumisión y discreción y nunca había levantado la voz a nadie más que a mí. Pero cuando murió mi padre se transformó y se convirtió en una organizadora excelente, dura e implacable como jamás habría sospechado. No tardó en enderezar el rumbo de la tienda hacia otro derrotero, el de *brocanteria*[2] de calidad, que permitía facturar más a menudo, y el señor Berenguer hubo de sufrir la humillación de agradecer a su enemiga un aumento de sueldo que

no había pedido, acompañado, además, de un amenazador usted y yo vamos a hablar muy pronto largo y tendido. Mi madre volvió a arremangarse y me miró, cogió aire y comprendí diáfanamente que iniciábamos un período difícil de mi vida.

En esos momentos no tenía ni idea de los movimientos secretos de mi madre. Tardé mucho en conocerlos porque sólo nos contábamos las cosas cuando no había más remedio y delegábamos la confidencia en un papel escrito para evitar el cuerpo a cuerpo de las miradas. Tardé mucho en saber que actuaba como una nueva Magdalena Giralt. No reclamó la cabeza de su marido porque se la entregaron tan pronto como la encontraron. La cabeza que reclamaba era la del asesino de su marido. Todos los miércoles, fuera cual fuese la situación en la tienda o en casa, se vestía de luto riguroso y se iba a la comisaría de Lauria, donde llevaban el caso, y preguntaba por el comisario Plasencia; éste la pasaba a su despacho, que olía a tabaco que echaba para atrás, y ella le exigía justicia por la muerte de su marido, el que nunca la había querido. Y siempre, después de saludar, preguntaba si había novedades en el caso Ardèvol y siempre contestaba el comisario, rígido, sin invitarla a tomar asiento, no, señora. Recuerde que quedamos en que la avisaría cuando las hubiera.

—No se puede decapitar a un hombre así como así sin dejar ningún rastro.

—¿Insinúa que somos incompetentes?

—Estoy pensando en la posibilidad de acudir a una instancia superior.

—¿Es una amenaza?

—Usted siga bien, comisario.

—Usted siga bien, señora. Y sepa que la avisaremos en cuanto haya novedades.

Y la viuda negra salía del despacho, el comisario abría y cerraba con rabia el primer cajón de la mesa y el inspector Ocaña entraba sin pedir permiso y decía otra vez esa pelma, y el comisario no se dignaba contestar, aunque a veces se tronchaban de risa a costa del acento tan raro que tenía esa mujer tan elegante al hablar en castellano. Y todos los miércoles lo

mismo, indefectiblemente. Todos los miércoles, a la hora en la que el Caudillo recibía en audiencia en el Palacio del Pardo. A la hora en la que Pío XII recibía en audiencia en el Vaticano, el comisario Plasencia recibía a una viuda negra, la dejaba hablar y cuando ella se iba, enfurecido, abría y cerraba con fuerza el primer cajón de su mesa.

Cuando la señora Ardèvol se cansó, contrató los servicios del mejor detective del mundo, según el díptico de la sala de espera, tan reducida que daba urticaria. El mejor detective del mundo pidió un mes por adelantado, un mes de margen y un mes de moratoria en las visitas al comisario. La señora Ardèvol pagó, esperó y se abstuvo de ir a ver al comisario. Y al cabo de un mes, tras la espera de rigor en la agobiante antesala, la recibió por segunda vez el que seguía siendo el mejor detective del mundo.

—Siéntese, señora Ardèvol.

El mejor detective del mundo no se levantó, pero esperó a que la clienta tomara asiento para arrellanarse en su sillón. La mesa, entre los dos.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo ella, intrigada.

A modo de respuesta, el mejor detective del mundo tamborileó un minuto con los dedos encima de la mesa, puede que siguiendo un ritmo mental, puede que no, porque el pensamiento de los mejores detectives del mundo es indescifrable.

—Entonces… ¿qué hay de nuevo? —repitió mi madre con la mosca tras la oreja.

Pero el hombre amenazaba con otro minuto de tamborileo en la mesa. Ella se aclaró la garganta con un carraspeo y, en tono amargo, como si hablara con el señor Berenguer, dijo ¿por qué me ha llamado, señor Ramis?

Ramis. El mejor detective del mundo se llamaba Ramis. No me ha salido el nombre hasta ahora. Hasta ahora, cuando te lo cuento. El detective Ramis miró a su clienta y dijo dejo el caso.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído. Dejo el caso.

—¡Pero si lo ha aceptado hace cuatro días!

—Hace un mes, señora.

—No lo acepto. He pagado y tengo derecho a…

—Si lee el contrato —la cortó en seco— verá que en la cláusula decimosegunda del apéndice se contempla la posibilidad de rescisión por ambas partes.

—¿Y por qué motivo?

—Tengo muchísimo trabajo.

Silencio en el despacho. Silencio en la oficina. Ni una sola máquina de escribir tecleaba informes.

—No lo creo.

—¿Cómo dice?

—Miente usted. ¿Por qué lo deja?

El mejor detective del mundo se levantó, sacó un sobre de debajo del cartapacio y lo puso ante mi madre.

—Le devuelvo los honorarios.

La señora Ardèvol se levantó bruscamente, miró el sobre con desprecio y, sin tocarlo, salió taconeando enérgicamente. Al salir del despacho dio un portazo brutal y, por el estrépito que oyó a continuación, tuvo el gusto de saber que se había desencajado el cristal central de la puerta y que se hacía añicos contra el suelo.

Todo esto y algunos detalles más que en este momento no recuerdo lo supe mucho después. Lo que sí recuerdo es que ya leía textos bastante complicados en alemán e inglés; dicen que tenía una facilidad pasmosa. Bueno, pues a mí siempre me ha parecido lo más normal del mundo, pero, habida cuenta de lo que suele pasar a mi alrededor, comprendo que se me da bien. No tenía ningún problema con el francés, y el italiano escrito casi fluía solo, aunque lo acentuaba mal, y dominaba el latín de *De bello Gallico*, además del catalán y el castellano. Tenía ganas de empezar con el ruso o el arameo, pero mi madre entró en la habitación y dijo que ni hablar, que ya sabía bastantes lenguas y que tenía que hacer algo más en la vida que aprender palabras como los loros.

—Madre, es que los loros

—Es una manera de hablar y me entiendes perfectamente.

—No, no te entiendo.

—¡Pues haz un esfuerzo!

Y lo hice. Lo que más temía era el rumbo que querría dar a mi vida. Evidentemente, pretendía borrar el rastro de mi padre en mi formación. Y lo que hizo fue coger el storioni, que estaba en la caja fuerte protegido por la nueva combinación secreta que sólo conocía ella y que era siete dos ocho cero seis cinco, entregármelo e informarme de que a partir de primeros de mes dejas el conservatorio y a la señorita Trullols y empiezas a estudiar con Joan Manlleu.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Quién es Joan Manlleu?

—El mejor. Vas a empezar la carrera de virtuoso.

—Yo no quiero hacer la car

—Tú no sabes lo que quieres.

En eso se equivocaba; sabía que quería…, bueno, el programa de mi padre no me satisfacía plenamente, no me emocionaba pasarme la vida estudiando lo que se escribía en el mundo, seguir de cerca la cultura, pensar en ella. No, la verdad es que no me satisfacía; pero me gustaba leer y aprender nuevas lenguas y… En fin, de acuerdo. No sabía lo que quería, pero sí lo que no quería.

—No quiero hacer la carrera de virtuoso.

—El maestro Manlleu ha dicho que vales.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Tiene poderes mágicos?

—Te ha oído un par de veces, mientras estudiabas.

Por lo visto había programado meticulosamente los pasos para lograr que el maestro Joan Manlleu aceptase darme clases. Lo había invitado a merendar a la hora de violín y, discretamente, hablaron poco y escucharon mucho. El maestro Manlleu vio rápidamente que podía pedir lo que quisiera y así lo hizo. Mi madre no rechistó y lo contrató. Con tanta precipitación, no se le ocurrió pedir la conformidad a Adrià.

—¿Y qué digo a la Trullols?

—La señorita Trullols ya lo sabe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice?

—Que eres un diamante en bruto.

—No quiero. No sé tocar. No quiero sufrir. No. Definitivamente, rotundamente no y no. —Una de las pocas veces que le grité—: ¿Entiendes, madre? ¡No!

A primeros del mes siguiente empecé las clases con el maestro Manlleu.

—Serás un gran violinista y punto —dijo mi madre cuando la convencí de dejar el storioni en casa por si acaso e ir por el mundo con el parramon. Adrià Ardèvol inició resignadamente la segunda reforma educativa. En algún momento empezó a soñar con escaparse de casa.

12

Por hache o por be, a raíz de la muerte de mi padre falté muchos días al colegio. Incluso pasé una temporada muy extraña en Tona con mis primos, que estaban insólitamente silenciosos y me miraban de reojo cuando creían que no los veía. Y en algún momento pillé a Xevi y a Quico hablando de decapitaciones en voz baja, pero con tanta energía que se los oía desde cualquier parte. Y entre tanto, a la hora del desayuno, Rosa me daba la rebanada más grande antes de que la cogiese cualquiera de sus hermanos. Y la tía Leo me revolvió el pelo docenas de veces y llegué a pensar por qué no puedo quedarme a vivir en Tona para siempre, con tía Leo, como si la vida fuese un verano inacabable fuera de Barcelona, en ese lugar mágico en el que podía ensuciarme las rodillas sin que me riñeran. Y cuando tío Cinto regresaba a casa cubierto de polvo de la era o con manchas de barro o estiércol, no levantaba la mirada porque los hombres tienen prohibido llorar; pero se notaba que la muerte de su hermano lo había afectado mucho. La muerte y las circunstancias que la rodearon.

Cuando volví a casa, y mientras se urdía la entrada del gran Joan Manlleu en mi vida, reanudé el curso y me estrené oficialmente en la categoría de huérfano de padre. El hermano Climent me acompañó al aula pinzándome dolorosamente el hombro con los dedos, amarillentos de rapé, que era su manera de manifestarme afecto, consideración y pésame; al llegar me invitó a entrar con un gesto magnánimo y me dijo que no importaba que estuvieran en plena clase, que el profesor ya sabía lo que debía saber; entré, cuarenta y tres pares de ojos me miraron con curiosidad y el señor Badia —por la frase que dejó en el aire, entendí que estaba explicando la sutil diferencia entre sujeto y complemento directo— interrumpió el discurso y dijo pasa, Ardèvol, siéntate. En la pizarra, Juan escribe una carta a Pedro. Tuve que cruzar toda el aula hasta mi pupitre y

me dio mucha vergüenza; me habría gustado que Bernat estuviera en mi clase, pero eso era imposible, porque él hacía segundo y yo todavía me estaba aburriendo en primero con las tonterías del complemento directo e indirecto, las mismas que nos explicaban en latín y que, sorprendentemente, todavía no entendían algunos compañeros. ¿Cuál es el complemento directo, Rull?

—Juan. —Pausa. El señor Badia, impertérrito. Rull, desconfiado, previendo una trampa, reflexionó profundamente y levantó la cabeza—: ¿Pedro?

—No. Fatal. No has entendido nada.

—¡Ah, no! ¡Escribe!

—Siéntate, desastre.

—¡Ya lo sé! ¡Ostras, profe, que ya lo sé: es la carta! ¿A que sí?

Una vez explicado el concepto de complemento directo del derecho y del revés, entramos en las tinieblas del indirecto y entonces me fijé en cuatro o cinco niños que no me quitaban ojo desde hacía un rato. Por la situación de los pupitres sabía que eran Massana, Esteban, Riera, Torres, Escaiola, Pujol y tal vez Borrell, porque me picaba el cogote. Adiviné que eran miradas de… ¿admiración? Más bien una mezcla rara.

—Oye, chico… —me dijo Borrell en el patio—, juega con nosotros. —Y para evitar desastres—: Pero quédate estorbando en el medio, ¿vale?

—Es que no me gusta el fútbol.

—¿Lo ves? —dijo enseguida Esteban, que también formaba parte de la embajada—. Ardèvol le da al violín; te dije que era marica.

Y se fue a toda prisa, porque el partido había empezado sin los embajadores. Borrell, resignado, me dio una palmada en la espalda y se marchó en silencio. Busqué a Bernat entre el follón de los de primero, segundo y tercero, que, distribuidos por franjas en el patio, jugaban doce partidos diferentes y, en general, no se equivocaban de balón. Marica, más que marica. Los rusos llaman Marika a las chicas que se llaman María y estoy seguro de que Esteban no sabe ruso.

—¿Marica? —Bernat miró a lo lejos, reflexionando a pesar del bullicio de los exaltados futbolistas—. No. Eso es María en ruso.

—Eso ya lo sé.

—Pues búscalo en el diccionario. A ver si tengo que explicarte todo lo que…

—¿Lo sabes o no lo sabes?

Hacía mucho frío y a todo el mundo se le irritaban las manos y los muslos; menos a Bernat y a mí, que siempre llevábamos guantes por orden expresa de la Trullols, porque, con sabañones en las manos, el violín era un tormento insoportable; en cambio, la rojez de los muslos no se tenía en cuenta.

Los primeros días de colegio, después de la muerte de mi padre, fueron especiales. Sobre todo desde que Riera habló abiertamente de la cabeza del difunto, cosa que, al parecer, me dio un prestigio inigualable. Me perdonaron hasta las notas y llegué a ser un niño como los demás. Y cuando los profesores preguntaban algo, Pujol ya no decía que el encargado de las respuestas era yo, sino que todo el mundo se hacía el sueco y entonces, el padre Valero, para acabar de una vez, decía a ver, Ardèvol, y al final contestaba yo. Pero no era lo mismo.

Aunque no reconociese que ignoraba el significado de marica, mi referencia era Bernat, sobre todo después de la muerte de mi padre. Me hacía compañía y me ayudó a encajar mejor la vida. La verdad es que también él era un poco raro, diferente de los demás, que peleaban, suspendían, y al menos unos cuantos de quinto y alguno que otro de cuarto, sabían fumar y lo hacían a escondidas en el mismísimo cole. Y nuestra amistad era más clandestina y extraoficial porque íbamos a cursos distintos y no nos veíamos mucho en el colegio. Pero un día, sentado en mi cama con la boca abierta, se le llenaron los ojos de lágrimas porque lo que acababa de decirle por primera vez era tremendo. Me miró con odio y dijo eso es traición. Y yo que no, Bernat, que lo ha decidido mi madre.

—¿Y no puedes rebelarte, eh? ¿No puedes decir que tienes que ir con la Trullols porque si no…?

Porque si no, no iríamos juntos a clase, quería decir; pero no se atrevió por no parecer un criajo. Las lágrimas rebeldes fueron más elocuentes que todas las explicaciones. Es tan difícil ser niño y fingir que eres hombre y

que te importa un bledo lo que, por lo visto, importa un bledo a los hombres, y darse cuenta de que importa mucho, pero que es preciso disimular, porque si los demás se enteran de que no te importa un bledo, sino dos o tres, se reirán y te dirán eres un criajo, Bernat, Adrià, niño. O, niña, más que niña, en el caso de Esteban. No, ahora diría marica, más que marica. Nos crecían los primeros pelos del bigote y las pruebas de lo difícil que es vivir. Aunque todavía no era la hostia de difícil; todavía no te conocía.

Merendamos en silencio. Lola Xica nos daba siempre dos onzas de chocolate a cada uno. Estuvimos un buen rato callados, comiendo el pan, sentados en la cama, mirando hacia el complicado futuro. Y de pronto nos pusimos a tocar arpegios, yo hacía el eco de lo que tocaba Bernat aunque no estuviese en la partitura; era una manera más divertida de practicar los ejercicios. Pero estábamos tristes.

—¡Mira, mira, mira, mira!…

Bernat, con la boca abierta, dejó el arco sobre el atril y se acercó a la ventana de la habitación. El mundo había cambiado, el disgusto no era tan grave; el amigo podía hacer lo que quisiera con sus profesores de violín; la sangre volvió a correr por las venas. Bernat miraba a la habitación de enfrente, la del otro lado del patio de luces, que tenía la bombilla encendida y una cortina fina echada. Se veía a una mujer desnuda de cintura para arriba. ¿Desnuda? ¿Quién es? ¿Eh?

Era Lola Xica. Era la habitación de Lola Xica. Lola Xica desnuda. Vaya. De cintura para arriba. Se estaba cambiando. Seguro que iba a salir. ¿Desnuda? A Adrià le pareció que…, no se veía muy bien, pero la cortina echada lo hacía más emocionante.

—Es la vecina. No la conozco —respondí con displicencia, y retomé el ejercicio en la anacrusa del compás dieciocho, porque entonces el eco lo hacía Bernat—. Anda, oye, a ver si ahora nos sale.

Bernat no volvió al atril hasta que Lola se cubrió por completo. El ejercicio nos salió bastante bien, pero Adrià estaba dolido por el entusiasmo de su amigo y también porque no le hacía gracia haber visto a Lola… Los pechos de una mujer son… Era la primera vez que los veía, si es que la cortina no…

—¿Tú has visto alguna vez a una tía desnuda? —preguntó Bernat cuando terminamos el ejercicio.

—La acabas de ver, ¿no?

—Bueno, eso era ver sin ver. Quiero decir verla bien. Y entera.

—¿Te imaginas a la Trullols desnuda?

Lo dije para desviar la atención de Lola Xica.

—¡No digas burradas!

Me la había imaginado cien veces, no porque fuese guapa. Era mayor, delgaducha y tenía los dedos largos, pero la voz bonita, y hablaba mirando a los ojos. En cambio, cuando tocaba el violín, entonces sí que me la imaginaba desnuda, por culpa del sonido tan bonito que sacaba, tan… Toda la vida he mezclado las cosas. No lo digo con orgullo; más bien con resignación contenida. Por mucho que me lo haya propuesto, no he sabido encerrar cada cosa en un compartimiento estanco, todo se me mezcla, como ahora mismo esto que te escribo, y las lágrimas son la tinta.

—No te preocupes, Adrià —me dijo la Trullols—. Manlleu es un gran violinista. —Y me revolvió un poco el pelo con la mano. A modo de despedida me mandó tocar el tiempo lento de la primera sonata de Brahms y al final me dio un beso en la frente. La Trullols era así. Y no me di cuenta de que había dicho que Manlleu era un gran violinista y que no había dicho no te preocupes, Adrià; Manlleu es un gran profesor. Y Bernat con cara de malas pulgas, disimulando las ganas de llorar. A mí sí que se me cayeron tres o cuatro lágrimas. Dios mío. Seguro que fue el disgusto lo que impulsó a Adrià a decir, al llegar al portal de Bernat, que le regalaba el storioni, y Bernat, ¿de verdad? Y Adrià, que sí, que sí, para que tengas un buen recuerdo mío. ¿De verdad?, repitió el otro, incrédulo. Y Adrià, de verdad de la buena. ¿Y tu madre qué va a decir? Ni se va a enterar. Se pasa el día en la tienda. Y al día siguiente Bernat llegó a casa con el corazón desbocado, bum bum, bum bum, como las campanadas de misa de doce en la Concepció, y nada más ver a su madre le dijo mamá, tengo una sorpresa; abrió el estuche y la señora Plensa oyó el aroma inconfundible de cosa antigua y con el alma en vilo dijo de dónde has sacado este violín, hijo. Y él, con fingido desinterés, respondió imitando a Cassidy James cuando Dorothy le pregunta de dónde ha salido ese caballo:

—Es una historia muy larga.

Y tenía razón. Europa olía a pólvora quemada y a paredes derruidas; y Roma, aún más. Dejó pasar un veloz jeep americano que avanzaba dando botes por las calles reventadas pero no se detenía en los cruces, y continuó a paso rápido hasta Santa Sabina. Allí, Morlin le dio el mensaje: Ufficio della Giustizia e della Pace. El conserje, un tal signor Falegnami. Y cuidado, puede ser peligroso.

—¿Por qué?

—Porque no es lo que aparenta. Pero está en un apuro.

Fèlix Ardèvol no tardó en encontrar la oficina remotamente vaticana situada en los aledaños de la Ciudad Papal, en pleno Borgo. El hombre que abrió la puerta, gordo, alto, con la nariz grande y la mirada inquieta, le dijo que por quién preguntaba.

—Me temo que por usted, ¿signor Falegnami?

—¿Por qué dice me temo? ¿Es que le doy miedo?

—Es una manera de hablar. —Fèlix Ardèvol quiso sonreír—. Al parecer, tiene algo interesante que enseñarme.

—Cierran la oficina por la tarde, a las seis —dijo señalando con la cabeza la puerta de cristal, que desprendía una luz triste—. Aguarde en la calle.

A las seis salieron tres hombres, uno con sotana, y Fèlix tuvo la misma sensación que en una cita amorosa clandestina. Como en Roma hacía muchos años, cuando todavía tenía ilusiones y sueños y las manzanas de la frutería del signor Amato le recordaban el paraíso terrenal. Entonces se asomó el hombre de la mirada inquieta y, con una seña, le indicó que entrase.

—¿No vamos a su casa?

—Vivo aquí.

Tuvieron que subir muchas escaleras casi a oscuras, el hombre resoplaba por el esfuerzo y las pasos resonaban en la singular oficina. En el tercer piso, un pasillo largo y, de repente, el hombre abrió una puerta y encendió una luz anémica. Salió a recibirlos una vaharada de aire cerrado que tiraba para atrás.

—Adelante —dijo el hombre.

Una cama estrecha, un armario de madera oscura, una ventana tapiada y un lavabo. El hombre abrió el armario y sacó del fondo un estuche de violín. Usó la cama a modo de mesa. Abrió la funda. Era la primera vez que Fèlix Ardèvol lo veía.

—Es un storioni —dijo el hombre de mirada asustada.

Un storioni. Fèlix Ardèvol se quedó como estaba, storioni no le sonaba de nada. No sabía que, al terminar de construirlo, Lorenzo Storioni le acarició la piel, le pareció que el instrumento se estremecía y decidió enseñárselo al buen maestro Zosimo.

El hombre de la mirada asustada encendió la lámpara de sobremesa e invitó a Fèlix a acercarse al instrumento. Laurentius Storioni Cremonensis me fecit mil setecientos sesenta y cuatro, leyó en voz alta.

—¿Y cómo sé que es auténtico?

—Pido cincuenta mil dólares americanos.

—Eso no demuestra nada.

—Es su precio. Tengo dificultades y…

Había visto a tantos en dificultades… Pero las del treinta y ocho o el treinta y nueve no eran como las del final de la guerra. Le devolvió el violín y notó un vacío inmenso en el corazón; exactamente como le había pasado hacía seis o siete años, cuando tenía en las manos la viola de Nicola Galliano. Cada vez más a menudo conseguía que el propio objeto le dijera si era valioso latiendo en sus manos. Eso sí podía ser una prueba de autenticidad. Pero, con tanto dinero en juego, el señor Ardèvol no se fiaba solamente de intuiciones y latidos poéticos. Procuró ser frío y echó cuentas rápidamente. Sonrió.

—Mañana le doy la respuesta.

Más que respuesta fue una declaración de guerra. Se las arregló para reunir en la habitación del Bramante al padre Morlin y a un joven prometedor llamado Berenguer, un chico alto y delgado, serio, meticuloso y, por lo visto, experto en muchas cosas.

—Ten cuidado, Ardevole —insistía el padre Morlin.

—Sé andar por la vida, querido.

—Una cosa es la apariencia y otra la realidad. Negocia, gánate la vida pero no lo humilles, es peligroso.

—Sé lo que hago. Lo has comprobado unas cuantas veces, ¿verdad?

El padre Morlin no insistió pero no volvió a abrir la boca en la reunión. Berenguer, el joven prometedor, conocía a tres violeros de Roma pero sólo se fiaba de uno, un tal Saverio Nosequé. Los otros dos…

—Tráemelo mañana.

—Tráteme de usted, señor Ardèvol.

Al día siguiente, el señor Berenguer, Fèlix Ardèvol y Saverio Nosequé llamaron a la puerta de la habitación del señor de los ojos asustados. Entraron con una sonrisa colectiva, soportaron estoicamente el tufo de la estancia y el señor Saverio Nosequé estuvo media hora husmeando el violín, mirándolo con una lupa y haciéndole cosas inexplicables con unos instrumentos que llevaba en un maletín de médico. Y lo tocó.

—El padre Morlin me dijo que eran ustedes de fiar —dijo, impaciente, Falegnami.

—Soy de fiar. Pero no quiero que me tomen el pelo.

—El precio no es excesivo. Es lo que vale.

—Pagaré lo que valga, no lo que me diga usted.

El señor Falegnami cogió su libretita de los agravios a cuenta y escribió algo. La cerró y miró fijamente a los ojos al impaciente Ardèvol. Como no había ventanas, miraron ambos al dottor Nosequé, que en ese momento golpeaba suavemente la madera de la tapa y del fondo con un fonendo en los oídos.

Salieron del mísero cuchitril al anochecer. Nosequé andaba deprisa, mirando adelante y hablando consigo mismo. Fèlix Ardèvol observó de reojo al señor Berenguer, quien fingía no tener el menor interés en el negocio. Al llegar a Via Crescenzio, el señor Berenguer hizo un gesto negativo con la cabeza y se detuvo. Los otros se detuvieron también.

—¿Qué pasa?

—No: es muy peligroso.

—Es un storioni auténtico —dijo fervientemente Saverio Nosequé—. Y digo más.

—¿Por qué dice que es peligroso, señor Berenguer? —A Fèlix Ardèvol empezaba a gustarle aquel hombre de aspecto orgulloso.

—Cuando una fiera está acorralada hace lo que sea para salvarse, pero después puede morder.

—¿Qué más iba a decir, signor Nosequé? —dijo Fèlix volviéndose fríamente hacia el violero.

—Y digo más.

—Pues dígalo.

—El violín tiene nombre. Se llama Vial.

—¿Cómo dice?

—Es Vial.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Es su nombre. Se llama así. Algunos instrumentos tienen nombre propio.

—¿Eso le da más valor?

—No se trata de eso, signor Ardevole.

—Ya lo creo. Entonces ¿tiene más valor?

—Es el primer violín que construyó. Claro que tiene valor.

—¿Quién lo construyó?

—Lorenzo Storioni.

—¿Y el nombre? ¿Por qué ese nombre? —preguntó el señor Berenguer, curioso.

—Se debe a Guillaume-François Vial, el asesino de Jean-Marie Leclair.

El signor Nosequé hizo un gesto muy suyo que a Fèlix le recordaba a santo Domingo predicando desde el púlpito la inmensidad de la bondad divina. Y Guillaume-François Vial dio un paso desde la sombra, para que le viese la cara el pasajero del coche. El cochero detuvo los caballos exactamente a su altura. Se abrió la portezuela del vehículo y monsieur Vial subió al coche.

—Buenas noches —dijo La Guitte.

—Podéis dármelo, monsieur La Guitte. Mi tío está de acuerdo con el precio.

La Guitte se rió para sus adentros, orgulloso de su olfato. Para asegurarse:

—Son cinco mil florines.

—Cinco mil florines, en efecto —lo tranquilizó monsieur Vial.

—Mañana tendréis el violón del famoso Storioni en vuestras manos.

—No pretendáis embaucarme, monsieur La Guitte: Storioni no es famoso.

—En Italia, en Nápoles, en Florencia… no se habla de nadie más.

—¿Y en Cremona?

—Los Bergonzi y compañía están muy disgustados con la aparición del nuevo taller. Todo el mundo dice que Storioni es el nuevo Stradivari.

Con poca convicción añadieron tres o cuatro tópicos más, por ejemplo, que tal vez así bajaría el precio de los instrumentos, que estaba por las nubes. Tenéis toda la razón. Y se despidieron. Vial se apeó del coche de La Guitte convencido de que aquella vez lo lograría.

—Mon cher tonton!… —exclamó irrumpiendo en la sala al día siguiente a primera hora de la mañana. Jean-Marie Leclair ni se dignó levantar la cabeza; contemplaba las llamas de la chimenea—. Mon cher tonton —repitió Guillaume-François Vial con menos entusiasmo.

Leclair se volvió un poco. Sin mirarlo a los ojos le preguntó si traía el violín. Vial lo dejó en la mesa. Los dedos de Leclair salieron disparados hacia el instrumento. De una pintura de la pared surgió un criado narigudo con un arco de violín en la mano; Leclair estuvo un rato buscando todas las posibilidades sonoras del storioni con fragmentos de tres de sus sonatas.

—Es muy bueno —dijo al final—. ¿Cuánto te ha costado?

—Diez mil florines, más un premio de quinientas monedas que me daréis vos por haber encontrado esta joya.

Con gesto autoritario, Leclair mandó salir a los criados. Puso una mano a su sobrino en el hombro y sonrió.

—Eres un hijo de puta. No sé de quién lo has heredado, hijo de perra podrida, si de tu madre o del desgraciado de tu padre. Ladrón, estafador.

—¿Por qué? Si yo… —Esgrima de miradas—: De acuerdo, renuncio al premio.

—¿Crees que me fío de ti, con los años que llevas tocándome las narices?

—Entonces ¿por qué me encomendasteis…?

—Para ponerte a prueba, estúpido hijo de perra enferma y sarnosa. Esta vez no te libras de la cárcel. —Unos segundos después, para rematar —: No te imaginas cuánto he esperado este momento.

—Siempre habéis deseado mi perdición, tonton Jean. Me envidiáis.

Leclair lo miró sin comprender. Al cabo de un buen rato:

—¿Qué crees que puedo envidiar de ti, desgraciado piojoso infecto?

Vial, rojo como un pimiento, estaba ofuscado y no podía reaccionar.

—Mejor no entremos en detalles —dijo, por decir algo.

Leclair lo miraba con desprecio.

—Por mí, entremos, entremos: ¿por el físico? ¿Por la estatura? ¿Por el don de gentes? ¿Por la simpatía? ¿Por el talento? ¿Por la talla moral?

—La conversación ha terminado, tonton Jean.

—Se terminará cuando lo diga yo. ¿Por la inteligencia? ¿Por la cultura? ¿Por la riqueza? ¿Por la salud?

Leclair cogió el violín e improvisó un pizzicato. Lo miró con respeto.

—El violín es excelente, pero no me importa nada, ¿entiendes? Lo único que quería era mandarte a la cárcel.

—¡Qué mal tío sois!

—Y tú, un malnacido al que por fin he podido desenmascarar. ¿Sabes una cosa? —Sonrió exageradamente, con la cara a medio palmo de la de su sobrino—. El violín me lo quedo, pero al precio que me diga La Guitte.

Tiró de la cinta de la campanilla y el criado de nariz ganchuda entró por la puerta del fondo.

—Avisa al comisario. Que venga tan pronto como pueda. —A su sobrino—: Siéntate, vamos a esperar a monsieur Béjart.

No llegaron a sentarse. Cuando Guillaume-François Vial se disponía a hacerlo, pasó por delante de la chimenea, cogió el atizador y se lo clavó en la cabeza a su querido tonton. Jean-Marie Leclair, llamado l’Ainé, no abrió la boca. Se desplomó sin un gemido, con el atizador clavado en el cráneo. Una gota de sangre salpicó el estuche de madera del violín. Vial, respirando fuerte, se frotó las manos en el abrigo, aunque no se las había manchado, y dijo no te imaginas cuánto esperaba este momento, tonton Jean. Miró

alrededor, cogió el violín, lo guardó en el estuche salpicado y salió al balcón que daba a la terraza. Huyendo a plena luz del día se le ocurrió que tendría que hacer una visita poco cordial a La Guitte.

—Que yo sepa —continuó el signor Nosequé, plantado en medio de la calle—, ningún violinista lo ha tocado nunca sistemáticamente, como el Mesías de Stradivari, ¿me comprende?

—No —dijo Ardèvol, impaciente.

—Quiero decir que por eso tiene más valor. Su pista se pierde el mismo año de su construcción, en manos de Guillaume-François Vial. Es posible que desde entonces lo haya tocado alguien, pero no tenemos constancia. Y de pronto aparece aquí. Es un instrumento de un valor incalculable.

—Eso es lo que quería saber, caro dottor.

—¿De verdad es el primero? —preguntó el señor Berenguer con un destello de curiosidad.

—Sí.

—Yo no lo compraría, señor Ardèvol. Es mucho dinero.

—¿Lo vale? —dijo Fèlix Ardèvol mirando a Nosequé.

—Yo lo pagaría sin vacilar, si lo tuviese. Suena maravillosamente.

—Me importa un huevo el sonido.

—Y posee un valor simbólico excepcional.

—Eso sí que me importa.

—Y ahora mismo se lo devolvemos a su dueño.

—¡Pero si me lo ha regalado! ¡Te lo juro, papá!

El señor Plensa se puso el abrigo, miró a su mujer moviendo los ojos imperceptiblemente, cogió el estuche y, con un gesto enérgico de la cabeza, mandó a Bernat que lo acompañara.

La silenciosa comitiva del entierro que transportaba el pequeño féretro iba presidida por los negros pensamientos de Bernat, que maldecía una y otra vez la hora infausta en que quiso presumir de violín ante su madre y le enseñó el storioni auténtico, y la muy acusica, no bien hubo llegado su padre, empezó a insistir Joan, mira lo que tiene el niño. Y el señor Plensa lo miró; lo examinó y, tras unos segundos de silencio, dijo ¿de dónde recontra has sacado este violín?

—Suena muy bien, papá.

—Sí, pero te pregunto de dónde coño lo has sacado.

—¡Joan, por favor!

—Vamos, Bernat, que esto no es cosa de broma. —Impaciente—: De dónde lo has sacado.

—De ningún sitio; quiero decir que me lo han dado. Me lo ha regalado su dueño.

—¿Y quién es ese dueño tan idiota?

—Adrià Ardèvol.

—¿Un violín de los Ardèvol?

Silencio: madre y padre intercambiaron una mirada rápida. El padre volvió a suspirar, cogió el violín, lo guardó en el estuche y dijo ahora mismo se lo devolvemos a su propietario.

13

Abrí la puerta yo. Era una mujer más joven que mi madre, muy alta, de ojos tiernos y con los labios pintados; me miró con simpatía nada más verme y me cayó bien. Bueno, la verdad es que, más que caerme bien, me enamoré de ella perdidamente por los siglos de los siglos y me entraron muchísimas ganas de verla desnuda.

—¿Eres Adrià?

¿Cómo sabía mi nombre? Y tenía un acento rarísimo.

—¿Quién es? —Lola Xica, desde el fondo del piso.

—No lo sé —dije, y sonreí a la aparición. Ella me sonrió y además me guiñó un ojo y preguntó si estaba mi madre.

Lola Xica llegó al recibidor y la aparición debió de creer que era mi madre, por la cara que puso.

—Es Lola Xica —le advertí.

—¿La siñora Ardèvol? —dijo con voz angelical.

—¡Eres italiana! —le dije.

—¡Muy bien! Me han dicho que eres un niño muy listo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Puesto que mi madre estaba en la tienda librando batallas y poniendo orden desde primera hora de la mañana, la aparición dijo a Lola Xica que no le importaba esperar tanto como fuera preciso. Lola Xica le señaló una banqueta y desapareció. Ella se sentó, me miró, le relució una crucecita dorada muy bonita que llevaba colgada del cuello y me dijo come stai. Contesté bene con una sonrisa tan encantadora como la suya, con el estuche del violín en la mano, porque tenía clase con Manlleu y lo que más detestaba el maestro era la impuntualidad ajena.

—Ciao! —dije tímidamente al tiempo que abría la puerta de la escalera. Y mi ángel, sin moverse de la banqueta, me mandó por el aire un beso que me rebotó en el corazón y me conmovió. Y sus labios rojos dijeron ciao sin sonido, que era la mejor forma de oírlo hasta lo más hondo del corazón. Cerré la puerta procurando no hacer ruido, para que no desapareciera el milagro.

—¡No arrastres los dedos así! ¡Reproduces ritmos negroides, epileptiformes, propios de instrumentos de viento!

—¿Qué?

—¡Mira, mira, mira!

El profesor Manlleu le arrebató el violín e hizo un portamento exageradísimo que yo no había hecho. Y, con el violín en posición, me dijo esto es basura. ¿Me entiendes? ¡Insania, demencia, suciedad y porquería!

Añoraba a la Trullols a todas horas ¡y sólo hacía diez minutos que había empezado la tercera clase con el maestro Manlleu! Después, seguramente para deslumbrarlo, le explicó que él, a su edad, ¡huy, a tu edad! Yo sí que era un niño prodigio. A tu edad tocaba Max Bruch sin que me lo hubiera enseñado nadie.

Y volvía a arrebatarle el violín y empezaba con el soooooolsiresolsiiila#faasoool. Siresolsiiiietcétera, qué bonito.

—Esto es un concierto y no esa sandez de estudios que practicas.

—¿Puedo empezar con Max Bruch?

—¿Cómo quieres empezar con Bruch si no sabes ni sonarte los mocos, criatura? —Le devolvía el violín y se le acercaba a medio palmo y gritaba para que lo oyese muy claro—: Si fueses yo, puede. Pero soy irrepetible. —Con voz seca—: Ejercicio veintidós. Y no te hagas ilusiones, Ardèvol: Bruch era un mediocre que acertó por casualidad. —Y sacudió la cabeza, dolido con la vida—. Si hubiese podido dedicarme más a la composición…

El ejercicio veintidós dei portamenti era para aprender a hacer portamentos, pero nada más oír el primero, el maestro Manlleu volvió a escandalizarse y a hablar de su precocidad genial y, a continuación, del

concierto de Bartók que a los quince años dominaba de arriba abajo sin la menor vacilación.

—Has de saber que un buen intérprete, aparte de la memoria normal, debe desarrollar otra especial para retener todas las notas del solista y además las de la orquesta. Si no lo consigues, no tienes nada que hacer; dedícate a repartir barras de hielo o a encender farolas. Y que no se te olvide apagar las farolas después.

De modo que opté por hacer el ejercicio dei portamenti sin portamenti y así tuvimos la fiesta en paz. Lo estudiaría en casa. Y Bruch era un mediocre. Por si no me había quedado claro, el maestro Manlleu me impartió los tres últimos minutos de la tercera clase en el recibidor de su casa, yo, de pie y con la bufanda alrededor del cuello; arremetió contra los violinistas zíngaros, que tocan en bares y locales nocturnos y ejercen tan mala influencia sobre la juventud, porque la incitan a abusar del portamento. Enseguida se da uno cuenta de que sólo tocan para llamar la atención de las mujeres. Esa clase de portamento es cosa de maricas. Hasta el viernes que viene, criatura.

—Buenas noches, maestro.

—Y grábate en la cabeza todo lo que te he dicho como con un hierro al rojo vivo, más lo que te iré diciendo en cada clase. Estudiar conmigo es un privilegio que no tiene cualquiera.

Al menos acababa de comprobar que el concepto de marica estaba íntimamente relacionado con el violín. Pero la consulta al diccionario no me sirvió de nada porque la palabra no constaba y la duda persistió. Bruch sería un marica mediocre. Supongo.

En aquella época, Adrià Ardèvol era un santo de paciencia infinita y por ese motivo las clases con el maestro Manlleu no me parecían tan mal como ahora, al evocarlas contigo. Cumplí con él y recuerdo todos y cada uno de los momentos que pasé uncido a su yugo y, por encima de todos, el momento en que, después de dos o tres sesiones, me empezó a rondar una cuestión que no he llegado a solucionar, relacionada con lo siguiente: al intérprete de música sólo se le exige perfección. Puede ser un miserable, pero tiene que ser perfecto en la ejecución. Como el maestro Manlleu, pues creo que tenía todos los defectos posibles, aunque tocaba perfectamente.

El caso era que, comparando a Bernat con Manlleu, encontré una diferencia entre la verdad de mi amigo y la perfección del maestro. Así empecé a interesarme un poco más por la música. No entiendo por qué no se ha conformado Bernat con ese don y se empeña en buscar la insatisfacción personal estrellándose libro a libro contra una impotencia declarada. Qué hábiles somos los dos para encontrar insatisfacción en la vida.

—¡Pero si tú no cometes errores! —me dijo Bernat, escandalizado, hace cincuenta años, cuando le contaba mis dudas.

—Pero tengo que saber que puedo cometerlos. —Silencio perplejo—: ¿No lo entiendes?

He ahí el motivo; por eso dejé el violín. Pero eso es otra historia. De camino al colegio le contaba las clases de Manlleu con pelos y señales, y se nos alargaba una eternidad, porque, en plena calle Aragón, entre el humo de las locomotoras que ennegrecía las fachadas, Bernat intentaba imitar sin violín las indicaciones de mi profesor, la gente se nos quedaba mirando y luego lo probaba en casa; es decir, se convirtió en algo parecido a un segundo discípulo de los miércoles y viernes del gran Manlleu, pero gratis.

—El jueves por la tarde, castigados. Es la tercera falta de puntualidad en quince días, señores míos. —El bedel de los bigotes rubios de la entrada sonrió satisfecho por habernos pillado.

—Pero…

—No hay pero que valga. —Agita la odiada libretita, saca un lápiz de la bata—: Nombre y curso.

Los jueves por la tarde de la era Manlleu, en vez de estar en casa husmeando a escondidas entre los papeles de mi padre que en gloria esté, o de pasarlos estudiando en casa de Bernat o en la mía, teníamos que presentarnos en el aula de segundo be, junto con otros doce o quince desgraciados más, a purgar las faltas de puntualidad con un libro de texto abierto encima del pupitre, mientras Herr Oliveres o el profesor Rodrigo nos vigilaban con cara de aburrimiento.

Y cuando volvía a casa, mi madre me interrogaba sobre las clases con Manlleu y me hacía preguntas capciosas sobre las posibilidades de dar cuanto antes un recital lucidito, ¿oyes, Adrià?, con obras de primera fila

como, al parecer, le había prometido Manlleu.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—La *Sonata a Kreutzer*. Las de Brahms —me dijo un día.

—¡Imposible, madre!

—Nada es imposible —contestó, como si fuese la Trullols cuando me dijo nunca digas nunca, Ardèvol; sin embargo, aunque el consejo era prácticamente el mismo, no me hizo ningún efecto.

—No toco tan bien como crees, madre.

—Tocarás a la perfección.

A la perfección emulaba ella la maña que se daba mi padre para que nadie lo contradijera. Salía de la habitación sin darme tiempo a decirle que aborrecía la perfección que se exige al intérprete, bla, bla, bla, se iba hacia los dominios de la señora Angeleta y yo me quedaba un poco triste, porque, aunque mi madre me hablara otra vez, casi no me miraba a los ojos y le interesaba más el informe de los progresos que mis ganas irreprimibles de ver a una mujer desnuda y las manchas inexplicables de las sábanas que, por otra parte, maldito el interés que tenía yo en que se convirtieran en tema de conversación. ¿Y ahora cómo estudio i portamenti en casa sin hacer portamentos?

¿En casa? En cuanto llegué al portal pensé otra vez en mi ángel, al que había abandonado cruelmente a su suerte, obligado por la clase de ritmos negroides con Manlleu. Subí los peldaños de dos en dos pensando que el ángel habrá volado… y yo entreteniéndome por el camino. ¡No me lo perdonaría nunca! Llamé con impaciencia y me abrió Lola, la aparté y miré hacia la banqueta. La roja sonrisa me acogió con otro ciao dulcísimo y fui el violinista más feliz del mundo.

Tres horas después de la milagrosa aparición, llegó mi madre con cara de agobio y, al ver allí al ángel, miró a Lola Xica, que había salido a recibirla, e hizo el gesto que hacía siempre cuando entendía las cosas, porque, sin ahondar en las presentaciones, la condujo al despacho de mi padre. Al cabo de tres minutos empezaron a oírse gritos.

Una cosa es oír una conversación con suficiente nitidez, y otra muy distinta entender lo que se ventila. El sistema de espionaje que usaba para saber lo que se cocía en el despacho era complicado y, a medida que crecía en altura y peso, tenía que sofisticarlo más, porque ya no podía colarme en un rincón detrás del sofá. Al oír las primeras voces comprendí que debía encontrar el modo de proteger a mi ángel de las iras de mi madre. Desde el cuartito de los armarios, la puerta que daba a la galería y al lavadero me dejaba enfrente de una ventana de cristal esmerilado que no se abría nunca y daba al despacho de mi padre. Por esa ventana entraba la poca luz natural que llegaba al despacho. Tumbado al pie de la ventana podía oír la conversación como si estuviera dentro. En casa, yo siempre estaba en todas partes. Casi. Mi madre, pálida, acabó de leer la carta y miró a la pared.

—¿Cómo sé que es verdad?

—Porque he heredado can Casic de Tona.

—¿Cómo dice?

Mi ángel respondió enseñándole otro documento, en el que el notario Garolera de Vic certificaba a todos los efectos la donación de la casa, el pajar, el estanque, la era y los tres bancales de can Casic a Daniela Amato, nacida en Roma el día 25 de diciembre de mil novecientos diecinueve, hija de Carolina Amato y de padre desconocido.

—¿Can Casic de Tona? —Contundente—: No era de Fèlix.

—Lo era. Ahora ya es mía.

Mi madre intentó disimular el temblor de la mano que sujetaba el documento y, con un gesto de desprecio, se lo devolvió a su propietaria.

—No sé adónde nos lleva esto. ¿Qué pretende?

—La tienda. Tengo derecho.

Por el tono de voz, entendí que mi ángel lo había dicho con una sonrisa deliciosa que me dio ganas de comérmela a besos. Yo, en el lugar de mi madre, le habría dado la tienda y lo que fuera, con la condición de que nunca perdiera la sonrisa. Pero en vez de darle algo, mi madre se echó a reír como si lo hiciera con ganas: una risa falsa, recientemente incorporada a su repertorio. Empecé a asustarme, porque todavía no me había acostumbrado a esa faceta de mi madre; la faceta despiadada, antiángel; siempre la había visto con mirada baja ante mi padre, o ausente y fría los primeros días de

viudez, cuando me planificaba el futuro. Pero nunca la había visto chasquear los dedos, pedir con exigencias que le enseñara otra vez los documentos de propiedad de can Casic ni decir, tras un silencio, me importa una pputa mierda lo que ponga en este papel.

—Es un documento legal. Tengo derecho a una parte de la tienda. Por eso he venido.

—Mi abogado le comunicará mi negativa a cualquier propuesta que haga usted. A cualquiera.

—Soy hija de su marido.

—Por mí, como si es hija de Raquel Meller. Se lo ha inventado.

Mi ángel dijo no, señora Ardèvol: no me lo he inventado. Miró alrededor detenidamente y repitió no me lo he inventado: hace quince años estuve en este mismo despacho y tampoco me invitaron a sentarme.

—Qué sorpresa, Carolina —dijo Fèlix Ardèvol, con la boca abierta, totalmente perplejo. Incluso se le quebró la voz del susto. Invitó a entrar a las dos mujeres y las llevó al despacho antes de que Lola Xica, que estaba atareada con el ajuar de Carme, se apercibiese de la inoportuna visita.

Los tres en el despacho, de pie, mientras en el resto de la casa reinaba el ajetreo, mozos de cuerda subiendo los muebles de mi madre, la cómoda de la abuela, el espejo del recibidor que Fèlix había accedido a colocar en la habitación de los armarios y gente entrando y saliendo, y Lola Xica, que, aunque sólo llevaba allí dos horas, ya conocía todas las baldosas de la casa del señor Ardèvol, Dios mío, qué señor piso va a tener la niña. Y la puerta del despacho cerrada, con una visita que no le hacía ninguna gracia, pero ella no podía meter las narices en los asuntos del señor Fèlix.

—¿Estás ocupado? —dijo la mujer mayor.

—Mucho. —Levantó los brazos—. Estamos en pleno follón. —Secamente—: ¿Qué quieres?

Ella se rió francamente. Él no sabía adónde mirar. Para romper la incómoda situación, Fèlix señaló a la mujer joven con la cabeza y, aunque sabía la respuesta, dijo ¿quién es esta señorita tan guapa?

—Tu hija, Fèlix.

—Carolina, yo…

Carolina lo había comprendido todo desde el momento en que su seminarista de mirada limpia de hombre bueno se había encogido tan cobardemente cuando ella le dijo que le palpase el vientre.

—Pero ¡si sólo hemos estado en la cama tres o cuatro veces! —dijo, inquieto, pálido, temeroso, aterrado, sudoroso.

—Doce —respondió ella, seria—. Con una sola basta.

Silencio. Disimular el azoramiento. Mirar al futuro. Ojear puertas de salida. Mirar a la chica a la cara y oírla decir con los ojos brillantes de emoción ¿verdad que te hace ilusión, Fèlix?

—Desde luego.

—¡Vamos a tener un hijo, Fèlix!

—¡Qué bien! ¡Qué alegría!

Y al día siguiente huyó de Roma dejando la carrera a medias. Lo que más lamentó fue perderse el final de curso del pater Faluba.

—¿Fèlix Ardèvol? —exclamó el obispo Muñoz con la boca abierta—. ¿Fèlix Ardèvol i Guiteres? —Sacudió la cabeza, negando—. No es posible.

Él, sentado ante la mesa de su despacho y mosén Ayats de pie, con una carpeta en la mano y la actitud deferente que tanto enojaba a monseñor. Por el balcón de palacio se oía chirriar un carro que debía de ir muy cargado y los gritos de una mujer que regañaba a un crío.

—Sí es posible. —El secretario episcopal no supo reprimir el tono de satisfacción—. Por desgracia, sí lo ha hecho. Ha dejado preñada a una mujer y…

—Ahórreme los detalles —dijo el obispo.

Una vez informado con pelos y señales, hasta el último detalle, monseñor Muñoz se retiró a rezar, porque su alma estaba confusa mientras, escandalizado, se felicitaba por que monseñor Torras i Bages se hubiera ahorrado la ignominia del acto de quien muchos consideraban la perla del obispado, y mosén Ayats bajó los ojos humildemente porque hacía tiempo que sabía que Ardèvol no era una perla, ni mucho menos. Era muy listo, muy filósofo, muy esto y lo otro, pero un sinvergüenza redomado.

—¿Cómo has sabido que mañana me caso?

Carolina no respondió. Su hija no podía dejar de observar el rostro del señor que era su padre y apenas prestó atención a la conversación. La mujer miró a Fèlix —más grueso, sin tanto encanto, avejentado, con la piel más oscura y arrugas en los ojos— y disimuló una sonrisa: evidentemente, no iba a revelar sus fuentes.

—Tu hija se llama Daniela.

Daniela. Es igual que su madre, cuando la conocí.

—Aquel día, aquí mismo —dijo mi ángel—, su marido me firmó la donación de can Casic bajo juramento. Y cuando ustedes volvieron de Mallorca, se concretó la donación.

El viaje a Mallorca, unos días con su marido, que ya no se quitaba el sombrero cuando se cruzaba con ella porque estaban todo el día juntos y, por tanto, tampoco podía decirle cómo estás, preciosa. O sí que podía, pero no lo hacía; al principio, muy atento a todo lo que ella hiciera, pero, poco a poco, más pendiente de sus propios pensamientos silenciosos, que nunca he sabido a qué se dedicaba tu padre todo el santo día, con tanto pensar y tanto callar, hijo. Toda la vida pensando y callando. Y de cuando en cuando, soltando un grito o un pescozón a quien tuviera más cerca, porque debía de acordarse de la fulana italiana y la echaría de menos todo el tiempo y le regalaría toda clase de cancasics.

—¿Cómo ha sabido de la defunción de mi marido?

Mi ángel miró a mi madre a los ojos y, como si no la hubiera oído:

—Me prometió…, no, me juró que tendría parte en su herencia.

—A estas alturas ya sabrá que no es así.

—No creía que fuese a morir tan pronto.

—Que usted siga bien. Y recuerdos a su madre.

—Ha muerto también.

Mi madre no dijo lo siento ni nada parecido. Abrió la puerta del despacho y mi ángel todavía puntualizó, volviéndose hacia ella, mientras salía del despacho:

—Una parte del negocio es mía y lucharé cuanto sea preciso para re

—Usted siga bien.

La puerta de la escalera se cerró de un portazo, como el día en que mi padre salió de casa a que lo mataran. La verdad es que no me enteré de mucho. Sólo me quedé con una vaga sospecha de no sé qué. En esa época, el ablativo absoluto no tenía secretos para mí, pero la vida sí. Mi madre volvió al despacho, se encerró a cal y canto, revolvió un rato en la caja fuerte, sacó una cajita verde, apartó el algodón rosa y extrajo una cadena de la que colgaba una medalla dorada muy bonita. La devolvió a la cajita y la tiró a la papelera. Entonces se sentó en el sofá y rompió a llorar todo lo que no había llorado desde el día en que se casó, un llanto agridulce, de lágrimas muy picantes porque son de rabia y de dolor.

Fui hábil. Acompañado del astuto Águila Negra (sí, era un grandullón, pero a veces necesitaba refuerzo moral), cuando todo el mundo dormía, me fui sigilosamente al despacho de mi padre y, a tientas, hurgué en la papelera hasta dar con la cajita cúbica. La cogí y, con un gesto, el valeroso arapaho me impidió cometer una imprudencia. Siguiendo sus instrucciones, encendí la lámpara lupa, abrí la cajita y saqué la medalla. Volví a cerrarla y la deposité silenciosamente en el fondo de la papelera. Adrià apagó la lámpara y retrocedió hasta su habitación con el botín en su poder. Una vez cerrada la puerta, contraviniendo la norma no escrita según la cual en casa nunca se cerraban, sólo se entornaban, encendió la luz de la mesilla de noche, hizo un gesto de agradecimiento a Águila Negra y contempló la medalla con un interés que le aceleraba el corazón. Era una Virgen bastante rudimentaria, seguramente una reproducción de una talla románica, remotamente parecida a la Moreneta, con un Niño Jesús esmirriado en brazos. De fondo, un enorme y lejano árbol de copa frondosa, muy curioso. El envés, donde pensaba encontrar la clave de tanto misterio, era liso, sólo se leía la palabra Pardàc, toscamente grabada en la parte inferior. Y nada más. La olí por si captaba olor de ángel; no sé cómo ni por qué, pero estaba convencido de que tenía mucho que ver con mi gran, único y eterno amor italiano.

14

Mi madre solía pasar las mañanas en la tienda. Nada más entrar, arqueaba las cejas y no las relajaba hasta que salía. Nada más entrar, consideraba enemigo a todo el mundo y desconfiaba. Por lo visto, el método funcionaba. En primer lugar atacó al señor Berenguer y ganó la partida, pues el ataque por sorpresa lo pilló con la guardia baja y le anuló la capacidad de respuesta. Me lo contó personalmente cuando era muy viejecito, y con cierta admiración por su enemiga íntima, me parece. Jamás me habría imaginado que tu madre supiera lo que era un pagaré ni en qué se diferenciaba la madera de ébano de la de cerezo. Pero lo sabía, eso y muchas cosas más de las turbias operaciones de tu padre.

—¿Turbias?

—Negras, mejor dicho.

Es decir que mi madre cogió las riendas de la tienda y empezó a decir tú, haz esto y usted haga lo otro sin necesidad de mirarlos a los ojos.

—Señora Ardèvol —dijo el señor Berenguer un día, entrando en el despacho del señor Ardèvol, el que infructuosamente había querido convertir para siempre en el suyo propio. Y, con la voz empañada de rabia, dijo señora Ardèvol. Ella lo miró en silencio, enarcando una ceja.

—Me parece que he adquirido algunos derechos después de tantos años de oficio al más alto nivel. En este establecimiento, el entendido soy yo; ¿quién viaja, compra y conoce los precios del mercado? ¿Quién regatea y, en caso de necesidad, embauca? ¡Yo! ¡Su marido siempre confió en mí! Es injusto que ahora… ¡Sé hacer mi trabajo!

—Pues hágalo, pero a partir de ahora seré yo quien le diga en qué consiste. Por ejemplo: de las tres consolas de Turín, compre dos si no le regalan la tercera.

—Es mejor comprar las tres. Así el precio será m

—Dos. He dicho a Ottaviani que irá usted mañana.

—¿Mañana?

No era que lo importunase viajar; a decir verdad, le gustaba mucho. Pero irse a Turín un par de días era dejar la tienda en manos de esa bruja.

—Mañana, sí. Esta misma tarde va Cecília a buscar los billetes. Y vuelva pasado mañana. Y si cree que debe tomar una decisión diferente a la que hemos hablado, consúlteme por teléfono.

Las cosas habían cambiado en la tienda. El señor Berenguer llevaba unas semanas con la boca abierta de perplejidad. Y Cecília llevaba ese mismo tiempo procurando que no se le notase mucho la sonrisa de no haber roto nunca un plato; que no se le notase mucho…, bueno, un poco, sí, porque quería que el señor Berenguer supiera que ella se había dado cuenta de que, por una vez en la vida, la tortilla había caído del lado bueno; qué dulce es la venganza.

En cambio, el señor Berenguer no lo veía del mismo modo y esa mañana, antes de que la señora Ardèvol llegase a la tienda a ponerlo todo patas arriba, se plantó delante de Cecília, con las manos en la mesa y el cuerpo inclinado hacia ella, y le dijo ¿de qué rehostias te ríes, eh?

—De nada. Sólo me alegro de que por fin alguien ponga orden aquí y te ate corto.

El señor Berenguer dudaba entre soltarle un bofetón o estrangularla. Ella lo miró a los ojos y dijo de eso rehostias me río.

Fue una de las pocas veces que el señor Berenguer perdió el control. Dio la vuelta a la mesa y agarró a Cecília del brazo con tan mala fortuna y tanta fuerza que se lo dislocó, y la mujer gritó de dolor. Por eso, cuando acababan de dar las diez y la señora Ardèvol entró en la tienda, en medio de un silencio que sólo podría haberse cortado con una hoja de afeitar, cualquiera podía salir malparado.

—Buenos días, señora Ardèvol.

Cecília no tuvo oportunidad de hacer mucho caso a la jefa porque entró una clienta con la necesidad perentoria de comprar dos sillas a juego con la cómoda de la foto, ¿ve?, con esta clase de patas, ¿lo ve?

—Venga a mi despacho, señor Berenguer.

Despacharon el viaje a Turín en cinco minutos. A continuación, la señora Ardèvol abrió la cartera del señor Ardèvol y sacó una carpeta, la puso encima de la mesa y sin mirar a su víctima dijo ahora explíqueme por qué no cuadran estas cosas. El comprador paga veinte y en caja entran quince.

La señora Ardèvol empezó a tamborilear en la mesa con los dedos imitando a propósito el gesto del mejor detective del mundo. Luego miró al señor Berenguer y le pasó «estas cosas», que era la relación de un centenar de objetos estafados a la casa. El señor Berenguer miró la primera de ellas con cara de asco y tuvo suficiente. Cómo narices había podido esa mujer…

—Me ha ayudado Cecília —dijo mi madre, como si le adivinara el pensamiento igual que a mí—. Yo sola no habría podido.

A cuál más bruja. Esto me pasa por trabajar con mujeres, me cago en todo.

—¿Desde cuándo ejerce esta práctica ilegal que va en contra de los intereses de la casa?

Silencio digno, como el de Jesús ante Pilatos.

—¿Desde siempre?

Silencio más digno aún, superando a Jesús.

—Me veo obligada a denunciarlo.

—Tenía el visto bueno del señor Ardèvol.

—¡Y qué más!

—¿Pone en duda mi palabra?

—¡Por supuesto! ¿Y por qué razón permitía mi marido que nos estafara?

—Eso no es estafar: es ajustar precios.

—¿Y por qué razón le permitía mi marido ajustar precios?

—Porque reconocía que mi sueldo era bajo, teniendo en cuenta lo que hacía yo por la casa.

—¿Por qué no se lo aumentaba?

—Eso pregúnteselo a él. Perdón, pero es así.

—¿Tiene algún documento que lo avale?

—No. Todo era de palabra.

—Pues no me queda más remedio que denunciarlo.

—¿Sabe por qué le ha dado Cecília esos recibos?

—No.

—Porque quiere hundirme.

—¿Por qué? —mi madre, con interés, apoyándose en el sillón en actitud inquisitiva.

—Son cosas del pasado.

—Siéntese. Tenemos tiempo. Su avión no sale hasta media tarde.

El señor Berenguer se sentó. La señora Ardèvol apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos. Lo invitó a hablar mirándolo a los ojos.

—Ven, Cecília, que no hay tiempo.

Cecília sonrió lúbricamente, como sólo lo hacía cuando no la veía nadie, y se dejó llevar de la mano por el señor Ardèvol hasta el despacho, aquí.

—¿Dónde está Berenguer?

—En Sarrià. Vaciando el piso de los Pericas-Sala.

—¿No habéis mandado a Cortés?

—No se fía de los herederos. Quieren ocultarnos cosas.

—Qué miserables. Desnúdate.

—La puerta está abierta.

—Más emocionante. Desnúdate.

Cecília desnuda en medio del despacho, con la mirada baja y la otra sonrisa suya, la de no haber roto nunca un plato. Yo no estaba vaciando el piso de los Pericas-Sala, porque el inventario era taxativo y aunque hubiera faltado una sola chincheta la habría reclamado. La muy guarra, sentada encima de esta mesa haciéndole cosas a su marido.

—Cada día te superas.

—A lo mejor entra alguien.

—Tú, a lo tuyo. Si viene alguien lo atiendo yo. ¿Te imaginas?

Empezaron a reírse como locos y lo dejaron todo revuelto, y tiraron el tintero al suelo, todavía se nota la mancha, ¿lo ve?

—Te quiero.

—Yo también. Vienes a Burdeos conmigo.

—¿Y la tienda?

—El señor Berenguer.

—Pero si no sabe ni dónde tiene la

—Tú, a lo tuyo. Vienes a Burdeos y cada noche, una fiesta.

Entonces sonó la campanilla de la puerta y entró un cliente que tenía mucho interés en comprar un arma japonesa que ya había examinado la semana anterior. Mientras Fèlix lo atendía, Cecília se recompuso como mejor pudo.

—¿Puedes atenderle, Cecília?

—Un momento, señor Ardèvol.

Sin ropa interior, procurando borrar el rastro de lápiz de labios, que se le había corrido por toda la cara, Cecília salió del despacho muy ruborizada e hizo una seña al cliente para que la siguiera, mientras Fèlix miraba la escena con aire divertido.

—¿Y por qué me lo cuenta, señor Berenguer?

—Para que lo sepa todo. Llevaban muchos años así.

—No creo ni una palabra.

—Pues todavía hay más. Y estamos todos hartos de la cantinela.

—Adelante, ya le he dicho que tenemos tiempo.

—Eres un cobarde. No, no, déjame hablar: un cobarde. Me has tenido cinco años con la cantinela, que sí, Cecília, el mes que viene se lo cuento todo, te lo prometo. Cobarde. Cinco años dándome largas. ¡Cinco años! ¡No soy una niña! […] ¡No, no, no! Ahora hablo yo: no iremos nunca a vivir juntos porque no me quieres. No, calla, me toca hablar a mí. ¡¡Te he dicho que te calles!! Pues, hala, métete todas las palabras bonitas donde te quepan. Se acabó. ¿Me oyes? ¿Qué?[…] No. No me digas nada. ¿Qué? Porque colgaré cuando me dé la gana. No, señor: cuando me rote a mí.

—Ya le he dicho que no creo una palabra. Y sé lo que digo.

—Allá usted. Supongo que tengo que buscar otro empleo.

—No. Me irá devolviendo mensualmente lo que ha robado, puede seguir trabajando aquí.

—Prefiero irme.

—En tal caso, lo denunciaré, señor Berenguer.

Mi madre sacó de su cartera una hoja con cifras.

—Éste será su sueldo a partir de ahora. Y aquí, vea, la parte que no cobrará en concepto de devolución. Tengo intención de que me devuelva hasta el último céntimo, pero en la cárcel no podría hacerlo. ¿Sí o sí, señor Berenguer?

El señor Berenguer abría y cerraba la boca como un pez. Y todavía tuvo que recibir el aliento de la señora Ardèvol, que se incorporó y, apoyándose en la mesa, le espetó con voz suave que, si me sucediera algo raro, sepa que he guardado información e instrucciones para la policía en la caja fuerte de un notario de Barcelona, a veintiuno de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho; firmado, Carme Bosch d'Ardèvol. Yo, equis, equis, equis, notario, doy fe. Y después de otro silencio repitió ¿sí o sí, señor Berenguer?

Y como no había quien la parase, perdida la vergüenza, aprovechando el impulso, solicitó hora para ver al Gobernador Civil de Barcelona, el abominable Acedo Colunga. En su papel de viuda del general Moragues, la señora Carme Bosch d'Ardèvol pidió justicia ante el secretario personal del Gobernador.

—¿Justicia para qué, señora?

—Por el asesinato de mi marido.

—Debo informarme bien para saber a qué se refiere.

—En la instancia que tuve que cumplimentar expuse el motivo de la petición de audiencia. Detalladamente. —Pausa—: ¿La ha leído?

El secretario del Gobernador miró los papeles que tenía en la mesa. Los leyó con detenimiento. La viuda negra, procurando equilibrar la respiración, pensó qué hago aquí, dejándome el pellejo por un hombre que jamás me hizo el menor caso y no me quiso en su pputa vida.

—Muy bien —dijo el secretario—. ¿Y qué desea?

—Hablar con el Excelentísimo señor Gobernador Civil.

—Está usted hablando conmigo, que es lo mismo.

—Quiero hablar personalmente con el Gobernador.

—Imposible; olvídelo.

—Pero…

—No puede ser.

Y, efectivamente, no pudo ser. Al salir del Gobierno Civil, temblando de rabia, decidió olvidar el asunto. Puede que le preocupase más la aparición milagrosa de mi ángel de la guarda que el menosprecio de la autoridad franquista. Y también el insidioso empecinamiento de unos y otros en presentar a Fèlix como un fornicador compulsivo imposible. O quién sabe si no llegaría finalmente a la conclusión de que no valía la pena pedir justicia para un hombre que tan injusto había sido con ella. Sí. O no. Bien, no lo sé, porque la mayor incógnita de mi vida, después de mi padre y antes de conocerte, ha sido mi madre. Por otra parte, un par de días después, la situación sufrió una ligera variación que convenció a mi madre de cambiar sus planes, y eso puedo contártelo de primera mano, sin inventar nada.

—Rinrinríiin.

Abrí yo. Acababa de llegar mi madre de hacer estragos en la tienda y me parece que estaba en el lavabo. Lo primero que entró en casa fue el tufo a tabaco del comisario Plasencia.

—¿La señora Ardèvol? —Me hizo una mueca que tal vez quisiera ser una sonrisa—. Nos conocemos, ¿verdad? —dijo.

Mi madre invitó a pasar al despacho al comisario y su olorazo. Se le aceleró el corazón, bum bum, bum bum, y a mí, bam, bum, bom, porque lancé una convocatoria de urgencia a Águila Negra y a Carson, sin monturas, para evitar ruiditos. Lola Xica estaba en la galería de la ventana, de modo que tuve que hacer una locura y, como un ladrón, me escondí sigilosamente detrás del sofá en el momento en que mi madre y el policía se sentaban y hacían ruido con las sillas. Fue la última vez que usé el sofá como base de espionaje: me habían crecido mucho las piernas. Mi madre volvió a salir y dijo a Lola Xica que no me moleste nadie aunque haya un incendio en la tienda, ¿oyes, Lola Xica? Y volvió y cerró la puerta con nosotros cinco dentro.

—Usted dirá, comisario.

—Parece que ha querido desacreditarme ante el Excelentísimo Gobernador Civil.

—No desacredito ni critico a nadie. Sólo reclamo la información que se me debe.

—Pues ahora mismo se la doy, y a ver si hace un esfuerzo para comprender la situación.

—A ver —dijo ella, irónica. Y la aplaudí silenciosamente, como hacía la mejor mujer del mejor paleógrafo del mundo.

—Lamento decirle que si hurgamos en la vida de su marido vamos a encontrar cosas desagradables. ¿Quiere oírlas?

—Naturalmente.

Supongo que después de la aparición de mi ángel italiano (palpé amorosamente la medalla que llevaba colgada del cuello en secreto), a mi madre le daba todo igual. Por eso añadió cuando quiera, comisario.

—Le advierto que no va a creerme y me dirá que me lo invento.

—Usted pruebe.

—Muy bien.

El comisario hizo una pausa y empezó a contarle la verdad y nada más que la verdad. Le explicó que el señor Fèlix Ardèvol era un malhechor que regentaba dos prostíbulos en Barcelona y que se había mezclado en un turbio asunto de inducción a la prostitución de una menor. ¿Sabe lo que es una puta, señora?

—Siga usted.

—Il fait déjà beaucoup de temps que son mari mène une double vie, madame Agdevol. Deux prostíbuls (prostiboules?) con el agravant (agravant?) de faire, de… de… d'utiliser des filles de quinze ou seize ans. Je suis desolé d'etre obligé de parler de tout ça.

Afortunadamente, el pie ya se me había calmado, porque ese día no daba una en francés, y pude volver al castellano masticado y difícil del comisario. Me parece que Carson me guiñó el ojo al ver que conseguía detener el movimiento del pie.

—¿Quiere que continúe, señora?

—Por favor.

—Parece ser que el autor de la venganza contra su marido fue concretamente el padre de una de las niñas a las que prostituía él. Porque antes de encerrarlas en el prostíbulo las probaba personalmente. ¿Me entiende? —Con un poco de énfasis—: Las desvirgaba.

—Jau.

—Sí.

—Y van dos.

—Sí: prostíbulo y desvirgar.

—Parece mentira y es horroroso. Póngase en el lugar de esas niñas. O del padre de las niñas. ¿Le importa que fume?

—Ni se le ocurra, comisario.

—Si lo desea, podemos investigar más y dar con el padre desesperado, que ha desaparecido después de tomarse la justicia por su mano, pero cualquier movimiento que hagamos sacará a la luz la vida tan poco edificante que llevaba su marido.

Silencio. El pie amenazaba de bouger encore une fois. Ruiditos. Probablemente el comisario estaba guardando el purito frustrado. De pronto, mi madre:

—¿Sabe una cosa, comisario?

—¿Sí?

—Que tiene usted toda la razón. No creo ni una palabra. Se lo ha inventado. Ahora quisiera saber por qué.

—¿Lo ve? ¿Lo ve? Se lo advertí. —Alzando la voz—: Se lo advertí o no, ¿eh?

—Eso no es un argumento.

—Si no teme las consecuencias, puedo seguir tirando del hilo, pero sólo su marido sabe las canalladas que pueden salir a relucir.

—Que usted siga bien, comisario. Reconozco que el intento ha sido bueno.

Mi madre hablaba como Old Shatterhand, un poco chulita. Me gustó. Carson y Águila Negra fliparon tanto que, por la noche, Águila Negra me pidió llamarse Winnetou, pero se lo negué. Mi madre le dijo que usted siga bien… ¡y no se habían ni levantado de la silla! Desde que usaba el látigo en la tienda, se le había desarrollado mucho el sentido de la puesta en escena. Porque al comisario Plasencia no le quedó más remedio que levantarse y murmurar alguna incoherencia. Y yo tuve que quedarme con la duda de si lo que había contado el comisario de mi padre, y no entendía del todo, era cierto o no.

—Jau.

—Sí. Prostíbulo, ¿y cuál era la otra?

—¿Desllomar? —aventuró Carson.

—No sé. Algo parecido.

—Pues miremos prostíbulo. En la Espasa, sí.

—Prostíbulo: mancebía, lupanar o burdel.

—Ostras. Hay que buscar en el volumen de mancebía. Éste.

—Mancebía: prostíbulo, lupanar, casa pública de mujeres mundanas.

Silencio. Los tres un tanto desorientados.

—¿Y lupanar?

—Lupanar: mancebía, burdel, prostíbulo. Ostras, qué pesados. Lugar o casa que sirve de guarida a gente de mal vivir.

—Ahora burdel.

—Burdel: mancebía, lupanar.

—Caray.

—Oye, un momento. Casa o lugar en que se falta al decoro con ruido y confusión.

Es decir, que mi padre tenía mancebías, que son casas ruidosas y públicas. ¿Y por eso lo mataron?

—¿Y si buscamos desllomar?

—¿Cómo se dice desllomar en castellano?

Se quedaron un rato en silencio. Adrià estaba desorientado.

—Jau.

—Dime.

—No se refiere a ruido, sino a sexo.

—¿Seguro?

—Seguro. Cuando el guerrero alcanza la edad adulta, el chamán le cuenta los secretos del sexo.

—Cuando alcance la edad adulta, nadie me contará ningún secreto del sexo.

Silencio un poco amargo. Oí el escupitajo seco.

—Dime, Carson.

—Si yo hablase.

—Pues habla, caray.

—No. No tenéis edad para ciertas cosas.

El sheriff Carson acertó. Nunca he tenido edad para nada. O era muy joven o soy muy mayor.

15

—Mete las manos en agua caliente. Sácalas, sácalas, que no se ablanden tanto. Anda. No te pongas nervioso. Tranquilo. Sigue andando. Respira hondo. Quieto. Así. Muy bien. Piensa en el principio. Imagínate entrando en la sala y saludando. Estupendo. Ahora saluda. No, hombre, no se saluda así, caray. Tienes que inclinarte, tienes que rendirte ante el público. Oye, nada de rendirse. Que el público crea que te rindes; pero si llegas a la cima, donde estoy yo, sabrás que eres superior y que son los demás quienes tienen que arrodillarse ante ti. Te he dicho que no te pongas nervioso. Sécate las manos; ¿es que quieres pillar un resfriado? Coge el violín. Acarícialo, domínalo, piensa que tú le mandas hacer lo que quieres que haga. Piensa en los primeros compases. Así, sin arco, haz como si tocases. Muy bien. Ya puedes volver a hacer escalas.

El maestro Manlleu salió como un flan del camerino y por fin pude respirar. Estaba más tranquilo haciendo escalas, sacando el sonido sin tropiezos, sin estridencias, moviendo bien el arco, mesurando la resina, respirando. Y entonces Adrià Ardèvol se dijo que nunca más, que eso era un martirio, que él no servía para salir a un escaparate como el escenario a enseñar la mercancía para ver si la compraba alguien con unos cuantos aplausos. Llegaron de la sala los sonidos de un preludio de Chopin muy bien expuestos y se imaginó la mano de una muchacha bellísima acariciando las teclas del piano, y, sin poder contenerse, dejó el violín en el estuche abierto y salió; la vio por entre unas cortinas: era una chica más que bellísima y se enamoró de ella perdida y apremiantemente; en esos momentos deseó ser piano de media cola. Cuando la indescriptible muchacha concluyó y saludó de una manera tan…, es que está monísima, Adrià se puso a aplaudir frenéticamente y una mano inquieta le tocó el hombro.

—¿Qué coño haces aquí? ¡Si actúas ahora!

De camino al camerino, el maestro Manlleu maldijo mi nula profesionalidad de niño de doce o trece años que da su primer recital con pocas ganas y ya ves, con lo que nos hemos esforzado tu madre y yo, y tú aquí, en la higuera.

Y así me puso nervioso otra vez. Me mandó saludar a la profesora Marí, que estaba esperando en la salida (¿lo ves? ¡Una auténtica profesional!), y la profesora Marí me guiñó un ojo y me dijo que no me preocupase, que lo hacía muy bien y que me saldría todavía mejor. Y que no me acelerase en la introducción: que quien mandaba era yo y ella me seguiría; no te precipites. Como en el último ensayo. Y entonces Adrià notó el aliento del maestro Manlleu en el cogote:

—Respira. No mires al público. Saluda con elegancia. Los pies ligeramente separados. Mira al fondo de la sala y empieza incluso antes de que la profesora esté preparada del todo. Mandas tú.

Me habría gustado saber quién era la chica que me había precedido, para poder saludarla o darle un beso, o abrazarla u olerle el pelo; pero, por lo visto, los que terminaban salían por el otro lado y oí decir el joven talento Adrià Ardèvol i Bosch, con la colaboración de la profesora Antònia Marí. Es decir, que tuvimos que salir al escenario y me encontré con que Bernat, que me había jurado que no sufras, de verdad, Adrià, tranquilo, que no voy a ir, te lo juro, estaba en primera fila, el muy marica, y me pareció que disimulaba una sonrisa burlona. Y encima, con sus padres, el muy… Y mi madre, acompañada por dos señores que no había visto nunca. Y el maestro Manlleu, que se unía al grupo y decía algo al oído a mi madre. Más de media sala llena de gente desconocida. Y me entraron unas ganas irreprimibles de mear. Le dije al oído a la profesora Marí que iba a hacer pipí y ella dijo tranquilo, la gente no se irá sin haberte oído.

Adrià Ardèvol no fue al lavabo. Fue al camerino, cerró el violín en el estuche y allí lo dejó. Iba corriendo hacia la salida y se encontró con Bernat, quien lo miró asustado y le dijo dónde vas, bestia. Y él dijo a casa. Y Bernat pero tú estás loco. Y Adrià dijo tienes que ayudarme. Di que me han llevado al hospital o algo así, y salió del Casal del Metge y lo recibió el tráfico nocturno de Vía Layetana y sudaba exageradamente y entonces se

fue hacia casa. Y hasta más de una hora después no supo que Bernat se había portado como un amigo, porque volvió a entrar y dijo a mi madre que no me encontraba bien y que me habían llevado al hospital.

—¿¿A qué hospital, alma de Dios??

—No sé. El taxista sabrá.

Y el maestro Manlleu en medio del pasillo, dando órdenes contradictorias sin parar, completamente desquiciado porque los desconocidos que lo acompañaban no podían contener la risa, y la barrera que levantó Bernat fue providencial para evitar que me vieran correr por Vía Layetana cuando salieron a la calle.

Llegaron a casa en menos de una hora, porque, en cuanto Lola Xica me vio llegar hecho un desastre, llamó al Casal del Metge, la muy estúpida —porque los mayores siempre se ayudan entre ellos—, y mi madre me hizo pasar al despacho, y también al maestro Manlleu, y cerró la puerta. Fue tremendo. Mi madre, que qué te has creído. Yo, que no quería volver a intentarlo. Mi madre, que qué te has creído; el maestro Manlleu con los brazos en alto, diciendo increíble, increíble. Y yo, que no, que estaba harto; que quería tiempo para leer; y mi madre: no, tú vas a estudiar violín, cuando seas mayor decidirás lo que quieres hacer; y yo, pues ya lo he decidido. Y mi madre: con trece años no tienes capacidad de decisión; y yo, indignado: ¡trece años y medio!; y el maestro Manlleu con los brazos en alto, diciendo increíble, increíble; y mi madre, que qué me había creído por segunda o tercera vez, y añadió que con la cantidad de dinero que me cuestan las clases y tú haciendo el…, y el maestro Manlleu, que se dio por aludido, puntualizó que no eran tan caras. Que costaban dinero, pero que habida cuenta de quién era él, no eran caras; y mi madre: pues yo digo que son caras; carísimas. Y el maestro Manlleu, pues si son tan caras ya se aclararán usted y su hijo; ni que fuese Oistrakh. Y mi madre replicó de eso nada: usted dijo que el niño valía y va a hacérmelo violinista. Entre tanto me iba tranquilizando porque eran ellos quienes se tiraban la pelota el uno al otro y no me hacía falta traducir la conversación a mi francés. Y Lola Xica, la pettegola delatora, asomó la cabeza y dijo que había una llamada urgentísima del Casal del Metge y mi madre fue a contestar diciendo que no se mueva nadie de aquí, que vuelvo enseguida, y el maestro Manlleu, con la

cara a medio palmo de la mía, me dijo cobarde de mierda, tenías la sonata dominada y yo le respondí me da igual, no quiero tocar en público. Y él: ¿qué va a pensar Beethoven? Y yo: Beethoven está muerto y no se entera de nada. Y él: incrédulo. Y yo: marica. Y cayó un silencio densísimo de color gris oscuro.

—¿Qué has dicho?

Inmóviles los dos, uno frente a otro. Entonces volvió mi madre. El maestro Manlleu, boquiabierto, todavía no reaccionaba. Mi madre dijo que estaba castigado sin salir excepto para ir al colegio y a clase de violín. Y vete ahora mismo a tu habitación, luego hablamos de si cenas o no esta noche. ¡Hala! El maestro Manlleu seguía con el brazo levantado y la boca abierta. Demasiado lento para la ira que teníamos dentro mi madre y yo.

En un arrebato de rebeldía, cerré la puerta: que protestase mi madre, si quería. Abrí la caja de los tesoros, en la que guardaba mis secretos, menos Águila Negra y Carson, que iban por libre. Me viene a la memoria un cromo doble de un Maserati, unas canicas de ensueño y la medalla de mi ángel cuando no la llevaba puesta, que era el recuerdo de mi ángel con su sonrisa roja diciéndome ciao, Adriano. Y Adrià se imaginó contestando ciao, angelo mio.

Lo citó en las salas polvorientas donde tenían clase de solfeo los pequeños, en el otro edificio. Cuando entró en el oscuro pasillo, la quietud y el exceso de polvo del suelo atenuaron los gritos de los compañeros que se afanaban tras el balón. Al fondo del pasillo, en la última aula, una lucecita encendida.

—Aquí llega el artista.

El padre Bartrina era huesudo, alto y delgado, cubierto por una sotana que indefectiblemente le quedaba corta, bajo la cual asomaban unos pantalones gastados. Como siempre tenía que inclinarse, parecía que estuviera a punto de abalanzarse sobre su interlocutor. En cambio, era afable y daba por supuesto que a ningún alumno le iba a interesar jamás el solfeo. Sin embargo, como era el profesor de música, enseñaba solfeo y sanseacabó. La cuestión era mantener cierta sensación de autoridad, porque ningún alumno sin excepción, aunque no afinase ni tuviera la menor idea de

dónde se escribía el fa, jamás repetía curso por la música. Por eso se encogía de hombros ante la vida e iba tirando, con la inmensa pizarra pautada con cuatro pentagramas de color rojo, sobre los que escribía la absurda diferencia entre una negra (que, pintada con la tiza resultaba ser de color blanco) y una blanca (un círculo del color negro en la pizarra). Y siempre viendo pasar alumnos y siempre viendo pasar los años.

—Hola.

—Me han dicho que tocas el violín.

—Sí.

—Y que te negaste a salir en el Casal del Metge.

—Sí.

—¿Por qué?

Y Adrià le contó su teoría sobre la perfección que se exige al intérprete.

—Olvídate de la perfección. Lo que tienes es trac.

—¿Qué?

Y el padre Bartrina le explicó su teoría del trac de los artistas, que había extraído de una revista musical inglesa. No. Me pareció que no era lo mismo, pero me costó que lo entendiera. No es que tenga miedo: es que no me interesa la perfección. No quiero dedicarme a un trabajo que no admite errores ni vacilaciones.

—El error y la vacilación son inseparables del intérprete, pero los reserva para el estudio. Cuando sale ante el público ya ha superado las vacilaciones. Y sanseacabó.

—Mentira.

—¿Qué dices?

—Perdone. Que no estoy de acuerdo. Me gusta tanto la música que no quiero que dependa de un dedo mal colocado.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece y medio.

—No hablas como un niño.

¿Estaba riñéndome? Escruté su mirada y no saqué nada en limpio.

—¿Por qué no comulgas nunca?

—No estoy bautizado.

—Dios mío.

—No soy católico.

—¿Qué eres? —Con cautela, mientras Adrià lo pensaba—: ¿Protestante? ¿Judío?

—No soy nada. En casa no somos nada.

—Convendría hablarlo con más calma.

—El colegio se comprometió con mis padres a no hablarme de estas cosas.

—Dios mío. —Para sí—: Tengo que investigarlo.

Entonces volvió al tono acusatorio:

—Me han dicho que sacas matrícula en todo.

—Bueno, no tiene mucho mérito —me defendí.

—¿Por qué?

—Porque es fácil. Y tengo muy buena memoria.

—¿Sí?

—Sí. Me acuerdo de todo.

—¿Puedes tocar sin partitura?

—Claro, me basta con leerla una vez.

—Extraordinario.

—No, porque no tengo oído absoluto. Plensa, en cambio, sí.

—¿Quién?

—Plensa de cuarto ce. Toca el violín conmigo.

—¿Plensa? ¿Uno un poco alto y rubio?

—Eso.

—¿Y toca el violín?

Qué quería ese hombre. ¿Por qué me interrogaba de esa forma? ¿Adónde quería ir a parar? Afirmé con la cabeza y pensé que a lo mejor perjudicaba a Bernat con esas confidencias.

—Y me han dicho que sabes idiomas.

—No.

—¿No?

—Bueno…, francés… Lo estudiamos en clase.

—Desde hace un año; pero dicen que tú ya lo hablas.

—Es que… —¿Y ahora qué le digo?

—Y alemán.

—Bueno, yo…

—E inglés.

Lo decía como quien pone el dedo en la llaga después de haberme pillado in fraganti y Adrià se puso a la defensiva. Tuvo que reconocer que sí, que inglés también.

—Y que lo has aprendido solo.

—No —dije, aliviado—. Eso no es verdad. Me dan clases.

—Pues a mí me han informado de que…

—No, es el italiano. —Compungido—: Lo estoy aprendiendo solo.

—Es increíble.

—No: es muy fácil. Vocabulario románico. Si se sabe catalán, castellano y francés, está tirado; quiero decir que es muy fácil.

El padre Bartrina lo miró de soslayo, como calculando si ese mocoso le estaba tomando el pelo. Adrià, para congraciarse:

—Pero seguro que el italiano lo pronuncio mal.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ponen la tónica donde yo no la pondría nunca.

Después de un larguísimo minuto de silencio:

—¿Qué quieres ser de mayor?

—No sé. Me gusta leer, estudiar. No sé.

Silencio. El padre Bartrina avanzó unos pasos hacia el balcón. De las profundidades de la sotana sacó un pañuelo blanquísimo y se secó los labios, pensativo. El tráfico en la calle Lauria era intenso, pesado incluso en algún momento. El padre Bartrina se volvió hacia el niño, que seguía de pie en medio del aula. Tal vez se diera cuenta en ese momento:

—Siéntate, siéntate.

Me senté en un pupitre sin saber muy bien qué pretendía ese hombre. Se me acercó y se sentó en el pupitre de al lado. Me miró a los ojos.

—Yo toco el piano.

Silencio. Lo suponía, porque en clase tocaba los acordes en el piano, cuando nosotros solfeábamos medio dormidos. Y así también evitaba que bajáramos el tono mientras cantábamos. Parecía que le costaba proseguir. Pero por fin se decidió:

—Podríamos ensayar la *Kreutzer* para el fin de curso, para el acto de entrega de notas. ¿Qué te parece? ¡En el Palau de la Música! ¿No te gustaría tocar en el Palau de la Música?

Yo no dije nada. Me imaginé a todos los niños llamándome marica mientras intentaba estar perfecto en el escenario. Un infierno universal.

—Es la pieza que tenías que haber tocado en el Casal del Metge. Te la sabrás de memoria, ¿no?

Por primera vez esbozó una sonrisa con intención de animarme. Por ver si me convencía. Para que aceptase. Pero seguí mudo, porque se me había ocurrido una idea genial. Se me ocurrió que, como era músico, podría ayudarme y le pregunté padre Bartrina, ¿a usted también le llaman marica?

Adrià Ardèvol i Bosch, de tercero a, fue expulsado tres días por motivos turbios que tampoco quisieron explicar a mi madre. Para los compañeros fueron anginas. Y para Bernat, pues que cuando le pregunté si era marica como yo, el tío se puso hecho una furia.

—¿Eres marica?

—¡Yo qué sé! Esteban dice que sí porque toco el violín. O sea que tú también. Y el padre Bartrina, si es que el piano también vale.

—Y Jascha Heifetz.

—Sí. Supongo. Y Pau Casals.

—Sí. Pero a mí no me lo ha llamado nadie.

—Porque no saben que tocas el violín. Bartrina no lo sabía.

Antes de llegar al edificio del conservatorio, los dos amigos se detuvieron, indiferentes al intenso tráfico de la calle Bruc. A Bernat se le ocurrió una idea:

—¿Por qué no se lo preguntas a tu madre?

—¿Y por qué no se lo preguntas tú a la tuya? O a tu padre, que tú tienes padre, ¿eh?

—Pero a mí no me han expulsado por llamar marica a un cura.

—¿Y si se lo preguntamos a la Trullols?

Ese día Adrià decidió asistir a la clase de la Trullols para ver si el maestro Manlleu se enfadaba definitivamente. La profesora se alegró de verlo, constató sus progresos y no se refirió ni remotamente al incidente del Casal del Metge, aunque seguro que se había enterado. No preguntaron a la profesora el misterio de la palabra marica; la mujer se quejaba de que parecía que los dos desafinaban para molestarla y no era verdad. Lo que pasa es que, además, antes de entrar oímos a un niño menor que nosotros, que me parece que se llamaba Claret, que había ido sólo de visita, a no sé qué, y que tocaba el violín como un hombre de veinte años. Esas cosas, en lugar de animarme, me acoquinan.

—Ah, pues a mí no. Me da rabia y estudio más.

—Tú serás un gran violinista, Bernat.

—Y tú.

No era normal que las conversaciones de unos niños de la edad de Bernat y Adrià fuesen de ese calibre. Pero un violín en las manos transforma a las personas.

Por la noche Adrià mintió a su madre. Lo habían expulsado tres días porque se había reído de un maestro porque no sabía una cosa. Mi madre, que tenía la cabeza en la tienda y en las maquinaciones angelicales de Daniela ángel de mi sonrisa, le echó un sermón muy utilitario y con poca fe. Le dijo tienes que saber que Dios te ha dado una inteligencia singular. Debes pensar que no es mérito tuyo, sino de la naturaleza. Y Adrià se dio cuenta de que ahora, cuando había muerto su padre, su madre volvía a hablar de Dios, aunque lo mezclaba con la naturaleza. A ver si va a resultar que al final existe Dios, y yo aquí en la inopia.

—De acuerdo, madre. No volveré a hacerlo. Perdona.

—No: es al profesor a quien debes pedir perdón.

—Sí, madre.

Y no preguntó quién era el profesor, qué había dicho exactamente Adrià ni qué había contestado el profe. Estaba desconocida. Y en cuanto acabaron de cenar, se encerró en el despacho de mi padre, con los libros de contabilidad que tenía abiertos en la mesa de incunables.

Mientras Lola Xica quitaba la mesa y empezaba a limpiar la cocina, Adrià se puso a remolonear fingiendo que le echaba una mano, y en cuanto vio que su madre estaba entretenida en el despacho, entró en la cocina, entornó la puerta y, antes de que la timidez lo venciese, preguntó a Lola Xica ¿tú puedes explicarme por qué me llaman marica en la escuela?

Me costó mucho dormirme porque la mera posibilidad de estar en condiciones de ilustrar la ignorancia de Bernat, que era quien siempre sabía todo lo que no fuese de estudiar, me tuvo en vela hasta el punto de oír las once de la noche en las campanas de la Concepció y el bastón del sereno, que golpeaba en las puertas metálicas de can Solà, que resonaban por todo el barrio, en esa época en la que mandaba Franco y la Tierra volvía a ser plana para nosotros, la época de mi niñez, cuando todavía no te conocía; la época en que, tan pronto como anochecía, Barcelona era todavía una ciudad que también se iba a dormir.

III

Et in Arcadia ego

Cuando era joven, luchaba por ser
yo mismo; ahora ya me
resigno a ser lo que soy.

JOSEP MARIA MORRERES

16

Adrià Ardèvol maduró mucho. El tiempo no pasaba en balde. Ya sabía lo que quería decir marica e incluso había averiguado el significado de teodicea. Águila Negra, el gran jefe arapaho, y el valeroso sheriff Carson acumulaban polvo del desierto en la estantería de Salgari, Karl May, Zane Grey y Jules Verne. Pero no había conseguido librarme de la implacable tutela de mi madre. Gracias a la capacidad de obediencia me convertí en un violinista técnicamente bueno, pero sin alma por dentro. Como un Bernat de segunda. Incluso el maestro Manlleu llegó a aceptar la vergonzosa huida, el día del primer recital público, como rasgo de genialidad por mi parte. La relación entre ambos no cambió, salvo que, a partir de esa noche, se creyó con derecho a insultarme cuando lo creyese conveniente. El maestro Manlleu y yo nunca hablábamos de música, sólo de repertorio de violín y de nombres como Wieniawski, Nardini, Viotti, Ernst, Sarasate, Paganini y, sobre todo, Manlleu, Manlleu y Manlleu, y me entraban ganas de decirle pero maestro, ¿cuándo vamos a tocar música de verdad? Pero sabía que, si lo decía, desencadenaría una tormenta de la que saldría mal parado. Sólo hablaba de repertorio, de su repertorio. De la posición de las manos. De la posición de los pies. De la ropa adecuada para estudiar. Y de si la posición de los pies puede ser la de Sarasate-Sauret, la de Wieniawski-Wilhelmj, la de Ysaÿe-Joachim o, sólo para los elegidos, la Paganini-Manlleu. Y tú tienes que probar la posición Paganini-Manlleu porque quiero que seas un elegido, aunque desafortunadamente, no has podido ser un niño prodigio porque he llegado tarde a tu vida.

Reanudar las clases después de la huida, con un aumento sustancial de los emolumentos del maestro que estipuló la señora Ardèvol, fue un suplicio, porque al principio transcurrían en silencio, en señal de ofensa al genio que desea convertir en semigenio a un muchacho desorientado por la

debilidad de carácter. Poco a poco, las indicaciones, las correcciones, devolvieron la locuacidad habitual al maestro, hasta que un día le dijo trae el storioni.

—¿Por qué, maestro?

—Quiero ver cómo suena.

—Tengo que pedir permiso a mi madre. —Adrià había adoptado normas de prudencia después de tantas desgracias.

—Te lo concederá si dices que te lo he pedido yo y que es mi deseo expreso.

La madre le dijo estás loco, pero qué te has creído; tú con el parramon vas que chutas. Y Adrià insistió e insistió y ella dijo que cuando digo que no es que no. Entonces le soltó que me lo ha pedido él y es su deseo expreso.

—Haberlo dicho antes —dijo, seria. Muy seria, porque hacía unos años que madre e hijo estaban en guerra y cualquier excusa era buena, hasta el extremo de que un día Adrià dijo cuando sea mayor de edad me voy de casa. Y ella: ¿con qué recursos? Y él: con mis manos; con la herencia de mi padre; no sé. Y ella: pues procura saberlo antes de marcharte.

Y el viernes siguiente me presenté con el storioni. Más que querer ver cómo sonaba, el maestro quería compararlo. Tocó la tarantela de Wieniaswski con mi storioni; sonó muy, muy bien. Y después, con los ojos brillantes, buscando mi reacción, me enseñó un secreto: un guarnerius de 1702 que había pertenecido al mismísimo Felix Mendelssohn. Y tocó la misma tarantela, que sonó muy, muy bien. Con una mueca de triunfo me dijo que sonaba diez veces mejor su guarnerius que mi storioni. Y me lo devolvió con una actitud de íntima satisfacción.

—Maestro, no quiero ser violinista.

—Calla y estudia.

—Maestro: que no.

—¿Qué dirán tus adversarios?

—No tengo adversarios.

—Hijo —dijo, sentándose en el sillón de escuchar—. Todos los que en estos momentos estudian nivel superior de violín son tus adversarios. Y harán cuanto puedan por hundirte.

Y volvimos al vibrato, vibrato plus trino, a la caza de los armónicos, al martelé y al trémolo…, y yo cada día estaba más triste.

—Madre, no quiero ser violinista.

—Hijo: eres violinista.

—Quiero dejarlo.

A modo de respuesta, me montó un recital en París, para que me diera cuenta de la vida tan espectacular que te espera como violinista, hijo.

—A los ocho años —reflexionó el maestro Manlleu— di mi primer recital. Tú has tenido que esperar a los diecisiete. No me alcanzarás nunca, pero debes intentar aproximarte a mi grandeza. Y te ayudaré a sacar el máximo provecho del trac que tienes.

—Es que no quiero ser violinista. Quiero leer. Y no tengo trac.

—Bernat, no quiero ser violinista.

—No digas eso, que me enfado. Tocas estupendamente, como si no te costase. Lo que tienes es trac.

—Me parece muy bien tocar el violín; pero no quiero ser violinista. No quiero. Y no tengo trac.

—Hagas lo que hagas, no dejes las clases.

No es que Bernat se interesase por mi salud mental ni por mi futuro, sino que seguía recibiendo las clases de Manlleu de segunda mano. Y adelantaba en la técnica y, como se ahorraba la relación con el maestro, no se aburría, ni aborrecía el instrumento ni le daba ardor de estómago. Además, estudiaba con Massià por recomendación directísima de la Trullols.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, Adrià Ardèvol comprendió que la aversión a la carrera de solista había sido el único recurso para combatir a su madre y al maestro Manlleu. Y cuando la voz empezó a hacerle gallos, porque no la controlaba, dijo maestro Manlleu, quiero tocar música.

—¿Qué?

—Quiero tocar Brahms, Bartók, Schumann. No soporto a Sarasate.

El maestro Manlleu estuvo silencioso unas semanas, impartiendo las clases sólo con gestos, hasta que un viernes le puso encima del piano un montón de partituras de dos palmos de altura y dijo hala, volvemos al repertorio. Fue la única vez en la vida que el maestro Manlleu le dio la razón. Su padre se la había dado una sola vez, pero se lo reconoció. El maestro Manlleu sólo dijo hala, volvemos al repertorio. Y en venganza por haber tenido que darme la razón, se sacudió la Caspea que le caía en los pantalones oscuros y dijo el día veinte del mes que viene, en la sala Debussy de París. La *Kreutzer*, la de César Franck, la tercera de Brahms y solamente algún wieniawski y paganini de lucimiento para los bises. ¿Satisfecho?

El fantasma del trac, porque lo tenía, e inmenso, hábilmente disfrazado con la bonita teoría de que el amor por la música me impedía etcétera, reapareció y Adrià empezó a sudar.

—¿Quién va a tocar el piano?

—Cualquier acompañante. Ya te lo buscaré.

—No. Alguien que… El piano no me acompaña: hace lo mismo que yo.

—Paparruchas: mandas tú. ¿Sí o no? Te buscaré un pianista adecuado. Tres sesiones de ensayo. Y ahora leamos. Comencemos con Brahms.

Y Adrià empezó a creer que tal vez fuera verdad que tocar el violín fuese una manera de entenderse con la vida, con los misterios de la soledad, con la evidencia de que el deseo nunca se atiene a la realidad, con las ganas de descubrir lo que le había pasado a su padre por su culpa.

El pianista adecuado fue el maestro Castells, un buen intérprete, tímido, que se escondía debajo de las teclas a la menor reconvención del maestro Manlleu y que, como enseguida captó Adrià, formaba parte de una ambiciosa operación económica de la señora Ardèvol, que invirtió un dineral con el fin de que su hijo tocara en París, en una sala de cámara de la Pleyel que tenía un aforo de cien localidades, de las que se ocuparon unas cuarenta y pico. Los músicos viajaron solos para concentrarse en el trabajo. El señor Castells y Adrià, en tercera. El maestro Manlleu, en primera para

pensar en las múltiples funciones que desempeñaba. Los músicos combatieron el insomnio leyendo el concierto y a Adrià le pareció divertido que el maestro Castells cantase y le diese la entrada y él le siguiera la corriente haciendo como si tocara y canturreando; era un sistema genial para cuadrar las entradas. Fue entonces cuando entró el camarero a hacer las camas y salió pensando que era un compartimiento de locos. Más allá de Lyon, a oscuras, el maestro Castells le confesó que el maestro Manlleu lo tenía atado de pies y manos y que, por favor, le pidiese que los dejara salir solos a pasear antes del concierto, porque… es que tengo que ver a mi hermana, pero el maestro Manlleu no quiere que mezclemos las cosas, ¿sabes?

París fue una maquinación de mi madre para que me decidiera a continuar con el violín. Qué poco se imaginaba que iba a cambiarme la vida. Fue allí donde te conocí. Gracias a la maquinación. Pero no fue en la sala de música sino antes, en la escapada semiclandestina que hicimos el señor Castells y yo al cafè Condé. Había quedado allí con su hermana, que iría acompañada de una sobrina, que eras tú.

—Saga Voltes-Epstein.

—Adrià Ardèvol-Bosch.

—Dibujo.

—Leo.

—¿No eres violinista?

—No.

Se rió y entró el cielo en el Condé. Tus tíos charlaban, enfrascados en sus cosas, y no se dieron cuenta.

—No vengas al concierto, por favor —imploré. Y por primera vez fui sincero y dije en voz más baja estoy muerto de miedo. Y lo que me gustó más de ti es que no vinieras al concierto. Eso me conquistó. Me parece que no te lo he dicho nunca.

El concierto estuvo bien. Adrià tocó normal, sin nervios, sabiendo que no volvería a ver a la gente del público en la vida. Y el maestro Castells resultó ser un partenaire excelente porque en un par de ocasiones en que vacilé, me arropó con la mayor delicadeza. Y Adrià pensó que quizá, si fuera él su maestro, podría tocar de verdad.

Hace treinta o cuarenta años que nos conocimos Sara y yo. Es la persona que ha iluminado mi vida y por la que lloro más amargamente. Una niña de pelo oscuro recogido en dos trenzas, que hablaba catalán con deje francés como si fuera del Rossellón, y que no ha perdido nunca. Sara Voltes-Epstein, que ha ido entrando en mi vida intermitentemente y a quien siempre he echado de menos. Veinte de septiembre de mil novecientos sesenta y poco. Y después del breve encuentro en el cafè Condé tardamos dos años en volver a vernos, y también fue por casualidad. Y en un concierto.

Entonces Xènia se puso enfrente de él y dijo por mí, encantada.

Bernat la miró a los ojos, tan oscuros que hacían juego con la noche. Xènia. Su respuesta fue bien, de acuerdo, sube a casa. Podremos charlar con toda la tranquilidad del mundo. Xènia.

Hacía varios meses que Bernat y Tecla se habían separado tras un proceso minucioso y farragoso para ambas partes, y todo por hacer de la ruptura un asunto muy ruidoso, traumático, inútil, doloroso, rabioso y sembrado de detalles mezquinos, sobre todo por su parte, que es que no me explico cómo he podido llegar a sentir interés por una tía semejante. Y mucho menos, compartir la vida, oye, que me asombro yo solo. Según la versión de Tecla, los últimos meses de vida en común fueron un infierno porque Bernat se pasaba el día mirándose al espejo, no, no, entiéndeme: que sólo se ocupaba de sí mismo, como siempre; en casa, sólo era importante lo suyo; sólo estaba pendiente de si tal concierto ha salido bien, de si los críticos son cada vez más mediocres, mira que no hacer ni una referencia a nuestra sublime interpretación; que si el violín estaba bien guardado en la caja fuerte, que si tenemos que cambiarla porque el violín es el mueble más importante de esta casa, ¿me oyes, Tecla?, y si no te lo metes en la cabeza habrá problemas; y sobre todo, lo que más me dolió fue su absoluta falta de tacto y de cariño por Llorenç. Eso no podía consentírselo. A partir de ese momento empecé a pararle los pies. Hasta el trompazo y la sentencia de hace unos meses. Es tremendamente egoísta, se cree que es un gran artista y no es más que un pelagatos imbécil que además de tocar el violín está todo el día tocando las narices porque se cree que es el mejor escritor del mundo y el tío me decía toma, léelo, a ver qué te parece. Y pobre de mí si le ponía un pero, porque entonces se pasaba no sé cuántos días intentando convencerme de que estaba completamente equivocada y que el único entendido era él.

—No sabía que escribía.

—Es que no lo sabe nadie: ni su editor, ya ves. No escribe más que basura; es aburrido, pretencioso… En fin. Es que no entiendo cómo pude llegar a interesarme por un tío así. ¡Y haber vivido con él!

—¿Y por qué dejaste el piano?

—Lo fui dejando sin darme cuenta. En parte…

—Bernat siguió con el violín.

—Dejé el piano porque, en casa, la carrera prioritaria era la de Bernat, ¿entiendes? Hace muchos años ya. Antes de Llorenç.

—Típico.

—No te pongas feminista: te hablo como amiga; no me agobies, ¿vale?

—Pero tú crees que a vuestra edad esto de separarse…

—¿Y qué? Si eres joven, porque eres joven. Si eres mayor, porque eres mayor. Y además no somos tan mayores. Me queda toda una vida. Tengo media vida por delante, ¿vale?

—Estás muy nerviosa.

Era lógico: entre otras cosas, en el proceso de ruptura, tan estupendamente planeado, Bernat pretendía que quien se marchase de casa fuera ella, y ella reaccionó tirando el violín por la ventana. Cuatro horas después recibió una notificación de denuncia cursada por su marido, por daños graves a su patrimonio, y tuvo que ir inmediatamente a hablar con el abogado, quien la regañó como si fuera una niña y le advirtió que no se lo tome como un juego, señora Plensa, que esto es muy serio: si quiere, puedo llevarle el caso; pero tiene que hacer lo que le diga yo.

—Si vuelvo a ver el violín de los huevos lo tiro otra vez por la ventana, aunque me metan en la cárcel.

—No, así no funcionan las cosas. ¿Acepta que le lleve el caso?

—Claro, por eso he venido.

—Pues debo decirle que habría sido mejor pelearse, odiarse y tirarse los platos a la cabeza. Los platos: no el violín. Eso ha sido un error grave.

—Quería hacerle mucho daño.

—Y lo ha conseguido; pero se ha perjudicado a lo tonto, y disculpe la franqueza.

Y le expuso la estrategia que seguirían.

—Y te cuento mis desgracias porque eres mi mejor amiga.

—No te preocupes, mujer. Llora, así te desahogas. Yo me harto de llorar.

—La jueza, como era mujer, le dio la razón en todo. Mira qué injusta llega a ser la justicia. Sólo le impuso una multa por destrozar el violín, pero no me la ha pagado ni me la pagará jamás. Ha estado cuatro meses hospitalizado en la casa Bagué, pero me parece que no suena igual.

—¿Es un buen instrumento?

—Desde luego, un mirecourt de finales del diecinueve. Un thouvenel.

—¿Por qué no le reclamas la multa?

—No quiero tener que ver nada más con Tecla. En estos momentos la odio hasta lo más hondo del corazón. Hasta me ha indispuesto con mi hijo. Y eso es casi tan imperdonable como el destrozo del violín.

Silencio.

—Quiero decir al revés.

—Te he entendido.

De cuando en cuando, en todas las grandes ciudades se encuentran callejones, pasajes silenciosos donde los pasos resuenan en el silencio nocturno y parece que todo vuelve a ser como antes, cuando éramos pocos y nos conocíamos todos y nos saludábamos por la calle. En la época en que Barcelona también dormía de noche. Bernat y Xènia cruzaron el solitario pasaje Permanyer, hijo de otro mundo, pendientes únicamente del ruido de sus pasos. Xènia con tacones. Arregladísima. Iba arregladísima para ser una entrevista casi improvisada. Y los tacones resonaban en la noche de sus ojos oscuros; es guapa donde las haya.

—Entiendo tu sufrimiento —dijo Xènia al desembocar en Lauria, donde salió a recibirlos el rumor de un taxi ruidoso que pasaba con prisa —. Pero tienes que dejar de pensarlo. Es mejor que no vayas por ahí contándoselo a todo el mundo.

—Me has preguntado tú.

—Yo qué sabía…

Mientras abría la puerta de casa, Bernat dijo la cabra tira al monte y le contó que de niño había vivido en ese barrio y ahora, al separarse, había vuelto allí por casualidad. Y estoy satisfecho de haber vuelto porque tengo muchísimos recuerdos acumulados aquí. ¿Quieres whisky u otra cosa?

—No bebo.

—Yo tampoco, pero tengo para las visitas.

—Agua, en todo caso.

—Si será desgraciada que no me ha dejado ni opción de quedarme en mi casa. He tenido que buscarme la vida. —Abrió los brazos como refiriéndose a todo el piso—. Pero me alegro de haber vuelto al barrio. Adelante.

Le indicó hacia dónde dirigirse. Se adelantó para encender la luz de la estancia:

—Creo que las personas recorremos un camino de ida y luego volvemos a los inicios. En la vida del hombre, siempre hay un punto de retorno a los orígenes, si no se interpone la muerte.

Era una habitación grande, destinada seguramente a comedor. Había un sofá y un sillón enfrente de una mesilla redonda, dos atriles con partituras, un armario con tres instrumentos y una mesa con un ordenador y un montón de papeles. Y en la pared del fondo, partituras y libros de todas clases. Parecía el resumen de la vida de Bernat.

Xènia abrió el bolso, sacó una grabadora y la puso delante de Bernat.

—Bueno, todavía no está arreglado del todo, pero aquí quiero poner la sala de estar.

—Es bastante agradable.

—La desgraciada de Tecla no me dejó llevarme ni un mueble. Es todo de Ikea. A mi edad y de Ikea. Hostia, ¿estás grabando?

Xènia apagó la grabadora. En un tono que no le había oído en toda la velada:

—¿Quieres hablar de la desgraciada de tu mujer o de tus libros? Lo digo por guardar el aparato o ponerlo en marcha.

Se hizo un silencio como el de escuchar los propios pasos, pero no iban andando por un callejón solitario. Bernat se notó los latidos del corazón y tuvo una inmensa sensación de ridículo. Esperó a que cesara el

ruido de una moto que pasaba por Lauria.

—Touché.

—No sé francés.

Bernat salió avergonzado de la habitación. Volvió con un envase de agua que ella no había visto nunca. Y dos vasos de Ikea.

—Agua de las nubes de Tasmania. Verás qué rica es.

Estuvieron más o menos media hora hablando de los relatos y del proceso de elaboración en general. Convinieron en que las colecciones tercera y cuarta eran las mejores. ¿Novela? No, no: me gustan las distancias cortas. Aludió, cada vez más sereno, a lo avergonzado que estaba por haber montado el número con lo de su puñetera ex, pero es que todavía lo tenía todo muy fresco y no se podía creer que, a pesar del dineral que pagaba al abogado, diesen la razón a Tecla en casi todo y eso me disloca muchísimo y lamento habértelo contado, pero así entenderás que los escritores, los artistas en general, también somos personas.

—No lo he dudado nunca.

—Touché pour la seconde fois.

—Te he dicho que no sé francés. ¿Quieres hablar del proceso de gestación de tu obra?

Hablaron largo y tendido. Bernat le contó los inicios, cuando empezó a escribir sin ninguna prisa, hacía muchos, muchos años. Tardo mucho en dar un libro por terminado. Con Plasma *estuve tres años enteros.*

—¡Ahí va!

—Sí. Fue escribiéndose solo. No sé cómo explicártelo…

Silencio. Habían transcurrido un par de horas y se había acabado el agua de las nubes de Tasmania. Xènia escuchaba embelesada. Todavía pasaba algún que otro coche por Lauria. Se estaba bien en casa; por primera vez en muchos meses, Bernat se encontraba bien en casa, con alguien que le escuchaba sin criticarlo, al contrario que el pobre Adrià.

De repente se le vino encima la fatiga de la tensión de tantas horas de charla. No se hace uno viejo en vano.

Xènia se arrellanó en el sillón de Ikea. Alargó la mano como para apagar la grabadora, pero se detuvo a medio camino.

—Ahora me gustaría hablar de… la doble personalidad de músico y escritor.

—¿No estás cansada?

—Sí. Pero hacía mucho que no entrevistaba a nadie de una manera tan…, tan así.

—Muchas gracias, pero dejémoslo para mañana. Estoy…

Sabía que rompía la magia del momento pero no podía evitarlo. Se quedaron unos minutos sentados en silencio, ella guardando sus cosas y ambos calculando si sería un buen momento para seguir adelante o si sería mejor ser prudentes, hasta que Bernat dijo siento no haberte ofrecido nada más que agua.

—Era excelente.

Lo que me gustaría es llevarte a la cama.

—¿Quedamos para mañana?

—Mañana no puedo. Pasado mañana.

A la cama y ahora mismo.

—Muy bien. Nos vemos aquí, si te parece.

—De acuerdo.

—Y hablamos de lo que sea.

—De lo que sea.

Callaron. Ella sonrió y él también.

—Espera, voy a llamar a un taxi.

Estuvieron en un tris. Se miraron en silencio, ella, con una noche serena en la mirada. Él, con un gris indefinido de secretos inconfesables en los ojos. A pesar de todo, ella se marchó en el maldito taxi de mierda que siempre tiene que estropearlo todo. Antes, Xènia le dio un beso furtivo en la mejilla, cerca de los labios. Tuvo que ponerse de puntillas para llegar. Qué ricura, de puntillas. La acompañó hasta la calle y se quedó mirando el taxi que se la llevaba de su vida al menos un par de días. Se tocó el lugar exacto, cerca de los labios. Sonrió. Hacía dos años largos que no sonreía.

El segundo encuentro fue más fácil. Xènia se quitó el abrigo sin pedir permiso, puso los aparatos de grabación en la mesilla y esperó pacientemente a que Bernat, que se había retirado a la otra punta de la casa con el móvil, terminase una discusión inacabable con alguien que probablemente fuera el abogado. Hablaba en voz baja y como con rabia contenida.

Xènia ojeó el lomo de algunos libros. En un rincón se encontraban los cinco que había publicado Bernat Plensa; los dos primeros no los había leído. Cogió el más antiguo. En la primera página había una dedicatoria a mi musa, mi querida Tecla, que me ha ayudado a tejer estos relatos, Barcelona, 12 de febrero de mil novecientos setenta y siete. Xènia no pudo reprimir una sonrisa. Devolvió el libro a su lugar, junto a los compañeros de la obra completa de Bernat Plensa. En la mesa de trabajo, el ordenador en reposo y la pantalla oscura. Movió el ratón y la pantalla se iluminó. Había un texto mecanografiado. Un documento de setenta páginas. Bernat Plensa estaba escribiendo una novela y no le había dicho nada; al contrario, había declarado que, de novelas, nada. Miró hacia el pasillo. Al fondo se oía la voz de Bernat, que seguía hablando en voz baja. Se sentó ante la pantalla y leyó Después de comprar las entradas, Bernat las guardó en el bolsillo. Se distrajeron con el cartel del anuncio de un concierto. A su lado, un hombre con el rostro oculto por una gorra, envuelto en una bufanda, combatía el frío golpeando el suelo con los pies al tiempo que miraba con interés el programa de esa noche. Otro, más gordo, embutido en un abrigo de espiguilla, pretendía que le devolviesen el importe de las entradas por algún motivo. Se fueron a dar un paseo por Alta de San Pedro y se lo perdieron. Cuando volvieron al Palau de la Música ya había pasado todo. Encima del cartel que anunciaba Concierto para violín y orquesta número dos en sol menor de Prokófiev, por Jascha Heifetz y la Orquestra Simfònica de Barcelona, dirigida por Eduard Toldrà, habían pintado agresivamente con alquitrán JUDÍOS RAUS y una cruz gamada chorreando por las aspas; el ambiente se había enrarecido, la gente evitaba mirarse a los ojos y la tierra se aplanó más aún. Después me dijeron que había sido un grupo falangista y que, casualmente, justo en esos momentos, la pareja de policías de Vía Layetana, que está al lado, se había alejado de la entrada del

Palau para ir a tomar café, y a Adrià le entraron unas ganas irreprimibles de irse a vivir a Europa, norte arriba, donde dicen que la gente es limpia y culta y libre, y despierta y feliz y tiene padres que te quieren y no se mueren por tu culpa. En qué mierda de país nos ha tocado vivir, dijo mirando el pintarrajo que chorreaba odio. Entonces llegó la pareja de grises, dijeron hala, circulen y nada de formar grupos, hala, disuélvanse, y Adrià y Bernat, como los demás curiosos, desaparecieron por si acaso.

El auditorio del Palau de la Música estaba lleno, pero en un silencio pesado. Nos costó llegar hasta los dos asientos vacíos que nos correspondían, en platea, casi en el centro.

—Hola.

—Hola —dijo Adrià tímidamente, al tiempo que se sentaba al lado de una chica guapísima que lo miraba sonriente.

—¿Adrià? ¿Adrià Nosequé?

Entonces te reconocí. No llevabas trenzas y parecías una mujer de verdad.

—¡Sara Voltes-Epstein! —dije, admirado—. ¿Estás aquí?

—¿A ti qué te parece?

—No, quiero decir…

—Sí —dijo riéndose, y me tocó la mano con una despreocupación que me produjo una descarga mortal—. Ahora vivo en Barcelona.

—Mira —dije, mirando a ambos lados—: Bernat, un amigo mío. Sara.

Bernat y Sara se saludaron educadamente con un gesto de la cabeza.

—¡Qué barbaridad! ¿No? Lo del cartel… —dijo Adrià, con su extraordinaria capacidad para meter la pata. Con un gesto impreciso, Sara se puso a leer el programa. Sin apartar la mirada del papel.

—¿Qué tal tu concierto?

—¿El de París? —Un poco avergonzado—: Bien. Normal.

—¿Sigues leyendo?

—Sí. ¿Y tú sigues dibujando?

—Sí. Voy a hacer una exposición.

—¿Dónde?

—En la parroquia de… —Sonrió—. No, no. No quiero que vayas.

No sé si lo decía de verdad o en broma. Adrià estaba tan corrido que no se atrevía a mirarla a la cara. Se limitó a sonreír tímidamente. Empezaron a apagarse las luces, la gente aplaudió y el maestro Toldrà salió al escenario *y se oyeron los pasos de Bernat, que venía del otro extremo del piso. Entonces Xènia pulsó la tecla de reposo y se levantó de la silla. Disimuló ojeando el lomo de los libros y cuando Bernat entró en el estudio puso cara de aburrimiento*.

—Perdona —dijo él enseñando el móvil.

—¿Más problemas?

Él frunció el ceño. Era evidente que no tenía ganas de hablar de ello. O que había aprendido que con Xènia no debía hablar de eso. Se sentaron y se hizo un silencio incómodo que duró unos segundos; quizá por eso sonreían los dos sin mirarse.

—¿Y qué siente un músico que escribe literatura? —dijo Xènia, poniendo la minúscula grabadora en la mesilla redonda.

Él la miraba sin verla, pensando en el beso furtivo de la otra noche, tan cerca de los labios.

—No sé. Todo llega poco a poco, de manera ineluctable.

Eso sí que era una mentira como un templo. Todo llega exasperantemente despacio, de una forma gratuita y caprichosa y, en cambio, se anhela que llegue todo de una vez, porque hacía muchos años que Bernat escribía y que Adrià le decía que lo que contaba no tenía ningún interés, que era pobre, previsible, prescindible; en definitiva, que no es un texto necesario, oye. Y si no quieres entenderme, apáñatelas tú solo.

—¿Eso es todo? —dijo Xènia, un poco irritada—. ¿Todo llega poco a poco de manera ineluctable? ¿Y punto? ¿Desconecto la grabadora?

—¿Cómo dices?

—¿Dónde estabas?

—Aquí, contigo.

—No.

—Bueno, es el trauma posconcierto.

—¿Qué es eso?

—Tengo más de sesenta años, soy violinista profesional, sé que cumplo y con la orquesta no hay problema. Pero yo quisiera ser escritor, ¿me entiendes?

—Lo eres.

—No como yo quisiera.

—¿Estás escribiendo algo nuevo?

—No.

—¿No?

—No. ¿Por qué?

—No, por nada. ¿Qué significa no como yo quisiera?

—Que me gustaría enamorar.

—Pero con el violín…

—Tocamos cincuenta a la vez y no soy solista.

—Pero a veces tocas cámara.

—A veces.

—¿Y por qué no eres solista?

—Querer no es poder. Yo no doy la talla ni tengo temple para serlo. El escritor es solista.

—¿Es una cuestión de ego?

Bernat Plensa cogió la grabadora de Xènia, la miró, encontró el botón y la desconectó. Mientras la dejaba en la mesa dijo soy el vivo retrato de la mediocridad.

—No creas al imbécil de

—Ese imbécil y todos los demás que han tenido la amabilidad de decírmelo en la prensa.

—Ya sabes que los críticos son unos…

—¿Unos qué?

—Unos maricas.

—Hablo en serio.

—Ahora entiendo tu faceta histérica.

—Caray: disparas a matar.

—Quieres ser perfecto. Y como no…, te pones de mala uva; o exiges perfección a los que te rodean.

—¿Te ha contratado Tecla?

—Tecla es tema prohibido.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado?

—Me propongo hacerte reaccionar —respondió Xènia—. Porque tienes que contestarme la pregunta.

—¿Qué pregunta?

Bernat vio que Xènia volvía a encender la grabadora y la posaba delicadamente sobre la mesilla.

—¿Y qué siente un músico que escribe literatura? —repitió.

—No sé. Todo llega poco a poco. De manera ineluctable.

—Eso ya me lo has dicho.

Es que todo llega exasperantemente despacio y en cambio se anhela que llegue todo de una vez, porque hacía muchos años que Bernat escribía y que Adrià le decía que lo que contaba no tenía ningún interés, que era pobre, previsible, prescindible; en definitiva, que la culpa era de Adrià.

—Estoy a punto de romper toda relación contigo. No me gusta la gente insoportable. Es el primer y único aviso.

Por primera vez desde que la conocía, la miró a los ojos y le sostuvo la mirada negra de noche serena.

—No soporto ser insoportable. Perdóname.

—¿Podemos trabajar?

—Adelante. Y gracias por el aviso.

—Primero y único.

Te quiero, pensó. O sea que tenía que ser perfecto si quería tener ante sí esos ojos tan preciosos unas horas más. Te quiero, repitió.

—Qué siente un músico que escribe literatura.

Estoy enamorándome de tu tozudez.

—Siente…, siento… dos mundos… y me aturde no saber cuál es más importante para mí.

—¿Eso tiene importancia?

—No sé. El caso es…

Aquella noche no pidieron un taxi. Pero al cabo de dos días, Bernat Plensa hizo de tripas corazón y fue a visitar a su amigo. Caterina, vestida para salir, le abrió la puerta y sin darle tiempo ni a respirar le dijo en voz baja no está nada bien.

—¿Por qué?

—Tengo que esconderle el periódico del día anterior.

—¿Por qué?

—Porque si no me doy cuenta, es capaz de leerlo tres veces sin enterarse.

—Vaya…

—Es tan trabajador que me da angustia que pierda el tiempo releyendo siempre lo mismo, ¿me entiende?

—Bien hecho.

—¿Qué conspiráis vosotros?

Se dio la vuelta. Adrià acababa de salir del despacho y los había pillado cuchicheando.

—Rinrinríiin.

Caterina aprovechó la coyuntura para ahorrarse la respuesta so pretexto de abrir la puerta a Plàcida; entre tanto, Adrià se llevó a Bernat a su despacho. Las mujeres se pasaron el relevo en voz baja y Caterina dijo a voces ¡hasta mañana, Adrià!

—¿Cómo lo llevamos? —dijo Adrià.

—En cuanto tengo un momento me pongo a pasarlo. Voy despacio.

—¿Lo entiendes todo?

—Pse. Me gusta mucho.

—¿Por qué dices pse?

—Porque tienes letra de médico y, encima, enana. Tengo que leer un par de veces cada párrafo para no equivocarme.

—Caramba. Lo siento…

—No, no, no… Lo hago con mucho gusto. Pero no puedo ponerme todos los días, claro.

—Cuánto trabajo te doy, ¿verdad?

—No. De eso nada.

—Buenas noches, Adrià —dijo una mujer joven, desconocida y sonriente, asomándose al despacho.

—Hola, buenas noches.

—¿Quién es? —dijo Bernat extrañado, en voz baja, cuando la mujer salió del despacho.

—La nosequé. Ahora ya no me dejan solo ni de noche ni de día.

—Vaya.

—Sí, oye. Esto parece la Rambla.

—Es mejor que no estés solo, ¿verdad?

—Sí. Y menos mal que está Lola Xica, que lo organiza todo.

—Caterina.

—¿Qué?

—No, nada.

Estuvieron un rato en silencio. Entonces Bernat le preguntó por sus lecturas y él miró alrededor, tocó un libro que estaba encima de la mesa de lectura e hizo un gesto indefinible que su amigo no supo interpretar. Bernat se levantó y lo cogió.

—¡Vaya, poesía!

—¿Qué?

Bernat agitó el libro en el aire.

—Lees poesía.

—Como siempre.

—Pues yo no, oye.

—Así te luce el pelo.

Bernat se rió porque era imposible enfadarse con Adrià enfermo. Y entonces repitió hago todo lo que puedo, es imposible ir más deprisa con tus escritos.

—Bien…

—¿Quieres que se lo encargue a un profesional?

—¡No! —Y en ese momento, el gesto, la cara y el color de la piel volvieron a la vida—: ¡De ninguna manera! Esas cosas sólo se hacen por amistad. Y no quiero… Bueno, no sé… Es muy personal y… A lo mejor, cuando esté todo mecanografiado, prefiero no publicarlo.

—¿No decías que ibas a enseñárselo a Bauçà?

—Ya veremos, cuando llegue el momento.

Se hizo el silencio. En algún lugar de la casa la nosequé revolvía cajones o hacía ruido con algo. En la cocina, tal vez.

—Plàcida, ¡eso es! Se llama Plàcida, la chica esa. —Satisfecho—: ¿Ves? Digan lo que digan, todavía tengo buena memoria.

—¡Ah! —dijo Bernat, acordándose de una cosa—. Lo de la otra cara del manuscrito, lo que está en tinta negra, también es muy interesante, ¿sabes?

Adrià vaciló unos segundos.

—¿Qué es? —preguntó un poco asustado.

—Una reflexión sobre el mal. Bueno, un estudio sobre la historia del mal, diría yo. La has titulado El problema del mal.

—Ah, no. Ya no me acordaba. No; es una cosa muy…, no sé, sin alma.

—No. En mi opinión, también debes publicarlo. Puedo pasarlo al ordenador también, si quieres.

—Ni se te ocurra. Es mi fracaso filosófico. —Durante unos segundos larguísimos no dijo nada más—. No supe decir ni la mitad de lo que tenía en la cabeza.

Cogió el libro de poesía. Lo abrió e, incómodo, lo cerró. Volvió a dejarlo en la mesa y por último dijo por eso escribí por la otra cara, para matarlo.

—¿Por qué no lo tiraste?

—Nunca tiro ningún papel.

Y un silencio lento y largo como una tarde de domingo planeó sobre el despacho y sobre los dos amigos. Un silencio casi vacío de significado.

17

Acabar el bachillerato y dejar el colegio fue un alivio. Bernat había terminado el año anterior y se dedicaba en cuerpo y alma al violín, aunque se había matriculado en Letras sin mucha convicción. Adrià entró en la universidad pensando que, a partir de ese momento, todo sería más fácil. Pero tropezó con muchas grietas y matojos espinosos, empezando por la escasa preparación de los estudiantes, que se asustaban con Virgilio y temían a Ovidio. Y los claustros con presencia policial. Y la revolución en las aulas. Durante una temporada sostuve una relación de amistad con un tal Gensana, que tenía mucho interés en la literatura y que se quedó con la boca abierta cuando, al preguntarme a qué me quería dedicar, le contesté que a la historia de las ideas y de la cultura.

—Oye, Ardèvol, nadie dice que quiera ser historiador de las ideas.

—Yo sí.

—Eres el primero al que se lo oigo. Hostia. Historia de las ideas y de la cultura. —Me miró con desconfianza—. Me tomas el pelo, ¿no?

—No: quiero saberlo todo. Lo que se sabe ahora y lo que se sabía antes. Y por qué se sabía o por qué todavía no se sabía. ¿Me entiendes?

—No.

—¿Y tú qué quieres ser?

—No lo sé —dijo Gensana. Hizo un gesto impreciso con la mano, cerca de la frente—. Tengo la cabeza a pájaros. Pero algo haré, ya lo verás.

Tres chicas guapas y risueñas pasaron por su lado, de camino a la clase de griego. Adrià miró el reloj y, con un gesto, se despidió de Gensana, que todavía estaba intentando digerir el significado de historiador de las ideas y de la cultura. Seguí a las chicas guapas y risueñas. Antes de entrar en el aula miré atrás. Gensana seguía dándole vueltas al futuro de Ardèvol. Y unos meses después, un otoño helador, Bernat, que cursaba octavo de violín, me

pidió que le acompañase al Palau de la Música a ver a Jascha Heifetz. Dijo que era una oportunidad única: el maestro Massià le había dicho que, a pesar de las reticencias de Heifetz a actuar en un país de régimen fascista, finalmente había aceptado por la insistencia del maestro Toldrà. Adrià, que todavía era virgen en la mayoría de las cosas de la vida, se lo comentó al maestro Manlleu al final de una agotadora sesión dedicada al unísono, y éste, tras unos segundos de reflexión, dijo que no conocía violinista más frío, arrogante, abominable, estúpido, engreído, repulsivo, detestable y altivo que Jascha Heifetz.

—Pero ¿toca bien, maestro?

El maestro Manlleu miraba la partitura sin verla. Tenía el violín en la mano y, sin querer, le arrancó un pizzicato y miró al frente. Después de una pausa muy larga:

—Es la perfección.

Quizá se diera cuenta de que se había expresado con demasiada vehemencia y quiso atemperar el comentario:

—Es el mejor violinista vivo después de mí. —Golpecito con el arco en el atril—. Vamos, una vez más.

Los aplausos llenaban la sala y eran más cálidos que de costumbre; se notaba mucho, porque la gente, en una dictadura, tiene que acostumbrarse a decir las cosas entre líneas y entre aplausos, con gestos indirectos, mirando de reojo al señor de la gabardina y el bigotito que muy probablemente sea de la secreta, cuidado, fíjate, que apenas aplaude. Y la gente se había habituado a entender ese lenguaje de lucha contra el miedo a pesar del miedo. Yo sólo intuía esas cosas porque no tenía padre, mi madre estaba volcada en la tienda y sólo atendía a mis progresos con el violín, los seguía con lupa, eso sí; Lola Xica no quería tocar ese tema porque en la guerra habían matado a un primo suyo que era anarquista y se negaba a entrar en el espinoso terreno de la política de calle. Empezaron a apagar las luces, el público se puso a aplaudir y el maestro Toldrà salió al escenario y se dirigió sin prisas a su atril. En la penumbra, vi a Sara escribir algo en el programa de mano; me lo dio y me pidió el mío a cambio, para no quedarse sin él.

Números. ¡Un teléfono! Le entregué mi programa pero, idiota de mí, no apunté mi teléfono. Se terminaban los aplausos. Noté que Bernat, en silencio en la butaca del otro lado, observaba todos mis movimientos. Se hizo el silencio.

Toldrà dirigió *Coriolano*, una obra que no había oído hasta entonces y que me gustó mucho. Después, cuando volvió a saludar, salió con Jacha Heifetz de la mano, seguramente para demostrarle que estaba de su parte o cualquier otra cosa. El caso es que Heifetz saludó con una inclinación de cabeza fría, arrogante, abominable, estúpida, engreída, repulsiva, detestable y altiva. No demostró el menor interés en disimular su hosca expresión. Se permitió tres minutos largos para sacudirse de encima la indignación, mientras que el maestro Toldrà, de pie, de cara a la orquesta, esperaba pacientemente a que le diese la señal. Y empezaron. Recuerdo que no cerré la boca en todo el concierto, que en el andante assai lloré sin ninguna vergüenza, estimulado por el placer físico del ritmo binario del violín, engastado en los tresillos del fondo orquestal, y el posterior abandono del tema en manos de la orquesta y, al final, de la trompa, con un humilde pizzicato. Belleza. Heifetz era un hombre tierno, humilde, cercano, amable y entregado al servicio de la belleza que me había cautivado. A Adrià le pareció que los ojos de Heifetz brillaban sospechosamente. Sé que Bernat ahogó un sollozo profundo. Y en el intermedio se levantó y dijo tengo que ir a saludarlo.

—No te dejarán pasar.

—Voy a intentarlo.

—Espera —dijo ella.

Sara se levantó y, con un gesto, nos indicó que la siguiéramos. Bernat y yo nos miramos desconcertados. Subimos unas escaleritas laterales detrás de ella y franqueamos una puerta. El bedel nos dio la señal de vade retro, pero Sara, con una sonrisa, señaló al maestro Toldrà, que estaba hablando con un músico y, como si se hubiera apercibido del gesto de Sara, se volvió, nos vio y dijo hola, reina, ¿qué tal? ¿Cómo se encuentra tu madre?

Y se acercó a darle un beso. A nosotros ni nos vio. El maestro Toldrà le contó que Heifetz estaba profundamente ofendido por las pintadas que, al parecer, habían proliferado por todo el perímetro del Palau, y que cancelaba

la actuación del día siguiente y se marchaba del país. No es el mejor momento para importunarlo, ¿me entiendes?

Después del concierto, en la calle, comprobamos que, efectivamente, todas las paredes y carteles de alrededor lucían pintadas de alquitrán en las que, en castellano, se invitaba a los judíos a marcharse.

—Yo, en su lugar, no renunciaría al concierto de mañana —dijo Adrià, el futuro historiador de las ideas, sin saber nada de la historia de la humanidad. Sara le dijo al oído que tenía mucha prisa y también llámame, y Adrià casi no reaccionó porque todavía tenía a Heifetz en la cabeza y sólo dijo sí, sí, gracias.

—Abandono el violín —dije ante el cartel profanado, frente a Bernat, que no daba crédito, y frente a mí mismo, que llevo toda la vida diciendo que abandono el violín, a la salida, ante el cartel profanado, frente a Bernat, que no daba crédito, y frente a mí mismo, que llevo toda la vida diciendo que abandono el violín.

—Pero si… Pero si… —Bernat señalaba hacia el Palau, como diciendo qué mejor argumento qu

—Lo dejo. Nunca podré tocar así.

—Estudia.

—Y una mierda. Abandono. Es imposible. Termino séptimo, me examino y lo dejo. Basta. Assez. Schluss. Prou.

—¿Quién era esa tía?

—¿Cuál?

—¡Ésa! —Señalaba el aura de Sara, que todavía estaba presente—. La que nos ha conducido hasta el maestro Toldrà como Ariadna, hostia. La que te ha dicho Adrià Nosequé, rey. La que te ha dicho llámame…

Adrià miró a su amigo boquiabierto.

—¿Qué te he hecho yo?

—¿Que qué me has hecho? Amenazarme con dejar el violín.

—Sí. Definitivamente, pero no por fastidiarte a ti: lo abandono.

Resulta que, al final del concierto de Prokófiev, Heifetz, que se había transformado, que incluso parecía más alto y poderoso, nos deleitó con tres danzas judías, casi diría que con arrogancia, y aún me pareció más alto y con un aura más poderosa. A continuación se recogió y nos regaló la Ciaccona de la *Partita en re menor*, que, aparte de nuestros intentos, sólo había oído en un disco de piedra, interpretada por Ysaÿe. Fueron unos minutos de perfección. He ido a muchos conciertos. Pero para mí, ése fue el fundacional, el que me abrió el camino hacia la belleza, el que me cerró la puerta del violín, el que acabó con mi breve carrera de intérprete.

—Eres un estúpido de mierda —opinó Bernat, que se veía enfrentándose a solas al octavo curso, sin mi presencia un curso por detrás de él. Solo ante el maestro Massià—. Un estúpido de mierda.

—No, si aprendo a ser feliz. He visto la luz: se acabó el sufrir; a partir de ahora, a disfrutar de la música que me ofrezcan quienes saben.

—Estúpido de mierda y, encima, cobarde.

—Sí. Probablemente. Ahora puedo dedicarme a estudiar sin angustias añadidas.

En plena vía pública, de camino a casa, los transeúntes que soportaban el aire frío que soplaba por la calle Jonqueres fueron testigos de una de las tres explosiones que he presenciado de mi amigo Bernat. Fue terrible. Se puso a decir a voces alemán, inglés, catalán, castellano, francés, italiano, griego, latín…, y contando con los dedos: a los diecinueve años puedes leer en una dos tres cuatro cinco seis siete ocho lenguas ¿y te da miedo empezar octavo de instrumento, majadero? ¡Ojalá tuviera yo tu cabeza, me cago en todo!

Entonces, silenciosamente, empezaron a caer copos de nieve. Nunca había visto nevar en Barcelona; nunca había visto a Bernat tan indignado. Nunca lo había visto tan desvalido. No sé si nevaba por él o por mí.

—Fíjate —dije.

—Me importa una mierda la nieve. Cometes un gran error.

—Te da miedo enfrentarte a Massià sin mí.

—Sí ¿y qué?

—Tienes madera de violinista. Yo no.

Bernat bajó el tono de voz y dijo no creas, siempre estoy al límite. Sonrío cuando toco, pero no de felicidad, sino para conjurar el pánico. Pero el violín es tan traidor como la trompa: en cualquier momento puedes dar una nota falsa. Y a pesar de todo no abandono, al contrario que los mierdosos como tú. Quiero llegar a décimo y entonces decidiré si sigo o no. Espera a décimo.

—Un día, Bernat, sonreirás de placer tocando el violín.

Me pareció que era Jesucristo profetizando y, habida cuenta de cómo han evolucionado las cosas…, vaya, no sé qué decir.

—Déjalo después de décimo.

—No. Después de los exámenes de junio. Por estética. Porque si me agobias mucho, lo dejo ahora mismo y que se fastidie la estética.

Y nevaba. Reanudamos el trayecto hasta mi casa en silencio. Me dejó en el portal de madera oscura sin decirme buenas noches ni hacerme el mínimo gesto de aprecio.

He discutido con Bernat unas cuantas veces en la vida. Ésa fue la primera discusión fuerte, la primera que dejó cicatrices. Las vacaciones de Navidad transcurrieron en medio de un insólito paisaje nevado. En casa, mi madre, silenciosa; Lola Xica, atenta a todo, y yo, pasando cada día más horas en el despacho de mi padre, conquistado a base de premios extraordinarios de final de curso, que me otorgaban el derecho de posesión; la atracción de ese cuarto aumentaba sin cesar. El día después de San Esteban salí a pasear por las calles blancas y vi a Bernat, que vivía en la parte alta de la calle Bruc, bajar esquiando Bruc abajo, con el violín en la espalda. Me vio pero no me dijo nada. Confieso que me dio un ataque de celos, porque enseguida pensé a casa de quién va a tocar ese desgraciado, sin decirme nada. Con los diecinueve o veinte años que debía de tener Adrià a la sazón, y atacado por unos celos infantiles, se puso a perseguirlo, pero no podía seguir el ritmo de los esquíes y Bernat se convirtió enseguida en una figurita de pesebre, tal vez a la altura de la Gran Vía. Qué ridiculez, resoplando, echando el aliento a través de la bufanda, mirando al amigo que lo abandonaba. Nunca he sabido adónde fue ese día y daría…, iba a decir daría media vida, pero hoy esa expresión no tiene ningún sentido. Pero ¡qué

narices!, todavía la daría por saber a casa de quién fue a tocar ese día de vacaciones de un invierno en el que, insólitamente, Barcelona se abrigó con unos cuantos palmos de nieve.

Por la noche, desesperado, revolví los bolsillos del abrigo, de la chaqueta y de los pantalones, rabioso porque no encontraba el programa de mano del concierto.

—¿Sara Voltes-Epstein? No. No me suena. Pregunta en la parroquia de Betlem, allí hacen esa clase de actividades.

Fui a una veintena de parroquias, pisando nieve cada vez más sucia, hasta que la encontré en el barrio del Poble Sec, en una parroquia muy modesta, en una sala más modesta todavía y casi solitaria, con tres paredes cubiertas de extraordinarios dibujos al carboncillo. Seis o siete retratos y algún paisaje. Me impresionó la tristeza de la mirada del que llevaba el título de *Tío Haïm*. Y un perro maravilloso. Y una casa junto al mar, que decía *Playita de Portlligat*. Cuántas veces he contemplado esos dibujos, Sara. Aquella chica era una artista como una catedral, Sara. Estuve media hora sin decir ni pío, hasta que oí su voz junto al cogote, como una regañina, diciéndome te dije que no vinieras.

Me volví con la excusa en la boca, pero sólo me salió un tímido pasaba por aquí y. Me perdonó con una sonrisa. Y en voz baja y con timidez, dijiste:

—¿Qué te parece?

18

—Madre.

—¿Qué?

Sin levantar la cabeza de los papeles que estaba revisando en la mesa de leer documentos y manuscritos.

—¿Me oyes?

Pero ella leía ávidamente informes económicos de Caturla, el hombre que había elegido para sanear la tienda. Me di cuenta de que no me prestaba atención, pero tenía que ser ahora o nunca.

—Dejo el violín.

—Muy bien.

Y siguió leyendo los informes, que debían de ser apasionantes. Cuando Adrià salía del despacho con el alma bañada en sudor frío, oyó el clac-clac de las patillas de las gafas de su madre al cerrarse: se las había quitado. Seguro que lo estaba mirando. Adrià volvió la cabeza. Sí, lo estaba mirando con las gafas en una mano y un pliego de informes en la otra.

—¿Qué has dicho?

—Que dejo el violín. Acabo séptimo, pero después lo dejo.

—Ni en sueños.

—Lo he decidido.

—No tienes edad para decidir esas cosas.

—Desde luego que la tengo.

La madre soltó el informe de Caturla y se levantó. Me apuesto lo que quieras a que estaba pensando cómo habría solucionado mi padre el ataque de rebeldía. Para empezar, habló en tono bajo, íntimo, amenazador.

—Te examinarás de séptimo, después, de octavo y finalmente harás los dos cursos de virtuosismo; llegado el momento, irás a la Julliard School o donde decidamos el maestro Manlleu y yo.

—Madre, no quiero dedicarme a la vida de intérprete.

—¿Por qué?

—No me hace feliz.

—No hemos venido al mundo a buscar felicidad.

—Yo sí.

—El maestro Manlleu dice que vales.

—El maestro Manlleu me desprecia.

—Lo hace para ver si reaccionas, porque a veces parece que no tienes sangre en las venas.

—La decisión es firme y si no te gusta, te aguantas —osé decir.

Era una declaración de guerra, pero no se podía hacer de ninguna otra manera. Salí del despacho de mi padre sin mirar atrás.

—Jau.

—¿Qué?

—Píntate la cara con los colores de guerra. Negro y blanco de la boca a las orejas y dos rayas amarillas de arriba abajo.

—No te burles, que estoy temblando.

Adrià se encerró en su habitación dispuesto a no ceder ni un ápice. Si había que luchar, lucharía.

Durante muchos días, en casa sólo se oyó la voz de Lola Xica, la única que procuró mantener una apariencia de normalidad. Mi madre siempre estaba en la tienda, yo, en la universidad, y las cenas transcurrían en silencio, cada cual mirando a su plato, y Lola Xica mirándonos, ora a la una, ora al otro. La crisis del violín fue muy difícil y tan brutal que empañó unos cuantos días la alegría de haberte reencontrado.

La tormenta se desató en la siguiente sesión con el maestro Manlleu. Por la mañana, antes de desaparecer camino de la tienda, mi madre me dirigió la palabra por primera vez en toda la semana. Sin mirarme, como si padre acabara de morir:

—Llévate el storioni a clase.

Llegué a casa del maestro Manlleu con el Vial; en el pasillo, camino del estudio, me dijo en tono zalamero podemos mirar otro repertorio distinto, que te guste más. ¿Eh, chato?

—Termino séptimo y dejo el violín. ¿Me ha entendido bien todo el mundo? Tengo otras prioridades en la vida.

—Todos y cada uno de los días de tu vida te arrepentirás de haber tomado una decisión errónea (madre).

—Cobarde (Manlleu).

—No me dejes solo, chico (Bernat).

—Negroide (Manlleu).

—¡Si tocas mejor que yo! (Bernat).

—Marica (Manlleu).

—¿Y el tiempo que le has dedicado, qué? ¿Lo tiras por la borda? (madre).

—Zíngaro caprichoso (Manlleu).

—¿Y qué quieres hacer? (madre).

—Estudiar (yo).

—Puedes compaginarlo con el violín, ¿no? (Bernat).

—¿Qué es lo que quieres estudiar, eh? (madre).

—Mal nacido (Manlleu).

—Marica (yo).

—¡A que te planto ahora mismo! (Manlleu).

—¿De verdad sabes lo que quieres estudiar? (madre).

—Jau (Águila Negra, el valeroso gran jefe arapaho).

—Oye, te pregunto qué quieres estudiar. ¿Medicina? (madre).

—Desagradecido (Manlleu).

—¡Ostras, Adrià, vamos, tío! (Bernat).

—Historia (yo).

—¡Ja! (madre).

—¿Qué? (yo).

—Te morirás de hambre… y de aburrimiento (madre).

—¿Historia? (Manlleu).

—Sí (madre).

—Pero si la historia… (Manlleu).

—Ya, ya… Qué me va a contar (madre).

—¡¡Traidor!! (Manlleu).

—Y también quiero estudiar Filosofía (yo).

—¿Filosofía? (madre).

—¿Filosofía? (Manlleu).

—¿Filosofía? (Bernat).

—Peor todavía (madre).

—¿Por qué peor todavía? (yo).

—De lo malo, malo, estudia Derecho (madre).

—No. No soporto la normalización reglamentista de la vida (yo).

—Eres repelente (Bernat).

—Eres el espíritu de la contradicción, eso es lo que te pasa, ¿no? (Manlleu).

—Quiero estudiar la evolución cultural de la humanidad para entenderla (yo).

—Repelente, ya te lo he dicho. ¿Vamos al cine? (Bernat).

—Sí, vale. ¿A cuál? (yo).

—Al Publi (Bernat).

—No te entiendo, hijo (madre).

—Descerebrado (Manlleu).

—Pero ¿no ves que la Historia y la Filosofía no sirven para nada? (madre).

—¡Madre, no digas esas cosas!… Me escandalizas (yo).

—¿No ves que la Historia y la Filosofía no sirven para nada? (Manlleu).

—¡Qué sabrá usted! (yo).

—¡Arrogante! (Manlleu).

—¿Y para qué sirve la música? (yo).

—Te forrarás; piénsalo (Manlleu).

—¿No ves que la Historia y la Filosofía no sirven para nada? (Bernat).

—¿Tu quoque? (yo).

—¿Qué? (Bernat).

—Nada (yo).

—¿Te ha gustado la peli? (Bernat).

—Pse (yo).

—¿Pse o psí? (Bernat).

—Psí (yo).

—¡No sirve para nada! (madre).

—A mí me gusta (yo).

—¿Y la tienda? ¿Quieres dedicarte a ella? (madre).

—Ya veremos más adelante (yo).

—Jau (Águila Negra, el valeroso gran jefe arapaho).

—Ahora no, coño, pesado (yo).

—Además quiero estudiar lenguas (yo).

—Con el inglés tienes de sobra (Manlleu).

—¿Qué lenguas? (madre).

—Perfeccionar el latín y el griego y empezar el hebreo, el arameo y el sánscrito (yo).

—¡Ay! ¡Qué disgusto!… (madre).

—Latín, griego ¿y qué más? (Manlleu).

—Hebreo, arameo, sánscrito (yo).

—Estás mal de la azotea, chato (Manlleu).

—Depende (yo).

—Las chicas de los aviones hablan inglés (Manlleu).

—¿Qué? (yo).

—Te aseguro que para ir a Nueva York en avión a dar un concierto no te hace ninguna falta el arameo (Manlleu).

—Hablamos lenguajes diferentes, maestro Manlleu (yo).

—¡Abominable! (Manlleu).

—A ver si deja de insultarme de una vez (yo).

—¡Acabáramos! Lo que pasa es que soy un modelo demasiado difícil para ti (Manlleu).

—¡No, qué va! (yo).

—¿Qué significa: no, qué va? ¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso? (Manlleu).

—Dicho está lo dicho (yo).

—¡Frío, arrogante, abominable, estúpido, engreído, repulsivo, detestable, altivo! (Manlleu).

—Muy bien, como quiera (yo).

—Lo dicho, dicho está (Manlleu).

—Bernat (yo).

—¿Qué? (Bernat).

—¿Vamos a pasear al rompeolas? (yo).

—Vale (Bernat).

—¡Si tu padre levantara la cabeza! (madre).

Lo siento mucho, pero el día en que mi madre, en plena guerra, dijo eso, se me escapó una carcajada estentórea y exagerada. Sé que Lola Xica, que lo oía todo desde la cocina, también contuvo una sonrisa. Mi madre, pálida, se percató tarde de lo que había dicho. Estábamos todos agotados y no insistimos más. Era el séptimo día del conflicto bélico.

—Jau (Águila Negra, el valeroso gran jefe arapaho).

—Oye, estoy cansado (yo).

—De acuerdo. Pero has de saber que habéis empezado una guerra de desgaste, de trincheras, como la primera guerra mundial; sólo quiero que tengas en cuenta, que seas consciente de que luchas en tres frentes (Águila Negra, el valeroso gran jefe arapaho).

—Cierto, pero sé que no quiero ni puedo aspirar a ser intérprete de élite (yo).

—Y sobre todo no confundas la táctica con la estrategia (Águila Negra, el valeroso gran jefe arapaho).

El sheriff Carson escupió tabaco en el suelo y dijo tú aguanta, qué leches. Si lo que quieres es pasarte la vida leyendo, allá tú con tus libros. Y los demás que se vayan a la mierda, créeme.

—Gracias, Carson (yo).

—No hay de qué (sheriff Carson).

Era el séptimo día y nos fuimos todos a dormir cansados de tanta tensión y con ganas de un armisticio. Aquella noche fue la primera de una larga serie en que soñé con Sara.

Desde el punto de vista estratégico fue beneficioso que los ejércitos de la Triple Alianza se enfrentasen entre sí: Turquía se enfrentó a Alemania en casa del maestro Manlleu, movimiento favorable para la entente, que tuvo tiempo de lamerse las heridas y empezar a pensar en Sara constructivamente. Cuentan las crónicas que la batalla entre los antiguos

aliados fue cruenta y despiadada y que los gritos resonaron en el patio de luces de la casa del maestro Manlleu. Ella le dijo todo lo que había callado durante años y lo acusó de no haber sabido retener a un chico que tenía la cabeza a pájaros, pero también una extraordinaria capacidad intelectual.

—Vamos, no exagere.

—Mi hijo es superdotado. ¿No lo sabía? ¿No lo hemos hablado mil veces?

—En esta casa sólo ha habido y sólo hay un superdotado, señora Ardèvol.

—Mi hijo necesitaba una mano que lo amparase. Su ego, señor Manlleu…

—Maestro Manlleu.

—¿Lo ve? Su ego no le permite ver la realidad. Habrá que reajustar el acuerdo económico.

—Es injusto. La culpa es de su hijo, el superdotado.

—No se haga el gracioso, que da pena.

De ahí se lanzaron directamente a los insultos (negroide, zíngara, cobarde, marica, fría, arrogante, abominable, estúpida, engreída, repulsiva, detestable y altiva, por un lado. Por el otro, sólo patético).

—¿Qué me ha llamado?

—Patético. —Y acercándose mucho a su cara—: ¡Pa-té-ti-co!

—¡Lo que faltaba! ¡Me ha insultado! La llevaré a los tribunales.

—Será un placer echarlo a usted a los abogados. No pienso pagarle ni el próximo mes. Por mí, como si… Por mí… Hablaré con Yehudi Menuhin.

Y, al parecer, llegaron a las manos y él dijo que Menuhin era la mediocridad personificada y que le cobraría diez veces más; ella se dirigió a la puerta seguida por Manlleu, que, indignado, repetía ¿sabe cómo da las clases, Menuhin? ¿Sabe cómo las da?

Cuando retumbó el portazo con el que cerró rabiosamente la puerta de la casa de Manlleu, Carme Bosch sabía que el sueño de que Adrià se convirtiera en el mejor violinista del mundo se había esfumado para siempre. Qué pena, Lola Xica. A Bernat le dije que se acostumbraría y que

me comprometía a tocar con él cuando le apeteciera; en mi casa o en la suya, donde quisiera. Entonces empecé a respirar y a pensar en ti sin obstáculos.

19

Et in Arcadia ego. Aunque Poussin pintó el cuadro pensando que quien hablaba era la muerte, que está presente en todas partes, incluso en los rincones de felicidad, siempre he preferido creer que es mi propio ego el que lo dice: he estado en la Arcadia, Adrià tiene su Arcadia. Adrià, tan triste, calvo, miserable, panzón y cobarde, ha vivido en una Arcadia, porque tengo varias y la primera, la personificada, es tu presencia, y la he perdido para siempre. Fui expulsado de ella por un ángel con una espada de fuego, y Adrià se alejó cubriéndose las vergüenzas y pensando a partir de ahora tengo que trabajar para ganarme la vida, solo, sin ti, Sara mía. Otra Arcadia, la que es un lugar, es Tona, el pueblo más feo y más bonito del mundo, donde pasé quince veranos retozando por las lindes de los campos de can Casic, llenándome el cuerpo de picor de espigas, que se desprendían de las gavillas entre las que me zambullía para esconderme de Xevi, de Quico o de Rosa, mis compañeros inseparables durante las ocho semanas que duraba el veraneo fuera de Barcelona, lejos de las campanadas de la Concepció, de los taxis amarillos y negros y de cualquier cosa que me recordase al cole, los primeros años, sin mis padres; después, sin mi madre, sin los libros que Adrià no podía llevarse. Y subíamos corriendo al castillo, a contemplar can Ges, la casona, las eras y, al fondo, las granjas; el paisaje parecía un nacimiento. Y más cerca, los campos cubiertos de gavillas y can Casic, la casa pequeña, el pajar viejo y mordisqueado, como el portal de Belén, también. Y al fondo, las montañas de corcho, el Collsacabra al nordeste y el Montseny al este. Y gritábamos y éramos los dueños del mundo, sobre todo Xevi, que tenía seis años más que yo y siempre me ganaba en todo, hasta que empezó a ayudar a su padre con las vacas y dejó de jugar con nosotros. Quico también me ganaba, pero un día lo gané yo a correr hasta la tapia blanca. De acuerdo: porque tropezó; pero gané legalmente. Y Rosa era muy

guapa y sí, también me ganaba en todo. En casa de tía Leo la vida era de otra forma. Nadie refunfuñaba ni había largos silencios. La gente se hablaba y se miraba a la cara. Era una casa enorme en la que reinaba tía Leo con su eterno delantal, siempre impoluto, de color beis. Can Ges, la casa solariega de los Ardèvol, es una casona inmensa que tiene más de trece habitaciones, que goza de todas las corrientes de aire en verano y de todas las comodidades urbanas en invierno, y está convenientemente alejada de los establos y las cuadras, adornada por un porche en la fachada sur, que era el mejor rincón del mundo para leer y también para estudiar violín, y entonces los tres primos, con la mayor naturalidad, venían a escucharme y yo, en vez de estudiar los ejercicios, tocaba repertorio, que siempre es más agradecido, y un día se posó un mirlo en el pretil del porche, al lado de un tiesto de geranios, y se quedó mirándome tocar la sonata número dos del *Second livre de sonates* de Leclair, que tiene muchos adornos, por eso debía de gustar tanto al mirlo, y que, un año, la Trullols quiso que tocase en la inauguración del curso del conservatorio de Bruc. Y tonton Leclair escribió la última nota y sopló el manuscrito porque se le había terminado el polvo secante. Después se levantó satisfecho, cogió el violín y la interpretó sin mirar la partitura, pensando en continuaciones imposibles. Chasqueó la lengua con orgullo. Volvió a sentarse. En la mitad inferior de la última página, que estaba en blanco, escribió con su caligrafía más ceremoniosa: «Dedico esta sonata a mi querido sobrino Guillaume-François, hijo de mi querida hermana Annette, en el día de su nacimiento. Que el paso por este valle de lágrimas le sea propicio». Lo releyó, hubo de soplar de nuevo y maldijo a todos los criados de la casa, que eran incapaces de tenerle a punto el recado de escribir. En can Ges todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. Todo el mundo era bien recibido, como yo, por ejemplo, siempre y cuando cumpliese su deber. Y en verano, mi único deber consistía en comer como Dios manda, porque estos niños de ciudad están todos esmirriados y fíjate qué color trae, pobrecito. Mis primos eran mayores; Rosa, la menor, me llevaba tres años. Es decir, que yo era más o menos el niño mimado que tenía que tomar auténtica leche de vaca y comer embutidos como Dios manda. Y pan con aceite. Y pan con vino y azúcar. Y con panceta. Lo que preocupaba a tío Cinto era la costumbre un poco malsana que tenía Adrià de

encerrarse muchas horas a leer libros sin santos, sólo con letra, cosa francamente inquietante a los siete años, a los diez o a los doce. Pero tía Leo le tocaba suavemente el brazo y mi tío cambiaba de conversación y decía a Xevi que por la tarde tenía que acompañarlo, porque iba a venir Prudenci a ver las vacas.

—Yo también quiero ir —Rosa.

—No.

—¿Y yo?

—Sí.

Rosa se marchó ofendida porque Adrià, que es el más pequeño, puede ir y en cambio yo no.

—Es muy desagradable, hija —dijo tía Leo.

Y fui y vi a Prudenci meter el puño y todo el brazo a la Blanca por el ojo moreno, y después le dijo no sé qué a mi tío y Xevi lo apuntó en un papel y la Blanca rumiaba, indiferente a las preocupaciones del

—¡Cuidado, cuidado, cuidado, que se mea! —gritó Adrià, entusiasmado.

Los hombres se apartaron sin dejar de hablar de sus cosas pero yo me quedé en primera fila, porque ver descargar a una vaca tan de cerca era uno de los grandes espectáculos que me ofrecía la vida en Tona. Y al Parrot, que era el mulo de can Casic. Era digno de ser visto en directo, por eso opino que mis tíos cometían una injusticia con la pobre Rosa. Y más cosas, como ir al arroyo a pescar renacuajos, cerca de la hondonada de Matamonges, y volver con ocho o diez víctimas, que depositábamos en una botella de cristal.

—Pobres bichos.

—No, tía, que voy a darles de comer todos los días.

—Pobres bichos.

—Voy a darles pan, de verdad.

—Pobrecicos.

Quería ver cómo se transformaban en ranas o, lo más normal, en renacuajos muertos, porque no se nos ocurría cambiarles el agua ni sabíamos qué echarles de comer en la botella. Y los nidos de golondrina del cobertizo. Y los chaparrones súbitos. Y la apoteosis de los días de la trilla

en la era, aunque ya no se aventaba la mies para separar el grano, sino que se hacía con máquinas, que también formaban los almiares, y el pueblo se llenaba de polvo de paja, como en mi recuerdo. Et in Arcadia ego, Adrià Ardèvol. Nadie puede arrebatarme ese recuerdo. Y ahora pienso que tía Leo y tío Cinto debían de ser muy buenas personas, porque, después de la pelea entre los dos hermanos, parecía que allí no hubiera pasado nada. Hacía mucho tiempo de la pelea. Adrià todavía no había nacido. Y lo supe porque, para no tener que estar solo con mi madre en Barcelona, el verano en que cumplí veinte años decidí irme tres o cuatro semanas a Tona, si me aceptáis. También, porque estaba un poco triste, porque Sara, con quien salía a escondidas de ambas familias, había tenido que irse a Cadaqués con sus padres y me había quedado más solo que la una.

—¿Cómo que si me aceptáis? No vuelvas a decir eso nunca más —replicó tía Leo, indignada—. ¿Cuándo vas a venir?

—Mañana.

—Tus primos no están. Bueno, Xevi sí, pero se pasa el día en la granja.

—Me lo imagino.

—Josep y Maria de can Casic murieron este invierno.

—Oh, no.

—Y la Viola se murió de pena. —Silencio al otro lado del teléfono. A modo de consuelo—: Eran los dos muy viejecitos. Y Josep andaba completamente doblado, pobrecito. Y la perra también era vieja.

—Cuánto lo siento.

—Trae el violín.

O sea que le dije a mi madre que tía Leo me había invitado y no podía negarme. Mi madre no me dijo ni que sí ni que no. Estábamos muy distanciados y nos hablábamos poco. Yo me pasaba el día estudiando y leyendo y ella, en la tienda. Y cuando estaba en casa, seguía acusándome con la mirada de haber echado a perder caprichosamente una brillante carrera de violinista.

—¿Me has oído, madre?

Parece ser que, como siempre, en la tienda había problemas que no quería contarme. Y por tanto, sin mirarme, sólo dijo llévales algún detalle.

—¿Como qué?

—No sé. Un detalle, lo que se te ocurra.

Y nada más llegar a Tona me fui al pueblo con las manos en los bolsillos a buscar un detalle a la tienda de Berdagué. Al llegar a la plaza mayor la vi sentada en las mesas del Racó, tomándose una horchata y mirándome sonriente, como si estuviera esperándome. Es decir, que estaba esperándome. Al principio no la reconocí; pero después, huy, la conozco, quién es, quién es, quién es. Conocía esa sonrisa.

—Ciao —me dijo.

Entonces la reconocí. Ya no era un ángel, pero tenía la misma sonrisa angelical. Ahora era una mujer madura, guapa donde las haya. Me indicó con una seña que me sentase a su lado y obedecí.

—Todavía no hablo muy bien tu lengua, tengo muchas lagunas.

Le dije que podíamos hablar en italiano. Entonces me preguntó caro Adrià, sai chi sono, vero?

Al final no compré nada para tía Leo en la tienda de Berdagué. Ella se pasó la primera hora hablando y tomando horchata, mientras Adrià tragaba saliva. Contó todo lo que Adrià no sabía o fingía no saber, porque, a pesar de haber cumplido los veinte años, en casa las cosas no se hablan jamás. Fue mi ángel, en la plaza mayor de Tona, quien me dijo que éramos hermanos.

La miré un poco aturdido. Era la primera vez que alguien lo decía con todas las letras. Adivinó mi desconcierto.

—È vero —insistió.

—Menudo novelón —quise disimular.

No se inmutó. Precisó que, por la edad, podía ser mi madre aunque fuera mi hermanastra, y me enseñó una partida de nacimiento o no sé qué papel en el que mi padre reconocía la paternidad de una tal Daniela Amato, que era ella, según constaba en su pasaporte, que también me mostró. Es decir, estaba esperándome, en efecto, con la conversación y la documentación a punto. Por lo tanto, era cierto lo que hasta entonces sabía sólo a medias aunque nadie me lo había dicho: el hijo único por Excelencia tenía una hermana mayor, mucho mayor. Tuve la sensación de que todos me habían engañado: mi padre, mi madre, Lola Xica y tantos secretos. Y me parece que lamenté mucho que el sheriff Carson jamás me lo hubiera

insinuado, al menos. Una hermana. Volví a mirarla; era tan guapa como el día en que se presentó en casa en forma de ángel, aunque en realidad era una señora de cuarenta y seis años que era hermana mía. Las aburridas tardes de domingo no habríamos jugado juntos, porque ella habría salido con la pandilla de Lola Xica, a reírse y a taparse la boca con la mano cada vez que un hombre las mirase.

—Pero si tienes la edad de mi madre —dije por decir algo.

—Soy un poco más joven. —Noté un tono de irritación en la respuesta.

Se llamaba Daniela. Y me dijo que su madre…, y me contó una historia de amor muy bonita; no podía imaginarme a mi padre enamorado y no dije nada; escuché atentamente lo que me decía e intentaba imaginármelo, y no sé por qué me empezó a hablar de las relaciones entre los dos hermanos, porque mi padre, antes de ingresar en el seminario de Vic, había aprendido por las buenas o por las malas a aventar el trigo, a trillar como Dios manda y a palpar la barriga a la Estrella para saber si estaba preñada de una puñetera vez. El abuelo Ardèvol había enseñado a sus dos hijos a albardar correctamente a la mula y a distinguir las nubes, que si eran oscuras pero venían de Collsuspina siempre pasaban de largo sin soltar agua. Tío Cinto, que era el primogénito, se interesaba mucho más por las cosas de la masía, la administración de las tierras, las cosechas y los jornales, a diferencia de nuestro padre, que estaba en las nubes siempre que podía, pensando y leyendo a escondidas por los rincones, como tú. De todos modos, a pesar de su falta de interés, empezaba a ser un campesino semiinstruido cuando, un poco desesperados, lo mandaron al seminario de Vic. Y entonces sí que le entraron unas ganas enormes y empezó a aprender latín, griego y lecciones de los grandes maestros. Todavía flotaba en el seminario la sombra fresca de Verdaguer y dos de cada tres seminaristas se esforzaban con la poesía; pero nuestro padre, no: él quería profundizar en la filosofía y en la teología que le ofrecían a plazos.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Me lo contaba mi madre. Nuestro padre, de joven, era muy hablador. Después, por lo visto, se convirtió en un libro cerrado, en una momia.

—¿Qué más?

—Lo mandaron a estudiar a Roma porque parece ser que era muy listo. Y entonces, cuando dejó encinta a mi madre, huyó de allí porque era muy cobarde. Y nací yo.

—Ostras… ¡Qué novelón! —insistí.

En lugar de enfadarse, Daniela exhibió su encantadora sonrisa y, reanudando el relato, le dijo y tu padre riñó con su hermano.

—¿Con tío Cinto?

—Métete donde te quepa la idea de que me case con semejante calamidad —dijo Fèlix, devolviéndole la foto con rabia.

—¡Pero si no vas a tener que dar un palo al agua! Esa finca funciona sola. Me he informado a conciencia. Y podrás dedicarte a tus libros, coño, ¿qué más quieres?

—¿Y por qué quieres que me case?

—Me lo pidieron nuestros padres; me dijeron que si alguna vez dejabas la sotana… que te casase; que procurase que te casaras.

—Pero ni siquiera te has casado tú. ¿A qué viene tanta…?

—Voy a casarme. He echado el ojo a una de…

—Como si fueran vacas.

—No me ofendes. Madre sabía que sería difícil convencerte.

—Me casaré cuando me dé la gana, si es que me caso.

—Puedo buscarte otra más guapa —dijo Cinto, guardándose la foto gris de la primogénita de los Puig.

Entonces, muy secamente, nuestro padre pidió a su hermano que le pagase la legítima, porque quería instalarse en Barcelona. Y empezaron los gritos y las palabras ofensivas como pedradas. Los hermanos se miraron con odio. No llegaron a las manos. Fèlix Ardèvol recibió la legítima y estuvieron distanciados muchos años. Gracias a la insistencia de Leo, nuestro padre accedió a presentarse en la boda de su hermano. De todos modos, siguieron muy distanciados, el uno, comprando tierras en los aledaños, criando ganado, fabricando pienso, y el otro, gastando la legítima en viajes misteriosos por Europa.

—¿Qué es eso de los viajes misteriosos?

Daniela sorbió el último culo de horchata y no dijo nada más. Adrià fue a pagar y al volver dijo por qué no damos un paseo, y Tori, el del Racó, se puso a manchar la mesa con el trapo de limpiar con cara de estar pensando la francesa esa está para comérsela a trocitos, cagüental.

Todavía no habían salido de la plaza cuando Daniela se plantó ante él y se puso unas gafas oscuras que le daban un aspecto moderno e irremisiblemente extranjero. Como si mediase entre ellos una confianza íntima, se acercó y le desabrochó el primer botón de la camisa.

—Scusa —le dijo.

Y Tori el del Racó pensó por todo lo que menea, cómo coño puede ser que un pipiolo como ése tenga una francesa tan tan. Y sacudió la cabeza, admirado de lo deprisa que giraba el mundo, mientras Daniela posaba la vista en la cadenita con la medalla.

—No sabía que erais creyentes.

—No es por creencia.

—La Madonna de Pardàc es una virgen.

—Es un recuerdo.

—¿De quién?

—No lo sé exactamente.

Daniela contuvo una sonrisa, frotó la medalla con los dedos y la dejó caer sobre el pecho de Adrià, quien la ocultó, irritado por la intromisión en su intimidad. Por eso añadió y a ti qué te importa.

—Depende.

Adrià no lo entendió. Dieron unos pasos en silencio.

—Es una medalla muy bonita.

Jachiam se la quitó del cuello, se la enseñó al joyero y dijo es de oro. Y la cadena también.

—¿No la habrás robado?

—¡No! Me la regaló la pequeña Bettina, mi hermana la cieguecita, para que nunca estuviera solo.

—¿Y por qué quieres venderla?

—¿Os extraña?

—Hombre… Un recuerdo de familia…

—La familia… Cuánto añoro a los vivos y a los muertos de mi casa. A mi madre, a mi padre y a todos los Mureda: Agno, Jenn, Max, Hermes, Josef, Theodor, Micurà, Ilse, Erica, Katharina, Matilde, Gretchen y la cieguecita Bettina. También echo de menos el paisaje de Pardàc.

—¿Por qué no vuelves?

—Porque todavía me odian y los míos me han mandado recado de que no es prudente que…

—Ya… —dijo el orfebre, bajando la cabeza para observar mejor la medalla, sin ganas de conocer las dificultades de los Mureda de Pardàc.

—Y mandé mucho dinero para ayudar a todos mis hermanos.

—Ajá.

Todavía la examinó un poco más. Se la devolvió a su dueño.

—¿Pardàc es Predazzo? —dijo, mirándolo a los ojos, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo.

—La gente del llano lo llaman Predazzo, sí. Pero es Pardàc… ¿No queréis comprármela?

El joyero negó con la cabeza.

—Necesito dinero.

—Si te quedas conmigo este invierno te enseño el oficio y cuando llegue el deshielo te vas donde quieras. Pero no vendas la medalla.

Y Jachiam aprendió a fundir metales para convertirlos en anillos, medallas y pendientes y durante unos meses consumió su añoranza en casa del buen hombre, hasta que un día, éste, moviendo la cabeza, le dijo, como si retomase una conversación anterior:

—¿A quién confiaste el dinero?

—¿Qué dinero?

—El que mandaste a la familia.

—A un hombre de confianza.

—¿Un occitano?

—Sí, ¿por qué?

—No, nada, nada…

—¿Por qué?

—No, porque oí decir que… Nada.

—¿Qué oísteis?

—¿Cómo se llamaba el hombre?

—Yo lo llamaba Blond. Se llamaba Blond de Cazilhac, porque era muy rubio.

—Me parece que no lo dejaron pasar de…

—¿Qué?

—Lo mataron. Y le robaron.

—¿Quién?

—Unos montañeses.

—¿De Moena?

—Creo que sí.

Aquella madrugada, con la paga del invierno en el bolsillo, Jachiam pidió al joyero que le diera la bendición y emprendió el camino de las montañas con intención de averiguar lo que había sucedido con el dinero de los Mureda y con el pobre Blond. Subía azuzado por la ira y sin la menor prudencia. Llegó a Moena el quinto día y se puso a gritar en la plaza. Que salgan los Brocia, dijo; uno de ellos, que lo oyó, avisó a su primo y éste a otro y cuando se reunieron diez hombres bajaron a la plaza, agarraron a Jachiam y lo llevaron al río. Los alaridos de espanto no llegaron a Pardàc. La medalla de la Madonna dai Ciüf se la quedó, como recompensa, el primer Brocia que lo había visto.

—Pardàc está en el Trentino —dijo Adrià.

—Sin embargo, mi madre —replicó Daniela, pensativa— siempre me dijo que la había traído de África un tío marinero que no llegué a conocer.

Llegaron al cementerio y continuaron en dirección a la ermita de Lourdes sin decir nada; hacía buena tarde para pasear. Tras media hora de silencio, sentados en los bancos de piedra del jardín de la ermita, Adrià, que había cobrado confianza, se señaló el pecho y dijo ¿la quieres?

—No. Es tuya. No la pierdas nunca.

El sol, en su recorrido, cambió las sombras del jardín y Adrià volvió a preguntar a qué te refieres con lo de los viajes misteriosos de nuestro padre.

Se instaló en un hotelito del Borgo, a cinco minutos de San Pedro del Vaticano, a la vera del Passetto. Era un hostal discreto, modesto y económico, que se llamaba Bramante, regentado por una matrona romana que tenía cara de haber criado ocas con mano de hierro, mucho tiempo, y

que parecía surgida de los años de transición entre Julio y Augusto. La primera visita que hizo, una vez que se hubo instalado en una habitación que daba al angosto y húmedo Vicolo delle Palline, fue al padre Morlin, quien, al verlo, se quedó unos segundos observándolo, en la puerta del claustro del convento de Santa Sabina, esforzándose por recordar quién era ese hombre que…, ¡no!

—Fèlix Ardevole!! —gritó—. Il mio omonimo! Vero?

Fèlix Ardèvol asintió y, sumisamente, besó la mano al fraile, que sudaba, envuelto en su pesado hábito. Morlin lo miró a los ojos, dudó unos segundos y, en lugar de invitarlo a entrar en uno de los recibidores o a pasear por el claustro, lo condujo a un pasillo solitario de paredes blancas, adornadas con algunos cuadros sin valor, un corredor larguísimo y con pocas puertas. Bajando instintivamente el tono de voz, como en los viejos tiempos, le preguntó qué quieres y Fèlix Ardèvol respondió quiero contactos, sólo contactos. Quiero abrir una tienda y creo que puedes ayudarme a encontrar material de primera calidad.

Avanzaron unos pasos en silencio. Curiosamente, a pesar de la desnudez del lugar, ni los pasos ni las palabras resonaban. El padre Morlin debía de saber que era un sitio discreto. Al cabo de dos cuadros, se detuvieron ante una modestísima Anunciación, se secó la frente y lo miró a los ojos.

—¿Cómo has podido salir, ahora que estáis en guerra?

—Puedo entrar y salir sin muchas trabas. Tengo mi sistema. Y algunos contactos.

El padre Morlin hizo un ademán para dar a entender que no le convenía saber los detalles.

Hablaron largo y tendido. La idea de Fèlix Ardèvol estaba clarísima: hacía ya unos cuantos años que los planes de Hitler incomodaban a muchos ciudadanos alemanes, austriacos y polacos, quienes buscaban la manera de cambiar de aires.

—Quieres localizar a judíos ricos.

—Las huidas siempre son gangas para los anticuarios. Llévame donde haya gente con intención de irse a América. El resto es asunto mío.

Llegaron al final del pasillo, donde había una ventana que daba a un claustro pequeño y austero, con unos geranios de color sangre en tiestos sobre el suelo como único adorno. A Fèlix le costó imaginarse a un fraile dominico regando la hilera de macetas. Al otro lado del pequeño claustro, una ventana similar a la de su lado encuadraba perfectamente, a lo lejos, la cúpula de San Pedro; parecía un efecto buscado a propósito. Durante unos breves segundos, Fèlix Ardèvol pensó que le gustaría llevarse la ventana y sus vistas. Volvió a la realidad convencido de que Morlin le había llevado hasta allí a propósito, para que viera la ventana.

—Necesito tres o cuatro direcciones de personas cuyas circunstancias podamos saber con precisión.

—¿Y por qué crees, querido Ardevole, que sé esas cosas que te interesan?

—Tengo mis fuentes de información: dedico muchas horas a mi trabajo y sé que no has dejado de ampliar contactos.

El padre Morlin encajó el golpe pero aparentemente no reaccionó.

—¿A qué viene ese interés repentino por los asuntos de los demás?

Estuvo a punto de decir porque me apasiona mi trabajo; porque si encuentro un objeto que me interesa, el mundo entero se concentra en él, sea una estatuilla, una pintura, un papel o una tela. Y el mundo está lleno de objetos que, por sí solos, no necesitan justificación alguna. Hay objetos que…

—Me he hecho coleccionista. —Precisó—: Soy coleccionista.

—¿Coleccionista de qué?

—Coleccionista. —Abrió los brazos, como Santo Domingo cuando predicaba desde el púlpito—: Busco cosas bellas.

Por descontado que el padre Morlin, amigo de sus amigos y, según decían, peligroso para los desafectos, tenía información. Era la única persona del mundo capaz de saberlo todo sin moverse apenas de Santa Sabina. Ardevole era un amigo y por lo tanto no tardaron mucho en ponerse de acuerdo. De todos modos, Fèlix hubo de soportar primero un sermón sobre los tiempos convulsos que nos ha tocado vivir y que nadie quiere, y para quedar bien, lo remachó diciendo y que lo digas, y que lo digas; vistos desde lejos, habría parecido que rezaban la letanía del rosario. Y los

tiempos convulsos que vivía Europa empezaban a obligar a mucha gente a pensar en América y, por mediación del padre Morlin, Fèlix Ardèvol estuvo unos meses viajando por la Europa de antes del incendio, intentando salvar muebles de cualquier terremoto probable. El primer contacto fue en Tiefer Graben, en el Innere Stadt de Viena. Era una casa muy bonita, de pocos metros de anchura, pero muchos de longitud, seguramente. Llamó al timbre y sonrió cordialmente a una mujer que, con cierto recelo, abrió la puerta. En ese primer contacto pudo comprar todo el mobiliario de la casa y, reservándose los cinco objetos más valiosos, vendió todo lo demás por el doble de su precio sin salir de Viena, casi sin cruzar el Ring. Un éxito tan espectacular se le habría podido subir a la cabeza, pero Fèlix Ardèvol era astuto, además de inteligente, y, por tanto, obró con cautela. En Nuremberg adquirió una colección de cuadros del diecisiete y del dieciocho: dos fragonards, un evanescente watteau y tres rigauds. Y se reservaría el mignon de las gardenias amarillas, me imagino. En Pontegradella, al lado de Ferrara, fue donde tuvo en las manos por vez primera un instrumento musical valioso. Era una viola construida por Nicola Galliano de Nápoles. Mientras sopesaba la posibilidad de adquirirla llegó a lamentar no haber aprendido a tocar esa clase de instrumentos. Supo aguantar en silencio hasta que el angustiado vendedor, un violinista llamado Davide Fiordaliso, quien, según sus fuentes de información, había tenido que dejar la Filarmónica de Viena a causa de las nuevas leyes raciales, y que últimamente se ganaba la vida tocando en un café de Ferrara, dijo due milioni en voz muy baja. Miró al signor Arrau, que llevaba una hora examinando la viola con lupa, y éste asintió con la mirada. Fèlix Ardèvol sabía que era el momento de devolver el objeto a su dueño con una expresión de desprecio y ofrecer una cifra absurdamente baja. Lo hizo, aunque le dolió tanto poner en peligro la posesión de la viola, que tuvo que sentarse después y replantearse la forma de actuar. Una cosa era comprar y vender con la cabeza fría y otra abrir una tienda, si es que por fin la abría. Compró la viola por duecentomila lire. Y no aceptó el café que le ofreció el vendedor de manos temblorosas porque en la guerra nos enseñan a no mirar a la víctima a los ojos. Un galliano. El signor Arrau le dijo que, aunque los instrumentos no eran su especialidad, seguro que podría pedir el triple si hacía correr discretamente la voz y si no

tenía prisa por vender. Y que si quería le presentaría a un compatriota, el signor Berenguer, un joven prometedor que había aprendido a tasar con una precisión extraordinaria y que, cuando se acabase la guerra en España, porque algún día terminaría, tenía la intención de volver a casa.

Aconsejado por el padre Morlin, que se las sabía todas, alquiló un almacén en un pueblecito de los alrededores de Zurich y allí guardó sofás, canapés, consolas, fragonards, sillas chippendale y watteaus. Y la viola Galliano. Aún no sabía que un día encontraría la perdición por un instrumento de cuerda de apariencia semejante. Lo que sabía muy bien era que una cosa sería la tienda y otra, su colección particular, compuesta por lo más selecto de su catálogo.

De vez en cuando volvía a Roma, al hostal Bramante, se reunía con Morlin, hablaban de posibles clientes y del futuro y Morlin le daba a entender que la guerra de España no se acabaría nunca, porque en Europa se vivían momentos convulsos y eso conllevaba mucha incomodidad. Era preciso recomponer el mapa del mundo y la manera más rápida de hacerlo era con bombas y trincheras, dijo con un asomo de resignación despreocupada.

—¿Y cómo sabes todas esas cosas?

No supe qué otra cosa preguntar. Habíamos subido por el camino del Barri hasta el castillo, como cuando íbamos con gente mayor que no podía hacerlo por el otro, mucho más empinado.

—Qué vista tan inmensa —dijo ella.

Contemplaban la Plana desde la ermita del castillo y Adrià pensó en su Arcadia, pero fugazmente.

—¿Por qué sabes tantas cosas de mi padre?

—Porque es mi padre. ¿Cómo se llama esa montaña del fondo?

—El Montseny.

—¿Verdad que parece un presepio?

Qué sabrás tú de mis pesebres, los que nunca montamos en casa, pensé. Pero Daniela tenía razón: Tona parecía el portal de Belén más que nunca y Adrià no se resistió a señalar hacia abajo:

—Can Ges.

—Sí. Y can Casic.

Siguieron andando hasta la torre de los Moros, convertida, por dentro, en un retrete maloliente. Fuera, el viento y el paisaje. Adrià se sentó al borde del precipicio para no perderse su paisaje. Hasta ese momento no se me ocurrió la pregunta clave:

—¿Por qué me has contado esas cosas?

Ella se sentó a su lado y sin mirarlo dijo que eran hermanos, que tenían que entenderse, que ella era la propietaria de can Casic.

—Ya lo sé. Me lo dijo mi madre.

—Quiero derribar la casa, la suciedad, la balsa, el estiércol y el tufo a paja podrida. Y edificar casas nuevas.

—Ni se te ocurra.

—Te acostumbrarás.

—La Viola se murió de pena.

—¿Quién es la Viola?

—La perra de can Casic. De color canela oscuro, con el morro negro y las orejas caídas.

Seguro que Daniela no lo entendió; pero no dijo nada. Adrià la miró unos segundos en silencio.

—¿Por qué me lo has contado?

—Tienes que saber quién era nuestro padre.

—Tú lo odias.

—Nuestro padre está muerto, Adrià.

—Pero lo odias. ¿Por qué has venido a Tona?

—Para hablar contigo sin tu madre por el medio. Para hablarte de la tienda. Cuando sea tuya me gustaría participar, ser socia.

—Pero ¿a mí qué me cuentas? Negócialo con mi madre…

—No se puede hablar con ella. Lo sabes muy bien.

Hacía un rato que se había ocultado el sol por Collsuspina y tuve una enorme sensación de vacío por dentro. La luz se iba y me pareció que empezaba a oír grillos. La luna pálida salió, madrugadora, por el Collsacabra. ¿Ha dicho cuando la tienda sea mía?

—Por ley de vida, acabará en tus manos. Tarde o temprano.

—Vete al cuerno.

Esto último lo dije en catalán. Por su leve sonrisa comprendí que lo había entendido perfectamente aunque no se inmutó.

—Tengo más cosas que contarte. Por cierto, ¿qué violín has traído?

—Pienso trabajar muy poco. La verdad es que lo he dejado. Lo he traído por tía Leo.

Iba a oscurecer enseguida, de manera que emprendieron el descenso. Por el sendero más empinado, vengativamente, él, con largas zancadas, menospreciando el despeñadero, y ella, a pesar de la falda estrecha, siguiéndolo sin dificultad aparente. Cuando alcanzaron el lindero de los árboles, cerca del cementerio, la luna había ascendido un buen trecho en el cielo.

—Pero ¿qué violín has traído?

—El de estudio. ¿Por qué?

—Que yo sepa —continuó el signor Nosequé, plantado en medio de la calle—, ningún violinista lo ha tocado nunca sistemáticamente, como el Mesías de Stradivarius, ¿me comprende?

—No —dijo Ardèvol, impaciente.

—Quiero decir que por eso tiene más valor. Su pista se pierde el mismo año de su construcción, en manos de Guillaume-François Vial. Es posible que desde entonces lo haya tocado alguien, pero no tenemos constancia. Y de pronto aparece aquí. Es un instrumento de un valor incalculable.

—Eso es lo que quería saber, caro dottor.

—¿De verdad es el primero? —preguntó el señor Berenguer con un destello de curiosidad.

—Sí.

—Yo no lo compraría, señor Ardèvol. Es mucho dinero.

—¿Lo vale? —dijo Fèlix Ardèvol mirando a Nosequé.

—Yo lo pagaría sin vacilar, si lo tuviese. Suena maravillosamente.

—Me importa un huevo el sonido.

—Y posee un valor simbólico excepcional.

—Eso sí que me importa.

Se despidieron porque empezaba a llover, y después de pagar al signor Nosequé por el peritaje en plena calle. Los estragos de la guerra, además de millones de muertos y ciudades enteras devastadas, habían acostumbrado a la gente a prescindir de cumplidos y a resolver de pie en cualquier esquina tratos que podían llegar a marcar más de una vida. Se despidieron cuando Fèlix Ardèvol dijo que estaba de acuerdo y que seguiría el consejo del señor Berenguer, porque, en efecto, cincuenta mil dólares era muchísimo dinero. Y que muchas gracias a los dos y hasta la siguiente, si es que volvían a coincidir. Antes de doblar la esquina, el señor Berenguer se volvió una vez más a mirar a Ardèvol. Fingió que encendía un cigarrillo que no tenía para poder observarlo mejor. Fèlix Ardèvol notó la mirada en el cogote, pero no se dio la vuelta.

—¿Quién es el señor Falegnami?

De nuevo en el convento de Santa Sabina. De nuevo en el pasillo de las confidencias, donde no había eco. El padre Morlin consultó el reloj y dirigió a Ardèvol enérgicamente hacia la calle.

—¡Pero si está lloviendo, hostias, Morlin!

El padre Morlin abrió un paraguas enorme de campesino, agarró del brazo a Ardèvol y echaron a andar por la acera del convento; parecía un fraile dominico consolando y aconsejando a un pobre mortal atosigado por los remordimientos; pasearon a lo largo de la fachada de Santa Sabina como si hablasen de infidelidades, de ataques de lujuria, de sentimientos pecaminosos de envidia o de ira y hace tantos años que no me confieso, padre, y a la gente que pasaba por la calle le parecía muy edificante.

—Es el conserje del Ufficio della Giustizia e della Pace.

—Eso ya lo sé. —Dos pasos empapados—. Quién es, vamos. ¿Cómo es que posee un violín tan valioso?

—Conque es valioso de verdad, ¿eh?

—Tendrás tu parte por la gestión.

—Sé cuánto pide.

—Me lo imagino, pero no sabes cuánto voy a pagar.

—No se llama Falegnami: se llama Zimmermann.

Lo miró de reojo. Después de unos pasos en silencio, el padre Morlin tanteó:

—O sea que no sabes quién es, ¿no?

—Estoy convencido de que tampoco se llama Zimmermann.

—Es mejor que sigas llamándolo Falegnami. Puedes ofrecerle una cuarta parte de lo que te ha pedido, pero procura que no parezca que lo ahogas porque…

—Porque es peligroso.

—Sí.

Un jeep del ejército norteamericano pasó por el Corso a toda velocidad y les salpicó los bajos del hábito y de los pantalones.

—Cagüen la madre que lo parió —dijo Ardèvol, sin levantar el tono de voz. Morlin sacudió la cabeza, disgustado.

—Estimado amigo —dijo, con una sonrisa ausente, como si contemplase el futuro—. Ese carácter que tienes será tu perdición.

—¿A qué te refieres?

—Tendrías que saber que no eres tan fuerte como crees. Y menos, con los tiempos que corren.

—¿Quién es Zimmermann?

Félix Morlin cogió a su amigo del brazo. El rumor de la lluvia golpeando en el paraguas no le impidió hacerse oír.

Fuera, y con el frío que hacía, el aguacero había dado paso a una nevada abundante y silenciosa. Dentro, mirando el vino tornasolado con la copa en alto, dijo sí, nací en el seno de una familia acomodada y muy religiosa y la rectitud moral de mi educación me ha ayudado a asumir en mi limitada persona la pesada carga de la orden directa del Führer, expresada en las instrucciones concretas del Reichsführer Himmler, de convertirme en defensa incólume contra el enemigo interior de la patria. Este vino es excelente, doctor.

—Gracias —dijo el doctor Voigt, un poco harto de tanta palabrería—. Es un honor para mí que podáis degustarlo en ésta, mi casa improvisada —se le ocurrió decir. Cada día le repelían más los personajes grotescos sin un mínimo de educación.

—Improvisada pero confortable —dijo el Oberlagerführer.

Un segundo sorbo. Fuera, la nieve ya cubría las vergüenzas de la tierra con una púdica y gruesa sábana helada. Rudolf Höss continuó:

—Las órdenes, por muy penosas que parezcan, para mí son sagradas puesto que, en calidad de SS, debo estar dispuesto a sacrificar totalmente mi personalidad en cumplimiento del deber para con la patria.

Bla, bla, bla, bla, bla.

—Claro, Obersturmbannführer Höss.

Y entonces, Höss le contó a grandes voces el patético episodio del soldado Bruno, hasta que, al estilo de Dietmar Kehlmann en el Berlinertheater, concluyó con el famoso llevaos esa carroña. Se lo había contado, que supiese el doctor Voigt, a una veintena de personas y siempre con el mismo final.

—Mis padres, que eran católicos fervientes en una Alemania mayoritariamente luterana, si no calvinista, anhelaban que me ordenara sacerdote. Y estuve una temporada pensándolo.

Miserable envidioso.

—Habríais sido un buen sacerdote, Obersturmbannführer Höss.

—Eso creo.

Y engreído.

—Lo sé con certeza: hacéis muy bien cuanto os proponéis.

—Lo que acabáis de pintar como una virtud, también puede ser mi perdición. Máxime ahora, que esperamos la visita del Reichsführer Himmler.

—¿Por qué?

—Porque, en calidad de Oberlagerführer, soy responsable de todas las deficiencias del sistema. Por ejemplo, del último envío de latas de gas Zyklon , sólo quedan suficientes para dos prestaciones, tres a lo sumo, pero al intendente no se le ha ocurrido avisarme ni hacer el pedido. Y aquí me tenéis, pidiendo favores, trayendo camiones que tal vez tendrían que estar en otra parte y conteniendo las ganas de abroncar al intendente, porque todo el mundo vive al límite de sus fuerzas en Auschwitz.

—Supongo que la experiencia de Dachau…

—Desde el punto de vista psicológico, la diferencia es abismal. En Dachau teníamos prisioneros.

—Me consta que morían muchísimos y que siguen muriendo.

Este doctor es imbécil —pensó Höss—. Hay que decirle todas las cosas por su nombre.

—Sí, doctor Voigt, pero Dachau es un campo de prisioneros. En cambio, Auschwitz-Birkenau está ideado, pensado y calculado para exterminar ratas. Si no fuera porque los judíos no son humanos, pensaría que estamos viviendo un infierno, con una puerta que es la cámara de gas y un destino que son los hornos crematorios y sus llamas, o las fosas abiertas en el bosque, en las que quemamos a las unidades sobrantes, porque no damos abasto con la cantidad de material que nos envían. Es la primera vez que hablo de estas cosas con una persona ajena a las instalaciones, doctor.

¿Y qué se creía, entonces, este imbécil de mierda?

—Conviene desahogarse de vez en cuando, Obersturmbannführer Höss.

Sienta bien despacharse a gusto, aunque sea con un doctor estúpido y engreído como éste, pensó Höss.

—Cuento con vuestro sentido del secreto profesional, porque el Reichsführer…

—Naturalmente. Usted, que es cristiano… En fin, que un psiquiatra es como un confesor, el confesor que podríais haber sido.

—Mis hombres tienen que ser muy fuertes para cumplir el trabajo que se les ha encomendado. El otro día un soldado de treinta años cumplidos, no un adolescente, ojo, se echó a llorar en un barracón delante de sus compañeros.

—¿Y qué pasó?

—¡Bruno, Bruno, despierta!

Aunque cueste creerlo el Oberlagerführer, el Obersturmbannführer Rudolf Höss, se dispuso a relatar la escena de principio a fin una vez más tan pronto como tomó la segunda copa de vino. A la cuarta o quinta, tenía los ojos vidriosos. Entonces empezó a soltar incoherencias y, sin querer, dijo que se le había metido una chica judía entre ceja y ceja. El doctor se escandalizó, pero lo disimuló y se dijo que podía ser información muy interesante para utilizarla en épocas de penuria. Por eso al día siguiente

habló con Gefreiter Hänsch y le pidió muy educadamente que le aclarase a quién se refería el Obersturmbannführer. Fue sencillo: a su criada. Y lo apuntó en la libreta de los agravios a cuenta.

Unos días después, debía acudir otra vez a la detestable tarea de seleccionar mercancía. Resguardado, el doctor Voigt observaba a los soldados, quienes procuraban convencer contundentemente a las mujeres de deshacerse de los niños. Vio la selección que hacía el doctor Budden entre las niñas y los niños, diez en total, que le había ordenado él y entonces se fijó en una vieja que tosía y lloraba. Se acercó a ella.

—¿Qué es esto?

Tocó el estuche con la mano, pero la vieja arpía retrocedió un paso; qué se ha creído la muy despreciable, se dijo. La anciana se aferraba a la funda de tal forma que era imposible quitársela; el Sturmbannführer Voigt sacó la pistola, apuntó a la mujer al cogote, gastado y gris, y disparó; apenas se oyó el débil tiro entre el llanto general. Y la muy cerda salpicó el estuche del violín. El doctor ordenó a Emmanuel que lo limpiase y se lo llevara todo al despacho enseguida; entre tanto, él se marchó enfundando el arma y seguido por unas cuantas miradas aterrorizadas por tanta crueldad.

—El chisme —dijo Emmanuel, al cabo de unos minutos. Y dejó el estuche en la mesa. Era bueno, por eso se fijó el doctor Voigt. Un buen estuche no suele esconder un mal instrumento. Quien se gasta dinero en el estuche se lo ha gastado antes en el instrumento. Y si el instrumento es bueno, no lo sueltas vayas donde vayas, aunque sea a Auschwitz.

—Revienta la cerradura.

—¿Cómo, comandante?

—Como quieras, vamos. —Sobresaltado de repente—: ¡Pero no le pegues un tiro!

El asistente lo hizo con una navaja antirreglamentaria, detalle que Voigt apuntó en su libreta de agravios a cuenta. Lo despachó con una seña y, un poco emocionado, abrió el estuche del violín. Había un instrumento,

sí; pero se notaba a primera vista que no era nada… No, un momento. Lo cogió y leyó la etiqueta del interior: Laurentius Storioni Cremonensis me fecit 1764. ¡A saber!

El imbécil de Höss, paleto de tres al cuarto, lo citó a las tres y, con el ceño fruncido, osó decirle que, como invitado de paso en el Lager, no tenía autoridad para dar un espectáculo ejecutando a una unidad en la zona de recepción y selección, doctor Voigt.

—No quería obedecerme.

—¿Qué llevaba?

—Un violín.

—¿Puedo verlo?

—No tiene ningún valor, Obersturmbannführer.

—Da igual, quiero verlo.

—Carece de interés por completo, créame.

—Es una orden.

El doctor Voigt abrió la puerta del armario del botiquín y dijo en voz baja, con una sonrisa aduladora:

—A su disposición, Obersturmbannführer.

Mientras lo examinaba y comprobaba las cicatrices, Rudolf Höss dijo no conozco a ningún músico para que me diga lo que vale.

—¿Tengo que recordarle que lo he encontrado yo, Obersturmbannführer?

Rudolf Höss levantó la cabeza, extrañado por el tono excesivamente seco del doctor Voigt. Dejó pasar unos segundos para que el doctor comprendiese que se había dado cuenta de lo que tenía que darse cuenta, aunque no sabía muy bien qué era.

—¿No me acaba de decir que no tiene ningún valor?

—No lo tiene. Pero me hace gracia.

—Pues voy a quedármelo, doctor Voigt. En compensación por…

No supo terminar la frase. Por eso la dejó en suspenso mientras devolvía el instrumento al estuche y lo cerraba.

—Qué asco. —Lo miró estirando los brazos—. Es sangre, ¿no?

Lo apoyó contra la pared.

—Por su travesura, ahora tendré que cambiar el estuche.

—Se lo cambiaré yo, porque me lo quedo.

—Se equivoca, amigo mío: me lo quedo yo.

—No, Obersturmbannführer.

Rudolf Höss cogió el estuche por el asa, dispuesto a llegar a las manos. Ahora entendía claramente que el instrumento tenía valor. Por la osadía con que lo defendía el comandante doctor, seguro que valía mucho. Sonrió, pero tuvo que dejar de hacerlo al oír la réplica del doctor Voigt, que le echó el aliento encima pegándole en la cara su abultada nariz:

—No puede quedárselo porque tengo intención de denunciarlo.

—¿Con qué argumento? —Höss, perplejo.

—El de la seiscientos quince mil cuatrocientos veintiocho.

—¿Qué?

—Elisaveta Meireva.

—¿Qué?

—Unidad número seiscientos quince mil cuatrocientos veintiocho. Seis, uno, cinco, cuatro, dos, ocho. Elisaveta Meireva. Su criada. El Reichsführer Himmler lo condenará a muerte cuando sepa que ha tenido relaciones sexuales con una judía.

Rojo como un pimiento, Höss dejó el violín en la mesa con un golpe seco.

—¡Tanto hablar de secretos de confesión, malnacido!

—No soy cura.

Se quedó con el violín el doctor Voigt, que sólo estaba de paso en Auschwitz y debía supervisar con mano de hierro los experimentos del doctor Budden, el Obersturmführer engreído que se habría tragado un sable y todavía no lo había cagado. Y también los de otros tres tenientes médicos; era un plan que había concebido él y debía ser la investigación más profunda jamás realizada de los límites del dolor. Höss, por su parte, pasó unos días acongojado, pensando si el chorizo refinado y maricón de Voigt, además de chorizo refinado y maricón, sería un bocazas.

—Cinco mil dólares, señor Falegnami.

El hombre de los ojos asustados fijó la mirada, cada vez más vidriosa, en la de Fèlix Ardèvol.

—¿Me toma el pelo?

—No. Verá, voy a decirle una cosa: me lo quedo por tres mil, señor Zimmermann.

—Se ha vuelto loco.

—No. O me lo da por esa cantidad o… En fin, las autoridades estarán muy interesadas en saber que el doctor Aribert Voigt, el Sturmbannführer Voigt, está vivo, escondido a un kilómetro de la Ciudad del Vaticano, probablemente con la connivencia de alguna personalidad influyente del Vaticano. Y además intenta hacer negocios con un violín sustraído en Auschwitz.

El signor Falegnami sacó una pistolita de salón, femenina, y lo apuntó nerviosamente. Fèlix Ardèvol no se inmutó. Esbozó una fingida sonrisa contenida y sacudió la cabeza como si estuviera muy disgustado:

—Está usted solo. ¿Cómo va a deshacerse de mi cuerpo?

—Será un placer enfrentarme a ese problema.

—Va a tener otro mayor: si no bajo por mi propio pie, la gente que me espera en la calle sabe lo que debe hacer. —Señaló la pistola, severamente —: Y ahora, me lo quedo por dos mil. ¿Acaso no sabe que es usted una de las diez personas más buscadas por los aliados? —Lo improvisó en el mismo tono que si regañara a un niño rebelde.

El doctor Voigt vio sacar a Ardèvol un fajo de billetes y dejarlo sobre la mesa. Con los ojos como platos, incrédulo, bajó la pistola:

—¡Ahí hay mil quinientos!

—No me haga perder la paciencia, Sturmbannführer Voigt.

Así se doctoró Fèlix Ardèvol en compraventa. Al cabo de media hora estaba en la calle con el violín, el corazón un poco acelerado, el paso rápido y la satisfacción del trabajo bien hecho.

—Acabas de saltarte lo más sagrado de las relaciones diplomáticas.

—¿Cómo dices?

—Te has comportado como un elefante en una tienda de cristalería de Bohemia.

—¿A qué te refieres?

Fray Félix Morlin, con la indignación en el rostro y en la voz, replicó con rabia:

—No soy quién para juzgar a nadie. El señor Falegnami estaba bajo mi protección.

—Pero si es un salvaje hijo de puta.

—¡Estaba bajo mi protección!

—¿Por qué proteges a asesinos?

Félix Morlin cerró la puerta en las narices a Fèlix Ardèvol, que no acababa de entender el motivo de la reacción.

Al salir de Santa Sabina, se puso el sombrero y se levantó las solapas del abrigo. No sabía que nunca volvería a ver al asombroso dominico.

—No sé qué decirte.

—Y puedo contarte más cosas de nuestro padre.

Era de noche. Tuvieron que recorrer calles sin alumbrado público procurando no tropezar con las rodadas de los carros, grabadas en el barro endurecido del camino. Al llegar a can Ges, Daniela le dio un beso en la frente y, por unos segundos, Adrià recordó al ángel que había sido ella, ahora sin alas, sin aura. Entonces se dio cuenta de que las tiendas estarían cerradas y, por tanto, tía Leo se quedaría sin el detalle.

20

Era un rostro lleno de arrugas trágicas, pero lo que me impresionó fue la mirada, clara, directa, como si me acusara o, según cómo lo mirase, como si me implorara perdón. Me dio a entender muchas desgracias antes de que Sara me lo contase, todas contenidas en unos trazos al carboncillo sobre un papel blanco grueso.

—Es el dibujo que más me impresiona —le dije—. Me habría gustado conocerlo.

Me di cuenta de que Sara no había hecho ningún comentario; se limitó a colocar encima un paisaje de Cadaqués. Lo contemplamos en silencio. Toda la casa estaba en silencio. El inmenso piso de Sara, al que habíamos ido casi clandestinamente aprovechando la ausencia de sus padres. Familia rica. Como la mía. Como un ladrón, como el día del Señor, como un ladrón entraré en tu casa.

No me atreví a preguntar por qué había que aprovechar la ausencia de sus padres. Adrià sentía curiosidad por conocer el entorno de esa chica, que cada día se le metía más adentro, con su sonrisa melancólica y unos gestos tan delicados como no había visto en nadie más. Y la habitación de Sara era mayor que la mía, el doble de grande. Y muy bonita: con un empapelado de ocas y una casa de campo, no como la de can Ges de Tona, sino más bonita, más pulcra, sin moscas ni malos olores; más de cuento ilustrado; un empapelado de niña pequeña, que todavía mantenía a sus…, no sé cuántos años tienes, Sara.

—Diecinueve. Y tú veintitrés.

—¿Cómo lo sabes?

—Se te ve en la cara.

Y colocó otra lámina encima de la de Cadaqués.

—Dibujas muy bien. Déjame ver otra vez la del viejo.

Ella volvió a poner encima el retrato de su tío Haïm, con su mirada, sus arrugas, su aura triste.

—¿Has dicho que es tío tuyo?

—Sí. Murió.

—¿Cuándo?

—En realidad era tío de mi madre. No lo conocí. Bueno, es que era muy pequeña cuando…

—¿Y cómo…?

—Con una foto.

—¿Por qué le hiciste un retrato?

—Para que no se pierda su historia.

Estaban en la cola de las duchas. Gavriloff, el hombre que, en el tren de mercancías, había cobijado durante todo el trayecto a dos niñas que no tenían a nadie que les diese la mano, se volvió al doctor Epstein y le dijo nos llevan a la muerte, y el doctor Epstein respondió en un susurro, para que no lo oyesen los demás, que era imposible, que estaba loco.

—No, doctor, son ellos los que están locos. ¡¡Haga el favor de darse cuenta!!

—Adentro todo el mundo. Así, los hombres a este lado. Los niños pueden ir con las mujeres, ¡cómo no!

—No, no; dejad la ropa ordenada y aprended el número de la percha, para cuando volváis de la ducha, ¿de acuerdo?

—¿De dónde eres? —dijo el tío Haïm mirando a los ojos al que les impartía las instrucciones.

—Está prohibido hablar con nosotros.

—¿Quiénes sois? Sois judíos también, ¿verdad?

—¡Está prohibido, coño! No me compliques la existencia. —Y gritando—: ¡Aprendeos el número de la percha!

Cuando todos los hombres avanzaban lentamente, desnudos, hacia la ducha, donde ya había un grupo de mujeres desnudas, un oficial de las SS de bigote fino y tos seca entró en el vestuario y dijo ¿hay algún médico aquí? El doctor Haïm Epstein dio un paso hacia la ducha, pero Gavriloff, que estaba a su lado, le dijo no sea idiota, doctor; ahí tiene una posibilidad.

—¡Oye tú! ¡No hables!

Entonces Gavriloff se volvió y señaló la pálida espalda de Haïm Epstein y dijo er ist ein Arzt, mein Oberleutnant; y Herr Epstein maldijo a su compañero de infortunio, que prosiguió hacia la ducha con cierta alegría en los ojos y silbando bajito un csárdás de Rózsavölgyi.

—¿Tú eres médico? —dijo el oficial, plantado ante Epstein.

—Sí —dijo, resignado y, sobre todo, cansado, aunque no tenía nada más que cincuenta años.

—Vístete.

Epstein se vistió lentamente mientras los demás entraban en las duchas guiados como ovejas por los internos de mirada gris y gastada.

Mientras el médico judío se ponía la ropa, el oficial paseaba con impaciencia de un lado a otro. Y luego tosió, tal vez para disimular los apagados gritos de horror que provenían de la zona de las duchas.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—Vamos, andando —dijo el oficial con impaciencia tan pronto como vio que el hombre se subía los pantalones por encima de la camisa desabotonada.

Lo llevó afuera, al frío inclemente de Oświęcim, hasta una garita de guardia, de donde echó a dos centinelas que estaban allí remoloneando.

—Auscúltame —ordenó, poniéndole un fonendo en las manos.

Epstein tardó en entender lo que le pedía el hombre, que ya estaba desabrochándose la camisa. Lentamente, se puso el fonendo en los oídos y, por primera vez desde Drancy, se vio investido de cierta autoridad.

—Siéntese —ordenó, convertido en médico.

El oficial se sentó en la banqueta de la garita. Haïm lo auscultó con atención y, por lo que oía, se imaginó las cavidades llenas de mucosidad, exhaustas. Le mandó cambiar de posición; le auscultó el pecho y la espalda. Le mandó levantarse otra vez sólo por el gusto de impartir órdenes a un oficial de las SS. Pensó brevemente que, mientras lo estuviese auscultando, no lo mandaría a la ducha de los gritos de terror, y tenía razón.

No supo disimular la satisfacción cuando, mirándolo a los ojos, dijo al paciente que era necesario hacerle un examen más completo.

—¿A qué te refieres?

—Tendría que explorar los genitales, palpar la zona lumbar…

—Bien, bien, bien…

—¿Tiene dolores inexplicables aquí? —dijo, apretando fuertemente el riñón con dedos de hierro.

—¡Cuidado, hostias!

El doctor Epstein sacudió la cabeza fingiendo preocupación.

—¿Qué pasa?

—Ha contraído usted tuberculosis.

—¿Estás seguro?

—Sin ninguna duda, y se encuentra en estado avanzado.

—Pues aquí no me hacen ni caso. ¿Es grave?

—Gravísimo.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo, arrancándole el fonendo de las manos.

—Yo lo internaría en un sanatorio. Es la única posibilidad. —Y señalando los dedos amarillentos del oficial—: ¡Y el tabaco, ni olerlo, por el amor de Dios!

El oficial llamó a los centinelas y ordenó que llevasen al prisionero a las duchas, pero uno de ellos replicó que ya habían terminado, que el último turno se había acabado. Entonces se tapó con el abrigo y, de camino a los edificios y tosiendo sin parar, gritó:

—Llevadlo al barracón veintiséis.

Y así salvó la vida, aunque a menudo decía que había sido peor castigo que la muerte.

—Nunca pensé que pudiera haber sido tan horrible.

—Pues no lo sabes todo.

—Cuéntamelo.

—No. No puedo.

—Vaya.

—Ven, voy a enseñarte los cuadros de la sala grande.

Y así lo hizo. Le enseñó fotos de la familia, respondió pacientemente a las preguntas sobre la identidad de cada uno de los retratados y, llegado el momento de despedirse porque tal vez volviera alguien a casa, le dijo tienes que irte, pero ¿sabes una cosa? Te acompaño un trozo.

Y así fue como no conocí a tu familia.

21

Ningún arte fue tan cultivado y desarrollado por la sofística de manera tan sistemática como la oratoria. Sara. En la oratoria, la sofística veía un instrumento ideal para dominar a los hombres. Sara, ¿cómo es que no has querido tener hijos? Gracias a la sofística y a su retórica, los discursos públicos adquirieron rango literario y empezaron a considerarse obras de arte dignas de ser conservadas por escrito. Sara. A partir de entonces, la educación oratoria resultó imprescindible para la carrera de estadista, pero la retórica incluyó en su ámbito de influencia toda la prosa, especialmente la historiográfica. Sara, eres un misterio para mí. Así se entiende que en el siglo cuarto la posición rectora en la literatura correspondiese a la prosa y no a la poesía. Curioso. Pero lógico.

—Ostras, tío, pero ¿dónde te metes, que no te encuentro en ninguna parte?

Adrià levantó la cabeza del libro de Nestle, abierto por el capítulo decimoquinto, Isócrates y la nueva educación, donde estaba sumergido y, como a quien le cuesta enfocar la vista, tardó unos segundos en percibir la cara recortada en el cono de luz de la pantalla verde de la biblioteca de la universidad. Alguien pidió silencio y Bernat tuvo que bajar el tono de voz al tiempo que se sentaba en la silla de enfrente y decía es que hace un mes que Adrià no está; no, ha salido; no sé dónde ha ido; ¿Adrià? Está fuera todo el día. Ostras, chico… ¡Ni en tu casa saben dónde andas!…

—Pues, ya ves. Estoy estudiando.

—Y una mierda; yo me paso horas aquí.

—¿Tú?

—Sí. Trabando amistad con chicas guapas.

Fue dificultoso tener que salir del siglo cuarto antes de Cristo, y más, con el reclamo de los reproches de Bernat.

—¿Qué tal van las cosas?

—¿Quién es esa tía que se te ha pegado como una lapa, según dicen?

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo. Incluso me la ha descrito Gensana: pelo oscuro y liso, delgada, ojos oscuros, estudiante de Bellas Artes.

—Anda, si ya lo sabes todo…

—¿Es la del Palau de la Música? ¿La de Adrià no sé qué?

—¿Es que no te alegras?

—Vaya, ahora resulta que estás enamorado.

—¿Queréis hacer el favor de callar?

—Perdón. —A Bernat—: ¿Salimos?

Salieron al claustro y, por primera vez, Adrià confesó que estaba definitivamente, absolutamente, rendidamente, incondicionalmente enamorado de ti, Sara. Y en mi casa, ni una palabra, ¿eh?

—Ah, o sea, que es un secreto que no sabe ni Lola Xica.

—Así lo espero.

—Pero un día u otro…

—Eso se verá cuando llegue el día u otro.

—Dadas las circunstancias, no es probable que estés dispuesto a hacer un favor a quien, hasta ahora, era tu mejor amigo pero ahora se ha convertido en un simple conocido, porque en el mundo ya no hay nada más que esa chica tan fantástica que se llama… ¿Cómo se llama?

—Mireia.

—Mentiroso. Se llama Saga Voltes-Epstein.

—Entonces ¿por qué me lo preguntas? Y se llama Sara.

—¿Y tú por qué me mientes? ¿Qué me ocultas, eh? ¿Acaso he dejado de ser Bernat o qué leches?

—No te pongas así, caray.

—Me pongo así porque parece que la vida antes de Sara no cuente para nada.

Bernat tendió la mano a Adrià, y éste, un tanto perplejo, se la estrechó.

—Encantado, señor Ardèvol. Me llamo Bernat Plensa i Punsoda y hasta hace unos meses era tu mejor amigo. ¿Me concedes audiencia?

—¡Hay que ver!

—Qué.

—Estás majara.

—No. Lo que estoy es indignado: los amigos son lo primero. Y punto.

—Lo cortés no quita lo valiente.

—En eso te equivocas.

En Isócrates no hallaremos un sistema filosófico, porque sencillamente toma lo que le parece bueno donde lo encuentra. Sincretismo puro, nada de filosofía sistemática. Sara. Bernat se plantó delante de él, mirándolo fijamente, impidiéndole avanzar:

—¿En qué piensas?

—No sé. Tengo la cabeza muy…

—Un tío enamorado es una mierda.

—No sé si estoy enamorado.

—Pero, bueno, ¿no acabas de decir que estabas definitivamente, absolutamente, rendidamente, incondicionalmente enamorado? Ay carajo, no hace ni un minuto que has hecho estas declaraciones.

—Pero en el fondo no sé qué me pasa. Nunca había sentido un…, un…, ah, no sé cómo decirlo.

—Te lo digo yo, hombre.

—¿Qué me dices?

—Que estás enamorado.

—Pero si no te has enamorado nunca.

—¿Tú qué sabes?

Se sentaron en un banco, en un rincón del claustro; Adrià pensaba en lo que había interesado a Isócrates de los sofistas: sólo cuestiones concretas; por ejemplo, Jenófanes y su idea del progreso cultural (tengo que leer a Jenófanes). Y Filipo de Macedonia, por su descubrimiento de la importancia de la personalidad en la historia. Curioso.

—Bernat.

Bernat fingió que no lo oía, miró a otro lado. Adrià insistió:

—Bernat.

—Qué.

—¿Qué te pasa?

—Estoy negro.

—¿Por qué?

—Me examino de noveno en junio y estoy más verde que el trigo verde.

—Iré a verte.

—¿Seguro que no vas a estar ocupado con esa chica tan acaparadora?

—Y si quieres, vienes a casa o voy yo a la tuya y ensayamos.

—No quiero que interrumpas por mí el cortejo a la Mireia de tus sueños.

En definitiva, más que una filosofía, lo que ofreció la escuela ateniense de Isócrates es lo que en Roma se llamaría *humanitas*, nuestra cultura general en la actualidad, todo lo que Platón, en su Academia, dejaba de lado. Ay, leches. Me gustaría verlos por el ojo de la cerradura. Y ver a Sara y a su familia.

—Te juro que iré a verte. Y si quieres, ella también.

—No. Sólo los amigos.

—Eres un desgraciado.

—Jau.

—¿Qué?

—Te lo digo yo.

—¿Qué me dices?

—Que estás enamorado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El gran jefe arapaho enmudeció dignamente. ¿Es que pensaba ponerse a hablar ahora de sus vivencias y sentimientos? Carson escupió en el suelo y tomó el relevo:

—Se te nota de lejos. Seguro que hasta tu madre se ha dado cuenta.

—Mi madre sólo se preocupa de la tienda.

—¡Que te crees tú eso!

Isócrates. Jenófanes. Sara. Bernat. Sincretismo. Examen de violín. Sara. Filipo de Macedonia. Sara. Sara. Sara.

Sara. Días, semanas, meses a tu lado, respetando el silencio ancestral en el que a menudo te envolvías. Eras una chica de mirada triste pero maravillosamente serena. Y cada vez me daba más fuerza para estudiar el saber que después te vería y que me derretiría mirándote a los ojos, siempre en la calle, comiendo un frankfurt en la plaza Sant Jaume o paseando por los jardines del parque de la Ciudadela, en nuestra clandestinidad feliz; nunca en tu casa ni en la mía, a menos que supiéramos con certeza que no habría nadie, porque debíamos mantener el secreto en ambas familias. Yo no sabía exactamente por qué; pero tú sí. Y, sin hacer preguntas, me dejaba llevar un día tras otro por la felicidad ininterrumpida.

22

Adrià estaba pensando en que le gustaría ser capaz de escribir algo parecido a *Griechische Geistesgeschichte*. Eso era un posible modelo de futuro: pensar y escribir como Nestle. Y muchas cosas más, porque fueron unos meses intensos, iniciáticos, vivos, heroicos, irrepetibles, épicos, magníficos, soberbios, pensando y viviendo en Sara, que le multiplicaba la energía y las ganas de estudiar, sólo estudiar, abstraído de las cotidianas cargas policiales contra todo lo que sonase a estudiante, que era sinónimo de comunista, masón, catalanista y judío, las cuatro grandes lacras que el franquismo intentaba extirpar a golpe de porra o a tiros. Esa negrura no existía para nosotros, que nos pasábamos el día estudiando, mirando al futuro, mirándote profundamente a los ojos y diciendo te quiero Sara, te quiero, Sara, te quiero, Sara.

—Jau.

—Qué.

—Te repites.

—Te quiero, Sara.

—Yo también, Adrià.

Nunc et semper. Adrià suspiró, satisfecho. ¿Estaba satisfecho? A menudo incluso me preguntaba si la vida me satisfacía. Aquellos meses, esperando a Sara, hube de reconocer que sí, que lo estaba, que me hacía ilusión vivir porque al cabo de un par de minutos aparecería por la esquina de la pastelería una mujer delgada, de pelo liso y oscuro, ojos oscuros, estudiante de Bellas Artes, con una falda escocesa que le quedaba monísima y con una sonrisa balsámica, que me diría hola, Adrià, todavía con la incertidumbre de si darnos un beso o no en plena calle, porque sabía que todo el mundo me miraría, nos miraría, nos señalaría y diría como el que abandona el nido así vosotros, enamorados clandestinos… Hacía un día

nublado y gris, pero a mí me parecía radiante. Las ocho y diez minutos, qué curioso, ya ves. Es tan puntual como yo, pero hace diez minutos que la espero. Estará enferma. Anginas. La habrá atropellado un taxi y se habrá dado a la fuga. Se le habrá caído encima un tiesto desde un sexto piso. Dios mío, tendré que recorrer todos los hospitales de Barcelona. ¡Mira, ahí viene! No: era una mujer delgada, de pelo liso y oscuro, pero con los ojos claros, los labios pintados y veinte años más; pasó de largo la parada del tranvía y seguro que no se llamaba Sara. Hizo un esfuerzo por pensar en otras cosas. Levantó la cabeza. Los plátanos de la Gran Vía apuntaban brotes nuevos, pero a los coches que circulaban les importaba un pimiento. ¡A mí no! ¡El ciclo de la vida! La primavera… Follas novas. Volvió a mirar el reloj. Veinte minutos de retraso, inconcebible. Pasaron tres o cuatro tranvías más e inevitablemente lo invadió algo parecido a una premonición insólita. Sara. ¿Qué pasa ó redor de min? ¿Qué me pasa que eu non sei? A pesar de la premonición, Adrià Ardèvol esperó dos horas sentado en el banco de piedra de Gran Vía, al lado de la parada del tranvía, con los ojos fijos en la esquina de la pastelería, sin pensar en *Griechische Geistesgeschichte* porque le daban vueltas en la cabeza las mil desgracias que podían haber acontecido a Sara. No sabía qué hacer. Sara está enferma, la hija del buen rey; médicos la van a ver, médicos y otras gentes. No tenía sentido seguir esperando. Pero no sabía qué hacer. Sara no se había presentado y él no sabía qué hacer con su vida. A pesar de la estricta prohibición, las piernas lo llevaron a casa de Sara; pero tenía que estar presente en el momento en que la ambulancia se la llevase. El portal estaba cerrado y el portero, dentro, repartiendo la correspondencia en los buzones. Una mujer de baja estatura pasaba el aspirador por la alfombra central. El portero terminó el reparto, abrió las puertas y el ruido del aspirador alcanzó a Adrià como un insulto. Con su ridículo mandil, el portero miró al cielo, a ver si llovería más o se contendría la nube. O quizá esperase la ambulancia… Hija, hija mía, ¿qué mal te aqueja? Madre, madre mía, creo que bien lo sabéis. No sabía con exactitud cuál era el balcón que correspondía a… El portero se fijó en el joven ocioso que observaba el edificio desde hacía unos minutos y receló de él. Adrià fingió que estaba esperando un taxi; el que la había atropellado, tal

vez. Dio unos pasos calle abajo. Teño medo dunha cousa que vive e que non se ve. Teño medo á desgracia traidora que ven, e que nunca se sabe ónde ven. Sara, ónde estás.

—¿Sara Voltes?

—¿De parte de quién? —voz elegante, segura, bien vestida, señora.

—No, llamo de parte de la parroquia de… De los dibujos, de la exposición de dibujos de.

Cuando se inventa un cuento, ¡hay que pensarlo antes de contarlo, caray! No se puede dar el primer paso y quedarse atascado con la boca abierta, imbécil. De la parroquia de. De los dibujos. Ridículo. Espantosamente ridículo. Por tanto, lógicamente, la voz elegante, segura, señora, dijo me parece que se equivoca y colgó delicada, educada y suavemente y me maldije por no haber sabido estar a la altura de las circunstancias. Seguro que era su madre. Veneno me habéis dado, madre, que matarme queréis. Hija, hija mía, de eso os confesaréis. Adrià colgó con una sensación de ridículo total. En el extremo opuesto de la casa, Lola Xica revolvía armarios porque estaban cambiando la ropa de las camas. En la mesa grande del despacho de su padre, Adrià tenía un cargamento de libros, pero no estaba pendiente más que del teléfono, inútil, incapaz de decirle dónde estaba Sara.

¡Bellas Artes! No había ido nunca allí. No sabía dónde estaba ni si existía, siquiera. Siempre nos veíamos en terreno neutral, según tus indicaciones, esperando el día en que luciera el sol en el horizonte. Cuando salí del metro en Jaume I, había empezado a llover y no llevaba paraguas, porque nunca llevo paraguas en Barcelona, y me limité a la ridiculez de levantarme las solapas de la americana. Me planté en la plaza de la Verónica, en el singular edificio neoclásico cuya existencia ignoraba hasta ese mismo día. Ni rastro de Sara, ni dentro ni fuera; ni en los pasillos, ni en las aulas ni en los talleres. Fui al edificio de la Llotja, pero nadie supo darme razón de la Llotja ni de Bellas Artes. Estaba calado hasta los huesos y entonces se me ocurrió ir a la Escola Massana y allí, a la entrada, protegida por un paraguas oscuro, la vi de espaldas, charlando con un chico

y riéndose. Llevaba el pañuelo naranja que tan bien le sentaba. Inopinadamente, le dio un beso en la mejilla y, para hacerlo, tuvo que ponerse de puntillas y Adrià notó por primera vez el aguijonazo brutal de los celos y una sensación de ahogo insoportable. Luego el chico entró en el edificio y ella dio media vuelta y empezó a acercarse a mí. El corazón se me salía del pecho, quería irse a otro, porque la felicidad de unas horas antes se fundía en lágrimas de decepción. No me saludó; no se fijó en mí; no era Sara. Era una chica delgada, de pelo liso y oscuro, pero con los ojos claros y, sobre todo, no era Sara. Y yo, chorreando bajo la lluvia, volví a ser el hombre más feliz del universo.

—No, es que…, soy un compañero de Bellas Artes que…

—Está fuera.

—¿Cómo dice?

—Está fuera.

¿Sería el padre? No sabía si tenía hermanos mayores ni si vivía otro tío en su casa, además del recuerdo del tío Haïm.

—Pero… ¿qué significa fuera?

—Se ha ido a vivir a París.

Cuando colgó el teléfono, el hombre más feliz del universo vio que se le anegaban los ojos en lágrimas desconsoladamente, ellos solos, sin mediación de su voluntad. No entendía nada; cómo es posible que Sara, si no me ha dicho nada. De la noche a la mañana, Sara. El viernes, cuando nos vimos… ¡habíamos quedado en la parada del tranvía! El cuarenta y siete, sí, como siempre desde que… ¿Y qué hace en París, eh? ¿Por qué ha huido? ¿Qué le he hecho?

Durante diez días, con lluvia o con sol, Adrià no faltó una sola mañana a la cita a las ocho en la parada del tranvía, deseando un milagro, que Sara no se hubiese ido a vivir a París sino…, en fin, ya estoy aquí otra vez; o no era más que una prueba, a ver si me querías de verdad; o lo que fuese, cualquier cosa, a ver si aparece antes de que pasen cinco tranvías. Hasta que

el undécimo día, tan pronto como llegó a la parada, se dijo que estaba harto de ver pasar tranvías que jamás cogerían los dos juntos. Y nunca más volví a pisar esa parada de tranvía, Sara. Nunca más.

En el conservatorio, mintiendo a diestro y siniestro, conseguí la dirección del maestro Castells, antiguo profesor del centro en tiempos pasados. Me imaginé que, como eran familiares, sabría la dirección de Sara en París. Si es que estaba en París. Si es que estaba viva. El timbre de la casa del maestro Castells sonaba do, fa. Dominado por la impaciencia, llamé do-fa, do-fa, do-fa y aparté el dedo, asustado de la falta de control que tenía sobre mis sentimientos. O no: mejor dicho, porque no quería que el maestro Castells se enfadase y me dijese pues ahora no te lo digo, por maleducado. Nadie abrió la puerta para darme la dirección de Sara y desearme buena suerte.

—Do-fa, do-fa, do-fa.

Nada. Insistió unos minutos más y, después, sin saber qué hacer, Adrià miró alrededor. Entonces llamé a la puerta de enfrente; el timbre de los vecinos tenía un sonido impersonal y feo, como el de mi casa. Inmediatamente, como si hubiera estado al acecho desde hacía rato, abrió la puerta una señora gorda con una bata de color azul cielo y un delantal de cocina floreado que hacía daño a la vista. Brazos en jarras, desafiadora:

—Dime —dijo.

—¿Sabe usted si…? —señalé atrás, hacia la puerta del maestro Castells.

—¿El pianista?

—Exacto.

—Gracias a Dios murió hace… —Miró hacia dentro y gritó—: ¿Cuánto hace, Taio?

—¡Seis meses, doce días y tres horas!… —dijo desde lejos una voz ronca.

—Seis meses, doce días y… —Gritando hacia el interior de la casa—: ¿Cuántas horas?

—¡Tres! —la voz ronca.

—Y tres horas —repitió la mujer—. Y gracias a Dios ahora estamos tranquilos y podemos oír la radio sin estorbos. No se hace usted cargo de cómo llegaba a tocar la pianola todos los santos días, a cualquier hora. —Y, como recordando algo—: ¿Para qué lo quería?

—¿No tiene…?

—¿Familia?

—Ajá.

—No. Vivía solo. —Hacia el interior de la casa—: ¿Verdad que no tenía familiares?

—No. ¡Sólo el puñetero piano de la santa madre que lo parió! —la voz ronca de Taio.

—¿Y en París?

—¿En París?

—Sí. La parentela de París…

—Ni idea. —Incrédula—: ¿Ese hombre, parentela en París?

—Sí.

—Pues no. —A modo de conclusión general—: Para nosotros está muerto y enterrado.

Cuando se quedó solo en el rellano con la trémula bombilla, supo que se le cerraban muchas puertas. Volvió a casa y comenzaron treinta días de desierto y penitencia. Por la noche soñaba que se iba a París y se ponía a llamarla en plena calle, pero el fragor del tráfico apagaba su grito desesperado y entonces se despertaba sudando, llorando y sin entender un mundo que, hasta hacía poco, se le presentaba plácido. Estuvo unas semanas sin salir de casa. Tocó el storioni y logró arrancarle un sonido triste, pero acusaba cierta pereza digital. Quiso releer a Nestle pero no pudo. Aunque en la primera lectura le había emocionado el viaje de Eurípides desde la retórica hasta la verdad, ahora le pareció insulso. Eurípides era Sara, y en una cosa acertaba: la razón humana no puede vencer a las potencias irracionales de la emotividad anímica. No puedo estudiar, no puedo reflexionar. Tengo que llorar. Bernat, ven.

Bernat no había visto nunca a su amigo tan derrumbado. Le impresionó saber que el dolor de corazón pudiera ser tan profundo. Y quiso ayudarlo, aunque no tenía mucha experiencia en curas sentimentales, y dijo

tómatelo así, Adrià.

—¿Cómo?

—Pues que si se ha largado sin explicaciones…

—¿Qué?

—Pues que es una fre

—Ni se te ocurra insultarla. ¿De acuerdo?

—Muy bien, como quieras. —Echó una mirada al despacho abriendo los brazos—. Pero ¿es que no ves cómo te ha dejado? ¿Sin unas letras, siquiera, para decirte Adrià, niño, he encontrado a otro más guapo, hostia? ¿No entiendes que eso no se hace?

—Más guapo y más inteligente, sí, ya lo he pensado.

—Más guapos que tú los hay a montones. Pero más inteligentes…

Silencio. De cuando en cuando Adrià movía la cabeza negativamente: no entendía nada.

—Vamos a casa de sus padres y les decimos señores Voltes-Epstein: ¿qué coño pasa? ¿Qué me ocultan? ¿Dónde está Saga?, etcétera. ¿Qué te parece?

Los dos en el despacho de mi padre, que ya era mío. Adrià se levantó y se acercó a la pared en la que, años después, estaría tu autorretrato. Se apoyó en ella como si le gustase hacer cosquillas al futuro. Negó con la cabeza: la idea de Bernat no era muy acertada.

—¿Quieres que te regale la Ciaccona? —dijo Bernat tentativamente.

—Sí. Tócala con el Vial.

Bernat lo hizo muy bien. A pesar del dolor y la angustia, Adrià escuchó atentamente la versión de su amigo y llegó a la conclusión de que la ejecución había sido correcta, aunque a veces topaba con un obstáculo: no llegaba al fondo del alma de las cosas. Tenía un no sé qué que no le dejaba ser sincero. Y yo, a pesar de la tristeza, incapaz de dejar de analizar el objeto estético.

—¿Te encuentras mejor? —dijo al concluir.

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—No.

Tenía que haberme callado, lo sé. Pero es superior a mis fuerzas. En eso soy como mi madre.

—¿Cómo que no? —Incluso le cambió el tono de voz, se le puso más agudo, como en guardia, con los ojos más abiertos…

—Es igual, déjalo.

—No; me interesa mucho.

—Muy bien, de acuerdo.

Lola Xica estaba en el otro extremo de la casa. Mi madre, en la tienda. Adrià se dejó caer en el sofá. De pie frente a él, con el storioni en la mano, Bernat esperaba el veredicto y Adrià dijo pueees técnicamente la versión es perfecta, o casi; pero no llegas al fondo de las cosas; tengo la impresión de que te da miedo la verdad.

—Estás chalado. ¿Qué es la verdad?

Y Jesús, en vez de responder, calló, mientras Pilatos, impaciente, salía de la estancia. Pero como no tengo claro qué es la verdad, me vi obligado a responder:

—No sé. La reconozco cuando la oigo. Y en ti no la reconozco. La reconozco en la música y en la poesía. Y en el relato. Y en la pintura. Pero sólo de cuando en cuando.

—Pputa envidia.

—Sí. Reconozco que te envidio porque eres capaz de tocar eso.

—Ya. Ahora intenta arreglarlo.

—Pero no envidio tu forma de tocar.

—Caray, disparas a matar.

—Hay que proponerse atrapar la verdad y saber expresarla.

—¡Toma!

—Al menos es un objetivo para ti, cosa que yo no tengo.

El resumen del encuentro amistoso en el que un amigo iba a consolar al otro concluyó con una pelea sorda sobre la verdad estética y vete a la mierda, te enteras, a la mierda. Ahora entiendo por qué se ha largado Saga Voltes-Epstein. Y Bernat se marchó dando un sonoro portazo. Al cabo de unos segundos, Lola Xica se asomó al despacho y dijo ¿qué ha pasado?

—Nada, que Bernat tenía mucha prisa, como de costumbre, ya sabes.

Lola Xica miró a Adrià, mientras él observaba detenidamente el violín por no quedarse con la mirada perdida en su dolor. Lola Xica estuvo a punto de hablar, pero se contuvo. Entonces Adrià se dio cuenta de que todavía estaba plantada allí, como si tuviese ganas de charlar.

—¿Qué? —le dijo con cara de no tener ninguna gana de conversar.

—Nada. ¿Sabes una cosa? Voy a hacer la cena, porque tu madre está a punto de llegar.

Se marchó y me dispuse a limpiar la resina del violín; una sensación de tristeza me caló hasta el tuétano.

23

—Estás como una cabra, hijo mío.

Mi madre se sentó en el sillón de tomar café. Adrià había planteado la conversación de la peor manera posible. A veces no me explico que no me hayan mandado a paseo más a menudo. Porque en vez de empezar diciendo madre, he decidido seguir los estudios en Tübingen y ella haber contestado ¿en Alemania? ¿Es que no estás bien aquí, hijo? En lugar de eso, empecé madre, tengo que decirte una cosa.

—Qué. —Alarmada, se sentó en el sillón de tomar café; alarmada porque hacía años que vivíamos juntos sin necesidad de decirnos muchas cosas, pero, sobre todo, sin necesidad de decirnos madre, tengo que decirte una cosa.

—Pues hace un tiempo hablé con una tal Daniela Amato.

—¿Con quién dices?

—Con mi hermanastra.

Mi madre se levantó como movida por un resorte. La había puesto en contra mía para el resto de la conversación: imbécil, más que imbécil, no sabes moverte en la vida, mosca muerta.

—No tienes ninguna hermanastra.

—Que me lo hayáis ocultado no significa que no la tenga. Daniela Amato, de Roma. Tengo su teléfono y su dirección.

—¿Qué estás tramando?

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—No te fíes de esa ladronzuela.

—Me dijo que le gustaría ser socia de la tienda.

—¿Sabes que te ha robado can Casic?

—Si no lo he entendido mal, se lo dio mi padre; ella no me ha robado nada.

—Es un vampiro. Le gustaría quedarse con la tienda.

—No. Sólo quiere participar.

—¿Por qué, crees tú?

—No sé. ¿Porque era de mi padre?

—Pues ahora es mía y mi respuesta es no a cualquier propuesta que venga de esa puta maquillada.

Vaya, empezamos con buen pie. No dijo pputa porque usó la palabra como sustantivo, no como adjetivo, al contrario que la otra vez que se lo oí decir. Me gustó la finura del matiz lingüístico de mi madre. Todavía de pie, dio unas zancadas por el comedor en silencio, pensando si debía añadir más improperios o cambiar de tema. Prefirió lo segundo.

—¿Es eso lo que querías decirme?

—No. Lo que quería decirte es que me voy de casa.

Volvió a sentarse en el sillón.

—Estás como una cabra, hijo mío. —Silencio. Manos nerviosas—. Aquí tienes de todo. ¿Qué te he hecho?

—Nada. ¿Por qué tienes que haberme hecho algo?

Se retorcía las manos de nerviosismo. Hasta que respiró hondo para calmarse y colocó las manos en el regazo, con las palmas hacia abajo.

—¿Y la tienda? ¿Es que nunca piensas responsabilizarte de ella?

—No me atrae.

—Mentira. Es tu sitio preferido.

—No. Me gustan las cosas de la tienda. Pero el trabajo…

Creo que me miró con un poco de rencor.

—Lo que quieres es llevarme la contraria, como siempre.

¿Por qué no nos quisimos nunca mi madre y yo? Es un misterio para mí. Toda la vida he envidiado a los niños normales, que pueden decir ay, madre, cuánto me duele la rodilla, y la madre, con sólo un beso, les cura el dolor. Mi madre no tenía ese poder. Cuando me atrevía a decirle que me había hecho daño en la rodilla, en lugar de intentar el milagro, me derivaba a Lola Xica y se quedaba esperando, impaciente, a que mi superdotación intelectual empezase a producir otra clase de milagros.

—¿Es que no estás bien aquí?

—Prefiero seguir los estudios en Tübingen.

—¿En Alemania? ¿Es que no estás bien aquí?

—Quiero estudiar un curso con Wilhelm Nestle.

En honor a la verdad, no tenía ni idea de si Nestle todavía ejercía en Tübingen. En rigor no sabía si estaba vivo, siquiera. Lo cierto es que en esos momentos, cuando hablábamos de él, hacía algo más de ocho años que había muerto. También es verdad que había sido profesor en Tübingen y por eso quería ir yo a estudiar allí.

—¿Quién es?

—Un historiador de la filosofía. Y también quiero conocer a Coşeriu.

Eso era estrictamente verdad. Decían que era insoportable pero genial.

—¿Quién es?

—Un lingüista. Uno de los grandes filólogos del siglo.

—Estos estudios no te darán la felicidad, hijo mío.

Pensándolo bien, visto con perspectiva, tengo que darle la razón. No hay nada que me haya dado la felicidad completa, excepto tú, quien más me ha hecho sufrir. He rozado muchas felicidades; he tenido unas cuantas alegrías. He gozado de momentos de paz y de gratitud inmensa para con el mundo o para con algunas personas. Me he acercado a cosas y conceptos bellos. Y a veces siento la comezón de poseer objetos valiosos, y así comprendo el desasosiego de mi padre. En fin, como tenía la edad que tenía, sonreí con suficiencia y dije nadie dice que sea obligatorio ser feliz. Y me callé, satisfecho.

—Mira que eres estúpido.

La miré, desarmado. Porque con cuatro palabras me hundió completamente. Entonces, ataqué con mala leche.

—Vosotros me habéis hecho como soy. Quiero estudiar, independientemente de ser feliz o no.

Adrià Ardèvol era repelente. Si pudiese volver a empezar mi vida, lo primero que buscaría sería el territorio de la felicidad; y procuraría, si es posible, blindarlo para que me acompañase toda la vida, sin pretensiones. Si un hijo me hubiera respondido como yo a mi madre, le habría soltado un pescozón. Pero no tengo hijos. Toda la vida he sido sólo hijo. ¿Por qué, Sara? ¿Por qué nunca has querido tener hijos?

—Tú lo que quieres es alejarte de mí.

—No —mentí—. ¿Por qué iba a quererlo?

—Lo que quieres es huir.

—¡Qué va! —volví a mentir—. ¿Por qué iba a querer huir?

—¿Por qué no me lo cuentas?

Ni borracho le contaría nada de Sara, de las ganas de fundirme, de empezar de nuevo, de revolver París de arriba abajo, de las dos visitas que hice a casa de los Voltes-Epstein, hasta que a la tercera el padre y la madre me recibieron y me dijeron con muy buenos modales que su hija se había ido a París por voluntad propia, porque, según dijo textualmente, quería alejarse de usted porque le estaba haciendo mucho daño. Es decir, lógicamente, no es usted bien recibido en esta casa.

—Pero si yo…

—Joven, no insista. No tenemos nada contra usted —mintió—, pero comprenda que nuestro deber es defender a nuestra hija.

Yo, desesperado, no entendía nada. El señor Voltes se levantó y me indicó que me levantase yo también. Lentamente obedecí. No pude evitar las lágrimas porque soy un llorón, y me escocían como gotas de ácido sulfúrico rodando por mis mejillas humilladas.

—Será un malentendido.

—No nos lo parece —dijo, en un catalán gutural, la madre de Sara (alta, de pelo antaño oscuro, ligeramente blanquecino ahora, y ojos oscuros, como una foto de Sara treinta años mayor)—. Sara no quiere saber nada de usted, nada de nada.

Empecé a salir de la habitación obligado por el gesto del señor Voltes, pero me detuve.

—¿No dejó nada escrito, ni una nota, para mí?

—No.

Salí de la casa a la que había ido a escondidas, cuando Sara me quería, sin decir adiós a esos señores tan bien educados pero tan inflexibles. Salí reprimiendo el llanto. La puerta se cerró detrás de mí sin hacer ruido y me quedé unos segundos en el rellano, como si así estuviera más cerca de Sara. Entonces rompí a llorar desenfrenadamente.

—No quiero huir ni tengo motivos para hacerlo. —Hice una pausa para enfatizar lo dicho—. ¿Me entiendes, madre?

Era la tercera vez que mentía a mi madre y juro que oí cantar a un gallo.

—Te he entendido perfectamente. —Mirándome a los ojos—: Escúchame, Adrià.

La primera vez que no me llamaba hijo, sino Adrià. La primera vez en la vida. Doce de abril de mil novecientos sesenta y tantos o setenta.

—Dime.

—Si no quieres, no es necesario que trabajes. Dedícate al violín y a leer tus libros. Y cuando muera yo, pon un gerente en la tienda.

—No hables de morirte. Y el violín se acabó.

—¿Dónde dices que quieres irte?

—A Tübingen.

—¿Dónde está eso?

—En Alemania.

—¿Y qué se te ha perdido allí?

—Coşeriu.

—¿Quién es?

—¿No te pasas la vida en la facultad persiguiendo a las chicas? Sistema, norma, habla.

—Vamos, ¿quién es?

—Un lingüista rumano a cuyas clases quiero asistir.

—Me suena, ahora que lo dices.

Se calló, enfurruñado. Pero no pudo evitar decirlo:

—¿Es que no estás haciendo la carrera aquí? ¿No has hecho ya la mitad sacando matrículas en todo, joder?

No le dije nada de lo mucho que me apetecía estudiar un curso con Nestle porque, cuando nos encontramos en el bar de la facultad, entre voces, empujones, prisas y cafés con leche, ya sabía que Wilhelm Nestle había muerto hacía unos años. Habría sido como falsear una cita a pie de página.

Dos días después, como no supo nada de mí, vino a casa a ensayar para el examen, como si fuese yo su profesor. Adrià le abrió la puerta y, a modo de saludo, Bernat lo señaló con un dedo acusador.

—¿Se te ha ocurrido pensar que en Tübingen las clases son en alemán?

—Wenn du willst, kannst du mit dem Storioni spielen —respondió Adrià con una sonrisa gélida, mientras le franqueaba la entrada.

—No sé qué has dicho, pero sí.

Y mientras ponía resina en el arco, poquita, concentrada, para no saturar el instrumento, me reprochó refunfuñonamente que no lo hubiéramos hablado, que habría sido un detalle.

—¿Por qué?

—Hombre, se supone que somos amigos.

—Por eso te lo digo ahora.

—¡Amigo íntimo, desgraciado! Tenías que haberme dicho me está rondando por la cabeza la loca idea de pasar unas semanas en Tübingen; ¿qué te parece, amigo íntimo? ¿No te suena esta manera de hablar?

—Me habrías dicho que lo olvidara. Y no es la primera vez que lo discutimos.

—No es exactamente lo mismo.

—Lo que te gustaría es tenerme siempre a mano.

A modo de respuesta, Bernat dejó las partituras encima de la mesa y se puso a tocar el primer movimiento del concierto de Beethoven. Yo, pasando por alto la introducción, le desafiné la orquesta siguiendo la partitura de la reducción a piano e incluso imité algunos timbres de instrumentos. Acabé agotado, pero contento y emocionado, porque la ejecución de Bernat había sido impecable, más que perfecta, como para darme a entender que no le había gustado mi último comentario. Cuando concluyó, respeté el silencio que se hizo.

—¿Qué?

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Muy bien. Diferente.

—¿Diferente?

—Diferente. Si no me equivoco, estabas dentro de la música.

Nos callamos. Él se sentó y se secó el sudor. Me miró a los ojos:

—Tú lo que quieres es huir. No sé de quién, pero quieres huir. Espero que no sea de mí.

Miré las otras partituras que traía.

—Me parece una buena idea que toques las cuatro piezas de Massià. ¿Quién te acompaña al piano?

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor te aburres como una ostra estudiando esas cosas sobre las ideas y demás?

—Massià se lo merece. Y son muy bonitas. La que más me gusta es el Allegro spiritoso.

—Además, ¿por qué quieres ir a clase de un lingüista, si lo que te gusta a ti es la historia de la cultura?

—Ten cuidado con la Ciaccona, que es muy traidora.

—Cabronazo, no te vayas.

—Sí —dijo—, de Bellas Artes.

—¿Y qué es?

La figura gélida y desconfiada de la señora Voltes-Epstein lo atemorizó. Tragó saliva y dijo falta un trámite para poder completar el traslado de matrícula, por eso necesitamos su dirección.

—No falta nada.

—Desde luego: la póliza de reincidencia.

—¿Y eso qué es? —Parecía francamente intrigada.

—Nada. Un detalle. Pero tiene que firmarlo el interesado. —Miró los papeles y puntualizó despreocupadamente—: La interesada.

—Deme los papeles y…

—No, no. No estoy autorizado. Tal vez si me dice el nombre de la escuela de París a la que ha trasladado la matrícula…

—No.

—En Bellas Artes no les consta. —Se corrigió—: No nos consta.

—¿Quién es usted?

—¿Cómo dice?

—Mi hija no ha hecho ningún traslado de matrícula. ¿Quién es usted?

—Y me ha cerrado la puerta en las narices, oye. ¡Zas!

—Te ha visto el plumero.

—Sí.

—Mierda.

—Sí.

—Gracias, Bernat.

—Estoy… Seguro que podía haberlo hecho mejor.

—No, no. Has hecho todo lo posible.

—Pues me da rabia, oye.

Después de un rato de silencio pesado, Adrià dijo lo siento, pero me parece que voy a llorar un poco.

El examen de Bernat concluyó con nuestra Ciaccona de la segunda suite. Se la había oído tocar tantas veces… Y siempre tenía comentarios que hacer, como si yo fuese el virtuoso y él, el aprendiz. Empezó a estudiarla cuando la oímos en el Palau de la Música, tocada por Heifetz. Bien. Perfecta, pero otra vez sin alma; sería por los nervios del examen. Sin alma; como si el último ensayo en casa, hacía escasamente veinticuatro horas, hubiera sido un espejismo. En público, a Bernat se le deshinchaba el aliento creativo, le faltaba un trocito de divinidad, que pretendía suplir con voluntad y estudio, y el resultado era bueno pero excesivamente previsible. Exactamente: mi mejor amigo era rematadamente previsible, hasta en los ataques.

Acabó el examen empapado en sudor, pensando seguramente que lo había conseguido. El tribunal, que se había pasado las dos horas de la audición con mala cara, deliberó unos segundos y decidió por unanimidad darle la calificación de sobresaliente, además de felicitarlo personalmente cada uno de los tres componentes. Y la Trullols, que estaba entre el público, esperó a que la madre de Bernat lo hubiese abrazado y todo lo que hacen las madres que no son como la mía, y después le dio un beso en la mejilla, emocionada, como se emocionan algunas profesoras, y oí que le decía, con su capacidad profética, Bernat, eres el mejorcito que ha pasado por mis manos. Se abre ante ti un futuro luminoso.

—Extraordinario —le dijo Adrià.

Bernat dejó de destensar el arco y miró a su amigo. En silencio, guardó el arco en el estuche y lo cerró. Adrià insistió: formidable, chaval, te felicito.

—Ayer te dije que era amigo tuyo. Que eras amigo mío.

—Sí. Hace poco dijiste amigo íntimo.

—Exacto. A un amigo íntimo no se lo engaña.

—¿Cómo dices?

—He cumplido, nada más. Me falta élan.

—Hoy lo has hecho bien.

—Mejor lo habrías hecho tú.

—¡Atiza! Pero ¡si hace dos años que no toco un violín!

—Si el cabronazo de mi amigo íntimo es incapaz de decirme la verdad y prefiere hacer lo mismo que los demás…

—¿Qué dices?

—No me mientas nunca más, Adrià. —Se secó el sudor de la frente—. Tus comentarios me irritan mucho y me indignan.

—Bueno, yo…

—Pero sé que eres el único que dice la verdad. —Le guiñó un ojo—: Auf Wiedersehen.

Con el billete de tren en la mano, entendí que ir a estudiar a Tübingen era mucho más que pensar en el futuro. Era cerrar la infancia; era alejarme de mi Arcadia. Sí, sí: yo era un niño solitario e infeliz con unos padres insensibles a todo lo que no fuese mi inteligencia, y que no sabían preguntarse si yo quería ir al Tibidabo a ver los autómatas, que se movían como personas si se les echaba una moneda. Pero ser niño quiere decir tener capacidad para oler la flor que brilla entre el barro tóxico. Y quiere decir saber ser feliz con un camión de cinco ejes que era una caja de cartón de sombrero de señora. Al comprar el billete a Stuttgart supe que había concluido la edad de la inocencia.

IV

Palimpsestus

No existe ninguna organización que pueda
protegerse de un grano de arena.

MICHEL TOURNIER

24

Hace mucho tiempo, cuando la Tierra era plana y los viajeros temerarios, al llegar al fin del mundo, se estrellaban contra las frías tinieblas o se despeñaban por el precipicio oscuro, existió un santo varón que quiso consagrarse a Dios Nuestro Señor. Se llamaba Nicolau Eimeric, era de nación catalana y llegó a ser un destacado profesor de Sagrada Teología en el convento de la orden de los predicadores de la ciudad de Gerona. Su celo religioso lo llevó a capitanear la Inquisición con mano firme y a luchar contra la malicia herética en tierras de Cataluña y en el reino de Valencia. Nicolau Eimeric nació en Baden-Baden el 25 de noviembre de 1900; ascendió con celeridad al cargo de Obersturmbannführer de las SS y, tras una gloriosa primera etapa en Auschwitz en funciones de Oberlagerführer, en 1944 volvió a tomar las riendas para solucionar el problema húngaro. En documento legal declaro reo de herejía el libro *Philosophica amoris*, del contumaz Ramon Llull, catalán natural del reino de Mallorca, y asimismo reos de herejía a cuantos en Valencia, Alcoy, Barcelona o Zaragoza, Alcañiz, Montpellier o cualquier otro lugar leyeren, divulgaren, enseñaren, copiaren y pensaren en la pestífera doctrina herética de Ramon Llull, que no proviene de Cristo, antes bien del diablo. Y así lo rubrico hoy en la ciudad de Gerona a trece de julio de 1367.

—Proceded. Tengo calentura pero no quiero postrarme en cama hasta que…

—Podéis iros tranquilo, Excelencia.

Fray Nicolau se secó el sudor de la frente, producto del calor tanto como de la fiebre, vio terminar el documento de condena con su esmerada caligrafía a fray Miquel de Susqueda, su joven secretario, salió a la calle, abrasada por un sol infernal, y sin tiempo apenas de recuperar el aliento, se sumergió en la penumbra, un poco menos recalentada, de la capilla de Santa

Águeda. Se postró de hinojos en medio de la estancia y, humildemente, agachó la cabeza ante la divina presencia del Sagrario y dijo oh, Señor, dadme fuerzas, no permitáis que desfallezca por mi humana debilidad; no permitáis que la calumnia, la murmuración, la envidia y la mentira hagan mella en mi valor. Ahora es el propio rey quien osa criticar mi actuación a favor de la verdadera y única fe, Señor. Dadme fortaleza para que no deje nunca de serviros en la misión de vigilancia estricta de la verdad. Tras exhalar un amén casi como un suspiro del pensamiento, fray Nicolau continuó arrodillado un rato más, aguardando a que el sol, tan excepcionalmente abrasador, descendiera hasta acariciar la sierra occidental; se quedó con la mente en blanco, en actitud de oración, en comunicación directa con el Señor de la Verdad.

Cuando la luz que entraba por la ventana empezó a menguar, fray Nicolau salió de la capilla con la misma energía con que había entrado. Fuera, respiró con avidez el olor de tomillo y hierba seca que desprendía la tierra, todavía caliente por el día más caluroso de todos los que recordaban los abuelos. Volvió a secarse el sudor de la frente, que le abrasaba, y se encaminó al edificio de piedra gris del final del callejón. En la entrada hubo de contener la impaciencia, porque precisamente una mujer, siempre la misma, acompañada por el Bizco de Salt, que le hacía las veces de marido, caminaba lentamente, cargada con un saco de nabos más grande que ella, por el interior del Palacio.

—¿Es que no pueden usar otra puerta? —dijo, irritado, a fray Miquel, que salió a recibirlo.

—La entrada del huerto está patas arriba, Excelencia.

Con voz seca, fray Nicolau Eimeric preguntó si estaba todo a punto y, sin dejar de avanzar a largas zancadas hacia la sala, pensó oh, Señor, todas mis energías están puestas en defender Vuestra Verdad día y noche. Dadme fuerzas, pues al final de la luz, seréis Vos quien me juzgaréis, no los hombres.

Soy hombre muerto, pensó Josep Xarom. No pudo sostener la negra mirada al diablo inquisidor, que, después de irrumpir intempestivamente en la estancia, hizo una pregunta a voces y esperaba con impaciencia una respuesta.

—¿Qué hostias? —dijo el doctor Xarom al cabo de un buen rato, con la voz ahogada por el pánico.

El inquisidor se levantó, se secó el sudor de la frente por tercera vez desde que entrara en la sala de interrogatorios y repitió la pregunta: cuánto pagaste a Jaume Malla por las hostias consagradas que te dio.

—No sé nada de eso. No conozco a ningún Jaume Malla. Ignoro qué son las hostias.

—Eso significa que te consideras judío.

—Bueno… Soy judío, sí, Excelencia. Vos lo sabéis. El rey ampara a mi familia, como a todas las de la judería.

—Entre estas paredes, el único amparo es el de Dios. No lo olvides.

Adonai Altísimo, dónde estás, ahora que te busco, pensó el venerable doctor Josep Xarom, sabiendo que pecaba por desconfiar del Altísimo.

Durante una hora larguísima, fray Nicolau, con santa paciencia, haciendo caso omiso del dolor de cabeza y del calentamiento de humores internos, intentó averiguar el secreto del nefando pecado que había cometido tan abominable criatura con las hostias consagradas que constaban en la minuciosa y providencial denuncia, pero Josep Xarom se limitó a repetir lo dicho, que se llamaba Josep Xarom, que había nacido en la judería, donde había vivido siempre, que había aprendido las artes de la medicina y que había ayudado a traer al mundo a criaturas tanto dentro como fuera de la judería y que su vida era el ejercicio de su profesión, nada más.

—Y asistir a la sinagoga vuestro día del sabbat.

—El rey no nos lo ha prohibido.

—El rey no es quién para hablar de los fundamentos del alma. Estás acusado de perpetrar crímenes nefandos con las hostias consagradas; ¿cómo puedes defenderte?

—¿Quién me acusa?

—No necesitas saberlo.

—Sí, lo necesito. Es una calumnia y, según de quién haya partido, puedo demostrar los motivos que lo han impulsado a…

—¿Insinúas que un buen cristiano puede mentir? —escandalizado, atónito, fray Nicolau.

—Sí, Excelencia. Y mucho.

—Eso agrava tu situación, porque si insultas a un cristiano insultas a Jesucristo Señor Dios al que hiciste matar con tus manos.

Señor Mío Altísimo y Misericordioso, Tú eres el Solo y Único Dios, Adonai.

Sin mirarlo siquiera, tan grande era su menosprecio, el Inquisidor General Nicolau Eimeric, mientras se pasaba la mano plana por la frente preocupada, dijo a los sayones que lo acompañaban que aplicasen tortura al contumaz y traédmelo dentro de una hora con la declaración firmada.

—¿Qué tortura, Excelencia? —preguntó fray Miquel.

—El potro, durante un credo in unum deum. Y si hacen falta ganchos, que sea un par de paternóster.

—Excelencia…

—Si no se le refresca la memoria, repetidlo cuantas veces sea menester.

Se acercó a fray Miquel de Susqueda, que hacía rato que había bajado la mirada, y, casi al oído, le ordenó haced saber al tal Jaume Malla que si vuelve a vender o regalar hostias a un judío, sabrá de mí.

—Ignoramos quién pueda ser ese tal Jaume Malla —cogió aire—, tal vez no exista siquiera.

Pero el santo varón no lo oyó porque estaba concentrado en su terrible dolor de cabeza, ofreciéndoselo en penitencia a Dios Nuestro Señor.

Después del potro y los ganchos de carnicero que le perforaron la carne y le desgarraron los tendones, el médico Josep Xarom de Gerona confesó que sí, sí, sí, por Dios Altísimo, fui yo, se las compré yo a ese hombre que decís, sí, sí, pero deteneos, por el amor de Dios.

—¿Y qué hiciste con ellas? —Fray Miquel de Susqueda, sentado ante el potro, evitaba mirar los regueros de sangre.

—No sé. Lo que digáis vos, pero por caridad, no tiréis más que…

—Cuidado; si se desmaya, se acaba la declaración.

—¿Qué más da? Ya ha confesado.

—Muy bien, pues luego hablas tú con fray Nicolau, sí, tú, el pelirrojo, y le dices que el reo no ha hecho más que dormir toda la sesión de tortura, y ya verás cómo os ata al potro con sus propias manos, acusados de entorpecer el curso de la justicia divina. A los dos. —Exasperado—: ¿Es que no conocéis a Su Excelencia?

—Pero, señor, nosotros…

—Lo que os digo, y yo mismo actuaré de notario de actas de vuestra tortura. ¡Hala, seguid!

—A ver; agárralo por el pelo, así. Vamos, otra vez: ¿qué hiciste con las hostias consagradas? ¿Me oyes? ¡Eh! ¡¡Oye, Xarom, cagüen todo!!

—No tolero malas palabras en un edificio de la Santa Inquisición —se indignó fray Miquel—. Comportaos como buenos cristianos.

Desapareció el último rayo de luz; iluminaba la cámara una antorcha de llama temblorosa, como el alma de Xarom, quien, en estado semiinconsciente, oía lo que decían: las conclusiones del Tribunal de la Suprema, leídas por la potente voz de Nicolau Eimeric, que lo condenaban, en presencia de los testigos presentes, a la pena de muerte en el fuego purificador, la víspera del apóstol san Jaime, ya que, por falta de arrepentimiento, rechazaba la conversión, que le habría evitado, si no la muerte del cuerpo, la del alma, cuando menos. Fray Nicolau rubricó la sentencia con su firma y advirtió a fray Miquel:

—Lo primero es cortar la lengua a los reos. No lo olvidéis.

—¿No sirve la mordaza, Excelencia?

—Lo primero es cortarles la lengua —insistió fray Nicolau con santa paciencia—. No tolero rebajas de ninguna clase.

—Pero Excelencia…

—Se las saben todas, muerden la mordaza, la… Y quiero que los herejes vayan mudos a la hoguera, no encendida todavía, porque, si aún pudiesen hablar, podrían herir gravemente con blasfemias y juramentos la piedad de quienes asisten al acto.

—Aquí no ha pasado nunca…

—En Lérida sí. Y mientras desempeñe el cargo yo, no lo permitiré. —Lo miró con unos ojos tan negros que hacían daño; en voz más baja—: Nunca, no lo permitiré jamás. —Alzando el tono—: ¡Miradme a los ojos cuando os hablo, fray Miquel! Jamás.

Se levantó y salió de la cámara a toda prisa, sin mirar ni a los secretarios, ni al reo ni a los demás presentes, porque lo habían invitado a cenar en el Palacio Episcopal, llegaba tarde y se encontraba muy desasosegado por el intenso calor del día, el dolor de cabeza y la fiebre.

Fuera hacía frío, el aguacero había dado paso a una nevada abundante y silenciosa. Mirando el vino tornasolado con la copa en alto, dijo a su anfitrión sí, nací en el seno de una familia acomodada y muy religiosa y la rectitud moral de mi educación me ha ayudado a asumir en mi limitada persona la pesada carga de la orden directa del Führer, expresada en las instrucciones concretas del Reichsführer Himmler, de convertirme en defensa incólume contra el enemigo interior de la patria. Este vino es excelente, doctor.

—Gracias. Es un honor para mí que podáis degustarlo en ésta, mi casa improvisada.

—Improvisada pero confortable.

Un segundo sorbo. Fuera, la nieve ya cubría las vergüenzas de la tierra con una púdica y gruesa sábana helada. El calorcillo del vino. El Obersturmbannführer Rudolf Höss, que había nacido en Gerona el lluvioso otoño de 1320, en una época muy lejana en que la Tierra era plana y a los viajeros temerarios se les desorbitaban los ojos cuando se empeñaban, espoleados por la curiosidad y la fantasía, en escrutar el fin del mundo, estaba singularmente orgulloso de compartir el vino de igual a igual con el prestigioso e influyente doctor Voigt, y ardía de impaciencia por contárselo como quien no quiere la cosa a algún colega. Y la vida es bella. Sobre todo ahora que la tierra volvía a ser plana y que ellos, con ayuda de la serena

mirada del Führer, enseñaban a la humanidad quién tenía la fuerza, el poder, la verdad y el futuro y demostraban que, para alcanzar indefectiblemente el ideal, era preciso renunciar a toda forma de compasión. El empuje del Reich no tenía límites y, a su lado, los actos de todos los Eimeric de la historia eran un juego de niños. Ayudado por el vino se le ocurrió una frase sublime:

—Las órdenes, por muy penosas que parezcan, para mí son sagradas, puesto que, en calidad de SS, debo estar dispuesto a sacrificar totalmente mi personalidad en cumplimiento del deber para con la patria. Por eso, en 1334, cuando cumplí catorce años, ingresé en el convento de los frailes predicadores dominicos de mi ciudad de Gerona y he dedicado toda la vida a hacer resplandecer la verdad. Me llaman cruel, el rey Pedro me odia, me envidia y desea aniquilarme, pero yo me muestro impasible porque contra la fe no defiendo al rey ni a mi padre, no reconozco a mi madre y no respeto el linaje, puesto que por encima de todo sólo sirvo a la Verdad. De mi boca sólo oiréis la Verdad, ilustrísima.

El señor obispo llenó personalmente la copa de fray Nicolau, el cual tomó un sorbo sin darse cuenta de lo que bebía porque, enfurecido, prosiguió su perorata diciendo he sufrido exilio, fui depuesto del cargo de inquisidor por orden del rey Pedro, fui elegido Vicario General de la Orden Dominica aquí, en Gerona, pero lo que no sabéis es que el maldito rey influyó en la voluntad del Santo Padre Urbano, hasta que logró que no aprobase mi nombramiento.

—Eso no lo sabía.

El señor obispo, sentado en la cómoda silla pero con la espalda erguida, con los cinco sentidos puestos en el relato, contempló en silencio al Inquisidor General, que se secaba el sudor de la frente con la manga del hábito. Dos padrenuestros más tarde:

—¿Os encontráis bien, Excelencia?

—Sí.

El obispo no dijo nada y tomaron un sorbo de vino.

—Sin embargo, Excelencia, ahora volvéis a ser Vicario General.

—Gracias a la constancia y la fe en Dios y Su Santa Misericordia me han devuelto el cargo y la dignidad de Inquisidor General.

—Todo sea para bien.

—Sí, pero ahora el rey me amenaza de nuevo con el exilio y algunas voces amigas me han advertido de que desea mi muerte.

El obispo reflexionó profundamente. Al fin y al cabo, su ilustrísima levantó el dedo tímidamente y dijo el rey Pedro sostiene que vuestra obsesión por condenar la obra de Llull…

—¿¿Llull?? —gritó Eimeric—. ¿Habéis leído algo de Llull, ilustrísima?

—Bueno…, pues…, hummm, sssí.

—¿Y?

Su ilustrísima tragó saliva ante la negra mirada de Eimeric, que perforaba las almas.

—No sé qué decir. A mí… He leído… En fin, no sabía que… —Por último, capituló—: Lo cierto es que no soy teólogo.

—Yo tampoco soy ingeniero, pero he logrado que los crematorios de Birkenau funcionen las veinticuatro horas sin reventar. Y he conseguido que no se vuelvan locos los hombres que vigilan a los pelotones de ratas del Sonderkommando.

—¿Cómo lo habéis conseguido, estimado Oberlagerführer Höss?

—No sé. Predicando la verdad. Enseñando a todas las almas sedientas que sólo hay una doctrina evangélica y que mi sagrada misión es evitar que el error y la maldad pudran las esencias de la Iglesia. Por eso me esfuerzo en terminar con las herejías, y la manera más eficaz consiste en eliminar a los herejes, tanto a los relapsos como a los de nuevo cuño.

—Sin embargo, el rey…

—El Inquisidor General Mayor y Vicario de la Orden, venido de Roma, lo entendió perfectamente. Tenía conocimiento de la animadversión del rey Pedro hacia mi persona y le pareció encomiable que, a pesar de todo, continuara yo con la condena de todos y cada uno de los libros del abominable y peligroso Ramon Llull. No discutió ninguno de los procedimientos iniciados hasta el momento y, en una emotiva celebración de la Santa Misa, a la hora del sermón, puso a mi humilde persona por ejemplo de conducta para todos, del primero al último Oberlagerführer. Dijera lo que dijese el rey de Valencia, Cataluña, Aragón y Mallorca. Y

entonces me consideré feliz, porque era fiel al más sagrado de los juramentos que había hecho y podía hacer en mi vida. En todo caso, la cuestión era la dichosa mujer.

—Hay una cosa que… —El obispo, después de dudar, levantó el dedo cauteloso—. Ojo, no digo que no merezcan la muerte. —Miró el color del vino en la copa y le pareció rojo como el fuego—. No podemos…

—¿Qué es lo que no podemos? —Eimeric, impaciente.

—¿Deben morir necesariamente en la hoguera?

—Según la opinión más extendida y confirmada por la práctica general en toda la Iglesia de Cristo, es conveniente que mueran por el fuego, sí, ilustrísima.

—Es una muerte horrorosa.

—En estos momentos me domina la fiebre y no me lamento ni dejo de trabajar por el bien de la Santa Madre Iglesia.

—Insisto en que la muerte en la hoguera es espantosa.

—¡Pero merecida! —explotó Su Excelencia—. Más espantoso es blasfemar y perseverar en el error. ¿No es así, ilustrísima? —Mientras, perdido en mis pensamientos, contemplaba el claustro desierto. Y me di cuenta de que estaba solo. Miré alrededor. ¿Dónde se ha ido Kornelia?

El grupo de turistas aguardaba, paciente y disciplinado, en un rincón del claustro de Bebenhausen, pero no veía a Kornelia… Ah, sí, tan imprevisible como siempre, estaba paseando pensativa, sola, por el mismo centro del claustro. La observé con cierta avidez y me pareció que se daba cuenta. Se detuvo de espaldas a mí y dio media vuelta hacia el grupo de los que esperábamos a que se reuniera gente suficiente para empezar la visita. La saludé con la mano, pero no se fijó o fingió que no me veía. Kornelia. Un pinzón se detuvo en la fuente, delante de mí, bebió un sorbito de agua y soltó un gorjeo precioso. Adrià tuvo un escalofrío.

La víspera de San Jaime, al anochecer, el único consuelo de Josep Xarom fue librarse de la mirada de fray Nicolau, el defensor de la Iglesia, que yacía en un jergón, preso de una fiebre pertinaz. Sin embargo, la relativa tibieza de fray Miquel de Susqueda, Notario de Actas adjunto al Inquisidor General, no le ahorró ningún dolor, ningún sufrimiento, ningún horror. En la lenta penumbra del alba de San Jaime, templada por los días

de sol inclemente, salieron de la judería dos mujeres y un hombre con tres mulas cargadas de alforjas y serones llenos de recuerdos y, encima de los enseres, cinco niños dormidos; emprendían la huida por la ribera del Ter, siguiendo la senda de dos familias que habían partido el día anterior. Atrás, en la noble e ingrata ciudad de Gerona de su corazón, quedaban dieciséis generaciones Xarom i Meir. Todavía humeaba lentamente la iniquidad que había consumido al infortunado Josep, víctima del ataque de envidia de un delator anónimo. Dolça Xarom, la única niña que se despertó a tiempo para ver por última vez las paredes orgullosas de la catedral, recortadas contra las estrellas, lloró en silencio a lomos de la mula la muerte de muchas cosas en una sola noche. Un destello de confianza aguardaba al grupo en L'Estartit, en forma de barca, la que habían fletado el pobre Josep Xarom y Massot Bonsenyor unos días antes, cuando vieron que el mal acechaba, cuando lo presintieron sin saber exactamente por dónde, cómo ni cuándo iba a caer sobre ellos.

Aprovechando un tibio viento de poniente se alejaron de la pesadilla. Al día siguiente, por la noche, hicieron escala en la Ciudadela de Menorca, donde embarcaron seis personas más; tres días después arribaron a Palermo, en Sicilia, y descansaron media semana del mareo que les había producido la mar gruesa del mar Tirreno. Una vez que se recuperaron, atravesaron el mar Jónico con vientos favorables y atracaron en el puerto albanés de Durrësi; desembarcaron allí las seis familias que huían de las lágrimas, camino de un lugar en el que a nadie ofendieran sus discretos rezos del sabbat. La comunidad judía de Durrësi los acogió espléndidamente y se instalaron.

Dolça Xarom, la niña fugitiva, tuvo allí hijos, nietos y biznietos, y a los ochenta años todavía recordaba obstinadamente las calles silenciosas de la judería de Gerona y la mole de la catedral cristiana, recortada contra las estrellas, empañada por las lágrimas. A pesar de la nostalgia, la familia Xarom Meir vivió y prosperó en Durrësi a lo largo de doce generaciones y fue tal la tenacidad del tiempo, que debilitó el recuerdo del antepasado condenado a la hoguera por los *goyim* impíos y casi lo borró de la memoria de los hijos de los hijos de sus hijos, así como el remoto nombre de la amada Gerona. Un buen día del año de los patriarcas de 5420, el nefasto

1660 de la era cristiana, Emanuel Meir se dejó atraer por la bonanza comercial del mar Negro. Era el octavo tataranieto de Dolça, la fugitiva, y se trasladó a la bulliciosa Varna búlgara de las orillas del mar Negro en la época en que la Sublime Puerta dictaba allí su ley. Mis padres, que eran católicos fervientes en una Alemania mayoritariamente luterana, si no calvinista, anhelaban que me ordenara sacerdote. Y estuve una temporada pensándolo.

—Habríais sido un buen sacerdote, Obersturmbannführer Höss.

—Eso creo.

—Lo sé con certeza: hacéis muy bien cuanto os proponéis.

El merecido elogio lo enorgulleció y quiso ahondar en la cuestión con mayor solemnidad:

—Lo que acabáis de pintar como una virtud, ser también puede mi perdición. Máxime ahora, que esperamos la visita del Reichsführer Himmler.

—¿Por qué?

—Porque, en calidad de Oberlagerführer, soy responsable de todas las deficiencias del sistema. Por ejemplo, del último envío de latas de gas Zyklon, sólo quedan suficientes para dos prestaciones, tres a lo sumo, pero al intendente no se le ha ocurrido avisarme ni hacer el pedido. Y aquí me tenéis, pidiendo favores, trayendo camiones que tal vez tendrían que estar en otra parte y conteniendo las ganas de abroncar al intendente, porque todo el mundo vive al límite de sus fuerzas en Oświęcim. Perdón: en Auschwitz.

—Supongo que la experiencia de Dachau…

—Desde el punto de vista psicológico, la diferencia es abismal. En Dachau teníamos prisioneros.

—Me consta que morían muchísimos y que siguen muriendo.

—Sí, doctor Voigt, pero Dachau es un campo de prisioneros. En cambio, Auschwitz-Birkenau está ideado, pensado y calculado para exterminar ratas. Si no fuera porque los judíos no son humanos, pensaría que estamos viviendo un infierno, con una puerta que es la cámara de gas y un destino que son los hornos crematorios y sus llamas, o las fosas abiertas

en el bosque, en las que quemamos a las unidades sobrantes, porque no damos abasto con la cantidad de material que nos envían. Es la primera vez que hablo de estas cosas con una persona ajena a las instalaciones, doctor.

—Conviene desahogarse de vez en cuando, Obersturmbannführer Höss.

—Cuento con vuestro sentido del secreto profesional, porque el Reichsführer…

—Naturalmente. Usted, que es cristiano… En fin, que un psiquiatra es como un confesor, el confesor que podríais haber sido.

Por unos instantes, y ya que estaban en ello, al Oberlagerführer Höss se le pasó por la cabeza la posibilidad de confiarle algo a propósito de la mujer pero, a pesar de una gran vacilación, consiguió no mentarla. Tuvo la sensación de haberse librado por los pelos. Debía haber tenido más precaución con el vino. Se entretuvo contándole que mis hombres tienen que ser muy fuertes para cumplir el trabajo que se les ha encomendado. El otro día un soldado de treinta años cumplidos, no un adolescente, ojo, se echó a llorar en un barracón delante de sus compañeros.

El doctor Voigt le echó una mirada y disimuló la sorpresa; dejó que se tomase otra copa más casi sin respirar y lo tuvo esperando unos cuantos segundos antes de hacer la pregunta que el hombre esperaba con ansiedad:

—¿Y qué pasó?

—¡Bruno, Bruno, despierta!

Pero Bruno no se despertó, gritaba, derramaba dolor por la boca y por los ojos y el Rottenführer Mathäus, sin saber qué hacer, mandó llamar a sus superiores y al cabo de tres minutos se presentó el Oberlagerführer, Obersturmbannführer Rudolf Höss en persona, en el momento en que el soldado Bruno Lübke, pistola en mano, se la metía en la boca sin dejar de vociferar. ¡¡Un soldado de las SS!! ¡¡Todo un SS!!

—¡Firmes, soldado! —gritó el Obersturmbannführer Höss. Pero el soldado seguía aullando y hundiéndose el cañón en la garganta; entonces su superior hizo ademán de impedírselo y Bruno Lübke disparó con la esperanza de irse directamente al infierno y olvidar Birkenau para siempre, y la ceniza que tenían que respirar y la mirada de una niña igualita que su Ursula a la que, esa misma tarde, había tenido que obligar a entrar de un

empujón en la cámara de gas; y luego la vio otra vez, cuando una rata judía del Sonderkommando le rapaba la cabeza y dejaba el pelo en un montón, delante de los crematorios.

Höss miró despectivamente al soldado tendido en tierra y el charco de sangre clara del chacal cobarde, y aprovechó la ocasión para improvisar un discurso ante los atónitos soldados; les dijo no hay mayor consuelo interior ni gozo espiritual que tener la certeza absoluta de que cuanto obras es en el nombre de Dios y con intención de preservar la Santa Fe Católica y Apostólica de sus múltiples enemigos, que no descansarán hasta aniquilarla, fray Miquel. Y si algún día vaciláis y volvéis a discutirme en público si es procedente o no la amputación de la lengua de los reos confesos, por más que reconozca los servicios que me prestáis, os aseguro que os denunciaré a tribunales más altos por lasitud y debilidad, indignas de un oficial del Tribunal de la Santa Inquisición.

—Lo he dicho por misericordia, Excelencia.

—Confundís la misericordia con la debilidad. —Fray Nicolau Eimeric empezó a temblar de rabia contenida—. Si insistís, seréis culpable de desobediencia gravísima.

Temblando de miedo, fray Miquel agachó la cabeza y se le quebró el alma al oír lo que añadía su superior: empiezo a sospechar que vuestra lasitud no es consecuencia de la debilidad, sino de la connivencia con los herejes.

—¡Por el amor de Dios, Excelencia!

—No pronunciéis el nombre de Dios en vano. Y sabed que sé que la debilidad os hará traidor y enemigo de la Verdad.

Fray Nicolau se cubrió el rostro con las manos y oró profundamente unos instantes. Del fondo de su reflexión surgió una voz cavernosa que dijo somos el único ojo atento al pecado, somos los vigilantes de la ortodoxia, fray Miquel, tenemos la verdad, somos la verdad, y por horrendo que os pueda parecer el castigo que infligimos al hereje, sea en sus carnes, sea en sus escritos, como en el caso del abominable Llull, a quien mucho lamento no haber podido llevar a la hoguera, pensad que nos limitamos a aplicar el derecho y la justicia, lo cual no es precisamente un demérito, sino un gran mérito. Además, os recuerdo que sólo somos responsables ante Dios, no

ante los hombres. Si son felices los que padecen hambre y sed de ser justos, fray Miquel, mucho más lo son quienes aplican la justicia, y más aún si comprendéis con claridad que nuestra misión ha sido ideada explícitamente por nuestro amado Führer, que confía, porque sabe que puede, en la integridad, el patriotismo y la fortaleza de espíritu de sus SS. ¿O es que alguno de vosotros duda de los designios del Führer? Los miró a todos, dominante, desafiador, paseándose en silencio. ¿O es que alguien duda de la capacidad de decisión de nuestro Reichsführer Himmler? ¿Qué vais a decirle pasado mañana, cuando se presente aquí? ¿Eh? Y tras una pausa efectista, de unos cinco segundos o más: ¡¡llevaos esta carroña!!

Bebieron un par de copas más, o tal vez cuatro o cinco, y, dejándose llevar por la euforia que le suscitaba el recuerdo de la heroica escena, le contó otras cosas, de las que no se acordaba muy bien.

Rudolf Höss salió bastante reconfortado y un poco mareado de la residencia del doctor Voigt. Lo que le preocupaba no era el infierno de Birkenau, sino la debilidad humana. Por muchos juramentos solemnes que hubiesen proferido esos hombres y esas mujeres, no eran capaces de soportar la muerte a tan corta distancia. No tenían el alma de acero, por eso se equivocaban tan a menudo, y no hay peor forma de hacer las cosas que tener que repetirlas por… Un asco, vamos. Por fortuna, no llegó a insinuar siquiera la existencia de la mujer. Y me di cuenta de que observaba involuntariamente a Kornelia por el rabillo del ojo, a ver si sonreía a algún otro o… No me gustaría ser celoso, pensé, pero es que es una chica tan… ¡Bien! Por fin éramos un grupo de diez y podía empezar la visita. El guía entró en el claustro y dijo el monasterio de Bebenhausen, cuya visita comenzamos, fue fundado por Rudolf I de Tübingen en mil ciento ochenta y secularizado en mil ochocientos seis. Busqué a Kornelia con la mirada; en ese momento estaba al lado de un chico muy bien plantado y risueño. Ella me miró, por fin, y hacía frío en Bebenhausen. ¿Qué significa secularizado?, preguntó un hombre calvo y bajito.

Aquella noche, Rudolf y Hedwig Höss no hicieron uso del matrimonio. Él tenía muchas cosas en que pensar, la conversación con el doctor Voigt volvía continuamente. ¿Y si había hablado de más? ¿Y si la tercera o cuarta o séptima copa le había hecho decir cosas que jamás tendrían que haber salido de su boca? Su obsesión por la organización perfecta se derrumbaba ante las enormes equivocaciones que habían cometido sus subordinados en las últimas semanas, y no podía permitir bajo ningún concepto, bajo ninguno, que el Reichsführer Himmler pudiese llegar a pensar que le estaba fallando, porque todo empezó cuando ingresé en la Orden de los Predicadores, guiado por mi fe absoluta en las directrices del Führer. En el noviciado, conducidos por la mano afable de fray Anselm Copons, aprendimos a endurecer el corazón ante las miserias humanas, porque todo SS tiene que saber ofrecer el sacrificio total de su personalidad al servicio absoluto del Führer. Y precisamente la misión esencial de los frailes predicadores consiste en erradicar los peligros internos. Para la vera fe, la presencia de un hereje es un millar de veces más peligrosa que la de un infiel. El hereje se ha amamantado con las enseñanzas de la Iglesia y vive en ella, pero al mismo tiempo, con su venenosa constitución pestífera, pudre los elementos sacros de la santa institución. Para solucionar el problema de una vez por todas, a partir de 1941 se tomó la decisión de dejar el Santo Oficio a la altura de los aprendices de parvulario y programar el exterminio de todos los judíos sin excepción. Y si era necesario el horror, que fuera infinito. Y si era necesaria la crueldad, que fuera absoluta, porque era la Historia quien tomaba la palabra. Naturalmente, sólo verdaderos héroes con corazón de hierro y voluntad de acero podían alcanzar un objetivo tan difícil, llevar a cabo una proeza tan valerosa. Y yo, fraile predicador, fiel y disciplinado, me puse manos a la obra. Hasta 1944, sólo un puñado de médicos y yo conocíamos las órdenes últimas del Reichsführer: empezar por los enfermos y los niños y, únicamente por motivos económicos, aprovechar a los que todavía podían trabajar. Me puse manos a la obra con la absoluta voluntad de ser fiel a mi juramento de SS. Por eso la Iglesia no considera infieles a los judíos, sino herejes que viven entre nosotros empecinados en su herejía, que empezó cuando crucificaron a Jesús Nuestro Señor y que continúa en todo lugar y momento, por su

obstinación en no renunciar a sus falsas creencias, en perpetrar sacrificios humanos con criaturas cristianas y en inventar actos abominables contra los santos sacramentos, como el antedicho caso de las hostias consagradas, profanadas por el pérfido Josep Xarom. Por eso fueron severas las órdenes que impartí uno por uno a los Schutzhaftlagerführer de todos los campos dependientes de Auschwitz: el camino era estrecho, dependía de la capacidad de los hornos crematorios, la cosecha era demasiado abundante, millares y millares de ratas, y la solución estaba en nuestras manos. La realidad, que nunca se aproxima al ideal puro, es que los crematorios I y II tienen capacidad para incinerar dos mil unidades en veinticuatro horas y, para evitar averías, no puedo sobrepasar esa cifra.

—¿Y los otros dos? —preguntó el doctor Voigt antes de la cuarta copa.

—El tercero y el cuarto son mi cruz: no llegan a las mil quinientas unidades diarias. Los modelos elegidos me han decepcionado mucho. Si los superiores hiciesen caso a los que entienden… Y no os lo toméis como crítica a nuestros dirigentes, doctor, dijo durante la cena, o tal vez con la quinta copa. Es tanto el trabajo que se nos echa encima, que cualquier clase de sentimiento comparable a la compasión no solamente debía ser arrancado de las mentes de los SS, sino que debía ser castigado severísimamente por el bien de la patria.

—¿Y dónde va a parar la…, los residuos?

—La ceniza se carga en camiones y se vierte en el Vístula. El río arrastra todos los días toneladas de ceniza hacia el mar, que es la muerte, como nos enseñaron los clásicos latinos en las inolvidables lecciones de fray Anselm Copons, en el noviciado, en Gerona.

—¿¿Qué??

—Sólo soy el sustituto del Notario de Actas, Excelencia. Yo…

—¿Qué acabáis de leer, desgraciado?

—Pues… que Josep Xarom os maldijo poco antes de que las llamas…

—¿Es que no le cortaron la lengua?

—Fray Miquel lo impidió. Por la autoridad que le confiere su…

—¿Fray Miquel? ¿Fray Miquel de Susqueda? —Pausa efectista de media avemaría—: Traedme aquí a esa carroña.

El Reichsführer Heinrich Himmler, que llegó de Berlín, fue comprensivo. Es un hombre sabio, se hizo cargo de la tensión en la que vivían los hombres de Rudolf Höss y con elegancia, qué elegancia, pasó por alto las deficiencias que tanto me mortifican. Dio por buena la cifra diaria de eliminaciones, aunque vi en su noble frente una sombra de preocupación, porque, al parecer, urge terminar con el problema judío y sólo estamos en la mitad del proceso. No se opuso a ninguna iniciativa y, en un emotivo acto ante la plana mayor del Lager, puso a mi humilde persona por ejemplo de conducta para todos, del primero al último de los oficiales del Tribunal de la Suprema. Y podía considerarme feliz, porque era fiel al más sagrado de los juramentos que había hecho en mi vida. En todo caso, la cuestión era la dichosa mujer.

El miércoles, cuando Frau Hedwig Höss salió con el grupo de mujeres a aprovisionarse en el pueblo, el Obersturmbannführer Höss esperó a que llegase ella a casa bajo la supervisión de su vigilante, con sus ojos, su dulce cara, sus manos perfectas, tanto que incluso parece un ser humano de verdad. Fingió que tenía trabajo acumulado en el escritorio y la estuvo observando mientras barría el suelo, que, por más que se barriese dos veces al día, siempre tenía una finísima capa de ceniza.

—Excelencia… No sabía que estabais aquí.

—Da igual, sigue.

Por fin, después de unos días tensos de miradas de soslayo, de imaginaciones demoníacas, obsesivas y cada vez más fuertes e insuperables, el demonio de la carne se enseñoreó de la férrea voluntad de fray Nicolau Eimeric, quien, a pesar de los sagrados hábitos que vestía, dijo basta, se acabó, y abrazó a la mujer por la espalda, apretándole los tentadores pechos con las manos y pegando su venerable barba al cogote que prometía mil delicias. La mujer, horrorizada, soltó el haz de leña y se quedó agarrotada, tensa, sin saber qué hacer, arrinconada contra la pared del oscuro pasillo; no sabía si debía gritar o echar a correr, o, por el contrario, prestar un servicio inestimable a la Iglesia.

—Levántate el vestido —dijo Eimeric, al tiempo que se desprendía del rosario de quince decenarios que le ceñía el hábito.

Presa de un miedo cerval, la interna número 615428, procedente del cargamento búlgaro A27, de enero de 1944, salvada de la cámara de gas en el último momento porque alguien decidió que serviría para el trabajo doméstico, no osó mirar a los ojos al oficial nazi y pensó otra vez, no, Señor, Dios Altísimo y Misericordioso. El Obersturmbannführer Höss, sin alterarse, comprensivamente, repitió la orden. La mujer no reaccionó y entonces, con más impaciencia que brutalidad, la empujó hacia un sillón, le rasgó la ropa y le acarició los ojos, la cara, la dulce mirada. Cuando la penetró, extasiado por su belleza salvaje nacida de la debilidad y el anonadamiento, supo que la 615428 se le había pegado a la piel para siempre. La 615428 sería el secreto mejor guardado de su vida. Se levantó presurosamente, dominando la situación de nuevo, se puso el hábito, dijo vístete, seis, uno, cinco, cuatro, dos, ocho. Deprisa. A continuación le dijo claramente que allí no había pasado nada y juró que, si decía algo a alguien, encarcelaría al Bizco de Salt, su marido, y también a su hijo y a su madre, y que la acusaría de brujería porque no eres sino una bruja que ha intentado seducirme con sus poderes maléficos.

La operación se repitió varios días seguidos. La prisionera 615428 se arrodillaba, desnuda, y el Obersturmbannführer Höss la penetraba y Su Excelencia Nicolau Eimeric le recordaba, jadeando, como se lo cuentes al desgraciado del Bizco de Salt, serás tú quien vaya a la hoguera por bruja, que me tienes embrujado, y la 615428 no decía nada, porque sólo podía llorar de horror.

—¿Has visto el rosario que me ciñe el hábito? —dijo Su Excelencia—. Como me lo hayas robado, prepárate.

Hasta que el estúpido doctor Voigt se interesó por su violín y traspasó el límite que ningún Inquisidor General podía permitir que nadie traspasara. A pesar de todo, Voigt ganó la partida y el Oberlagerführer Eimeric, con un golpe seco, hubo de dejar el instrumento encima de la mesa.

—¡Tanto hablar de secretos de confesión, malnacido!

—No soy cura.

Voigt cogió el violín con manos ávidas, Höss salió dando un portazo exagerado y se precipitó hacia la capilla de la sede inquisitorial; dos horas estuvo de rodillas, llorando su debilidad ante la tentación de la carne, hasta

que el nuevo secretario mayor, preocupado porque no se había presentado a la primera vista previa, lo encontró en el edificante estado de santa devoción y piedad. Fray Nicolau se levantó, dijo al secretario que no lo esperasen hasta el día siguiente y se dirigió hacia la oficina de registros.

—Interna 615428.

—Un momento, Obersturmbannführer. Sí. Cargamento búlgaro A27, del 13 de enero de los corrientes.

—¿Cómo se llama?

—Elisaveta Meireva. Vaya, es de las pocas que tienen ficha.

—¿Qué pone?

El Gefreiter Hänsch consultó el fichero, extrajo una ficha y dijo Elisaveta Meireva, dieciocho años, hija de Lazar Meirev y Sara Meireva, una familia muy conocida residente en Varna, comerciantes millonarios, originarios de Durrësi (Albania). No pone nada más. ¿Hay algún problema, Obersturmbannführer?

Elisaveta, dulce, ojos de hada, ojos de bruja, labios de musgo fresco; lástima que estés tan delgada.

—¿Alguna queja, Obersturmbannführer?

—No, no… Pero que hoy mismo sea reenviada y entre en el procedimiento de urgencia.

—Le quedan dieciséis días en el Kommando de servicio doméstico de…

—Es una orden, Gefreiter.

—No puedo…

—¿Sabe lo que es una orden de un superior, Gefreiter? Y póngase en pie cuando le hable.

—¡Sí, Obersturmbannführer!

—¡Pues proceda!

—Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Obersturmbannführer.

—Amén —respondió fray Nicolau, y, con el alma bendita y aliviada por el sacramento de la confesión, besó humildemente la cruz de hilo de oro de la estola del venerable padre confesor.

—Qué cómodo es para los católicos el asunto de la confesión —dijo Kornelia en el claustro, con los brazos estirados, bañándose en el sol primaveral.

—No soy católico. No soy creyente. ¿Y tú?

Kornelia se encogió de hombros y no dijo nada, como siempre que se quedaba sin respuestas adecuadas. Adrià entendió que no le gustaba el tema.

—Visto desde fuera —dije— me caéis mejor los luteranos: os libera la Gracia de Dios, sin intermediarios.

—No me apetece hablar de eso —dijo Kornelia, muy tensa.

—¿Por qué?

—¡Me recuerda a la muerte, no sé! —Lo cogió del brazo y salieron del recinto del monasterio de Bebenhausen—. En marcha, que vamos a perder el autobús.

En el autobús, Adrià, mirando el paisaje sin verlo, se puso a pensar en Sara, como siempre que bajaba la guardia. Lo humillaba que las facciones empezaran a desdibujarse en su memoria. Tenía los ojos oscuros, pero ¿eran negros o castaño oscuro? Sara, ¿de qué color tenías los ojos? Sara, ¿por qué te fuiste? Y Kornelia le tomó la mano y Adrià sonrió tristemente. Por la tarde irían a dar una vuelta por los cafés de Tübingen, primero a tomar cerveza y después, cuando estuviese saturado, pediría un té muy caliente e irían a cenar a Deutsches Haus, porque, aparte de estudiar y de asistir a conciertos, Adrià no sabía qué otra cosa podía hacerse en Tübingen. Leer a Hölderlin. Escuchar a Coşeriu cuando se indignaba con el pasmarote de Chomsky, el generativismo y la madre que los parió.

Cuando bajaron, enfrente del Brechtbau, Kornelia le dijo al oído esta noche no vengas a casa.

—¿Por qué?

—Porque estoy ocupada.

Se fue sin darle un beso y Adrià experimentó en pleno centro del alma algo semejante al vértigo. Y todo por tu culpa, porque me dejaste sin razón para vivir, aunque sólo hacía unos meses que salíamos, Sara, pero contigo yo vivía en las nubes y eras lo mejor que me podía pasar en la vida, hasta que huiste, y Adrià, ya en Tübingen, muy lejos del doloroso recuerdo, pasó cuatro meses estudiando con desesperación, intentando matricularse sin éxito en algún curso de Coşeriu y asistiendo de oyente a escondidas, acudiendo a todas las conferencias, seminarios, charlas y reuniones abiertas que se ofrecían en el Brechtbau, que acababa de estrenar edificio, o en cualquier otro lugar, sobre todo en la Burse, y cuando cayó de pronto el invierno, la estufa eléctrica de su habitación a veces era insuficiente, pero no dejaba de estudiar para no pensar Sara, Sara, por qué te fuiste sin decirme nada, y cuando la tristeza dolía en exceso, salía a pasear por la orilla del Neckar, con la nariz congelada, y llegaba a la torre de Hölderlin y se le ocurrió que, si no buscaba remedio, iba a enloquecer de amor. Y un día la nieve empezó a fundirse y, poco a poco, el paisaje reverdeció, y le habría gustado no estar triste y poder apreciar los matices del verde. Y como no tenía ninguna intención de volver a casa en verano con su lejana madre, decidió cambiar de vida, reírse un poco, tomar cerveza con los compañeros de la pensión, frecuentar el Clubhaus de la facultad, reírse sin más y entrar en el cine a ver relatos aburridos e increíbles y, sobre todo, no morirse de amor y, con una desazón desconocida, miró con otros ojos a las estudiantes, ahora que empezaban a quitarse los anoraks y las gorras, y se dio cuenta de que eran muy agradables y así se fue difuminando tenuemente el recuerdo de la cara de Sara, la fugitiva, aunque no así las preguntas que me he hecho toda la vida, como a qué te referías cuando me contaste que habías huido llorando y diciendo otra vez no, no puede ser. Pero, en Historia de la Estética I, Adrià se sentó detrás de una chica de pelo negro y ondulado que tenía una mirada un poco mareante, se llamaba Kornelia Brendel y era de Offenbach. Se fijó en ella porque le parecía inalcanzable. Le sonrió, ella respondió a la sonrisa y poco después tomaron un café en el bar de la facultad; la asombró que no tengas ni pizca de acento, es que pensaba que eras alemán, oye, de verdad. Y luego se fueron a pasear juntos por el parque que estallaba en primavera y Kornelia fue la primera mujer con quien me

fui a la cama, Sara, y la abrazaba fingiendo que… Mea culpa, Sara. Y empecé a quererla aunque a veces decía cosas que no acababa de entender. Y sabía resistirle la mirada. Kornelia me gustaba. Y estuvimos unos meses así. Yo me aferraba a ella desesperadamente. Por eso me inquietó cuando, el entrar en el segundo invierno, al volver de la visita al monasterio de Bebenhausen me dijo esta noche no vengas a casa.

—¿Por qué?

—Porque estoy ocupada.

Se fue sin darle ni un beso y Adrià experimentó un vértigo en el centro del alma, porque no sabía si a una mujer se le puede responder a ver, a ver, ¿qué significa que estás ocupada?, o si es mejor ser prudente y pensar que ya es mayorcita para tener que darte explicaciones. ¿O no? Es tu novia, ¿verdad? Kornelia Brendel, ¿aceptas por novio a Adrià Ardèvol i Bosch? ¿Puede tener secretos Kornelia Brendel?

Dejó que se marchara por Wilhelmstrasse sin pedirle explicaciones porque, en el fondo, él también le ocultaba cosas, por ejemplo, todavía no le había contado nada de Sara. De acuerdo; sin embargo, a los dos minutos se arrepintió de haber permitido que se fuera por las buenas. No la vio ni en Griego ni en Filosofía de la Experiencia. Tampoco en el seminario abierto de Filosofía Moral, aunque nunca quería perdérselo de ninguna manera. Muy avergonzado, me dirigí a Jakobsgasse y me planté, semioculto y todavía más avergonzado, en el cruce con Schmiedtorstrasse, como si estuviese esperando al 12. Y, transcurridos diez o doce 12, allí seguía, con un frío que me rompía los pies, intentando descubrir el secreto de Kornelia.

A las cinco de la tarde, cuando se me había congelado el cuerpo del corazón para abajo, aparecieron Kornelia y su secreto. Llevaba el abrigo de siempre y estaba tan guapa y tan Kornelia como de costumbre. El secreto era el chico alto, rubio, guapetón y risueño que había conocido en el claustro de Bebenhausen, y en ese momento, antes de entrar juntos en el portal, la besó. Y lo hizo mucho mejor que yo. Ahí empezaron los problemas. No por haberla espiado, sino porque ella se dio cuenta cuando corrió la cortina de la salita y vio a Adrià en la esquina de enfrente de su casa, helado, mirándola con incredulidad, con los ojos desorbitados, esperando al 12. Esa noche lloré por la calle y al llegar a casa encontré una

carta de Bernat; hacía muchos meses que no sabía nada de él y en la carta me aseguraba que estallaba de felicidad, que se llamaba Tecla y que venía a verme fuera como fuera.

Desde que estaba en Tübingen, la relación con Bernat se había enfriado un tanto. No escribo cartas, es decir, no las escribía de joven. La primera señal de vida que tuve de él fue una postal suicida enviada desde Palma, con el texto a la vista de la censura militar franquista, en la que decía toco el cornetín a las órdenes del coronel del regimiento, me toco las narices cuando nos castigan sin paseo y toco los huevos a los demás cuando estudio violín. Odio la vida, a los militares, al régimen y a la madre que los parió. ¿Y tú qué tal? No me dio ninguna dirección para contestarle y Adrià le escribió a casa de sus padres. Me parece que le conté algo de Kornelia, pero muy por encima. Sin embargo, en verano fui a Barcelona y, con el dinero que había puesto mi madre en una cuenta a mi nombre, pagué una fortuna a Toti Dalmau, que ya era médico, y me recomendó un par de revisiones en el Hospital Militar, de las que salí con el certificado de afección cardiorrespiratoria grave, cosa que me eximía de servir a la patria. Por una causa que consideraba justa, Adrià pulsó las teclas de la corrupción. Y no me arrepiento. Ninguna dictadura tiene derecho a exigir a nadie un año y medio o dos de vida, amén.

25

Quería venir a verme con Tecla. Le dije que sólo disponía de una cama y tal, pero era una bobada, porque podían haber ido al albergue tranquilamente. Y después resultó que no pudo ser, porque a Tecla le llegó de pronto mucho trabajo, aunque después me confesó que en realidad sus padres no habían querido darle permiso para hacer un viaje tan largo con ese muchacho tan altote, tan melenudo y tan tristón. Me alegré de que no se presentase con ella; de lo contrario, no habríamos podido hablar abiertamente, es decir, la envidia habría comido a Adrià hasta dejarlo sin aire y habría dicho pero qué haces con una mujer, si los amigos siempre tienen que ser lo primero; ¿sabes a lo que me refiero, desgraciado? ¡Los amigos! Y lo habría dicho por pputa envidia y desesperación, porque mis dificultades cardíacas con Kornelia llevaban el mismo camino que las que había tenido contigo, querida. Con una ventaja: que conocí el secreto de Kornelia. Los secretos. Y a ti… Todavía me preguntaba por qué habías huido a París. En resumen: vino solo, con un violín de estudio y muchas ganas de charlar. Me pareció que había crecido otro poco. Me sacaba más de un palmo. Y empezaba a mirar el mundo con un algo menos de impaciencia. Incluso de cuando en cuando esbozaba una sonrisa sin motivo, porque sí, porque la vida.

—¿Estás enamorado?

Entonces la sonrisa se hizo más profunda. Sí, estaba enamorado. Perdidamente. En cambio yo estaba perdidamente desorientado por una Kornelia que a la menor distracción se iba con otro, porque es la edad de las experiencias. Envidié la sonrisa serena de Bernat. Pero me inquietó un detalle. Cuando se instaló en mi habitación, en la cama plegable, abrió el estuche del violín. El estuche de los violinistas más o menos profesionales no contiene únicamente el instrumento, sino media vida: dos o tres arcos,

resina para las cuerdas, alguna foto, partituras en un bolso lateral, juegos de cuerdas y la única reseña publicada en una revista comarcal. Bernat llevaba el violín de estudio, un arco y nada más. Y una carpeta, sí. Y fue lo primero que abrió: la carpeta. Sacó de ella un texto grapado de cualquier manera y me lo dio. Toma, lee.

—¿Qué es?

—Un relato. Soy escritor.

Lo dijo de una manera que me agobió. En realidad me ha agobiado toda la vida. Con su habitual falta de tacto, pretendía que lo leyera al instante. Lo cogí, miré el título y el grosor y dije esto hay que leerlo con calma, oye.

—Claro, claro. Me voy a dar una vuelta.

—No. Lo leeré por la noche, a la hora de la lectura. Cuéntame cómo es Tecla.

Me dijo que era así y asá, que tenía unos hoyuelos deliciosos en las mejillas, que la había conocido en el conservatorio del Liceu; ella tocaba el piano y él, el primer violín en el quinteto de Schumann.

—Lo más gracioso es que toca el piano y se llama Tecla.

—Lo superará. ¿Toca bien?

Puesto que por su voluntad no habríamos salido de casa, cogí el anorak y dije sígueme, y nos fuimos a la Deutsches Haus, que estaba a rebosar, como siempre; miré de reojo por si veía a Kornelia con alguna de sus experiencias, por eso no presté mucha atención a lo que me decía Bernat, quien, después de pedir lo mismo que yo por si acaso, empezó a decirme te echo de menos porque no quiero ir a estudiar a Europa y…

—Te equivocas.

—Prefiero hacer un viaje interior. Por eso he empezado a escribir.

—Eso es tener la cabeza a pájaros. Te conviene viajar, buscar maestros que te desempolven.

—Esta cosa es asquerosa.

—No: es Sauerkraut.

—¿Cómo?

—Chucrut. Al final se acostumbra uno.

Ni rastro de Kornelia, de momento. A media salchicha ya estaba más tranquilo y casi ni pensaba en ella.

—Quiero dejar el violín —dijo, para provocarme, me parece.

—Te lo prohíbo.

—¿Esperas a alguien?

—No, ¿por qué?

—Bueno, es que estás…, no sé, como si esperases a alguien.

—¿Por qué dices que quieres dejar el violín?

—¿Por qué lo dejaste tú?

—Ya lo sabes. No sé tocar.

—Yo tampoco: no sé si lo recuerdas: me falta alma.

—Ponte a estudiar y la encontrarás. Vete a clase con Kremmer, o con el otro, Perlmann. O procura que te oiga Stern. Caray, chico: Europa está llena de grandes profesores a los que no conocemos. Pon toda la carne en el asador, quémate. O vete a América.

—No tengo futuro como solista.

—Tonterías.

—Calla, que no me entiendes. No puedo hacer más de lo que hago.

—De acuerdo. Pues puedes ser un violinista de orquesta más que correcto.

—Todavía quiero comerme el mundo.

—Tú decides: o te la juegas o no. Y el mundo puedes comértelo desde el atril.

—No. Estoy perdiendo la ilusión.

—¿Y cuando tocas cámara? ¿No eres feliz?

Bernat dudó un poquito, vaciló, miró a la pared. Lo dejé con su vacilación porque en ese momento entró Kornelia del brazo de una nueva experiencia y yo creí que me deshacía; la seguí con la mirada. Fingió que no me veía y se sentaron detrás de mí. Se hizo un vacío horroroso a mi espalda.

—Puede.

—¿Qué?

Bernat me miró sin comprender. Con paciencia:

—Puede que lo sea un poco cuando toco cámara.

En esos momentos, la música de cámara de Bernat me importaba un pito. Lo primero era el vacío, el picor de la espalda. Y me volví fingiendo que buscaba a la camarera rubia. Kornelia consultaba la lista de salchichas de la carta y se reía al mismo tiempo. La experiencia lucía un bigote asombroso, totalmente detestable y fuera de lugar. Diametralmente opuesto al secreto alto y rubio de hacía diez días.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¿Qué quieres que me pase?

—No sé. Estás como…

Entonces Adrià sonrió a la camarera, que pasaba por allí, le pidió un poco de pan, miró a Bernat y dijo dime, dime, perdona, es que estaba…

—Pues que cuando toco música de cámara a lo mejor sí que…

—¿Lo ves? ¿Y si haces la integral de Beethoven con Tecla?

El picorcillo de la espalda era tan intenso que no sabía si decía tonterías o no.

—Sí, podría, pero ¿y qué? ¿Quién nos contrataría para tocarla en una sala? ¿O para grabarla en una docena de elepés? ¿Eh?

—Hombre…, sólo por hacerlo… Perdona un momento.

Me levanté y fui hacia el lavabo. Pasé por delante de Kornelia y su experiencia, la miré, ella levantó la cabeza, me vio, dijo hola y siguió mirando la carta de salchichas. Hola. Como si fuese lo más normal, después de haberme jurado amor eterno, o casi, y de haber yacido conmigo, se busca una experiencia y cuando nos encontramos me dice hola y sigue mirando la carta de salchichas. Estuve a punto de soltar este bratwurst que tengo aquí es muy bueno, señorita. De camino a los servicios oí decir a la experiencia, con un acento bávaro que tiraba para atrás, ¿quién es ese tío del bratwurst? Me perdí la respuesta de Kornelia porque me retiré hacia los lavabos para dar paso a unas camareras con bandejas llenas.

Tuvimos que saltar unas rejas puntiagudas para poder pasear de noche por el cementerio. Hacía mucho frío, pero nos convenía a ambos porque habíamos bebido como cosacos, él, sin dejar de pensar en la música de cámara y yo, conociendo a experiencias nuevas. Le conté cosas de las

clases de hebreo, de las materias de filosofía que intercalaba con las de filología y de mi decisión de pasarme la vida estudiando; si puedo asistir a las clases de la universidad, fantástico; en caso contrario, seré erudito por mi cuenta.

—¿Y con qué vas a ganarte la vida? Si es que tienes que ganártela.

—Siempre habrá un plato caliente para mí en tu mesa.

—¿Cuántas lenguas hablas?

—Tú no dejes el violín.

—Me falta el canto de un duro.

—¿Y por qué lo has traído?

—Para hacer digitación. El domingo toco en casa de Tecla.

—Bien, ¿no?

—¡Huy, sí, apasionante! Pero tengo que impresionar a sus padres.

—¿Qué vais a tocar?

—César Franck.

Estoy seguro de que los dos nos pasamos el minuto siguiente rememorando el inicio de la sonata de Franck, un diálogo muy elegante entre los dos instrumentos, que no era más que la introducción a grandes placeres.

—Siento haber abandonado el violín —dije yo.

—A buenas horas, mariconazo.

—Lo digo porque no quiero que te arrepientas dentro de unos meses y me maldigas por no haberte avisado.

—Me parece que quiero ser escritor.

—Me parece muy bien que escribas. Pero no hace falta que renuncies a…

—¡Deja de hacerte el paternalista, hostia!

—Vete a la mierda.

—¿Sabes algo de Sara?

Seguimos andando en silencio hasta el final de la calle, hasta la tumba de Franz Grübbe. Comprendí que había hecho bien en no decirle nada de Kornelia y de mis sufrimientos. En esa época me dio por tener en cuenta la imagen que proyecto al exterior.

Bernat repitió la pregunta sólo con la mirada y no insistió. Me lloraban los ojos porque hacía un frío que cortaba.

—¿Por qué no volvemos? —dije.

—¿Quién era ese Grübbe?

Adrià miró pensativamente la gruesa cruz. Franz Grübbe, 1918-1943. Lothar Grübbe, con mano temblorosa e indignadamente, apartó una rama de zarzal que alguien había dejado allí como un insulto. Se arañó con ella y no pudo pensar en la rosa silvestre de Schubert porque hacía tiempo que la fatalidad se había apoderado de sus pensamientos. Con ternura depositó un ramo de rosas blancas como el alma de su hijo.

—Te buscas la perdición —le dijo Herta, que, sin embargo, había querido acompañarle—. Estas flores gritan.

—No tengo nada que perder. —Se incorporó—. Al contrario: he ganado el premio de un hijo héroe, valiente y mártir.

Miró alrededor. El aliento formó una nube densa. Sabía que al anochecer las rosas blancas, además de ser un grito de rebeldía, ya estarían congeladas. Pero hacía prácticamente un mes que habían enterrado a Franz y había prometido a Anna que le llevaría flores el decimosexto día de cada mes hasta que no pudiese andar. Era lo mínimo que podía hacer por su hijo, el héroe, el valiente, el mártir.

—¿Era un personaje importante este Grübbe?

—¿Qué?

—¿Por qué te paras aquí?

—Franz Grübbe, mil novecientos dieciocho, mil novecientos cuarenta y tres.

—¿Quién era?

—Ni idea.

—Hostia, qué frío hace en Tübingen. ¿Siempre es así?

Lothar Grübbe vivía silencioso y enfurruñado desde la llegada de Hitler al poder y hacía gala de su enfurruñamiento silencioso ante sus vecinos, quienes hacían como si no se dieran cuenta del enfurruñamiento de Lothar Grübbe, pero decían este hombre se va a complicar la vida; y él, enfurruñado, hablaba con su Anna mientras paseaba, solitario, por el parque, y le decía no puede ser que nadie se rebele, no puede ser. Y cuando

Franz volvió de la universidad, donde perdía el tiempo estudiando leyes que serían abolidas por el Nuevo Orden, se le hundió el mundo porque su Franz, con los ojos brillantes de emoción, le dijo papá, siguiendo las indicaciones y los deseos del Führer, acabo de solicitar el ingreso en las SS y es muy probable que me acepten, porque he podido comprobar que estamos limpios hasta cinco o seis generaciones. Y Lothar, perplejo, desconcertado, dijo qué te han hecho, hijo mío, cómo es posible que…

—Padre, Iniciamos Una Nueva Era De Fuerza, Energía, Luz Y Futuro. Etcétera, Padre. Quiero que te alegres por ello.

Lothar lloró ante su entusiasmado hijo y éste le afeó la debilidad de las lágrimas. Por la noche se lo contó a su Anna y le dijo perdona, Anna, es culpa mía, es culpa mía por haberle permitido ir a estudiar fuera de casa; nos lo han infectado de fascismo, Anna querida. Y Lothar Grübbe tuvo mucho tiempo para llorar porque, un mal día, el joven Franz, ausente otra vez, por no enfrentarse a la mirada reprobadora de su padre, se limitó a mandarle un telegrama entusiasta que decía La Tercera Compañía De Las Waffen-SS De No Sé Qué Narices De No Sé Qué Más, Papá, Parte Con Destino Al Frente Del Sur, Stop. Por Fin Puedo Ofrecer La Vida A Mi Führer, Stop. No Llores Por Mí Si Se Diese El Caso. Stop. Viviré Eternamente En El Walhalla. Stop. Y Lothar lloró y se dijo que lo guardaría en secreto y esa noche no contó a Anna que había recibido un Telegrama de Franz Cargado De Aborrecibles Mayúsculas.

Drago Gradnik tuvo que inclinar hacia delante su inmenso corpachón para oír la vocecilla anémica del encargado de la estafeta de Jesenice, cerca del Sava Dolinka, que bajaba muy crecido por el deshielo primaveral.

—¿Qué dice?

—Esta carta no llegará a destino.

—¿Por qué? —voz de trueno.

El abuelo de correos se puso las gafas y leyó en voz alta: Fèlix Ardèvol, 283 Valencia ulica, Barcelona, Španija. Y volvió a poner la carta a disposición del gigante.

—Se perderá por el camino, capitán. Todas las cartas de la saca van con destino a Ljubljana exclusivamente.

—Soy sargento.

—Es igual, da lo mismo, se perderá de todos modos. Estamos en guerra. ¿Acaso no se ha enterado?

Gradnik, contra su costumbre, hizo un gesto amenazador al funcionario y, con la voz más profunda y desagradable de su repertorio, dijo lama usted un sello de cincuenta para, péguelo en el sobre, póngale un tampón, meta la carta en la saca que tengo que llevarme y déjela volar. ¿Me ha entendido?

A pesar de las voces que lo reclamaban desde fuera, Gradnik esperó a que el hombre, ofendido, en silencio, cumpliese las órdenes del partisano carcamal. Y cuando acabó, depositó el sobre dentro de la saca, poco cargada de correspondencia con destino a Ljubljana. El sargento gigante la cogió y salió al sol de la calle. Diez hombres impacientes lo llamaban desde el camión y, nada más verlo salir, pusieron el motor en marcha. En la caja del camión había otras seis o siete sacas semejantes; Vlado Vladić, tumbado, fumaba y miraba el reloj y dijo joder, que sólo era retirar la saca, sargento.

El camión, con las sacas de correos y una quincena de partisanos, no pudo arrancar. Insólitamente, un Citroën se detuvo frente a él; se apearon tres partisanos y pusieron al corriente a sus camaradas: ese Domingo de Ramos, el día en que Croacia y Eslovenia conmemoran la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén a lomos de un borrico, tres compañías de la SS Division Reich optaron por emular al Hijo de Dios y entraron triunfalmente en Eslovenia, pero motorizados, en tanto la Luftwaffe destruía el centro de Belgrado y el gobierno real, con el rey en primera línea, huía por piernas, camaradas. Es la hora de dar la vida por la libertad. Iréis a Kranjska Gora a frenar a la división Waffen SS. Y Drago Gradnik pensó me ha llegado la hora de la muerte, bendito sea el Señor. Moriré en Kranjska Gora intentando frenar a una imparable división Waffen SS. Y, como había hecho toda su vida, no se lamentó. Supo que se equivocaba desde el momento en que colgó la sotana, se puso en contacto con el comando de partisanos que actuaba en su barrio y se ofreció voluntario por el país, pero no podía hacer

otra cosa, pues tenía el mal delante de las narices, ya fuese en forma de ustachas de Pavelić o de las SS del diablo, y las teologías debían ceder el paso a lastimosas necesidades urgentes. Llegaron a Kranjska Gora sin encontrarse con ningún demonio y, de un modo u otro, todos pensaban que tal vez la información no fuera exacta; pero al salir por la carretera de Borovška, un comandante sin estrellas, con acento croata y barba de veinte días, les dijo ha llegado la hora de la verdad; luchamos a muerte contra el nazismo; sois el ejército de partisanos por la libertad y contra el fascismo. No seáis compasivos con el enemigo como él no lo ha sido con ningún enemigo ni lo será con nosotros. Drago Gradnik habría añadido por los siglos de los siglos amén, pero se contuvo, porque el comandante sin estrellas siguió precisando con claridad cómo debía actuar cada nido de defensa. Gradnik tuvo tiempo para pensar en que, por primera vez en la vida, sin escapatoria posible, tendría que matar.

—Hala, a toda leche hacia las colinas. ¡Y mucha suerte!

El grueso de la fuerza, con ametralladoras, bombas de mano y morteros, ocupaba los lugares seguros. Los tiradores debían apostarse en las cimas, como las águilas. Los doce tiradores se distribuyeron ágilmente —excepto el padre Gradnik, que resollaba como una ballena— en los puestos de defensa, cada uno con su fusil y trece cargadores solamente. Y si se acaban las balas, tirad piedras; y si se acercan, estranguladlos, pero que no entren en el pueblo. Tener buena puntería significaba recibir un Nagant con mira telescópica. Y también significaba mirar, seguir, observar y relacionarse con el objetivo al que, finalmente, había que aniquilar.

Cuando estaba a punto de ahogarse en su propio aliento, una mano lo ayudó a superar el escalón final. Era Vlado Vladić, que ya estaba tumbado en tierra, apuntando hacia el recodo solitario de la carretera; le dijo sargento, hay que mantenerse en forma. Desde lo alto de la colina se oían las oropéndolas, que, asustadas, volaban sobre ellos como si quisieran delatarlos a los alemanes. Pasaron un par de minutos en silencio, mientras Gradnik recuperaba el aliento.

—¿Qué hacía antes de la guerra, sargento? —preguntó el partisano serbio en un esloveno horroroso.

—Era panadero.

—Y un huevo. Usted era cura.

—Si lo sabes ¿por qué me lo preguntas?

—Quiero confesarme, padre.

—Estoy en guerra. No soy sacerdote.

—Lo es.

—No. He pecado contra la esperanza. Soy yo quien debería confesarse. Colgué la

Enmudeció de repente: por un recodo solitario asomó una tanqueta, seguida de dos, cuatro, ocho, diez, doce, joder, Dios mío. Veinte, treinta o mil vehículos blindados llenos de soldados. Y detrás, unas tres o cuatro compañías de a pie muy nutridas. Las oropéndolas seguían alborotando, indiferentes al odio y al miedo.

—Padre, cuando empiece el follón, usted, al teniente de la derecha y yo, al de la izquierda. No pierda de vista al suyo.

—¿El más alto y delgado?

—Ajá. Haga como yo.

Eso era rondar a la muerte, pensó Gradnik con el corazón en un puño.

Después del último vehículo, el joven SS-Obersturmführer Franz Grübbe, al frente de su sección, proyectaba la mirada hacia las colinas de la izquierda, sobre las que revoloteaban unos pájaros que no había visto nunca. No miraba a la altura por avistar enemigos, sino que se imaginaba el Momento De Gloria En Que Toda Europa Sería Guiada Por Nuestro Führer Clarividente Y Alemania Se Convertiría En El Modelo De Sociedad Ideal En El Que Se Mirarían Los Pueblos Inferiores. Precisamente en la colina de la izquierda, casi frente a las primeras casas de Kranjska Gora, cien partisanos confundidos entre el paisaje aguardaban la señal del comandante croata; la señal convenida era el primer disparo de las ametralladoras contra los vehículos. Y Drago Gradnik, nacido en Ljubljana el treinta de agosto de mil ochocientos noventa y cinco, alumno del colegio de los jesuitas de la ciudad, que decidió consagrar su vida a Dios e ingresó, ardiente de devoción, en el seminario diocesano de Viena y que, habida cuenta de su capacidad intelectual, fue elegido para cursar Teología en la Pontificia

Università Gregoriana, así como exégesis bíblica en el Pontificio Istituto Biblico, considerando que su destino era llevar a cabo grandes proyectos en el seno de la Santa Madre Iglesia, durante un larguísimo minuto tuvo en el punto de mira de su escopeta al repugnante joven oficial de las SS que miraba hacia arriba con orgullo de vencedor al tiempo que abría el paso de la ¿compañía?, ¿sección?, ¿patrulla?, que era preciso detener.

Y empezó el follón. Por unos momentos pareció que los soldados se sorprendían al encontrar resistencia inesperadamente tan lejos de Ljubljana. Gradnik seguía fríamente los movimientos de su víctima con la mira telescópica y pensó si aprietas el gatillo, Drago, ya no tendrás derecho a entrar en el Paraíso. Estás conviviendo con el hombre al que finalmente tienes que matar. El sudor quiso nublarle la vista, pero él se negó a quedarse ciego. Había tomado una determinación y debía mantener a la víctima en el visor telescópico. Por último, todos los soldados cargaron armas, pero no sabían exactamente hacia dónde apuntar. De todos modos, serían los vehículos blindados y sus ocupantes quienes se llevarían la peor parte.

—¡Ahora, padre!

Dispararon a la vez. Gradnik tenía a su oficial de cara, con el fusil a punto, mirando sin saber hacia dónde disparar. El oficial de las SS se apoyó contra la pared de un terraplén y de repente dejó caer el fusil, inmóvil, indiferente a todo lo que pasaba, con la cara súbitamente teñida de sangre. El joven SS-Obersturmführer Franz Grübbe no tuvo tiempo de pensar en La Gloria Del Combate, ni en el Nuevo Orden ni en el Mañana Esplendoroso que brindaba a los supervivientes con su muerte, porque le habían volado media cabeza y no podía pensar en pájaros desconocidos ni de dónde venían los disparos. En ese momento Gradnik reconoció que no importaba cerrarse las puertas del Paraíso, porque estaba haciendo lo que debía. Cargó el Nagant. Con la mira telescópica barrió las filas enemigas. Un sargento de las SS daba órdenes a gritos para reorganizarlos. Le apuntó al cuello para que dejase de gritar y disparó. Y fríamente, sin perder los nervios, volvió a cargar y aún abatió a unos cuantos suboficiales más.

Antes de ponerse el sol, la columna de las Waffen-SS se batió en retirada abandonando a los muertos y la chatarra de los vehículos. Los partisanos bajaron como buitres a rebuscar entre los cadáveres. De vez en

cuando se oía el estallido glacial de la pistola del comandante sin uniforme, que remataba a los heridos con un rictus de dureza en los labios.

Siguiendo órdenes estrictas, los partisanos supervivientes debían registrar los cadáveres y recoger armas, municiones, botas y chaquetas de piel. Como impelido por una fuerza misteriosa, Drago Gradnik fue al encuentro de su primer muerto. Era un joven de cara bondadosa y ojos cubiertos de sangre que miraba al frente, apoyado aún en la pared, con el casco destrozado y la cara roja. No le había dado la menor posibilidad. Perdona, hijo, le dijo. Y entonces vio a Vlado Vladić, que, junto con dos compañeros, recogía placas de identificación; lo hacían siempre que podían, para dificultar las labores de identificación de los enemigos. Al llegar a su muerto, le arrancó la chapa sin contemplaciones. Gradnik reaccionó:

—¡Espera! ¡Dámela!

—Padre, tenemos que…

—¡He dicho que me la des!

Vladić se encogió de hombros y le entregó la placa.

—Su primer muerto, ¿verdad?

Y prosiguió con su trabajo. Drago Gradnik miró la placa. Franz Grübbe. El primer hombre al que había matado se llamaba Franz Grübbe, un joven SS-Obersturmführer rubio y probablemente con los ojos azules. Se imaginó un momento yendo a ver a la viuda o a los padres del muerto para ofrecerles consuelo y decirles, de rodillas, lo hice yo, fui yo, confiteor. Y se guardó la chapa en el bolsillo.

Todavía ante la tumba, me encogí de hombros y repetí oye, vámonos, hace un frío que pela. Y Bernat, como quieras, tú mandas, tú has mandado siempre en mi vida.

—Vete a la mierda.

Estábamos tan tiesos de frío que saltar la verja del cementerio para salir al mundo me costó un desgarrón en los pantalones. Dejamos a los muertos solos, helados, a oscuras con sus historias eternas.

No leí el escrito de Bernat; él se durmió en cuanto puso la cabeza en la almohada, debía de estar reventado del viaje. Mientras esperaba a que me entrase sueño, preferí pensar en el choque de culturas durante el declive del Imperio romano y me imaginé si sería posible en la Europa actual. Pero, de

pronto, Kornelia y Sara entraron en mis felices pensamientos y me entristecí profundamente. Y no tienes valor para contárselo a tu mejor amigo.

Al final ganó la opción Bebenhausen porque Adrià tenía el día muy histórico y

—No, el día no: la vida entera. Para ti todo es historia.

—Querrás decir la historia de cualquier cosa, porque nos cuenta el estado presente de la cosa cualquiera. Y hoy tengo el día histórico, conque vamos a Bebenhausen porque, según tú, siempre he mandado yo.

Hacía un frío inimaginable. Enfrente de la facultad, los pobres árboles de Wilhelmstrasse, desnudos de hojas, aguantaban el tipo con paciencia, sabiendo que llegarían tiempos mejores.

—Yo no podría vivir aquí. Se me helarían las manos y no podría tocar…

—¿Y qué más da? Si vas a dejarlo, puedes quedarte a vivir aquí.

—¿Te he contado cómo es Tecla?

—Sí. —Echó a correr—. ¡Vamos, ahí llega el autobús!

En el autobús hacía tanto frío como fuera, pero la gente se desabrochaba el cuello del abrigo. Bernat empezó a decir tiene unos hoyuelos en las mejillas que parecen

—Que parecen ombligos, ya me lo has dicho.

—Oye, si no quieres que…

—¿No tienes ninguna foto?

—Ah, pues no. No se me ha ocurrido.

Lo cierto era que Bernat no tenía fotos de Tecla porque aún no le había hecho ninguna, porque aún no tenía cámara y porque Tecla no tenía ninguna para dejarle, pero a mí me da igual porque no me canso de describirla.

—Yo sí, de oírte.

—No sé por qué hablo contigo, con lo antipático que eres.

Adrià abrió la cartera que formaba parte de sí mismo, sacó unas hojas y se las enseñó.

—Porque leo tus debilidades.

—Ahí va, ¿ya lo has leído?

—Todavía no.

Adrià leyó el título y no pasó la página. Bernat lo observaba de reojo. Ninguno de los dos se percató de que la recta carretera entraba en un valle, flanqueada por bosques de abetos espolvoreados de blanco. Pasaron dos minutos eternos durante los cuales Bernat pensó que si tardaba tanto en leer sólo el título, es que… a lo mejor le sugiere cosas; a lo mejor lo transporta, como a mí cuando lo escribí en la primera página. Pero Adrià miraba las cinco palabras del título pensando no sé por qué no voy y le digo Kornelia, cortemos y se acabó. Te has portado como una guarra, ¿sabes?, y a partir de ahora me concentraré en añorar a Sara; y sabía que lo que pensaba era mentira porque cuando se encontrase con Kornelia se desharía, abriría la boca y haría lo que quisiera ella, aunque fuese dar media vuelta porque esperaba a una nueva experiencia, Dios mío, por qué soy tan calzonazos.

—¿Te gusta? Es bueno, ¿no?

Adrià retornó de su mundo. Se levantó sobresaltado.

—¡Oye, que es aquí!

Se apearon en la parada de la carretera. Ante ellos, el pueblo helado de Bebenhausen. Una mujer de pelo blanco bajó al mismo tiempo y les sonrió. Adrià tuvo la ocurrencia repentina de pedirle que les hiciera una foto con esta máquina, ¿ve usted? La mujer dejó el capazo en el suelo, cogió la máquina y dijo naturalmente, ¿dónde hay que apretar?

—Aquí. Muy amable, señora.

Los dos amigos se pusieron de manera que se viese el pueblo cubierto por la fina capa de hielo que lo hacía tan inhóspito. La mujer disparó y dijo ya está. Adrià se hizo cargo de la máquina y del capazo. Con un gesto, indicó a la mujer que echase a andar, que el capazo se lo llevaba él. Iniciaron los tres la subida de una rampa que desembocaba en unas casas.

—Cuidado —dijo la mujer—, el asfalto helado es traidor.

—¿Qué ha dicho? —Bernat, todo oídos.

En ese momento resbaló al dar un paso y se cayó de culo en medio de la rampa.

—Eso —dijo Adrià, y rompió a reír.

Bernat se levantó, humillado, masculló un juramento y no tuvo más remedio que poner buena cara. Al coronar la cuesta, Adrià devolvió el capazo a la señora.

—¿Turistas?

—Estudiantes.

Él le dio la mano y dijo Adrià Ardèvol. Encantado.

—Herta —dijo la mujer. Y se alejó, con el capazo en una mano y sin resbalar ni por recomendación.

Hacía más frío que en Tübingen, un frío indecente. El claustro, tranquilo y silencioso mientras esperaban a que diesen las diez en punto para la visita guiada. Los demás visitantes aguardaban en el vestíbulo, más resguardados. Pisaron el hielo todavía virgen de la helada nocturna.

—Qué preciosidad —dijo Bernat, admirado.

—Me gusta mucho este sitio. He venido seis o siete veces, en primavera, en verano, en otoño… Es relajante.

Bernat respiró con satisfacción y dijo no se puede no creer al ver la belleza y la paz de este claustro.

—Los que vivían aquí adoraban a un Dios vengativo y rencoroso.

—Un poco de respeto.

—Lo digo con resentimiento, Bernat; no bromeo.

En silencio, sólo se oía el hielo que resquebrajaban a cada paso. Los pájaros no tenían interés en congelarse. Bernat respiró hondo y sacó una nube tan espesa como una locomotora. Adrià reanudó la conversación:

—El Dios cristiano es rencoroso y vengativo. Si cometes una falta y no te arrepientes, te castiga con el infierno eterno. Me parece una reacción tan desproporcionada, que no quiero tener trato con semejante Dios.

—Pero…

—Pero qué.

—Es el Dios del amor.

—Y un cuerno: si has faltado a misa o has robado al vecino, te asas en el infierno. No veo el amor por ningún sitio.

—Eso es una visión parcial.

—No te digo que no; no soy especialista. —Se detuvo en seco—. Hay cosas que me consumen más.

—¿Como qué?

—El mal.

—¿Qué?

—El mal. ¿Por qué lo permite, tu Dios? No lo evita, sencillamente castiga al malvado con el fuego eterno. ¿Por qué no lo evita? ¿Hay respuesta para eso?

—No… Bueno… Dios respeta la libertad humana.

—Eso te lo han hecho creer los astutos sacerdotes; para ellos también es inexplicable la dejadez de Dios en el cumplimiento de sus funciones en lo tocante al mal.

—El malvado será castigado.

—Pues qué bien: después de haber cometido todos los disparates.

—Yo no lo sé, Adrià, coño; no se puede hablar contigo. No tengo argumentos, ya lo sabes… Soy creyente y punto.

—Perdona; no quería…, pero eres tú quien ha sacado el tema.

Se abrió una puerta y un grupo reducido de exploradores, capitaneados por el guía, se dispuso a emprender la visita.

—El monasterio de Bebenhausen, cuya visita comenzamos, fue fundado por Rudolf I de Tübingen en mil ciento ochenta y secularizado en mil ochocientos seis.

—¿Qué significa secularizado? —preguntó una mujer que llevaba un abrigo granate y gafas muy gruesas con montura de plástico.

—Digamos que dejó de usarse como monasterio. —A continuación el guía les hizo la pelota con elegancia diciendo que eran personas cultas por preferir la arquitectura del doce y el trece a la copita de schnapps o a la cerveza. Después les contó que en diversas etapas del siglo veinte había servido para celebrar reuniones de distintas entidades políticas locales y regionales hasta que, gracias a un reciente acuerdo del gobierno federal, se prevé su total rehabilitación, para que los visitantes puedan observar con fidelidad el aspecto que tenía cuando era monasterio y daba cobijo a una

nutrida comunidad de monjes cistercienses—. Este verano empiezan las obras de rehabilitación. Ahora, si tienen la bondad de seguirme, vamos a entrar en lo que fue la iglesia del monasterio. Cuidado con las escaleras. Ojo. Agárrese aquí, señora, que si se parte usted una pierna se perderá mis magníficas explicaciones. —Y el noventa por ciento del grupo sonrió.

Los visitantes, muertos de frío, entraron en la iglesia y tomaron muchas precauciones con las escaleras. Una vez en el interior, Bernat se dio cuenta de que entre los nueve ateridos visitantes no se encontraba Adrià. Mientras el guía de pelo blanco decía esta iglesia, que conserva todavía muchos elementos del gótico tardío, como por ejemplo esta bóveda que se alza sobre nuestras cabezas, Bernat salió de la iglesia y regresó al claustro. Lo vio sentado en una piedra cubierta de nieve, de espaldas, leyendo…, sí, ¡leyendo sus páginas! Lo observó con ansiedad. Lamentó no tener una máquina fotográfica, porque no habría dudado en inmortalizar el momento en que Adrià, su mentor espiritual e intelectual, la persona en quien más confiaba y de quien más desconfiaba en la vida, leía, absorto, las ficciones que él había creado de la nada. Se supo importante un momento y dejó de notar el frío. Volvió al interior de la iglesia. El grupo ya estaba bajo una ventana que mostraba desperfectos producidos por no pudo saber qué causa y entonces uno de los congelados turistas preguntó cuántos monjes vivían aquí, en los tiempos de esplendor.

—Durante el siglo quince, hasta un centenar —contestó el guía.

Como las páginas de mi relato, pensó Bernat. Y se imaginó que su amigo iría ya por la dieciséis, cuando Elisa dice que la única opción que le queda es huir de casa.

—Pero ¿adónde vas a ir, criatura? —se estremeció Amadeu.

—No me llames criatura —se indignó Elisa, echándose atrás la melena con un gesto seco.

Cuando se enfadaba, se le dibujaban unos hoyuelos en las mejillas que parecían pequeños ombligos; Amadeu los veía y, al mirarlos, perdía el habla y se le iba el santo al cielo.

—¿Cómo dice?

—Que no puede quedarse aquí solo. Debe seguir con el grupo.

—Por supuesto —dijo Bernat levantando los brazos en señal de inocencia, y abandonó a sus personajes a la lectura atenta de Adrià. Se colocó al final del grupo, que empezaba a bajar unos peldaños y tengan cuidado con las escaleras, que con esta temperatura son traidoras. Adrià seguía en el claustro, leyendo, ajeno al frío que hacía y, por unos momentos, Bernat fue el hombre más feliz del mundo.

Optó por volver a pagar y repetir el itinerario con un nuevo grupo de gente que tenía cara de frío. En el claustro, Adrià leía inmóvil, sin levantar la cabeza. ¿Y si se había quedado congelado?, se estremeció Bernat. No se dio cuenta de que lo que más lo entristecía, si Adrià se congelaba, era que no habría acabado de leer su relato. Pero lo miró de reojo mientras oía decir al guía que el monasterio de Bebenhausen, cuya visita comenzamos, fue fundado por Rudolf I de Tübingen en mil ciento ochenta y secularizado en mil ochocientos seis.

—¿Qué significa secularizado? —preguntó un hombre joven, alto y delgado, embutido en un anorak azul eléctrico.

—Digamos que dejó de usarse como monasterio. —A continuación el guía les hizo la pelota con elegancia diciendo que eran personas cultas por preferir la arquitectura del doce y el trece a la copita de schnaps o a la cerveza. Después les contó que en diversas etapas del siglo veinte había servido para celebrar reuniones de diversas entidades políticas locales y regionales hasta que, gracias a un reciente acuerdo del gobierno federal, se prevé su total rehabilitación, para que los visitantes puedan observar con fidelidad el aspecto que tenía cuando era monasterio y daba cobijo a una nutrida comunidad de monjes cistercienses—. Este verano empiezan las obras de rehabilitación. Ahora, si tienen la bondad de seguirme, vamos a entrar en lo que fue la iglesia del monasterio. Cuidado con las escaleras. Ojo. Agárrese aquí, señora, que si se parte usted una pierna se perderá mis magníficas explicaciones. —Y el noventa por ciento del grupo sonrió. Bernat oyó al hombre decir esta iglesia, que conserva todavía muchos elementos del gótico tardío, como por ejemplo esta bóveda que se alza sobre nuestras cabezas, pero desde la puerta, porque volvió furtivamente

atrás, al claustro, y se escondió detrás de una columna. No: Adrià no se había congelado, estaba pasando una página, le dio un escalofrío y volvió a concentrarse. Página cuarenta o cuarenta y cinco, calculó Bernat. Adrià leía haciendo esfuerzos para que ni Sara ni Kornelia se convirtiesen en Elisa y no quería moverse de allí a pesar del frío. Cuarenta o cuarenta y cinco, en el momento en que Elisa emprende la subida del Cantó en bicicleta agitando la melena; ahora que lo pienso, si es cuesta arriba, no puede ir agitando la melena, bastante tendrá con pedalear. Debo revisarlo. Si fuese cuesta abajo, todavía. Pues lo convertiré en la bajada del Cantó. Ya está, la bajada del Cantó y agitando la melena. Debe de gustarle, porque ni siquiera nota el frío. Procurando no hacer ruido al andar, volvió con el grupo, que en esos momentos levantaba la cabeza como un solo hombre para contemplar los artesonados, que son una maravilla de marquetería, y una mujer de pelo del color de la paja dijo wunderbar y miró a Bernat como si le pidiese un posicionamiento estético. Bernat, más que pletórico de emoción, asintió con la cabeza tres o cuatro veces, pero no se atrevió a decir wunderbar porque enseguida se habría notado que no era alemán y no quería delatarse. Al menos, no hasta que Adrià le dijera qué le parecía y él se pusiera a saltar y a chillar, loco de alegría. La mujer del pelo del color de la paja se dio por satisfecha con el ambiguo gesto de Bernat y dijo wunderbar, pero más bajito, sólo para sí.

En la cuarta visita, el cicerone, que hacía rato que miraba a Bernat con desconfianza, se acercó y lo miró a los ojos como para averiguar si ese turista mudo y solitario le estaba tomando el pelo o era víctima entusiasta de los encantos del monasterio de Bebenhausen; o tal vez de sus explicaciones. Bernat miró con entusiasmo el díptico, arrugado por el nerviosismo, y el guía meneó la cabeza, chascó la lengua y dijo el monasterio de Bebenhausen, cuya visita comenzamos, fue fundado por Rudolf I de Tübingen en mil ciento ochenta y secularizado en mil ochocientos seis.

—Wunderbar. ¿Qué significa secularizado? —preguntó una mujer joven, guapa, abrigada como un esquimal y con la nariz enrojecida por el frío.

Cuando salieron del claustro, después de haber admirado el artesonado del techo, Bernat, escondido entre los carámbanos de hielo que eran los visitantes, comprobó que debía de ir por la página ochenta y Elisa ya habría vaciado el estanque y habría dejado morir a los doce peces rojos en la emotiva escena en que decide castigar a los dos chavales, pero no físicamente, sino en el sentimiento, dejándolos sin peces. Y eso era la preparación para el inesperado final del que estaba especial y humildemente orgulloso.

No había más grupos. Bernat se quedó en el claustro, mirando descaradamente a Adrià, quien en ese momento pasaba la página ciento tres, doblaba las hojas y se quedaba un rato mirando el helado seto de boj que tenía enfrente. De pronto se levantó y entonces vi a Bernat, que me miraba como si fuera yo una aparición, con cara rara, y me dijo creía que te habías congelado. Salimos en silencio y Bernat preguntó tímidamente si quería hacer el circuito guiado, pero le dije que no hacía falta, que me lo sabía de memoria.

—Yo también —respondió.

Cuando salimos dije que era necesario tomar un té muy caliente con urgencia.

—Bueno, ¿qué?

Adrià miró a su amigo sin comprender y éste señaló con la barbilla el paquete de hojas que llevaba su amigo en la mano enguantada. Pasaron ocho o diez o mil segundos angustiosos de silencio. Entonces Adrià, sin mirar a Bernat a los ojos, dijo es muy malo, malísimo. No tiene alma; las emociones no son creíbles, ninguna. No sé por qué, pero me parece muy malo. Ni sé quién es Amadeu; y lo peor es que me importa un pimiento, por no hablar de Elisa.

—Lo dices en broma. —Bernat, pálido como mi madre cuando me dijo tu padre se ha ido al cielo.

—No. Me pregunto por qué te empecinas en escribir si con la música…

—Qué hijo de puta eres.

—No habérmelo dado a leer.

Al día siguiente, en el autobús que los llevaba a la estación de Stuttgart, porque había pasado algo con el tren de Tübingen, cada uno miraba su paisaje, Bernat, sumido en un hostil silencio tozudo y con la misma cara de perro que procuraba no cambiar desde la instructiva visita al monasterio de Bebenhausen.

—Un día me dijiste que a los amigos íntimos no se los engaña, acuérdate, Bernat. O sea que deja de hacerte el ofendido, hostia.

Lo dijo en voz alta, porque hablar en catalán en un autobús que va de Tübingen a Stuttgart produce una curiosa sensación de aislamiento e impunidad.

—Discúlpame. ¿Hablabas conmigo?

—Sí. Y añadiste que si el hijo de puta de mi amigo íntimo es incapaz de decírmelo y prefiere hacer como todo el mundo, ay, qué bien, Bernat, que montón de… Me falta la chispa mágica. Y tú no tendrías que mentirme. No me mientas nunca más, Adrià, o dejamos de ser amigos. ¿Te acuerdas de esas palabras? Son tuyas. Y dijiste más cosas; dijiste sé que eres el único que me dice la verdad.

Lo miró un poco de soslayo.

—Y nunca dejaré de hacerlo, Bernat. —Mirando hacia delante, aún añadió—: Si no me fallan las fuerzas.

El autobús avanzó unos brumosos y húmedos kilómetros más.

—Toco porque no sé escribir. —Bernat lo dijo mirando por la ventanilla.

—¡Ésa sí que es buena! —gritó Adrià. Y miró a la señora del asiento anterior como pidiéndole su opinión. La señora desvió la mirada hacia el paisaje gris, lluvioso y triste que los acercaba a Stuttgart: mediterráneos chillones; seguramente son turcos. Silencio larguísimo, hasta que el más alto de los dos muchachos turcos distendió la cara y miró de reojo a su compañero:

—¿Ésa sí que es buena? ¿A qué te refieres?

—El arte verdadero nace de la frustración. La felicidad no es creativa.

—En ese caso, soy un artista de la hostia.

—Oye, que estás enamorado, no lo olvides.

—Cierto, pero lo único que me funciona es el corazón —puntualizó Kemal Bernat—. Lo demás no vale una mierda.

—Te lo cambio ahora mismo —replicó sinceramente Ismail Adrià.

—De acuerdo, pero no podemos hacerlo. Estamos condenados a envidiarnos.

—¿Qué pensará esa señora que va delante de nosotros?

Kemal observó a la mujer, que contemplaba obstinadamente el paisaje, urbano ahora, pero tan gris y lluvioso como el de antes. Kemal se alegró de poder cambiar de cara, ya que, por muy ofendido que estuviera, era fatigoso mantener la de perro. Como si destilara un gran pensamiento:

—No sé por qué, pero estoy seguro de que se llama Ursula.

Ursula lo miró. Abrió y cerró el bolso, tal vez para disimular la turbación, pensó Kemal.

—Y tiene un hijo de nuestra edad —añadió Ismail.

Al principio del repecho, el carro empezó a gemir y el carretero descargó la tralla con fuerza sobre el lomo de los caballos. La cuesta era demasiado empinada para subirla con el peso de veinte hombres, pero una apuesta era una apuesta.

—¡Ya puede rascarse el bolsillo, sargento! —dijo el carretero.

—-Todavía no estamos arriba.

Los soldados, que querían degustar el placer de ver perder una apuesta al sargento, contuvieron la respiración como para ayudar a las pobres bestias a encaramarse por la pendiente hasta las primeras casas de Vet. Fue un trayecto lento, agónico y cuando por fin llegaron arriba, el carretero se rió y dijo ¡Alá es grande, y yo y mis mulos también! ¿Qué le parece, sargento?

El sargento entregó una moneda al carretero y Kemal e Ismail disimularon una sonrisa. Para librarse de la humillación, el suboficial dio unas órdenes a grito pelado:

—¡Abajo todo el mundo! ¡Que se preparen los asesinos armenios!

El carretero encendió un purito, satisfecho, en tanto miraba a los soldados, que, armados hasta los dientes, bajaban del carro y se dirigían hacia la primera casa de Vet dispuestos a todo.

—¿Adrià?

—Sí.

—¿Dónde estabas?

—¿Eh?

Adrià miró adelante. Ursula estaba colocándose la chaqueta y volvió a contemplar el paisaje, aparentemente ajena a los asuntos de los jóvenes turcos.

—A lo mejor se llama Barbara.

—¿Qué? —Un esfuerzo para volver al autobús—. Sí, o Ulrike.

—Si lo sé, no vengo a verte.

—¿Si sabes qué?

—Que no te ha gustado mi relato.

—Vuelve a escribirlo. Pero métete en el pellejo de Amadeu.

—La protagonista es Elisa.

—¿Seguro?

Silencio de los dos jóvenes turcos. Al cabo de un rato:

—Pues mira a ver, oye, porque lo cuentas desde el punto de vista de Amadeu y…

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo. Volveré a escribirlo. ¿Vale?

En el andén, Bernat y Adrià se abrazaron y Frau Ursula pensó estos turcos no se cortan ni a plena luz del día, y siguió andando hacia el sector B del andén, que estaba bastante lejos.

Abrazados todavía, Bernat me dio las gracias, hijo de puta, de verdad.

—¿De verdad hijo de puta o las gracias?

—De verdad lo que me has dicho de la insatisfacción.

—Vuelve cuando quieras, Bernat.

Tuvieron que correr por el andén porque no sabían que tenían que esperar en el sector C. Frau Ursula, ya sentada, los vio pasar y pensó madre de Dios, qué escandalosos.

Bernat subió al vagón resoplando. Al cabo de un minuto largo vi que seguía plantado, hablando con alguien, gesticulaba, se colocaba la mochila y enseñaba el billete. Ahora no sé si subir a ayudarlo o que se las apañe solo, no vaya a molestarse. Bernat se inclinó a mirar por la ventanilla y le mandó una sonrisa. Se sentó con gesto cansino y volvió a mirarlo. Cuando uno va a la estación a despedir a un amigo del alma tiene que marcharse en cuanto el amigo sube al vagón. Pero Adrià dejó pasar el momento. Le devolvió la sonrisa. Tuvieron que desviar la mirada. Consultaron la hora los dos al mismo tiempo. Tres minutos. Me armé de valor, dije adiós con la mano, él casi ni se movió y me fui sin mirar atrás. Compré el *Frankfurter Allgemeine* en la misma estación y, mientras esperaba el autobús de vuelta, lo hojeé con ganas de concentrarme en lo que fuera, con tal de no pensar en la agridulce estancia relámpago de Bernat en Tübingen. En la página doce, un titular a una sola columna de una noticia breve. «Psiquiatra asesinado en Bamberg.» ¿Bamberg? Baviera. ¿Por qué, Dios mío, alguien querría asesinar a un psiquiatra?

—¿Herr Aribert Voigt?

—El mismo.

—No he pedido hora. Lo siento.

—No importa, pase.

Con buenos modales, el doctor Voigt franqueó el paso a la muerte. El recién llegado se sentó en una silla austera de la sala de espera y el doctor entró en la consulta diciendo ahora mismo lo atiendo. Un rumor de recoger papeles y abrir y cerrar archivadores llegó hasta la sala de espera. Por último, el doctor se asomó a la sala e invitó a la muerte a entrar en la consulta. El recién llegado se sentó donde le indicó el doctor y éste ocupó su silla.

—Usted dirá —dijo.

—He venido a matarlo.

Sin dar tiempo al doctor Voigt a hacer el menor movimiento, el recién llegado se levantó y lo apuntó con una Star en la sien. El doctor bajó la cabeza obligado por la presión del cañón del arma.

—No tiene escapatoria, doctor. La muerte llega cuando llega, lo sabe. Sin pedir hora.

—¿Es usted poeta? —Con la cabeza a un palmo de la mesa, sin moverla, empezó a sudar.

—Signor Falegnami, Herr Zimmermann, doctor Voigt… Lo mato en nombre de las víctimas de sus inhumanos experimentos en Auschwitz.

—¿Y si le digo que se equivoca de persona?

—Me da un ataque de risa. Más vale que no me lo diga.

—Le pago el doble.

—No lo mato por dinero.

Silencio, unas gotas de sudor le resbalaron por la punta de la nariz, como en la sauna, con Brigitte. La muerte consideró que debía puntualizar algunos conceptos:

—Mato por dinero, pero no a usted. Voigt, Budden y Höss. Con Höss no llegamos a tiempo. A usted y a Budden los matan sus propias víctimas.

—Pido perdón.

—Para troncharse de risa.

—Puedo darle pistas de Budden.

—Huy, qué traidor. Démelas.

—A cambio de la vida.

—A cambio de nada.

El doctor Voigt ahogó un sollozo. Hizo un esfuerzo por sobreponerse, pero no pudo. Cerró los ojos y, a su pesar, rompió a llorar con rabia.

—¡Vamos! ¡Acabe de una vez! —gritó.

—¿Tiene prisa? Porque yo no tengo ninguna.

—¿Qué quiere?

—Vamos a someterlo a usted a un experimento como los que hacía con sus ratoncillos. O con sus niños.

—No.

—Sí.

—¿Quién ha entrado aquí? —Quería levantar la cabeza, pero se lo impedía la pistola.

—Amigos, no se preocupe. —Chasqueó la lengua con impaciencia—. Veamos: la información sobre Budden.

—No sé nada.

—¡Ah! ¿Acaso quiere salvarlo?

—Budden me importa una mierda. Me arrepiento de lo que hice.

—Levante la cabeza —dijo la muerte agarrándole la barbilla y obligándolo sin contemplaciones—. ¿Qué recuerda?

Ante sí, unas sombras oscuras y silenciosas, como una exposición de centro parroquial, sostenían un tablón con fotografías: hombres con los ojos reventados, un niño lloroso con las rodillas abiertas como granadas, una mujer a la que practicaron una cesárea sin anestesia. Y un par más que no reconocía.

El doctor Voigt se echó a llorar de nuevo y pidió socorro, auxilio a voces. No dejó de gritar hasta que sonó el disparo.

«Psiquiatra asesinado en Bamberg.» «El doctor Aribert Voigt ha sido asesinado de un tiro en la cabeza en su consulta, en la ciudad bávara de Bamberg.» Hacía un par de años que residía en Tübingen. Mil novecientos setenta y dos o setenta y tres, no estoy seguro. Lo que sé es que Kornelia me hizo sufrir todos esos largos meses helados. En cuanto a Voigt, no podía saber nada todavía porque no había leído el manuscrito en arameo, ni sabía tantas cosas como sé ahora ni quería escribir cartas. Un par de semanas después empezaban los exámenes. Y cada día conocía a algún secreto de Kornelia. Puede que no lo leyera, Sara, pero fue en esa época cuando mataron a un psiquiatra en Bamberg y yo no tenía la menor idea de que ese hombre estuviera más vinculado a mi vida que Kornelia y sus secretos. Qué rara es la vida, Sara.

26

Me acuso de no haber derramado suficientes lágrimas por la muerte de mi madre. Sólo pensaba en el encontronazo que había tenido con Coşeriu, mi ídolo, el que se cargaba a Chomsky, mi ídolo, curiosamente sin citar a Bloomsfield. Sabía que lo hacía para incordiarnos, pero el día en que se mofó de *Language and Mind* Adrià Ardèvol, que estaba un poco harto de la vida y tal y empezaba a perder la paciencia, dijo en voz baja y en catalán ya vale, Herr Professor, ya vale, no hace falta que lo repita. Entonces Coşeriu me lanzó desde la mesa la mirada más aterradora de su catálogo y los otros once compañeros de clase enmudecieron.

—¿Ya vale de qué? —me desafió en alemán.

Me callé como un cobarde. Me asustaron su mirada y la posibilidad de que me hiciese pedazos delante del grupo, a pesar de que un día me felicitó cuando me sorprendió leyendo de *Mitul reintegrării*; me dijo Eliade es bueno cuando piensa; hace bien en leerlo.

—Venga después a mi despacho —me dijo en rumano, bajando la voz. Y continuó la clase como si no hubiera pasado nada.

Curiosamente, cuando entró en el despacho de Coşeriu, a Adrià Ardèvol no le temblaban las piernas. Hacía exactamente una semana que había roto con Augusta, la sucesora de Kornelia, quien, a su vez, no le había dado la oportunidad de romper porque, sin explicaciones de ninguna clase, se largó con una experiencia de dos metros diez, jugador de baloncesto que acababa de fichar por un club importante de Stuttgart. La relación con Augusta había sido mesurada y tranquila, pero Adrià prefirió distanciarse después de un par de peleas por estupideces. Stupiditates. Y ahora estaba de mal humor y le humillaba tanto que le asustara la mirada de Coşeriu, que sólo por eso no me temblaban las piernas.

—Siéntese.

Fue divertido, porque Coşeriu hablaba en rumano y Ardèvol contestaba en catalán, siguiendo la línea de provocación mutua que se había iniciado a partir del tercer día de clase, cuando Coşeriu dijo qué pasa aquí, que nadie pregunta nada, y Ardèvol, con la primera duda en los labios, preguntó por la inmanencia lingüística y la respuesta, multiplicada por diez, ocupó lo que quedaba de clase y la guardo como un tesoro, porque fue un regalo generoso de un profesor genial pero intratable.

Fue divertido porque se entendieron perfectamente, cada cual en su lengua. Fue divertido porque supieron que coincidían los dos en imaginarse el curso que impartía el maestro como una especie de santa cena de Santa Maria delle Grazie: Jesús y los doce apóstoles, todos pendientes de la palabra del maestro o de su menor gesto, todos menos Judas, que iba a lo suyo.

—¿Y quién es Judas?

—Usted, naturalmente. ¿Qué estudios está cursando?

—A la carta. Historia, filosofía, partes de filología y lingüística, partes de teología, griego, hebreo… A caballo entre el Brechtbau y la Burse.

Silencio. Al cabo de un rato, Adrià confesó estoy muy…, muy descontento, porque me gustaría estudiarlo todo.

—¿Todo?

—Todo.

—Ya. Creo que lo entiendo. ¿En qué situación académica se encuentra?

—Si nada se tuerce, me doctoro en septiembre.

—¿Sobre qué versa la tesis?

—Sobre Vico.

—¿Vico?

—Vico.

—Me gusta.

—Bueno…, a mí… Siempre añadiría cosas, siempre retocaría algo… No sé darla por concluida.

—Cuando le comuniquen la fecha de entrega sabrá darla por concluida. —Levantó una mano, como solía, cuando iba a decir algo importante—: Me gusta que le quite el polvo a Vico. Y haga más

doctorados, créame.

—Así será, si puedo quedarme más tiempo en Tübingen.

Pero no pude quedarme más tiempo en Tübingen, porque al llegar a casa me esperaba un trémulo telegrama de Lola Xica, que me decía niño, Adrià, hijo. Stop. Tu madre ha muerto. Stop. Y no lloré. Me imaginé la vida sin mi madre, vi que sería igual que hasta entonces y respondí no llores, Lola Xica, mujer, stop. ¿Cómo ha sido? No estaba enferma, ¿verdad?

Me avergonzó un poco hacer esa pregunta sobre mi madre: no sabía nada de ella desde hacía meses. De vez en cuando, una llamada y una conversación muy breve, escueta, cómo va todo, cómo estás, no trabajes tanto, hala, cuídate. Qué tendrá la tienda, pensaba yo, que absorbe el pensamiento a los que se dedican a ella.

Sí, hijo, hacía unas semanas que había enfermado, pero prohibió que te avisáramos; sólo si empeoraba, entonces…, y no hemos llegado a tiempo porque ha sido todo muy rápido. Es que era muy joven. Sí, ha muerto esta misma mañana; ven enseguida, por el amor de Dios, hijo, Adrià. Stop.

Me perdí dos sesiones de Coşeriu y presidí el funeral religioso por decisión personal de la difunta, junto con tía Leo, avejentada y entristecida, y Xevi, Quico, sus respectivas mujeres y Rosa, que me dijo que su marido no había podido venir por… haz el favor, Rosa, no es necesario que te excuses, faltaría más. Cecília, como siempre, arregladísima, me pellizcó la mejilla como si tuviera ocho años y llevase al sheriff Carson en el bolsillo. Y al señor Berenguer le brillaban los ojos de pena y desorientación, creí en ese momento, pero después supe que era de alegría exultante. Y a Lola Xica, que se había quedado al fondo con unas señoras desconocidas para mí, la agarré del brazo y la llevé hasta el banco de la familia y entonces rompió a llorar y en ese momento empecé a lamentar la muerte. Había mucha gente desconocida; mucha. Incluso me llamó la atención que mi madre tuviera tantos conocidos. Y mi plegaria con letanía fue madre, te has muerto sin decirme por qué mi padre y tú estabais tan alejados de mí; te has muerto sin decirme por qué nunca has querido investigar en serio la muerte de mi padre; te has muerto sin decirme, oh, madre, por qué nunca me quisiste del todo. Y se me ocurrió esa oración porque todavía no había leído el testamento.

Hacía muchos meses que Adrià no pisaba por casa y le pareció más silenciosa que nunca. Tuve que hacer un esfuerzo para entrar en la habitación de mis padres. La encontré en semipenumbra, como siempre, pero con la cama deshecha y el colchón levantado; lo demás, el armario, el tocador, el espejo…, exactamente igual que durante toda mi vida, pero sin mi padre y su mal humor ni mi madre y su silencio.

Lola Xica, sentada a la mesa de la cocina, miraba al vacío, todavía con la ropa oscura del duelo. Sin pedirle opinión, Adrià revolvió un poco en los armarios en busca de lo necesario para hacer té. Tan apesadumbrada estaba Lola Xica que no se levantó ni dijo deja, niño, dime qué quieres y te lo preparo yo. No, Lola Xica miraba la pared y el infinito de más allá de la pared.

—Toma, te sentará bien.

Lola Xica cogió la taza maquinalmente y tomó un sorbo. Me parece que no se enteraba de lo que hacía. Salí de la cocina en silencio, cargado con la pesadumbre de Lola Xica, que ocupó el lugar de mi falta de pesar por la muerte de mi madre. Adrià estaba triste, sí, pero no lo aplastaba el dolor y eso mismo le pesaba; de la misma manera que la muerte del padre abrió la puerta de su interior a los temores y, sobre todo, a la idea de la gran culpa, se encontraba ahora ajeno a esa otra muerte inesperada, como si no tuviera ninguna relación con él. En el comedor, subió la persiana del balcón para que entrase la luz del día. El urgell de la pared del aparador acogió la luz del balcón con naturalidad, casi como si fuera la del interior del cuadro. La espadaña del monasterio de Santa Maria de Gerri de la Sal resplandecía iluminada por el sol casi sanguino del atardecer. El campanario de tres pisos, el campanario de cinco campanas que había mirado infinitas veces y que le había ayudado a soñar muchas de las larguísimas y aburridas tardes de domingo. Impresionado, se detuvo a contemplarlo exactamente en el centro del puente. Nunca había visto un campanario igual y entendió lo que le habían contado, que, gracias a las salinas, el monasterio al que llegaba había sido una institución rica y poderosa hasta hacía poco. Para contemplarlo con libertad se echó atrás la capucha, y el sol que se ocultaba

por Trespui le iluminó la frente, noble y despejada, con la misma luz que al campanario. Calculó que a esa hora vespertina los monjes comenzarían el refrigerio de la cena.

Después de asegurarse de que el peregrino no era un espía del conde, lo recibieron con hospitalidad benedictina, sencilla, sin aspavientos, pero práctica. Lo condujeron directamente al refectorio, donde la comunidad tomaba en silencio una frugal colación y escuchaba, en un latín bastante imperfecto, la vida ejemplar de San Ot, obispo de Urgell, que yacía enterrado en el mismo monasterio de Santa Maria, según pudo saber en ese momento. Es posible que la tristeza que reflejaba el rostro de los treinta monjes se debiera a la añoranza de esa época más halagüeña.

A primera hora de la madrugada siguiente, todavía de noche, dos monjes emprendieron el camino del norte que en un par de jornadas los llevaría a Sant Pere del Burgal, donde recogerían el Cofre Sacro, oh, pena infinita, pues el pequeño monasterio encaramado sobre el mismo río que el de Santa Maria se quedaba sin monjes por mor de la muerte.

—¿Cuál es el motivo de vuestro viaje? —preguntó después de la colación, por cortesía, el padre prior de la Sal, paseando por el claustro, que no resguardaba en absoluto del frío aire norteño que descendía por el cañón de la Noguera.

—Busco a un hermano vuestro.

—¿De esta comunidad?

—Sí, padre. Le traigo un mensaje personal, familiar.

—¿De quién se trata? Lo llamaremos.

—Fray Miquel de Susqueda.

—No hay aquí ningún monje que responda a ese nombre, señor.

Notó que el caballero se estremecía y entonces, con un gesto como de excusa, dijo esta primavera viene muy fresca, señor.

—Fray Miquel de Susqueda, profeso de la Orden Dominica en otra época.

—Os aseguro que no, señor. ¿Y qué clase de mensaje deseáis transmitirle?

El noble fray Nicolau Eimeric, Inquisidor General del reino de Aragón, del reino de Valencia y de Mallorca y del principado de Cataluña, yacía en el lecho de muerte en su convento de Gerona, velado por dos gemelos, ambos hermanos legos, quienes le atenuaban la fiebre con un paño mojado y un bisbiseo de oraciones. El enfermo se incorporó al oír abrirse la puerta. Era evidente que apenas le quedaban fuerzas para enfocar la débil mirada.

—¿Ramon de Nolla? —Con desasosiego—: ¿Sois vos?

—Sí, Excelencia —dijo el caballero, al tiempo que se inclinaba con reverencia ante el enfermo.

—Dejadnos solos.

—¡Pero Excelencia! —protestaron los dos frailes al unísono.

—He dicho que nos dejéis solos —escupió con una energía todavía temible, pero sin gritar, porque le faltaban fuerzas. Los dos frailes, compungidos, abandonaron la cámara sin rechistar más. Eimeric, semiincorporado en la cama, miró al caballero:

—Tenéis la oportunidad de cumplir vuestra penitencia por completo.

—¡Loado sea el Señor!

—Debéis obrar como brazo ejecutor del Santo Tribunal.

—Sabéis que haré lo que me ordenéis si con ello gano el perdón.

—Si cumplís la penitencia que os impongo, Dios os perdonará, vuestra alma quedará limpia y dejaréis de vivir atormentado.

—No deseo otra cosa, Excelencia.

—Se trata de mi antiguo secretario personal del tribunal.

—¿Quién es y dónde vive?

—Se llama fray Miquel de Susqueda. Ha sido condenado a muerte en rebeldía por alta traición al Santo Tribunal. Hace muchos años ya, pero ninguno de mis agentes ha dado con él, por eso he pensado en un guerrero como vos.

Tuvo un acceso de tos, causado seguramente por la ansiedad con la que hablaba. Uno de los frailes enfermeros abrió la puerta, pero Ramon de Nolla le dio con ella en las narices sin contemplaciones. Fray Nicolau le contó que el fugitivo no se escondía en Susqueda, que lo habían visto por los aledaños de Cardona e incluso algún agente del tribunal aseguraba que

había ingresado en la orden benedictina, aunque ignoraba en qué monasterio. Y se explayó en detalles sobre su santa misión. No importa que muera yo; no importa que pasen los años; cuando lo veáis, decidle que soy yo quien lo castiga, clavadle una daga en el corazón, cortadle la lengua y traédmela. Si ya he fallecido, dejadla sobre mi tumba, que se pudra ahí por la voluntad de Dios Nuestro Señor.

—¿Y entonces mi alma quedará libre de toda culpa?

—Amén.

—Es un mensaje personal, padre prior —hubo de insistir el visitante al terminar, en silencio, el recorrido del frío claustro de Santa Maria.

Por cortesía benedictina, y puesto que no representaba ningún peligro, el noble caballero fue recibido por el padre abad, a quien repitió que buscaba a un hermano vuestro, padre abad.

—¿A quién?

—A fray Miquel de Susqueda, padre abad.

—Aquí no hay ningún hermano con este nombre. ¿Y para qué lo buscáis?

—Es una cuestión personal, padre abad. Familiar. Y muy importante.

—Pues habéis hecho el viaje en vano.

—Antes de ingresar en la orden benedictina fue fraile dominico unos cuantos años.

—Ah, sí; ya sé a quién os referís —lo interrumpió el abad—. Precisamente… profesa en Sant Pere del Burgal, cerca de Escaló. El hermano Julià de Sau fue fraile dominico hace mucho tiempo.

—¡Loado sea Dios! —se emocionó Ramon de Nolla.

—Tal vez no lo halléis vivo.

—¿Por qué lo decís? —replicó, alterado, el noble caballero.

—En Sant Pere quedaban dos monjes y ayer tuvimos noticia de la defunción de uno de ellos. No sé si ha sido el padre prior o el hermano Julià. Los emisarios no lo sabían con certeza.

—Entonces… ¿Cómo puedo…?

—Por triste que nos resulte, nuestra regla manda cerrar todo monasterio en el que quede solamente un monje.

—Comprendo. Pero ¿cómo puedo…?

—Y hay que esperar tiempos mejores.

—Sí, padre abad, pero ¿cómo puedo saber si el superviviente es el hermano al que busco?

—Acabo de enviar a dos monjes a recoger el Cofre Sacro y al monje superviviente. Cuando regresen lo sabréis.

Silencio, cada cual pensando en sus cosas. Y el padre abad:

—Qué tristeza. Un monasterio debe cerrar sus puertas después de casi seiscientos años de alabar al Señor con el canto de las horas, todos y cada uno de Sus días.

—Es una lástima, padre abad. Voy a ponerme en camino, a ver si alcanzo a vuestros monjes.

—No es menester; aguardad aquí por ellos. Son sólo dos o tres jornadas.

—No, padre abad. El tiempo apremia.

—Como deseéis, señor: ellos os llevarán a buen puerto.

Descolgó el cuadro de la pared del comedor con las dos manos y lo acercó a la luz más débil del balcón. *Santa Maria de Gerri*, de Modest Urgell. Así como muchos hogares se adornaban con una reproducción vulgar de una santa cena, el comedor de casa lo presidía un urgell. Con el cuadro en la mano llegó a la cocina y dijo Lola Xica, no puedes negarte: quédate con este cuadro.

Lola Xica, que todavía estaba sentada a la mesa de la cocina pensando en la pared, miró a Adrià.

—¿Qué?

—Es para ti.

—No sabes lo que dices, hijo. Tus padres…

—Da igual: ahora mando yo. Te lo regalo.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Es muy valioso. No puedo.

—No: te da miedo pensar que mi madre no lo habría querido.

—Es igual. El caso es que no lo acepto.

Y me quedé con un urgell rechazado en las manos.

Lo devolví al lugar del que nunca se había movido y el comedor volvió a ser el de siempre. Estuve dando vueltas por la casa, me metí en el despacho de mi padre y de mi madre a revolver cajones sin motivo. Y, con los cajones revueltos, Adrià se puso a pensar. Al cabo de un par de horas de quietud, se levantó y fue al cuarto de la plancha.

—Lola Xica.

—Qué.

—Tengo que regresar a Alemania. Faltan seis o siete meses para que pueda volver definitivamente.

—No te preocupes.

—No me preocupo: quédate, por favor: esta casa es tuya.

—No.

—Es más tuya que mía. Yo, mientras tenga el despacho…

—Vine aquí hace treinta y un años para cuidar a tu madre. Ahora ha muerto y ya no tengo nada que hacer.

—Lola Xica, quédate.

Cinco días después pude leer el testamento. En honor a la verdad, fue el notario Cases quien nos lo leyó a tía Leo, a Lola Xica y a mí. Y al anunciar el hombre con voz estridente es mi deseo que el cuadro titulado *Santa Maria de Gerri*, obra de Modest Urgell y propiedad personal de la familia, sea dado sin ninguna contraprestación a mi fiel amiga Dolors Carrió, a quien siempre hemos llamado Lola Xica, como muestra ínfima de agradecimiento por el apoyo que me ha brindado toda la vida, me eché a reír, Lola Xica se puso a llorar y tía Leo nos miró, desconcertada. El resto del testamento era más complicado, salvo una carta personal en sobre lacrado que el contratenor me entregó en mano y que comenzaba diciendo querido Adrià, hijo mío de mi corazón, cosa que nunca me había dicho en mi pputa vida.

Querido Adrià, hijo mío de mi corazón.

Ésa fue toda la expansión sentimental de mi madre. Lo demás eran instrucciones sobre la tienda. Sobre mi obligación moral de hacerme cargo de ella. Y describía con pelos y señales la relación insólita que mantenía

con el señor Berenguer, atrapado en un sueldo todavía por un año más, para devolver el importe de un antiguo desfalco. Y que tu padre había puesto toda su ilusión en la tienda y ahora que no estoy yo, no puedes desentenderte de ella. Pero como sé que siempre has hecho y harás lo que te dé la gana, no estoy nada segura de que cumplas lo que te pido, te arremangues, entres en la tienda y pongas a todo el mundo en su lugar, como hice yo a la muerte de tu padre. No quiero hablar mal de él, pero era un romántico: tuve que poner orden en la tienda, la racionalicé, la convertí en un buen negocio del que hemos podido vivir tú y yo, y sólo he añadido un par de sueldos, como ya sabes. Lamento que no te quedes con ella, pero como no tengo que verlo con mis ojos, no importa. Y a continuación me daba unas instrucciones muy precisas para tratar con el señor Berenguer y me pedía que las siguiera. Y después volvía al terreno personal y decía pero si te escribo estas líneas hoy, día 20 de enero de mil novecientos setenta y cinco, es porque el médico me ha confirmado que es muy poco probable que sobreviva mucho tiempo. He dado instrucciones para que no te distraigan de los estudios hasta el momento preciso. Pero te escribo porque, además de lo que te he dicho hasta ahora, quiero que sepas dos cosas más. Primera: he vuelto a la Iglesia. Cuando me casé con tu padre era una jovencita insulsa, muy influenciable, que no sabía exactamente lo que quería de la vida, y cuando tu padre me dijo lo más probable es que Dios no exista, yo dije ah, pues muy bien. Después, lo eché mucho de menos; sobre todo a raíz de la muerte de mi padre y de la de Fèlix y por la soledad que ha significado no saber lo que debía hacer contigo.

—¿No saber lo que debías hacer conmigo? Pues quererme.

—Te he querido, hijo.

—Desde lejos.

—En esta casa siempre hemos sido poco afectuosos, fríos; lo cual no es sinónimo de malas personas.

—Madre: quererme, mirarme a los ojos, preguntarme qué quiero hacer.

—Y la muerte de tu padre acabó de estropearlo todo.

—Podías haberlo intentado.

—Nunca pude perdonarte que abandonaras los estudios de violín.

—Nunca pude perdonarte que me obligaras a ser el mejor.

—Lo eres.

—No. Soy inteligente y, como mucho, superdotado. Pero no puedo hacerlo todo ni tengo obligación de ser el mejor. Mi padre y tú os equivocasteis conmigo.

—Tu padre no.

—Estoy terminando el doctorado y no pienso matricularme en Derecho. Y no he estudiado ruso.

—De momento.

—Bueno, de momento, sí.

—No discutamos más, que estoy muerta.

—De acuerdo. ¿Y qué otra cosa quieres que sepa? Por cierto: ¿Dios existe, madre?

—Muero con muchas espinas en el corazón. La principal, no saber quién mató a tu padre ni por qué.

—¿Qué hiciste para averiguarlo?

—Ahora sé que me espiabas desde detrás del sofá. Sabes cosas que no sabía que supieras.

—No creas. Saber, saber, sólo he llegado a saber lo que es un lupanar; pero no quién mató a mi padre.

—¡¡Ojo, ojo, que viene la viuda negra!! —dijo el inspector Ocaña, alarmado, asomando la cabeza en el despacho del comisario.

—¿Seguro?

—¿No te habías deshecho de ella para siempre?

—Cojones de mujer.

El comisario Plasencia metió los restos del bocadillo en el cajón, se levantó y miró por la ventana el tráfico de la calle Lauria. Cuando notó la presencia femenina en la puerta, se volvió.

—Qué sorpresa.

—Buenas tardes.

—Hacía mucho que…

—Sí. Es que… encargué una investigación y…

En la mesa, en un cenicero frío, apestaba el ambiente un purito apagado a medio consumir.

—¿Y qué?

—Aribert Voigt, comisario. Venganzas comerciales, comisario. O si lo prefiere, venganzas personales; pero nada de prostíbulos y niñas violadas. No sé por qué se inventaron un cuento tan inverosímil.

—Yo siempre cumplo órdenes.

—Yo no, comisario. Y pienso llevarlo a juicio por ocultación de

—¡No me haga reír! —la cortó el policía secamente—. Por suerte, España no es una democracia. Aquí mandamos los buenos.

—Pronto recibirá la citación. Si la culpa viene de arriba, tiraremos de los hilos.

—¿Qué hilos?

—El de quien dejó actuar impunemente al asesino y el de quien lo dejó marcharse sin importunarlo.

—No sea ingenua. No encontrará ningún hilo porque no lo hay.

El comisario cogió el purito del cenicero, rascó una cerilla y lo encendió. Una nube azulada y espesa le ocultó el rostro momentáneamente.

—¿Y por qué no lo llevaste a juicio, madre?

El comisario Plasencia se sentó expulsando todavía humo por la nariz y la boca. Mi madre prefirió quedarse de pie frente a él.

—¡Sí hay hilos! —dijo mi madre.

—Señora, tengo trabajo —replicó el comisario acordándose del bocadillo a medio comer.

—Un nazi que vive tan tranquilo, si no ha muerto aún.

—Nombres. Sin nombres, todo eso no es más que humo.

—Un nazi. Aribert Voigt. ¡Acabo de decirle un nombre!

—Usted siga bien, señora.

—La tarde del crimen mi marido me dijo que iba al Ateneu a ver a un tal Pinheiro…

—Madre, ¿por qué no fuiste a juicio?

—… pero no era cierto, no había quedado con Pinheiro. Lo había citado un comisario.

—Nombres. Señora. En Barcelona hay muchos comisarios.

—Y era una trampa. Aribert Voigt actuaba bajo la protección de la policía española.

—Lo que está diciendo puede llevarla a la cárcel.

—Madre, ¿por qué no fuiste a juicio?

—Y el hombre perdió los estribos. Quería hacer daño a mi marido. Quería asustarlo, creo. Pero lo mató y lo destrozó.

—Señora, está desbarrando.

—Y en lugar de detenerlo, lo expulsaron del país. ¿Verdad que fue así, comisario Plasencia?

—Señora, usted ha leído muchas novelas.

—Le aseguro que no.

—Si no deja de molestarme y de importunar a la policía, va a pasarlo muy mal. Usted, su amante y su hijo. Aunque se esconda en el fin del mundo.

—Madre, ¿lo he oído bien?

—¿A qué te refieres?

—A lo de tu amante.

El comisario se echó hacia atrás para observar el efecto que habían producido sus palabras. Y lo remachó:

—Es muy fácil para mí hacer correr rumores por los ambientes que frecuenta, señora. Usted siga bien. Y no vuelva nunca más. —Abrió el cajón medio vacío, con los restos del frustrado bocadillo, y lo cerró con rabia, esta vez delante de la viuda negra.

—Sí, sí, de acuerdo, madre. Pero ¿cómo supiste que lo de los prostíbulos y las violaciones era mentira?

A pesar de estar muerta, guardó silencio. Yo esperaba ansioso una respuesta. Al cabo de una eternidad:

—Lo sé y basta.

—Eso no me vale.

—De acuerdo. —Pausa efectista, supongo que para reunir valor—. Casi desde el primer momento de nuestro matrimonio, después de haberte concebido, a tu padre se le declaró una impotencia sexual total. A partir de entonces, nunca más pudo tener una erección. Eso lo amargó de por vida. Nos amargó a los dos. De nada sirvieron médicos ni penosas visitas a señoras comprensivas. Por mucho que tu padre fuera como era, no podía

violar ni a una niña, porque acabó odiando el sexo y todo lo que se relacionara con ello. Supongo que por eso se refugiaba en sus objetos sagrados.

—En tal caso, ¿por qué no los denunciaste? ¿Te hicieron chantaje?

—Sí.

—¿Por lo del amante?

—No.

La carta terminaba con una serie de recomendaciones más generales y una tímida y postrera efusión sentimental en la despedida, adiós, hijo mío querido. La última frase, te seguiré desde el cielo, siempre me ha parecido levemente teñida de amenaza.

—Vaya, hombre… —dijo el señor Berenguer, apoltronado, sacudiéndose una mota inexistente de la pernera del impoluto pantalón—. O sea que finalmente te has arremangado y te dispones a trabajar.

Estaba sentado en el despacho de mi madre con la actitud de haber reconquistado un valioso territorio, y la irrupción del pasmado Ardevolcito, con su cara de estar en la higuera, lo distrajo de sus pensamientos. Le extrañó que el muchacho hubiera entrado en su despacho sin llamar. Por eso dijo vaya, hombre.

—¿De qué quieres hablar?

Adrià quería hablar de todo, pero antes, con su pericia, sentó las bases de un buen entendimiento:

—Lo primero que quiero hacer es desvincularlo a usted de la tienda.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído.

—¿Estás al tanto de los acuerdos que tengo con tu madre?

—Está muerta. Y sí, estoy al tanto.

—No lo creo: tengo un acuerdo firmado que me obliga a trabajar aquí. Todavía me queda un año de galeras.

—Se lo condono: quiero que se vaya.

—No sé qué os pasa a los de tu familia, pero gastáis muy mala leche.

—No venga a darme lecciones, señor Berenguer.

—Lecciones no, pero información sí. ¿Sabes que tu padre era un depredador?

—Más o menos. Y que usted era la hiena que intentaba hurtarle los restos del ñu.

El señor Berenguer abrió una amplia sonrisa que mostró un incisivo dorado.

—Tu padre era un depredador despiadado con quien quiera que se le cruzara en el camino, si lo que se jugaba era un beneficio en una compra, que a veces era una requisa descarada.

—De acuerdo, una requisa. Pero usted recoge sus cosas hoy mismo y queda desautorizado para entrar en la tienda.

—Caramba… —Un rictus extraño intentaba disimular la perplejidad que le producían las palabras del cachorro Ardèvol—. ¿Y todavía eres capaz de decir que soy una hiena? ¿Quién eres tú para…?

—El hijo del rey de la selva, señor Berenguer.

—Tan malnacido como tu madre.

—Usted siga bien, señor Berenguer. Mañana lo llamará el nuevo administrador y, si es preciso, lo acompañará un abogado que está informado de todo.

—¿Sabes que tu fortuna está hecha a base de extorsiones?

—¿Todavía está aquí?

Por fortuna para mí, el señor Berenguer creyó que yo era duro como una roca, igual que mi madre; confundió mi fatalismo resignado con la indiferencia profunda o algo parecido, y eso lo desarmó y a mí me fortaleció. Recogió en silencio lo que había colocado en un cajón de la mesa de mi madre —seguramente, hacía muy poco— y salió del despacho. Lo vi revolver cosas por los rincones y hasta me fijé en que Cecília, fingiendo que trabajaba en los catálogos, observaba con curiosidad los movimientos de la hiena. Enseguida lo entendió y esbozó una amplia sonrisa que le iluminó toda la cara.

El señor Berenguer cerró la puerta de la calle con fuerza, procurando que se rajara un cristal, pero no lo consiguió. Me parece que los dos dependientes, nuevos para mí, no entendieron casi nada. Después de trabajar allí treinta años, el señor Berenguer no tardó ni una hora en

desaparecer de la tienda, y también de mi vida, me pareció. Y me encerré con llave en el despacho de mi padre y de mi madre. En lugar de pedir datos y buscar indicios de las proezas del rey de la selva, me eché a llorar. Al día siguiente, en lugar de pedir datos y buscar indicios, puse la tienda en manos del administrador y volví a Tübingen porque no quería perder más clases de Coşeriu. Datos e indicios.

27

Los últimos meses en Tübingen me sirvieron para empezar a añorar esa ciudad, el paisaje de Baden-Württemberg, la Selva Negra y sus bonitos parajes; porque a Adrià le pasaba lo mismo que a Bernat: era más feliz babeando por lo que quedaba fuera de su alcance que sacando partido de lo que tenía en las manos. Pensaba sobre todo en cómo puñetas voy a vivir sin este paisaje cuando vuelva a Barcelona, ostras, aunque estaba terminando la tesis sobre Vico, que, en cierta forma se convirtió en una especie de pila atómica en la que coloqué todo su pensamiento, sabiendo que me procuraría un buen montón de reflexiones intelectuales que me servirían para toda la vida. Querida, tal vez eso justifique que no quisiera distraerme con datos e indicios que podían trastornarme la vida y los estudios. Y procuré no pensar mucho en ello hasta que me habitué a no pensar en absoluto.

—Es… No, no es brillante: es profunda; es admirable. Y su alemán, perfecto —le dijo Coşeriu al día siguiente de la defensa de la tesis—. No deje de estudiar, pase lo que pase. Y si se inclina por la lingüística, dígamelo.

Lo que Adrià no sabía era que Coşeriu se había pasado dos días y una noche casi en blanco leyendo el ejemplar de uno de los miembros del tribunal. Lo supe unos años después, por boca del propio doctor Kamenek. Pero ese día Adrià únicamente pudo quedarse de pie, solo, en el pasillo, viendo alejarse a Coşeriu, sin acabar de comprender que el hombre lo había abrazado y le había expresado admiración; bueno, admiración por lo que había escrito. ¿Coşeriu reconociendo que…?

—¿Qué te pasa, Ardèvol?

Hacía cinco minutos que estaba plantado en el pasillo y no había visto llegar a Kamenek por detrás.

—¿Yo? ¿Qué?

—¿Te encuentras bien?

—¿Yo? Sí… Sí, sí. Estaba…

Hizo un gesto vago con las manos dando a entender… nada en concreto, realmente. Después, Kamenek le preguntó si había tomado alguna decisión sobre seguir estudiando en Tübingen y él le respondió que tenía muchos compromisos que lo ataban, lo cual no era verdad, porque la tienda le importaba un pimiento y lo único que echaba de menos era el despacho de su padre y además empezaba a añorar la posibilidad de añorar el paisaje frío de Tübingen. Y también quería estar más cerca del recuerdo de Sara; reconocía que sin ti era un hombre castrado. Por todo eso empecé a comprender que nunca llegaría a alcanzar la felicidad. Que seguramente nadie podía alcanzarla. La felicidad siempre estaba ante uno, al alcance de la mano, pero inalcanzable; seguramente, inalcanzable para todo el mundo. A pesar de las alegrías que a veces le brindaba la vida, como el día en que lo llamó Bernat como si no hiciera seis meses que estaban más o menos oficialmente peleados y le dijo ¿me oyes? ¡Por fin se ha muerto el muy cerdo! Aquí todo el mundo saca el champán de la nevera, oye. Y añadió ha llegado el momento de que España recapacite y dé libertad a sus pueblos y pida todos los perdones históricos que sean precisos.

—Ay.

—¿Qué pasa? ¿No tengo razón?

—Sí, pero parece que no conozcas España.

—Ya lo verás, ya lo verás. —Y con el mismo ímpetu—: Ah, y estoy a punto de anunciarte una sorpresa.

—¿Estás embarazado?

—No, no, va en serio. Ya lo verás. Espera unos días.

Y colgó porque una llamada a Alemania costaba un ojo de la cara y la córnea del otro y estaba llamando desde una cabina, eufórico, pensando ha muerto Franco, ha muerto el ogro, ha muerto el lobo, ha muerto el bicho y con él, su veneno. Es que hay momentos en que a la buena gente también le alegra una muerte.

Bernat no mintió: además de la confirmación de la muerte del dictador, que era portada en la prensa del día siguiente, al cabo de cinco días recibió una lacónica carta urgente que decía Querida rata sabia: ¿te acuerdas de

cuando dijiste esmuymalo,malísimo.Notienealma;lasemocionesnosoncreíbles,ninguna.Noséporqué,peromeparece muymalo.NiséquiénesAmadeu;ylopeoresque meimport aunpimiento,pornohablardeElisa? ¿Te acuerdas? Pues ese relato sin emociones creíbles acaba de ganar el premio Recull de Blanes, otorgado por un jurado inteligente. Soy feliz. TuamigoBernat.

Cuántomealegro, contestó Adrià. Peronoolvidesquesinolohas arreglado,siguesiendoigualdemalo.TuamigoAdrià. Y Bernat me respondió con un telegrama urgente que decía Veteatomarporelsacostop.TuamigoBernatstop.

Al volver, me ofrecieron un curso de Historia de la Estética y de la Cultura en la Universitat de Barcelona y lo acepté sin pensarlo, aunque no me hacía ninguna falta. Tenía gracia la cosa, después de pasar fuera tantos años, encontraba trabajo en mi barrio, a diez minutos de casa a pie. Y el primer día que fui al departamento a hablar de los pormenores de mi incorporación, conocí a Laura. ¡El primer día! Rubia, más bien baja, amable, risueña y, todavía no lo sabía, triste por dentro. Se había matriculado de quinto y preguntaba por no sé qué profesor, Cerdà, me parece, quien, al parecer, le dirigía una tesina precisamente sobre Coşeriu. Ojos azules y voz agradable. Manos nerviosas, no muy cuidadas, y una colonia o perfume —que aún no estoy seguro de la diferencia entre las dos cosas— muy interesante. Y Adrià sonriente y ella hola, ¿trabajas aquí? Y él: no estoy muy seguro. ¿Y tú? Y ella: ¡qué más quisiera yo!

—No tenías que haber vuelto.

—¿Por qué?

—Tu futuro está en Alemania.

—¿No eras tú el que decía que no me fuese? ¿Qué tal con el violín?

—Me presento a las oposiciones para una plaza en la orquesta Ciutat de Barcelona.

—Muy bien, ¿no?

—Sí, ya ves. Voy a ser funcionario.

—No, serás violinista de una buena orquesta muy mejorable.

—Si apruebo. —Unos segundos de vacilación—. Y me caso con Tecla. ¿Quieres ser el padrino?

—Por supuesto. ¿Cuándo os casáis?

Entre tanto, pasaban cosas. Tuve que ponerme gafas para leer y empezó a abandonarme el pelo sin muchas explicaciones. Vivía solo en un piso inmenso del Ensanche, rodeado de cajas de libros procedentes de Alemania que no me animaba a clasificar y guardar en su sitio, entre otras cosas, porque me faltaban estanterías. Y lo más importante que pasó: no pude convencer a Lola Xica.

—Adiós, Adrià, hijo.

—Lo siento muchísimo, Lola Xica.

—Tengo ganas de vivir mi vida.

—Lo entiendo, pero ésta sigue siendo tu casa.

—Búscate una criada, créeme.

—No, no. Si tú no… Imposible.

¿Iba a ponerme a llorar por que se fuera Lola Xica? No. Lo que hice fue comprarme un buen piano de pared e instalarlo en la habitación de mis padres, que iba a ser la mía. El pasillo, que era muy ancho, se acostumbró a los obstáculos de las cajas de libros intactas.

—Pero… Perdona, ¿eh?

—Dime.

—¿Tienes casa?

—Claro. Aunque haga mil años que no vivo en él, tengo un pisito en la Barceloneta. Me lo acaban de pintar.

—Lola Xica.

—Qué.

—No te ofendas, pero yo…, me gustaría regalarte algo, en agradecimiento.

—He cobrado todos y cada uno de los días que he vivido en esta casa.

—No me refiero a eso. Quiero decir…

—No hace falta que lo digas.

Lola me agarró del brazo y me llevó al comedor; me señaló la pared, desnuda, sin el cuadro de Modest Urgell.

—Tu madre me hizo un regalo que no merezco.

—¿No puedo hacer nada más por ti?…

—Ordenar los libros, que así no se puede vivir.

—Anda, Lola Xica. Dime qué puedo hacer.

—Dejarme marchar tranquilamente; te lo digo de verdad.

La abracé y me di cuenta de que…, es tremendo, Sara, pero me parece que he querido más a Lola Xica que a mi madre.

Lola Xica se marchó de casa; los tranvías ya no circulaban por Lauria haciendo ruido porque el ayuntamiento de finales del franquismo había optado por la polución directa sustituyendo todos los tranvías por autobuses, pero sin levantar los raíles, que eran idóneos para que las motos resbalasen. Y me recluí en casa dispuesto a seguir estudiando y a olvidarte. Instalado en la habitación de mis padres y durmiendo en la misma cama en la que había nacido a las seis treinta y siete de la mañana del martes día treinta de abril de 1946.

Bernat y Tecla se casaron profundamente enamorados, con la ilusión en los ojos; y fui padrino de la boda. Durante el banquete, vestidos de novios, nos ofrecieron la primera sonata de Brahms, por las buenas, echándole valor, sin partituras. Y me entró una envidia… Bernat y Tecla tenían toda la vida por delante y envidié con alegría la felicidad de mi amigo. Eché de menos a Sara y su huida inexplicable, volví a envidiar profundamente a Bernat, les deseé la más venturosa vida en común, se marcharon, risueños y expansivos, de viaje de novios y poquito a poco, día a día, empezaron a labrar su infortunio con constancia y dedicación.

Durante unos meses, mientras me habituaba a las clases, al desinterés de los alumnos por la historia de la cultura, al paisaje fiero, sin bosques, del Ensanche, tomé clases de piano con una señora que no me recordaba a la Trullols ni a tiros, aunque fue muy eficaz. De todos modos, todavía me quedaban muchas horas libres.

—ḥād̲.

—hadh.

—trēn.

—trén.
—tlāṯ.
—tláth.
—‘arba’.
—árba.
—‘arba’.
—árba.
—“‘arba’”!
—“‘arba’”!
—Raba taua!

Las clases de arameo fueron un buen lenitivo. Al principio, la profesora Gombreny se quejaba de mi pronunciación, hasta que lo dejó, no sé si porque ya lo hacía bien o porque se hartó.

Como los miércoles se le hacían largos, se apuntó a una clase de introducción al sánscrito que me abrió todo un mundo nuevo, sobre todo porque era un placer oír al doctor Figueres aventurando etimologías cautelosamente y estableciendo redes de conexión entre las diferentes lenguas indoeuropeas. También hacía eslalon por el pasillo para esquivar las cajas de libros, cuya posición conocía con exactitud, y no tropezaba ni a oscuras. Y cuando me cansaba de leer, tocaba el storioni muchas horas seguidas, hasta empaparme en sudor de pies a cabeza, como Bernat el día de su examen. Los días se me hacían cortos y casi sólo pensaba en ti cuando me hacía la cena, porque bajaba la guardia. Y me iba a la cama con una chispa de tristeza y, sobre todo, con la pregunta sin respuesta del porqué, Sara. Sólo fue necesario reunirme dos veces con el administrador de la tienda, un hombre muy dinámico que enseguida se hizo cargo de la situación. La segunda vez me dijo que Cecília estaba a punto de jubilarse y, a pesar de lo poco que la había tratado, me entristecí. Aunque parezca mentira, Cecília me había pellizcado la mejilla o me había despeinado más veces que mi madre.

La primera vez que noté el cosquilleo en los dedos fue cuando Morral, un viejo librero del mercado de Sant Antoni, conocido de mi padre, me dijo me parece que le interesaría acompañarme a mirar una cosita, doctor.

Adrià, que estaba revisando un montón de libros de la colección «A Tot Vent», desde el inicio hasta el año del estallido de la guerra civil, algunos con dedicatorias de gente desconocida a gente desconocida que le hacían mucha gracia, levantó la cabeza, extrañado.

—¿Cómo dice?

El librero se había puesto de pie y le indicaba que lo acompañara con un gesto. Golpeó con los dedos al hombre del puesto de al lado, que era la manera de decirle que se ausentaba y que vigilase por el amor de Dios. En cinco minutos silenciosos llegaron a una casa estrecha, con escaleras oscuras, de la calle del Conde Borrell, que recordó haber visitado alguna vez con su padre. En el principal, Morral sacó un llavero del bolsillo y abrió una puerta. El piso estaba a oscuras. Encendió una bombilla mortecina, cuya luz no llegaba al suelo, y en cuatro zancadas por un pasillo estrechísimo, se plantó en una habitación ocupada por un mueble inmenso con muchos cajones espaciosos, pero muy estrechos, como los que usaban los dibujantes para guardar las láminas. Lo primero que se me ocurrió fue cómo habían podido pasar ese armatoste por un pasillo tan estrecho. La luz de la habitación era más potente que la de la entrada. Entonces Adrià se dio cuenta de que había una mesa en el centro, con una lámpara que también encendió Morral. Abrió uno de los cajones, sacó unos pliegos y los puso bajo el halo de luz de la mesilla. Entonces noté las palpitaciones, el cosquilleo en las entrañas y en la punta de los dedos. Ante mí, al mirar los dos la joya desde arriba, vi unas hojas de papel rudimentario. Tuve que ponerme las gafas para no perder detalle. Me costó habituarme a la singular caligrafía del manuscrito. En voz alta leí *Discours de la méthode. Pour bien conduire la raison, & chercher la verité dans les sciences*. Y nada más. No osé tocar el papel. Únicamente dije no.

—Sí.

—No puede ser.

—¿Verdad que le interesa?

—¿De dónde demonios ha sacado esto?

En lugar de contestar, Morral pasó la primera página. Y al cabo de un rato dijo estoy seguro de que le interesa.

—Usted qué sabe.

—Es como su padre: sé que le interesa.

Adrià tenía ante sí el manuscrito original de *Discours de la méthode*, escrito antes de 1637, que es cuando apareció publicado, junto a la *Dioptrique*, *Les Météores* y la *Géométrie*.

—¿Íntegro? —preguntó.

—Íntegro. Bueno…, faltan…, nada, un par de hojas.

—¿Y cómo sé que no es una estafa?

—Cuando sepa el precio comprenderá que no lo es.

—No; entenderé que es muy caro. ¿Cómo sé que no me engaña?

El hombre hurgó en una cartera que estaba apoyada en una pata de la mesa, sacó unos documentos y se los dio a Adrià.

Los ocho o diez primeros años de la colección «A Tot Vent» tuvieron que esperar otra oportunidad. Adrià Ardèvol se pasó la tarde examinando el legajo y confrontándolo con el certificado de autenticidad, preguntándose de dónde demonios podía haber salido esa joya y pensando que tal vez fuera mejor no hacer muchas preguntas.

No pregunté nada que no estuviese relacionado con la autenticidad del legajo y al final, después de un mes de dudas y consultas directas, pagué una fortuna. Fue el primer manuscrito, de los veinte de mi colección, que adquirí personalmente. En casa, procuradas por mi padre, tenía veinte páginas sueltas de la *Recherche*, el manuscrito entero de *The Dead* de Joyce, unas páginas de Zweig, el tipo que se suicidó en Brasil, y el manuscrito, firmado por el abad Deligat, de la consagración del monasterio de Sant Pere del Burgal. Desde ese día comprendí que estaba poseído por el mismo demonio que mi padre. El cosquilleo en la tripa, el picor en los dedos, la sequedad de boca…, todo ante la duda de la autenticidad, el valor de la reliquia, el miedo a perder la ocasión de poseerla, el miedo a pagar demasiado, el miedo a quedarme corto en la oferta y verla desaparecer de mi vida…

El *Discours de la méthode* fue mi grano de arena.

28

El grano de arena primero es una brizna en el ojo; después, un estorbo en los dedos, un ardor en el estómago, una pequeña protuberancia en el bolsillo y, con un poco de mala suerte, acaba transformándose en una losa en la conciencia. Todo, las vidas y los relatos, comienzan así, querida Sara, con un inofensivo grano de arena que pasa inadvertido.

Entré como si entrase en un templo. O en un laberinto. O en el infierno. No había vuelto a la tienda desde que expulsé al señor Berenguer a las tinieblas exteriores. Todavía sonaba la misma campanilla al abrir la puerta. La misma campanilla de toda la vida. Lo recibieron los ojos atentos de Cecília, tras el mostrador, como siempre, como si nunca se hubiera movido de allí, como un objeto expuesto, en venta, a disposición de cualquier coleccionista con suficientes recursos. Tan arreglada y bien peinada como siempre, inmóvil, como si hiciera muchas horas que lo estuviera esperando, le exigió un beso, como cuando tenía diez años. Le preguntó cómo te encuentras, hijo, y él bien, bien. ¿Y tú?

—Esperando a que vinieras.

Adrià miró a ambos lados. Al fondo, una chica desconocida limpiaba pacientemente unos objetos de cobre.

—Todavía no ha llegado —dijo ella. Y le cogió de la mano, se lo acercó e, inevitablemente, le pasó la mano por la cabeza, como Lola Xica —. Te clarea el pelo.

—Sí.

—Cada día te pareces más a tu padre.

—¿Tú crees?

—¿Tienes novia?

—Pse.

Ella abrió un cajón y lo cerró. Silencio. Quizás ponderaba la oportunidad de la pregunta.

—¿Por qué no revuelves un poco?

—¿Me das permiso?

—Eres el dueño —dijo ella, abriendo los brazos. Por unos momentos a Adrià le pareció que se le ofrecía.

Di mi último paseo por el universo de la tienda. Los objetos habían variado, pero el ambiente y el olor eran los mismos. Vio a su padre hurgando entre los documentos, al señor Berenguer pensando en grandes ideas, mirando hacia la puerta de la calle, a Cecília peinada y pintada, más joven, sonriendo a la clienta que pretendía rebajar sin argumentos el precio de un espléndido escritorio chippendale, a su padre llamando al señor Berenguer al despacho, encerrándose en él y hablando largos ratos sobre quién sabe qué, o sabiéndolo. Volví junto a Cecília, que atendía el teléfono. Cuando colgó, me puse frente a ella:

—¿Cuándo te jubilas?

—En Navidad. No quieres hacerte cargo de la tienda, ¿verdad?

—No sé —mentí—. Tengo trabajo en la universidad.

—No es incompatible.

Me pareció que iba a decirme algo, pero en ese momento entró el señor Sagrera y se disculpó por el retraso, saludó a Cecília y señaló con el brazo hacia el despacho, todo a la vez. Nos encerramos y el administrador me puso al día sobre el estado de las cosas y el valor actual de la tienda. Y aunque no me lo preguntes, tengo que decirte que es un negocio rentable y con futuro. La única rémora era el señor Berenguer y ya te has encargado de hacer borrón y cuenta nueva. —Se apoyó en el respaldo de la silla para dar más fuerza a sus palabras—. Es un negocio rentable y con futuro.

—Quiero venderlo. No quiero ser tendero.

—¿Qué tiene de malo?

—Señor Sagrera…

—Tú mandas. ¿Es la última palabra?

Yo qué sé si es la última palabra. Yo qué sé lo que quiero hacer.

—Sí, señor Sagrera, es la última palabra.

Entonces, el señor Sagrera se levantó, se dirigió a la caja fuerte y la abrió. Me sorprendió que tuviera llave y yo no. Sacó un sobre.

—De parte de tu madre.

—¿Para mí?

—Me dijo que te lo entregase si te acercabas a la tienda.

—Pero yo no quiero…

—Si venías, no si decidías hacerte cargo de ella.

Era un sobre cerrado. Lo abrí allí mismo. La carta no empezaba querido hijo mío de mi corazón, ni llevaba encabezamiento ni decía hola, Adrià, ¿qué tal? Era una lista de instrucciones fría pero práctica, con consejos que entendí que me iban a ser de gran ayuda.

A pesar de mis intenciones, al cabo de unos días o unas semanas, no lo recuerdo, asistí a una subasta clandestina. Morral, el librero del mercado de Sant Antoni, me había proporcionado la dirección con una actitud misteriosa. Puede que el misterio no fuera necesario, porque aparentemente no había ningún filtro de protección. En una zona industrial de Hospitalet, se llamaba a un timbre, abrían y se entraba en un garaje. Había una mesa con vitrina, como en las joyerías, iluminada con acierto, donde se encontraban los objetos que iban a subastar. En cuanto me puse a examinarlos volvió el cosquilleo y empecé a notar algo parecido al sudor, la misma sensación que he tenido siempre cuando estaba a punto de adquirir algo. Y la boca, pegajosa. Me parece que es lo mismo que experimentan los jugadores ante la máquina. Gran parte de las cosas que siempre te dije que eran de mi padre las compré yo. Por ejemplo, la moneda de cincuenta ducados del siglo dieciséis, que ahora vale una millonada. La compré allí. Me costó un buen pellizco. Después, en otras subastas o en intercambios frenéticos, dando saltos inmensos en el vacío, de tú a tú con otro coleccionista obsesionado, los cinco florines de oro acuñados en Perpiñán en la época de Jaime III de Mallorca. Qué placer tenerlos en la mano y oír el tintineo. Con las monedas en la mano tenía la misma sensación que cuando mi padre me hablaba del Vial y de los distintos usuarios que habían pasando por su vida, sirviéndole, procurando sacarle un buen sonido,

respetándolo, venerándolo. O los trece luises de oro, magníficos; todavía, cuando los cojo y tintinean, producen el mismo sonido que sosegaba a Guillaume-François Vial en la vejez. A pesar del peligro que representaba convivir con el storioni, le tomó afecto y no quiso separarse de él hasta que supo que monsieur La Guitte había lanzado el rumor de que un violín famoso de Lorenzo Storioni podía estar relacionado con el asesinato de monsieur Leclair, ocurrido hacía muchos años. Entonces, el preciado violín empezó a quemarle en las manos, dejó de ser una posesión íntima y se convirtió en una pesadilla. Decidió desprenderse de él fuera de París. Al volver de Amberes, donde pudo venderlo muy satisfactoriamente, junto con su estuche manchado con la odiosa sangre de tonton Jean, el instrumento se había transformado en una tranquilizadora bolsa de piel de cabra repleta de luises de oro. Qué sonido tan agradable tenía. Dio en pensar que contenía su futuro, su escondite, su triunfo sobre la grosería y la vanidad de tonton Jean. Ahora ya nadie lo relacionaría con el violín adquirido por heer Arcan de Amberes. Así sonaban los luises de oro cuando tintineaban en mis manos.

—¿Quieres venir a Roma?

Laura lo miró con perplejidad. Estaban en el claustro de la facultad, rodeados de estudiantes, él con las manos en los bolsillos, ella con una cartera abultada, con la que parecía una abogada de oficio a punto de entrar en la audiencia a resolver un caso difícil, y yo, mirando su mirada tan azul. Laura ya no era una estudiante ansiosa de conocimientos, sino una profesora muy apreciada por los alumnos. Su mirada era tan azul como siempre, y también su tristeza interior. Y Adrià la contemplaba con incertidumbre, mezclando imágenes tuyas, Sara, con las de esa mujer que, por lo que sabía, no tenía mucha suerte con los novios que fichaba.

—¿Qué?

—Tengo que ir por unos asuntos… Cinco días como mucho. Estaremos de vuelta el lunes que viene y no perderías clases.

Lo cierto es que Adrià lo acababa de improvisar. Hacía unos días que se daba cuenta de que no sabía cómo acercarse a la mirada azul. Tenía ganas de dar el paso pero no sabía cómo. Y temía decidirse porque pensaba

que era una forma de traicionar tu memoria. Y entonces se le ocurrió el sistema más impresentable; la mirada azul sonrió y Adrià pensó si en algún momento dejaría Laura de sonreír. Y le sorprendió mucho que ella dijese de acuerdo, adelante.

—¿Adelante, qué?

—Que voy a Roma contigo. —Lo miró sin comprender—. Es lo que me has preguntado, ¿no?

Se rieron los dos y él pensó te estás volviendo a liar y no tienes ni idea de cómo es Laura, aparte del azul.

En el momento del despegue y del aterrizaje, ella le cogió la mano por primera vez, sonrió tímidamente y confesó el avión me da pánico y él contestó mujer, haberlo dicho. Y ella, con un gesto, le dio a entender qué le vamos a hacer y él interpretó que valía la pena pasar un rato de pánico por ir con Ardèvol a Roma; me enorgullecí de mi capacidad de convocatoria, querida Sara, aunque fuese con una profesora jovencita con todo el futuro por delante.

Roma no era una balsa de aceite, al contrario, era un caos circulatorio montado sobre una ciudad inmensa, capitaneado por taxistas suicidas, como el que los llevó en un tiempo récord del hotel a la Via del Corso, martirizada por el tráfico. La frutería Amato era una bendición, con sus cajas de fruta tan apetitosa y bien iluminada que llamaba la atención de los transeúntes. Se presentó a un hombre de barba recia que en esos momentos despachaba a una clienta exigente; el hombre le dio una tarjeta con una indicación y señaló calle arriba, hacia la Piazza del Popolo.

—¿Se puede saber qué hacemos?

—Enseguida lo sabrás.

—Bueno: me gustaría entender qué hago yo aquí.

—Acompañarme.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo.

—Fantástico. —Tuvo que correr para mantenerse a la altura de las zancadas de Adrià—. Oye, más vale que me cuentes de qué va la película. ¿No?

—Mira, ya hemos llegado.

Tres números más allá llamó a uno de los timbres y al momento un ruidito en la cerradura les indicó que la puerta estaba abierta, como si los estuvieran esperando. Arriba, en el piso, con la mano en la puerta abierta, aguardaba mi ángel, que ya no lo era, con una sonrisa un poco distante. Adrià la besó y, señalándola con familiaridad, informó a Laura:

—Mi hermanastra, la señora Daniela Amato.

Y refiriéndome a Laura, dije a Daniela:

—Mi abogada.

Laura reaccionó bien. Fantásticamente, a decir verdad. No movió ni una pestaña. Se miraron ambas unos segundos, como si calculasen la fuerza que tendrían que usar. Daniela los invitó a pasar a una sala de estar muy bien puesta, donde había un escritorio sheraton que estaba seguro de haber visto en la tienda; encima del escritorio, una foto de mi padre, muy joven, con una chica muy guapa que se parecía un poco a Daniela. Supuse que era la legendaria Carolina Amato, el amor romano de mi padre, la figlia de Amato il fruttivendolo. En la foto era una mujer joven, de mirada intensa y cutis fino. Curiosamente, ante mí tenía a la hija de esa jovencita, que, a sus cincuenta y tantos años, no se molestaba en disimular las arrugas de la cara. Mi hermanastra seguía tan guapa y elegante como siempre. Antes de empezar a hablar, entró un adolescente espigado y de cejas gruesas con una bandeja de café.

—Mi hijo Tito —anunció Daniela.

—Piacere di conoscenti —le dije, tendiéndole la mano.

—No te molestes —replicó al tiempo que posaba la bandeja delicadamente en la mesilla del café—. Mi padre es de Vilafranca.

Y entonces, Laura empezó a lanzarme miradas asesinas; supongo que la situación le parecía excesiva, ella con la toga de abogada charlando con la rama italiana de mi familia, que le importaba un pimiento. Le sonreí y le

toqué la mano para tranquilizarla; lo conseguí como nunca volvió a sucederme con nadie más. Pobre Laura: me parece que le debo mil explicaciones y mucho me temo que no llego a tiempo.

El café era magnífico. Y las condiciones de la venta de la tienda también. Laura se limitó a callar; yo dije el precio, Daniela miró a Laura un par de veces y la vio negar lentamente, con discreción y profesionalidad. A pesar de todo, intentó regatear:

—No estoy de acuerdo con la oferta.

—Perdone —intervino Laura, y la miré asombrado. En tono de hastío —: Ésta es la única oferta que va a hacerle el señor Ardèvol.

Miró el reloj como si tuviese prisa y se quedó seria, en silencio. Adrià tardó unos segundos en reaccionar y dijo que, además, la oferta incluía el derecho a rescatar los siguientes objetos de la tienda antes de que te hagas cargo de ella. Daniela leyó atentamente la lista que le presenté mientras yo miraba a Laura; le guiñé un ojo, pero no reaccionó, seria como estaba en su papel de abogada.

—¿Y el urgell que tenéis en casa? —Daniela, levantando la cabeza.

—Es patrimonio familiar; no pertenece a la tienda.

—¿Y el violín?

—También. Está todo documentado.

Laura levantó la mano como para pedir la palabra y, con una actitud estudiadamente cansina, mirando a Daniela, dijo como sabe usted, hablamos de una tienda de intangibles.

Ay, Laura.

—Diga —Daniela.

Mejor que te calles.

—Una cosa es el objeto y otra su valor.

En mala hora se me ocurrió invitarte a venir a Roma, Laura.

—Bravo. ¿Y qué?

—Cada día que pasa aumenta su precio.

Mejor que no lo líes.

—¿Y?

—Una cosa es el precio que acuerden ustedes. —Laura hablaba sin mirarme siquiera, como si yo no estuviese. Mientras yo pensaba cállate, no lo estropees, caray, ella dijo sea cual sea el precio que acuerden, nunca se aproximará siquiera al valor real.

—Aunque sólo sea por curiosidad, le agradecería que me dijese el valor real de la tienda, señora abogada.

Yo también, Laura, pero más vale que no sigas liándola, ¿eh?

—Nadie lo sabe. Tantas pesetas, precio oficial. Para llegar al valor real, hay que añadir el peso de la historia.

Silencio, como si estuviéramos digiriendo tan sabias palabras. Laura se apartó el pelo de la frente, se lo puso por detrás de la oreja y, con un tono de voz seguro, nuevo para mí, e inclinándose hacia Daniela, dijo no estamos hablando de manzanas y plátanos precisamente, señora Amato.

Silencio otra vez. Supe que Tito estaba detrás de la puerta porque una sombra con gruesas cejas lo delataba. Enseguida me imaginé que también lo atraían los objetos, igual que a mi padre, que se lo contagió a mi madre, igual que a mí, igual que a Daniela… Tocado por la manía familiar. El silencio era tan denso que tuve la sensación de que estábamos todos calculando el peso de la historia.

—De acuerdo. Que cierren el trato los abogados —decidió Daniela, exhalando aire. Entonces miró a Laura con un matiz irónico y añadió de los millones de liras de historia, señora letrada, hablaremos otro día, cuando estemos de humor.

No cruzamos una palabra hasta que nos sentamos uno enfrente del otro. Fueron tres cuartos de hora de silencio imposible de evaluar, porque la chica azul y rubia lo había desorientado por completo. Después de sentarse, pedir y esperar, también en silencio, que le trajesen el primer plato, Laura pinchó un haz de espaguetis que se empezó a desmadejar inmediatamente.

—Eres un hijo de puta —dijo antes de ponerse a sorber, inclinada sobre el plato, el único y larguísimo espagueti superviviente en el tenedor.

—¿Yo?

—Estoy hablando contigo, sí.

—¿Por qué?

—Ni soy tu abogada ni falta que te hacía. —Dejó el tenedor en el plato —. Por cierto, colijo que vendéis cosas antiguas.

—Ajá.

—¿Por qué no me has dicho nada antes?

—Tenías que estar callada.

—Nadie se ha dignado darme el libro de instrucciones de este viaje.

—Perdona; es culpa mía.

—Ya.

—Pero lo has hecho muy bien.

—Pues lo que quería era estropearlo todo y salir pitando, porque eres un desgraciado.

—Tienes razón.

Laura pescó otro espagueti y, en vez de preocuparme por sus palabras, sólo se me ocurrió pensar que a ese ritmo no acabaría nunca el plato. Quise darle las explicaciones que no le había dado antes:

—Mi madre me dejó instrucciones para el caso de que vendiera la tienda a Daniela; paso a paso. Incluso me indicó cómo tenía que mirarla y los gestos que debía hacer.

—Es decir, que hacías teatro.

—En cierto modo. Pero tú me has superado.

Cada cual miró a su plato, hasta que Adrià dejó el tenedor y se tapó la boca llena con la servilleta.

—¡El valor del peso de la historia! —dijo, rompiendo a reír.

La cena continuó con grandes manchas de silencio. Procuraban no mirarse a los ojos.

—Es decir, tu madre te escribió un libro de instrucciones.

—Sí.

—Y tú lo aplicaste.

—Sí.

—Te notaba…, no sé…, diferente.

—¿Diferente de qué?

—De como eres normalmente.

—¿Cómo soy normalmente?

—No estás. Siempre estás en otro sitio.

Mordisquearon aceitunas en silencio, sin saber qué decirse, mientras esperaban los postres. Hasta que Adrià dijo no sabía que fuese tan clarividente.

—¿Quién?

—Mi madre.

Laura puso el tenedor en la mesa y lo miró a los ojos.

—¿Sabes una cosa? Creo que me has utilizado —insistió—. ¿Lo has captado, después de todo lo que te he dicho?

La miré con atención y vi que se le había empañado la mirada azul. Pobre Laura; acababa de decir la gran verdad de su vida y yo me empeñaba en no reconocerlo.

—Perdóname. Era incapaz de hacerlo solo.

Esa noche Laura y yo hicimos el amor de una manera muy tierna, muy cautelosa, como con miedo de hacernos daño. Examinó, curiosa, la medalla que Adrià llevaba al cuello, pero no dijo nada. Y después lloró; era la primera vez que Laura, la risueña, me mostraba su dosis perenne de tristeza. Y no me contó su mal de amores. Yo también guardé silencio.

Después de pasear por los museos del Vaticano y de admirar en silencio, más de una hora, el Moisés de San Pietro in Vincole, el patriarca dio un paso adelante con las tablas de la ley en la mano y, al acercarse a su pueblo, viendo que éste adoraba a un becerro de oro y danzaba a su alrededor, cogió iracundamente las tablas de piedra en las que Jehová había grabado con escritura divina las cláusulas del pacto, la nueva alianza con su pueblo, y las arrojó al suelo, y se hicieron añicos. Mientras Aarón se agachaba a recoger un fragmento cortante, ni muy grande ni muy pequeño, y lo guardaba de recuerdo, Moisés alzó la voz y dijo atajo de vagos, ¿qué demonios hacéis adorando a falsos dioses en cuanto os doy la espalda, cagondiez, so desgraciados? Y el pueblo de Dios dijo perdónanos, Moisés, no volveremos a hacerlo. Y él respondió no soy yo quien tiene que perdonaros, sino el Dios Misericordioso contra quien habéis pecado adorando a falsos ídolos. Sólo por eso merecéis ser lapidados. Todos. Y

cuando salieron al cegador sol romano del mediodía, pensando en piedras y en tablas destrozadas, se me ocurrió, sin que viniese a cuento, que, un siglo antes, en el año de la hégira de mil doscientos noventa, nació en la pequeña aldea de al-Hisw una niñita llorona, con el rostro iluminado como la luna, y su madre, al verla, dijo esta hija mía es una bendición de Alá el Misericordioso; es bella como la luna y esplendorosa como el sol, y el padre, Azizzadeh el comerciante, al ver el delicado estado de su esposa, disimulando la aprensión, le preguntó qué nombre quieres que le pongamos, esposa mía, y ella respondió se llamará Amani y la gente de al-Hisw la llamará Amani la bella; y se quedó exhausta, como exprimida tras el esfuerzo de hablar; su esposo, Azizzadeh, con lágrimas amargas en los oscuros ojos, después de asegurarse de que todo estaba en orden, dio a la comadrona una moneda blanca y un cesto de dátiles; miró a su esposa con preocupación y una nube negra le cruzó el pensamiento. Aún dijo la madre con voz rota Azizzadeh, si me muero, guarda la joya de oro en memoria mía.

—No vas a morir.

—Hazme caso. Y cuando la bella Amani tenga la primera sangre, se la regalas de mi parte, para que le sirva de recuerdo, esposo mío, de recuerdo de una madre que no tuvo fuerzas suficientes para. —Y se puso a toser—. Júramelo —insistió.

—Te lo juro, esposa mía.

La comadrona volvió a entrar en la habitación y dijo necesita reposo. Azizzadeh sacudió la cabeza y volvió a la tienda, porque tenía que atender la descarga del pedido de pistachos y nueces del Líbano, que acababa de llegar. Pero, aunque lo hubieran grabado en unas tablas como las de la ley de los infieles hijos de Mussa, como ellos llaman al pueblo escogido, Azizzadeh jamás habría creído lo que sería el triste final de la bella Amani, quince años después, loado sea el Señor Misericordioso.

—¿En qué piensas?

—¿Cómo dices?

—¿Lo ves? Siempre estás en otro sitio.

Volvimos a Barcelona en tren y llegamos el miércoles: Laura perdió dos clases por primera vez en la vida, y sin previo aviso. Bastardes, que debía de intuir muchas cosas, no se lo reprochó. Y yo, después de la operación Roma, sabía que podía dedicarme a estudiar lo que me viniese en gana y a dar algunas clases, las mínimas para no perder la presencia en el mundo académico. Complicaciones cardíacas aparte, tenía la impresión de ver el cielo abierto. Aunque no se me cruzase en el camino ningún manuscrito jugoso.

29

Adrià se quitó un peso de encima con la ayuda de su arisca madre, que había pensado en su incapacidad para las cosas prácticas y desde la muerte velaba por su hijo, como hacen todas las madres del mundo menos la mía. Sólo de pensarlo me emociono y calculo que quizá en algún momento me quiso. Ahora sé con seguridad que alguna vez mi padre me admiró, pero estoy convencido de que nunca me quiso. Yo era un objeto más de su magna colección. Y este objeto más volvió de Roma a casa con intención de ordenarla, porque ya hacía mucho tiempo que tropezaba con las cajas de libros venidas de Alemania que aún no había desembalado, encendió la luz y la luz se hizo. Y convocó a Bernat para que lo ayudase a pensar en un orden ideal, como si Bernat fuese Platón, él, Pericles, y el piso del Ensanche, la bulliciosa ciudad de Atenas. Y así, entre los dos sabios decidieron que en el despacho residirían los manuscritos, los incunables que compraría, los objetos delicados, los libros de sus padres, los discos, las partituras y los diccionarios de uso más frecuente, y separaron las aguas de abajo de las de arriba y fue hecho el firmamento con sus nubes, separado de las aguas del mar. En el dormitorio de sus padres, que por fin ya era el suyo, ubicaron la poesía y los libros de música y apartó las aguas de abajo de manera que quedase algún lugar seco, y al espacio seco lo llamó tierra, y a las aguas las llamó mares océanos. En su habitación de niño, al lado del sheriff Carson y del valeroso Águila Negra, que hacían guardia permanente en la mesilla de noche, vaciaron, sin fijarse, todas las estanterías de libros que lo habían acompañado de pequeño y ordenaron en su lugar los libros de historia, desde el nacimiento de la memoria hasta hoy. Y también los de geografía, y la tierra dio árboles y semillas que germinaron y brotaron hierbas y flores.

—¿Qué son estos vaqueros?

—¡No los toques!

No se atrevió a decirle que no era asunto suyo. Le habría parecido injusto. Se limitó a decir nada, los tiraré otro día.

—Jau.

—Qué.

—Te avergüenzas de nosotros.

—Ahora tengo mucho trabajo.

Oí cómo el sheriff, que estaba detrás del gran jefe arapaho, escupía en el suelo con desprecio y prefería no intervenir.

Los tres largos pasillos de la casa se dedicaron a la prosa literaria, ordenada por lenguas en unas nuevas e inacabables estanterías que encargó a Planas. En el pasillo de la habitación, lenguas románicas. En el del recibidor, lenguas eslavas y nórdicas, y en el ancho pasillo del fondo, las germánicas y anglosajonas.

—Pero ¿cómo puedes leer una lengua tan grmpf como ésta? —dijo Bernat de pronto, blandiendo *Пешчани cat*, de Danilo Kiš.

—Con paciencia. Si se entiende el ruso, el serbio no es tan difícil.

—Si se entiende el ruso… —refunfuñó Bernat, ofendido. Dejó el libro en el lugar correspondiente y masculló entre dientes—: Claro, entonces no tiene mérito.

—El comedor es para el ensayo literario y la teoría literaria y del arte.

—O quitas la cristalería o quitas el aparador. —Señaló las paredes sin hacer referencia a la mancha blanca de encima del aparador. Adrià bajó los ojos y dijo regalo toda la cristalería a la tienda. Que la vendan y se den con un canto en los dientes. Gano tres paredes estupendas. Y creó los peces y los seres marinos y todos los monstruos del mar. Y el vacío que había dejado en la pared el monasterio de Santa Maria de Gerri, de Modest Urgell, se llenó de Wellek, Warren, Kayser, Berlin, Steiner, Eco, Benjamin, Indgarden, Frye, Canetti, Lewis, Fuster, Johnson, Calvino, Mira, Todorov, Magris y otras alegrías.

—¿Cuántas lenguas sabes?

—No sé. Es igual. Cuando se saben unas cuantas, se puede leer más de lo que se cree.

—Ya, claro, estaba a punto de decírtelo —Bernat, un poco mosqueado. Al cabo de un rato, mientras retiraban un mueble—: No me habías dicho que estudiabas ruso.

—Ni tú que estás preparando el segundo de Bartók.

—¿Cómo lo sabes?

—Contactos. En la habitación de la plancha voy a poner

—El cuarto de la plancha déjalo como está. —Bernat, la voz de la sensatez—. Tienes que buscar a alguien que quite el polvo, planche y todo lo demás, y quien sea necesita un espacio propio.

—Esas cosas las hago yo.

—Y qué más. Contrata a alguien.

—Sé hacer tortilla, arroz blanco, huevos fritos, macarrones, pasta en general y lo que sea preciso. Tortilla de patata. Ensalada. Verdura con patatas.

—Estamos hablando de un nivel superior, como planchar, coser, lavar y hacer canelones o capón al horno.

Qué pereza. Pero al final hizo caso a Bernat y contrató a una mujer todavía joven y dinámica, que se llamaba Caterina. Venía los lunes, se quedaba a comer y limpiaba toda la casa sin dejar nada. Y planchaba. Y cosía. Un sol entre tanta tiniebla.

—Bueno, en el despacho es mejor que no entre. ¿De acuerdo?

—Lo que diga usted —dijo ella al tiempo que entraba a echar un vistazo de experta—. Pero sepa que esto es un criadero de polvo.

—No tanto, no exageremos…

—Un criadero de polvo y de bichitos plateados, de esos que salen entre los libros.

—No exagere, Lola Xica.

—Caterina. Aunque sólo sea quitar el polvo de los librotes viejos.

—Ni pensarlo.

—Pues déjeme pasar la escoba y el trapo del suelo. —Caterina intentaba salvar algunos aspectos de la negociación.

—De acuerdo. Pero no toque nada de encima de la mesa.

—Ni en sueños —mintió.

A pesar de las buenas intenciones iniciales, Caterina tuvo que convivir, aprovechando las paredes donde no había armarios, con bellas artes y con enciclopedias. De nada le sirvió fruncir el ceño ostensiblemente.

—¿No ve que no hay más espacio? —Adrià, implorante.

—¡Hay que ver! Porque la casa no es pequeña, precisamente. ¿Para qué quiere tantos libros?

—Para comérmelos.

—Qué lástima de casa, tan bonita como es y ni siquiera se ven las paredes.

Al ver cómo había quedado el cuarto de la plancha, Caterina dijo tengo que acostumbrarme a trabajar rodeada de libros.

—No te preocupes, Lola Xica, de día no se mueven de su sitio.

—Caterina —dijo ella mirándolo de lado, sin saber si le tomaba el pelo o estaba como un cencerro.

—¿Qué es todo esto que has traído de Alemania? —preguntó Bernat otro día, levantando recelosamente, con la punta de los dedos, la tapa de una caja de cartón.

—Sobre todo filología y filosofía. Y alguna novelita. Böll, Grass, Faulkner, Mann, Llor, Capmany, Roth y cosas por el estilo.

—¿Dónde vas a ponerlos?

—La filosofía en el recibidor, con las matemáticas y la astronomía. Y la filología y la lingüística, en la habitación de Lola Xica. Las novelas, cada una en el pasillo que le corresponda.

—Pues manos a la obra.

—¿Con qué orquesta quieres tocar Bartók?

—Con la mía. Quiero pedir una audición.

—Ostras, qué bien, ¿no?

—A ver si suena la flauta.

—Querrás decir el violín.

—Sí. Tienes que encargar más estanterías.

Las encargó, para mayor alegría de Planas, al ver que no remitía la furia organizadora de Adrià. El cuarto día de la creación, Caterina se apuntó una victoria importante, porque consiguió arrancar al Señor permiso para quitar el polvo a todos los libros de la casa, menos los del despacho. Y

decidió que iría también los jueves por la mañana a cambio de un módico suplemento, así, al menos, podía garantizar que a todos los libros se les quitaba el polvo una vez al año. Y Adrià dijo como quieras, Lola Xica: tú sabrás… mejor que yo.

—Caterina.

—Y como queda espacio, en la habitación de los invitados, religión, teología, etnología y mundo grecolatino.

Fue cuando el Señor separó las aguas, secó la tierra y creó los mares océanos.

—Tienes que… ¿Qué prefieres, gato o perro?

—No, no, ninguno. —Seco—: Nada.

—No quieres que te caguen encima. ¿Eh?

—No, no es eso.

—Sí, claro, si tú lo dices… —Tono irónico de Bernat mientras depositaba una pila de libros en el suelo—. Pero te convendría un animal de compañía.

—No quiero que se me muera nadie. ¿Entendido? —dijo, mientras llenaba la segunda hilera de enfrente del lavabo con prosa en lenguas eslavas. Y creó a los animales domésticos y a las fierecillas que poblaron la tierra y vio que era bueno.

Y, sentados en el suelo oscuro del pasillo número uno, repasaron con melancolía:

—Ostras, Karl May. Yo también tengo la tira.

—Mira: Salgari. Diez, no: doce salgaris.

—Y Verne. Yo lo tenía con grabados de Doré.

—¿Dónde lo guardas?

—A saber.

—Y Enid Blyton. Con lo floja que es, me los leí treinta veces.

—¿Qué vas a hacer con los tintines?

—No quiero tirar nada. Pero no sé dónde ponerlos.

—Quedan muchos huecos todavía.

Y el Señor dijo sí, quedan muchos huecos, pero no quiero dejar de comprar libros para llenarlos, el problema es dónde pongo los karlmays y julesvernes, ¿me entiendes? Y el amigo respondió te entiendo. Y vieron que

en el lavabo había un espacio entre el armarito y el techo y Planas, entusiasmado, construyó una robusta estantería doble que albergó toda la lectura de la infancia.

—¿No se caerá?

—Si se le cae, vengo a sostenerla yo en persona para los restos.

—Como Atlante.

—¿Cómo dice?

—Como una cariátide.

—Bueno, no sé, pero le aseguro que eso no se cae. Cague tranquilo. Perdone. Quiero decir que tranquilo, que eso no se cae.

—Y en el retrete pequeño, las revistas.

—Me parece bien —dijo Bernat, en el pasillo de prosa en lengua románica, cargado con veinte kilos de historia antigua destinados a la habitación de niño de Adrià.

—Y en la cocina, los libros de cocina.

—¿Necesitas bibliografía para hacer un huevo frito?

—Son de mi madre; no quiero tirarlos.

Y cuando iba a decir haré al hombre a mi imagen y semejanza pensó en Sara. En Laura. No, en Sara. No, en Laura. No sé, pero pensó.

Y al séptimo día Adrià y Bernat descansaron y convidaron a Tecla a ver la obra de la creación y, después de la visita, se sentaron en los sillones del despacho. Tecla, que ya estaba embarazada de Llorenç, admiró el trabajo y dijo a su marido a ver si un día te decides a ordenar tus cosas en casa. Y tomaron té de la tienda de Múrria, que era excelente. Y Bernat se incorporó de pronto, como si le hubiesen pinchado.

—¿Dónde está el storioni?

—En la caja fuerte.

—Sácalo. Tiene que darle el aire. Y tienes que tocarlo para que no se le apague la voz.

—Lo toco. Estoy intentando recuperar nivel. Lo toco obsesivamente y empiezo a querer al instrumento.

—Ese storioni se hace querer solo —dijo Bernat entre dientes—. Es una locura de sonido.

—¿Verdad que también tocas el piano? —Tecla, curiosa.

—Nivel elemental. —Y como excusándose—: Cuando se vive solo, hay tiempo de sobra para uno mismo.

Sietedosochoceroseiscinco. El Vial era el único habitante de la caja fuerte. Al sacarlo, le pareció que la larga reclusión en la mazmorra le había comido los colores.

—Pobrecillo. ¿Por qué no lo pones con los incunables, en el armario?

—Buena idea. Pero los de la aseguradora…

—Que se fastidien. ¿Quién te lo va a robar, hombre?

Adrià se lo dejó a su amigo con un gesto que quiso ser solemne. Toca algo, le dijo. Y Bernat lo afinó, el re estaba muy despistado, y tocó las dos fantasías de Beethoven de tal manera que se adivinaba la orquesta. A mí me parece, todavía me lo parece, que tocó extraordinariamente, como si, por haber vivido lejos de mí, hubiera madurado, y pensé que cuando Tecla no estuviera presente le diría tío, por qué no dejas de empeñarte en escribir, que se te da fatal, y te dedicas a esto otro, que se te da de maravilla, ¿eh?

—No me toques las narices —respondió Bernat cuando se lo dijo, ocho días después. Y el Señor contempló su obra y dijo que estaba muy bien, porque tenía el Universo en casa en clasificación más o menos decimal universal. Y dijo a los libros creced y multiplicaos y esparcíos por toda la casa.

—Nunca había visto un piso tan grande —dijo Laura con admiración, todavía con el abrigo puesto.

—Dame, quítate eso.

—Ni tan oscuro.

—Es que siempre se me olvida subir las persianas. Espera.

Le enseñó la parte más presentable de la casa y, al entrar en el despacho, no pudo evitar una especie de orgullo posesivo.

—Ahí va, ¿es un violín?

Adrià lo sacó del armario y se lo puso en las manos. Se notaba que la chica no sabía qué hacer con él. A continuación, acercó el violín a la lupa y encendió la luz.

—Lee aquí dentro.

—Laurentius Storioni Cremonensis… —con dificultad, pero con anhelo—… me fecit mil setecientos sesenta y cuatro. Ostras. —Levantó la cabeza, admirada—. Debe de valer un güevo, digo, un riñón.

—Supongo. No lo sé.

—¿No lo sabes? —Boquiabierta, le devolvió el instrumento como si quemara.

—No quiero saberlo.

—Qué raro eres, Adrià.

—Sí.

Estuvieron un rato callados, sin saber qué decirse. Me gusta esta chica, pero siempre que la rondo me acuerdo de ti, Sara, y me pongo a pensar por qué nuestro amor, que era eterno, encontró tantos obstáculos. En ese momento todavía no podía entenderlo.

—¿Tocas el violín?

—Pse. Un poco.

—A ver, toca algo.

—Huy.

Supuse que Laura no debía de ser muy entendida en música y me equivoqué: no entendía nada en absoluto. Pero como aún lo ignoraba, toqué la *Meditación de Taïs*, que es muy resultona, de memoria, inventando un poquitín, y cerré los ojos porque no me acordaba muy bien de la digitación y necesitaba concentrarme mucho. Y cuando Adrià abrió los ojos, Laura estaba llorando lágrimas azules, desconsoladas, y me miraba como si fuese un dios o un monstruo y le pregunté qué te pasa, Laura, y me respondió no sé, me parece que me he emocionado, porque he notado una cosa aquí y, con la mano, señaló unos círculos encima del estómago; le contesté es el sonido del violín, que es magnífico. No pudo reprimir un sollozo y sólo entonces me di cuenta de que llevaba los ojos discretísimamente pintados, porque el rímel se le corrió un poco y estaba monísima. Pero esta vez no la había utilizado, como en Roma. Vino a casa porque esa mañana le había dicho ¿quieres venir a la inauguración de mi casa? Y ella, que salía de clase de griego, me parece, me dijo ¿te has cambiado de casa? Y yo, no. Y ella, ¿haces una fiesta? Y yo, no, pero inauguro un orden nuevo y…

—¿Habrá mucha gente?

—Un montón.

—¿Quién?

—Pues tú y yo.

Y vino. Y después de sollozar inconteniblemente, se quedó pensativa un rato, sentada en el sofá cuya parte de atrás había sido mi base de espionaje en compañía del sheriff Carson y de su valeroso amigo.

En la mesilla de noche de historia y geografía hacía guardia Águila Negra. Cuando entramos, lo cogió, lo miró (el valeroso gran jefe arapaho no se quejó) y dio media vuelta para decirme algo, pero Adrià fingió que no se había percatado y le hizo una pregunta cualquiera. La besé. Nos besamos. Fue tierno. Luego la acompañé a casa, convencido de que me equivocaba con ella y de que probablemente le haría daño. Pero todavía no sabía por qué.

O sí, porque en los ojos azules de Laura buscaba los tuyos oscuros de fugitiva, y eso es una cosa que ninguna mujer puede perdonar.

30

La escalera era angosta y oscura. Empeoraba a medida que subía. Parecía de juguete, de casa de muñecas sin luz. En el tercer piso, la primera puerta. El timbre, imitando una campanita, hizo din y después don. Y luego, silencio. Se oían gritos de niños en la calle estrecha y sin sol del extremo de la Barceloneta en el que se encontraba. Cuando empezó a pensar que se había equivocado, percibió un rumor mortecino del otro lado de la puerta y ésta se abrió delicadamente, sin hacer ruido. Nunca te lo conté, Sara, pero seguramente fue el día más importante de mi vida. Agarrada a la puerta, desmejorada, envejecida, pero tan limpia y compuesta como siempre, me miró unos segundos en silencio a los ojos, como preguntándome qué hacía allí. Y reaccionó, abrió la puerta del todo y se retiró para dejarme pasar. No dijo te vas a quedar calvo muy pronto hasta que cerró de nuevo.

Entramos en un cuarto minúsculo, que era comedor y sala de estar. En una pared, mayestático, el urgell del monasterio de Santa Maria de Gerri recibía, como siempre, la luz del sol poniente que se escondía por el lado de Trespui. A modo de excusa, Adrià dijo que se había enterado de que estaba enferma y…

—¿Cómo lo has sabido?

—Por un amigo médico. ¿Cómo te encuentras?

—Asombrada de verte por aquí.

—No; me refiero a la salud.

—Me muero. ¿Quieres té?

—Sí.

Desapareció por el pasillo. La cocina estaba a un paso. Adrià miró el cuadro y tuvo la sensación de reencontrarse con un viejo amigo que, a pesar de los años, no había envejecido nada; aspiró y percibió el aroma de la primavera del paisaje pintado e incluso el rumor del río y el frío que soportó

Ramon de Nolla cuando llegó en busca de su víctima. Se acercó sin dejar de mirarlo hasta que notó la presencia de Lola Xica a su espalda. La mujer traía una bandeja con dos tazas. Adrià se fijó en la sobriedad del escueto piso que, sin mucho esfuerzo, cabría en su despacho.

—¿Por qué no te quedaste a vivir conmigo?

—Estoy bien. Ésta es mi casa, antes y después de vivir con tu madre. No me quejo. ¿Lo oyes? No me quejo. He pasado de los setenta, más que tus padres, y he vivido la vida como he querido.

Se sentaron a la mesa. Un sorbo de té. Adrià estaba bien en silencio. Al cabo de un rato:

—No es cierto que me esté quedando calvo.

—¡Porque no te ves por detrás! Pareces un fraile franciscano.

Adrià sonrió. Era la misma de siempre, la única en el mundo a la que nunca había visto fruncir el ceño con disgusto.

—Qué rico es este té.

—Recibí tu libro. Es difícil de leer.

—Ya, pero quería que lo tuvieses.

—¿Qué más has hecho, aparte de escribir y leer?

—Tocar el violín. Horas y horas, y días y meses.

—¡A buenas horas!… Entonces, ¿por qué lo dejaste?

—Me asfixiaba. En aquella época, o el violín o yo. Y elegí yo.

—¿Eres feliz?

—No. ¿Y tú?

—Sí. Bastante. No del todo.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí. ¿Por qué estás tan angustiado?

—Es que… no puedo dejar de pensar que si vendieses el cuadro podrías comprarte un piso más grande.

—Tú no entiendes nada, criatura.

Callaron. La forma en que miró el urgell delataba que tenía costumbre de contemplarlo, que, sin saberlo, percibía el frío que había calado hasta los huesos al fugitivo fray Miquel de Susqueda cuando iba en busca de refugio, huyendo de la amenaza de la justicia divina, camino del Burgal. Pasaron unos cinco minutos en silencio, tomando el té, cada uno recordando

momentos de su vida. Y al final, Adrià Ardèvol la miró a los ojos y le dijo Lola Xica, te quiero mucho; eres muy buena persona. Ella apuró el último sorbo de té, bajó la cabeza, guardó silencio un rato largo y después contestó que no era cierto porque tu madre me dijo Lola Xica, tienes que ayudarme.

—¿Qué quieres, Carme? —un poco asustada por el tono de la señora.

—¿Conoces a esta chica?

Puso en la mesa de la cocina la foto de una chica guapa, de pelo y ojos oscuros. ¿La has visto alguna vez?

—No. ¿Quién es?

—Una que quiere embaucar a Adrià.

Carme se sentó al lado de Lola Xica y la cogió de la mano.

—Tienes que hacerme un favor —le dijo.

Me pidió que os siguiera para corroborar lo que le había dicho un investigador al que había contratado. Sí: hacíais manitas en la parada del 47, en Gran Vía.

—Se quieren, Carme —le dijo.

—Eso es peligroso —insistió Carme.

—Tu madre sabía que esa chica quería engatusarte.

—Dios mío —dijo Adrià Ardèvol—. ¿Qué significa que quería engatusarme?

Perpleja, Lola Xica miró a Carme y repitió la pregunta:

—¿Cómo que quiere embaucarlo? ¿No te he dicho que se quieren, Carme?

Ahora estaban en el despacho del señor Ardèvol, de pie, y Carme dijo he encargado que investiguen a la familia de esa chica: se apellida Voltes-Epstein.

—¿Y qué?

—Son judíos.

—Ah. —Pausa—. ¿Y qué?

—No tengo nada contra los judíos, no es eso. Pero Fèlix… Ay, chica, no sé cómo decírtelo…

—Inténtalo.

Carme dio unos pasos, abrió la puerta para asegurarse de que Adrià no había llegado todavía, aunque lo sabía perfectamente, cerró la puerta y dijo en voz baja Fèlix ha tenido tratos con unos parientes suyos y…

—¿Y qué?

—Pues… se pelearon. Digamos que quedaron muy reñidos.

—Fèlix está muerto, Carme.

—Esa chica se ha metido en nuestra vida para liarlo todo. Estoy segura de que va tras la tienda. —Casi en un susurro—: Adrià le importa un pimiento.

—Carme…

—Es muy vulnerable. Como está en las nubes, le es muy fácil llevarlo por donde quiera.

—Estoy segura de que la chica no sabe ni que existe la tienda.

—No creas. Nos han calado.

—Eso no puedes saberlo tú.

—Sí. Hace quince días se presentó en la tienda con una señora, su madre, supongo.

Antes de decidirse a preguntar echaron un vistazo, como muchos clientes, pero sin ninguna prisa, como si quisieran evaluar el conjunto de la casa, del negocio. Carme las avistó desde el despacho y enseguida reconoció a la chica que salía con Adrià en secreto: entonces encajaron las piezas y entendió que tanto secreto por parte de la chica indicaba una turbia intención oculta. Las atendió Cecília y después contó a Carme que eran extranjeras, probablemente francesas, pog la egue de pagagüego y la cota de especo, porque buscaban un pagagüego y dos especos, pero se notaba que no se habían fijado en ningún objeto en particular, como si sólo estuvieran echando un vistazo a la tienda. ¿Me entiende, señora Ardèvol? Esa misma noche Carme Bosch llamó a la agencia Espelleta, preguntó por el dueño y le hizo un nuevo encargo, porque no estaba dispuesta a que utilizaran los sentimientos de su hijo para intereses inconfesables. Sí, si era posible, el mismo detective.

—Pero ¿cómo…? Mi madre… Pero… ¡nadie sabía que salíamos!

—Bueno, mira… —Lola Xica, bajando la cabeza y mirando el hule de la mesa.

—¿Cómo llegó a sospechar que…?

—Fue el maestro Manlleu. Cuando le dijiste que dejabas definitivamente el violín.

—¿Qué dices? —Las frondosas cejas blancas, despeinadas, como nubes de tormenta sobre los ojos desorbitados, el maestro Manlleu inquieto, indignado.

—Que en cuanto termine el curso, me examino y dejo el violín. Para siempre.

—¡La moza esa te ha sorbido el seso!

—¿Qué moza?

—No te hagas el mosquita muerta. ¿Has visto alguna vez a dos personas cogiditas de la mano durante toda la cuarta de Bruckner? ¿Eh?

—Bueno, pero…

—Que se os ve a cien kilómetros, atontado, allí en platea, acaramelados como dos tórtolas negroides y azucaradas.

—Eso no tiene nada que ver con la decisión de

—Tiene mucho que ver con la decisión de. Esa arpía es una mala influencia. Y tienes que cortarla de raíz.

Y como me quedé pasmado ante tanta osadía, aprovechó para remachar:

—Con quien tienes que casarte es con el violín.

—Perdone, maestro, es mi vida lo que está en juego.

—Lo que tú digas, sabihondo. Pero te advierto que el violín no lo dejas.

Adrià Ardèvol cerró el estuche haciendo más ruido del necesario. Se incorporó y miró al genio cara a cara. Ahora ya le sacaba medio palmo de altura.

—Dejo el violín, maestro Manlleu, se ponga usted como se ponga. Y mi madre también lo sabrá hoy.

—¡Ah! O sea que has tenido la delicadeza de decírmelo a mí primero.

—Sí.

—Tú no lo dejas, chico. Dentro de un par de meses volverás con el rabo entre las piernas y te diré lo siento, muchacho: tengo las horas ocupadas. Y tendrás que fastidiarte. —Lo miró con fuego en los ojos—:

¿No te ibas?

Y sin pérdida de tiempo informó a tu madre de que había una chica por medio y Carme se obsesionó, le echó la culpa de todo y la convirtió en su enemiga.

—Dios mío.

—Y por motivos que… Lo que te decía de la familia Epstein, pues resulta…

—Dios mío.

—Le dije que no lo hiciese, pero escribió una carta a la madre de Sara.

—¿Qué le dijo? ¿La leíste?

—Se inventó cosas; supongo que le contaría cosas feas de ti. —Silencio largo, muy interesada en el hule de la mesa—. No la leí.

Echó una breve mirada a Adrià, que estaba con los ojos desorbitados, perplejos y llorosos, y volvió a fijarse en el hule.

—Tu madre quería apartar a esa chica de tu vida. Y de la tienda.

—Esa chica se llama Sara.

—Sí, perdona, Sara.

—Dios mío.

La algarabía de niños en la calle empezó a disminuir. La luz exterior se debilitaba. Mil años después, cuando el comedor estaba en semipenumbra, Adrià miró a Lola Xica jugueteando con la taza de té.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Por fidelidad a tu madre. De verdad, pequeño. Adrià: lo siento muchísimo.

Lo que más sentí yo es que me fui de casa de Lola Xica muy dolido, casi sin despedirme, casi sin decir Lola Xica, siento mucho que estés enferma. Le di un beso seco y no volví a verla con vida.

31

Huitième arrondissement; quarante-huit rue Laborde. Un edificio de viviendas más bien triste, con la fachada ennegrecida de humo de todas clases. Apretó el timbre y la puerta se abrió con un ruido seco, premonitorio. En los buzones comprobó que tenía que subir hasta el sisième étage. Prefirió las escaleras al ascensor para gastar el exceso de energía que le producía el pánico. Cuando llegó, tardó un par de minutos cumplidos en recuperar el aliento y el latido normal del corazón. Y llamó al timbre, que sonó bzsbzsbzdbzs, como si quisiera guardar un misterio. El rellano estaba en penumbra y nadie abría la puerta. ¿Unos pasos delicados? ¿Sí? La puerta se abrió.

—Hola.

Te quedaste con la boca abierta y la expresión congelada. No sabes el brinco que me dio el corazón al verte de nuevo, después de tantos años, Sara. Eras mayor; no quiero decir envejecida, sino mayor, pero tan guapa como siempre. Una belleza más aposentada. Y entonces pensé que nadie tenía ningún derecho a robarnos la juventud como lo habían hecho. Detrás de ti, en una consola, un ramo de flores muy bonitas, pero de un color que se me antojó triste.

—Sara.

Ella continuaba en silencio. Claro que me había reconocido, pero no me esperaba. No llegué oportunamente; no era bien recibido. Me voy, vuelvo en otro momento, te quiero, me gustaría hablar contigo de… Sara.

—¿Qué quieres?

Como un vendedor de enciclopedias, consciente de que en medio minuto debe soltar el mensaje mágico para que el cliente escéptico no le dé con la puerta en las narices, Adrià abrió la boca y desaprovechó trece

segundos antes de decir nos engañaron, te engañaron; huiste porque te dijeron cosas horribles de mí. Mentiras y cosas horribles de mi padre. Cosas ciertas.

—¿Y qué hay de la carta en la que me decías que era una judía asquerosa y que me guardase donde me cupiera la mierda de mi altiva familia?

—¡Nunca te he mandado una sola carta! ¿Es que no me conoces?

—No.

La enciclopedia es una herramienta útil para cualquier familia con intereses culturales como es su caso, señora.

—Sara. He venido a decirte que todo fue un montaje de mi madre.

—A buenas horas. ¿Cuánto hace de eso?

—¡Muchos años! ¡Pero yo me enteré hace cinco días! ¡El tiempo que he tardado en localizarte! ¡Fuiste tú quien desapareció!

Una obra de estas características siempre es útil, tanto para su marido como para sus hijos. ¿Tiene usted hijos, señora? ¿Y marido? ¿Te has casado, Sara?

—Creí que habías huido por problemas tuyos; nadie quiso decirme dónde estabas. Ni tus padres…

En veintidós comodísimos plazos. Y podrá disfrutar de los diez volúmenes desde el primer día.

—Tu familia odiaba a mi padre por…

—Todo eso ya lo sé.

Quédese con este tomo para examinarlo, señora. Puede que vuelva el año que viene, pero no se enfade.

—Yo no sabía nada.

—La carta que me escribiste… Se la diste personalmente a mi madre. —Se le crispó la mano que sujetaba la puerta, como si en cualquier momento fuese a estampármela en las narices—. ¡Cobarde!

—Nunca te escribí. ¡Eso es una sarta de mentiras! No di nada a tu madre. ¡Ni siquiera quisiste presentármela!

Ataque desesperado antes de batirse en retirada: ¡ay, señora! ¡No me diga que no es usted una mujer culta que se interesa por los problemas del mundo!

—¡Enséñamela! ¿No reconoces mi letra? ¿No viste que te engañaban?

—Enséñamela… —repitió sardónicamente—. La rompí en mil trocitos y la quemé: destilaba odio.

Dios mío, qué ganas de matar. ¿Qué hago, qué hago?

—Nos manipularon tu madre y la mía.

—Lo hago por el bien de mi hijo, protejo su futuro —dijo la señora Ardèvol.

—Y yo el de mi hija —réplica gélida de la señora Voltes-Epstein—. No tengo el menor interés en que se relacione con su hijo. —Sonrisa seca —: Sabemos quién es su padre y sólo por eso no queremos tener nada que ver con él.

—Pues no hay más que hablar: ¿puede mandar a su hija fuera de la ciudad una temporada?

—Usted no es nadie para ordenarme nada.

—Muy bien. Le ruego que le haga llegar esta carta de mi hijo.

Le entregó un sobre cerrado. Rachel Epstein dudó unos segundos pero la cogió.

—Léala usted si lo desea.

—Usted no es nadie para decirme lo que puedo hacer.

Se separaron fríamente; se habían entendido a la perfección. Y, por descontado, la señora Voltes-Epstein abrió la carta antes de dársela a Sara, no lo dudes, Adrià.

—No la escribí yo…

Silencio. A pie firme en el rellano de la casa de rue Laborde, huitième arrondissement. Una vecina bajó en ese momento con un perrito ridículo y saludó a Sara con un ademán desvitalizado; ella respondió inclinando la cabeza distraídamente.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no quisiste discutirlo conmigo?

—Huí llorando y diciendo otra vez no, no puede ser.

—¿Otra vez?

Ese fragmento de tu pasado que yo desconocía te empañó los ojos.

—Un disgusto que tuve antes de conocerte.

—Dios mío. Soy inocente, Sara. Yo también sufrí por tu huida. Sólo hace cinco días que sé por qué te fuiste.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Por la misma agencia que nos espió. Te quiero. No he dejado de añorarte todos los días de mi vida. Fui a pedir explicaciones a tus padres, pero no quisieron decirme dónde estabas ni por qué te habías marchado. Fue horrible.

Seguían en el rellano del edificio del huitième arrondissement, a la luz que salía por la puerta abierta, pero ella no lo invitó a pasar.

—Te quiero. Deseaban destruir nuestro amor. ¿Me entiendes?

—Y lo consiguieron.

—No entiendo cómo pudiste creer lo que te dijeron.

—Era muy joven.

—¡Ya tenías diecisiete años!

—Sólo tenía diecisiete años, Adrià. —Vacilante—:… Me dijeron lo que tenía que hacer y lo hice.

—¿Y yo?

—Sí, de acuerdo. Pero era horrendo. Tu familia…

—Qué.

—Tu padre… hizo cosas.

—Yo no soy mi padre. No tengo la culpa de ser su hijo.

—Me costó mucho entender eso.

La señora quiere cerrar la puerta y, con una sonrisa firme, se le dice olvidémonos de la enciclopedia, señora, y se pone en marcha el último recurso: enseñarle el diccionario enciclopédico, una obra en un solo volumen, para ayudar a sus hijos a hacer los deberes. Qué pputa es la vida: seguro que estás cargada de hijos.

—¿Y por qué no me llamaste en aquel momento?

—Había rehecho mi vida. Tengo que cerrar la puerta, Adrià.

—¿Qué quiere decir que rehiciste tu vida? ¿Te casaste?

—Adrià, basta.

Y la señora cerró la puerta. La última imagen que vio fue la de las flores tristes. En el rellano, se tacha el nombre de la clienta fallida y se maldice ese trabajo, que consiste en muchos fracasos y algún triunfo

esporádico.

Se cerró la puerta, me quedé solo con la oscuridad de mi alma, sin ánimo ni para pasear por la ciudad de la lumière; todo me era indiferente. Adrià Ardèvol volvió al hotel, se tumbó en la cama y se puso a llorar. Pensó brevemente si sería mejor romper la luna del armario, que reflejaba su dolor, o tirarse por el balcón. Se decidió por hacer una llamada, con los ojos húmedos, con la desesperanza en los labios.

—Diga.

—Hola.

—Hola, ¿dónde estás? Te he llamado a casa y…

—Estoy en París.

—Ah.

—Sí.

—¿Esta vez no necesitabas una abogada?

—No.

—¿Qué te pasa?

Adrià dejó pasar unos segundos; acababa de darse cuenta de que estaba mezclando agua y aceite.

—Adrià, ¿qué te pasa? —Y, como el silencio se alargaba en exceso, lo rompió—. ¿Tienes una hermanastra francesa?

—No, nada, no pasa nada. Me parece que te añoro un poquitín.

—Bien. ¿Cuándo vuelves?

—El tren sale mañana por la mañana.

—¿Puedo saber qué haces en París?

—No.

—Ah, muy bien. —Tono terriblemente ofendido de Laura.

—De acuerdo… —Tono condescendiente de Adrià—: He venido a consultar el original de *Della Pubblica Felicità*.

—¿Qué es eso?

—El último libro que escribió Muratori.

—Ah.

—Interesante. Del manuscrito a la edición hay cambios interesantes, como me temía.

—Ah.

—¿Qué te pasa?

—No, nada. Eres un mentiroso.

—Sí.

Y Laura colgó.

Seguramente para quitarse el tono de reproche de la cabeza, encendió la televisión.

Salió una emisora belga en flamenco. La dejé para comprobar qué tal estaba mi nivel de neerlandés. Y oí la noticia. La entendí perfectamente porque las horripilantes imágenes ayudaban, pero ni en sueños se habría imaginado Adrià que todo eso tuviera algo que ver con él. Todo me implica. Creo que soy culpable del derrotero tan poco apetecible que ha tomado la humanidad.

Los hechos, según las declaraciones de los testigos a la prensa local, que después llegaron a la belga, son los siguientes. Turu Mbulaka —Thomas Lubanga Dyilo, Matongué (Kinshasa), residente en Yumbu-Yumbu— ingresó en el hospital de Bebenbeleke el mismo día 12 aquejado de fuerte dolor abdominal. El doctor Müss diagnosticó peritonitis y, tras encomendarse a Dios, lo operó de urgencia en el precario quirófano del hospital. Se vio obligado a prohibir terminantemente la entrada de escoltas al quirófano, ni armados ni desarmados, así como la de las tres esposas del paciente y la de su primogénito. Por otra parte, tuvo que imponer al paciente la condición de que se quitara las gafas de sol para la operación y puntualizar que no lo intervenía de urgencia porque fuese el jefe tribal de la zona, sino porque corría peligro de muerte. Turu Mbulaka ordenó a gritos que dejasen trabajar al médico de una pputa vez, que se moría de dolor y no quería desmayarse, porque el hombre que pierde el conocimiento por causa del dolor baja la guardia y puede ser abatido por sus enemigos.

La anestesia, administrada por la única enfermera anestesista del hospital, bajó la guardia a Turu Mbulaka a las trece horas y tres minutos. La operación duró una hora exacta y el paciente fue trasladado a la sala general dos horas más tarde (en Bebenbeleke no había UCI), cuando empezaron a remitir los efectos de la anestesia y pudo decir sin morderse la lengua que le dolía el vientre a rabiar, ¿qué coño me ha hecho? El doctor Müss pasó por alto las amenazadoras palabras del paciente —cuántos cuentos había oído

en su larga vida— y prohibió a la escolta la entrada en la sala, que esperase en el banco de color verde que había a la entrada, porque lo único que necesitaba el señor Turu Mbulaka era descansar. Las mujeres del jefe acudieron con sábanas limpias, abanicos para el calor y un televisor a pilas, que colocaron a los pies de la cama. Y, por si fuera poco, comida en abundancia, aunque el paciente no podría probarla hasta cinco días después de la intervención.

El doctor Müss no paró de atender visitas ordinarias en el dispensario hasta el final de la jornada. Cada día le pesaban más los años, pero fingía que no lo notaba y trabajaba con la eficiencia de costumbre. Ordenó a las enfermeras, excepto a la de guardia, que se fueran a descansar aunque no hubiesen terminado el turno; solía decírselo siempre porque quería que descansaran bien para afrontar la mañana siguiente, pues nunca se sabía lo que podía deparar. Aproximadamente a la misma hora recibió la visita de un forastero desconocido, con quien estuvo encerrado más de una hora hablando de no se sabe qué. Empezaba a oscurecer y por la ventana entraba el cacareo de una gallina muy inquieta. Cuando la luna asomó la nariz por el lado de Moloa, se oyó un estampido sordo. Un disparo tal vez. Como movidos por un resorte, los dos escoltas se levantaron al mismo tiempo del banco verde en el que fumaban, desenfundaron y se miraron con asombro. Había sonado en el otro lado. Qué hacemos, vamos los dos, te quedas tú, voy yo. Vamos, hala, vete tú, yo me quedo por si acaso, ¿de acuerdo?

—Pélame este mango —gritó Turu Mbulaka a su tercera esposa unos instantes antes de que sonara el disparo o lo que fuese.

—El médico ha dicho que… —Prácticamente no se oyó nada en la sala, ni el posible disparo ni la conversación, porque en el televisor del jefe sonaba un gran barullo, ya que un concursante no sabía contestar a una pregunta y el público se reía a mandíbula batiente.

—Qué sabe el médico. Quiere hacerme sufrir. —Miró la tele e hizo un gesto de desprecio—. Panda de ignorantes —increpó al infeliz concursante. A la tercera esposa—: pélame el mango, vamos.

En el momento en que Turu Mbulaka daba el primer mordisco a la fruta prohibida, se desencadenó la tragedia: un hombre armado entró en la sala en penumbra y descargó una ráfaga sobre el enfermo que reventó el

mango y agujereó al pobre Turu Mbulaka de tal manera que la pavorosa herida quirúrgica parecía una anécdota, en comparación. El asesino disparó certeramente contra las tres esposas indefensas; sin dejar de apuntar con el arma, echó un vistazo a toda la sala, probablemente buscando al primogénito, y salió de allí. Los veinte enfermos que guardaban cama esperaban con resignación el tiro de gracia, pero el aliento de la muerte pasó por encima sin tocarlos. El asesino, que, según unos, llevaba un pañuelo amarillo, según otros, azul, pero que en ambos casos le cubría el rostro, desapareció ágilmente en la noche. Unos aseguraron haber oído un motor de coche, otros no quisieron saber nada y todavía temblaban sólo de pensarlo y, según la prensa de Kinshasa, el asesino o los asesinos habían matado a los dos incompetentes escoltas de Turu Mbulaka, a uno en los pasillos del hospital, al otro en un banco verde, que se manchó de sangre. Cayeron además una enfermera congoleña y el médico del hospital de Bebenbeleke, el doctor Müss, quien, alertado por el ruido, entró en la sala general y seguramente se enfrentaría a los asesinos o incluso habría intentado detener el ataque, pues menospreciaba el peligro, alegando que ese hombre estaba recién operado. O simplemente lo habrían matado de un tiro en la cabeza sin darle tiempo a abrir la boca siquiera. No, de un tiro en la boca, según un testigo. No, en el pecho. En la cabeza. Cada enfermo defendía una versión diferente de cada capítulo de la tragedia, aunque no hubiera visto nada; y el color del pañuelo del asesino juro que era verde; o quizá amarillo, pero lo juro. Asimismo, un par de enfermos, uno de ellos menor de edad, recibieron alguno de los disparos dirigidos al jefe de tribu Turu Mbulaka. Tal fue la descripción del inesperado ataque en una zona sin muchos intereses europeos en juego. Y la VRT le dedicó ochenta y seis segundos porque el ex presidente francés Giscard d’Estaing, tras el estallido de la noticia de que se había manchado las manos con los diamantes del emperador Bokassa, había iniciado un tour africano y, cuando se hallaba en la región de Kwilu, se había desviado del itinerario previsto para ir a Bebenbeleke, nombre que empezaba a hacerse famoso a pesar de las reticencias de su fundador, que sólo vivía para el trabajo. Giscard se había fotografiado con el doctor Müss, siempre cabizbajo, siempre pensando en las cosas que le quedaban por hacer. Y con las enfermeras de Bebenbeleke

y con un niño de dentadura blanquísima que sonreía sin ton ni son, haciendo una mueca detrás del grupo oficial. Todo eso había sucedido recientemente. Y Adrià apagó el televisor porque sólo le faltaba una noticia de esas características para terminar de hundirse.

Dos días después, la prensa francesa, así como la belga, ahondando en los detalles de la masacre del hospital de Bebenbeleke, descubrieron diversos hechos: en el atentado contra el jefe de tribu Turu Mbulaka, personaje respetado, odiado, calumniado, ensalzado y temido en toda la zona, habían muerto siete personas: cinco del séquito del cacique, una enfermera y el director del hospital, el doctor Eugen Müss, conocido por sus treinta años de labor en favor de los enfermos en ese rincón del mundo de Beleke y Kikongo. Se pone en duda la continuidad del hospital que él mismo había fundado en la década de los cincuenta… y como quien no quiere la cosa, como si fuese un añadido de última hora y de menor importancia, las últimas frases de la noticia decían que, en respuesta al brutal atentado contra Turu Mbulaka, se habían producido disturbios en Yumbu-Yumbu que han causado una docena de muertos, entre partidarios y detractores de esta figura tan discutida, a caballo entre señor de la guerra y cacique, producto directo del proceso de descolonización por parte del Estado belga.

A trescientos cuarenta y tres kilómetros al norte del hotel en el que Adrià pasaba las horas soñando con que Sara fuese a verlo y le propusiera un nuevo comienzo, y él diría cómo sabías que estaba en este hotel y ella, porque me puse en contacto con el mismo detective que tú para encontrarme a mí, pero como ella no venía él no bajaba ni a desayunar ni a cenar, ni se afeitaba ni nada, porque sólo quería morirse y por eso no paraba de llorar; a trescientos cuarenta y tres kilómetros del dolor de Adrià, unas manos temblorosas que sujetaban un ejemplar de *Gazet van Antwerpen* lo soltaron. El diario cayó en la mesa, al lado de una taza de tila, enfrente de un televisor que transmitía la misma noticia. El hombre apartó el diario, que

cayó al suelo, y se miró las manos. Temblaban sin control. Se tapó la cara y se puso a llorar como no lo había hecho en treinta años. El infierno siempre está preparado para entrar en cualquier rincón de nuestra alma.

Por la noche, se hizo eco de la noticia el segundo canal de la VRT, aunque más centrada en la persona del fundador del hospital. Y anunciaron que a las diez de la noche emitirían el documental que le había dedicado la VRT hacía un par de años con motivo de su negativa a recibir el premio rey Balduino, porque no iba acompañado de una subvención para el mantenimiento del hospital de Bebenbeleke. Y porque no estaba dispuesto a viajar a Bruselas a recoger un galardón, pues consideraba que su presencia era más necesaria en el hospital que en cualquier otra parte.

A las diez de la noche, una mano temblorosa apretó el interruptor de encendido del estropeado televisor. Se oyó un suspiro de pena. En la pantalla, la careta del «60 minutos» e inmediatamente después unas imágenes, grabadas clandestinamente sin lugar a dudas, del doctor Müss avanzando por el exterior del porche del hospital, pasando ante un banco pintado de verde, sin rastro de sangre, y diciendo que no hacían falta reportajes, que había mucho trabajo en el hospital y que no podía distraerse.

—Un reportaje puede ser muy beneficioso para el hospital —la voz de Randy Oosterhoff, un poco agitada mientras andaba de espaldas, enfocando al doctor con una cámara oculta.

—Si queréis hacer un donativo, el hospital os lo agradecerá mucho. —Señaló hacia atrás—: Hoy tenemos jornada de vacunas y es un día de muchísimo trabajo.

—Podemos esperar.

—Por favor.

A continuación, el titular: «Bebenbeleke». Y después, tomas de las precarias instalaciones del hospital, de las enfermeras en plena labor, casi sin levantar la cabeza, atareadas, imbuidas por un espíritu casi inhumano de trabajo. Y muy al fondo, el doctor Müss. Una voz decía que el doctor Müss era originario de un pueblecito del Báltico y que hacía treinta años que se había instalado en Bebenbeleke con una mano delante y otra detrás

literalmente y, piedra a piedra, había levantado el hospital que ahora cubre, aunque de forma insuficiente, las necesidades sanitarias de la vasta región del Kwilu.

El hombre de la mano temblorosa se levantó a apagar el televisor. Conocía el reportaje de memoria. Suspiró.

Lo habían emitido por primera vez hacía dos años. Aunque apenas veía la televisión, tenía encendido el aparato en ese momento. Se acuerda perfectamente de que le llamó la atención la introducción dinámica, muy dinámica, muy periodística, del doctor Müss de camino a alguna urgencia, diciendo a los periodistas que no tenía tiempo para nada más que…

—Conozco a ese hombre —dijo entonces el de las manos temblorosas.

Siguió el reportaje con atención. Bebenbeleke no le sonaba de nada, como tampoco los nombres de Beleke y Kikongo. Era la cara, la cara del médico… Una cara asociada al dolor, a su gran y único dolor, pero no acababa de saber… Y volvió el recuerdo lacerante de sus mujeres, de la pequeña Trude, mi Truu perdida, de Amelietje recriminándolo con la mirada que no hiciese nada, él, que las había salvado a todas, y su suegra, que tosía sin parar, agarrada al violín, y mi Berta con Juliet en brazos, y todo el horror del mundo. Y qué tiene que ver la cara de ese médico con tanto dolor. Hacia el final del reportaje, que se obligó a ver, se enteró de que, en esa zona de inestabilidad política endémica, Bebenbeleke era el único hospital en centenares de kilómetros a la redonda. Bebenbeleke, con ese médico cuyo rostro le agudizaba el dolor. Al final, cuando salieron los créditos, recordó dónde y cómo había conocido al doctor Müss; el hermano Müss, el monje trapense de mirada tierna.

La alarma saltó cuando un hermano enfermero, muy preocupado, informó al padre prior al oído del estado del hermano Robert, es que no sé qué hacer, cuarenta y nueve kilos, padre, y está como un fideo, padre, y ha perdido el brillo de los ojos. Yo…

—Nunca le han brillado los ojos —se le escapó imprudentemente al padre prior, e inmediatamente pensó en su falta de caridad para con un hermano de la comunidad.

—Es que no sé qué otra cosa hacer. Apenas prueba la sopa de carne y pescado para los enfermos. Se desperdicia.

—¿Y la obediencia?

—Se esfuerza, pero es que no puede. Como si ya no tuviera ganas de vivir. Mejor dicho, como si tuviera prisa por… Dios me perdone si tengo que decir lo que pienso.

—Decidlo, hermano. Os obliga la obediencia.

—El hermano Robert —dijo el hermano enfermero, después de enjugarse el sudor de la calva con un pañuelo para contener el temblor de la voz— desea morir. Y además, padre…

Mientras guardaba el pañuelo entre los pliegues del hábito, contó al padre prior un secreto que, todavía no sabía por qué, se había llevado a la tumba el reverendo padre Maarten, el abad que había firmado la conformidad para el ingreso del hermano Robert en el noviciado de la comunidad cisterciense de la Estricta Observancia de Achel, situado a la orilla de las límpidas aguas del Tonjelreep, un paraje que parecía ideal para apagar los tormentos del alma castigada por los pecados del prójimo y por la propia debilidad. La abadía de San Benito de Achel se hallaba en un enclave idílico en el que Matthias Alpaerts, el futuro hermano Robert, aprendería a labrar la tierra y a respirar aire puro al lado de estiércol de vaca, a hacer queso, a trabajar el cobre y a barrer los rincones polvorientos del claustro o de cualquier dependencia que le ordenasen, siempre observando el estricto silencio que acompañaba las veinticuatro horas del día de los monjes trapenses, sus nuevos hermanos. No le resultó difícil levantarse todos los días a las tres de la madrugada, la hora más gélida de la noche, y encaminarse, con los pies ateridos de frío, pues las sandalias no abrigaban, a rezar los maitines, que renovaban la esperanza de un nuevo día y, tal vez, de una nueva esperanza. Y después, de regreso en la celda, a leer la lectio divina, que en algunos momentos era la hora del tormento, pues retornaban a su pensamiento todas las imágenes vívidamente, sin piedad por su alma destrozada, y Dios enmudecía cada día, igual que cuando estaban en el infierno. Por ese motivo, la campana que llamaba al rezo de laudes sonaba como una pequeña esperanza y luego, en la misa conventual de las seis, no dejaba de mirar, mientras se lo permitiese la modestia, a sus hermanos vivos, devotos, y de orar con ellos al unísono rogando nunca más, Señor, nunca más. Tal vez se acercaba a la felicidad al comenzar las cuatro

horas seguidas en la granja. Murmuraba sus terribles secretos a las vacas mientras las ordeñaba, y ellas le correspondían con una mirada intensa, llena de piedad y comprensión. Pronto aprendió a hacer queso con tuinkruiden, un queso muy aromático, y soñaba que lo repartía entre los miles de congregados y les decía el cuerpo del Señor, él, que no estaba capacitado para dar la comunión, ya que había suplicado que le respetasen la voluntad de no recibir órdenes menores siquiera, porque no era nadie y sólo quería un rincón para rogar de rodillas el resto de su vida, como había hecho fray Miquel de Susqueda, otro fugitivo, cuando solicitó el ingreso en Sant Pere del Burgal, un puñado de siglos antes. Cuatro horas entre el estiércol de vaca, acarreando balas de hierba, interrumpiendo el trabajo para rezar en la hora tercia y, después de lavarse las manos y la cara para quitarse el mal olor y no ofender a los demás hermanos, entraba en la iglesia como si fuese un refugio contra el mal y rezaba con sus hermanos la hora sexta, la del mediodía. Más de una vez le prohibieron sus superiores fregar los platos a diario, pues era una tarea que debían hacer todos los miembros de la comunidad sin excepción, y él, por santa obediencia, debía contener los deseos de servir, y a las dos de la tarde volvían al refugio de la iglesia a rezar la hora nona, y aún restaban dos horas de labor, que no dedicaba a las vacas, sino a arreglar márgenes y a quemar hierbas, en tanto el hermano Paulus ordeñaba, y debía lavarse una vez más, al contrario que los hermanos de la biblioteca, que, como mucho, se humedecían los polvorientos dedos al terminar de trabajar y tal vez envidiaban a los hermanos que hacían ejercicio físico, en lugar de encerrarse a gastar la vista y la memoria. La segunda lectio divina, la de la tarde, era el largo preludio que culminaba a las seis con el canto de vísperas. La hora de la cena, durante la cual fingía comer, daba paso a la hora de completas, todos en la iglesia, a oscuras, a la única luz de dos cirios fieles que iluminaban la imagen de la Virgen de Achel. Y cuando las campanas del monasterio de San Benito tocaban las ocho de la noche, se metía en la cama, como sus hermanos, con la esperanza de que el día siguiente fuera exactamente igual al anterior, y también el otro, por los siglos de los siglos hasta el final.

El padre prior miró al hermano enfermero con la boca abierta. ¡Por qué el reverendo padre abad Manfred tenía que haberse ausentado precisamente en esos momentos! Por qué el Capítulo General se celebraba precisamente el mismo día en que el hermano Robert había caído en una especie de postración de la que no podía rescatarlo la poca ciencia del hermano enfermero. Por qué, Dios del Universo. Por qué acepté la carga de prior.

—Pero sigue vivo, ¿no?

—Sí. Catatónico. Creo. Si se le dice levántate, se levanta; si se le dice siéntate, se sienta. Si se le dice habla, se echa a llorar, padre.

—Entonces no está catatónico.

—Veréis, padre: puedo tratar heridas, arañazos, huesos rotos y descoyuntamientos, y gripes y resfriados y dolores de tripas, pero las cosas del espíritu…

—¿Y qué me recomendáis, hermano?

—Yo, padre…

—Sí, ¿qué me recomendáis?

—Que lo vea un galeno de verdad.

—El doctor Geel no sabría qué hacer.

—Es que me refiero a un galeno auténtico.

Afortunadamente, en la tercera reunión del capítulo general, el padre abad Manfred habló con preocupación ante los demás hermanos abades de lo que le había comunicado el prior con voz de espanto, como desde lejos, por teléfono. El padre abad de Mariawald le dijo que si lo consideraba oportuno, en su monasterio había un monje médico que, a pesar de su extrema humildad y completamente en contra de sus deseos, había adquirido reputación incluso fuera del monasterio, tanto para males del cuerpo como del espíritu. Y que el hermano Eugen Müss estaba a su disposición.

Por primera vez en diez años, desde el dieciséis de abril del año del Señor de mil novecientos cincuenta, día en que recibió permiso para ingresar en la abadía de San Benito de Achel con el nombre de hermano Robert, Matthias Alpaerts traspasó los límites de las tierras de la abadía. Las manos, abiertas

sobre las piernas, le temblaban exageradamente. Con ojillos asustados miraba por el sucio cristal de la ventanilla del Citroën Stromberg, que botaba en el polvoriento camino que lo alejaba de su refugio y lo llevaba al mundo de las tempestades del que había querido huir para siempre. De cuando en cuando, el hermano enfermero lo miraba de reojo; él se daba cuenta y procuraba distraerse clavando la vista en el cogote del silencioso chófer. El viaje hasta Heimbach duró cuatro horas y media, durante las cuales, para romper el obstinado silencio, el hermano enfermero tuvo tiempo de murmurar, acompañado por el ruido ronco del carburador del coche, las horas tercia, sexta y nona, y llegaron a las puertas de Mariawald cuando las campanas, tan diferentes de las de Achel, Señor, llamaban a la comunidad a vísperas.

Fue al día siguiente, después de laudes, cuando le indicaron que esperase, sentado en un duro banco, en un rincón de un pasillo ancho y bien iluminado. Las palabras alemanas, escasas y respetuosas, del monje enfermero le resonaron en los oídos como órdenes crueles. El monje enfermero, ayudante del hermano Müss, desapareció por una puerta acompañado por el hermano enfermero de Achel. Necesitarían un informe previo. El caso es que lo dejaron solo con sus temores; después, el hermano Müss lo invitó a entrar en el silencioso despacho y, sentados cada uno a un lado de una mesa, le rogó, en un holandés bastante correcto, que le contase qué era lo que lo atormentaba, y el hermano Robert escrutó sus ojos y encontró una mirada tierna y entonces el dolor estalló y empezó a decir porque haceos idea de lo que es estar comiendo en casa con mi mujer, mi suegra y mis tres hijitas, mi suegra un poco acatarrada, el mantel nuevo de cuadritos azules y blancos, porque la pequeña Amelietje, que es la mayor, cumple años. Y, después de esas palabras, el hermano Robert no paró de hablar en una hora entera, sin respirar, sin pedir un vaso de agua, sin apartar la vista de la pulida mesa y sin percatarse de la mirada entristecida del hermano Eugen Müss. Y cuando hubo contado toda la historia, todavía añadió que así fui con la cabeza gacha por la vida, llorando mi cobardía y buscando una manera de reparar mi maldad, hasta que se me ocurrió la idea de esconderme donde el recuerdo no pudiera alcanzarme jamás. Me hacía falta volver a hablar con Dios y me propuse entrar en un monasterio cartujo,

en el que me aconsejaron que lo que pretendía no era una buena idea. A partir de entonces mentí y en los otros dos lugares a cuya puerta llamé no dije nada sobre las razones de mi dolor ni lo mostré. En cada nueva entrevista aprendí qué era lo que debía decir y qué debía callar, y así llegué a la puerta de la abadía de San Benito de Achel sabiendo que nadie pondría obstáculos a mi tardía vocación, y supliqué que, si la obediencia no mandaba otra cosa, me permitiesen vivir haciendo siempre las tareas más humildes del monasterio. Sólo a partir de entonces volví a hablar, poquito, con Dios, y aprendí a que las vacas me prestasen atención.

El doctor Müss le tomó la mano y se quedaron en silencio diez minutos, tal vez, o veinte; y entonces el hermano Robert empezó a respirar con más calma y dijo después de estos años de silencio en el monasterio, el recuerdo ha vuelto a estallarme en la cabeza.

—Estad preparado para que estalle de vez en cuando, hermano Robert.

—No lo podré soportar.

—Sí, podréis, con la ayuda de Dios.

—Dios no existe.

—Soy monje trapense, hermano Robert. ¿Queréis escandalizarme?

—Pido perdón a Dios, pero no comprendo sus designios. ¿Por qué, si es Dios de amor…?

—Como hombre, vuestro sostén en la vida es saber que nunca habréis infligido un mal como el que os corroe el espíritu. Como el que os han causado a vos.

—A mí no, sino a Truu, a Amelia, a la pequeña Julietje, a mi Berta y a mi suegra acatarrada.

—Tenéis razón, pero a vos también os han hecho daño. El hombre heroico es el que devuelve bien por mal.

—Si tuviese ante mí a los responsables de… —sollozó—. No sé qué haría, padre. Os juro que no creo que fuese capaz de perdonarlos…

El hermano Eugen Müss escribió unas palabras en una cuartilla. El hermano Robert lo miró a los ojos y el hermano Eugen le correspondió, como en el momento en que el doctor Müss decía al periodista que no tenía tiempo que perder y, sin saberlo, miró hacia el objetivo de la cámara oculta y lo observó con esa misma mirada. Y entonces, Matthias Alpaerts

comprendió que tenía que ir a Bebenbeleke, dondequiera que estuviese, para reencontrarse con esa mirada capaz de darle serenidad, porque hacía muchos días que los recuerdos habían estallado de nuevo en su cabeza.

Lo primero que se descubre al llegar a Bebenbeleke es que no existe ninguna localidad con ese nombre. Es sólo el nombre del hospital, que se encuentra en medio de la nada, a muchas millas al norte de Kikwit, a muchas millas al sur de Yumbu-Yumbu y bastante apartado de Kikongo y Beleke. El hospital está rodeado de cabañas, construidas por algunos pacientes al amparo del centro sanitario y que utilizan extraoficialmente los familiares de los enfermos cuando el ingreso requiere unos días de estancia; poco a poco se van levantando nuevas cabañas y algunas de ellas dan cobijo a gente que tiene poca relación con el hospital, o ninguna, y que, con los años, formarán el pueblo de Bebenbeleke. Al doctor Müss le parecía bien; tampoco tenía nada que objetar a las gallinas que campan tranquilas por los alrededores del hospital y, aunque se lo han prohibido, muchas veces llegan al interior del recinto sanitario. Bebenbeleke es un pueblo hecho de dolor, porque a medio kilómetro del hospital, en dirección a Djilo, después de la roca blanca, está el cementerio de los pacientes que no superan la enfermedad. El indicador de los fracasos del doctor Müss.

—Salí de la Orden al cabo de pocos meses —dijo Matthias Alpaerts—. Entré en ella pensando que era el remedio y salí convencido de que era el mejor remedio. Pero los recuerdos siguen frescos dentro y fuera del monasterio.

El doctor Müss lo invitó a sentarse a la entrada, en el banco de color verde, todavía limpio de sangre, y le tomó la mano como treinta años antes, en la sala de consulta de la abadía de Mariawald.

—Gracias por querer ayudarme, hermano Müss —dijo Matthias Alpaerts.

—Lamento no haber podido brindaros suficiente ayuda.

—Me ayudasteis mucho, hermano Müss. Ahora lo sé y, cuando estalla el recuerdo, puedo defenderme un poco mejor.

—¿Os sucede a menudo?

—Más de lo que quisiera, hermano Müss. Porque…

—No me llaméis hermano, ya no soy monje —lo interrumpió el doctor Müss—. Poco después de nuestro encuentro pedí la dispensa a Roma.

El silencio del antiguo hermano Robert era elocuente y el antiguo hermano Müss tuvo que romperlo y respondió que había dejado la Orden por deseo de penitencia y, Dios me perdone, con la firme convicción de que podía ser más útil haciendo el bien entre los desvalidos que encerrándome a rezar las horas.

—Os comprendo.

—No es un reproche a la vida monacal, sino mi estado de ánimo, y mis superiores lo entendieron.

—Sois un santo, metido en este desierto.

—Esto no es el desierto ni yo soy santo. Soy médico, antiguo monje, y sólo ejerzo la medicina. Y procuro remediar males.

—Lo que a mí me acecha es el mal.

—Lo sé. Pero yo sólo puedo luchar contra los males.

—Quiero quedarme a ayudaros.

—Sois demasiado mayor. Pasáis de los setenta, ¿no?

—No importa. Puedo ser útil.

—Imposible.

El tono del doctor Müss se tornó seco de pronto en la respuesta, como si se hubiese ofendido hondamente. A Matthias Alpaerts empezaron a temblarle las manos y las escondió en los bolsillos para que el médico no lo viese.

—¿Cuándo le pasa, cuándo le tiemblan así? —El doctor Müss señaló las manos escondidas y Matthias disimuló una mueca de disgusto. Extendió las manos ante él; temblaban exageradamente.

—Cuando estallan los recuerdos. A veces me digo que parece imposible que se muevan tanto sin mi voluntad.

—No podríais serme útil con esos temblores.

Matthias Alpaerts lo miró a los ojos; el comentario era cruel, cuando menos.

—Puedo ser útil de muchas maneras —dijo, ofendido—. Cavando en el huerto, por ejemplo. En el monasterio de Achel aprendí el oficio de labrador.

—Hermano Robert…, Matthias… No insistáis. Tenéis que volver a casa.

—No tengo casa. Aquí puedo ser útil.

—No.

—No acepto la negativa.

Entonces, el hermano Müss tomó a Matthias Alpaerts del brazo y lo llevó a cenar. Como todas las noches, el único alimento de que disponía el médico era una pasta pegajosa de mijo, que calentó en un hornillo. Se instalaron en el mismo despacho, a la misma mesa en la que el médico atendía las consultas. El doctor Müss abrió un armarito, sacó dos platos y Matthias lo vio esconder algo, tal vez un trapo sucio, detrás de unos vasos de plástico. Mientras comían sin hambre, el médico le explicó el motivo que le impedía aceptar su oferta de enfermero improvisado, ni la de jardinero, ni la de cocinero ni la de labrador de una tierra que no sabía dar frutos si no se sudaba sangre.

A media noche, cuando todo el mundo dormía, a Matthias Alpaerts no le temblaron las manos al entrar en el despacho del doctor Müss. Abrió el armarito de al lado de la ventana y, con ayuda de una pequeña linterna, encontró lo que buscaba. Examinó el trapo a la escasa e incierta luz. Estuvo un larguísimo minuto vacilante, porque no acababa de reconocerlo. Todo el temblor se le concentró en el corazón, quería escapársele por la garganta. Oyó cantar a un gallo y devolvió el trapo a su lugar. Notó un picor en los dedos, la misma comezón que notaba Fèlix Ardèvol, la misma que empezaba a experimentar yo cuando el objeto deseado se alejaba sin remedio. Comezón y temblor en la punta de los dedos. Aunque la enfermedad de Matthias Alpaerts era diferente de la nuestra.

Se marchó antes de que saliera el sol, con la camioneta procedente de Kikongo, que llevaba medicinas y alimentos, así como una rociada de esperanza para los enfermos de la extensa región que se mojaba los pies en el Kwilu.

32

Volví de París con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. En esa época Adrià Ardèvol impartía un curso de historia del pensamiento contemporáneo ante una nutrida audiencia de estudiantes relativamente escépticos, a pesar de la fama de sabio-ceñudo-antipático-que-sólopiensa-en-sí-mismo-y-que-nunca-jamás-va-a-tomar-café-y-que-pasa-de-claustros-porque-está-por-encima-delbien-y-del-mal que comenzaba a adquirir entre sus colegas de la Universitat de Barcelona, y a pesar del prestigio relativo de haber publicado de manera casi clandestina *La revolución francesa* y *¿Marx?*, dos libritos un tanto provocativos con los que empezó a cultivar admiradores y detractores. Volvió hundido de París y no tenía ganas de hablar de Adorno porque todo le importaba un pimiento.

No había pensado más en ti, Lola Xica, porque no tenía más que a Sara en la cabeza. Hasta que me llamó una familiar tuya que me dijo mi prima ha muerto y ha dejado la dirección de algunas personas para que se lo comunicásemos. Me dijo la hora y el lugar e intercambiamos unas palabras de cortesía y condolencia.

Éramos unos veinte en el entierro. Me sonaban vagamente tres o cuatro caras, pero no pude saludar a nadie, ni a la prima que me había avisado. Dolors Carrió i Solegibert, *Lola Xica* (1910-1982), nacida y fallecida en la Barceloneta, amiga de mi madre, buena mujer, que me hizo una putada porque su verdadera y única familia era mi madre. Y probablemente fuera su amante. No pude decirte adiós con el afecto que merecías, a pesar de todo.

—Un momento, un momento, pero si hace que os separasteis… ¿Cuánto? ¿Veinte años?

—¡Anda…, veinte años! Te has pasado. Y no nos separamos: nos separaron.

—Seguro que hasta tiene nietos.

—¿Por qué crees que no he buscado a otra mujer?

—La verdad es que no lo sé.

—Pues, mira, todos los días…, bueno, casi todos, cuando me voy a la cama, ¿sabes lo que pienso?

—No.

—Que va a sonar el timbre, din don.

—Tu timbre suena rinrinríiin.

—De acuerdo: rinrinríiin y que abro y es Sara, que me dice que se fue por tal y cual y que si quieres que forme parte de tu vida otra vez, Adrià.

—Vamos, vamos, tío, no llores. No hace falta que pienses más en ella. ¿Me oyes? Según cómo se mire, es mejor así, ¿no?

A Bernat lo incomodaba la singular expansión de Adrià.

Señaló el armario, Adrià se encogió de hombros, Bernat lo interpretó sí, como quieras, y sacó el Vial y le regaló un par de fantasías de Telemann; cuando terminó me encontraba mejor, gracias, Bernat, amigo mío.

—Si quieres llorar más, llora, ¿eh?

—Gracias por el permiso —sonrió Adrià.

—Estás tan tierno que te derrites.

—Me ha hundido que las dos madres maquinaran en contra de nuestro amor y los dos cayéramos en la trampa.

—Muy bien. Las dos madres están muertas y tú puedes seguir haciendo…

—¿Cómo quieres que siga?

—No sé. Lo decía por…

—Envidio la estabilidad emocional que tienes.

—No creas.

—Sí, sí. Tecla y tú, pim pam.

—No me entiendo con Llorenç.

—¿Cuántos años tiene?

—Es el espíritu de la contradicción.

—¿No quiere estudiar violín?

—¿Cómo lo sabes?

—Es que me suena la cantinela.

Adrià estuvo un rato pensando. Sacudió la cabeza: me parece que la vida está mal apañada, dijo en conclusión. Y, como quien se da a la bebida, el domingo fue a distraerse a los puestos del mercado de Sant Antoni y se acercó con disimulo al de Morral; éste le hizo una seña para que lo siguiera. Le enseñó las diez primeras páginas del manuscrito de *Renée Mauperin*, de los Goncourt, escrito con caligrafía uniforme y pocas correcciones al margen, y que, según me aseguraba Morral, pertenecía a Jules.

—¿Entiende usted de literatura?

—Yo vendo cosas: libros, cromos, manuscritos y chicles Bazooka, a ver si me entiende.

—Pero ¿de dónde coño saca este material?

—¿Los chicles?

Morral, astuto él, no me contó su sistema. El silencio era su seguridad, la garantía de que su intermediación fuera siempre necesaria.

Compré las páginas de los Goncourt. En pocas semanas, como si estuvieran esperándome, encontré manuscritos, páginas sueltas de Orwell, Huxley y Pavese. Adrià las compró todas, a pesar de su reticencia teórica a comprar por comprar. Pero no pudo prescindir el ocho de febrero de no sabía qué año de *Il mestiere dei vivere*, una hoja suelta que hablaba de la mujer de Guttuso y de la esperanza de vivir con una mujer que te espera, que duerme contigo, te da calor y compañía y te hace vivir, Sara mía, que yo no te tengo ni te tendré nunca. ¿Cómo podía decir que no a esa hoja? Estoy seguro de que Morral notaba mi temblor y, según la intensidad, fijaba el precio. Y estoy convencido de que es muy difícil resistirse a poseer el manuscrito de textos perturbadores: el papel con las palabras, el trazo, el gesto y la tinta, que es el elemento material en el que se encarna la idea espiritual que acaba convirtiéndose en obra de arte o de pensamiento universal; el texto que se introduce en el lector y lo transforma. Es imposible negarse a ese milagro. Por eso no lo pensé dos veces cuando Morral, actuando de intermediario, me presentó a un hombre, cuyo nombre no me dijeron, que vendía dos poemas de Ungaretti a precios increíbles: *Soldati* y *San Martino del Carso*, el poema que habla de un pueblo arrasado por la guerra, no por el paso del tiempo. E’ il mio cuore il paese più straziato. Y el mío también, querido Ungaretti. Qué melancolía, qué pena,

qué alegría poder tener el papel en el que el autor convirtió su primera intuición en obra de arte. Y pagué lo que me pidieron casi sin regatear, y entonces Adrià oyó un escupitajo seco en el suelo y miró alrededor.

—Dime, Carson.

—Jau. Yo también quiero hablar.

—Adelante, hablad.

—Tenemos un problema —dijeron los dos a la vez.

—¿Cuál?

—¿No te das cuenta?

—No quiero darme cuenta.

—¿No ves lo que te has gastado en manuscritos en estos últimos años?

—Quiero a Sara y se fue porque la engañaron nuestras madres.

—Eso ya no tiene remedio. Ha rehecho su vida.

—Otro whisky, por favor. Que sea doble.

—¿Sabes cuánto te has gastado?

—No.

Sonó el zumbido de una calculadora de oficina. No sé si la estaba usando el valeroso gran jefe arapaho o el ceñudo vaquero. Unos segundos de silencio, hasta que me comunicaron la escandalosa cantidad que

—De acuerdo, de acuerdo, no se repetirá. Ya está. ¿Os parece bien?

—Mire, doctor —dijo Morral otro día—, un Nietzsche.

—¿¿Un Nietzsche??

—Cinco páginas de *Die Geburt der Tragödie*. Que, por cierto, no sé qué significa.

—El nacimiento de la tragedia.

—Lo sospechaba. —Morral, con un palillo en la boca porque era después de comer.

En lugar de pensar que el título podía ser premonitorio, me pasé una hora larga mirando las cinco hojas atentamente y después, Adrià levantó la cabeza y exclamó pero ¿de dónde coño lo saca? Por primera vez, Morral respondió a la pregunta:

—Contactos.

—Ya. Contactos…

—Sí. Contactos. Si hay compradores, aparecen manuscritos como setas. Sobre todo si se puede garantizar la autenticidad de la mercancía, como nosotros.

—¿Quién es nosotros?

—¿Le interesa o no?

—¿Cuánto?

—Tanto.

—¿Tanto?

—Tanto.

—Caray.

¡Ay, el picorcillo, la comezón en los dedos y en la mente!

—Nietzsche. Las cinco primeras páginas de *Die Geburt der Tragödie*, que significa la ruptura de la tragedia.

—El nacimiento.

—Es lo que quería decir.

—¿De dónde salen tantas primeras páginas?

—El manuscrito entero sería inalcanzable.

—Significa que alguien los deshoja para… —Horripilado—: ¿Y si quiero más? ¿Si quiero todo el libro?

—Antes tiene que saber el precio. Pero me parece que es mejor empezar con lo que tenemos a mano. ¿Le interesa?

—¡Por supuesto!

—Ya le he dicho el precio.

—Tanto menos tanto.

—No. Tanto.

—Entonces, menos tanto.

—Así podemos empezar a entendernos.

—Jau.

—¡Ahora no, caray!

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, cosas mías. ¿Estamos de acuerdo?

Adrià Ardèvol pagó tanto menos tanto y se llevó las cinco primeras páginas de Nietzsche, así como la necesidad imperiosa de volver a hablar con Morral para adquirir el manuscrito completo, si es que realmente lo

tenían. Y pensó que tal vez fuera un buen momento para preguntar al señor Sagrera cómo andaba de saldo, para saber si los ayes y los huyes de Carson y de Águila Negra tenían razón de ser. Pero Sagrera le diría que invirtiera, que tenerlo en la cartilla de ahorros era una lástima.

—No sé qué hacer con el dinero.

—Compra pisos.

—¿Pisos?

—Sí. Y pintura. Cuadros, quiero decir.

—Hombre… Yo compro manuscritos.

—¿Qué es eso?

Le enseñaría la colección. El señor Sagrera los examinaría con el ceño fruncido y, tras una profunda reflexión, concluiría esto es muy arriesgado.

—¿Por qué?

—Se puede pudrir, pueden roerlo las ratas o los bichejos plateados que salen en los libros.

—Aquí no hay ratas y de las lepismas se encarga Lola Xica.

—Jau.

—¿Qué?

—Caterina.

—Sí, gracias.

—Insisto: los pisos son bienes sólidos que no se devalúan.

Puesto que Adrià Ardèvol prefería ahorrarse esa conversación, no habló con el señor Sagrera de pisos ni de ratas; tampoco de lo que había gastado en alimento para lepismas.

Unas cuantas noches después volví a llorar, pero no de amor. O sí, de amor. En el buzón de casa encontré una notificación de un tal Calaf, notario de Barcelona, a quien no conocía de nada, y enseguida pensé que tal vez hubieran surgido obstáculos con la venta de la tienda, en relación con alguna cuestión familiar, quizá, porque siempre he desconfiado de los notarios, aunque ahora el notario soy yo, de una vida que cada vez es menos mía. Qué estaba diciendo…, ah, sí, el notario Calaf, un desconocido que me tuvo media hora esperando sin explicaciones en una salita muy cursi. Con

treinta minutos de retraso entró en la salita cursi, no se disculpó por la tardanza, no me miró a los ojos, se acarició la barbita blanca y espesa que tenía y me pidió el carnet de identidad. Me lo devolvió con una actitud que me pareció de desagrado, de decepción.

—La señora Maria Dolors Carrió ha dispuesto que sea usted el depositario de una parte de su herencia.

¿Yo, heredar de Lola Xica? ¿Era millonaria y había trabajado toda la vida de criada, y en una familia como la mía, para colmo? Dios mío.

—¿Y qué es lo que se supone que heredo?

El notario me miró por el rabillo del ojo; seguro que le caí fatal, pero yo todavía tenía el corazón lleno del disgusto de París, de he rehecho mi vida, Adrià, y cerró la puerta, y me daba igual lo que pensara de mí el colegio de notarios al completo. El notario volvió a acariciarse, sacudió la cabeza y, con una voz excesivamente nasal, leyó la escritura que tenía ante sí:

—Un cuadro de un tal Modest Urgell, datado en mil ochocientos noventa y nueve.

Lola Xica, eres más tozuda que yo.

Una vez cumplidos los trámites y pagados los impuestos, Adrià volvió a colgar el tal urgell, el cuadro del monasterio de Santa Maria de Gerri, en la pared que no había querido tapar con ningún otro cuadro ni estantería. La luz del sol de poniente todavía iluminaba con cierta tristeza desde el lado de Trespui. Adrià separó una silla de la mesa del comedor y se sentó en ella. Estuvo largo rato mirando el cuadro, como si quisiera percibir en él el lento movimiento del sol. Al volver del monasterio de Santa Maria de Gerri se echó a llorar.

33

La universidad, las clases, poder leer toda la vida escrita… La mayor alegría era descubrir de pronto un libro insospechado en la biblioteca de casa. Y no le pesaba la soledad porque tenía todo el tiempo ocupado. Los dos libros que había publicado recibieron críticas duras de los pocos lectores que recabaron. *El Correo Catalán* publicó un comentario vitriólico sobre el segundo libro y Adrià lo recortó y lo guardó en una carpeta. En el fondo se enorgullecía de provocar reacciones fuertes. De todos modos, lo contemplaba todo con indiferencia porque el verdadero pesar era otro, y también porque sabía que sólo estaba sacando punta al lápiz. De cuando en cuando tocaba mi querido storioni, sobre todo para que no se le apagase la voz, pero también para conocer las vicisitudes que le habían dejado cicatrices en la piel. Incluso, en algunos momentos, repasé los ejercicios de técnica de la Trullols y la eché un poco de menos. Qué habrá sido de todo y de todos. Qué habrá sido de la Trullols…

—Murió —le dijo un día Bernat, ahora que volvían a verse algunas veces—. Y tendrías que casarte —añadió, como su abuelo Ardèvol cuando hacía de casamentero en Tona.

—¿Hace mucho que murió?

—No es bueno que estés solo.

—Estoy muy bien solo. Me paso el día leyendo y estudiando. Y toco el violín y el piano. A veces compro algún capricho de queso, foie o vino en Múrria. ¿Qué más quiero? De la vida se ocupa Lola Xica.

—Caterina.

—Eso, Caterina.

—Extraordinario.

—Es lo que quería hacer.

—¿Y follar?

Follar, bah. Era el corazón. Por eso se había enamorado perdidamente, definitivamente, de veintitrés alumnas y de dos compañeras de claustro, pero no había hecho progresos porque…, bueno, salvo con Laura que, en fin, que…

—¿De qué murió la Trullols?

Bernat se levantó y señaló el armario. Con un ademán, Adrià le indicó que hiciera lo que quisiera. Y Bernat tocó un csárdás diabólico que hizo bailar hasta a los manuscritos, y después, un valsecillo tierno, bastante edulcorado pero muy bien interpretado.

—Suena de maravilla —dijo Adrià con admiración. Un poco envidioso, cogió el violín—: Te lo presto para un día que toques cámara.

—Huy, qué responsabilidad.

—En fin, ¿qué era eso tan urgente?

Bernat quería que leyese un relato que había escrito y me olí que volveríamos a tener diferencias.

—Es que no paro de escribir, aunque siempre me digas que lo deje.

—Bien hecho.

—Pero me temo que tienes razón.

—¿En qué?

—En que lo que escribo no tiene alma.

—¿Por qué no la tiene?

—Ojalá lo supiera…

—Quizá sea porque no es tu medio de expresión.

Entonces Bernat me quitó el violín y tocó *Caprice basque*, de Sarasate, y cometió seis o siete errores flagrantes. Y después dijo ¿lo ves?, el violín no es mi medio de expresión.

—Te has equivocado a propósito, que te conozco, tío.

—Nunca seré solista.

—Ni falta que te hace. Eres músico, tocas el violín, te ganas la vida con él. ¿Qué más quieres, leches?

—Quiero ganarme el aprecio y la admiración del público, no la vida. Y tocando de ayudante de concertino no dejaré recuerdo perenne.

—Lo deja la orquesta.

—Quiero ser solista.

—¡No puedes! Acabas de decirlo tú.

—Por eso quiero escribir: el escritor siempre es solista.

—No creo que sea ésa la gran razón para dedicarte a la literatura.

—Es la mía.

En resumen, tuve que quedarme con el relato, es decir, con la colección de relatos; los leí y, unos días después, le dije que puede que el mejor sea el tercero, el del vendedor ambulante.

—¿Nada más?

—Bueno. Sí.

—¿No has encontrado ni alma ni hostias consagradas?

—Ni alma ni hostias consagradas. Pero ¡si ya lo sabes!

—Lo que te pasa a ti es que estás amargado porque ponen a parir lo que escribes. Aunque a mí me gusta, ¿eh?

A partir de esa declaración de principios y durante mucho tiempo, Bernat no volvió a importunar a Adrià con sus escritos. Había publicado tres libros de relatos que no habían despertado pasiones en el mundo literario catalán y probablemente tampoco en ningún lector. Y en lugar de dedicarse a ser feliz con la orquesta, buscaba la manera de amargarse un poquito. Entre tanto, yo le daba lecciones sobre cómo encontrar la felicidad, como si fuese especialista en el tema, como si la felicidad fuera una asignatura obligatoria.

La clase había sido normal tirando a buena. Había hablado de la música en tiempos de Leibniz. Había transportado a los estudiantes al Hannover de Leibniz y les había puesto música de Buxtehude, concretamente las variaciones para clavecín sobre el aria «La Capricciosa» (Bux WV250); luego pregunté si les recordaba alguna obra posterior (no mucho, ojo) de un músico más conocido. Silencio. Adrià se levantó, rebobinó la cinta del casete y les puso un minuto más Trevor Pinnock al clavecín.

—¿Sabéis a qué obra me refiero? —Silencio—. ¿No? —dijo.

Unos alumnos miraban hacia la ventana. Otros clavaban la vista fijamente en los apuntes. Una chica decía que no con la cabeza. Para darles una pista, habló de la Lübeck de aquella época y volvió a preguntar: ¿no?

En vista del éxito, bajó escandalosamente el listón y propuso, en tal caso, en vez de la obra, decidme el autor. Entonces un alumno en el que apenas me había fijado y que estaba en las filas del medio, sin levantar el brazo dijo ¿Johann Sebastian Bach?, así, con interrogante, y Adrià dijo ¡bravo! Y la obra tiene una estructura similar. Un tema, este que os he repetido, que recuerda al desarrollo de una variación… Bien, para la clase del miércoles procurad saber de qué obra se trata y escuchadla un par de veces.

—¿Y si no adivinamos cuál es? —La chica que antes decía no con la cabeza.

—Es la 988 de su catálogo. ¿Contentos? ¿Más ayudas?

A pesar de las rebajas, en esa época me habría gustado que las clases fueran de cinco horas, y también que los alumnos siempre estuvieran vivamente interesados en todo y me hicieran preguntas que me obligasen a pedir tiempo para llevar la respuesta preparada en la siguiente clase. Pero Adrià debía conformarse con lo que tenía. Los alumnos bajaron de las gradas hasta la puerta de salida, todos menos el que había acertado la respuesta, que seguía sentado en el banco. Mientras desmontaba el casete, Adrià le dijo me parece que no te había visto mucho por aquí. Al ver que el muchacho no respondía, levantó la cabeza y se dio cuenta de que sonreía en silencio.

—¿Cómo te llamas?

—No soy alumno tuyo.

—¿Y qué haces aquí?

—Oírte. ¿No me conoces?

Se levantó y bajó, sin cartera ni apuntes, hasta la tarima del profesor. Adrià ya había guardado todos los papeles en la cartera y también metió el casete.

—No. ¿Debería reconocerte?

—Hombre… Técnicamente eres mi tío.

—¿Yo, tu tío?

—Tito Carbonell —dijo, tendiendo la mano—. Nos vimos en Roma, en casa de mi madre, cuando le vendiste la tienda.

Ahora sí: un adolescente silencioso de cejas gruesas que curioseaba tras las puertas; se había convertido en un joven atractivo, de gestos seguros.

Adrià preguntó qué tal está tu madre, él dijo que bien, te manda recuerdos, y la conversación languideció rápidamente. Y entonces, la pregunta:

—¿Por qué has venido a esta clase?

—Quería conocerte mejor antes de proponerte una cosa.

—¿Cuál?

Tito comprobó que no había nadie más en el aula y entonces dijo quiero comprarte el storioni.

Adrià lo miró atónito. Tardó en reaccionar.

—No está en venta —dijo al fin.

—Si te digo la oferta lo pondrás en venta.

—No quiero venderlo. No quiero saber nada de ofertas.

—Doscientos mil duros.

—Te he dicho que no está en venta.

—Doscientos mil duros es mucho dinero.

—Ni aunque me ofrecieras el doble. —Se le acercó a la cara—. No-es-tá-en-ven-ta. —Se irguió—. ¿Me has entendido?

—Perfectamente. Dos millones de pesetas.

—¿Tú prestas atención cuando te hablan?

—Con dos millones de pelas puedes llevar una vida regalada, sin dar clase a gente que no tiene ni puta idea de música.

—¿Has dicho que te llamas Tito?

—Sí.

—Tito: no.

Cogió la cartera y se dispuso a salir. Tito Carbonell no se movió de su sitio. Tal vez Adrià esperaba que le impidiese salir. Al ver que tenía el camino libre, se volvió.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Es por la tienda.

—Ya. ¿Y por qué no me hace la oferta tu madre?

—Ella no se ocupa de estas cosas.

—Ajá. Es decir, no sabe nada.

—Dilo como quieras, profesor Ardèvol.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis —mintió, aunque no lo supe hasta mucho después.

—¿Y conspiras al margen de la tienda?

—Dos millones cien mil pesetas, última oferta.

—Tu madre debería estar informada.

—Dos millones y medio.

—No, no prestas atención cuando te hablan, ¿verdad?

—Me gustaría saber por qué no quieres venderlo…

Adrià abrió la boca y la volvió a cerrar. No sabía qué responder. No sabía por qué no quería vender el Vial, ese violín que estaba tan cerca de las desgracias pero que me había acostumbrado a tocar cada día más horas. Puede que fuera por las cosas que me había contado mi padre, o por las vidas que me imaginaba tocando su madera… Sara, a veces, sólo con pasar un dedo por la piel del violín, me voy a la época en que el árbol crecía sin sospechar que un día tomaría la forma de violín, de storioni, de Vial. No es una excusa; pero el Vial era una especie de mirador de la imaginación. Si Sara estuviera aquí, si la viese todos los días…, tal vez todo fuera distinto…, claro que… ojalá se lo hubiera vendido entonces a Tito aunque fuera por veinte míseros duros. Pero eso yo todavía no podía ni sospecharlo.

—Dime —insistió Tito Carbonell pacientemente—, ¿por qué no quieres venderlo?

—Me temo que no es asunto tuyo.

Salí del aula con una sensación de frío en el cogote, como si esperase un disparo a traición en cualquier momento. Tito Carbonell no disparó por la espalda y me hice ilusiones de haber sobrevivido.

34

Hacía un par de milenios de la Creación del Mundo según el Sistema Decimal de distribución de libros por la casa, aunque no había entrado a fondo en el despacho de su padre. Adrià había destinado el tercer cajón de la mesa de manuscritos a unos cuantos documentos inclasificables de su padre, convenientemente separados en sobres, que no tenían relación con la tienda ni cabida en el registro general de entrada, porque el señor Ardèvol llevaba otro aparte de los documentos de valor que se quedaba en propiedad; era la manera de empezar a gozar de los objetos que había rastreado a lo largo de días o años, tal vez. En la biblioteca todo estaba ordenado. Casi todo. Sólo quedaban por clasificar los documentos inclasificables; estaban todos reunidos, relegados al tercer cajón con la promesa sincera de echarles un vistazo en cuanto tuviera un rato libre. Por lo visto, tardó unos años en tener un rato libre.

Entre los diversos papeles del tercer cajón se encontraba la correspondencia. Era extraño que un hombre tan meticuloso como su padre hubiera considerado la correspondencia material inclasificable y no hubiera dejado copia de las cartas que escribió; sólo se conservaba el correo recibido, guardado en un par de carpetas viejas, llenas a reventar. Encontré respuestas de un tal Morlin a demandas profesionales de mi padre, supongo; cinco cartas muy raras, escritas en un latín impecable, llenas de alusiones difíciles de entender, de un sacerdote llamado Gradnik, de Ljubljana, que insistía en la insoportable crisis de fe que sufría desde hacía años. Por lo visto, había sido condiscípulo de su padre en la Gregoriana y le pedía con apremio su parecer sobre cuestiones teológicas. La última carta estaba escrita en otro tono y fechada en Jesenice, en el otoño del año cuarenta y uno; empezaba diciendo es muy probable que esta carta no te llegue, pero no puedo dejar de escribirte; eres el único que siempre me ha respondido,

incluso cuando más solo estaba, ejerciendo de rector y sepulturero entre las nieves y el hielo de un pueblecito próximo a Kamnik cuyo nombre he procurado olvidar para siempre. Puede que sea mi última carta, porque es muy probable que muera en cualquier momento. Hace un año que colgué la sotana. No hay ninguna mujer de por medio, sencillamente se debe a la pérdida de la fe. He ido perdiéndola gota a gota, no he sabido conservarla. Soy responsable: confiteor. Desde la última vez que te escribí, y después de tus palabras de aliento, que me animaron mucho, puedo hablar de ello con mayor objetividad. Paulatinamente, fui comprendiendo que lo que hacía carecía de sentido. Tú tuviste que elegir entre un amor irresistible y la vida sacerdotal. En cambio a mí no se me ha cruzado en el camino ninguna mujer que me hiciera perder el sentido. Todos mis problemas son mentales. Hace un año que tomé la gran decisión. Hoy, cuando toda Europa está en guerra, me doy cuenta de que tenía razón. Nada tiene sentido, Dios no existe y el hombre tiene que defenderse como pueda de los estragos del tiempo. Verás, mi dilecto amigo: resulta que estoy tan seguro del paso que voy a dar, que lo he completado hace unas semanas: me he enrolado en el ejército del pueblo. Resumiendo, podría decir que he cambiado la sotana por el fusil. Soy más útil intentando salvar a mi gente del Mal. Las dudas se han desvanecido, amigo Ardèvol. Hace unos años hablaba del Mal, del Maligno, del Diablo…, pero era incapaz de comprender su naturaleza e inventaba disquisiciones sobre el mal de culpa, el mal de pena, el mal metafísico, el mal físico, el mal absoluto y el mal relativo y, por encima de todo, sobre la causa eficiente del mal. Y después de tantos estudios y de tanto pensar, sólo servía para oír en confesión a las beatas de mi parroquia, cuyos horribles delitos consistían en no haber sido suficientemente estrictas en la observación del ayuno desde la medianoche antes de comulgar. Dios mío, mi interior me decía no puede ser, no puede ser, Drago: estás perdiendo la razón de ser de tu vida, si es que quieres seguir siendo útil a la humanidad. Las últimas dudas se disiparon cuando una madre me dijo por qué permite Dios que mi hijita se muera con tantos dolores, padre; cómo es que no interviene y lo para. Yo no tenía respuesta y, para mi propio asombro, le solté de pronto un sermón sobre la causa eficiente del mal, hasta que me callé, avergonzado, y le pedí perdón y le dije que no lo sabía.

Le dije no lo sé, Andreja, perdóname pero no lo sé. A lo mejor te ríes de mí, estimado Fèlix Ardèvol, tú que me escribes cartas larguísimas defendiendo el cinismo egoísta en el que vives ahora, según dices. Las dudas me ahogaban porque me encontraba indefenso ante las lágrimas; pero ahora ya no. Ahora sé dónde está el Mal. Incluso el Mal Absoluto. Se llama Himmler. Se llama Hitler. Se llama Pavelić. Se llama Luburić y su invento macabro de Jasenovac. Se llama Schutzstaffel y Abwehr. La guerra pone de manifiesto lo más brutal de la naturaleza humana. Pero el Mal existe antes que la guerra y no depende de una entelequia, sino de las personas. Por eso, desde hace unas semanas, mi compañero inseparable es un rifle con mira telescópica, porque el comandante opina que soy buen tirador. Pronto entraremos en combate. Entonces, decapitaré al Mal disparo a disparo y no me inquieta pensarlo, siempre y cuando tenga en el punto de mira a un nazi, a un ustacha o, y que Dios me perdone, a un simple soldado enemigo. El mal utiliza el Miedo y la Crueldad Absoluta. Los mandos nos cuentan cosas horripilantes sobre el enemigo, supongo que con el fin de que nos hierva la sangre, y tenemos todos muchas ganas de encontrarnos cara a cara con el enemigo. Un día, pronto, mataré a un hombre y espero no sentir ninguna pena. Me he enrolado en un grupo en el que abundan los serbios asentados en pueblos croatas, que se han visto obligados a huir por temor a los ustachas; los eslovenos somos cuatro y contamos también con algunos de los muchos croatas que creen en la libertad. No tengo graduación militar, pero algunos me llaman sargento porque se me ve enseguida, pues sigo siendo tan alto y corpulento como siempre, sí. Y los eslovenos me llaman padre porque un día me emborraché y supongo que hablé más de la cuenta; me lo merezco. Estoy dispuesto a matar antes de que me maten. No tengo remordimientos de ninguna clase ni me arrepiento de lo que hago. A partir de ahora, es probable que caiga en cualquier escaramuza, pues dicen que el ejército alemán avanza hacia el sur. Todos sabemos que cualquier operación militar deja por fuerza una estela de muertos, también entre los nuestros. En la guerra evitamos trabar amistad: somos todos uno, porque todos dependemos de todos, y lloro la muerte del que ayer desayunaba a mi lado y cuyo nombre no tuve tiempo de preguntar. A ver, que me quito la careta: me

da pánico matar a alguien. No sé si sabré. Pero el Mal se encarna en personas concretas. Espero ser valiente y espero saber apretar el gatillo sin que me tiemble excesivamente el corazón.

Te escribo desde un pueblo esloveno que se llama Jesenice. Voy a franquear la carta como si no estuviésemos en guerra; luego me la llevo en nuestro camión, que hoy transporta sacas de correo, porque no quieren que estemos de brazos cruzados en tanto no empiece el conflicto de verdad, por eso nos mandan hacer cosas útiles. Pero voy a confiar esta carta a Jančar, que es la única persona capaz de conseguir que te llegue. Que el Dios en el que he dejado de creer lo ayude. Te ruego que me contestes a la estafeta de Maribor, como siempre. Si no me matan, esperaré impaciente tu respuesta. Me encuentro solo, querido Fèlix Ardèvol. La muerte da frío y cada vez tengo escalofríos más frecuentes. Tu amigo, Drago Gradnik, ex sacerdote, ex teólogo, el que ha renunciado a una brillante carrera en la curia del obispado de Ljubljana y quizá en Roma. Tu amigo, que ahora es partisano tirador de primera línea y que está impaciente por cortar la cabeza al Mal de raíz.

Encontró además respuestas de ocho o diez anticuarios, coleccionistas y brocanters de toda Europa a demandas concretas de su padre, y un par de cartas de un tal doctor Wuang de Shanghai, en la que le aseguraba, en un inglés impreciso, que el feliz manuscrito (sin más referencias) no había estado nunca en sus manos y que le deseaba una vida larga y feliz, prosperidad en los negocios y riqueza feliz y creciente en las relaciones personales, tanto de la familia como del corazón. Me di por aludido. Había también otros muchos documentos misceláneos.

Una aburrida tarde de lluvia, aprovechando que había terminado de corregir exámenes y que no tenía ganas de pensar en la filosofía del lenguaje, decidí aburrirme en casa, sin leer, curioseando. La oferta teatral era casi inexistente, la musical no me apetecía y hacía tantos años que no pisaba un cine que no quería comprobar si seguían haciéndose películas en color. En fin, que bostecé y pensé que era un buen momento para ordenar de una vez los papelotes de mi padre y, después de preparar la *Tetralogía* en el tocadiscos, me puse a ello. Lo primero que cogí fue una de las cartas de Morlin, que vivía en Roma y parecía cura, aunque aún no lo había

descubierto. Fue entonces cuando me entraron ganas de conocer los pormenores de algunos momentos de la vida de mi padre, aunque sin un objetivo concreto, como enterarme de todo lo relacionado con su muerte, sino porque cada vez que encontraba papeles personales suyos me llevaba alguna pequeña sorpresa que me afectaba. Quizá por eso llevo tantas semanas escribiéndote incansablemente, como no lo había hecho en la vida. Se nota que el perro que me persigue está a punto de darme alcance. Quizá por eso estoy reuniendo fragmentos de recuerdos, porque, si llega el momento, será muy difícil ordenarlo todo de manera presentable. En resumen, me animé a seguir con la selección. Tardé un par de horas —con la introducción de fondo, hasta el momento en que Wotan y Loge, enfurecidos, hurtan el anillo, y el nibelungo profiere la terrible maldición de las desgracias que caerán sobre los que se pongan la joya en el dedo)— en ordenar la correspondencia y unos dibujos de objetos diversos, hechos por mi padre, supongo. Hora y media más tarde, cuando Brünnhilde desobedece a Wotan y ayuda a huir a la pobrecilla Sieglinde, encontré un texto en hebreo en dos amarillentas holandesas, una medida de papel en desuso hoy en día, escritas con tinta y cuya caligrafía reconocí: era la de mi padre. Esperaba encontrar cualquiera de las mil cosas que habían despertado su curiosidad y empecé a leerlo pensando que tenía el hebreo un poco oxidado y, por tanto, me costaría entenderlo. Tras cinco infructuosos minutos y diversas consultas inútiles en los diccionarios, saltó la sorpresa. No estaba escrito en hebreo, sino en arameo pero camuflado, cifrado en el alfabeto hebreo. Me resultaba raro leerlo porque, para el arameo, estoy más habituado al alfabeto siríaco. En cuanto me puse manos a la obra, en menos de un minuto me di cuenta de dos cosas: primera, que la doctora Gombreny había hecho un buen trabajo, porque me defiendo bien en arameo; y segunda, que no era una copia de un texto antiguo, sino una carta de mi padre dirigida a mí. ¡A mí! Mi padre, que en vida me había dirigido la palabra directamente cincuenta veces como mucho, y casi siempre para decirme qué demonios son esos gritos, había escrito un texto dedicado al hijo al que no hacía el menor caso. Comprobé que él se desenvolvía en arameo mucho mejor que yo. En esos momentos, leída la carta de arriba abajo, Siegfried, el gallardo hijo de Sieglinde, con la crueldad característica

de los héroes, mata al nibelungo Mime, que lo había criado, para evitar que lo traicione. El bosque de los héroes, el texto en arameo, todo invitaba a la sangre. Estaba rodeado de sangre. Adrià, enfrascado en el texto sin verlo, pensando en las cosas terribles que había leído, tardó media hora larga en dar la vuelta al disco, que siguió girando, mudo, en el plato, como si los personajes repitiesen los movimientos infinitamente, acompañados sólo por el leve crepitar de la aguja. Igual que Siegfried, estaba aturdido por la revelación. Porque la carta decía querido hijo mío Adrià. Te escribo este secreto con la incierta esperanza de que algún día, dentro de muchos años, sepas lo que pasó. Lo más probable es que estas letras se pierdan para siempre entre papeles que se consumirán poco a poco, devorados por el feroz apetito de las lepismas plateadas, que siempre acompañan a los que tenemos libros viejos en la biblioteca. Si lees esto es que has guardado mis papeles, has cumplido el destino que te tenía reservado y has aprendido hebreo y arameo. Porque si has aprendido hebreo y arameo, hijo, es que eres el erudito que siempre he deseado que fueras. Y habré ganado la partida a tu madre, cuyo deseo es convertirte en un violinista decadente (en realidad, en arameo decía decadente tañedor de rabel, pero se entendía la mala leche de mi padre). Has de saber que, si lees esto, es porque no he podido volver a casa para destruirlo. No sé si oficialmente constará que he tenido un accidente, pero quiero que sepas que he muerto asesinado y que mi asesino se llama Aribert Voigt, un antiguo médico nazi que participó en brutalidades que no te cuento, y que ha querido recuperar el violín storioni que un día le quité con malas artes. Me alejo de casa, pues, para que su ira no caiga sobre vosotros, como hace el pájaro que, fingiéndose malherido, aleja al depredador de su nido. No busques al asesino. Cuando leas esto, seguro que ha muerto hace mucho. Tampoco busques el violín, no vale la pena, ni busques lo que he encontrado en muchos de los objetos que he coleccionado: la satisfacción de poseer rarezas. No lo hagas, porque acaba consumiendo al individuo y es un anhelo insaciable que obliga a hacer cosas de las que después se arrepiente uno. Si tu madre vive, ahórrale lo que te cuento. Adiós. Y debajo, una larga posdata que me ha traído la infelicidad. Una posdata que decía me ha matado Aribert Voigt. Le quité el Vial de las zarpas, manchadas de sangre como las tenía. Sé que lo han

dejado en libertad y que, fatalmente, vendrá a buscarme. Voigt es el mal. Yo también, pero Voigt es el mal absoluto. Si muero de forma violenta, no creas a quienes te digan que fue un accidente. Voigt. No quiero que te vengues, hijo. No podrás, como es lógico, porque cuando leas esto, si es que algún día lo lees, hará muchos años que Voigt se pudre en el infierno. Si me han matado, Vial, nuestro storioni, habrá desaparecido de casa. Si por cualquier motivo llegase a conocimiento público el nombre de Voigt o nuestro violín, quiero que sepas que he investigado la identidad de su dueño anterior, he averiguado quién lo poseía antes de que Voigt se lo confiscara: la propietaria era Netje de Boeck, una mujer belga. Deseo de todo corazón que Voigt sufra una muerte horrible y que alguien, quien sea, le impida conciliar el sueño hasta el final de sus días. Pero no debes ser tú, no quiero que te salpiquen mis asuntos. Pues sí me llegan a salpicar, padre…, pensó Adrià: he contraído la enfermedad de la familia, la picazón en los dedos cuando deseo un objeto. El texto en arameo terminaba con un lacónico adiós, hijo. Probablemente fuera lo último que escribió. Y ni una palabra para decirle hijo mío, te quiero. Es que quizá no lo quería.

El tocadiscos giraba en silencio, acompañando la perplejidad de Adrià, aunque lo confundía un poco que la constatación de la catadura moral de su padre no lo hubiera alterado más. Pasó un largo rato hasta que empezó a hacerse preguntas, por ejemplo, por qué no quería que se supiese que lo había matado un nazi como ese tal Voigt. ¿Es que no quería que se destapasen otros sucesos? Lamentablemente, creo que ésa era la causa. ¿Sabes cómo me quedé, Sara? Como un estúpido. Siempre había creído que había hecho mi vida a mi manera, contra los deseos de todos, y resulta que he acabado cumpliendo los designios que mi autoritario padre había concebido para mí desde el principio de los tiempos. Para acompañar tan inusitado sentimiento puse el principio del *Götterdämmerung*; las tres Nornas, hijas de Erda, se congregaron en la roca de Brünnhilde y se pusieron a tejer los hilos del destino, como mi padre había hecho pacientemente con el mío, sin preguntar mi parecer ni consultar nada a mi madre. Pero una de las hebras que mi padre había dispuesto para después de su muerte se había roto inesperadamente y se confirmaron mis temores más profundos: el culpable de su muerte atroz era yo.

—¡¡¡Un momento, tío!!! ¡Me dijiste tres días! —Nunca había oído a Bernat tan indignado—. ¡¡Sólo hace tres horas que lo tengo!!

—Lo siento, perdona, te lo juro. Ahora. Tiene que ser ahora o me muero, te lo juro.

—No tienes palabra. ¡Yo te he enseñado el vibrato! ¿O no?

—El vibrato sale solo, no se aprende —respondí, desesperado. A los doce años no se me daba muy bien la argumentación. Y añadí, asustadísimo:

—Si no, seguro que nos descubren y mi padre me manda a la cárcel. Y a ti también. Te lo contaré todo, te lo juro.

Colgaron ambos a la vez. Tuvo que justificarse ante Lola Xica, o mi madre, diciendo es que Bernat tiene mis deberes de violín.

—No te bajes de la acera.

—No, claro que no —dijo, ofendido.

Se encontraron enfrente de la pastelería de los Solà. Abrieron los estuches y realizaron el intercambio, en el suelo, en el cruce de la calle Valencia con Lauria, ajenos al estrépito del tranvía que subía esta última calle con gran esfuerzo. Bernat le devolvió el storioni y él le devolvió el violín de madame d'Angoulême y le dijo que su padre había entrado en el despacho bruscamente, había dejado la puerta abierta y Adrià, muerto de miedo, lo vio abrir la caja fuerte y sacar el estuche; luego la cerró sin comprobar si dentro estaba el storioni, y te juro que yo no sabía qué hacer, porque si le digo que lo tienes tú, me tira por el balcón, ¿sabes?; y no sé lo que va a pasar, pero…

Bernat lo miró fríamente.

—Te lo inventas.

—¡No, de verdad! Es que metí el violín de estudio en el estuche para que no sospechase nada si lo abría…

—No me chupo el dedo, para que te enteres.

—¡Te lo juro! —Adrià desesperado.

—Eres un mierda que no sabe cumplir su palabra.

No sabía qué decirle. Miré impotente a mi enfurecido amigo, que ya me sacaba más de un palmo. Me pareció un gigante vengativo o algo así. Pero me daba más miedo mi padre. El gigante volvió a abrir la boca:

—¿Y crees que cuando vuelva, abra la caja y vea el storioni se va a quedar tan pancho?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Eh?

—Huyamos a América.

Esto me gustó, me gustó la solidaridad repentina de Bernat. Los dos huyendo hacia América, estupendo. No huimos a América y Adrià no tuvo tiempo de preguntar oye, Bernat, qué tal se toca con el storioni, ¿notas el cambio?, ¿vale la pena un violín antiguo? Ni pudo saber si sus padres habían percibido la diferencia o… Sólo dijo me va a matar, te juro que me mata, devuélvemelo. Bernat se fue en silencio, con cara de no haberse creído del todo la insólita historia que en esos mismos momentos empezó a complicarse.

El día del Señor llegará como un ladrón en plena noche. Seis uno cinco cuatro dos ocho. Adrià depositó el storioni en la caja fuerte, la cerró, borró los rastros de su paso furtivo y salió del despacho. En su habitación, Carson y Águila Negra miraban a otro lado disimulando, seguramente desbordados por las circunstancias. Y él, con un estuche vacío y, para rematar, Lola Xica se asomó dos veces a decir de parte de tu madre que si hoy estudias o no. Y él, la segunda vez, dijo es que me duele un callo del dedo de… ¿Ves?, hoy no puedo.

—A ver ese dedo —dijo la madre, entrando por sorpresa en el momento en que terminaba de pegar los tres cromos que había podido comprar el domingo en el mercado de Sant Antoni.

—No veo nada raro —dijo la muy crudele.

—Es a mí a quien le duele.

Su madre miró a un lado y al otro, como si le costase creer que no le tomaba el pelo, y salió en silencio. Por suerte no abrió el estuche. Ahora sólo había que esperar la regañina cósmica del padre.

Mea culpa. Murió por mi culpa, aunque habría muerto de todas maneras a manos del tal Voigt. El taxi lo dejó solo en el kilómetro tres y dio media vuelta en dirección a Barcelona. Era invierno y el día empezaba a oscurecer muy temprano. Solo en la carretera. Trampa, emboscada. ¿Es que no te lo oliste, padre? Quizá pensabas que era una broma de mal gusto, nada más. Fèlix Ardèvol miró Barcelona, tendida a sus pies, por última vez. Un

rumor de motor. Un coche con las luces encendidas bajaba del Tibidabo. Se detuvo delante de él y se apeó un hombre, el signor Falegnami; estaba más delgado, más calvo, con la nariz igual de gruesa y los ojos brillantes. Lo acompañaban dos hombres musculosos y el chófer, que también se sumó. Todos con cara de asco. Falegnami le pidió el violín con un gesto seco. Ardèvol se lo dio y el hombre entró en el coche para abrir el estuche. Volvió a salir del vehículo con el violín en la mano:

—¿Crees que soy imbécil?

—¿Qué pasa? —Me imagino a mi padre más irritado que asustado.

—¿Dónde está el storioni?

—Manda cojones. ¡Ahí lo tiene!

En respuesta, Voigt levantó el violín y lo aplastó golpeándolo contra una piedra de la cuneta.

—¿¿¡¡Qué hace!!?? —mi padre, escandalizado.

Voigt le puso el violín reventado ante los ojos. La tapa había saltado hecha pedazos y se veía la firma del instrumento: Casa Parramon de la calle del Carmen. Mi padre no entendería nada.

—¡Es imposible! ¡Yo mismo lo he cogido de la caja fuerte!

—Pues debe de hacer mucho tiempo que te lo han robado, imbécil.

Quiero imaginarme que mi padre respondió en efecto, así es, querido signor Falegnami, pero no tengo la menor idea de quién me lo habrá robado, y que se le escapó una sonrisita.

Voigt movió una ceja y uno de los hombres soltó un puñetazo en el estómago a mi padre que lo dejó doblado por la cintura, sin aire en los pulmones.

—Piensa, Ardèvol.

Y, puesto que no podía saber que en esos momentos el Vial estaba en manos de Bernat Plensa i Punsoda, el alumno predilecto de la señorita Trullols en el Conservatori Municipal de Música de Barcelona, mi padre no pudo pensar nada. Por si acaso, dijo juro que no lo sé.

Voigt sacó del bolsillo una pistolita femenina, muy cómoda de llevar.

—Me parece que nos vamos a divertir —dijo. Refiriéndose a la pistolita—: ¿Te acuerdas?

—Cómo no. Y usted se queda sin violín.

Otro puñetazo en el estómago, pero valió la pena. Otra vez el cuerpo doblado. Otra vez la respiración cortada, la boca y los ojos abiertos. Y después, quién sabe. El rápido atardecer invernal dio paso a la noche y a la impunidad, y terminaron de destrozar a mi padre de una forma que no puedo imaginarme.

—Jau.

—Ostras, ¿dónde os habíais metido?

—Se habrían cargado a tu padre de todos modos, aunque les hubiera entregado el Vial.

—Águila Negra tiene razón —se sumó Carson—. Era hombre muerto, si me permites la expresión. —Echó un escupitajo seco—. Y lo sabía cuando salió de casa.

—¿Por qué no abrió el estuche?

—Estaba tan afectado que no se dio cuenta de que no se llevaba el Vial.

—Gracias, amigos, pero no me consuela.

Voigt torturó a mi padre, pero respetó el juramento de caballero que había hecho a Morlin, en Damasco, de no tocarle ni un pelo, porque mi padre era calvo como un huevo. No podía ser de otra forma. Igual que Brünnhilde mandó a Siegfried a la muerte sin saberlo, al desvelar su punto débil a los enemigos, así yo, al cambiar el violín, provoqué la muerte de mi padre, que no me quería. Para guardar el recuerdo de un sinvergüenza como Siegfried Ardèvol, a quien no pudo querer, Brünnhilde juró que el violín se quedaría en casa por los siglos de los siglos. Lo juró en memoria de su padre, sí. Pero hoy tengo que reconocer que también lo juré por la comezón que me daba en los dedos la mera idea de separarme de él. Aribert Voigt. Siegfried. Brünnhilde. Dios mío. Confiteor.

35

—Rinrinríiin.

Adrià estaba en el retrete leyendo *Le forme del contenuto* y oyó perfectamente el rinrinríiin. Y pensó el recadero de Múrria siempre tan oportuno. Tardó lo suficiente para que se volviera a oír rinrinríiin y se dijo que tenía que cambiar el timbre por uno más moderno. Tal vez un din don, que siempre era más alegre.

—Rinrinríiin.

—Ya va, coño —refunfuñó.

Con Eco bajo el brazo, abrió la puerta y se encontró contigo, amor mío, en el rellano, de pie, seria, con una bolsa de viaje más bien pequeña; me mirabas con tus ojos oscuros y estuvimos los dos plantados un largo minuto, ella en el rellano, él dentro de casa sujetando la puerta, asimilando la sorpresa. Y al final del minuto inacabable sólo se le ocurrió decir qué quieres, Sara. Es que no me lo puedo creer: sólo se me ocurrió decirte qué quieres, Sara.

—¿Puedo entrar?

Puedes entrar en mi vida, puedes hacer lo que quieras, Sara querida.

Pero se limitó a entrar en casa. Y dejó la maletita en el suelo. Y estábamos a punto de repetir otro minuto cara a cara, de pie, pero en el recibidor. Entonces Sara dijo me apetecería mucho un café. Entonces me di cuenta de que llevaba una rosa amarilla en la mano.

Ya lo dijo Goethe. Yerra quien en la madurez se propone cumplir un deseo de la juventud. Quien no supo o no pudo conocer la felicidad en el momento adecuado tampoco lo logrará por más esfuerzos que haga, porque habrá perdido el tren. Lo máximo que sobrevive en el amor que se

reencuentra en la madurez es una tierna repetición de los momentos felices. Eduard y Ottilie se acomodaron en el comedor a tomar el café. Ella posó elegantemente la rosa en la mesa.

—Es bueno este café.

—Sí. Es de Múrria.

—¿Todavía existe?

—Desde luego.

—¿Qué estás pensando?

—No quiero… —La verdad, Sara, no sabía qué decir. Por eso, fui al grano—: ¿Vienes a quedarte?

El personaje Sara recién llegada de París no es el mismo que el de Sara en Barcelona a los veinte años, porque las personas experimentan metamorfosis. Y los personajes también. Me lo contó Goethe, pero Adrià era Eduard y Sara era Ottilie. Se les había escapado el tiempo; también por culpa de sus padres. La attractio electiva duplex funciona cuando funciona.

—Tengo que poner una condición. Y perdóname. —Ottilie mirando al suelo.

—Cuál. —Eduard a la defensiva.

—Que devuelvas lo que robó tu padre. Perdóname.

—¿Lo que robó mi padre?

—Sí. Tu padre se aprovechó de mucha gente, la extorsionó. Antes, durante y después de la guerra.

—Pero yo…

—¿Cómo crees que montó el negocio?

—Vendí la tienda —dijo.

—¿De verdad? —incrédula, incluso secretamente decepcionada, me pareció.

—Ni quiero ser tendero ni he aprobado jamás los métodos de mi padre.

Silencio. Sara bebió un sorbito de café y lo miró a los ojos. Lo escudriñó con la mirada y Adrià se vio obligado a responder.

—Oye, vendí una tienda de anticuario y brocanter. No sé lo que adquirió mi padre fraudulentamente, pero la mayoría de las cosas eran legales. Además, he cortado con ese asunto —mentí.

Sara guardó silencio diez minutos. Pensando, mirando al frente pero prescindiendo de la presencia de Adrià; y tuve miedo de que tal vez estuviera poniendo condiciones imposibles de cumplir para poder excusarse y huir otra vez. La rosa amarilla yacía en la mesa, atenta a la conversación. La miré a los ojos pero ella, sin evitarlo, seguía inmersa en sus reflexiones, como si yo no estuviera. Era un comportamiento nuevo que no te conocía, Sara, y que has repetido sólo en momentos muy singulares.

—De acuerdo —dijo mil años después—. Podemos intentarlo. —Y tomó otro sorbito de café. Yo estaba tan nervioso que tomé tres tazas seguidas, de las que prometen una noche en blanco. Y entonces me miró a los ojos, con el daño que hace eso, y me dijo me parece que estás acojonado.

—Sí.

Adrià la cogió de la mano y la llevó al despacho, hasta la cómoda de los manuscritos.

—Este mueble es nuevo —comentaste.

—¡Qué buena memoria tienes!

Adrià abrió los dos primeros cajones y sacó mis manuscritos, mis joyas, las que me provocaban temblor en los dedos: mis descartes, goncourts… y dije todo esto es mío, Sara: lo he comprado con mi dinero, porque me gusta coleccionarlo o tenerlo o comprarlo o lo que sea. Es mío, lo he comprado sin extorsionar a nadie.

Lo dije con esas mismas palabras sabiendo que probablemente mentía. Al instante se hizo un silencio grave, tenebroso. No osé mirarla. Pero como el silencio persistía, la miré. Estaba llorando en silencio.

—¿Qué te pasa?

—Perdóname. No he venido a juzgarte.

—De acuerdo… Pero también quiero aclarar las cosas.

Se sonó la nariz con delicadeza y no acerté a decir, bueno, a saber de dónde los saca Morral y qué métodos emplea.

Abrí el cajón de debajo, el de las hojas de la *Recherche*, de Zweig y el pergamino de la consagración de Sant Pere del Burgal. Cuando iba a decirle que esos manuscritos eran de mi padre y probablemente fruto de la

extor/ella cerró el cajón y repitió perdóname, no soy quién para juzgarte. Y me callé como un muerto.

Un poco aturdida, te sentaste a la mesa de trabajo, donde había un libro abierto, diría que *Masse und Macht*, de Canetti.

—Y el storioni lo compró con todas las de la ley —volví a mentir, señalando el armario de los instrumentos.

Me miró con lágrimas en los ojos, queriendo creerme.

—De acuerdo —dijiste.

—Y yo no soy mi padre.

Sonreíste débilmente y dijiste perdóname, perdóname, perdóname por haber entrado así en tu casa.

—Nuestra casa, si quieres.

—No sé si tienes alguna… Si tienes…, no sé, alguna relación que… —Cogió aire—. Si hay otra mujer. No querría destrozar nada que…

—Fui a buscarte a París, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero…

—No hay ninguna mujer —mentí por tercera vez, como San Pedro.

Sobre estas bases reanudamos la relación. Comprendo que fue una imprudencia por mi parte, pero quería retenerla a toda costa. Entonces, echó un vistazo alrededor. Se le fueron los ojos hacia la pared de los cuadritos. Se acercó. Estiró la mano y, como yo cuando era pequeño, tocó levemente con dos dedos la miniatura de Abraham Mignon que representaba un ramo de ufanas gardenias amarillas en un tiesto de cerámica. No le dije donde pones la vista pones la mano, sino que sonreí de felicidad. Se volvió, suspiró y dijo está todo igual. Tal como lo he recordado todos y cada uno de estos días. Se puso delante de mí, mirándome con serenidad repentina, y dijo ¿por qué fuiste a buscarme?

—Para poner la verdad en su sitio. Porque no he podido asimilar que hayas vivido tanto tiempo pensando que te insulté.

—Yo…

—Y porque te quiero. Y tú ¿por qué has venido?

—No sé, pero también te quiero. Tal vez para… No, nada.

—Dime. —Le cogí las dos manos para animarla a hablar.

—Pueees… para compensar mi debilidad de los veinte años.

—Tampoco puedo juzgarte. Pasó lo que pasó.

—Y también…

—¿Qué?

—También porque no he podido librarme de tu mirada, allí en el rellano de mi casa. —Sonrió pensando en sus cosas—. ¿Sabes lo que parecías? —preguntó.

—Un vendedor de enciclopedias.

Se echó a reír. ¡Tu risa, Sara! Y dijo sí, sí, sí, exactamente eso. Pero enseguida se contuvo y dijo he vuelto porque te quiero, sí. Si tú quieres. Y dejé de pensar en lo mucho que había mentido esa mañana. Ni siquiera fui capaz de decirte que en el huitième arrondissement, cuando estabas con la mano pegada a la puerta, como dispuesta a cerrármela en las narices en cualquier momento, me diste pánico; no te lo he dicho nunca. Allí lo disimulé como buen vendedor de enciclopedias. En el fondo del fondo del corazón, fui a París, a tu casa, al quarante-huit rue Laborde, para oírte decir que no querías saber nada de mí, cerrar un capítulo sin ser culpable y tener un buen motivo para llorar. Pero, después de decir que no en París, Sara se presentó en Barcelona y dijo me apetecería mucho un café.

Adrià, en silla de ruedas, miraba el despacho desde el umbral. Sujetaba entre las manos un trapo sucio que nadie había conseguido arrancarle. Adrià miraba el despacho. Un minuto largo, larguísimo para todos. Respiró hondo y dijo cuando queráis; fue un minuto brevísimo para él. La mano férrea de Jònatan se hizo cargo de la silla con impaciencia mal disimulada y la orientó en dirección a la puerta de la calle. Adrià señaló a Xevi y dijo Xevi. Señaló a Bernat, que tenía los ojos llorosos, y dijo Bernat, señaló a Xènia y dijo Tecla. Y cuando a Caterina le dijo Lola Xica, Caterina no lo contradijo por primera vez en la vida.

—Estará bien atendido, no os preocupéis —dijo uno cualquiera de los supervivientes.

La comitiva bajó en silencio, mirando de reojo la luz del ascensor en el que iban Adrià, la silla de ruedas y Jònatan. Cuando llegaron abajo Bernat tuvo la sensación de que, al salir del ascensor y verlos a todos otra vez, Adrià ya no los reconoció. Fue una especie de relámpago pavoroso.

En diez días se había disparado la alarma. La disparó Caterina cuando Adrià se perdió en su propia casa. En literaturas eslavas, miraba, asustado, alrededor.

—¿Dónde quiere ir?

—No sé. ¿Dónde estoy?

—En casa.

—¿En casa de quién?

—En la suya. ¿Sabe quién soy yo?

—Sí.

—¿Quién?

—La… eso. —Pausa larga. Asustado—: ¿No? ¡O un complemento directo! ¡O el sujeto! El sujeto, ¿no?

Esa misma semana no había dejado de hurgar en la nevera, cada vez más angustiado y refunfuñón, y Jònatan, el enfermero que cubría el turno de noche esos días, le preguntó qué buscaba a esas horas.

—Los calcetines. ¿Qué quieres que busque?

Jònatan se lo dijo a Plàcida y ésta, a Caterina. Y Plàcida añadió que Adrià le había pedido que pusiera un libro a hervir. Está como un cencerro, ¿no?

Y ahora, en literaturas eslavas, Caterina insistía ¿sabe quién soy, Adrià?, y él respondía: el complemento directo. Por eso se alarmó y llamó al doctor Dalmau y a Bernat. Y el doctor Dalmau, alarmado, llamó al doctor Valls a la residencia y le dijo me parece que ha llegado el momento. Fueron unos días de revisiones exhaustivas, de test y pruebas y de mirar los resultados de reojo. Y de silencios. El complemento indirecto, ¡ahora! Y al final, el doctor Dalmau convocó a Bernat y a los primos de Vic. Bernat les ofreció su casa y se ocupó de que no faltase agua de Tasmania en los vasos. El doctor Dalmau les dijo lo que debían hacer.

—Pero ¡si es un hombre… —Xevi, indignado con el hado, aún se rebelaba—:…, es un hombre que habla siete u ocho lenguas!

—Trece —puntualizó Bernat.

—¿Trece? En cuanto me distraigo, aprende otra nueva. —Se le iluminaron los ojos—: ¿Lo ve, doctor? ¡Trece lenguas! Yo soy campesino, soy mayor y sólo sé una y media. ¿No es injusto? ¿Eh?

—Catalán, francés, castellano, alemán, italiano, inglés, ruso, arameo, latín, griego, neerlandés, rumano y hebreo —especificó Bernat—. Y podía leer seis o siete más con toda facilidad.

—¿Lo ve, doctor? —Argumento médico indiscutible de Xevi Ardèvol, abriendo a la desesperada otro frente de defensa.

—Su primo era un fuera de serie —lo cortó educadamente el doctor—. Lo sé porque lo he seguido de cerca. Si me lo permite, me considero su amigo, pero ahora se ha acabado. Se le seca el cerebro.

—Qué pena, qué pena, qué pena…

Después de rebelarse en vano un poco más, convinieron en que lo mejor que podían hacer era poner en orden la vida de Adrià y aceptar las disposiciones que él mismo había dictado cuando todavía estaba en posesión de sus facultades mentales. Bernat pensó qué tristeza tener que disponer las cosas para cuando uno ya no esté; tener que decir y poner por escrito lego el piso de Barcelona a mis primos Xavier, Francesc y Rosa Ardèvol a partes iguales. Por lo que respecta a mi biblioteca, dispongo que,

cuando deje de serme útil, sea Bernat Plensa quien tome la decisión de quedársela o donarla a las universidades de Tübingen y Barcelona, según los intereses respectivos. Que sea él, si lo acepta, puesto que fue quien me ayudó a montarla hace mucho tiempo, cuando participamos en la Creación del Mundo.

—No entiendo nada. —Xevi, perplejo, el día de la reunión con el abogado.

—Es una broma de Adrià. Me temo que sólo la entiendo yo —aclaró Bernat.

—Y dispongo que la señora Caterina Fargues sea remunerada con una cantidad equivalente al sueldo de dos años. Al mismo tiempo, Bernat Plensa tiene autorización para quedarse con lo que le parezca oportuno, siempre y cuando no se haya adjudicado ya en este testamento, aunque más que un testamento es un libro de instrucciones. Y que decida sobre el destino de todo lo demás y disponga de ello, aunque se trate de objetos de valor, como la colección de monedas o la de manuscritos, a menos que considere más adecuado donarlo a las universidades antedichas. A este respecto, os recomiendo que sigáis el criterio del profesor Johannes Kamenek de Tübingen. En cuanto al autorretrato de Sara Voltes-Epstein, que sea entregado a su hermano, Max Voltes-Epstein. Y deseo que el cuadro de Modest Urgell, que está en el comedor y que representa el monasterio de Santa Maria de Gerri, sea para fray Julià, del monasterio vecino de Sant Pere del Burgal, que es el responsable de todo.

—¿Cómo? —Xevi, Rosa y Quico a la vez.

Bernat abrió la boca y la cerró. El abogado volvió a leer para sí y dijo sí, sí: dice fray Julià de Sant Pere del Burgal.

—Quién coño es ése —dijo recelosamente Quico de Tona.

—¿Y qué significa que sea el culpable? ¿Culpable de qué?

—No, no; dice responsable.

—¿Responsable de qué?

—De todo —dijo el abogado, después de consultar el papel.

—Lo investigaremos en otro momento —dijo Bernat, y, con un gesto, indicó al abogado que continuase.

—Y si no se le puede localizar o lo rechaza, ruego que se le ofrezca a la señora Laura Baylina de Uppsala. Si ella tampoco lo acepta, delego en el señor Bernat Plensa para que encuentre la mejor solución. Y el mentado Bernat Plensa debe entregar al editor, como hemos acordado, el libro que le confié.

—¿Un libro nuevo? —Xevi.

—Sí. De eso me ocupo yo, tranquilos.

—¿Os parece que estaba en sus cabales cuando escribió esto?

—Eso debemos suponer —dijo el abogado—. Lo que no podemos es pedirle aclaraciones.

—¿Quién es la señora Dupsala? —dijo Rosa—. ¿Existe?

—No os preocupéis; la encontraré. Existe.

—Y para terminar, una breve reflexión dedicada a vosotros y a quien haya querido sumarse. Me dicen que no echaré de menos ni los libros ni la música, cosa que no puedo creer del todo. Me dicen que no os reconoceré; no seáis muy crueles conmigo. Me dicen que esto no me hará sufrir. Por lo tanto, tampoco sufráis vosotros. Y sed indulgentes con mi degradación, que será paulatina pero imparable.

—Muy bien —dijo el abogado después de leer lo que Adrià Ardèvol había titulado «Instrucciones prácticas para el tramo final de mi vida».

—Queda un fragmentito —se atrevió a decir Rosa, señalando el papel.

—Sí, disculpe: es una coletilla de despedida.

—¿Y qué dice?

—Dice, en cuanto a las instrucciones espirituales, las recojo aparte.

—¿Dónde?

—En el libro que ha escrito —dijo Bernat—. Me encargo yo, no os preocupéis.

Bernat abrió procurando no hacer ruido. Como un ladrón. Palpó la pared hasta encontrar el interruptor. Lo apretó pero la luz no se encendió. Mierda. Sacó una linterna de la cartera y se le acrecentó la sensación de ladrón que tenía. La caja de los plomos o como se llame ahora estaba en el mismo recibidor. Accionó el interruptor y se encendió la luz del recibidor y

otra al fondo, la del pasillo de prosa en lenguas germánicas y orientales, tal vez. Se quedó unos segundos contemplando el silencio de la casa. Fue a la cocina. La nevera estaba desenchufada, con la puerta abierta sin calcetines dentro. Y el congelador, también vacío. Recorrió prosa en lenguas eslavas y nórdicas guiado por la luz encendida. La luz encendida era la de bellas artes y enciclopedias, el estudio de Sara, que antes había sido la habitación de Lola Xica. El caballete seguía montado allí, como si Adrià no hubiera dejado de creer que Sara volvería un día y se pondría a dibujar y de nuevo se mancharía levemente los dedos de carboncillo. Y un montón de carpetas inmensas con pruebas. Enmarcados y puestos como en una especie de altar, In Arcadia Hadriani *y* Sant Pere del Burgal: un sueño, *los dos paisajes que Sara había regalado a Adrià y que, a falta de instrucciones concretas, Bernat decidió adjudicar a Max Voltes-Epstein. Dejó la luz encendida. Echó un vistazo a religión y mundo clásico, retrocedió por lenguas románicas y se asomó a Poesía; allí encendió la luz. Todo en orden. Después entró en ensayo literario y encendió la luz: el comedor estaba como siempre. El sol seguía iluminando el monasterio de Santa Maria de Gerri desde Trespui. Del bolsillo del abrigo sacó la máquina fotográfica. Después de apartar un par de sillas, se situó ante la pintura de Modest Urgell y le hizo un par de fotos con flash y otras dos sin flash. Salió de ensayo literario y fue al despacho. Todo estaba tal como lo habían dejado. Se sentó en una silla y se puso a pensar en las muchas veces en que había entrado, siempre al lado de Adrià, discutiendo de música y de literatura sobre todo, pero también de política y de la vida. Y, tanto de jóvenes como de niños, imaginándose allí misterios clandestinos. Encendió la lámpara de pie del sofá y la del techo. En el espacio que hacía años que ocupaba el autorretrato de Sara había ahora un vacío que le produjo algo parecido a un mareo. Se quitó el abrigo, se frotó la cara con la palma de las manos, como hacía Adrià, y dijo vamos allá. Pasó por detrás de la mesa y se acuclilló. Probó seis, uno, cinco, cuatro, dos, ocho. No se abrió. Probó siete, dos, ocho, cero, seis, cinco y la caja fuerte se abrió silenciosamente. Dentro, nada. Sí, unos sobres. Los cogió y los dejó en la mesa para mirarlos más cómodamente. Abrió el primero, revisó los folios uno a uno; una lista de personajes. Él estaba allí: Bernat Plensa, Sara Voltes-Epstein,*

yo, Lola Xica, tía Leo…, las personas…, bueno, los personajes, con la fecha de nacimiento y, en algún caso, con la de muerte al lado. Más papeles: una especie de esquema con tachones, como si lo hubiera rechazado. Otra lista con más personajes. Y nada más. Si eso era todo, Adrià había escrito a chorro, pasando de un lugar a otro según le dictaba la memoria que le quedaba. Lo volvió a meter todo en el sobre y lo guardó en la cartera. Agachó la cabeza e hizo un esfuerzo por contener las ganas de llorar. Respiró pausadamente unas cuantas veces hasta que recobró la calma. Abrió el otro sobre. Tres fotos: una de Sara haciéndose una foto en un espejo. Qué guapa. Ni siquiera ahora quiso reconocer que siempre había estado un poco enamorado de ella. La otra era de Adrià trabajando allí mismo, donde estaba sentado él en ese momento. Amigo mío, Adrià. Y unas cuantas fotos más: una lámina que contenía esbozos del retrato de una niña muy menuda. Y varias fotos del Vial, por delante y por detrás. Las devolvió al sobre y lo guardó todo en la cartera, pero ahora con una mueca amarga de disgusto, pensando en el Vial, que se había perdido. Miró en el interior de la caja fuerte. Nada más; la cerró pero no movió la rueda. Fue de nuevo a historia y geografía. En la mesilla de noche, Carson y Águila Negra montaban guardia fielmente para nadie. Los cogió, caballos incluidos, y los guardó en la cartera. Volvió al despacho y se sentó en el sillón que solía usar Adrià para leer. Estuvo más de una hora mirando al vacío, repasando el recuerdo y la añoranza de todo; permitió que de vez en cuando le resbalase una lágrima por la mejilla.

Mucho tiempo después de todo, Bernat Plensa i Punsoda salió de la ensoñación, miró alrededor y fue incapaz de reprimir un llanto que brotaba de muy adentro. Se tapó la cara con las manos. Cuando se calmó un poco, se levantó del sillón de lectura; una mirada más de inspección del despacho mientras se ponía el abrigo. Adéu, ciao, à bientôt, adiós, tschüss, vale, dag, bye, αντίο, Πoká, la revedere, viszlát, head aega, lehitraot, tchau, maa as-salama, puix beixlama, amigo mío.

36

Entraste en mi vida dulcemente, como la primera vez, y dejé de pensar en Eduard, en Ottilie y en mis mentiras y pensé sólo en tu presencia silenciosa y reconfortante. Adrià le dijo toma posesión de la casa; toma posesión de mí. Y le dio a elegir entre dos habitaciones para instalar su taller de dibujo, sus libros, la ropa y tu vida, si quieres, Sara querida; pero yo no sabía que para guardar toda la vida de Sara hacían falta muchos más armarios que los que Adrià podía ofrecerle.

—Está muy bien, es más espaciosa que el estudio de París —dijiste, mirando desde la puerta la habitación de Lola Xica.

—Tiene luz y bastante silencio, porque es interior…

—Gracias —dijo, volviéndose a mí.

—No me las des, soy yo quien te las da a ti.

Entonces se apartó de mí con viveza y entró en la habitación. En el rincón de la ventana, colgado de la pared, estaba el cuadrito de las gardenias amarillas de Mignon dándole la bienvenida.

—Pero ¿cómo…?

—¿Verdad que te gusta?

—¿Cómo lo sabías?

—Pero ¿te gusta o no?

—Es el objeto que más me gusta de esta casa.

—Pues a partir de ahora es tuyo.

Su manera de decir gracias fue quedarse plantada delante de las gardenias un buen rato.

Y la siguiente acción, para mí casi litúrgica, fue añadir el nombre de Sara Voltes-Epstein al cartelito del buzón de la entrada, y después de haber vivido solo diez años, volví a oír, mientras escribía o leía, rumor de pasos, la cucharilla chocando contra el cristal del vaso o una música cálida que

venía de tu estudio y pensé que podíamos ser felices. Pero a Adrià no se le ocurrió solucionar el otro frente que tenía abierto; una carpeta mal cerrada puede acarrear muchos disgustos. Lo sabía, por descontado, pero pudo más la ilusión que la prudencia.

En la nueva situación, lo más difícil para Adrià fue aceptar las parcelas acotadas que Sara impuso en la vida de ambos. Se dio cuenta por la reacción que tuvo cuando Adrià la invitó a conocer a su tía Leo y a sus primos de Tona.

—Mejor no mezclar a la familia —respondió Sara.

—¿Por qué?

—Prefiero evitar disgustos.

—Quiero presentarte a tía Leo y a mis primos, si es que los encontramos en casa. No pretendo darte disgustos.

—No quiero complicaciones.

—Ni las tendrás. ¿Por qué ibas a tenerlas?

Cuando llegó el equipaje con las láminas y los trabajos a medio hacer, los caballetes de dibujo y los carbones y lápices de colores, inauguró oficialmente el estudio regalándome un dibujo a lápiz de las gardenias de Mignon, y lo colgué en la pared, en el lugar del original, y ahí sigue. Y te pusiste a trabajar porque llevabas retraso con las ilustraciones que te habían encargado un par de editoriales francesas para unos cuentos infantiles. Días de silencio y calma, tú dibujando, yo leyendo o escribiendo. Coincidíamos en un pasillo, nos íbamos a ver de cuando en cuando, tomábamos café a media mañana en la cocina, mirándonos a los ojos y sin decirnos nada para no quebrar la frágil felicidad recuperada inesperadamente.

Le costó Dios y ayuda pero, cuando Sara terminó el trabajo más urgente, fueron por fin a Tona en un seiscientos de tercera mano que Adrià se había comprado después de aprobar el examen práctico a la séptima intentona. En la Garriga tuvieron que cambiar una rueda; en Aiguafreda, Sara quiso detenerse en una floristería, entró y salió con un ramo pequeño y precioso y, sin decir una palabra, lo dejó en el asiento de atrás. Y en la cuesta de Sant Antoni, en Centelles, empezó a hervir el agua del radiador; pero aparte de esas minucias, el viaje transcurrió sin novedades.

—Es el pueblo más bonito del mundo —dijo Adrià, ilusionado, cuando el seiscientos llegó a Quatre Carreteres.

—El pueblo más bonito del mundo es bastante feúcho —replicó Sara cuando se detuvieron en la calle Sant Andreu y Adrià echó el freno de mano con demasiada energía.

—Míralo a través de mis ojos. Et in Arcadia ego.

Bajaron del coche y él dijo mira el castillo, querida. A este lado, allá arriba. Es precioso, ¿no?

—Hombre…, no sé qué decirte…

Notó que estaba nerviosa, pero no sabía qué hacer para…

—Tienes que mirar con mis ojos. ¿Ves, aquella casa tan fea y la otra de los geranios?

—Sí…

—Aquí estaba can Casic.

Y lo dijo como si lo viera en ese momento, como si Josep estuviera al alcance de su mano, con la colilla en los labios, jorobado, afilando cuchillos en la era, al lado del pajar devorado como el corazón de una manzana.

—¿Ves? —dijo Adrià. Y señaló hacia la cuadra de la mula que siempre se llamaba Estrella y llevaba zapatitos de tacón que repiqueteaban contra la piedra llena de estiércol cada vez que se movía para espantarse las moscas; y hasta oyó ladrar a la Viola, enfurecida, tirando de la cadena, porque el sigiloso gato blanco sin nombre pasaba demasiado cerca de ella altivamente, haciendo gala de su libertad.

—Cagondiós, rapaces, id a jugar a otra parte, cagondiez.

Y echaban todos a correr, a esconderse detrás de la roca blanca, y la vida era una aventura emocionante, distinta de la digitación de los arpegios en mi bemol mayor; con olor a estiércol y repique de madreñas, las de Maria de Can Casic cuando entraba en el estercolero, y la bronceada cuadrilla de segadores a finales de julio, con la hoz y la guadaña en mano. Y la perra de can Casic también se llamaba siempre Viola y envidiaba a la chiquillería, porque no estaba atada con una cuerda que sólo medía cuatro canas justas.

—Cagondiez es un eufemismo de cagüendiós, que es un eufemismo de me cago en Dios.

—¡Hala, fijaos! ¡Adrià dice me cago en Dios!

—Sí, pero no se le entiende —refunfuñó Xevi, bajando por el tobogán de la cuneta hasta la calle, que estaba llena de roderas de carro y cagadas del Bastús, el mulo del barrendero.

—Dices cosas que no se entienden —le reprochó Xevi al llegar abajo.

—Lo siento. Es que pienso en voz alta.

—Ay, chico, por mí…

Y no se sacudían el polvo de los pantalones porque en Tona, sin sus padres, todo estaba permitido y no pasaba nada aunque te desollaras las rodillas.

—Can Casic, Sara… —resumió, plantado en la misma calle en la que antes meaba el Bastús, y que ahora estaba asfaltada; y no se le ocurrió pensar que el Bastús ya no era un mulo sino una Iveco diesel con remolque, que es una preciosidad y no come ni una brizna de paja y así está todo limpio y no huele a boñiga.

Entonces, con las flores en la mano, te pusiste de puntillas e inesperadamente me diste un beso y yo pensé et in Arcadia ego, et in Arcadia ego, et in Arcadia ego, devotamente, como si fuera una letanía. Y olvida los temores, Sara, que aquí estás a salvo, a mi lado. Dibuja cuanto quieras y, entre tanto, yo sigo queriéndote y juntos aprenderemos a construir nuestra Arcadia. Antes de llamar a la puerta de can Ges me diste el ramo de flores.

En el camino de regreso, Adrià convenció a Sara de que se sacara el carnet, porque seguro que llevaría la ele con mucha más soltura que él.

—De acuerdo. —Después de un kilómetro de silencio—: Me ha caído bien tu tía Leo. ¿Cuántos años tiene?

Laus Deo. No hacía una hora que estaban en can Ges cuando Adrià supo que Sara había bajado la guardia y sonreía por dentro.

—No sé. Más de ochenta.

—Qué dispuesta es, y no sé de dónde saca tanta energía, porque es que no para.

—Siempre ha sido así, pero pone firme a todo el mundo.

—Por más que me negase, al final ha conseguido endilgarme el bote de aceitunas.

—Es tía Leo. —Aprovechando la bonanza—: ¿Por qué no vamos un día a tu casa?

—Ni hablar —tono seco, tajante.

—¿Por qué, Sara?

—No te aceptan.

—Tía Leo te ha aceptado sin más.

—Si tu madre estuviera viva, no habría consentido que pusiera ni un pie en tu casa.

—En nuestra casa.

—En nuestra casa. Tía Leo, bien, seguro que no tardo en tomarle cariño. Pero eso no cuenta. Lo que cuenta es tu madre.

—Está muerta. ¡Hace diez años que murió!

Silencio hasta el Figueró. Por callar un poco menos, Adrià volvió a tensar la cuerda y dijo Sara.

—Qué.

—¿Qué te contaron de mí?

Silencio. Por la otra orilla del Congost, el tren marchaba en dirección a Ripoll. Estábamos a punto de despeñarnos por una conversación.

—¿Quién?

—En tu casa. Para que huyeras.

—Nada.

—¿Y qué se supone que escribí en la famosa carta?

Iban lentamente, chupando rueda detrás de un camión de Danone. Para adelantar, Adrià todavía tenía que pensarlo tres veces. El camión o la conversación. Renunció a adelantar e insistió: ¿eh, Sara? ¿Qué mentiras te contaron? ¿Qué te dijeron de mí?

—No vuelvas a hacerme esa pregunta.

—¿Por qué?

—No me la hagas.

Un tramo muy recto. Accionó el intermitente, pero no se atrevió a adelantar.

—Tengo derecho a saber qué…

—Y yo tengo derecho a olvidarlo.

—¿Se lo puedo preguntar a tu madre?

—Más vale que no vuelvas a verla en la vida.

—Caramba.

Que adelante otro. Adrià se veía incapaz de adelantar a un camión lento cargado de yogures, sobre todo porque se le empañaban los ojos y no tenían limpiaparabrisas.

—Lo siento, pero es mejor así. Para los dos.

—No insistiré, creo que no insistiré… Pero me gustaría saludar a tus padres. Y a tu hermano.

—Mi madre es como la tuya. No quiero obligarla, tiene muchas cicatrices ya.

Voilà: a la altura del Molí de Blancafort, el camión de yogures se desvió hacia la Garriga y Adrià tuvo la impresión de haberlo adelantado él solito. Sara prosiguió:

—Tú y yo, a lo nuestro. Si quieres que vivamos juntos, no puedes abrir esa cajita. Imagínate que es la de Pandora.

—Como en el cuento de Barba Azul: muchos jardines llenos de fruta, pero una sola habitación cerrada con llave y la prohibición de entrar en ella.

—Más o menos, sí. Como la manzana del árbol prohibido. ¿Serás capaz de aguantarlo?

—Sí, Sara —mentí por enésima vez. El caso era evitar que huyeras nuevamente.

En el despacho del departamento había tres mesas para cuatro profesores. Adrià no tenía mesa porque había renunciado a ella desde el primer día: le parecía imposible trabajar, si no era en su casa. Sólo tenía un sitio donde dejar la cartera y un armarito. Sin embargo, reconoció que le hacía falta una mesa y que se había precipitado en la renuncia. Por eso ocupaba la de Llopis cuando éste se hallaba ausente.

Entró dispuesto a todo. Pero Llopis estaba allí, corrigiendo unas galeradas o algo semejante. Y Laura alzó la cabeza. Adrià se quedó plantado. Nadie dijo nada. Llopis levantó la vista con prudencia, los miró,

dijo que se iba a tomar un café y desapareció prudentemente del campo de batalla. Me senté en la silla de mi colega, enfrente de Laura y su máquina de escribir.

—Tengo que explicarte una cosa.

—¿Tú dando explicaciones?

El tono sarcástico de Laura no auguraba una conversación cómoda.

—¿Quieres que hablemos?

—Hombre… Hace unos cuantos meses que no me contestas al teléfono, que evitas encontrarte conmigo aquí, que si te pillo por ahí me dices ahora no puedo, ahora no puedo…

Silencio por parte de los dos.

—No, si aún tendré que agradecerte el detalle de haberte presentado hoy —añadió en el mismo tono dolido.

Miradas indirectas, incómodas. De pronto, Laura apartó la Olivetti como si estorbara entre los dos y, dispuesta a todo, dijo:

—Hay otra tía, ¿no?

—No.

A ver: lo que no entiendo ni entenderé nunca es la incapacidad que tengo para agarrar al toro por los cuernos. Como mucho lo agarro por el rabo, y así me condeno a recibir una coz mortal de la bestia. No aprenderé: porque dije no, no, y no, hostias, Laura, que no hay ninguna tía… Soy yo, que, en fin, que prefiero no…

—Patético.

—No me insultes —dijo Adrià.

—Patético no es un insulto. —Se levantó un poco alterada—: Habla claro, hombre. ¡Di que no me quieres!

—No te quiero —dijo Adrià en el momento en que Parera abría la puerta y Laura rompía a llorar. Cuando dijo qué hijo de puta eres, qué hijo de puta eres, qué hijo de puta eres, Parera ya había cerrado la puerta y se quedaron solos otra vez.

—Me has utilizado de paño de lágrimas.

—Sí. Perdona.

—Vete a la mierda.

Adrià salió del despacho. En la barandilla del claustro, Parera hacía tiempo fumando un cigarrillo de la paz; quizá tomaba partido sin conocer los detalles. Él pasó por delante y no osó decir ni adiós ni al diablo.

En casa, Sara lo miró con extrañeza, como si la discusión y el disgusto se le hubiesen quedado pegados en la cara o en la ropa; pero no dijiste nada; estoy seguro de que lo captaste todo; pero tuviste la sensatez de no ponerlo sobre el tapete y cuando dijiste tengo que decirte una cosa, Adrià vio que se acercaba otra tormenta; pero en lugar de decirle con todas las letras que lo sabías todo, dijiste creo que tendríamos que cambiar de panadería: este pan parece chicle. ¿Qué opinas?

Hasta el día en que Sara recibió una llamada y estuvo hablando en voz baja por el teléfono del comedor y cuando asomé la nariz vi que lloraba silenciosamente, con la mano todavía encima del aparato después de haber colgado.

—¿Qué pasa? —Ninguna respuesta—. ¿Sara?

Ella lo miró, ausente. Apartó la mano del teléfono, como si quemase.

—Mi madre ha muerto.

Dios mío. No sé por qué, pero me acordé del día en que mi padre dijo en esta casa empieza a haber más tesoros de la cuenta y yo entendí que empezaba a haber más muertos de la cuenta. Ahora ya era adulto, pero no me entraba en la cabeza que la vida se hiciera a golpe de muertos.

—No sabía que…

Me miró entre lágrimas.

—No estaba enferma: ha sido de repente. Ma pauvre maman…

Me dio rabia. No sé cómo decirlo, Sara, pero me dio rabia que la gente se muriese a mi alrededor. Me dio rabia aunque, con el paso del tiempo, la cosa no ha mejorado mucho. Seguramente no acabo de aceptar la vida. Por eso me rebelé inútil y peligrosamente y te fui infiel. Como un ladrón, como el Señor, entré en el templo. Me quedé discretamente en un banco del fondo de la sinagoga. Y volví a ver a tu padre, a quien no había visto desde el día de la horrible conversación, cuando habías desaparecido sin dejar rastro y yo sólo podía agarrarme a la desesperación. Adrià también pudo contemplar

a placer el cogote a Max, que sacaba dos palmos a su hermana; poco más o menos, era tan alto como Bernat. Y Sara, prensada entre los dos hombres y otros familiares que nunca me presentarán porque no quieres, porque soy hijo de mi padre y la sangre de sus pecados se derramará sobre sus hijos y los hijos de sus hijos hasta la séptima generación. Me gustaría tener un hijo contigo, Sara, pensé. Sin condiciones, pensé. Pero todavía no me atreví a decírtelo. Cuando me dijiste es preferible que no vengas al entierro, Adrià comprendió la envergadura de la aversión que producía a los Epstein el recuerdo del señor Fèlix Ardèvol.

Entre tanto, la distancia con Laura se iba consolidando, aunque siempre he pensado pobre Laura, todo fue culpa mía. Y me tranquilicé un poco cuando, en pleno claustro, me dijo me voy a Uppsala a terminar la tesis. Y a lo mejor me quedo allí para siempre.

Zas. Su mirada azul sobre mí como una acusación.

—Te deseo mucha suerte, te la mereces.

—Desgraciado.

—Suerte, sinceramente, Laura.

Y pasé un año entero sin verla y sin pensar en ella, porque entre tanto se coló el dolor por la muerte de la señora Voltes-Epstein. No te imaginas cuánto siento tener que llamar señora Voltes-Epstein a tu madre. Y un día, unos meses después del funeral, quedé con el señor Voltes en un café cerca de la universidad. Eso no te lo conté nunca, querida. No me atreví. ¿Que por qué no lo hice? Porque no soy mi padre. Porque soy culpable de muchas cosas. Pero, aunque a veces me lo parezca, bajo ningún concepto soy culpable de ser hijo de mi padre.

No se estrecharon la mano. Se saludaron con un movimiento de cabeza o algo así. Se sentaron en silencio. Procuraban no mirarse a los ojos.

—Lamento muchísimo la muerte de su esposa.

El señor Voltes agradeció la condolencia con un gesto de asentimiento. Pidieron té y esperaron a que la camarera se alejase para poder continuar en silencio.

—¿Qué quieres? —dijo el señor Voltes al cabo de un largo rato.

—Que me acepten, supongo. Me gustaría asistir a la conmemoración del tío Haïm.

El señor Voltes lo miró con cara de incredulidad. Adrià no podía quitarse de la cabeza el día en que ella le dijo me voy a Cadaqués.

—Voy contigo.

—Imposible.

Decepción; otra vez, la barrera interpuesta.

—Pero mañana no es Iom Kippur, ni la Hanuká, ni el Bar Mitzvá de nadie.

—Es el aniversario de la muerte del tío Haïm.

—Ah.

Los Voltes-Epstein cumplían con los preceptos del sabbat en la sinagoga de la calle Porvenir, pero no eran religiosos. Y si celebraban el Roix Haixanà y el Sucot era para no olvidar que somos judíos en tierra de goyim. Y nunca dejaremos de serlo. Pero no por… Mi padre no es judío, me dijo Sara un día. Para el caso, como si lo fuera: se exilió en el treinta y nueve. Y no cree en nada; siempre dice que se limita a procurar no hacer daño.

El señor Voltes estaba sentado enfrente de Adrià, revolviendo el azúcar con la cucharilla. Miró a Adrià a los ojos y éste se vio obligado a reaccionar y dije señor Voltes, quiero a su hija de verdad. Y él dejó de revolver el azúcar y posó silenciosamente la cucharilla en el plato.

—¿Sara nunca te ha hablado de él?

—¿De su tío?

—Sí.

—Un poco.

—¿Qué, concretamente?

—Pues… que un nazi lo sacó de la cámara de gas para que le hiciese una revisión.

—Haïm se suicidó en mil novecientos cincuenta y tres y todavía nos preguntamos por qué, después de haberlo soportado todo, por qué, si se había salvado y volvía a estar con la familia…, con los supervivientes de la familia…, y para conmemorar ese por qué, queremos estar solos. Y Adrià, con la arrogancia que se experimenta cuando se es depositario de una

confidencia inesperada, respondió tal vez el tío Haïm se suicidó porque no podía soportar el haber sobrevivido; porque se sentía culpable de no haber muerto.

—Cuánto sabes. ¿Acaso te lo contó él? ¿Acaso lo conociste?

¿Por qué no aprendes a callarte a tiempo, hostia?

—Perdone. No quería ofenderlo.

El señor Voltes cogió la cucharilla y siguió revolviendo el té, seguramente para ayudarse a pensar. Cuando Adrià empezaba a dar la entrevista por concluida, el señor Voltes siguió hablando en un tono monótono, como si recitase una oración, como si lo que decía formara parte de la ceremonia de conmemoración del día de la muerte del tío:

—Haïm era un hombre culto, un médico de renombre que, al volver de Auschwitz cuando acabó la guerra, no quería mirarnos a los ojos. Y vino a casa porque éramos su única familia. Era soltero. Su hermano, el abuelo de Sara, había muerto en un tren de carga en mil novecientos cuarenta y tres. Un tren que organizaron los franceses en Vichy, en colaboración con la limpieza étnica del mundo. Su hermano. Y su cuñada no pudo soportar la vergüenza y murió en la cárcel de Drancy antes de iniciar el viaje. Y mucho después, él volvió a París, a reunirse con los únicos familiares que le quedaban, su sobrina. No quiso volver a ejercer la medicina. Y cuando nos casamos, lo obligamos a venir con nosotros. Cuando Sara tenía tres añitos, Haïm dijo a Rachel que bajaba a tomar un pastís en el Auberge, cogió a Sara en brazos, le dio un beso, dio otro a Max, que llegó del parvulario en ese momento, se caló la gorra y salió de casa silbando el andante de la séptima de Beethoven. Media hora después supimos que se había tirado al Sena desde el Pont Neuf.

—Lo siento mucho, señor Voltes.

—Y lo conmemoramos. Conmemoramos a todos nuestros muertos de la Shoá. Y lo hacemos ese día porque es la única fecha que conocemos de la muerte de los catorce familiares próximos de cuya despiadada eliminación en nombre de un mundo nuevo tenemos constancia cierta.

El señor Voltes tomó un sorbo de té y fijó la mirada al frente, en Adrià, pero sin verlo; tal vez sólo viera el recuerdo del tío Haïm.

Guardaron un silencio muy largo, hasta que el señor Voltes se levantó.

—Tengo que irme.

—Como prefiera. Gracias por la cita.

Había aparcado justo enfrente del café. Abrió la portezuela del coche, y tras unos segundo de vacilación me dijo:

—Puedo dejarte donde quieras.

—No, si yo…

—Sube.

Era una orden. Subió. Dieron vueltas sin rumbo entre el denso tráfico del Ensanche. Apretó un botón y empezó a sonar suavemente una sonata para violín y piano de Enescu. No sé si era la segunda o la tercera. Y de repente, detenidos en un semáforo en rojo, reanudó un relato que seguramente no había interrumpido en su fuero interno.

—Después de salvarse de las duchas por ser médico, estuvo dos días en el barracón veintiséis, en el que dormían sesenta personas silenciosas y delgadas, de mirada perdida, que en cuanto partían hacia el trabajo, lo dejaban solo con un kapo rumano; éste lo miraba recelosamente desde lejos, como preguntándose qué debía hacer con el nuevo, que tan sano parecía todavía. El tercer día, un Hauptsturmbannführer que iba visiblemente bebido le resolvió el problema, porque se asomó al barracón y vio al doctor Epstein sentado en su litera, procurando hacerse transparente.

—¿Qué hace aquí?

—Órdenes del Sturmbannführer Barber.

—¡Tú!

Tú era él. Se volvió lentamente y miró al oficial a los ojos.

—¡Ponte firmes cuando te hablo!

Tú se puso firmes porque un Hauptsturmbannführer se dirigía a él.

—De acuerdo. Me lo quedo.

—Pero señor —dijo el kapo, rojo como un pimiento—. El Sturmbannführer Barber…

—Dile que me lo he quedado.

—¡Pero señor!…

—Que le den por el culo al Sturmbannführer Barber. ¿Me has entendido ahora?

—Sí, señor.

—¡Eh, tú! Ven aquí, vamos a divertirnos.

La diversión era muy buena, buenísima. Muy intensa. Se enteró de que era domingo cuando el oficial le dijo que tenía a unos amigos en casa y lo llevó a las casas de los oficiales; entonces lo metieron en una bodega o algo así y de pronto lo miraron ocho o diez pares de ojos asustados, y preguntó ¿qué coño pasa?, pero nadie lo entendió, porque, como supo enseguida, se trataba de mujeres húngaras, pero él sólo sabía decir köszönöm; ninguna le sonrió. Súbitamente se abrió la puerta del sótano, aunque no debía de ser subterráneo, porque estaba al nivel de un patio largo y estrecho, y un Unterscharführer de nariz roja le rugió a un palmo del oído ¡Tú! Y dijo cuando diga ya, echáis a correr hasta la pared del fondo. ¡Maricón el último! ¡¡Ya!!

Las ocho o diez mujeres y Tú empezaron a correr como gladiadores en el circo. Detrás se oían risas entusiasmadas. Las mujeres y Tú llegaron a la pared del fondo. Sólo una abuela no la había alcanzado todavía. Entonces sonó una trompeta o algo así y se oyeron disparos. La abuela húngara cayó al suelo con media docena de balas en el cuerpo, castigada por haber llegado la última, pobre anyóka, pobre öreganyó; hala, por no haber llegado ni al final, para que aprenda la muy piojosa. Horrorizado, Tú se volvió. Desde una galería elevada, tres oficiales cargaban los fusiles, y el cuarto, también armado, esperaba a que una mujer visiblemente borracha le encendiese el puro. Tras una discusión acalorada, uno de los hombres dio secamente una orden al suboficial de la nariz roja, quien se encargó de impartirla a voz en grito: el trabajo no había terminado y el grupo debía volver al refugio lentamente; entonces las nueve mujeres húngaras y Tú, gimoteando, dieron media vuelta y volvieron; procuraron no pisar el cadáver de la abuela y vieron con horror que un oficial los apuntaba con el arma a medida que se acercaban al sótano; ya esperaban el tiro cuando otro oficial, al percatarse de las intenciones del que apuntaba, le propinó un manotazo en el momento en que disparaba a una chica muy delgada, y el tiro, desviado, pasó a medio palmo de la cabeza de Tú.

—Y ahora, a correr otra vez hasta la pared. —A Haïm, empujándolo —: ¡Tú, ponte aquí, cojones!

Miró a su equipo de liebres con algo semejante al orgullo solidario y gritó:

—El desgraciado que no corra en zigzag, no llegará. ¡¡Ahora!!

Estaban tan borrachos que sólo pudieron cargarse a tres mujeres. Tú llegó al otro lado, vivo y culpable de no haber protegido con su cuerpo a ninguna de las tres mujeres que yacían en mitad del camino. Una de las abatidas no murió y el doctor Tú vio enseguida que le había seccionado la yugular una bala y que se desangraba por la herida; como para darle la razón, la mujer se quedó inmóvil mientras crecía el charco de sangre que le servía de cama. Mea culpa.

Y me contó otras muchas cosas, pero no he tenido el valor de decírselas a Rachel ni a mis hijos. No pudo resistirlo más y entonces, dando grandes voces, dijo a los nazis que eran unos miserables; el que estaba más sereno se echó a reír y apuntó a la más joven de las supervivientes diciendo o te callas de una puta vez o empiezo a cargármelas de una en una. Tú se calló. Y cuando volvían al sótano, uno de los cazadores vomitó y un colega le dijo ¿lo ves?, ¿lo ves? Eso te pasa por mezclar tantos licores dulces, zopenco. Y al parecer, interrumpieron la sesión recreativa, el sótano quedó a oscuras y sólo los gemidos de horror les hacían compañía. Fuera, un intercambio de voces enojadas y órdenes nerviosas que Tú no podía entender. Y resulta que al día siguiente empezaron a evacuar el campo, porque los rusos se acercaban a mayor velocidad de la prevista y, con la precipitación, nadie pensó en las seis o siete liebres del sótano. Viva el ejército rojo, dijo Tú en ruso, cuando comprendió la situación; y una de las mujeres lo entendió y se lo comunicó a las otras liebres. Y cesaron los gemidos para dar paso a la esperanza. Y así salvó la vida Tú. Pero a menudo pienso que salvar la vida fue un castigo peor que la muerte. ¿Me entiendes, Ardèvol? Por eso soy judío, aunque no lo sea de nacimiento, que yo sepa, pero sí de voluntad, como lo son muchos catalanes que nos sentimos esclavos en nuestra tierra y sabemos lo que es la diáspora por el mero hecho de ser catalanes. Y desde aquel día supe que también yo soy judío, Sara. Judío de cabeza, de pueblo, de historia. Judío sin Dios y con

ganas de vivir procurando no hacer daño, como el señor Voltes, ya que vivir procurando hacer el bien es pretencioso, en mi opinión. Tampoco lo conseguí.

—Prefiero que no cuentes nada de esta conversación a mi hija —fueron las últimas palabras del señor Voltes cuando bajé del coche. Y por eso hasta hoy, que lo escribo, no te había dicho nada, Sara. Te fui infiel también con ese secreto. Pero lamento mucho no haber podido ver vivo otra vez al señor Voltes.

Si no yerro, más o menos por esa época te compraste el porrón.

Y sólo hacía un par de meses que vivíamos juntos, cuando me telefoneó Morral y me dijo tengo el original de *El coronel no tiene quien le escriba*.

—No.

—Sí.

—¿Garantizado?

—Señor Ardèvol, no me insulte.

Y dije con voz normal, nada alterada, salgo un momento, Sara. Y desde el fondo de su estudio surgió la voz de Sara como del cuento de la rana risueña: ¿dónde vas?

—Al Ateneu. (Juro que me salió solo.)

—¡Ah! (Ella qué sabía, poveretta.)

—Sí, vuelvo enseguida. (Maestro dell‘inganno.)

—Hoy te toca hacer la cena. (Innocente e angelica.)

—Sí, sí, tranquila. Vuelvo enseguida. (Traditore.)

—¿Te pasa algo? (Compassionevole.)

—No, qué me va a pasar. (Bugiardo, menzognero, impostore.)

Adrià salió por piernas sin darse cuenta de que cerraba la puerta con demasiada fuerza, como su padre, hacía muchos años, cuando fue al encuentro con la muerte.

En el pisito de operaciones de Morral pude examinar el manuscrito: espléndido, extraordinario. La última parte estaba escrita a máquina, pero Morral me aseguró que eso era frecuente en los manuscritos de García

Márquez. Qué delicia.

—¿Cuánto?

—Tanto.

—¡Anda ya!

—Como quiera.

—Tanto.

—No me haga reír. Además, para serle franco, doctor Ardèvol, me ha llegado digamos que con un poco de riesgo, por decirlo de alguna manera, y el riesgo se paga.

—¿Porque es robado? ¿Es por eso?

—Qué palabras usa… Le aseguro que estos papeles no han dejado ningún rastro.

—En tal caso, tanto.

—No: cuanto.

—De acuerdo.

Esa clase de operaciones no se pagan nunca con talón. Tuve que esperar, impaciente, al otro día; por la noche soñé que el propio García Márquez venía a casa a recriminarme el robo, yo me hacía el sueco y él me perseguía por el piso con un cuchillo descomunal y yo…

—¿Qué te pasa? —dijo Sara, encendiendo la luz.

Eran más de las cuatro de la madrugada y Adrià se había incorporado en la cama de sus padres, que ahora era la nuestra. Jadeaba como si hubiera corrido mucho.

—Nada, nada… Un sueño.

—Cuéntamelo.

—No me acuerdo.

Me tumbé otra vez. Esperé a que apagase la luz y dije es que García Márquez me perseguía por la casa y quería matarme con un cuchillo enorme.

Silencio. No: un débil temblor de la cama. Hasta que estalló una carcajada explosiva de Sara. Después noté que me despeinaba cariñosamente la calva como nunca lo había hecho mi madre, mientras que yo, sucio y pecador, la engañaba.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, en silencio, todavía adormilados…, hasta que Sara volvió a reírse explosivamente.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Que hasta los monstruos de tus pesadillas son de categoría intelectual.

—Pues te aseguro que me asusté. ¡Ah! Hoy tengo que ir a la universidad. (Impostore.)

—Pero si es martes. (Angelica.)

—Ya lo sé, ya… Pero no sé qué quiere Parera y me ha pedido que…, puf… (Spregevole.)

—Paciencia, hombre. (Innocente.)

Un mentira tras otra. Fui a la Caixa, retiré tanto y me encaminé a casa de Morral con la premonición angustiosa de que la noche anterior se habría incendiado, que el hombre habría cambiado de parecer, que habría encontrado a un postor más generoso… o que lo habrían detenido.

No. El coronel me esperaba pacientemente. Lo cogí con ternura. Ya era mío, no sufriría más. Mío.

—Señor Morral.

—Diga.

—¿Y el manuscrito completo de Nietzsche?

—Ajá.

—Dígame lo que vale.

—Para fantasmadas no muevo ni un dedo, y no se lo tome a mal.

—Quiero comprarlo, si puedo.

—Llámeme dentro de diez días y se lo digo, si es que no lo han vendido ya.

—¿Cómo dice?

—¡Ahí va! ¿Se cree que no hay nadie más en el mundo?

—Es que lo quiero.

—Diez días.

En casa no te pude enseñar el tesoro. Era mi faceta clandestina, para compensar tus secretos. Escondí el pliego del manuscrito en el fondo de un cajón. Quería comprar una carpeta para colocar las hojas de manera que se vieran ambos lados, toda la obra. Pero tenía que hacerlo a escondidas. Para colmo, Águila Negra.

—A ver, ¿qué quieres?

—Acabas de traspasar el río prohibido.

—¿Qué dices?

—Gastas y gastarás en quincalla a espaldas de tu squaw.

—Es como si la engañaras con otra —se sumó Carson—. Esto no funciona ni a tiros.

—No puedo hacerlo de otra manera.

—Estamos a punto de romper relaciones con el amigo blanco que nos ha acogido toda la vida.

—O a punto de chivarnos a Sara.

—Ni se os ocurra: os tiro por el balcón.

—El bravo guerrero no teme las amenazas del rostro pálido mentiroso y cobarde. Además, no tendrías valor para hacerlo.

—Lo mismo digo —terció Carson de nuevo—. Los enfermos no calculan las cosas. Están atrapados en el vicio.

—Os juro que la obra entera de Nietzsche será la última adquisición.

—A otro perro con ese hueso —Carson.

—Me pregunto por qué se lo ocultas a tu squaw —Águila Negra—. Lo compras con oro tuyo. No has expoliado a un judío como hacía el cruel hombre blanco de los palos que escupen fuego, ni es robado.

—Lo es, más o menos, querido colega —lo corrigió Carson.

—Pero la squaw del rostro pálido no tiene por qué saberlo.

Los dejé discutiendo la estrategia; no tuve el valor de decirles que me faltaba coraje para plantarme ante Sara y decirle esto es más fuerte que yo. Quiero poseer las cosas que me llaman la atención. Las quiero y mataría por tenerlas.

—¿Sic? —Carson.

—No. Pero casi. —A Sara—: Creo que no me encuentro bien.

—Pobrecito Adrià, vete a la cama; voy a ponerte el termómetro. (Compassionevole e inocente.)

Fueron dos días de fiebre alta, y al final llegué a un pacto conmigo mismo (pacto que Carson y Águila Negra se negaron a firmar) según el cual, y por el bien de nuestra relación, me permitía: callar detalles de la historia concreta del Vial, que sólo conocía fragmentariamente; hablar del origen turbio de algunos objetos de la casa, pues sospechaba que provenían de la depredación cruel; confesar que, al vender la tienda, cobré dinero por muchos pecados de mi padre…, cosa que supongo que ya te habías imaginado. Me faltó valor para decirte te mentí el día que viniste de París con una flor amarilla en la mano y me dijiste que te apetecería mucho un café.

37

—El estilo me recuerda a Hemingway —sentenció Mireia Gràcia.

Bernat agachó la cabeza, humildemente reconfortado por el comentario. Dejó de pensar un momento en su escasa capacidad de convocatoria, que había reunido a tres personas en Pols de Llibres.

—Te recomiendo que no organices una presentación —le había dicho Bauçà.

—¿Por qué?

—Hay saturación de actos: no vendrá nadie.

—Eso lo dirás tú. ¿Es que divides a tus autores en categorías?

Bauçà prefirió omitir la respuesta que le habría apetecido disparar y dijo, en un tono fatigado que no pudo disimular:

—No se hable más. Dime una fecha y quién quieres que lo presente. —Y ante la sonrisa de Bernat—: Pero si no viene nadie, no me eches la culpa.

En la invitación decía Heribert Bauçà y el autor le invitan a la presentación de *Plasma*, el último libro de narraciones de Bernat Plensa, en la librería Pols de Llibres; abre el acto la profesora Mireia Gràcia e intervienen el autor y el editor. Se servirá cava.

Adrià dejó la invitación en la mesa y por unos momentos se imaginó lo que podría decir Mireia Gràcia sobre el libro. ¿Que era flojo? ¿Que Plensa todavía no había alcanzado el poder de comunicar emociones? ¿Que era un desperdicio de papel y de los árboles que se habían empleado?

—Esta vez no me llevaré un disgusto —le dijo Bernat, cuando le propuso que le presentase el libro.

—¿Y cómo sé que lo dices en serio?

—Porque te gustará. Y si no te gusta, me he hecho mayor: pronto cumpliré cuarenta y empiezo a entender que no tengo que enfadarme contigo por cosas de éstas. ¿De acuerdo? ¿Me presentas el libro? Será el mes que viene en Pols de Llibres. Es una librería emblemática y…

—No, Bernat.

—Hombre, primero léelo, ¿no? —Ofendido, atónito, embelesado.

—Tengo mucho trabajo. Claro que lo leeré, pero no sé cuándo. No me hagas esto, hombre.

Bernat se quedó boquiabierto, incapaz de entender lo que le decía su amigo y entonces dije bien, de acuerdo, lo leo ahora. Y si no me gusta te lo digo y, por supuesto, no lo presento.

—Así hablan los amigos. Gracias. Te gustará. —Lo señaló con el dedo extendido, como Harry el sucio—: Y desearás presentarlo.

Bernat estaba convencido de que esa vez sí, esa vez diría Bernat, me has sorprendido: veo la fuerza de Hemingway, el talento de Borges, el arte de Rulfo y la ironía de Calders, y Bernat fue la persona más feliz del mundo hasta que, tres días después, lo llamé y le dije estamos como siempre, no me creo los personajes y me da lo mismo lo que les pueda pasar.

—¿Qué has dicho?

—La literatura no es un juego. O si sólo es un juego, no me interesa. ¿Me entiendes?

—¿Y no salvas nada? ¿Ni el último cuento?

—Es el mejor. Pero en el país de los ciegos…

—Eres cruel. Te gusta machacarme.

—Me dijiste que habías cumplido cuarenta años y que no te enfadarías si…

—¡Todavía no los he cumplido! Y me lo dices de una manera tan desagradable, que…

—No sé hacerlo de otra.

—Y no sabes decir no me gusta y punto.

—Antes sí, pero te falla la memoria histórica. Si digo no me gusta y punto, entonces dices tú: ¿y punto? ¿Y ya está? Y entonces tengo que justificarlo procurando no engañarte, porque no quiero perderte, y te digo

no tienes talento para crear personajes: no son más que nombres. Todos hablan igual; todos tienen pocas ganas de llamarme la atención. Ninguno de estos personajes es necesario.

—¿Qué coño significa no es necesario? Sin Biel no existiría el cuento *Ratas*.

—No quieres entenderme. Lo que no es necesario es el cuento. No me ha transformado; no me ha enriquecido, no me ha ¡nada!

Y ahora la estúpida de Mireia decía Plensa tiene la fuerza de Hemingway, y Adrià, antes de oírla compararlo con Borges y Calders, se escondió detrás de un expositor. No quería que Bernat lo viese allí, en una librería fría, con diecisiete sillas plegables vacías y tres ocupadas, una de ellas, por un hombre que tenía cara de haberse equivocado de acto.

Qué cobarde eres, pensó. Y también pensó que, así como le gustaba mirar el mundo y las ideas históricamente, si estudiase la evolución de su amistad con Bernat, llegaría indefectiblemente al punto imposible en el que se encontraba: Bernat hallaría la felicidad si concentrase en el violín la capacidad de ser feliz. Salió sigilosamente de la librería y dio la vuelta a la manzana pensando en lo que debía hacer. ¿Por qué no había ido Tecla? ¿Ni su hijo?

—¿Por qué hostias no vas a ir? ¡Es un libro mío!

Tecla se acabó el tazón de leche y esperó a que Llorenç volviera a su habitación a buscar la mochila del colegio. En voz más baja:

—Si tuviera que ir a todos tus conciertos y a todas tus presentaciones…

—Como si organizase una a la semana. Hacía seis años que no presentaba un libro.

Silencio.

—No te interesa mi carrera.

—Cada cosa en su lugar.

—No quieres venir.

—No puedo.

—No me quieres.

—No eres el centro del mundo.

—Ya lo sé.

—No lo sabes. No te das cuenta. Siempre estás pidiendo, exigiendo.

—No sé a qué viene eso.

—Crees que todo el mundo está a tu servicio, siempre; que en esta casa el único que importa eres tú.

—Hombre…

Ella lo miró, desafiante. Él iba a decir claro que soy la persona más importante de la familia; pero un sexto o séptimo sentido le aconsejó contención… a tiempo. Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué ibas a decir? Dilo, dilo —lo animó Tecla.

Bernat cerró la boca. Ella, mirándolo a los ojos, dijo los demás también tenemos vida: das por supuesto que siempre podemos ir donde tú digas y además tenemos que leer lo que escribes con la obligación de que nos guste. Mejor dicho, con la obligación de que nos entusiasme.

—¡Qué exagerada eres!

—¿Por qué has dicho a Llorenç que quieres que lo lea en diez días?

—¿Es malo pedir a un hijo que lea un libro?

—¡Que tiene nueve años, por el amor de Dios!

—¿Y qué?

—¿Sabes lo que me dijo anoche?

El niño, en la cama, encendió la luz de la mesilla de noche en el momento en que su madre salía de puntillas de la habitación.

—Mamá.

—Creía que estabas dormido.

—No.

—¿Qué te pasa?

Tecla se sentó en el borde de la cama. Llorenç abrió el cajón de la mesita y sacó un libro. Ella lo reconoció.

—He empezado a leerlo pero no entiendo nada.

—No es para niños. ¿Por qué lo lees?

—Mi padre me ha dicho que tengo que acabarlo antes del domingo porque es un libro corto.

Ella cogió el libro.

—No le hagas caso.

Lo abrió y lo hojeó distraídamente.

—Me preguntará.

Se lo devolvió:

—Guárdalo. Pero no hace falta que lo leas.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y si me pregunta?

—Le diré que no te pregunte nada.

—¿Por qué no puedo hacer preguntas a mi hijo, si se puede saber? —indignado, golpeando con la taza en el plato—. ¿Ahora ya no soy su padre?

—Tienes un ego que no puedes con él.

Llorenç se asomó a la cocina con el anorak puesto y la mochila a la espalda.

—Ahora va tu padre, hijo; puedes ir bajando.

Bernat se levantó, tiró la servilleta en la mesa y salió de la cocina.

Adrià dio la vuelta a la manzana y llegó de nuevo a la librería, pero todavía no sabía lo que debía hacer. En ese momento apagaron una luz del escaparate. Reaccionó a tiempo: se alejó unos metros. Mireia Gràcia salió a toda prisa y, aunque pasó por delante de él, no se dio cuenta porque estaba mirando la hora. En el momento en que salían Bauçà, Bernat y dos o tres personas más, apareció él andando a toda prisa, como si llegara muy tarde.

—¡Ay!… ¡¡No me digas que ya habéis acabado!! —cara y tono de decepción.

—Hola, Ardèvol.

Adrià saludó a Bauçà con un gesto de la mano. Las otras personas se marcharon, cada cual por su lado. Entonces Bauçà dijo que se iba.

—¿No quieres venir a cenar? —Bernat.

Bauçà dijo que no, tú, que llegaba tarde a una cena, y dejó a los dos amigos solos.

—¿Qué? ¿Qué tal ha estado?

—Bien. Bastante bien. Mireia Gràcia ha sido muy contundente. Muy… bien, oye. Y había bastante gente. Bien. ¿No?

—Lo celebro. Me habría gustado asistir pero…

—Tranquilo, tío… Me han hecho preguntas y todo.

—¿Y Tecla?

Echaron a andar en un silencio que lo decía todo. Cuando llegaron a la esquina, Bernat se paró en seco y miró a Adrià a los ojos:

—Me parece que escribo contra el mundo: contra ti, contra Tecla, contra mi hijo, contra mi editor.

—¿A qué viene eso?

—A nadie le importa una mierda lo que escribo.

—Vaya, pero si me acabas de decir que…

—Y ahora te digo que a nadie le importa una mierda lo que escribo.

—¿Te importa a ti?

Bernat lo miró con desconfianza. ¿Le tomaba el pelo?

—Me va la vida.

—No creo. Pones demasiados filtros.

—Me gustaría entenderte algún día.

—Si escribieras como tocas el violín, serías grande.

—Menuda estupidez acabas de decir. Con el violín me aburro.

—No quieres ser feliz.

—No es obligatorio, según me dijiste un día.

—De acuerdo. Pero si yo tocara como tú… haría…

—Nada, no harías una mierda.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a discutir con Tecla?

—No ha querido venir.

Eso ya era más delicado. ¿Qué digo yo ahora?

—¿Quieres venir a casa?

—¿Por qué no vamos a cenar?

—Es que…

—Sara te espera.

—Bueno, le había dicho que… Sí, me espera.

Así es la relación con Bernat Plensa: somos amigos desde hace casi treinta años. Me envidia desde hace casi treinta años porque no me conoce de verdad; yo admiro cómo toca el violín desde hace treinta años. Y de vez en cuando tenemos una bronca monumental, como si fuéramos amantes desesperados. Lo aprecio y no puedo dejar de decirle que escribe mal, sin gracia. Y desde lo primero que me dio a leer, ha publicado varios libros de narraciones muy malos. Y a pesar de su capacidad intelectual, no acepta

que si no le gustan a nadie, tal vez no sea porque todo el mundo se equivoca siempre, sino porque sus cuentos no tienen ningún interés. Ninguno. Siempre estamos igual. Y su mujer… No estoy seguro, pero me imagino que vivir con Bernat debe de ser difícil. Es asistente de concertino en la Orquesta Ciudad de Barcelona y toca música de cámara con un grupo de colegas. ¿Qué más quiere?, diríamos la mayoría de los mortales. Pero él, no. Seguramente, como todos los mortales, no ve la felicidad que tiene a mano porque lo deslumbra la inalcanzable. Bernat es demasiado humano. Y hoy no he podido ir a cenar con él porque Sara está triste.

Bernat Plensa i Punsoda, un músico muy bueno que se empeña en buscar la infelicidad en la literatura. Contra eso no hay vacuna que valga. Y Alí Bahr miraba a unos niños que jugaban protegidos del sol, al amparo de una tapia que separaba el huerto del Asno Blanco del camino que conducía desde al-Hisw hasta el lejano Bi'r Durb. Alí Bahr acababa de cumplir veinte años y no sabía que una de las niñas que jugaban, la que chilló en ese momento porque la perseguía un mocoso que tenía las rodillas despellejadas, era Amani, a quien, pocos años después, todos llamarían la bella Amani, incluso en el llano. Fustigó al burro porque tenía que llegar a casa en un par de horas. Para desahogar el exceso de energía, cogió una piedra del camino, ni muy grande ni muy chica, y la lanzó con fuerza, con furia, hacia delante, como indicando el camino al asno.

La trayectoria de *Plasma*, de Bernat Plensa, se puede resumir en: sin repercusión, sin reseñas, sin críticas, sin ventas. Afortunadamente, ni Bauçà ni Adrià ni Tecla le dijeron lo ves, te lo dije. Y cuando se lo conté a Sara, me dijo qué cobarde eres: tenías que estar allí, entre el público. Y yo: es que era humillante. Y ella: no, lo habría reconfortado mucho la presencia de su amigo. Y la vida continuó:

—Se han confabulado contra mí. Me hacen el vacío, quieren que deje de existir.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—Un día me los presentas, ¿de acuerdo?

—Hablo en serio.

—Bernat, nadie te tiene manía.

—No, seguramente no saben ni que existo.

—Díselo a los que te aplauden después de un concierto.

—No es lo mismo; lo hemos hablado mil veces.

Sara escuchaba en silencio. De pronto, Bernat la miró, y en un tono ligerísimamente acusatorio le preguntó ¿y a ti qué te ha parecido el libro?, que es la pregunta, la única pregunta que, en mi opinión, no puede hacer impunemente el autor, porque corre el riesgo de que alguien responda.

Sara sonrió con buenos modales y Bernat levantó las cejas dando a entender que, a pesar de la imprudencia, la pregunta seguía en el aire.

—Es que no lo he leído —respondió Sara, sosteniéndole la mirada, y acto seguido añadió una concesión inusitada—: todavía.

Bernat se quedó con la boca abierta por lo inesperado de la respuesta. No aprenderás nunca, Bernat, pensó Adrià. Y entonces comprendió que su amigo no tenía remedio y que toda la vida se empeñaría en tropezar con esa misma piedra tantas veces como hiciera falta. Entre tanto, sin fijarse en lo que hacía, Bernat consumió media copa de un Ribera del Duero extraordinario.

—Os juro que dejo de escribir —proclamó, y dejó la copa a un lado; estoy convencido de que lo hizo con intención de provocar remordimientos a Sara, por desidiosa.

—Vuélcate en la música —dijiste tú con esa sonrisa que todavía me enamora—: saldrás ganando.

Y echaste un trago del porrón. Ribera del Duero en porrón. Bernat te miró boquiabierto, pero no dijo nada. Estaba muy abatido. Seguro que no se echó a llorar porque estaba Adrià. Ante una mujer, aunque beba el vino bueno en porrón, se puede llorar más fácilmente, pero ante un hombre, no suele apetecer. En cambio, esa misma noche tuvo la primera gran bronca con Tecla: Llorenç, en la cama y con los ojos como platos, fue testigo de los arrebatos de su padre y tuvo la sensación de ser el niño más desgraciado del mundo.

—¡No pido tanto, narices! —reflexionaba Bernat—. Sólo que te dignes leer lo que escribo, con eso me basta. —Levantando la voz más de lo debido—: ¿Es mucho pedir? ¿Eh? ¿Eh?

Entonces llegó el ataque por la espalda. Llorenç, hecho una furia, descalzo, en pijama, entró en el comedor y se abalanzó sobre su padre en el momento en que éste decía no me acompañáis nada en mi aventura artística. Tecla miraba la pared como si viese desfilar su propia carrera pianística, truncada por el embarazo, y estaba verdaderamente ofendida, ¿te enteras? Ofendidísima, como si nuestra única obligación en la vida fuera adorarte. Y entonces, el ataque por la espalda: Llorenç descargó un par de puñetazos a su padre en la espalda, como si fuese un punching-ball.

—¡Ostras, niño! ¡Para de una vez!

—No riñas a mi madre.

—Vete a dormir —le ordenó Tecla, acompañando la orden con un movimiento de cabeza que, según ella, era de complicidad—. Ahora voy yo.

Llorenç descargó un par de golpes más. Bernat abría los ojos y pensaba todo el mundo está en mi contra; nadie quiere que escriba.

—No te equivoques —le dijo Adrià, cuando se lo contó. Bernat llevaba el violín e iban los dos por Lauria, uno, camino del ensayo; el otro, en dirección a la clase de historia de las ideas dos.

—¿En qué me equivoco? ¡No puedo quejarme ni con mi hijo!

Sara querida: estoy hablando de hace muchos años, de la época en que llenabas mi vida. Todos hemos envejecido y tú me has dejado solo por segunda vez. Si me oyeras, estoy seguro de que moverías la cabeza con preocupación al saber que Bernat sigue igual, escribiendo cosas sin interés. A veces me indigna que un músico con la capacidad que tiene él para sacar un sonido tan bueno a su instrumento y para crear ambientes densos, no pueda, ya que no escribir como un genio, darse cuenta al menos de que sus personajes y sus relatos nos importan un pimiento. Entre nosotros, resumiendo, lo que escribe Bernat sigue sin tener repercusión de ninguna clase, ni reseñas, ni críticas, ni ventas. Y no hablemos más así de Bernat, que me amargo y tengo preocupaciones más acuciantes, antes de que llegue la hora.

Más o menos en esa misma época… Me parece que lo he dicho hace poco. ¿Qué importancia tiene la exactitud cronológica, con lo desordenado que he sido hasta ahora? El caso es que Lola Xica empezó a refunfuñar y a quejarse de que Saga me lo mancha todo de tinta china, de carboncillo y de colores.

—Se llama Sara.

—Ella dice Saga.

—Pues se llama Sara. Además, el carboncillo y demás bártulos los tiene en el estudio.

—Fíate de la Virgen y no corras. El otro día se puso a copiar el cuadro del comedor; ya me dirá usted qué gracia tiene pintar cosas sin color. Y claro, me dejó los trapos…, ¡me costó Dios y ayuda dejarlos limpios!

—Lola Xica.

—Caterina. Y las toallas del cuarto de baño. Como siempre va con las manos negras… Debe de ser una costumbre de los gabachos.

—Caterina.

—Qué.

—A los artistas hay que darles libertad, mujer.

—Sí, se les ofrece la mano… —dijo; pero la interrumpí antes de que dijese y se toman el brazo.

—Sara es la señora de la casa y aquí manda ella.

Sé que la declaración la ofendió. Pero no impedí que saliera del despacho en silencio, con su indignación, y me dejase a solas con las intuiciones que un día comenzarían a arrojar alguna luz sobre el tartamudeo que daría lugar a *La voluntat estètica*, el ensayo más gratificante de los que he escrito.

—¿Tú has dibujado el urgell del comedor?

—Sí.

—¿Me lo enseñas?

—Es que no…

—Enséñamelo, anda.

Vacilaste pero al final cediste. Todavía te veo abriendo, un poco nerviosa, la carpeta inmensa en la que guardabas tus vacilaciones, la que llevabas siempre a todas partes. Pusiste la lámina en la mesa. El sol no se escondía por el lado de Trespui, pero la espadaña triple del monasterio de Santa Maria de Gerri parecía viva sólo con el trazo de carboncillo de Sara. Supiste adivinar las arrugas de la vejez y de los años con todas sus cicatrices. Dibujabas tan bien, querida, que plasmaste siglos de historia en blanco, negro y mil grises difuminados por tus dedos. El paisaje, la iglesia, y el comienzo de la ribera de la Noguera. Lo reflejaste todo con un encanto tal que no eché de menos los colores oscuros, tristes y mágicos de Modest Urgell.

—¿Te gusta?

—Muuucho.

—¿Muuucho?

—Muuuchísimo.

—Te lo regalo —dijo ella, satisfecha.

—¿De verdad?

—Te pasas tantas horas mirando el urgell…

—¿Yo? ¿Qué dices?

—No lo niegues.

—No sé… No me doy cuenta.

—Es un homenaje a tus horas de observación. ¿Qué buscas en ese cuadro?

—En realidad no lo sé. Lo hago por inercia. Me gusta.

—No te pregunto qué encuentras, sino qué buscas.

—Pienso en el monasterio de Santa Maria de Gerri. Pero sobre todo, pienso en el pequeño monasterio de Sant Pere del Burgal, que está cerca, aunque nunca he ido a verlo. ¿Te acuerdas del pergamino que te enseñé, el del abad Deligat? Era el acta de la fundación de ese monasterio y, como es tan antiguo, cuando lo toco, me emociona la larga historia que simboliza. Entonces pienso en los monjes que lo recorrerían a lo largo de los siglos, en los siglos de rezos a Dios, que no existe, en las salinas de Gerri, en los

encumbrados misterios del Burgal. Y en los campesinos que morirían de hambre y de enfermedades, en los días que van pasando lentos, pero implacables, y en los meses y los años…, y me emociono.

—Nunca te había oído hablar tanto rato seguido.

—Te quiero.

—¿Qué más buscas en el cuadro?

—No sé; de verdad que no lo sé. Es difícil describirlo.

—Entonces, ¿qué es lo que encuentras?

—Sucesos raros, gente desconocida, ganas de vivir y de ver.

—¿Por qué no vamos a verlo al natural?

Fuimos a Gerri de la Sal en el seiscientos, que dijo basta en el puerto de Comiols. Un mecánico muy locuaz de Isona nos cambió no sé qué pieza de la culata de no recuerdo qué otra pieza y nos aconsejó que comprásemos otro coche en cuanto pudiéramos, para evitarnos disgustos. Perdimos un día con esas minucias de la vida y llegamos a Gerri de noche. Por la mañana, desde la fonda, vi el cuadro de Urgell al natural y casi me ahogo de emoción. Nos pasamos el día mirándolo, fotografiándolo, dibujándolo y viendo entrar y salir de las salinas fantasmas de monjes, campesinos y labriegos, hasta que percibí el espíritu de los dos monjes que partían hacia Sant Pere del Burgal a recoger la llave para clausurar el aislado y pequeño monasterio después de centenares de años ininterrumpidos de vida monástica.

Y al día siguiente, el seiscientos convaleciente nos llevó veinte kilómetros más al norte, hasta Escaló, y desde allí, a pie por un camino de cabras que trepaba por la solana de Barraonse, el único senderuelo practicable para llegar a las ruinas de Sant Pere del Burgal, el monasterio de mis sueños. Sara no me dejó llevarle la mochila grande, la del cuaderno, los lápices y los carboncillos: era su carga.

Unos siete minutos más adelante, cogí una piedra del camino, ni muy grande ni muy chica, con aristas, y Adrià la miró atentamente, pensativo, y se imaginó la triste historia de la bella Amani.

—¿Qué tiene esa piedra?

—Nada, nada —dijo Adrià, guardándola en la mochila.

—¿Sabes lo que me pareces? —dijiste, jadeando en plena cuesta.

—¿Eh?

—Eso. Que no me preguntas y qué te parezco, sólo dices eh.

—No lo entiendo. —Adrià, que iba delante, se detuvo, miró hacia el valle, escuchó el rumor lejano de la Noguera y se volvió a Sara. Ella también se detuvo, risueña.

—Siempre estás pensando.

—Sí.

—Pero siempre estás pensando lejos de aquí. Siempre estás en otra parte.

—Vaya… Lo siento.

—No, es que eres así. Yo también soy un poco rara.

Adrià se acercó a Sara y la besó en la frente con tanta ternura, Sara, que todavía me emociono al recordarlo. No te imaginas lo mucho que te quiero ni hasta qué punto me has transformado. Tú sí que eres una obra de arte, una obra maestra, y espero que me entiendas.

—¿Tú, un poco rara?

—Sí, con muchos complejos y muchos secretos.

—Los complejos… los disimulas. Los secretos…, eso se soluciona enseguida: cuéntamelos.

Sara miró atrás, hacia el camino andado, para no enfrentarse a los ojos de Adrià.

—Soy complicada.

—No tienes por qué contarme nada, si no quieres.

Adrià iba a reanudar la subida, pero se detuvo y se volvió:

—Sólo me gustaría que me dijeras una cosa.

—¿Cuál?

Aunque parezca mentira, le pregunté qué te dijeron de mí tu madre y la mía. Qué te dijeron que tú creíste.

Tu rostro radiante se ensombreció y pensé qué metedura de pata. Esperaste unos segundos y, con la voz un poco ronca, dijiste te supliqué que no me lo preguntases. Te lo supliqué…

Desasosegada, cogiste una piedra y la tiraste pendiente abajo.

—No quiero revivir esas palabras. No quiero que las sepas; quiero protegerte de ellas porque tienes todo el derecho a ignorarlas. Y yo, a olvidarlas. —Te recolocaste la mochila en la espalda con un ademán gracioso—: Es la habitación cerrada del cuento de Barba Azul, no lo olvides.

Lo dijo con tanta rotundidad que me dio la impresión de que nunca había dejado de pensar en ello. Ya hacía tiempo que vivíamos juntos y yo siempre tenía la pregunta en la punta de la lengua: siempre.

—De acuerdo —dijo Adrià—: No te lo preguntaré nunca más.

Reanudaron la subida. El último repecho escarpado del senderillo y por fin, a mis treinta y nueve años, llegamos a las ruinas del soñado monasterio de Sant Pere del Burgal; el hermano Julià de Sau, que en otra época, cuando era dominico, se llamaba fray Miquel, salió a recibirnos con la llave en la mano. Con el Cofre Sacro en las manos. Con la muerte en las manos.

—Hermanos, la paz del Señor sea con vosotros —nos dijo.

—La paz del Señor sea también contigo —respondí.

—¿Qué dices? —dijo Sara, perpleja.

V

Vita condita

ESCRITO A LÁPIZ EN EL FURGÓN SELLADO

aquí en esta remesa
yo eva
con mi hijo abel
si veis a mi hijo mayor
caín hijo de adán
decidle que yo

DAN PAGIS

38

—Cuando se ha degustado una vez la belleza del arte, la vida cambia. Cuando has oído cantar al coro Monteverdi la vida cambia. Cuando has visto a Vermeer de cerca, la vida cambia; cuando has leído a Proust, ya no eres el mismo. Lo que no sé es por qué.

—Escríbelo.

—Somos casualidades.

—¿Qué?

—Era más fácil que no hubiéramos sido; en cambio somos.

—…

—Generaciones y generaciones de baile frenético de millones de espermatozoides persiguiendo óvulos, concepciones casuales, muertes, aniquilaciones…, y ahora tú y yo estamos aquí, el uno frente al otro, como si no hubiera podido ser de ninguna otra manera. Como si sólo hubiera existido la posibilidad de un único árbol genealógico.

—Bueno. Es lógico, ¿no?

—No. Es pputa casualidad.

—Hombre…

—Y aún más, que toques tan bien el violín todavía es más pputa casualidad.

—De acuerdo. Pero… —Silencio—. Eso que dices marea un poco, ¿no, pensándolo bien?

—Sí. Y entonces procuramos sobrevivir en el caos mediante el orden del arte.

—Escríbelo, ¿no? —aventuró Bernat, tomando un sorbo de té.

—¿El poder del arte reside en la obra, o bien en el efecto que produce en la persona? ¿Qué opinas?

—Que tienes que escribirlo —insistió Sara al cabo de unos días—. Seguro que si lo escribes te aclaras más.

—¿Por qué me paraliza Homero? ¿Por qué me deja sin respiración el quinteto para clarinete de Brahms?

—Escríbelo —dijo Bernat enseguida—, y de paso me haces un favor, porque yo también quiero saberlo.

—¿Por qué soy incapaz de arrodillarme ante nadie y en cambio oigo la *Pastoral* de Beethoven y no me importa reverenciarla?

—La *Pastoral* está muy quemada.

—Porque tú lo digas ¿Sabes de dónde venía Beethoven? De las ciento cuatro sinfonías de Haydn.

—Y también de las cuarenta de Mozart.

—Cierto. Pero Beethoven sólo pudo escribir nueve. Porque casi las nueve viven en otro peldaño de complejidad moral.

—¿Moral?

—Moral.

—Escríbelo.

—No se entiende la obra de arte si no se ve su evolución. —Se cepilló los dientes y se enjuagó la boca. Mientras se secaba con la toalla, gritó por la puerta abierta del lavabo—: Pero siempre es necesario el toque genial del artista que precisamente la hace evolucionar.

—Así, pues, el poder radica en las personas —respondió Sara desde la cama, sin disimular un bostezo.

—No sé. Van der Weyden, Monet, Picasso, Barceló. Es una línea dinámica que nace en las cuevas del barranco de Valltorta, y todavía no ha concluido porque existe la humanidad.

—Escríbelo. —Seis días después, Bernat terminó el té y dejó la taza delicadamente en el plato—. ¿No?

—¿Es la belleza?

—¿Qué?

—¿La culpa la tiene la belleza? ¿Qué es la belleza?

—No sé, pero la reconozco. ¿Por qué no lo escribes? —repitió Bernat, mirándolo a los ojos.

—El hombre destruye al hombre, pero también compone *El paraíso perdido*.

—Es un misterio, sí. Tienes que escribirlo.

—La música de Franz Schubert me transporta a un futuro mejor. Dice muchas cosas con pocos elementos. Tiene una fuerza melódica inagotable, llena de gracia y encanto y de energía y verdad al mismo tiempo. Schubert es la verdad artística y para salvarnos tenemos que agarrarnos a ella. Me maravilla que fuera sifilítico y enfermizo y que no tuviera un ochavo. ¿Qué poder tiene ese hombre? ¿Qué poder tiene sobre nosotros? Yo, aquí donde me ve, me arrodillo ante el arte de Schubert.

—Bravo, Herr Obersturmführer. Intuía una gran sensibilidad en usted.

El doctor Budden aspiró el cigarrillo y expulsó una fina columna de humo mientras repasaba mentalmente el comienzo del opus cien y lo cantaba con increíble precisión.

—Ya me gustaría a mí tener su oído, Herr Obersturmführer.

—Poco mérito tiene. Estudié la carrera de piano.

—Lo envidio.

—No es para tanto. He dedicado tantas horas al estudio, entre la medicina y la música, que tengo la sensación de haberme perdido muchas cosas en la vida.

—Ahora las recupera al por mayor, si me permite la expresión —dijo el Oberlagerführer Höss, abarcando los alrededores con los brazos abiertos —. Ahora ya está en mitad de la vida.

—Sí, claro. Demasiado de repente, según como se mire.

Silencio, como si se vigilaran el uno al otro. Hasta que el doctor se decidió y, mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero, inclinado sobre la mesa, dijo en voz más baja:

—¿Para qué quería verme, Obersturmbannführer?

Entonces, en el mismo tono bajo, como si desconfiara de las paredes de su casa, el Oberlagerführer Höss dijo me gustaría hablar de su superior.

—¿Voigt?

—Ajá.

Silencio. Debían de estar calculando los riesgos. Höss se aventuró a preguntar qué opina de él, así, entre nosotros.

—Bueno, pues…

—Le reclamo… Le exijo sinceridad. Es una orden, querido Obersturmführer.

—Pues, en confianza… es majadero.

Al oírlo, Rudolf Höss se arrellanó satisfecho en el asiento. Mirándolo a los ojos, confió al doctor Budden que estaba haciendo gestiones para que se llevasen al majadero de Voigt a cualquier frente.

—¿Y quién dirigirá los…

—Usted, naturalmente.

Alto. Eso es… ¿Y por qué no yo?

Silencio otra vez. Habían dicho cuanto tenían que decirse. Una nueva alianza entre Dios y su pueblo, sin intermediarios. El trío de Schubert seguía poniendo fondo musical a la conversación. Para romper la incomodidad, el doctor Budden dijo ¿sabe que Schubert compuso esta maravilla pocos meses antes de su muerte?

—Escríbelo. De verdad, Adrià.

Pero todo quedó momentáneamente en el aire porque Laura regresó del viaje a Uppsala y el ambiente en la universidad, sobre todo en el despacho del departamento, volvió a ser un tanto incómodo. Llegó con una mirada más alegre, él le dijo ¿estás bien?, y Laura sonrió y se fue hacia el aula quince sin responder. Y Adrià interpretó que sí, que estaba bien. Y guapa: había mejorado mucho. Sentado a la mesa de realquiler (ese curso, la de Parera), a Adrià le costó volver a centrarse en los papeles sobre el tema de la belleza, que tanto lo entretenía, todavía no sabía por qué; por su culpa había llegado tarde a clase por primera vez en la vida. La belleza de Laura, la belleza de Sara, de Tecla…, ¿entran en este tipo de cavilaciones? ¿Eh?

—Yo diría que sí —contestó Bernat con cautela—. La belleza de la mujer es un hecho incuestionable. ¿No?

—La Vivancos lo tildaría de planteamiento machista.

—Eso no lo sé. —Silencio perdido de Bernat—. Antes era una idea pequeñoburguesa y ahora es un razonamiento machista. —En voz más baja para que no lo oyera ningún juez—: Pero las mujeres me gustan. Son bellas: eso lo sé muy bien.

—Ya. Pero no sé si hablar de ello.

—Por cierto, ¿quién es esa tal Laura tan guapa a la que te refieres?

—¿Eh?

—La que citas.

—No, pensaba en Petrarca.

—¿Y eso va a ser un libro? —dijo Bernat, señalando los papeles que había en la mesa de los manuscritos, como si fuese a examinarlos minuciosamente con la lupa de mi padre.

—No lo sé. De momento son treinta páginas y me divierte ir avanzando a tientas.

—¿Qué tal está Sara?

—Bien. Me da serenidad.

—Te pregunto qué tal está ella, no cómo influye en ti.

—Tiene mucho trabajo. Actes Sud le ha encargado la ilustración de una serie de diez libros.

—Pero ¿qué tal está?

—Bien. ¿Por qué?

—Es que a veces parece triste.

—Hay cosas que no se resuelven ni con un poco de amor.

Diez o doce días después sucedió lo inevitable. Estaba hablando con la Parera y de pronto me preguntó oye, ¿cómo se llama tu mujer? Y en ese momento entró Laura en el despacho cargada de trabajos y de ideas, y oyó perfectamente a Parera preguntarme ¿cómo se llama tu mujer? Y yo, con resignación, bajé los ojos y dije Sara, se llama Sara. Laura descargó las cosas en su caótica mesa y se sentó.

—Es guapa, ¿eh? —insistió la Parera, como si hurgara con un cuchillo en mi corazón. O tal vez en el de Laura.

—Ajá.

—¿Y hace mucho que estáis casados?

—No. La verdad es que no…

—Bueno, quiero decir, que vivís juntos.

—No, no mucho.

Y ahí terminó el interrogatorio, pero no porque la inspectora del KGB no quisiera hacer más preguntas, sino porque tenía que irse a clase. Eulalievna Parerova salió del despacho y, antes de cerrar la puerta, me dijo cuídala, que hoy en día las cosas están…

Y cerró suavemente, sin necesidad de especificar cómo estaban las cosas hoy en día. Y entonces Laura se levantó, puso la mano en un lado de la montaña de expedientes, trabajos, libros, apuntes y revistas de su siempre atestada mesa y la empujó hasta tirarla al suelo en medio del despacho. Gran estruendo. Adrià la miró, compungido. Ella se sentó sin mirarlo. Entonces sonó el teléfono del despacho. Laura no lo cogía y no hay cosa que me ponga más nervioso que suene un teléfono y nadie lo atienda, te lo juro. Fui a mi mesa y descolgué.

—Diga. Sí, un momento. Es para ti, Laura.

Yo, con el auricular en la mano; ella mirando al vacío y sin ninguna intención de descolgar su receptor. Me lo acerqué al oído.

—Ahora no está.

Entonces Laura cogió el teléfono y dijo sí, dime. Colgué y ella dijo ¡hola, guapísima! ¿Qué es de tu vida? Y se rió con una risa cristalina. Cogí mis papeles sobre arte y estética que todavía no tenían nombre y salí huyendo.

—Tengo que tomar una decisión —dijo el doctor Budden, mientras se levantaba y recomponía su impecable uniforme de Obersturmführer— porque mañana hay ingresos. —Miró al Oberlagerführer Höss y le sonrió y, aunque sabía que éste no lo entendería, añadió—: El arte es inexplicable. —Lo señaló—. Como mucho, podemos decir que es una muestra de amor que da el artista a la humanidad. ¿No le parece?

Cuando se marchó de casa del Oberlagerführer pensando en que todavía estaría asimilando lentamente sus palabras, desde fuera oyó débilmente, envuelto en el frío, el finale del trío opus cien del seráfico Schubert. Debía haber dicho a su anfitrión que sin esa música, la vida sería terrible.

El asunto se me empezó a envenenar cuando prácticamente había terminado la redacción de *La voluntat estètica*. Las galeradas, la traducción al alemán, que me compelía a ampliar el original, los comentarios de

Kamenek a mi traducción, que también me inducían a matizar y a reescribir, todo ello me puso en un estado de alteración notable. Me asustaba que el libro que iba a publicar me satisficiera. Te lo he dicho muchas veces, Sara: es el libro que más me gusta; no sé si es el mejor, pero es el que más me gusta. Y siguiendo los imperativos de mi alma descontenta, que tanto has soportado tú, en esos momentos en que Sara ponía calma en mi vida y Laura fingía no conocerme, la obsesión de Adrià Ardèvol era dedicarse a su storioni; una manera como otra cualquiera de disimular la angustia. Dio un repaso a los momentos más difíciles de la Trullols y a los más desagradables del maestro Manlleu. Unos meses después invitó a Bernat a tocar las sonatas del opus 3 y el opus 4 de Jean-Marie Leclair.

—¿Por qué Leclair?

—No sé. Me gusta. Y lo he estudiado.

—No es tan fácil como parece.

—Pero ¿quieres intentarlo o no?

Durante un par de meses, los viernes por la tarde los dos amigos llenaron la casa de música de sus violines. Y los demás días, después de escribir, Adrià estudiaba repertorio. Como hacía treinta años.

—¿Treinta?

—O veinte. Pero ya no te alcanzo.

—Hombre, sería el colmo. Yo no he hecho otra cosa.

—Qué envidia me das.

—No te burles de mí.

—Me das envidia. Me gustaría tocar como tú.

En el fondo, Adrià deseaba alejarse de *La voluntat estètica*. Quería volver a las obras de arte que le habían llevado a las reflexiones que plasmaba en el libro.

—Sí, pero ¿por qué Leclair? ¿Por qué no Shostakovich?

—No tengo nivel suficiente. ¿Por qué crees que me das envidia?

Y los dos violines, un storioni y un thouvenel, llenaron la casa de añoranza, como si la vida pudiera volver a empezar, como si quisiera darles una nueva oportunidad. A mí, la de tener unos padres más padres, diferentes, más… Y… no sé exactamente. ¿Y a ti? ¿Eh?

—¿Qué? —Bernat, con el arco demasiado tenso y mirando a otro lado.

—¿Eres feliz?

Bernat inició la sonata número 2 y me vi obligado a seguirlo. Pero cuando acabamos (con tres errores garrafales por mi parte y una sola regañina de Bernat), volví a la carga:

—Oye.

—Qué.

—Que si eres feliz.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

En la segunda sonata, la número 1, lo hice aún peor, pero conseguimos llegar al final sin interrupciones.

—¿Qué tal las cosas con Tecla?

—Bien. ¿Y con Sara?

—Bien.

Silencio. Al cabo de un buen rato:

—Bueno… Tecla… No sé, pero siempre se enfada conmigo.

—Porque vives en otro mundo.

—Quién fue a hablar.

—Sí, pero yo no estoy casado con Tecla.

Después intentamos el gran Dúo de Wieniawsky. El pobre Bernat, que tocó el primer violín, acabó bañado en sudor, y yo, muy contento a pesar de las tres broncas secas que me echó, como yo cuando criticaba sus textos en Tübingen. Y lo envidié muchísimo. Y no tuve más remedio que decirle que cambiaría mis textos por tu capacidad musical.

—Acepto el intercambio. Lo acepto encantado, ¿eh?

Lo más preocupante es que no nos echamos a reír. Sólo miramos el reloj porque se estaba haciendo tarde.

Ciertamente, la noche fue breve como preveía el doctor, porque las primeras unidades de material llegaron a las siete de la mañana, todavía noche cerrada.

—Ésta —dijo Budden al Oberscharführer Barabbas— y esas dos. —Y volvió al laboratorio porque se le avecinaba una exageración de trabajo y por otro motivo menos reconocido: en el fondo, le fastidiaba que la fila de

mujeres y niños avanzara ordenadamente hacia el fondo, como corderos, sin la menor dignidad que los incitase a la rebelión.

—¡No, dejadla! —dijo una mujer mayor que apretaba un paquete entre los brazos como si fuese un niño de pecho, algo que parecía una funda de violín.

El doctor Budden se desentendió de la escaramuza. Mientras se alejaba, vio salir al doctor Voigt de la cantina de oficiales en dirección al alboroto. Konrad Budden no se molestó en disimular la mueca de menosprecio que le inspiró su superior, siempre atento a las peleas. Todavía tranquilo, entró en su despacho. Tuvo tiempo de oír el estampido del disparo de una Luger.

—A ver, tú, ¿de dónde eres? —dijo con voz áspera, sin levantar la cabeza de los papeles. Al final tuvo que levantarla porque la niña lo miraba, perpleja sin decir una palabra. Estrujaba entre las manos una servilleta sucia y el doctor Budden empezó a ponerse nervioso. Levantó la voz.

—¿Quieres estarte quieta?

La niña se inmovilizó, pero la expresión de perplejidad era la misma. El médico suspiró, cogió aire y se armó de paciencia. En ese momento sonó el teléfono que tenía en la mesa.

—Diga / Sí, Heil Hitler. / ¿Quién? —extrañado. / Pásemela. (…) —Heil Hitler. Hallo. —Impaciente—: Ja, bitte? / ¿Y ahora qué pasa? —asqueado. / ¿Quién es ese Lothar? —enfadado. / ¡Ah! —escandalizado—: ¿El padre del abyecto Franz? / ¿Y qué quieres? / ¿Quién lo ha detenido? / Pero ¿por qué? / Chica… Yo en eso no… / Ahora tengo mucho que hacer. ¿Quieres ponernos a todos en evidencia? / Algo habrá hecho. / Mira, Herta: el que la hace la paga.

Y miró fijamente a la niña de la servilleta sucia.

—Holländisch? —le dijo. Y al teléfono—: No sé el trabajo que tendrás tú, pero yo estoy con las manos en la masa. Tengo mucho que hacer, no puedo ocuparme de tonterías de esa clase. Heil Hitler!

Y colgó. Se quedó mirando a la niña, esperando una respuesta.

La niña afirmó con un gesto de la cabeza. Como si holländisch fuera la primera palabra que entendía. El doctor Budden, en voz más baja, para que nadie se diera cuenta de que no hablaba en alemán, le preguntó en el neerlandés de sus primos de qué pueblo era y ella contestó que de Amberes. Quería decirle que era flamenca, que vivía en la calle Arenberg, que dónde estaba su padre, que se lo habían llevado. Pero se quedó con la boca abierta mirando al hombre, que ahora le sonreía.

—Tú sólo tienes que hacer lo que yo te diga.

—Me duele aquí. —Y se señaló el cogote.

—No es nada. Ahora escúchame.

Ella lo miró, intrigada. El médico insistió.

—Tienes que hacerme caso. ¿Me has entendido?

La niña negó con la cabeza.

—Pues, si no, te arranco la nariz. ¿Me entiendes ahora?

Y, con paciencia, miró a la niña, que estaba aterrorizada y afirmaba frenéticamente con la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete y medio —respondió exagerando, haciéndose la mayor.

—¿Nombre?

—Amelia Alpaerts. Arenbergstraat veintidós, tercera.

—Está bien, está bien.

—Amberes.

—¡Que ya está bien! —irritado—. Y deja de marear esa mierda de pañuelo si no quieres que te lo quite.

La niña bajó la mirada y se puso instintivamente las manos en la espalda, ocultando la servilleta de cuadritos azules, quizá para protegerla. Se le escapó una lágrima.

—Mamá —imploró, también en voz baja.

El doctor Budden chasqueó los dedos y uno de los gemelos que sostenía la pared del fondo se adelantó y agarró a la niña sin muchas contemplaciones.

—Preparadla —dijo el médico.

—¡Mamá! —gritó la niña.

—Vamos, la siguiente —dijo el doctor sin levantar la cabeza de la ficha que tenía en la mesa.

—¿Holländisch? —oyó decir la niña de la servilleta de cuadros azules y blancos mientras la metían en una habitación que olía mucho a medicina y yo no supe qué hacer: ni me justifiqué ni le di una explicación, porque Laura no me lo exigió. Podía haberme dicho tranquilamente eres un mentiroso de mierda porque me dijiste que no había ninguna mujer; podía haberme dicho no te habría costado nada decírmelo, podía haberme llamado cobarde o decirme no has dejado de utilizarme; podía haberme dicho muchas cosas. Pero no; la vida siguió en el despacho como siempre. Pasé unos meses casi sin entrar allí. Un par de veces nos cruzamos en el claustro o nos vimos en el bar. Me hice invisible. Me costó acostumbrarme. Y perdona que no te lo contara antes, Sara.

Tras un mes de trabajo intenso, el doctor Konrad Budden se quitó las gafas un momento y se restregó los ojos. Estaba agotado. Al oír el taconazo ante su mesa levantó la cabeza. Oberscharführer Barabbas estaba firme ante él, tenso, siempre dispuesto a recibir órdenes. Con ademán cansado, el médico le señaló la carpeta, repleta hasta arriba, con el nombre de Doktor Aribert Voigt a la vista, y el subalterno la recogió y taconeó de nuevo con fuerza; el médico se estremeció como si le hubiese dado a él en la cabeza. Barabbas salió del despacho con el minucioso informe, en el que explicaba que, desafortunadamente, el experimento de regeneración del tendón rotuliano, que consistía en exponer el tendón, seccionarlo, aplicar la pomada del doctor Bauer y observar si se daba un proceso regenerativo sin ayuda de sutura, no había dado los resultados esperados ni en adultos ni en niños. En adultos, era previsible la ineficacia, pero había esperanzas de que, en organismos en fase de crecimiento, la regeneración, con la ayuda de la pomada Bauer, fuera espectacular. El fracaso acabó con la posibilidad de ofrecer triunfalmente la milagrosa medicina a la humanidad. Qué lástima, porque, si hubiera funcionado, los beneficios para Bauer, Voigt y él habrían sido inimaginables, además del triunfo.

Nunca le había resultado tan penoso dar por concluido un experimento. Después de varios meses viendo conejillos gemidores, como el niño de piel muy oscura o el albino que decía Tėve, Tėve, Tėve, arrinconado en su

cama, negándose a salir de ella hasta que tuvieron que eliminarlo allí mismo, o como la niña del puñetero trapo sucio, que no se sostenía en pie sin muletas y que, si no la sedaban, aullaba de dolor para joder a todo el personal, como si no tuviera de sobra con la responsabilidad de los experimentos y la presión brutal del imbécil de su superior, que al parecer tenía buenos contactos, porque ni el mismo Höss conseguía que lo mandaran a otro frente y los dejase tranquilos, tuvo que aceptar que era inútil esperar un comportamiento más positivo del cartílago tratado con la pomada Bauer. Veintiséis conejillos, entre niños y niñas, y ningún tejido restaurado, ponían de manifiesto las conclusiones que remitía, muy a su pesar, al profesor Bauer. Y un buen día el doctor Voigt se fue en el avión del correo sin decir ni ahí te pudras. Era muy extraño, porque se fue sin dejar ninguna instrucción respecto a la continuidad de los experimentos. El doctor Budden lo entendió a mediodía, cuando empezaron a llegar noticias de la aproximación del ejército rojo y de la poca eficacia de las líneas alemanas de defensa. En funciones de primera autoridad médica del campo, decidió restregarlo todo con lejía. Primero, ayudado por Barabbas, estuvo cinco horas seguidas quemando papeles y fotografías, destruyendo todas las pruebas documentales que permitiesen sospechar la clase de experimentos que se habían llevado a cabo con niñas que se agarraban a un trapo sucio desesperadamente. No se podía dejar ni rastro del dolor infligido, porque era tan imposible que nadie podría creerlo. Quémalo todo, Barabbas, y el muy animal seguía diciendo qué lástima, tantas horas y tanto trabajo reducidos a humo. Y ninguno de los dos pensó en las personas que se habían convertido en humo allí mismo, a doscientos metros del laboratorio. En algún fichero del Ministerio de Sanidad estarían las copias enviadas por el departamento de investigación, pero a ver quién era el listo que iba a buscarlas, cuando lo único importante es salvar el pellejo.

Con las manos todavía renegridas de humo, aprovechando la oscuridad de la noche, entró en el dormitorio de los conejillos acompañado sólo por el fiel Barabbas. Cada niño en su cubículo. Les administró la inyección en el corazón sin explicaciones. Sólo al niño que preguntó qué era la inyección le dijo que un calmante para el dolor de las rodillas. Probablemente los demás murieron sabiendo que por fin morían. La niña del trapo oscuro y sucio fue

la única que lo recibió completamente despierta, con su mirada acusadora. Ella también preguntó por qué. Pero lo dijo de una forma diferente. A sus siete años, fue capaz de preguntar si todo ese montaje era necesario. Preguntó por qué y lo miró a los ojos. Las semanas de dolor le habían quitado el miedo y, sentada en la cama, se abrió la camisa para que Barabbas encontrase el lugar idóneo para pinchar. Pero ella miraba al doctor Budden y le preguntaba por qué. Entonces fue él quien, a su pesar, hubo de desviar la mirada. Por qué. Waarom. Lo preguntó hasta que los labios se le oscurecieron, pintados de muerte. Si una niña de siete años no se desespera ante la muerte, es que está muy desesperada y deshecha. Si no, es inexplicable tanta entereza. Waarom.

Después de dejarlo todo preparado para huir del Lager al amanecer junto con unos cuantos oficiales no adscritos, por primera vez en muchos meses, el doctor Budden no durmió bien. Por culpa de un waarom. Y de unos labios finos que se ennegrecían. Y el Oberscharführer Barabbas le ponía la inyección a él, sonriendo, sin quitarle el uniforme, y sonreía con los labios renegridos por una muerte que no acababa de llegar, porque el sueño continuaba.

De madrugada, sin hacer mucho ruido, antes de que Oberlagerführer Rudolf Höss se percatase, una veintena de oficiales y suboficiales, Budden y Barabbas entre ellos, se pusieron en camino a donde fuera, pero lo más lejos posible de Birkenau.

Tanto Barabbas como el doctor Budden tuvieron suerte, porque, aprovechando la confusión, se alejaron tanto del lugar de trabajo y del ejército rojo que tuvieron ocasión de presentarse a los británicos como soldados procedentes del frente de Ucrania, ansiosos por ver el fin de la guerra y volver a casa de una vez, con su mujer y sus hijos, si todavía vivían. El doctor Budden se había transformado en Tilbert Haensch, sí, de Stuttgart, capitán, y no tenía ningún documento para corroborarlo porque, con la capitulación, pues ya ve usted. Quiero volver a casa, capitán.

—¿Dónde vive usted, doctor Konrad Budden? —preguntó el oficial de interrogatorios tan pronto como el médico concluyó su alegato.

El doctor Budden lo miró con la boca abierta. Sólo se le ocurrió decir ¿qué?, con cara de gran perplejidad.

—¿Dónde vive usted? —insistió el teniente británico con un acento horroroso.

—¿Qué me ha llamado? ¿Cómo me ha llamado?

—Doctor Budden.

—Pero…

—Usted no ha pisado el frente jamás, doctor Budden. Y menos el oriental.

—¿Por qué me llama doctor?

El oficial británico abrió una carpeta que tenía en la mesa. El expediente del ejército. La puta manía de tenerlo todo archivado y controlado. Estaba un poco más joven, pero era él, la misma mirada que, en vez de mirar, quería hendir. Herr Doktor Konrad Budden, cirujano de la promoción de 1938. Ah, y nivel profesional de piano. Hay que ver, doctor.

—Esto es un error.

—Sí, doctor. Un gran error.

De los cinco años de cárcel que le impusieron porque, por un milagro de última hora, nadie lo relacionó con Auschwitz-Birkenau, el doctor Budden no empezó a llorar hasta el tercero. Era de los pocos presos que hasta entonces no había recibido ninguna visita, puesto que sus padres habían caído en el bombardeo de Stuttgart y nunca quiso que avisaran a ningún familiar más o menos lejano, y a los de Bebenhausen menos que a nadie. No necesitaba visitas. Se pasaba el día mirando a la pared, sobre todo a raíz de varias noches seguidas que pasó en blanco. Como tragos de leche agria desfilaron ante sus ojos los rostros de todos y cada uno de los pacientes que habían pasado por sus manos cuando trabajaba a las órdenes del doctor Voigt en el gabinete de investigación médica de Birkenau. Se impuso la tarea de recordar el mayor número posible de caras, de gemidos, de lágrimas y gritos de espanto, y se pasaba las horas inmóvil, sentado ante la mesa desnuda.

—¿Qué dice?

—Que su prima Herta Landau sigue empeñada en verlo.

—Dije que no quería visitas de ninguna clase.

—Está a las puertas de la cárcel en huelga de hambre, hasta que la reciba usted.

—No quiero ver a nadie.

—Esta vez no tiene escapatoria. No queremos escándalos en la calle. Y su nombre empieza a sonar en la prensa.

—No pueden obligarme.

—Podemos. Vosotros dos, cogedlo por los brazos y acabemos de una pputa vez con el numerito de la loca esa.

Instalaron al doctor Budden en una sala adaptada para las visitas. Lo obligaron a sentarse enfrente de tres soldados australianos hieráticos. El doctor tuvo que esperar cinco minutos, que se le hicieron larguísimos, hasta que se abrió la puerta y entró Herta, muy avejentada; la mujer avanzó poco a poco hasta la mesa. Budden bajó la mirada. Ella se detuvo frente a él; sólo los separaban los tres palmos de la mesa. No se sentó. Sólo dijo de parte de Lothar y de mi parte. Entonces, Budden levantó la mirada y en ese momento, Herta Landau, inclinada hacia él, lo escupió en la cara. Sin añadir nada más, dio media vuelta y salió a un paso un poco más animado, como si se hubiera quitado unos cuantos años de encima. El doctor Budden no hizo amago de limpiarse la cara. Estuvo un rato mirando al vacío hasta que oyó una voz áspera decir lleváoslo, aunque a él le pareció que decía llevaos esta carroña. De vuelta a la soledad, a la celda; de vuelta al recuerdo de las caras de los pacientes, como tragos de leche agria en la boca. De todos los pacientes. Desde los trece que protagonizaron los experimentos de descompresión súbita, pasando por los muchos que habían rechazado injertos y habían muerto infectados, hasta el grupo de niños que puso a prueba los posibles efectos beneficiosos de la pomada Bauer. Seguramente, el rostro que veía más a menudo era el de la niña flamenca que le decía waarom sin entender el motivo de tanto dolor. Y, sentado ante la mesa desnuda, se habituó, como si de un acto litúrgico se tratara, a extender un trapo sucio, con un lado mal cortado, deshilachado, en el que a duras penas

se distinguían unos cuadritos azules y blancos; lo miraba fijamente, sin parpadear, hasta que no podía más. Y era tan intenso el vacío que se abría en su interior que ni siquiera podía llorar.

Aproximadamente en el tercer año de prisión, tras unos meses de repetir a diario, mañana y tarde, los mismos gestos, se le abrieron poros en la conciencia: además de los gemidos, chillidos, llantos y lágrimas de pánico, empezó a recordar el olor asociado con cada cara. Y llegó un momento en que por la noche no podía dormir, como los cinco individuos de Letonia a los que lograron mantener despiertos veintidós días, hasta que murieron de fatiga, con los ojos reventados de tanto mirar la luz. Y una noche llegaron las lágrimas. Konrad Budden no lloraba desde los dieciséis años, cuando Sigrid respondió a su propuesta de salir juntos con una mirada de desprecio absoluto. Lágrimas lentas, como si fueran muy espesas, o quizá indecisas después de tanto tiempo sin manar. Una hora después, seguían derramándose lentamente. Y cuando, fuera de la celda, los rosados dedos de la aurora tiñeron el cielo oscuro, estalló en un llanto inacabable mientras su alma decía waarom, cómo puede ser, warum, cómo pude no llorar ante unos ojillos tan tristes, warum, mein Gott.

—Las obras de arte son soledades infinitas, dijo Rilke.

Los treinta y siete alumnos lo miraron en silencio. El profesor Adrià Ardèvol se levantó, bajó de la tarima y empezó a subir lentamente los escalones de las gradas. ¿Nada que decir?, preguntó.

No; nadie tenía nada que decir. Mis alumnos no tienen nada que decir al dardo de Rilke que les acabo de lanzar. ¿Y si les digo que la obra de arte es el enigma que ninguna razón puede dominar?

—La obra de arte es el enigma que ninguna razón puede dominar.

Llegó a la mitad de las gradas. Algunas cabezas se volvieron a mirarlo. Diez años después de la muerte de Franco, los estudiantes habían perdido el empuje que los impelía a intervenir en todo, desordenada e inútil pero apasionadamente.

—La realidad oculta de las cosas y de la vida sólo puede ser descifrada por aproximación con ayuda de la obra de arte, aunque sea incomprensible. —Los miró, giró sobre sí mismo para abarcarlos a todos con la mirada—. En el poema enigmático resuena la voz del conflicto no resuelto.

Se alzó una mano. La chica del pelo corto. ¡Se había alzado una mano! Tal vez preguntara si esas palabras incomprensibles que estaba diciendo entrarían en el examen del día siguiente; tal vez pidiera permiso para ir al lavabo. Tal vez preguntase si a través del arte podemos percibir todo aquello a lo que el hombre tuvo que renunciar para construir un mundo objetivo.

Señaló a la chica del pelo corto y le dijo di, di.

—Para mayor deshonra, su nombre quedará eternamente inscrito en los anales de los que contribuyeron al horror que ha envilecido a la humanidad. —Lo dijo en inglés, con acento de Manchester y en tono de fórmula, sin preocuparse de si el receptor de sus palabras las entendía. Con un dedo sucio señaló un espacio en el documento. Budden levantó las cejas.

—Que firme aquí —se impacientó el sargento en un alemán de fantasía—. Y golpeó varias veces con el dedo sucio señalando el sitio exacto.

Budden lo hizo y devolvió el documento.

—Es libre.

Libre. En cuanto salió del penal huyó por segunda vez, también sin objetivo concreto. Sin embargo, se detuvo en un pueblecito helado de la costa báltica, al amparo de una humilde cartuja, y pasó el invierno contemplando el fuego del hogar de la silenciosa casa en la que lo acogieron y haciendo toda clase de trabajillos, tanto en la casa como en el pueblo, para ganarse el pan. Habló poco, no quería que lo identificasen como persona culta, y se apresuró a endurecerse las manos de pianista y cirujano. Tampoco hablaba en la casa que lo acogió, pues el matrimonio vivía con la pesadumbre de la muerte de su único hijo, Eugen, en el frente ruso de la maldita guerra del maldito Hitler. Se le hizo largo el invierno, instalado en la habitación del añorado hijo a cambio de todas las labores que quisieran encomendarle, así como los dos años que estuvo allí sin hablar con nadie, más que lo estrictamente imprescindible, igual que los monjes de la cartuja vecina; paseó solo, a merced del azote del viento cortante que venía del golfo de Finlandia, lloró cuando nadie lo veía, no permitió que las imágenes que lo atormentaban se esfumasen injustamente, porque en el recuerdo está la penitencia. Al final del largo invierno de dos

años, se encaminó a la cartuja de Usedom y, de rodillas, pidió confesión al hermano portero. Tras algunas vacilaciones ante la insólita petición, le asignaron un padre confesor, un hombre mayor, habituado al silencio, de mirada gris y con un deje vagamente lituano, que se notaba cada vez que se decidía a pronunciar más de tres palabras seguidas. Desde el toque de la hora tercia, con la cabeza gacha y la voz monótona, Budden no le escatimó ningún detalle. La mirada escandalizada del pobre monje le escocía en el cogote y, en la primera hora de confesión, sólo lo interrumpió una vez.

—¿Eres católico, hijo mío? —le preguntó.

No habló más en las restantes cuatro horas que duró la confesión. A Budden le pareció que el anciano lloraba en silencio en algunos momentos. Cuando sonó la campana que llamaba a los monjes a vísperas, el confesor dijo con voz temblorosa ego te absolvo a peccatis tuis y dibujó trémulamente la señal de la cruz en el aire, al tiempo que murmuraba el resto de la fórmula. Y luego, el silencio y los últimos ecos de la campana; pero el penitente no se movió.

—¿Y la penitencia, padre?

—Vete, en nombre de… —No se atrevió a usar el nombre de Dios en vano; emitió un carraspeo incómodo y continuó—: No hay penitencia que pueda… Ninguna penitencia que… Arrepiéntete, hijo mío; arrepiéntete, hijo mío. Arrepiéntete… ¿Sabes lo que me parece, en el fondo?

Budden levantó la cabeza, apesadumbrado, pero también perplejo. El confesor, con la cabeza dulcemente ladeada, miraba fijamente una grieta de la madera.

—¿Qué os parece, padre?

Budden se fijó en la grieta de la madera; se distinguía con dificultad porque la luz ya escaseaba. Miró al confesor y de pronto se asustó. ¡Padre!, le dijo. ¡Padre! Y le pareció que era el niño lituano de la litera del fondo, que gemía y decía Tėve, Tėve! El confesor estaba muerto y no podía ayudarlo por más que se lo implorase. Y, por primera vez en muchos años, rezó; fue una plegaria inventada con la que imploraba un auxilio que no merecía.

—La verdad es que a mí, ni un poema ni una canción… me hacen pensar esas cosas.

Adrià se entusiasmó porque la chica no había preguntado si la clase de hoy entraba en el examen. Hasta los ojos le brillaban.

—De acuerdo. ¿Hay algo que te las inspire?

—No, nada.

Alguna risa. La chica se volvió, un poco molesta con los que se habían reído.

—Callaos —dijo Adrià. Miró a la chica de pelo corto animándola a proseguir.

—Pues… —dijo ella— no es que me inspiren ideas, sino… cosas, sentimientos que no sé decir. —En voz muy baja—: A veces… —voz aún más baja—… me hacen llorar.

Nadie se rió. Los tres o cuatro segundos posteriores de silencio fueron el momento más importante de ese curso. Lo estropeó todo el bedel, que abrió la puerta y anunció el final de la clase.

—El arte es mi salvación, pero no puede ser la salvación de la humanidad —interpeló el profesor Ardèvol al bedel, que cerró la puerta, avergonzado por ese profesor, que estaba como una cabra.

—El arte es mi salvación, pero no puede ser la salvación de la humanidad —repitió a Sara mientras tomaban el desayuno en el comedor, presidido por el urgell, que también parecía despertar al nuevo día.

—No; la humanidad no tiene remedio.

—No te pongas triste, querida.

—No puedo evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que…

Silencio. Tomó un sorbo de té. Sonó el timbre y Adrià fue a abrir.

—Cuidado, apártese.

Caterina entró y corrió hacia el lavabo con un paraguas chorreante.

—¿Llueve?

—Usted no se entera ni aunque caigan chuzos de punta —dijo desde el lavabo.

—Exagerada.

—¿Exagerada? ¡Usted no vería ni tres en un burro!

Volví al comedor. Sara ya estaba acabando. Adrià la detuvo sujetándole la mano contra la mesa, para que no se levantara.

—¿Por qué no puedes evitar estar triste?

Ella no dijo nada. Se limpió los labios con la servilleta de cuadritos azules y blancos y la dobló lentamente. Yo esperaba de pie, oyendo trajinar a Caterina como de costumbre en la otra punta del piso.

—Porque me parece que si dejo de estarlo… peco contra la memoria de los míos. De mi tío. De… Tengo muchos muertos.

Me senté sin soltarle la mano.

—Te quiero —te dije, y me miraste, triste, serena y bella.

—¿Por qué no tenemos un hijo? —me atreví a decir por fin.

Negaste con la cabeza, como si no pudieras decirlo en voz alta.

—¿Por qué no?

Levantaste las cejas y dijiste uf.

—Es la vida contra la muerte, ¿no te parece?

—No creo que pudiera. —Negaste con la cabeza y de palabra no, no, no, no, no.

Durante mucho tiempo me pregunté por qué tanta negativa a tener un hijo. Uno de mis pesares más hondos es no haber visto crecer a una niña que se pareciera a ti y a quien nadie le dijera estate quieta, leche, o te arranco la nariz, porque ella nunca tendría que juguetear ansiosamente con una servilleta de cuadros blancos y azules.

O un niño que no tuviese que implorar Tėve, Tėve, completamente atemorizado.

Después de confesarse a tan alto precio en la isla helada de Usedom, Budden dejó la silla frente al hogar y salió del pueblo de hielo a orillas del Báltico con un documento de identidad del añorado Eugen Müss, sustraído a sus confiados anfitriones para ahorrarse complicaciones con las fuerzas aliadas de ocupación, y emprendió la tercera huida como si temiera que el pobre confesor, desde la tumba, pudiera acusarlo ante sus abatidos hermanos de profesión de cualquier culpa merecida. En el fondo, no temía a los cartujos ni su silencio. Tampoco la penitencia que no le habían impuesto

ni la muerte; no merecía siquiera el suicidio, pues sabía que debía reparar el mal. Naturalmente, también sabía que merecía el fuego eterno y no creía tener derecho a evitarlo. Sin embargo, antes de condenarse en el infierno, debía llevar a cabo una labor. «Debes ser tú, hijo mío, quien descubra —le dijo el confesor antes de la absolución, antes de morir, el único y breve discurso de la larga y eterna confesión— la forma de reparar el mal que has hecho. —Y en voz aún más baja añadió—: Si tal reparación fuere posible… —Tras unos segundos de duda, prosiguió—: Dios me perdone en su misericordia infinita, pero, aunque intentes reparar el mal, no creo que haya lugar para ti en el paraíso.» Eugen Müss pensó en la reparación del mal mientras huía. Para otros había sido más fácil, porque sólo tuvieron que destruir archivos antes de escapar; en cambio, él tuvo que deshacerse del cuerpo del delito; de los cuerpecitos del delito. Dios mío.

En tres monasterios, dos checos y uno húngaro, lo rechazaron con buenas palabras. En el cuarto lo aceptaron después de un largo proceso previo de postulante, y no como aquel pobre fraile que huía del miedo, que hubo de implorar treinta veces permiso para ser un monje más y veintinueve veces se lo negó el padre prior de Sant Pere del Burgal, mirándolo a los ojos. Hasta un viernes lluvioso y feliz, cuando lo suplicó por trigésima y última vez. Müss no huía del miedo, sino del doctor Budden.

El padre Klaus, a la sazón maestro de novicios, también mantenía contacto con los aspirantes. Interpretó que ese hombre todavía joven tenía una sed espiritual, un ansia de oración y penitencia que la Trapa podía ayudarle a saciar. Y así ingresó definitivamente como postulante en el monasterio de Mariawald.

La vida de oración lo acercó a la presencia de Dios, aunque siempre con el temor y el convencimiento de que no era digno de respirar. Un día, ocho meses después, yendo por el claustro detrás del padre Albert, de camino a la sala capitular, pues el padre abad quería comunicarles unos cambios en el régimen horario, vio al buen hombre perder el conocimiento y caer al suelo. El hermano Eugen Müss no calculó bien su reacción y enseguida dijo es un ataque cardíaco, y dio instrucciones precisas a los que

acudieron en su ayuda. Salvó la vida al padre Albert, pero los hermanos descubrieron con asombro que el novicio Müss no sólo tenía conocimientos de medicina sino que era doctor en medicina.

—¿Por qué nos lo has ocultado?

Silencio. Mirada al suelo. Quería comenzar una nueva vida. Me pareció que esa información carecía de importancia.

—Soy yo quien decide lo que tiene importancia y lo que es superfluo.

No pudo resistir la mirada del padre abad ni la del padre Albert, cuando acudió a visitarlo durante la convalecencia. Y lo que fue peor, se convenció de que el padre Albert, en el momento de agradecerle la reacción que le había salvado la vida, adivinó su secreto.

La fama de médico de Müss se extendió en pocos meses. En el momento de hacer los primeros votos y después de cambiarse el nombre de Eugen, que no era suyo, por el de Arnold, en esta ocasión por motivos de la Regla, como símbolo de renuncia, ya había resuelto abnegada y eficazmente un caso de intoxicación colectiva que le valió la consolidación de su fama. Por ese motivo, el día en que, muy lejos de allí, hacia occidente, en otro monasterio, en otro país, estalló la crisis del hermano Robert, a su abad no se le ocurrió otra cosa que recomendar los servicios facultativos del experto hermano Arnold Müss. Y entonces el desconsuelo volvió a empezar.

—Al fin y al cabo, no puedo dejar de hacer una referencia a la idea de que, después de Auschwitz, no puede haber poesía.

—¿Quién lo dijo?

—Adorno.

—Estoy de acuerdo.

—Yo no; hay poesía después de Auschwitz.

—Bueno, quiero decir… que no tendría que haberla.

—No. Después de Auschwitz, después de los numerosos pogromos, después del exterminio de los cátaros, de los que no dejaron ni uno, después de las matanzas de todas las épocas y en todas partes… Hace tantos siglos que la crueldad está presente que la historia de la humanidad sería la historia de la imposibilidad de la poesía después de. Y en cambio no ha sido así, porque precisamente, ¿quién puede explicar Auschwitz?

—Los que lo vivieron. Los que lo crearon. Los especialistas en el tema.

—Sí. Todo eso constará y se han fundado museos para recordarlo. Pero faltará otra cosa: la verdad de la experiencia vivida; eso no puede transmitirse en un estudio.

Bernat cerró las páginas cosidas, miró a su amigo y dijo ¿y?

—Sólo puede transmitirse por medio del arte; del artificio literario, que es lo más próximo a la experiencia vivida.

—Coño.

—Sí. Después de Auschwitz, la poesía hace más falta que nunca.

—Es un buen final.

—Sí, creo que sí. Bueno, no sé, pero creo que es una de las causas de la persistencia de la voluntad estética de la humanidad.

—¿Cuándo lo publican? ¡Qué impaciente estoy, oye!

Al cabo de unos meses apareció *La voluntat estètica*, en catalán y en alemán a la vez, traducida por mí y revisada con lupa por el paciente San Johannes Kamenek. Es una de las pocas cosas de las que estoy orgulloso, querida. Y se me aparecían sucesos que se me archivaban en la memoria, y paisajes. Y un día, a tus espaldas y a las mías, volví a ver a Morral.

—¿Cuánto?

—Tanto.

—¿Tanto?

—Sí. ¿Le interesa, doctor?

—Si fuese tanto, sí.

—¡Dónde va a parar! Tanto.

—Tanto.

—Bien, de acuerdo: tanto.

Era la partitura autógrafa del *Allegro de concierto* de Granados. Estuve unos días procurando evitar la mirada del sheriff Carson y del valeroso gran jefe arapaho, Águila Negra.

39

Franz-Paul Decker dijo diez minutos de descanso porque al parecer lo reclamaban en gerencia por algo muy urgente; gerencia siempre era más urgente que cualquier otra cosa, incluso que el segundo ensayo de la cuarta de Bruckner. Bernat se puso a hablar con un trompa silencioso, tímido, al que Decker había pedido que repitiera el despertar del día inicial en el «Bewegt, nicht zu schnell», para que toda la orquesta oyese el sonido de una trompa bien tocada. La tercera vez que el director repitió la operación, el chico dio la nota falsa que los trompas temen más que a la muerte. Todo el mundo se rió un poco. Decker y el trompa también, pero a Bernat le entró un algo de angustia. Hacía poco que el muchacho estaba en la orquesta, siempre en su rincón, tímido, con la mirada en el suelo, rubio, bajito y más bien rellenito, y por lo visto se llamaba Romain Gunzbourg.

—Bernat Plensa.

—Enchanté. Primeros violines, ¿no?

—Sí. ¿Qué, qué tal en la orquesta? Aparte de las filigranas que te pide el maestro.

Bien, se encontraba bien en la orquesta. Era parisino, le gustaría conocer Barcelona un poco, pero tenía muchas ganas de hacer la ruta de Chopin en Mallorca.

—Si quieres te acompaño —se ofreció Bernat, como siempre, casi sin pensarlo. Yo le había dicho mil veces ostras, Bernat, piénsalo antes de decirlo. O dilo por decir; no te comprometas a…

—Se lo he prometido y… Además, está solo aquí y me da no sé qué…

—Tecla se va a enfadar, ¿no te das cuenta?

—Qué exagerado eres. ¿Por qué va a enfadarse?

Y Bernat volvió a casa después del ensayo y dijo oye, Tecla, me voy a Valldemossa un par de días con un trompa.

—¿Qué?

Tecla, saliendo de la cocina, frotándose en el delantal las manos, impregnadas de cebolla picada.

—Que mañana me voy a enseñar a Gunzbourg la ruta de Chopin.

—¿Quién coño es Gunzbourg?

—Un trompa, ya te lo he dicho.

—¿Qué?

—Un compañero de la orquesta. Aprovecho que tenemos dos días de…

—¿Así, sin avisar?

—Te lo estoy diciendo.

—¿Y el cumpleaños de Llorenç?

—Ostras, no he caído en la cuenta… Hosti. Bueno… Es que…

Bernat acompañó a Gunzbourg a Valldemossa; se emborracharon en un pub musical, Gunzbourg demostró lo bien que se le daba improvisar al piano y Bernat, animado por el gin menorquín, cantó un par de estándares con voz de Mahalia Jackson.

—¿Por qué tocas la trompa? —La pregunta que quería hacerle desde el momento en que lo vio desenfundar el instrumento.

—Alguien tiene que hacerlo —le respondió en el trayecto hacia el hotel, mientras salía el sol por el horizonte sonrosado.

—Pero si tú, con el piano…

—Déjalo.

El resultado final fue la consolidación de una buena amistad y veinte días de morros por parte de Tecla, quien apuntó un agravio más en su currículum. Fue entonces cuando Sara se dio cuenta de que Bernat nunca se fijaba en los morros de Tecla hasta que se le solidificaban en forma de crisis a punto de estallar.

—¿Por qué es así tu amigo? —me preguntaste un día.

—No sé. A lo mejor quiere demostrar algo al mundo.

—¿Todavía anda con ésas, a su edad?

—Desde luego. Seguirá creyendo que tiene que demostrar algo al mundo incluso en el momento en que muera.

—Pobre Tecla. Siempre se queja con razón.

—Él vive en su mundo, pero no es mal tío.

—Eso es fácil de decir, pero después, la que parece antipática es ella.

—¿Ahora vas a enfadarte conmigo? —Adrià, un poco amoscado.

—Es un hombre difícil.

—Perdona, Tecla, es que se lo prometí, ¡caramba! Tampoco es para tanto. ¡No hagas un drama, mujer, que sólo han sido dos días en Mallorca, ostras, caray!

—¿Y Llorenç? ¡Es tu hijo! No es el hijo del trompa.

—Oye, que ya tiene nueve o diez años, ¿no?

—Once.

—Pues eso, once. Ya no es un crío.

—¿Quieres que te cuente lo crío que es o deja de ser?

—Cuenta.

Madre e hijo acababan de probar la tarta de cumpleaños en silencio. Llorenç dijo mamá, ¿y mi padre? Ella respondió que estaba trabajando en Mallorca y siguieron comiendo en silencio.

—Está bueno, ¿verdad?

—Pse. Qué rollo que no esté mi padre.

—Así es que vete ahora mismo a comprar el regalo que le debes.

—Pero si ya le has regalado algo tú…

—¡Ahora mismo! —gritó Tecla, casi a punto de llorar de rabia.

Bernat compró a Llorenç un libro muy bonito y el niño estuvo mirándolo un buen rato sin atreverse a romper el envoltorio. Miró a su padre y vio que su madre estaba a punto de estallar, pero no sabía que estaba triste por cosas que no podía comprender.

—Gracias, papá, qué bonito —dijo, sin haber abierto el regalo todavía. Al día siguiente por la mañana, cuando fue a despertarlo para ir al colegio, lo encontró dormido, abrazado al libro sin desenvolver.

—Rinrinrríiin.

Caterina fue a abrir; era un joven muy bien vestido, con sonrisa de vendedor de los nuevos descalcificadores de agua, ojos grises muy expresivos y una cartera pequeña en la mano. Lo miró fijamente sin soltar

la puerta. Él interpretó el silencio como una pregunta y dijo sí, el señor Ardèvol, por favor.

—No está.

—¿Cómo que no está? —Desorientado—. Pero… si me dijo que… —Consultó el reloj, un poco vacilante—. Qué raro… ¿Y la señora?

—Tampoco está.

—Vaya. En tal caso…

Caterina hizo un gesto como diciendo lo siento, no hay nada que hacer. Pero el chico joven y simpático y, dicho sea de paso, atractivo, la señaló con un dedo y dijo para lo que tengo que hacer, a lo mejor no es necesario que estén los señores.

—¿A qué se refiere?

—Vengo a hacer la tasación.

—¿La qué?

—La tasación. ¿No se lo han dicho?

—No. ¿Qué tasación?

—Así pues, ¿no le han dicho nada? —desolado, el joven vivaracho.

—No.

—Tengo que tasar el violín. —Haciendo ademán de entrar—: Posso?

—¡No! —Caterina pensó unos segundos—. Es que no sé nada de ese asunto. No me han dicho nada.

Imperceptiblemente, el joven vivaracho había puesto ya los dos pies en el umbral de la puerta y sonreía más ampliamente.

—El señor Ardèvol es muy despistado —añadió con una educada mueca casi de complicidad, y prosiguió—: Anoche mismo lo hablamos. Sólo se trata de hacer un examen de cinco minutos al instrumento.

—Mire, creo que es mejor que vuelva en otro momento, cuando los señores…

—Disculpe, pero es que vengo ex profeso desde Cremona, Lombardía, Italia, ¿me explico? ¿Le suena? Llame al señor y que me dé permiso él mismo.

—No sé adónde llamarlo.

—Vaya…

—Además, el violín está en una caja fuerte.

—Tengo entendido que usted sabe la combinación.

Silencio. Sin forzar la situación, el simpático joven tenía por fin los dos pies dentro de la casa. Caterina se delató con el silencio. Él, para ayudarla, abrió la cremallera de la cartera y sacó un fajo de billetes de cinco mil.

—Esto siempre es un buen estímulo para la memoria, apreciada Caterina Fargues.

—Siete dos ocho cero seis cinco. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Ya le he dicho que soy tasador.

Como si el argumento fuera incontestable, Caterina Fargues dio un paso atrás y dejó entrar al joven simpático.

—Acompáñeme —le dijo. Pero antes, el hombre le entregó el fajo de billetes y ella lo cogió y cerró la mano con fuerza.

En mi despacho, el hombre se puso unos guantes muy finos, de tasador, dijo, abrió la caja fuerte con el siete dos ocho cero seis cinco, sacó el violín, oyó decir a Caterina si cree que va a llevarse el violín, es que no me conoce y él, sin mirarla siquiera, respondió le he dicho que soy tasador, mujer. Y ella se calló por si acaso. Puso el violín bajo mi lámpara de lupa, examinó la etiqueta, leyó Laurentius Storioni Cremonensis me fecit, y después dijo mille settecento sessantaquattro; guiñó un ojo a Caterina, quien, mirando al lado del jovial tasador y para justificar su sueldo, quería demostrar sin lugar a dudas que, por muy jovial que fuese el tasador, no le permitiría salir de casa con el violín. Y los ojos grises, más que expresivos eran metálicos. El tasador se fijó en la doble raya debajo de Cremonensis y el corazón le dio un brinco tan violento que seguro que la idiota esta lo ha oído.

—Va bene, va bene… —dijo, como un médico que, después de auscultar a un paciente, se reserva el diagnóstico. Dio la vuelta al instrumento, se fijó en la madera, en las pequeñas rayas, en las curvas, en las aguas, sin dejar de repetir maquinalmente va bene, va bene.

—¿Esto tiene valor? —Caterina apretó la mano en la que guardaba el fajo culpable bien dobladito.

El tasador no respondió; estaba oliendo el barniz del violín. O la madera. O la antigüedad. O la belleza. Por fin dejó el violín delicadamente en la mesa y sacó una máquina polaroid de la cartera. Caterina se apartó porque no quería pruebas fotográficas que demostrasen su indiscreción. Cinco fotos, con calma, agitando cada una para que se secara, la sonrisa puesta, sin perder de vista a la mujer por el rabillo del ojo y con el oído atento a cualquier ruido proveniente de la escalera. Concluida la sesión, cogió el instrumento y lo devolvió a la caja fuerte. La cerró. No se quitó los guantes. Caterina sintió alivio. El hombre jovial miró alrededor. Se acercó a unas estanterías. Se fijó en el estante de los incunables. Asintió dos veces con la cabeza y por primera vez en mucho rato miró a Caterina a los ojos.

—Cuando usted quiera.

—Perdone: ¿cómo sabía que yo lo sabía? —dijo, refiriéndose a la caja fuerte.

—No lo sabía.

El hombre salió de mi despacho silenciosamente y se volvió de pronto tan en seco que Caterina chocó con él. Y le dijo:

—Pero ahora sé que usted sabe que lo sé.

Se fue en silencio, con los guantes puestos, y cerró la puerta después de despedirse con una leve inclinación de cabeza que a Caterina, a pesar del nerviosismo, le pareció elegantísima. Usted sabe que yo sé que; no, ¿cómo era? Cuando se quedó sola abrió la mano. Un fajo de billetes de cinco mil. No: el primero era de cinco mil; los demás eran de ¡pero mira qué hijo de mala madre ese jovial tasador de la madre que lo parió! Abrió la puerta dispuesta a. ¿Dispuesta a qué, imbécil? ¿A montar un escándalo al hombre al que había dejado entrar como si? Como un ladrón vendrá el Señor. Todavía se oían en los últimos peldaños de la escalera, camino de la calle, los pasos regulares, seguros, joviales, del misterioso ladrón. Caterina cerró la puerta, miró el fajo de billetes y se quedó un rato diciendo que no, que no, que no, que parece mentira. Además, qué le vi de interesante en los ojos, tan grises, que…, no lo sabía, porque no se le veían por culpa de las cejas, tan gruesas que parecía un perro pastor.

Recibí una carta de Oxford. Creo que me cambió la vida. Me obligó a escribir otra vez. Y lo que es más, fue el detonante y las vitaminas que me impulsaron a ponerme manos a la obra con lo que acabaría siendo una obra más larga que un día sin pan, que me ha dado muchas alegrías y que me complace haber escrito: *Història del pensament europeu*. Es mi forma de decir ¿ves, Adrià?, has hecho una cosa que se acerca a la *Història de l'esperit grec* y por tanto, puedes creer que te has aproximado a Nestle. Sin esa carta no habría tenido fuerzas para hacerlo. Adrià miró los sobres con curiosidad: una carta por correo aéreo. Desconcertado, comprobó si era para él. Instintivamente miró el remitente: I. Berlin. Headington House, Oxford, England, UK.

—¡Sara!

¿Dónde estaba Sara? Adrià erró como un autómata por el Mundo Creado, gritando Sara, Sara, y no vio que la puerta estaba cerrada hasta que se acercó. La abrió. Sara estaba haciendo esbozos de caras y de casas frenéticamente; era un ataque o algo así de los que le daban a veces: llenaba seis o siete láminas de impulsos irracionales y después pasaba unos cuantos días examinando el resultado y valorando qué era lo que tenía que rechazar y qué podía desarrollar. Llevaba los cascos puestos.

—¡Sara!

Sara se volvió y al ver a Adrià desencajado, se quitó los cascos y dijo ¿qué te pasa, qué ocurre? Adrià levantó la carta para que la viese y por unos momentos ella pensó no, otra mala noticia, no.

—¿Qué pasa? —dijo, asustada.

Adrià, pálido, se sentó en el taburete de dibujo y le dio la carta. Ella la cogió y dijo ¿de quién es? Adrià le indicó con un gesto para que diera la vuelta al sobre. Ella lo hizo y leyó I. Berlin. Headington House. Oxford. England. UK. Miró a Adrià y le preguntó ¿quién es?

—Isaiah Berlin.

—¿Quién es Isaiah Berlin?

Adrià salió, volvió al cabo de unos segundos con cuatro o cinco libros de Berlin y los dejó al lado de una lámina llena de pruebas.

—Éste —dijo, señalando los libros.

—¿Y qué quiere?

—No sé. Pero ¿a santo de qué me escribe?

Entonces me cogiste la mano, me obligaste a sentarme y, como una maestra que tranquiliza a un niño inquieto de la clase, me dijiste ¿sabes lo que hay que hacer para saber lo que pone en una carta? ¿Eh, Adrià? Hay que abrirla, sí, y después, leerla…

—¡Es que es de Isaiah Berlin!

—Como si es del zar de todas las Rusias. Ábrela.

Me diste un abrecartas. Fue dificultoso cortar limpiamente el sobre sin pellizcar el papel del interior ni estropear el sobre.

—Pero ¿qué querrá? —decía, yo, histérico. En respuesta, te limitaste a señalar el sobre. Pero nada más abrirlo, Adrià lo dejó en la mesa de Sara.

—¿No quieres leerla?

—Estoy acojonado.

Cogiste el sobre, y yo, como un niño, te lo quité y saqué la carta. Una sola hoja escrita a mano que decía Oxford, abril de 1987, estimado señor, su libro me ha conmovido profundamente, etcétera, etcétera, etcétera, y, a pesar del tiempo que ha pasado, lo sé de memoria. Hasta el final, donde decía por favor, no deje de pensar ni de escribir sus pensamientos de vez en cuando. Suyo sinceramente, Isaiah Berlin.

—La madre del…

—Estupendo, ¿no?

—Pero ¿a qué libro se refiere?

—Por los comentarios, a *La voluntat estètica*, dijo Sara cogiéndole la hoja para leerla. Me la devolviste, sonreíste y me dijiste y ahora me cuentas con calma quién es este Isaiah Berlin.

—Pero ¿cómo le ha llegado el libro?

—Toma, guarda la carta y no la pierdas —dijiste. Y desde entonces la guardo entre mis tesoros más íntimos, aunque dentro de poco no sabré ni dónde está. Efectivamente, esa carta me impulsó a escribir durante unos cuantos años, que, aparte de las clases, las mínimas que me permitieron, se llenaron de historia del pensamiento europeo.

40

Una sola pista de aterrizaje más o menos asfaltada recibió al avión con unas sacudidas que parecía imposible que pudiera llegar entero a la recepción de equipajes, si es que la había en el aeropuerto de Kikwit. Para no desmerecer ante la mujer joven con cara de aburrimiento, fingió que leía mientras pensaba si se acordaba de dónde estaban exactamente las salidas de emergencia. Era el tercer avión que cogía desde el primer embarque, en Bruselas. Ahora ya era el único viajero blanco; no le importó destacar tanto. Gajes del oficio. El avión los dejó a más de cien metros de un edificio pequeño y debían recorrerlos a pie procurando que los zapatos no se les pegasen al abrasador asfalto. Recogió una pequeña bolsa de viaje, compró a un taxista que se moría por que lo sobornase, a él con su cuatro por cuatro y sus bidones de gasolina y que, cuando llevaban tres horas siguiendo de cerca el curso del Kwilu, le pidió más dólares porque entraron en zona insegura. Kikongo, ya me entiende. Pagó sin protestar porque todo entraba en el presupuesto y en el plan previsto, incluso las mentiras. Una larga hora más de botes por el camino, como en la pista de aterrizaje; a medida que avanzaban, los árboles se multiplicaban y eran más altos y frondosos. El coche frenó ante un cartel medio podrido.

—Bebenbeleke —dijo en un tono que no admitía réplica.

—¿Dónde está el maldito hospital?

El taxista señaló con la nariz hacia el rojizo sol. Cuatro maderas en forma de casa. No hacía tanto calor como en el aeropuerto.

—¿Cuándo vengo a recogerlo? —dijo.

—Volveré a pie.

—Está loco.

—Sí.

Cogió la bolsa y echó a andar hacia las cuatro maderas mal armadas sin volverse para despedirse del taxista. Éste escupió en el suelo, más contento que nunca porque le daba tiempo a pasar por Kikongo a ver a sus primos y, de paso, a ver si tenía la suerte de pescar a un pasajero hasta Kikwit, porque entonces no necesitaría trabajar más hasta cuatro o cinco días después.

Sin volverse, esperó a que el rumor del taxi se extinguiera. Se encaminó hacia el único árbol del paraje, un árbol raro que seguro que tenía un nombre imposible, y recogió una bolsa voluminosa, de tela de camuflaje militar, que, por lo visto, lo esperaba apoyada en el tronco como si estuviera echando la siesta. Luego dobló la esquina y se encontró con lo que podría ser la puerta principal de Bebenbeleke. Un porche alargado, tres mujeres sentadas en hamacas o algo parecido que miraban atentamente, en silencio, el paso del tiempo. No había puerta. Dentro no había mostrador de recepción. Un pasillo oscurecido, más que iluminado, por una bombilla que desprendía una luz incierta, de generador. Una gallina huyó despavorida como si supiera que la habían pillado en falta. Salió de nuevo al porche y se dirigió a las tres mujeres en general.

—¿El doctor Müss?

Una de ellas, la mayor, señaló hacia el interior con un cabezazo. La más joven lo corroboró diciendo a la derecha, pero ahora está atendiendo a las visitas.

Volvió a entrar y se fue por el corredor de la derecha hasta una sala en la que un hombre mayor con bata blanca, impoluta entre tanto polvo, auscultaba a un niño que, atemorizado, quería que su madre, que aguardaba de pie a su lado, lo salvara.

Se sentó en un banco de color verde chillón junto a dos mujeres que, alteradas por alguna causa que interrumpía la rutina de Bebenbeleke, repetían las mismas palabras una y otra vez como si de una letanía se tratara. Soltó la bolsa grande a sus pies con un ruido metálico. Oscurecía. Cuando terminó con la última paciente, el doctor Müss levantó la cabeza y lo miró por primera vez con toda la naturalidad del mundo.

—¿Viene usted a la consulta? —dijo a modo de saludo.

—Sólo quiero confesarme.

Fue en ese momento cuando el recién llegado se dio cuenta de que el hombre no era viejo, sino viejísimo. Se movía como impulsado por una energía interior inagotable, eso era lo que lo había engañado. El cuerpo, en cambio, era como corresponde a un hombre mayor de ochenta años. En la foto que había podido ver de él debía de tener unos sesenta y algo, como mucho.

Como si la llegada de un europeo al hospital de Bebenbeleke en pleno anochecer en busca de confesión fuera lo más normal, el doctor Müss se lavó las manos en un fregadero, que milagrosamente tenía un grifo con agua, e indicó al recién llegado que lo acompañara. En ese momento, dos hombres con gafas oscuras y actitud chulesca se sentaron en el banco verde, del que acababan de expulsar a las alteradas mujeres. El médico invitó a pasar al visitante a una estancia reducida, su despacho, quizá.

—¿Se queda usted a cenar?

—No sé. No hago planes a largo plazo.

—Usted dirá.

—Me ha costado mucho dar con usted, doctor Budden. Le perdí el rastro en un monasterio trapense y no había manera de averiguar su paradero.

—Entonces ¿cómo lo consiguió?

—Hice una consulta en los archivos generales de la Orden.

—La manía de tenerlo todo documentado y archivado, sí. ¿Lo atendieron bien?

—No creo que se hayan enterado todavía de que estuve allí.

—¿Qué encontró?

—Aparte de una pista falsa que apuntaba al Báltico, había una referencia a Stuttgart, Tübingen y Bebenhausen. En esa aldea até algunos cabos con ayuda de una anciana muy amable.

—Mi prima Herta Landau, ¿no? Siempre ha sido muy charlatana. Estaría encantada de que alguien le tirase de la lengua. Discúlpeme, continúe.

—No hay más que decir. He tardado unos años en atar cabos.

—Mejor; así he tenido tiempo de reparar mínimamente el mal que hice.

—A mi cliente le habría gustado que hubiera sido antes.

—¿Por qué no me detiene y me lleva a juicio?

—Mi cliente es mayor y no quiere dilaciones, porque, según dice, le queda poco tiempo de vida.

—Ya.

—Pero antes de morir quiere verlo muerto a usted.

—Comprendo. ¿Y cómo se las ha arreglado para dar conmigo?

—Ah, gran parte del trabajo que hago es puramente técnico. Mi oficio es muy aburrido; paso muchas horas husmeando en muchos sitios, hasta que al final ato dos cabos. Sólo después de muchos días entendí que la Bebenhausen que yo buscaba no estaba precisamente en Baden-Württemberg. Incluso en algún momento llegué a pensar que era una pista o algo parecido que dejaba usted para quien quisiera seguirle el rastro.

Notó que el doctor contenía una sonrisa.

—¿Le gustó Bebenhausen?

—Mucho.

—Es mi paraíso perdido. —El doctor Müss se sacudió un recuerdo con la mano y por fin sonrió—. Le ha llevado mucho tiempo —dijo.

—Ya se lo he dicho… Cuando me hicieron el encargo estaba usted muy bien escondido.

—Para poder trabajar y reparar. —Con curiosidad—: ¿Cómo funcionan estos encargos?

—Es una cosa muy profesional y muy… fría.

El doctor Müss se levantó y de un armarito que resultó ser una nevera sacó un tazón con una cosa indefinida que podía ser comida. Lo puso sobre la mesa, con dos platos y dos cucharas.

—Si no le importa… A mi edad tengo que comer como los pajarillos… Poco y a menudo. Si no, a lo mejor me desmayo.

—¿Y la gente se fía de un médico tan mayor?

—No hay otro. Espero que cuando me muera no cierren el hospital. Estoy en tratos con las autoridades de los pueblos de Beleke y Kikongo.

—Lo lamento, doctor Budden.

—Sí. —Refiriéndose a la masa indefinida del tazón—: Es mijo. Más vale esto que nada, créame.

Se sirvió y pasó el tazón a su interlocutor. Con la boca llena:

—¿Qué ha querido decir con eso de que su trabajo es muy frío, muy profesional?

—Bueno, cosas…

—Explíyese, por favor; me interesa.

—Por ejemplo, nunca conozco a mis clientes. Ni ellos a mí, naturalmente.

—Parece lógico, pero ¿cómo lo organizan?

—Bueno, es toda una técnica. Siempre puede darse el contacto indirecto, pero se precisa mucha minuciosidad para saber que siempre se está en contacto con la persona adecuada. Y es necesario aprender a no dejar rastro.

—También parece lógico. Sin embargo, hoy ha venido usted en el coche de Makubulo Joseph, que es un charlatán de cuidado; a estas horas habrá contado a todo el mundo que…

—Habrá contado lo que yo quiero que cuente. He servido en bandeja una pista falsa. Disculpe que no entre en detalles… ¿Cómo sabe usted quién me ha traído?

—Hace cuarenta años que fundé el hospital de Bebenbeleke. Conozco hasta el nombre del último perro que ladra y de la última gallina que cacarea.

—Es decir, que vino aquí directamente desde Mariawald.

—¿Le interesa mucho?

—Me fascina. He tenido tiempo de pensar mucho en usted. ¿Siempre ha trabajado solo?

—No trabajo solo. Antes de que salga el sol, tres enfermeras empiezan a atender a los pacientes. Yo también madrugo, aunque no tanto.

—Lamento robarle el tiempo.

—No creo que hoy tenga mucha importancia la interrupción.

—¿Y hace algo más?

—No. Dedico todas mis fuerzas a ayudar a los necesitados todas las horas de toda la vida que me queda.

—Suena a juramento religioso.

—Bueno… Todavía soy medio monje.

—¿No dejó el convento?

—Salí de la Orden de la Trapa; abandoné el monasterio pero sigo pensando como un monje… sin comunidad.

—¿Y dice misa y esas cosas?

—No soy sacerdote. Non sum dignus.

Aprovecharon el silencio para rebajar considerablemente el plato de mijo.

—Es sabroso —dijo el recién llegado.

—La verdad es que estoy hasta el gorro. Echo de menos muchas comidas, como el Sauerkraut, por ejemplo. Ni siquiera recuerdo el sabor, pero lo echo de menos.

—Vaya, si lo llego a saber…

—No, que los añore no significa que… —Tragó una cucharada de mijo—. No me merezco el Sauerkraut.

—Tal vez exagere usted… En fin, no tengo ningún derecho a…

—No lo tiene, se lo aseguro.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y se sacudió la bata, todavía impoluta. Apartó la bandeja de la comida sin preguntar nada a su interlocutor y quedaron los dos frente a frente, con la mesa lisa en medio.

—¿Y el piano?

—Lo dejé. Non sum dignus. Hasta el recuerdo de la música que antes veneraba me da náuseas.

—Exagera, ¿no?

—Dígame cómo se llama usted.

Silencio. Un instante de cálculo del recién llegado.

—¿Por qué?

—Por curiosidad. No voy a poder utilizarlo de ninguna forma.

—Es mejor que no.

—Usted manda.

Sin poder evitarlo, sonrieron los dos.

—No conozco al cliente. Pero me ha dado una palabra clave que a usted lo orientará, si tiene curiosidad. ¿No le gustaría saber quién me ha hecho el encargo?

—No. Sea quien sea, agradezco que haya venido.

—Me llamo Elm.

—Gracias por la confianza, Elm. No se lo tome a mal, pero tengo que pedirle que cambie de trabajo.

—No me quedan muchos encargos por hacer. Me jubilo.

—Me satisfaría mucho más que éste fuera el último.

—No puedo prometérselo, doctor Budden. Quisiera hacerle una pregunta delicada.

—Adelante, yo acabo de hacerle una.

—¿Por qué no se ha entregado a la justicia? Quiero decir, cuando salió de la cárcel, si creía que no había purgado su falta…, pues…

—En la cárcel o muerto no habría podido restituir el mal.

—¿Qué se puede restituir, cuando se ha hecho algo irreparable?

—Somos una comunidad que vive en una roca navegando por el espacio siempre buscando a Dios entre la niebla.

—No lo entiendo.

—Me lo imagino. Quiero decir que siempre es posible reparar en una persona el mal que se le ha hecho a otra, pero es necesario repararlo.

—Y tampoco le habría gustado que su nombre…

—En efecto, tampoco me habría gustado, es cierto. Desde que salí de la cárcel, mi vida ha consistido en ocultarme y reparar, aun sabiendo que nunca llegaré a compensar todo el mal. Hace décadas que lo llevo dentro y no se lo había confiado nunca a nadie.

—Ego te absolvo, etcétera, ¿no?

—No se ría. Lo intenté una vez, pero la cuestión es que mi pecado no puede ser perdonado porque es demasiado grande. He dedicado la vida a expiarlo, consciente de que cuando llegase este día todavía estaría en la línea de salida.

—Por lo que recuerdo, si el arrepentimiento es suficientemente…

—Déjese de tonterías. ¡Qué sabe usted!

—Tuve una educación religiosa.

—¿Para qué le ha servido?

—¡Quién fue a hablar!

Volvieron a sonreír ambos. El doctor Müss metió la mano entre la bata y hurgó en la camisa. Rápidamente, el recién llegado se abalanzó sobre la mesa y le inmovilizó el brazo agarrándolo por la muñeca. Lentamente, el médico sacó un trapo sucio y doblado. Al ver lo que era, el recién llegado lo soltó. El médico puso el trapo (se adivinaba que alguna vez lo habían cortado por la mitad, seguramente para hacer dos trozos) encima de la mesa y, con gestos que parecían litúrgicos, lo desplegó. Medía palmo y medio por palmo y medio y conservaba restos de hilo blanco y azul formando cuadritos. El recién llegado lo miró con curiosidad. Echó una ojeada al médico, que había cerrado los ojos. ¿Como si rezara? ¿Como si recordase?

—¿Cómo fue capaz de hacer lo que hizo?

El doctor Müss abrió los ojos.

—Usted no sabe lo que hice.

—Me he documentado. Formó parte de un equipo de médicos que se dedicó a conculcar el juramento hipocrático.

—A pesar de su profesión, es usted ilustrado.

—Como usted. No quiero perder la oportunidad de expresarle la repugnancia que me produce usted.

—Merezco el desprecio de los asesinos. —Cerró los ojos y dijo, como si recitase—: Pequé contra el hombre y contra Dios. En nombre de una idea.

—¿Creía en ella?

—Sí. Confiteor.

—¿Y el sentido de la piedad y de la compasión?

—¿Usted ha matado a niños? —El doctor Müss lo miró a los ojos.

—Le recuerdo que soy yo quien hace las preguntas.

—Ya; es decir, sabe lo que se siente.

—Ver llorar a un niño a quien se le arranca a lo vivo la piel del brazo para estudiar los efectos de las infecciones… y no sentir compasión.

—Yo no era hombre, padre —confesó el doctor Müss.

—¿Y cómo, no siendo hombre, pudo arrepentirse?

—No lo sé, padre. Mea maxima culpa.

—Ninguno de sus colegas se ha arrepentido, doctor Budden.

—Porque sabían que el pecado era demasiado grande para pedir perdón por él, padre.

—Algunos se han suicidado y otros han huido y se han escondido como ratas.

—No soy quién para juzgarlos, porque soy como ellos, padre.

—Pero es usted el único que desea reparar el mal.

—Eso no lo sabemos; no hay motivo para que sea yo el único.

—Me he documentado lo suficiente. Por cierto, Aribert Voigt.

—¿Qué?

Aunque sabía dominarse, el doctor Müss no pudo evitar un escalofrío violento al oír ese nombre.

—Lo cazamos.

—Se lo merecía. Y que Dios me perdone, padre, porque yo también me lo merezco.

—Lo castigamos.

—No puedo decir nada. Es todo tan desmesurado, y la culpa tan profunda…

—Hace ya unos años que le dimos caza. ¿No se alegra?

—Non sum dignus.

—Lloró y pidió perdón. Y se cagó en los pantalones.

—No voy a llorar por Voigt, pero tampoco me agradan esos detalles.

El recién llegado se quedó mirando fijamente al médico un buen rato.

—Soy judío —dijo por fin—. Trabajo por encargo, pero lo hago con ganas. ¿Me entiende?

—Perfectamente, padre.

—¿Sabe lo que me parece, en el fondo?

Konrad Budden abrió los ojos, asustado, como si temiera encontrarse ante el anciano cartujo que miraba fijamente una grieta de la madera del gélido confesionario. Ante él, el tal Elm, sentado, mirándolo atentamente a los ojos, con la cara surcada de arrugas por muchos sucesos, no observaba una grieta: lo miraba a los ojos. Müss le sostuvo la mirada.

—Sé lo que le parece, padre: que no tengo derecho al paraíso.

Elm lo miró en silencio, disimulando la sorpresa. Konrad Budden prosiguió:

—Y tiene razón. El pecado es tan horrendo que el verdadero infierno es el que he elegido yo: asumir la culpa y seguir viviendo.

—No crea que lo entiendo.

—Ni lo pretendo. No me amparo en la idea que nos guiaba ni en la frialdad del alma que nos hacía más tolerable el infierno que infligíamos. Y no busco el perdón de nadie. Ni de Dios. Sólo he pedido la oportunidad de reparar el mal en la medida de lo posible.

Se tapó la cara con las manos y dijo doleo, mea culpa. Cada día revivo el mismo sentimiento con la misma intensidad.

Silencio. Fuera, una dulce quietud iba apoderándose del hospital. Elm creyó oír a lo lejos, amortiguado, el ronroneo de un televisor. En voz más baja, disimulando la alteración, el doctor Müss dijo:

—¿Será un secreto o publicarán mi identidad cuando haya muerto?

—Mi cliente quiere que quede en secreto. Quien paga manda.

Silencio. Sí, un televisor. Insólito, en aquel lugar. Elm se reclinó en la silla:

—¿Ahora no quiere saber quién me ha contratado?

—No lo necesito. Viene usted de parte de todos.

Y puso las manos encima del trapo sucio con un gesto delicado, un poco solemne.

—¿Qué es este trapo? —preguntó Elm—: ¿Una servilleta?

—Yo también tengo mis secretos.

El doctor dejó las manos encima del trapo y dijo si le parece bien, estoy preparado.

—Tenga la bondad de abrir la boca…

Konrad Budden cerró los ojos piadosamente y dijo cuando quiera, padre. Al otro lado de la ventana se oyó el cacareo escandalizado de una gallina que debía de estar a punto de irse a dormir. Y más lejos, risas y aplausos en el televisor. Entonces Eugen Müss, el hermano Arnold Müss, el doctor Konrad Budden abrió la boca para recibir el viático. Oyó abrirse enérgicamente la cremallera de la bolsa. Oyó ruidos metálicos que lo transportaron al infierno y lo asumió como una penitencia de propina. No cerró la boca. Tampoco pudo oír la detonación porque la bala fue más rápida.

El visitante guardó la pistola en el cinturón y sacó un kalashnikov de la bolsa. Antes de salir de la estancia, dobló cuidadosamente el trapo como si también para él fuese un rito y lo guardó en el bolsillo. La víctima seguía pulcramente sentada en la silla, con la boca destrozada y apenas un reguerillo de sangre. Ni siquiera se manchó la bata blanca. Demasiado viejo para tener todavía sangre que derramar, pensó, mientras quitaba el seguro al rifle automático y se disponía a desfigurar los hechos. Calculó de dónde procedía el ronroneo del televisor. Sabía que debía dirigirse en esa dirección. Era evidente que la muerte del médico debía pasar inadvertida, pero, para conseguirlo, pensó que era preciso que se hablase mucho de lo otro. Gajes de ese oficio.

41

Todo lo que les cuento, estimados amigos y colegas, fue antes de la *Història del pensament europeu*. Quien buscara información práctica sobre nuestro hombre, podía consultar principalmente dos fuentes: la *Gran Enciclopèdia Catalana* y la *Encyclopaedia Britannica*. Esta última, que era la que tenía yo más a mano, en su decimoquinta edición dice:

Adrià Ardèvol i Bosch (Barcelona, 1946). Profesor de Teoría de las corrientes estéticas y de Historia de las ideas, doctorado en 1976, en Tübingen, y autor de *La revolució francesa* (1978), alegato contra la violencia en nombre de un ideal en el que pone en duda la legitimidad histórica de figuras como Marat, Robespierre o el mismo Napoleón; con una filigrana intelectual los compara con personajes sanguinarios del siglo veinte como Stalin, Hitler, Franco o Pinochet. En realidad, en esos momentos, al joven profesor Ardèvol le importaba un pimiento la historia: simplemente, en la época en que elaboró el libro, todavía estaba indignado por la desaparición, hacía ya unos años, de su Sara ↑Voltes-Epstein (París, 1950-Barcelona, 1996), quien se marchó sin dar explicaciones. Por aquel entonces estaba convencido de que el mundo y la vida le debían una. Fue incapaz de confiárselo a su buen amigo Bernat ↑Plensa i Punsoda (Barcelona, 1945), el cual, por lo contrario, lo utilizaba a menudo para llorar sus desgracias. La obra produjo malestar en círculos intelectuales franceses y, en consecuencia, le dieron la espalda hasta que lo olvidaron. Por eso, *Marx?* (1980) pasó desapercibida; ni siquiera los pocos estalinistas catalanes que quedaban tuvieron noticia de su aparición para poder masacrarla. A raíz de una visita a ↑Lola Xica (la Barceloneta 1910-1982), dio con la pista de su querida Sara (vid. supra) y recuperó la paz, exceptuados algunos episodios esporádicos con Laura ↑Baylina (Barcelona, ¿1959?), con quien no supo cortar honradamente la relación que él reconoce

haber llevado de manera muy injusta, mea culpa, confiteor. Desde hace unos años se barrunta que da vueltas a la elaboración de una *Història del Mal*, pero no lo ve nada claro y por eso tardará en convertir el proyecto en realidad, si es que lo consigue. Recuperada la paz interior, pudo dedicar sus esfuerzos a escribir la obra más lograda, en su opinión, *La voluntat estètica* (1987), que recibió el apoyo entusiasta de Isaiah ↑Berlin (cfr. *Personal Impressions*, Hogarth Press, 1987 2nd ed., 1988, Pimlico) y, después de unos años de dedicación febril, a la culminación de la impresionante *Història del pensament europeu* (1994), su obra más valorada internacionalmente, la que nos reúne hoy en la Sala de Grados del Brechtbau, de la Facultad de Filosofía y Letras de esta universidad. Para mí es un honor haber tenido la oportunidad de preparar esta modesta introducción al acto, aunque ha sido un gran esfuerzo no dejarme llevar por recuerdos personales y subjetivos, puesto que mi relación con el doctor Ardèvol se remonta muchos años en el tiempo, hasta los pasillos, aulas y despachos de esta universidad, cuando yo era un profesor recién llegado (¡también fui joven, queridos alumnos!) y el estudiante Ardèvol era un joven un tanto desesperado por un problema del corazón que lo lanzó a una actividad sexual frenética, pues no paró de copular a diestro y siniestro hasta que estableció una complicadísima relación con una tal Kornelia ↑Brendel (Offenbach, 1948), que fue un verdadero calvario para él, porque la muchacha, no tan bonita como le parecía a él, aunque había que reconocer que prometía un buen polvo, se emperraba en tener nuevas experiencias, circunstancia difícil de sobrellevar para un mediterráneo apasionado como el doctor Ardèvol. En fin, tanto como para un germánico frío y cabeza cuadrada, dicho sea de paso. Nunca le cuenten lo que voy a decir ahora, porque podría tomárselo muy mal, pero reconozco que un servidor fue una de las nuevas experiencias de Brendel. Me explico: después de un jugador de baloncesto inmenso y de un finlandés jugador de hockey sobre hielo, y después de un pintor que tenía pulgas en el pelo, Brendel optó por otro tipo de experiencias; se fijó en mí y tuvo curiosidad por saber qué tal sería tirarse a un profesor. La verdad es que debo reconocer que no fui más que un trofeo de caza y mi cabeza, tocada con el birrete de graduación, adorna la chimenea de su castillo, junto a la del finlandés, que lleva un casco rojo chillón. Y basta, porque el tema de

hoy no soy yo, sino el doctor Ardèvol. Decía que la relación con Brendel fue un calvario que superó refugiándose en el estudio, motivo por el que deberíamos erigir un monumento junto al Neckar a la tal Kornelia Brendel. Ardèvol terminó los estudios en Tübingen y leyó la tesis doctoral sobre Vico que, os lo recuerdo aunque ya lo sabéis, recibió grandes elogios del profesor Eugen Coşeriu (vid. Eugenio Coşeriu-Archiv, Eberhard Karls Universität), quien, a pesar de la edad, sigue tan lúcido y enérgico como siempre y no para de mover nerviosamente el pie en primera fila, aunque parece muy satisfecho. Me consta que la tesis del doctor Ardèvol es uno de los textos más solicitados por los estudiantes de historia de las ideas de esta universidad. Y me detengo aquí porque no pararía de alabarlo. Cedo la palabra al fatuo y engreído doctor Schott. Kamenek, con una sonrisa, corrió el micrófono hacia el profesor Schott, guiñó un ojo a Adrià y se arrellanó en la silla. Había un centenar de personas en la sala de grados, una interesante mezcla de profesores y estudiantes curiosos. Y Sara pensó qué guapo está con la americana nueva.

Fue el estreno mundial de la americana que le obligó a comprarse, si quería que lo acompañara a Tübingen a la presentación de su *Història del pensament europeu*. Y Adrià, en la mesa, junto a los ilustres presentadores, la miró y me dije Sara de mi vida, esto es un sueño. No la presentación profunda, escrupulosa y sentida de Kamenek, con leves y discretas concesiones a un tono más personal y subjetivo; no el parlamento entusiasta del profesor Schott, que aseguraba que *Die Geschichte des europäischen Denkens* es una reflexión de gran envergadura que es preciso llevar a todas las universidades europeas y os ruego que no tardéis en leerla. ¿Os ruego? ¡Os conmino a leerla! No en vano el profesor Kamenek se ha referido a Isaiah Berlin y a su *Personal Impressions* (vid. supra). Tendría que añadir, si me lo permite, profesor Kamenek, las referencias explícitas que Berlin hace a Ardèvol, tanto en la conversación con Jahanbegloo como en la biografía canónica de Ignatieff. No, nada de todo esto es un milagro, Sara. Ni la lesung que se alargará al menos una hora, seguro. No es eso, Sara. Es verte aquí, en el asiento en el que tantas veces me senté yo, con tu cola de

caballo oscura, que cae por la espalda, mirándome y conteniendo una sonrisa, pensando que estoy guapo con la americana nueva, ¿no es así, profesor Ardèvol?

—¿Cómo dice, profesor Schott?

—Denos su opinión.

Mi opinión. Dios mío.

—Amor, que mueve el sol y las estrellas.

—¿Qué? —perplejo, el profesor miró al público y de nuevo, completamente desconcertado, a Adrià.

—Es que estoy enamorado y enseguida pierdo el hilo de las cosas. ¿Puede repetirme la pregunta?

El centenar de personas presentes no sabía si reírse o no. Miradas inquietas, sonrisas medio congeladas, de conejo; hasta que Sara estalló en una carcajada generosa y la gente pudo imitarla.

El profesor Schott repitió la pregunta. El profesor Ardèvol la contestó con precisión, a mucha gente le brillaban los ojos de interés y la vida es maravillosa, pensaba yo. Y después leí el tercer capítulo, el más subjetivo, el que dediqué a mi descubrimiento de la naturaleza histórica del conocimiento, antes de haber leído una sola línea de Vico. Y la impresión que le causó descubrirlo por indicación del profesor Roth, que lamentablemente ya no se encuentra entre nosotros. Y mientras leía no podía dejar de pensar que, veinte años antes, Adrià había huido a Tübingen a lamerse las heridas de la deserción súbita e inexplicable de Sara, quien se reía ahora, satisfecha, enfrente de él; que muchos años antes paseaba por Tübingen copulando a diestro y siniestro, como muy bien habían indicado en la presentación, y buscando en cada chica que encontraba en las aulas de la universidad algún rasgo que le recordase a Sara. Y ahora, en la 037, la tenía ante mí, más madura, mirándolo con una mueca irónica, mientras él cerraba el libro y decía un libro como éste requiere muchos años de trabajo y espero que no se me ocurra escribir ningún otro hasta dentro de muchos, muchos, muchísimos años, amén. Y el público, cívicamente entusiasmado, golpeó con los nudillos en la mesa. Y después, la cena con el profesor Schott, la decana Vartten, Kamenek, que estaba emocionado, y dos profesoras un tanto mudas y tímidas. Una de ellas, tal vez la bajita, dijo con

un hilo de voz que le había conmovido el retrato humano que Kamenek había hecho del doctor Ardèvol, y Adrià ensalzó la sensibilidad del profesor Kamenek, mientras éste bajaba los ojos, un tanto asombrado por los inesperados elogios. Después de cenar, Adrià llevó a Sara a pasear por el parque, que, a la última claridad del día, emanaba un estallido aromático de primavera fría, y ella no paraba de repetir qué bonito es todo esto. Aunque haga frío.

—Dicen que hoy nevará.

—Sigue siendo muy bonito.

—Siempre que estaba triste y pensaba en ti venía a pasear por aquí. Y saltaba la cerca del cementerio.

—¿Se puede?

—¿Ves? Yo ya he podido.

No lo pensó dos veces y también la saltó. Treinta metros más allá encontraron las verjas de la entrada, que estaban abiertas, y Sara hizo el esfuerzo de contener una risa nerviosa, como si le diese apuro reírse en la casa de los muertos. Llegaron hasta la última tumba y Sara leyó el nombre con curiosidad.

—¿Quiénes son? —dijo el comandante sin estrellas.

—Alemanes de la resistencia.

El comandante se acercó a ellos para verlos mejor. El hombre era de mediana edad, parecía oficinista, más que guerrillero, y ella, una pacífica ama de casa.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Es muy largo de contar. Queremos explosivos.

—De dónde hostias salís y quién coño os pensáis que sois.

—Himmler tiene que pasar por Ferlach.

—¿Dónde queda eso?

—En Klagenfurt. Aquí, al otro lado de la frontera. Conocemos el terreno.

—¿Y?

—Queremos brindarle un buen recibimiento.

—¿Qué clase de recibimiento?

—Hacerlo volar por los aires.

—No lo permitirá.

—Sabemos cómo hacerlo.

—No sabéis cómo hacerlo.

—Sí, porque estamos dispuestos a morir para matarlo.

—¿Quiénes decís que sois?

—No lo hemos dicho. Los nazis han desarticulado nuestra célula de resistencia. Han ejecutado a treinta compañeros. Y nuestro líder se suicidó en la cárcel. Los que quedamos deseamos que la muerte de tantos héroes tenga sentido.

—¿Quién era vuestro líder?

—Herbert Baum.

—¿Vosotros sois del grupo de…?

—Sí.

Miradas inquietas entre el comandante sin estrellas y su ayudante de bigote rubio.

—¿Cuándo dices que pasará Himmler?

Estudiaron a fondo el plan suicida; sí, era posible; muy posible. Por tanto, bajo la supervisión de Danilo Janicek, les asignaron una ración generosa de dinamita. Puesto que los recursos escaseaban, decidieron que al cabo de cinco días Janicek se reintegrase al grupo partisano, tanto si se había llevado a cabo la operación como si no. Pero Janicek no se suicidará con vosotros en ningún caso.

—Es peligroso —protestó Danilo Janicek, a quien no le entusiasmó nada la idea, cuando se la expusieron.

—Sí. Pero si sale…

—No lo veo claro.

—Es una orden, Janicek. Llévate a alguien que te cubra las espaldas.

—El cura. Necesito espaldas fuertes y buena puntería.

Y así fue como Drago Gradnik recorrió los senderos de Jelendol emulando a un krošnjar, cargado de explosivos hasta la coronilla y con la misma alegría que si transportase cucharas y platos de madera. Las cargas llegaron íntegras a buen puerto. Un hombre delgado como un fideo los recibió en un garaje oscuro de Waidischerstrasse y les aseguró que estaba confirmada la visita de Himmler a Ferlach para dos días después.

Nadie pudo explicarse cómo sucedió la desgracia. Los mismos activistas del grupo de Herbert Baum todavía no se lo explican. El caso es que la víspera del día señalado, Danilo y el cura prepararon las cargas.

—Era un material inestable.

—No. Se usaba en operaciones militares: de inestable, nada.

—Estoy seguro de que sudaba. No sé si sabes que cuando la dinamita suda…

—Lo sé, pero el material estaba en buenas condiciones.

—Entonces, ellos eran unos chapuceros.

—No creo. Sin embargo, no cabe otra explicación.

El caso es que a las tres de la madrugada, cuando ya habían empaquetado las cargas dentro de las mochilas con las que los dos componentes del comando suicida pensaban saltar por los aires con Himmler como pareja de baile, Danilo, cansado y nervioso, le dijo no toque eso, hostias, y el cura, fatigado y ofendido por el tono del guerrillero, soltó con demasiada fuerza la mochila que acababan de cargar. Se hicieron la luz y el ruido, el oscuro garaje se iluminó una décima de segundo antes de saltar por los aires con cristales, ladrillos del tabique y trocitos de Danilo y del padre Gradnik, todo mezclado con escombros.

Cuando las autoridades militares de ocupación intentaron reconstruir los hechos, sólo encontraron los restos de al menos dos personas, una de las cuales tenía los pies como rebanadas de pan de hogaza. Y entre chatarra, tripas y salpicaduras de sangre apareció, atada a un cuello ancho, la placa de identificación del desaparecido SS-Obersturmführer Franz Grübbe, el abyecto causante, según la única versión que se dio por buena, la del SS-Hauptsturmführer Timotheus Schaaf, del humillante desastre de una división Waffen-SS que sucumbió heroicamente a la entrada de Kranjska Gora porque éste, tan pronto como oyó los primeros disparos, huyó en dirección al enemigo con las manos en alto y suplicando clemencia. ¡Un SS suplicando clemencia a un comando guerrillero comunista! Ahora lo entendemos: el abyecto traidor ha reaparecido, implicado en la preparación de un abyecto atentado contra el Reich Führer en persona, porque no se trataba sino de un plan para matar al Reichsführer Heinrich Himmler.

—¿Y quién es ese Grübbe?

—Un traidor a la patria, al Führer y al sagrado juramento que pronunció de forma solemne al ingresar en la Schutzstaffel. El SS-Haumptsturmführer Schaaf puede proporcionaros más datos.

—Sea vergonzosamente vilipendiado.

El telegrama que recibió Lothar Grübbe, seco y preciso, le informaba de la infamia cometida por su abyecto hijo, que, en un intento de atentado contra su sumo superior directo, el Reichsführer, había estallado en mil abyectos pedazos cuando manipulaba el explosivo. Y que se había detenido a doce traidores alemanes pertenecientes a un grupúsculo ya aplastado, el del abyecto judío Herbert Baum. La vergüenza del imperio caerá sobre su abyecto hijo durante mil años.

Y Lothar Grübbe lloró con una sonrisa y por la noche dijo a Anna lo ves, querida, nuestro hijo lo pensó dos veces. Quería ahorrarte la noticia, pero resulta que a nuestro Franz le llenaron la cabeza de mierda hitleriana; pero de alguna manera se dio cuenta de que se había equivocado. Ha caído sobre nosotros la infamia del régimen, que es la mayor alegría que podían dar a un Grübbe.

Para celebrar el valor del pequeño Franz, el héroe de la familia, el único que había respondido con valentía a la bestia del Reich, pidió a Günter Raue que le devolviese el favor; después de tantos años, sí. Y Günter Raue calculó los pros y los contras y dijo sí, Lothar, amigo mío, pero con una condición. ¿Cuál? Que, por el amor de Dios, seáis discretos. Y te indicaré la propina que debes dar a los sepultureros. Y Lothar Grübbe dijo de acuerdo, me parece justo. Cinco días después, mientras se decía que el frente occidental empezaba a ser un problema y nadie hablaba del desastre de Bielorrusia, donde la madre tierra se había tragado a un grupo de ejércitos enteros, en el tranquilo cementerio de Tübingen, en la parcela de la familia Grübbe-Landau, ante un hombre triste y su sobrina Herta Landau, de los Landau de Bebenhausen, recibió sepultura en un ataúd vacío la memoria de un héroe valeroso al que honraremos con flores blancas

como su alma cuando vengan tiempos mejores. Estoy orgulloso de nuestro hijo, querida Anna, que ya se ha reunido contigo. Yo no tardaré mucho en seguiros, porque aquí ya no tengo nada que hacer.

Anocheció. Pensativos, salieron por las puertas, abiertas todavía; ella lo cogió de la mano, llegaron en silencio al farol que iluminaba el camino del parque y allí le dijo me parece que es cierto lo que ha dicho el profesor Schott.

—Ha dicho muchas cosas.

—Me refiero a lo de que tu historia del pensamiento europeo es una obra importante de verdad.

—No sé. Me gustaría que fuese cierto, pero no lo sé.

—Lo es —insistió Sara. Y además, te quiero.

—Pues hace tiempo que se me están ocurriendo otras cosas.

—¿De qué clase?

—No sé. La historia del mal.

Mientras salían del cementerio, Adrià dijo el problema es que no me sitúo. Me veo incapaz de reflexionar de verdad. Se me ocurren, no sé, ejemplos, pero no una idea que…

—Tú ponte a escribir, que yo estoy a tu lado.

Y escribí con Sara a mi lado, mientras ella dibujaba muy cerca de mí. Nos quedaba poco tiempo, muy poco, de estar juntos, trabajando, viviendo, reconciliándonos con nuestros miedos. Yo escribiendo y tú a mi lado. Sara ilustrando cuentos y dibujando al carbón y Adrià a su lado, admirando su trazo. Sara cocinando kosher e instruyéndolo en la riqueza de la cocina judía y Adrià respondiendo con la eterna tortilla de patatas, el arroz hervido o el pollo a la plancha. De cuando en cuando, un paquete de Max con botellas de añadas selectas. Y reírnos sin más ni más. Y entrar en el estudio mientras ella mira absorta, desde hace más de diez minutos, el caballete con una lámina en blanco, pensando en sus cosas, en sus misterios, en sus secretos, en sus lágrimas que no me permite enjugar.

—Yo también te quiero, Sara.

Y ella daba media vuelta y pasaba del papel en blanco a mi rostro pálido (palidísimo según el valeroso Águila Negra) y tardaba tres segundos en sonreír porque le costaba mucho dejar a un lado sus cosas, sus misterios,

sus secretos, sus lágrimas misteriosas. Pero éramos felices. Y ahora, al salir del cementerio, en Tübingen, me dijo tú ponte a escribir, que yo estoy a tu lado.

Cuando hace frío, aunque sea primavera, los pasos nocturnos suenan de otra manera, como si el frío hiciese ruido. Eso pensó Adrià mientras se dirigían en silencio al hotel. Pasos nocturnos de dos personas felices.

—Sie wünschen?

—¿Adrià Ardèvol? ¿Adrià? ¿Eres tú?

Adrià miró a Sara, que estaba quitándose el anorak y se disponía a correr las cortinas de la habitación del hotelito Am Schloss.

—¿Qué hacemos? ¿Qué quieres?

Sara tuvo tiempo de lavarse los dientes, ponerse el pijama y meterse en la cama. Adrià decía ajá, sí, claro, claro, sí. Hasta que decidió no decir nada y escuchar solamente. Cinco silenciosos minutos después, miró a Sara, que contemplaba el techo dejándose mecer por el silencio.

—Oye, mira, es que… Sí. Sí. Claro.

Tres minutos más. Me parece que tú, querida, pensabas en nosotros dos. De cuando en cuando te miraba de reojo y veía que ocultabas una sonrisa de satisfacción. Me parece, querida, que estabas orgullosa de mí y yo era el hombre más feliz del mundo.

—¿Qué dices?

—Pero, chico, ¿atiendes a lo que digo o qué?

—Sí, sí, claro.

—Pues ya ves, eso es lo que hay. Y estoy…

—Bernat, tal vez deberías pensar en separarte. Si no ha funcionado, no hay nada que hacer. —Pausa. Adrià oía la respiración de su amigo en el otro extremo de la línea—: ¿No te parece?

—Hombre, es que…

—¿Qué tal vas con la novela?

—No voy. ¿Cómo quieres que vaya, con este mondongo? —Silencio a lo lejos—. Además, no sé escribir y encima tú quieres que me separe.

—Yo no quiero que te separes. No quiero nada. Sólo quiero que seas feliz.

Tres minutos y medio más, hasta que Bernat dijo gracias por escucharme y colgó por fin. Adrià se quedó unos segundos sentado enfrente del teléfono. Se levantó y corrió un poco la fina tela de la cortina. Fuera nevaba silenciosamente. Tuvo la sensación de estar a cubierto, junto a Sara. Contigo, Sara, estaba a cubierto; en ese momento era imposible imaginar que ahora, mientras te escribo, viviría a la intemperie.

42

Volví de Tübingen hinchado como un globo y engallado como un pavo real. Miraba a la Humanidad desde tan arriba que me preguntaba, admirado, cómo podía vivir el resto del mundo tan a ras de suelo. Hasta que fui a tomar un café al bar de la facultad.

—Eh, hola.

Todavía más guapa. Me había puesto a su lado sin darme cuenta.

—Hola, ¿qué haces?

Sí, todavía más guapa. Hacía unos meses que se había dulcificado la irritación que se esforzaba en mostrar cuando estábamos cerca. Por aburrimiento, a lo mejor. O porque le rodaban bien las cosas.

—Bien. ¿Y tú? Bueno, muy bien en Alemania, ¿no?

—Sí.

—Pero a mí me gusta más *La voluntat estètica*. Mucho más.

Sorbito de café. Me gustó esa declaración de principios.

—A mí también; pero que no salga de aquí.

Silencio. Ahora un sorbito de café yo; ahora un sorbito de cortado ella.

—Eres muy bueno —dijo al cabo de un rato.

—¿Cómo?

—Ya está dicho. Eres muy bueno.

—Gracias. Yo…

—No. Más vale que no lo estropees. Dedícate a pensar y a escribir un libro de vez en cuando. Pero no toques a las personas, pasa de largo, ¿entiendes?

Se acabó el cortado de un trago. Me moría por pedirle que se explicara un poco más, pero comprendí que era una tontería hurgar en esa cuestión. Sobre todo teniendo en cuenta que todavía no te había dicho nada de Laura. No te había dicho nada de ella, aunque podía haberlo hecho sin problemas.

Y ella, sin hacerme ningún reproche, me elogió. Hacía un mes que, debido a las reformas, había elegido la mesa de enfrente de la mía, ahora que por fin tenía una para mí solo. Debía acostumbrarme a sostener con Laura una relación distinta. Incluso pensé que, de ese modo, me evitaría tener que hablarte de ella.

—Gracias, Laura —dije.

Dio unos golpecitos en la barra con los nudillos y se marchó. Esperé un poco para no coincidir con ella subiendo las escaleras. Pero me pareció bien que Laura no me mirase con mala cara. Y Omedes me había dicho Laura Baylina, ¿sabes quién digo, una rubita muy mona, que te la comerías? Pues da unas clases sensacionales. Se ha metido a todo el mundo en el bolsillo. Pues me alegro mucho, pensé. Y también pensé seguro que todas las putadas que le he hecho la han ayudado a mejorar. A Omedes le dije que ya me lo habían comentado; de cuando en cuando tiene que haber algún profesor bueno, ¿no es eso?

Adrià Ardèvol se levantó y dio cuatro vueltas por el espacioso despacho. Pensaba en los comentarios que había hecho Laura por la mañana. Se paró frente a los incunables y se dijo que no sabía por qué estudiaba sin parar. Se debía a una sed insólita de comprender el mundo. De comprender la vida. Yo qué sé. Y no pensó más porque oyó rinrinríiin. Esperó un rato, abriría Lola Xica, volvió a sentarse ante su Lewis y leyó cuatro renglones de la reflexión sobre el realismo en literatura.

—Jau.

—Qué.

—Caterina.

—Rinrinríin.

Levantó la cabeza. Caterina se habrá ido ya. Miró la hora. Las siete y media de la tarde, más o menos. Dejó a Lewis con pesar.

Abrió la puerta; era Bernat, con una bolsa de deporte en la mano, y le dijo hola, ¿puedo pasar?, y entró antes de que él le dijese pasa, hombre, pasa.

Al cabo de una hora larga llegó Sara; desde el recibidor, en voz alta y alegre dijo ¡dos cuentos de los Grimm!, cerró la puerta y entró en el despacho cargada de láminas, diciendo ¿no has puesto la verdura al fuego?

—Ah, hola, Bernat —añadió. Y se fijó en la bolsa de deporte.

—Es que… —dijo Adrià.

Sara lo entendió e invitó a Bernat a cenar. Lo dijo como si fuese una orden. A Adrià: seis ilustraciones cada cuento. Y salió a descargarse de las láminas y a poner la cazuela al fuego. Bernat miró tímidamente a Adrià.

—Instálate en la habitación de invitados —dijo Sara para romper el silencio; estaban los tres ante el monasterio de Santa Maria de Gerri, que incluso de noche recibía la luz del sol desde el lado de Trespui. Los dos hombres, atónitos, levantaron la cabeza del plato de verdura.

—Bueno, me imagino que vienes a quedarte unos días, ¿no?

La verdad, Sara, es que Bernat todavía no me lo había pedido. Sabía que quería hacerlo, pero me resistía no sé por qué. Tal vez me molestaba que no tuviera el valor de pedírmelo.

—Si no tenéis inconveniente.

Siempre me habría gustado ser tan directa como tú, Sara. En cambio, soy incapaz de agarrar el toro por los cuernos. Y eso que se trataba de mi mejor amigo. Y, una vez aclarado lo más importante, la cena transcurrió en un ambiente más relajado. Y Bernat se vio obligado a contarnos que él no quiere separarse, pero cada día discutimos más y me duele por Llorenç, que…

—¿Cuántos años tiene?

—No sé. Diecisiete o dieciocho.

—Ya es mayorcito, ¿no? —dije yo.

—¿Mayorcito para qué? —replicó Bernat a la defensiva.

—Por si os separáis.

—A mí lo que me preocupa —dijo Sara— es que no sepas la edad de tu hijo.

—Ya te he dicho que diecisiete o dieciocho.

—¿Tiene diecisiete o tiene dieciocho?

—Bueno…

—¿Qué día es su cumpleaños?

Silencio culpable. Y tú, que cuando quieres encontrar los tres pies al gato, no hay quien te pare, insististe:

—A ver, en qué año nació.

Después de pensar un rato, Bernat dijo mil novecientos setenta y siete.

—¿Verano, otoño, invierno, primavera?

—Verano.

—Tiene diecisiete años. Voilà.

No te ensañaste, pero podías haberla emprendido contra un hombre que no sabe la edad de su hijo y que pobre Tecla, con un tío tan distraído que sólo piensa en lo suyo, como si todos estuviéramos a su servicio, ¿no es eso?, y cosas por el estilo. En cambio, te limitaste a mover la cabeza y te guardaste los comentarios. Acabamos de cenar en paz. Sara se retiró pronto y nos dejó solos, que era una manera de animarme a hacerle hablar.

—Sepárate —le dije.

—Es culpa mía. No sé ni la edad de mi hijo.

—A ver, en serio: sepárate y procura ser feliz.

—No podría. Me roería la culpa.

—¿Culpa de qué?

—De todo. ¿Qué estás leyendo?

—Lewis.

—¿Quién?

—Clive Staples Lewis. Un sabio.

—Ah. —Bernat hojeó el libro y lo dejó en la mesa. Miró a Adrià y dijo es que todavía la quiero.

—¿Y ella te quiere?

—Me parece que sí.

—De acuerdo. Pero os hacéis daño y se lo hacéis a Llorenç.

—Ay, es que… No tiene importancia.

—Por eso te has fugado de casa, ¿no?

Bernat se sentó a la mesa, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar a borbotones, inconteniblemente. La llantina duró un buen rato; yo no sabía qué hacer, si acercarme, si abrazarlo, si darle golpecitos en la espalda

o si contarle un chiste. No hice nada. Es decir, sí. Aparté el libro de C. S. Lewis para que no se mojase. A veces me aborrezco.

Me abrió Tecla y se quedó mirándome en silencio. Me invitó a pasar y cerró la puerta.

—¿Cómo se encuentra?

—Está desorientado, deshecho. ¿Y tú?

—Desorientada. Deshecha. ¿Vienes a hacer de intermediario?

La verdad es que Adrià nunca tuvo muchas cosas de que hablar con Tecla. Eran muy diferentes, ella tenía una mirada muy inquieta y era muy guapa. A veces parecía que lamentase ser tan guapa. En ese momento llevaba el pelo recogido en una cola improvisada y de buena gana le habría dado un beso de tornillo. Cruzó los brazos en actitud modesta y me miró a los ojos, como invitándome a desembuchar de una vez, hombre, a decir que Bernat estaba deshecho y que suplica de rodillas volver a casa; que entiende lo insoportable que es y que procurará hacer lo imposible para…, y que sí, sí, ya lo sé, se marchó dando un portazo, es él quien se fue y no tú que… Pero pide, suplica de rodillas que le dejes volver porque no puede vivir sin ti y…

—Venía a buscar el violín.

Tecla se quedó petrificada unos segundos y, cuando reaccionó, se fue por el pasillo un poco ofendida, creo. Mientras desaparecía, me dio tiempo a decir y las partituras… Están en una carpeta azul, la gruesa…

Volvió con el violín y una gruesa carpeta que dejó en la mesa del comedor, quizá con demasiada fuerza. Estaba mucho más ofendida de lo que me parecía. Entendí que era improcedente hacer reflexiones de ninguna clase y me limité a coger el violín y la carpeta gruesa.

—Lamento mucho todo esto —dije al despedirme.

—Yo también —dijo ella al cerrar la puerta. El portazo también fue un poco más fuerte de lo debido. En ese momento subía Llorenç los escalones de dos en dos con una bolsa de deporte en la espalda. Me metí en el ascensor antes de que el chico vierse quién era el que se escondía de manera tan vergonzosa. Ya lo sé, soy un cobarde.

El segundo día, por la tarde, Bernat estudió; por fin volvió a oírse un violín solvente entre las cuatro paredes de casa. Adrià, en el despacho, miraba al techo para oír mejor. Bernat, en la habitación, llenaba el patio de luces de sonatas de Enescu. Y por la noche me pidió el storioni y lo hizo llorar veinte o treinta deliciosos minutos. Interpretó unas sonatas de tonton Leclair, pero esta vez él solo. Se me ocurrió que debía regalarle el Vial. Que él sí que le sacaba provecho. Pero me contuve a tiempo.

No sé si la música ayudó. El caso es que después de cenar charlamos los tres largo y tendido. Excepcionalmente, Sara habló de su tío Haïm y de ahí pasamos a la banalidad del mal, porque hacía poco que había leído yo ávidamente a Arendt y me rondaban por la cabeza unas cuantas cosas a las que no sabía dar salida.

—¿Por qué te preocupa? —dijo Bernat.

—Si el mal puede ser gratuito, estamos apañados.

—No entiendo.

—Si yo puedo hacer daño porque sí y no pasa nada, la humanidad no tiene futuro.

—Te refieres al crimen sin motivo, sin más ni más.

—Un crimen sin más ni más es la cosa más inhumana que puedas imaginarte. Veo a un hombre esperando el autobús y lo mato. Horrible.

—¿El odio justifica el crimen?

—No, pero lo explica. El crimen gratuito, además de horroroso, es inexplicable.

—¿Y un crimen en nombre de Dios? —intervino Sara.

—Es gratuito, pero con coartada subjetiva.

—¿Y si es en nombre de la libertad? ¿O del progreso? ¿O del futuro?

—Matar en nombre de Dios o del futuro es lo mismo. Cuando la justificación es ideológica, desaparecen la empatía y el sentimiento de compasión. Se mata fríamente, sin que la conciencia se vea afectada. Como en el crimen gratuito de un psicópata.

Se callaron un rato, no se miraban a los ojos, como si la conversación los desanimara.

—Hay cosas que no sé explicar —dijo Adrià con voz lúgubre—. La crueldad. La justificación de la crueldad. Cosas que no me explico, si no es por la narración.

—¿Por qué no lo intentas? —me dijiste, mirándome con tus ojos que todavía me taladran.

—No sé escribir —dijo Bernat.

—No te burles, que no estoy en condiciones.

La conversación languideció y nos fuimos a dormir. Recuerdo, querida, que fue el día en que me decidí. Estuve una hora con los ojos como platos, me levanté sin hacer ruido y volví al despacho. Cogí la pluma y unos folios en blanco e intenté remediarlo empezando muy lejos, con la idea de acercarme a nosotros poco a poco, y escribí que las piedras no sean muy pequeñas, porque entonces son inofensivas. Pero tampoco muy grandes, porque entonces abreviarían excesivamente el suplicio del culpable. Porque estamos hablando de castigar a culpables, no lo olvidemos nunca. Que todos los hombres buenos que levantan el dedo, deseosos de participar en una lapidación, sepan que la falta se expía por el sufrimiento. Así es. Siempre lo ha sido. Por tanto, si hieren a la mujer adúltera, si le vacían un ojo, si se muestran insensibles a su llanto, complacen al Altísimo, el Dios Único, el Compasivo, el infinitamente Misericordioso.

Alí Bahr no se presentó voluntario: era el acusador y por tanto, tenía el privilegio de tirar la primera piedra. Ante él la infame Amani, enterrada en un agujero, mostrando sólo su impúdico rostro, lloroso ahora, repetía desde hacía mucho rato no me matéis, Alí Bahr os ha mentido. Y Alí Bahr, impaciente, incomodado por las palabras que profería la culpable, se adelantó a la señal del qadi y tiró la primera piedra, a ver si esa ramera se calla de una pputa vez, loado sea el Altísimo. Y la piedra que debía hacer callar a la ramera avanzaba tan despacio…, como él cuando entró en casa de Amani so pretexto de venderle un cesto de dátiles, y Amani, al ver entrar a un hombre, se cubrió el rostro con el trapo de cocina que llevaba en las manos y dijo qué hacéis aquí y quién sois.

—Vengo a vender estos dátiles a Azizzadeh Alfalati, el comerciante.

—No está; no volverá hasta la noche.

Eso era lo que Alí Bahr deseaba que le confirmasen. Además, había podido verle el rostro: más bella, mucho más bella de lo que le habían dicho en el hostal de Murrabash. Las mujeres blasfemas suelen ser más bellas. Alí Bahr dejó el cesto de dátiles en el suelo.

—No los hemos pedido —dijo ella, desconfiada—. No tengo potestad para…

Él avanzó dos pasos hacia la mujer y, abriendo los brazos, con seriedad, dijo sólo quiero desenmascarar tu secreto, pequeña Amani. Con los ojos chispeantes, concluyó secamente:

—Vengo en nombre del Altísimo para confundir a la blasfemia.

—¿Qué queréis decir? —asustada, la bella Amani.

Se acercó más a la muchacha.

—Me veo obligado a buscar tu secreto.

—¿Mi secreto?

—Tu blasfemia.

—No sé de qué me habláis. Mi padre… Él… Él os pedirá explicaciones.

Alí Bahr no pudo disimular el chispear de los ojos. Dijo secamente:

—Desnúdate, perra blasfema.

La insidiosa Amani, en lugar de obedecer, huyó hacia el interior de la casa y Alí Bahr se vio obligado a seguirla y a agarrarla por el cuello. Y cuando ella pidió auxilio a gritos, tuvo que taparle la boca con una mano mientras que con la otra tiraba de la ropa para sacar el pecado a la luz.

—¡Mira, blasfema!

Y, al arrancarle la medalla que llevaba colgada, le abrió un surco de sangre alrededor del cuello.

El hombre miró la medalla. Una figura humana: una mujer con un niño en brazos y al fondo un árbol frondoso y desconocido. Por el otro lado, unas letras cristianas. Es decir, que era cierto lo que murmuraban las mujeres sobre la bella Amani: adoraba a dioses falsos o, al menos, desobedecía la ley de no labrar, esculpir, dibujar, pintar, comprar, ponerse, poseer u ocultar ninguna figura humana, nunca, en ninguna circunstancia, loado sea el Altísimo.

Guardó la medalla entre los pliegues de la ropa porque sabía que le daría un buen rendimiento si se la vendía a los mercaderes que iban de paso hacia el mar Rojo y Egipto y, con tranquilidad de espíritu, porque no había labrado, esculpido ni dibujado, ni pintado, comprado, llevado, lucido ni ocultado ningún objeto con una figura humana incorporada.

En esos pensamientos estaba, cuando, después de guardarse el colgante, se fijó en las partes del lascivo cuerpo de la bella Amani, puro pecado todo él, que habían quedado al descubierto entre los desgarrones del vestido. Con razón decían algunos hombres que debajo de esas ropas insinuantes sólo podía haber un cuerpo excepcional.

Se oyó entonces a lo lejos la voz del muftí, que llamaba al pueblo a la oración del Zuhr.

—Si gritas te mato. No me pongas en un aprieto —le advirtió.

La obligó a inclinarse, apoyada en el estante de los botes de grano, por fin desnuda, resplandeciente, sollozante. Y la muy cochina permitió que Alí Bahr la penetrase y fue un placer que no encontraré ni cuando llegue al paraíso, si no fuese porque la mujer no dejaba de sollozar, y me confié demasiado y cerré los ojos llevado por las olas del placer infinito, alabado…, en fin.

—Entonces noté un pinchazo horrible y al abrir los ojos e incorporarme, honorable qadi, vi sobre mí sus ojos de loca y la mano que todavía sostenía el pincho que me había clavado. Tuve que interrumpir la oración del Zuhr a causa del dolor.

—¿Y por qué motivo creéis que os agredió cuando estabais absorto en plena oración?

—Creo que quería hurtarme el cesto de dátiles.

—¿Y cómo has dicho que se llama esa mujer?

—Amani.

—Hacedla venir —dijo a los gemelos.

Sonaron las doce y después la una en el campanario de la Concepció. Hacía dos horas que el tráfico había disminuido y Adrià no quiso levantarse ni para ir al retrete ni para prepararse una manzanilla. Quería saber qué diría el qadi.

—En primer lugar has de saber —dijo el qadi con paciencia— que quien hace las preguntas soy yo. Y después, recuerda que si mientes lo pagarás con la vida. Contesta:

—Honorable qadi: un hombre que no conozco entró en casa.

—Con un cesto de dátiles.

—Sí.

—Quería vendértelo.

—Sí.

—¿Y por qué no quisiste comprárselo?

—Mi padre no me ha dado autorización.

—¿Quién es tu padre?

—Azizzadeh Alfalati, el comerciante. Y además, tampoco tengo dinero para comprar nada.

—¿Dónde está tu padre?

—Lo han obligado a echarme de casa y a no llorar por mí.

—¿Por qué?

—Porque he sido deshonrada.

—¿Y lo manifiestas con toda tranquilidad?

—Honorable qadi: me habéis dicho que no mienta porque me va la vida en ello.

—¿Por qué te has deshonrado?

—He sido violada.

—¿Por quién?

—Por el hombre que quería venderme los dátiles. Su nombre es Alí Bahr.

—¿Y por qué lo ha hecho?

—Preguntádselo a él. Yo no lo sé.

—No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—Perdonad, honorable qadi —dijo ella agachando la cabeza todavía más—. Es que no sé por qué lo ha hecho.

—¿Te insinuaste?

—No. ¡Jamás! Soy una mujer modesta.

Silencio. El qadi la observaba atentamente. Al final, ella levantó la cabeza y dijo ya lo sé: era porque quería robarme una joya que yo llevaba.

—¿Cuál?

—Un colgante.

—Enséñamelo.

—No puedo. Me lo robó. Y después me violó.

Cuando Alí Bahr compareció por segunda vez ante el bondadoso qadi, éste esperó pacientemente a que se llevaran a la mujer de su presencia. Después de que los gemelos cerrasen la puerta, dijo en voz baja ¿qué hay de un colgante que has robado, Alí Bahr?

—¿Colgante? ¿Yo?

—¿No has robado un colgante a Amani?

—¡Qué mentirosa! —Levantó los brazos—: Registradme la ropa, señor.

—O sea que es mentira.

—Una mentira asquerosa. No tiene joyas, sino un pincho para clavárselo a quien, dentro de su casa, interrumpe la conversación para atender a la oración del Zuhr, o quizá la de Asr, pues ya no recuerdo el momento con exactitud.

—¿Dónde está el pincho?

Alí Bahr sacó el pincho que llevaba oculto entre la ropa y lo presentó con las manos extendidas, como si hiciera una ofrenda al Altísimo.

—Con esto me agredió, bondadoso qadi.

El qadi cogió el pincho, uno de los que sirven para ensartar trozos de carne de cordero, lo examinó y, con un movimiento de cabeza, ordenó a Alí Bahr que saliera. Meditando, esperó a que los gemelos llevaran de nuevo a su presencia a la asesina Amani. Le enseñó el pincho:

—¿Es tuyo? —dijo.

—¡Sí! ¿Cómo lo tenéis?

—¿Confiesas que es tuyo?

—Sí. Tuve que defenderme del hombre que…

El qadi se dirigió a los gemelos que sostenían la pared del fondo de la estancia:

—Llevaos esta carroña —les dijo, sin gritar, cansado de tener que soportar tanta maldad en el mundo.

El comerciante Azizzadeh Alfalati fue conminado a no verter ni una lágrima, porque llorar por una mujer lapidada es un pecado que ofende al Altísimo. Y tampoco podía manifestar ninguna muestra de duelo, loado sea el Misericordioso. Tampoco le permitieron despedirse, ya que, como hombre bueno que era, hubo de repudiarla al saber que se había dejado violar. Azizzadeh se encerró en su casa y nadie pudo saber si lloró o si habló con su esposa, muerta hacía muchos años.

Y por fin la primera piedra, ni muy pequeña, ni muy grande, acompañada de un rugido de rabia que le reavivó el dolor que notaba en el vientre desde el pinchazo asesino, alcanzó la mejilla izquierda de Amani, la puta, que seguía diciendo a voces Alí Bahr me violó y me robó. ¡Padre! ¡Padre mío! Lut, no me hagas daño, que tú y yo… ¡Socorro! ¿Hay algún hombre compasivo aquí? Pero la piedra de su amigo Lut la tocó en la sien y la aturdió, a ella, que estaba hundida en el agujero sin poder mover las manos ni defenderse. Y Lut se enorgulleció de su buena puntería, como Drago Gradnik. Empezaron a llover piedras, ni muy grandes ni muy chicas, arrojadas por las manos de los doce voluntarios, y la cara de Amani se tiñó de color rojo, como el colorete que algunas rameras se ponen en los labios para llamar la atención de los hombres y hacerles perder el juicio. Alí Bahr no tiró más piedras porque Amani ya no gritaba y le había mirado a los ojos. Lo había traspasado, clavado, ensartado con la mirada, como Gertrud, exactamente como Gertrud, y el dolor del vientre se encarnizó más aún. La bella Amani ya no podía llorar porque una piedra le había reventado un ojo. Y una piedra mayor y puntiaguda le acertó en la boca y la niña se atragantaba con sus propios dientes rotos, y lo que más le dolía era que los doce hombres justos no parasen de tirarle piedras y si alguno no acertaba, a pesar de la corta distancia, ahogaba una maldición y procuraba atinar mejor con la siguiente piedra. Y los nombres de los doce hombres justos eran Ibrahim, Báqir, Lut, Marwan, Táhar, Uqba, Idris, Zuhayr, Hunayn, otro Táhar, otro Báqir y Máhir, alabado sea el Altísimo, el Compasivo, el Misericordioso. Azizzadeh oía desde su casa los rugidos de los doce voluntarios y sabía que tres de ellos eran del pueblo, compañeros de juegos

de su hija en la infancia, hasta que a ella le vinieron las sangres y tuvo que esconderla, alabado sea el Misericordioso. Y cuando oyó un aullido general entendió que su Amani, después de un sufrimiento atroz, había expirado. Entonces empujó el taburete con el pie y cayó el cuerpo por su propio peso, sujeto por el cuello con una cuerda de embalar forraje. El cuerpo bailó las convulsiones de la asfixia y todavía no se habían extinguido los aullidos de la turba, cuando Azizzadeh murió y partió en busca de su hija, para llevarla ante su lejana esposa. El cuerpo sin vida del desventurado Azizzadeh Alfalati se orinó encima de un cesto de dátiles, en el vestíbulo de la tienda. Y unos callejones más allá, Amani, con el cuello roto por una piedra muy gruesa, ¡os advertí que tan grandes no! ¿Veis? Ya está muerta. ¿Quién ha sido? Y los doce voluntarios señalaron a Alí Bahr, que lo había hecho porque no aguantaba más la mirada ciega de la ramera que lo miraba con el único ojo que le quedaba, como si ésa fuese su venganza: regalarle una mirada que no podría quitarse de encima ni en vela ni en sueños. Y aún escribí que Alí Bahr, sin demora al día siguiente, se presentó en la caravana de mercaderes, que partiría hacia la Alejandría de Egipto a comerciar con marineros cristianos, pues la ciudad había caído en manos de los británicos. Alí Bahr se acercó al que le pareció más decidido y abrió la mano ante él procurando que no lo viera nadie del pueblo. El mercader echó una ojeada y cogió el colgante para verlo mejor, pero Alí Bahr le pidió prudencia con un gesto, el mercader lo entendió y se arrimaron a un camello que estaba tumbado. A pesar de las leyes, a pesar de las palabras santas del Corán, la compraventa le interesaba. El comerciante miró detenidamente el colgante y pasó los dedos por la medalla como si la limpiara.

—Es de oro —dijo Alí Bahr—. Y la cadena también.

—Ya lo sé. Pero es robado.

—¿¡Qué dices!? ¿Quieres ofenderme?

—Tómatelo como quieras.

Le devolvió el colgante de la bella Amani, pero Alí Bahr no quiso cogerlo y negó con la cabeza, separando las manos del cuerpo, porque seguramente el oro empezaba a quemarle las entrañas. Tuvo que aceptar el precio que le ofreció el mercader. Cuando el vendedor se fue, el comprador se quedó mirando la medalla. Letras cristianas. En Alejandría se la quitarían

de las manos. La acarició con satisfacción, como si quisiera limpiarle la suciedad acumulada. Estuvo un rato pensando, apartó la lámpara de aceite con la que se había iluminado y dijo, mirando al joven Brocia:

—Esta medalla… la conozco.

—Bueno, es… la Virgen de Moena, creo.

—Santa Maria dai Ciüf. —Le dio la vuelta para que el joven viese la otra cara—: De Pardàc, ¿ves?

—¿De verdad?

—No sabes leer. ¿Eres un Mureda?

—Sí, señor —mintió el joven Brocia—. Necesito dinero para irme a Venecia.

—Los Mureda sois culos de mal asiento. —Sin dejar de examinar la medalla, añadió—: ¿Quieres ser marinero?

—Sí. E irme muy lejos. Al África.

—Te persiguen, ¿no?

El joyero dejó la medalla en la mesa y lo miró a los ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—Nada. ¿Cuánto me dais?

—¿Sabes que el mar se mueve más cuanto más de tierra adentro eres?

—¿Cuánto me dais por la medalla, padrino?

—Guárdatela para cuando lleguen los momentos malos, hijo.

Instintivamente, el joven Brocia echó una mirada rápida al taller del curioso judío. Estaban solos.

—Quiero dinero ahora, ¿me entendéis?

—¿Qué ha sido de Jachiam Mureda? —con curiosidad el viejo orfebre de la Plana.

—Está con los suyos, con Agno, Jenn, Max, Hermes, Josef, Theodor, Micurà, Ilse, Erica, Katharina, Matilde, Gretchen y la cieguecita Bettina.

—Me alegro. Sinceramente.

—Yo también. Están todos muy juntitos bajo tierra, comidos por los gusanos y, cuando no encuentren qué comer, les roerán el alma. —Le arrebató el colgante de las manos—: ¿Me compráis la medalla de una pputa vez o saco el cuchillo?

En esos momentos las campanas de la Concepció dieron las tres de la madrugada y Adrià pensó mañana no me tendré en pie.

Como un grano de arena, el drama empieza también con un gesto inocuo, sin importancia. Fue el comentario de Adrià el día después de las lapidaciones, a la hora de la cena, y añadió, bueno, ¿ya lo has pensado?

—¿A qué te refieres?

—Pues, eso… En fin, que o vuelves a casa o/O me busco una pensión. De acuerdo.

—Oye, no te enfades. Sólo quiero saber a qué atenerme…, ¿qué?

—¿Es que te corre prisa? —me cortaste tú, altiva, seca, totalmente a favor de Bernat.

—Nada, nada, no he dicho nada.

—No os preocupéis. Mañana me voy.

Bernat miró a Sara y dijo os estoy muy agradecido por estos días de acogida.

—Bernat, no pretendía…

—Mañana, después del ensayo, paso a buscar mis cosas. —Con una mano cortó mi ademán de excusa—. Tienes razón, ya es hora de mover el culo. —Nos sonrió—. Estaba apalancándome.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vuelves a casa?

—No sé. Esta noche tomaré una decisión.

Mientras Bernat lo pensaba, A Adrià se le hacía muy pesado el silencio de Sara, que estaba poniéndose el pijama y luego se lavó los dientes. Si mal no recuerdo, sólo te había visto tan enfadada en otra ocasión. Por eso me refugié en Horacio. Echado en la cama, leía Solvitur acris hiems grata vice veris et Favoni / trahuntque siccas machinae carinas…

—Te has lucido, ¿eh? —dijo Sara, dolida, al entrar en la habitación.

ac neque iam stabulis gaudet pecus aut arator igni. Adrià levantó la vista de los epodos y dijo ¿qué?

—Que te has lucido con tu amigo.

—¿Por qué?

—Si sois taaan amigos…

—Lo somos, por eso siempre le digo la verdad.

—Como él, que te dice que admira tu sabiduría y que está orgulloso de que las universidades europeas te reclaman y de que tu nombre se esté consolidando y…

—Me encantaría poder decir otro tanto de él. De su música puedo decirlo, pero no me hace caso. Y volvió a Horacio y leyó ac neque iam stabulis gaudet pecus aut arator igni / nec prata canis albicant pruinis.

—Muy bien. Fantástico. Merveilleux.

—¿Qué? —Adrià volvió a levantar la cabeza sin dejar de pensar nec prata cani albicant pruinis. Sara lo miraba sulfurada. Iba a decir una cosa pero prefirió salir de la habitación. Entornó la puerta con rabia, pero sin hacer ruido. Hasta cuando te enfadabas lo hacías con discreción. Excepto aquel otro día. Adrià se quedó mirando la puerta entornada sin ser plenamente consciente de lo que pasaba. Porque le venía a la memoria como un torrente tumultuoso, ofendido por ser pretérito tanto tiempo, el dum gravis Cyclopum / Volcanus ardens visit officinas.

—¿Qué? —dijo Sara abriendo la puerta sin soltar el pomo.

—Nada, disculpa. Estaba pensando en voz alta.

Ella volvió a entornar la puerta. Debía de estar de pie al otro lado. No le gustaba ir por casa en camisón cuando había extraños. Yo no sabía que estabas debatiéndote entre ser fiel a una palabra o ponerme verde. Optó por ser fiel a su palabra y volvió a entrar, se metió en la cama y me dio las buenas noches.

¿Para quién te recoges la rubia cabellera con sencilla elegancia?, pensó Adrià absurdamente, mirando con perplejidad a Sara, que estaba de espaldas, enfadada por no sé qué, con la melena negra suelta sobre la espalda. Con sencilla elegancia. No sabía qué pensar y opté por cerrar el libro de las odas y apagar la luz. Estuve mucho rato con los ojos abiertos.

Al día siguiente, cuando Sara y Adrià se levantaron a la hora de siempre, no había rastro de Bernat, ni del violín y las partituras ni de su ropa. Sólo una nota en la mesa de la cocina que decía gracias, queridos amigos. De verdad, gracias. Dejo en la habitación las sábanas usadas, dobladas encima de la cama. Se había marchado completamente y me sentó muy mal.

—Jau.

—Qué.

—Has metido la pata hasta el corvejón, querido compañero de cacería.

—No te he preguntado nada.

—Pero la has metido hasta el fondo. ¿Verdad, Carson?

Adrià sólo oyó el desagradable ruidito del escupitajo desdeñoso del valeroso sheriff al estamparse en el suelo.

Curiosamente, Sara no me reprochó nada cuando se dio cuenta de la fuga de Bernat. La vida siguió su curso, pero yo tardé muchos años en atar cabos.

43

Adrià pasó toda la tarde en el despacho mirando a la pared, incapaz de escribir una línea, incapaz de concentrarse en ninguna lectura, con la vista fija, como si buscara en la pared la solución a su perplejidad. A media tarde, sin haber aprovechado ni diez minutos, se levantó a preparar té. Desde la cocina dijo ¿quieres un té? y oyó un hummm que provenía del estudio de Sara y que interpretó como sí, gracias, qué buena idea. Entró en el estudio con la taza humeante y se quedó mirándole la nuca. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, como solía hacer siempre que dibujaba. Me enamora tu trenza, tu cola de caballo, tu pelo, te peines como te peines. Sara estaba dibujando en una lámina apaisada unas casas que podían ser de un pueblo medio abandonado. En ese momento esbozaba una masía al fondo. Adrià tomó un sorbo de té y se quedó con la boca abierta viendo crecer la masía poco a poco; sí, abandonada. Y con un ciprés medio partido, por un rayo seguramente. Y sin previo aviso Sara volvió al primer plano de las casas de la calle, a la izquierda de la lámina, e hizo las dovelas que enmarcaban una ventana hasta entonces inexistente. Lo dibujó con tanta rapidez que Adrià tuvo que preguntarse cómo lo había hecho; cómo era posible que Sara viera la ventana donde sólo había papel en blanco, y cuando la terminó, le pareció que siempre había estado allí, incluso desde que compró el papel en Terricabres: seguro que se lo habían vendido con la ventana previamente dibujada; y pensó también que esa capacidad de Sara era un milagro. Sin darle ninguna importancia, ella volvió a la masía, oscureció la abertura de la entrada, y la casa, que hasta entonces era un dibujo, empezó a cobrar vida, como si la oscuridad del carboncillo difuminado le hubiera dado permiso para imaginar la vida que había animado el interior de la casa. Admirado, Adrià dio otro sorbo al té de Sara.

—¿De dónde sacas todo eso?

—De aquí —dijo ella, señalándose la frente con un dedo negro que le dejó una huella.

Entonces empezó a envejecer el camino restituyendo los surcos de los carros que habían ido de la masía al pueblo a lo largo de los años, y envidié el poder creativo de Sara. Cuando terminé su té recobré el desconcierto inicial que me había impedido trabajar toda la tarde. Al volver de la ginecóloga, Sara había dejado el bolso abierto en la entrada y había ido precipitadamente al lavabo; Adrià revolvió el bolso buscando dinero para no tener que pasar por la Caixa y encontró un informe que la doctora Andreu remitía al médico de cabecera, y no pude dejar de leerlo, mea culpa, sí, porque ella no me lo había enseñado, y el informe decía que la matriz de la paciente, señora Sara Voltes-Epstein, que sólo había llevado a término una gestación, estaba perfectamente sana a pesar de las metrorragias episódicas. Por tanto extraía el DIU, que era la causa más probable de las metrorragias. Y consulté el diccionario a escondidas, como cuando buscaba el significado de lupanar o marica, y recordé que «metro-» era la forma prefijada de la palabra griega *mētra*, que significa «útero», y que «-ragia» era la forma sufijada de la palabra griega *rhe¯´gnymi*, que significa «brotar». Útero brotador, que podía ser el nombre de una pariente de Águila Negra, pero no: eran las pérdidas que la tenían tan preocupada. Se le había olvidado que Sara quería ir a la doctora por las pérdidas. ¿Por qué no me lo ha dicho? Y entonces Adrià releyó la parte que decía que sólo había llevado a término una gestación y entendió por qué tanto silencio. Ostras.

Y ahora Adrià estaba delante de ella pensando en las musarañas, se había tomado su té y había admirado su capacidad de crear mundos profundos usando sólo dos dimensiones, y su manía de guardarse todos los secretos.

Una higuera; parecía una higuera. A un lado de la masía crecía ahora una higuera y, apoyada en la pared, una rueda de carro. Y Sara le dijo ¿piensas quedarte todo el día pegado a mi nuca?

—Me gusta verte dibujar.

—Soy tímida y me cortas.

—¿Qué te ha dicho la doctora? ¿Verdad que tenías que ir hoy?

—Nada, bien. Que estoy bien.

—¿Y las pérdidas?

—Era el DIU. Me lo ha quitado por precaución.

—O sea que tranquilos.

—Sí.

—Bueno, a ver qué hacemos ahora.

¿Qué es eso que dice la doctora de que tu matriz sólo ha llevado a término una gestación? ¿Eh, Sara? ¿Eh?

Sara se volvió y lo miró. Tenía en la frente la manchita de carboncillo. ¿He pensado en voz alta?, se dijo Adrià. Sara miró la taza, frunció el ceño y dijo ¡oye, que te has tomado mi té!

—¡Ahí va, perdona! —dijo Adrià. Y ella se rió con esa risa que siempre me ha recordado el murmullo de un riachuelo. Señalé la lámina—: ¿Dónde se supone que está eso?

—Es una manera de imaginar lo que me cuentas de Tona cuando eras pequeño.

—Es precioso… Pero parece un pueblo abandonado.

—Porque un día te hiciste mayor y lo abandonaste. ¿Ves? —Señaló el camino—. Aquí tropezaste y te hiciste un rasguño en las rodillas.

—Te quiero.

—Yo más.

Por qué no me has dicho nada de ese embarazo, si un hijo es lo más importante del mundo. ¿Está vivo tu hijo? ¿Murió? ¿Cómo se llamaba? ¿Nació realmente? ¿Era niño o niña? ¿Cómo era? Ya sé que tienes todo el derecho a no decirme todas las cosas de tu vida, pero no puede ser que te quedes todo el dolor para ti sola y me gustaría compartirlo.

—Rinrinríiiin.

—Ya voy, dijo Adrià. —Por el dibujo—: Cuando lo acabes me pido media hora de contemplación.

Cuando abrió la puerta al recadero, todavía llevaba la taza vacía en la mano.

A la hora de cenar descorcharon la botella que les pareció más cara del lote de Max. Seis botellas, todas de vino tinto, todas de gran calidad y todas reseñadas en el librito editado por Max personalmente, con sus propios comentarios de cata. El libro, lujoso, lleno de fotos muy buenas, era como una guía de «Degustar es fácil» dedicada al paladar apresurado del gourmet norteamericano.

—Tienes que catarlo en copa.

—Es más divertido el porrón.

—Sara, si tu hermano sospecha que bebes sus vinos en porrón…

—De acuerdo. Pero sólo catarlo. —Cogió la copa—: ¿Qué dice Max de éste?

Adrià, muy serio, sirvió las dos copas, cogió una por el pie y, en actitud solemne, se dispuso a leer el texto; pensó vagamente en el colegio, en las veces en que, por algún desajuste de horarios, había asistido a misa; veía al sacerdote en el altar, con patenas, copas y vinajeras, oficiando misterios masculllados en latín. Y se puso a rezar y dijo domina mea, el priorato envejecido es un vino complejo y aterciopelado de aroma denso que deja recuerdos de clavo y notas tostadas, habida cuenta de la calidad de las botas de roble en las que se crió.

Hizo un gesto a Sara y ambos tomaron un sorbito como habían visto hacer a Max el día que les enseñó a degustar vinos y a punto estuvieron de terminar bailando la conga encima de la mesa del comedor.

—¿Notas lo tostado?

—No. Noto el tráfico de la calle Valencia.

—Abstráete —ordenó Adrià chasqueando la lengua—. Yo…, me parece que percibo algo semejante a un recuerdo de sabor a coco.

—¿Coco?

¿Por qué no me cuentas tus secretos, Sara? ¿Qué regusto dejan en tu vida los episodios que no conozco? ¿A trufa o a baya negra? ¿O al hijo que no conozco? Pero… ¡si tener un hijo es algo normal y que todo el mundo desea! ¿Qué tienes contra la vida?

Como si le hubiera oído el pensamiento, Sara dijo mira, mira, mira, mira qué dice Max: este priorato es viril, complejo, intenso, potente y estructurado.

—Repámpanos.

—Parece que hable de un semental.

—¿Te gusta o no?

—Sí. Pero es demasiado fuerte para mí. Tendría que bautizarlo.

—Pobre de ti. Max te asesinaría.

—No tiene por qué saberlo.

—A lo mejor te denuncio.

—Mouchard, salaud.

—Es broma.

Bebimos, leímos la prosa poética que Max dedicaba a los compradores americanos de prioratos, costers del Segre, montsants y no sé cuántos vinos más, y nos tostamos lo suficiente para que la estruendosa explosión de una moto veloz, en lugar de indignarnos, nos produjese un ataque de risa. Y al final usaste el porroncito y bautizaste el vino, Max te perdone, nunca se lo contaré a tu hermano. Y no fui capaz de preguntarte qué era eso de haber tenido un hijo o de haberte quedado embarazada. ¿Habías abortado? ¿De quién era el hijo? Y entonces sonó el maldito teléfono que irrumpe en mi vida cuando menos falta hace. No he sido tan valiente como para prescindir de él, pero habida cuenta de los resultados, mi vida sin teléfono habría sido un poco más pasable. Uf, qué mareo. No, no, ya voy yo. Diga.

—Adrià.

—¿Max?

—Sí.

—¡Anda! ¡Estamos de celebración con tus vinos! Te juro que Sara no bebe en porrón, ¿de acuerdo? Hemos empezado con un priorato viril, potente, complejo y no sé qué maravillas más; hay que tomarlo con calzador. Gracias por el regalo, Max.

—Adrià.

—Buenísimo, oye.

—Ha muerto mi padre.

—Y el libro es una maravilla. De fotos y de texto.

Adrià tragó saliva, un poco nublado todavía, y dijo ¿qué has dicho? Y Sara, tú siempre atenta, dijo ¿qué pasa?

—Ha muerto mi padre, ¿me oyes, Adrià?

—La hostia.

Sara se levantó y se acercó al teléfono. Le dije es tu padre, Sara. Y al teléfono: ahora vamos, Max.

Las dos noticias de la muerte de tus padres, las dos nos llegaron por teléfono e inesperadamente, aunque hacía unos años que el señor Voltes estaba bastante deteriorado, el corazón le hacía cosas raras y sabíamos que, a su edad, cualquier día nos daría un disgusto. Y Max parecía muy afectado porque, a pesar de cuidarlo, puesto que no se había movido de casa de los padres, no se había dado cuenta de que su padre se apagaba y, cuando murió, él no estaba en casa; en cuanto llegó, la enfermera le dijo señor Voltes, su padre. Le remordía la conciencia por no sabía qué; y en un aparte le dije Max, has sido un hijo modélico, siempre al lado de tus padres. No te hagas daño porque serías tan injusto contigo que…, ¿cuántos años tenía? ¿Ochenta?

—Ochenta y seis.

No me atreví a alegar lo avanzado de la edad como argumento para aligerarle la conciencia. Me limité a repetir ochenta y seis un par de veces sin saber qué más decir, paseando por la grandiosa sala de la casa de los Voltes-Epstein, al lado de Max, que parecía un niño desconsolado a pesar del palmo y medio que me sacaba. Sí, sí: yo era capaz de dar lecciones. Qué fácil es aconsejar a los demás.

En esa ocasión pude acompañar a la familia a la sinagoga y al cementerio. Max me dijo que su padre quería que lo enterrasen según el rito judío, por eso lo amortajaron con un sudario blanco y, encima, el taled, que desgarró Max, como primogénito, a petición de los de hevrá qaddixá. Y en el cementerio judío de Les Corts recibió sepultura en tierra, junto a su Rachel, la madre a la que nadie me dio oportunidad de querer. Sara, qué pena que las cosas sean así, pensé en el cementerio, mientras el rabino recitaba el maleh rajamin. Y cuando se hizo el silencio, Max y Sara se adelantaron y, cogidos de la mano, recitaron el qaddix por Pau Voltes y me puse a llorar a escondidas de mí mismo.

Sara vivió esos días con dolor profundo, y las preguntas que quería hacerte dejaron de ser apremiantes, porque lo que estaba a punto de pasarnos lo borró todo.

44

Los alrededores de Headington House eran tranquilos y plácidos, tal como se los había imaginado Adrià. Antes de llamar al timbre, Sara lo miró, sonrió y él tuvo que controlarse para no comérsela a besos en el momento en que una criada abría la puerta y detrás de ella surgía la figura espléndida de Aline de Gunzbourg. Sara y su tía lejana se abrazaron en silencio, como viejas amigas que llevaran lustros sin verse; o como dos colegas que se respetaban profundamente aunque hubiera cierta rivalidad entre ellas; o como dos señoras educadas, una mucho más joven que la otra, que, a saber si por motivos profesionales, debían relacionarse con extremada cortesía; o como sobrina y tía que no se habían visto nunca en la vida; o como dos personas conscientes de haberse librado por muy poco de la larga mano del Abwehr, la Gestapo y las SS si el calendario vital las hubiera situado en la época o en los lugares de la desgracia. Porque el mal procura corromper todos los proyectos de felicidad por humildes que sean y se afana por conseguir la máxima destrucción posible a su alrededor. Espermatozoides, óvulos, bailes frenéticos, muertes prematuras, viajes, huidas, conocidos, ilusiones, dudas, rupturas, reconciliaciones, desplazamientos y muchos obstáculos más que se interpusieron para evitar ese encuentro cayeron derrotados por el cálido abrazo entre dos desconocidas, dos grandes mujeres, una de cuarenta y seis años y la otra de más de setenta, ambas en silencio, ambas sonrientes en la puerta de Headington House, delante de mí. Qué rara es la vida.

—Pasad.

Me tendió la mano sonriendo todavía. Nos dimos un apretón sin palabras.

Fueron dos horas inolvidables en el despacho de Isaiah Berlin, en el piso de arriba de Headington House, rodeados de libros, mientras el reloj de la repisa de la chimenea hacía correr el tiempo muy deprisa. Berlin se encontraba muy abatido, como si supiera con certeza que se le acercaba la hora. Escuchó a Aline, sonrió como para sí y dijo a mí no me queda mucha cuerda. Sois vosotros quienes tenéis que continuar. Y después, en voz más baja añadió no temo a la muerte; sólo me enfado con ella. Me enoja, pero no me da miedo. Donde uno está no está la muerte; donde está la muerte uno no está. Por tanto, tenerle miedo es perder el tiempo. Y hablaba tanto de ella que estoy seguro de que le tenía miedo; quizá tanto como yo. Y entonces añadió Wittgenstein decía que la muerte no es un hecho de la vida. Y a Adrià se le ocurrió preguntarle qué era lo que le sorprendía en la vida.

—¿Sorprenderme? —Se quedó pensando. Como si llegara despacio, desde lejos, el tictac del reloj se adueñó de la estancia y de nuestros pensamientos—. Sorprenderme… —repitió. Y se decidió—: Pues sí: el simple hecho de haber podido vivir con tanta serenidad y con tanto gusto a pesar de tantos horrores en el peor de los siglos que ha conocido la humanidad. Porque ha sido el peor con diferencia. Y no sólo para los judíos.

Me miró con timidez y, como si vacilase, estuvo un rato buscando la expresión adecuada y al final añadió he sido feliz pero siempre con el remordimiento y el sentimiento de culpa del superviviente.

—¿Qué? —dijeron Aline y Sara a un tiempo.

Entonces me di cuenta de que estas últimas palabras las había musitado en ruso. Y se las traduje sin moverme, sin dejar de mirarlo, porque Berlin todavía no había terminado. Y entonces, en inglés, retomó el hilo de su pensamiento y dijo ¿qué hice para que a mí no me pasara nada? —Sacudió la cabeza—: Por desgracia la mayoría de los judíos de este siglo vivimos con esa losa encima.

—Y creo que también los judíos de otros siglos —dijo Sara.

Berlin te miró con la boca abierta y asintió en silencio. Y entonces, como para despejar el ambiente de pensamientos tristes, se interesó por las publicaciones del profesor Adrià Ardèvol. Parece ser que había leído con

interés la *Història del pensament europeu*; le había gustado; pero seguía considerando una pequeña gran joya *La voluntat estètica*.

—Pues todavía no puedo creer que le llegara a las manos.

—¡Oh! Fue gracias a un amigo suyo. ¿No es cierto, Aline? ¡Menudo par de pasmarotes! El uno de dos metros y el otro de metro y medio… —Sonriendo, lo rememoró mirando al frente, a la pared—: La extraña pareja.

—Isaiah…

—Estaban convencidos de que me interesaría, por eso me lo trajeron.

—Isaiah, ¿verdad que quieres un té?

—Sí, dime…

—¿Os apetece té? —nos preguntó tante Aline a todos.

—¿A qué amigos míos se refiere? —dijo Adrià, atónito.

—Un Gunzbourg. Es que Aline tiene tantos familiares… que a veces los confundo.

—Gunzbourg… —repitió Adrià sin comprender.

—Un momento…

Berlin se levantó con cierto esfuerzo y fue a un rincón. Capté una mirada entre Aline Berlin y Sara y la situación me pareció muy rara. Berlin volvió con un ejemplar de mi libro. Me llenó de satisfacción ver cinco o seis papelitos sobresaliendo de entre las páginas. Lo abrió, sacó un papelito y leyó Bernat Plensa, de Barcelona.

—Ah, claro, sí —dijo Adrià sin saber lo que decía.

No recuerdo mucho más de la conversación porque me quedé en blanco. Además, en ese momento entró la criada con una bandeja inmensa, cargada con todos los cacharritos y accesorios necesarios para disfrutar de un té como Dios y la reina mandan. Hablamos de muchas cosas más que no recuerdo sino borrosamente. Qué placer, qué lujo, tanto rato de conversación con Isaiah Berlin y tante Aline…

—¿A mí qué me cuentas? —contestó Sara las tres veces que, durante el viaje de vuelta, Adrià le preguntó si sabía qué pintaba Bernat en ese fregado. Y a la cuarta le dijo ¿por qué no lo invitas a tomar té y probamos los que hemos comprado?

—Hummm… Buenísimo. El té inglés siempre tiene otro sabor. ¿No os parece?

—Sabía que te gustaría, pero no te hagas el sueco.

—¿Yo?

—Sí. ¿Cuándo fuiste a ver a Isaiah Berlin?

—¿A quién?

—A Isaiah Berlin.

—¿Quién es ese tío?

—*El poder de las ideas. Sobre la libertad. Pensadores rusos*.

—Pero… ¿qué dices? —A Sara—: ¿Qué le pasa a Adrià? —A ambos, con la taza en alto—: Este té es buenísimo —repitió, y se rascó la cabeza.

—*El erizo y la zorra*. —Concesión de Adrià al gran público.

—Ostras, estás como un cencerro. —A Sara—: ¿Hace mucho que dice estas cosas?

—Isaiah Berlin me dijo que tú le habías dado a leer *La voluntat estètica*.

—Pero ¿qué dices?

—Bernat, ¿qué pasa?

Adrià miró a Sara, que estaba ocupadísima sirviendo más té, aunque nadie lo había pedido.

—Sara, ¿qué pasa?

—¿Eh?

—Me estáis ocultando algo que… —De pronto se acordó—: Tú y un tipo muy bajito. Como una extraña pareja, así os definió Berlin. ¿Quién era el otro?

—Ese fulano está como un cencerro. No he estado nunca en Oxford, para que te enteres.

Silencio. En el comedor de casa no había chimenea ni repisa con reloj que marcara el tictac, pero se percibía la suave brisa que emanaba del urgell de la pared, siempre con el campanario de Santa Maria de Gerri iluminado por el sol. Y el murmullo del agua del río que bajaba del Burgal. De pronto, Adrià señaló a Bernat y, con calma, imitando al sheriff Carson:

—Te acabas de delatar, muchacho.

—¿Yo?

—No sabes quién es Berlin ni habías oído hablar de él, pero resulta que sabes que vive en Oxford.

Bernat miró a Sara, quien rehuyó la mirada. Adrià los observó a ambos y dijo ¿tú quoque, Sara?

—Ella quoque —se rindió Bernat. Con la cabeza gacha dijo me parece que se me olvidó comentarte un detallito.

—Desembucha. Soy todo oídos.

—La cosa empezó hace… —Bernat no dejaba de mirar a Sara— unos cinco o seis años.

—Siete y medio.

—Sí. Es que… lo de los años… a mí… Hace siete años y medio.

En cuanto ella llegó al bar, le puso delante de las narices un ejemplar de la edición alemana de *La voluntat estètica*. Lo miró, miró a Bernat, volvió al libro y se sentó con una expresión de no entender nada.

—¿La señora desea algo? —sonrisa un tanto servicial de un camarero calvo que surgió de la oscuridad.

—Dos aguas —dijo Bernat con impaciencia. Y el camarero se fue sin disimular una mueca de desagrado por el tipo ese y entre dientes murmuró cuanto más alto, más bruto, como decía su padre. Bernat siguió con lo suyo:

—Es que tengo una idea. Quería consultártela, pero tienes que jurarme que no dirás una palabra a Adrià.

Negociaciones: cómo quieres que jure una cosa sin saber de qué se trata. Es que él no tiene que saberlo. De acuerdo, pero primero dime de qué va para poder jurar lo que haga falta. Es que es una locura. Razón de más para no jurar, a menos que sea tan grande que valga la pena. Es que es una gran locura que vale la pena. Caray, Bernat. Necesito tu complicidad, Saga.

—No me llamo Saga. —Enfurruñada—: Me llamo Sagga.

—Ah, perdona.

Después de un tira y afloja, llegaron a la conclusión de que el juramento de Sagga sería provisional, con la posibilidad de retirarlo si la idea era tan loquísima que no bla, bla.

—Tú me dijiste que tu familia conocía a Isaiah Berlin. ¿Sigue siendo cierto?

—Sí, bueno… Su mujer es…, me parece que está medio emparentada con unos primos Epstein.

—¿Habría manera de… que me pongas en contacto con ella?

—¿Qué quieres hacer?

—Llevarle este libro para que lo lea.

—Oye, que la gente no…

—Seguro que le gustará.

—Estás loco. ¿Cómo quieres que lea algo de un desconocido que…?

—Ya te he dicho que era una locura —la interrumpió—. Pero quiero intentarlo.

Sara reflexionó un rato. Te imagino, sé cómo se te arruga un poco la frente cuando reflexionas, querida. Y te veo sentada en la mesa de un bar cualquiera, mirando al bufón de Bernat sin poder creer lo que te está contando. Y te veo diciéndole espera, buscando en la agenda el teléfono de tante Chantal; lo encuentras y llamas desde el teléfono del bar, que funciona con fichas; Bernat ha pedido al camarero un montón de ellas, que empiezan a caer cuando ella dice allô, ma chère tante, ça marche bien? (…) Oui. (…) Oui. (…) Aoui. (…….) Aaooui. (…….) y Bernat, impertérrito, echando fichas sin parar en el teléfono y pidiendo más al camarero con actitud perentoria, es una emergencia, y en garantía deja un billete de veinte duros en la barra, y Sara, igual Oui (……) Oui. (……) Aoui. (……) hasta que el camarero dijo finito, se cree que soy la telefónica, pues no tengo más fichas y entonces, expeditivamente, Sara preguntó a la tía sobre los Berlin y se puso a tomar notas en la agenda diciendo oui, oui, ouiii!… y al final, cuando le agradeció, ma chère tante, su aportación, el teléfono hizo clic, se desconectó por falta de fichas y ella se quedó con una sensación incómoda de no haber podido despedirse de su chère tante Chantal.

—¿Qué te ha dicho?

—Que intentará hablar con Aline.

—¿Quién es Aline?

—La mujer de Berlin. —Sara consultó los papeles, escritos con letra indescifrable—: Aline Elisabeth Yvonne de Gunzbourg.

—Muy bien. ¡Ya lo tenemos!

—Un momento, tenemos el contacto. Falta que…

Bernat le arrebató la agenda:

—¿Cómo has dicho que se llama?

Ella la recuperó y la consultó:

—Aline Elisabeth Yvonne de Gunzbourg.

—¿Gunzbourg?

—Sí, ¿qué? Es una familia muy… Medio rusos y medio franceses. Barones y cosas así. Ésos sí que son ricos.

—Recontrahostias.

—¡Eh! Sin palabrotas.

Bernat le dio un beso; bueno, dos o tres o cuatro, porque me parece que siempre ha estado un poco enamorado de ti. Te lo digo ahora que se te han pasado las ganas de contradecirme; para que lo sepas, pienso que todos los hombres se enamoraban un poco de ti. Yo me enamoré del todo.

—¡Pero esto tiene que saberlo Adrià!

—No. Ya te he dicho que era una locura.

—Es una gran locura, pero tiene que saberlo.

—No.

—¿Por qué no?

—Es un regalo que le hago. Me parece más regalo si nunca llega a saberlo.

—Precisamente si no lo sabe nunca podrá agradecértelo.

Y debió de ser entonces cuando el camarero, desde una esquina de la barra, disimuló una sonrisa al ver que el hombre decía en voz un poco más alta la conversación se ha terminado, señora Voltes-Epstein. Ésa es mi voluntad. ¿Me lo juras?

Después de unos segundos de tensión silenciosa, el hombre se arrodilló ante la señora, o casi, en actitud de súplica, y la mujer elegante, entornando los ojos, dijo:

—Te lo juro, Bernat.

El camarero se pasó una mano por la calva y concluyó que los enamorados hacen el ridículo a todas horas. Si se viesen con mis ojos… Ahora que… la mujer es guapa, guapísima, para comérsela a besos, sí, señor. Yo también haría el ridículo si la tuviese delante.

Resultó que sí, que el trompa ejemplar de Franz-Paul Decker, Romain Gunzbourg, tímido, rubio y bajito, pianista clandestino, era de la familia Gunzbourg y conocía a Aline Elisabeth Yvonne de Gunzbourg, por supuesto. Romain era de la rama pobre de la familia y si quieres llamo ahora mismo a tante Aline.

—Ostras… ¡Tante Aline!

—Sí. Es la que se casó con un no sé qué, un filósofo importante o algo así. Pero viven en Inglaterra desde siempre. ¿Para qué es?

Y Bernat le plantó dos besos, aunque no estaba enamorado de él. Iba todo sobre ruedas. Tuvieron que esperar a la primavera, a las actuaciones de Semana Santa, y antes, Romain sostuvo largas conversaciones con tante Aline y se la metió en el bolsillo. Y cuando llegaron a Londres, al final de la microgira de la orquesta, se embarcaron en un tren que los dejó en Oxford a media mañana. Headington House parecía desierta cuando llamaron a la campana de la puerta, que tenía un sonido noble. Se miraron los dos con cierta expectación, pero no abría nadie, aunque habían quedado a esa hora. No. Sí, unos pasitos menudos. Y por fin se abrió la puerta. Una mujer de aspecto elegante los miró con asombro.

—Tante Aline —dijo Romain Gunzbourg.

—¿Romain?

—Sí.

—¡Cuánto has crecido! —mintió—: Pero si eras así… —Señaló la altura de la cintura. Entonces reaccionó y los invitó a pasar disfrutando del papel de conspiradora.

—Os recibirá; pero no puedo garantizar que lo lea.

—Se lo agradezco, señora. Sinceramente —dijo Bernat.

Los condujo a un recibidor bastante reducido. Colgadas de las paredes, partituras de Bach enmarcadas. Bernat señaló con la barbilla una de las reproducciones. Romain se acercó a verla. En voz baja:

—Ya te he dicho que yo soy de la rama pobre. —Por la partitura enmarcada—: Seguro que es un original.

Se abrió una puerta y tante Aline los invitó a pasar a una estancia espaciosa, forrada de libros de arriba abajo, el décuplo que en casa de Adrià. En la mesa, carpetas repletas de papeles. Y algún montón de libros

con numerosos papelitos alargados señalando páginas. Y ante la mesa, sentado en un sillón, Isaiah Berlin, con un libro en la mano, miró con curiosidad a la pareja que entraba en su santuario.

—¿Ha salido todo bien? —le preguntó Sara cuando volvió.

Berlin parecía cansado. Habló poco y cuando Bernat le entregó el ejemplar de *Der ästhetische Wille*, el hombre lo cogió, le dio la vuelta para verlo bien por fuera y a continuación lo abrió por el índice. Un minuto de silencio. Tante Aline guiñó un ojo a su sobrino. Cuando Berlin terminó de mirar el libro lo cerró y se lo quedó en las manos.

—¿Por qué cree que tengo que leerlo?

—Bueno, yo… Si no quiere…

—¡No se arrugue, hombre! ¿Por qué quiere que lo lea?

—Porque es muy bueno. Es buenísimo, señor Berlin. Adrià Ardèvol es un hombre profundo e inteligente. Pero vive lejos del centro del mundo.

Isaiah Berlin dejó el libro en la mesita auxiliar y dijo leo a diario y cada día me doy cuenta de que me falta todo por leer. Y a veces necesito releer, aunque sólo lo que merece el privilegio de la relectura.

—¿Y qué hace merecedor de ese privilegio? —Ahora Bernat parecía Adrià.

—La capacidad de fascinar al lector; de admirarlo por la inteligencia que contiene o por la belleza que genera. Aunque con la relectura, por su naturaleza, siempre entramos en contradicción.

—¿Qué significa eso, Isaiah? —interrumpió tante Aline.

—Un libro que no merece ser releído tampoco merecía ser leído. —Miró a los invitados—: ¿Les has ofrecido té? —Miró el libro y enseguida se le olvidó la propuesta práctica que acababa de hacer. Prosiguió—: Pero antes de leerlo no sabíamos que merecería la relectura. La vida es así de cruel.

Hablaron un poco de todo, los recién llegados sentados en la punta del sofá. No tomaron té porque Romain hizo una seña a su tía dándole a entender que preferían aprovechar el poco tiempo del que disponían. Y hablaron de la gira de la orquesta.

—¿Trompa? ¿Y por qué tocas la trompa?

—Me arroba su sonido —respondió Romain Gunzbourg.

Y después le informaron de que al día siguiente por la noche actuaban en el Royal Festival Hall. Y él les aseguró que los oiría en la radio.

El programa consistía en la *Leonora* (la número tres), la segunda sinfonía de Robert Gerhard y la cuarta de Bruckner, con Gunzbourg a la trompa y varias docenas más de intérpretes. Estuvo bien. La viuda de Gerhard asistió, emocionada, y recibió un ramo de flores destinado a Decker. Y al día siguiente, de vuelta a casa, después de cinco agotadores conciertos por Europa y con división de opiniones sobre las ventajas y desventajas de las microgiras en temporada, o estropear los bolos de verano de la mayoría con una gira como Dios manda o nada de nada, que para lo que nos pagan bastante hacemos con asistir a todos los ensayos, ¿no?

En el hotel, había un recado urgente para Bernat; pensó qué le habrá pasado a Llorenç; era la primera vez que se preocupaba por su hijo; quizá porque todavía tenía presente el libro sin desenvolver.

Era un aviso de llamada urgente de Isaiah Berlin, que decía, en la caligrafía del recepcionista de noche, que acudiera sin falta a Headington House, a poder ser al día siguiente, que era muy importante.

—Tecla.

—¿Qué tal?

—Bien. Asistió Poldi Feichtegger. Adorable, ochenta y muchos años. El ramo de flores era más grande que ella.

—Volvéis mañana, ¿no?

—Bueno. Es que… Tengo que quedarme un día más, porque…

—¿Porque qué?

Bernat, fiel a su especialidad en complicarse la vida, no quiso contar a Tecla que Isaiah Berlin lo requería para hablar de mi libro, porque le había interesado mucho, muchísimo, lo había leído en pocas horas, pero había empezado a releerlo porque había encontrado una serie de intuiciones que le parecían brillantes y profundas y tenía ganas de conocerme. Habría sido fácil decírselo. Pero Bernat no sería Bernat si no se complicara la vida. No se fiaba de la capacidad de Tecla para guardar un secreto, y en eso le doy la razón. Pero prefirió callar y respondió porque me ha salido un trabajo urgente.

—¿Qué trabajo?

—Una cosa. Es…, es complicado.

—¿Pillar una trompa con un trompa?

—No, mujer. Tengo que ir a Oxford para… Se trata de un libro que…, en fin que vuelvo pasado mañana.

—¿Y te cambian el billete?

—Atiza, es verdad.

—Hombre, sería lo mejor, si quieres volver en avión. Si quieres volver…

Y colgó. Mierda, pensó Bernat, ya he metido la pata otra vez. Pero al día siguiente cambió el billete de avión, cogió el tren a Oxford, Berlin le dijo lo que le dijo y le entregó una nota para mí: apreciado señor, su libro me ha conmovido profundamente, tanto la reflexión sobre el porqué de la belleza como su vigencia en cualquier época de la humanidad, además de la imposibilidad de desvincularlo de la presencia inexplicable del Mal. Acabo de recomendarlo efusivamente a algunos colegas. ¿Para cuándo la edición en inglés? Sinceramente suyo, Isaiah Berlin. Y estoy sumamente agradecido a Bernat, más que por las consecuencias de la lectura inducida, aunque fueron fundamentales para mí, por la tenacidad con la que siempre ha procurado favorecerme. Y yo retribuyo su esfuerzo dándole mi opinión sincera de lo que escribe y provocándole profundas depresiones. Amigo, qué difícil es vivir.

—Júrame otra vez que jamás se lo dirás a Adrià. —La miró furibundamente—: ¿Oyes, Sara?

—Te lo juro. —Y al cabo de un rato:

—Bernat.

—¿Hummm?

—Gracias. De parte de Adrià y de la mía.

—Ni gracias ni narices. Siempre estoy en deuda con Adrià.

—¿Qué le debes?

—No sé. Cosas. Es mi amigo. Es un tío que… A pesar de lo sabio que es, mantiene la amistad conmigo y con mis crisis, después de tantos años.

45

Vissarion Grigorievich Belinsky tuvo la culpa de que, al cumplir cincuenta años, me pusiera a refrescar el ruso, pues lo había dejado muy de lado. Para distanciarme de las infructuosas aproximaciones a la naturaleza del mal, me sumergí en un intento suicida de combinar en un mismo libro a Berlin, Vico y Llull y, para mi gran asombro, empecé a ver que era posible. Como suele pasar en momentos de descubrimientos inesperados, no estaba seguro de que la intuición no fuera un espejismo y tuve que distanciarme para comprobarlo, por eso me dediqué unos días a hojear cosas completamente distintas, Belinsky entre otros. Fue Belinsky, el estudioso y propagandista entusiasta de Pushkin, quien me metió los perros en danza con el ruso. Bueno, las referencias de Belinsky a Alexandr Serguéievich Pushkin, no la obra de Pushkin directamente. Y entendí lo que significaba el interés por la literatura ajena, lo que obliga a hacer literatura sin saberlo. La relectura de Pushkin a la luz de la pasión de Belinsky me impresionó como no lo había hecho la primera lectura. Gracias al efecto que Belinsky obró en mí, revivieron en voz alta y fuerte Ruslan, Liudmila, Farlaf, Ratmir, Rodgai y también Chernomor y el Jefe. A veces me asusta el poder del arte y del estudio del arte. A veces no entiendo por qué la humanidad se relaciona a porrazos habiendo, como hay, tantas cosas por hacer. A veces pienso que somos malvados antes que poetas y por eso no tenemos remedio. El problema es que nadie tiene las manos limpias. Poquísimos, mejor dicho. Poquísimos. Y entonces entró Sara, y Adrià, con la vista puesta en la totalidad inextricable de versos de celos, amor y lengua rusa, percibió sin mirarla que le brillaban los ojos. Levantó la cabeza.

—¿Qué tal?

Ella dejó las carpetas de muestras de retratos en el sofá.

—Vamos a hacer la exposición —dijo.

—¡Bravo!

Adrià se levantó, aún miró con un deje de tristeza hacia la desgracia de Liudmila y abrazó a Sara.

—Treinta retratos.

—¿Cuántos tienes?

—Veintiocho.

—Todo en carbón.

—Sí, sí: será el leitmotiv: mirar el alma en el carbón o algo así. Quieren dar con un buen lema.

—Que te lo digan antes, no sea que se les ocurra una sandez.

—Mirar el alma en el carbón no es ridículo.

—¡No, mujer! Pero los galeristas no son poetas. Y los de Artipèlag… —Se refirió a las carpetas que descansaban en el sofá—: Me alegro mucho. Te lo mereces.

—Me faltan dos retratos.

Sabía que querías hacerme uno. No me entusiasmaba la idea pero sí tu entusiasmo. A mi edad, empezaba a darme cuenta de que, más que las cosas, lo importante es la ilusión que ponemos en ellas. Eso nos hace personas. Y Sara vivía un momento excepcional: sus dibujos le granjeaban un respeto que aumentaba cada día. Sólo le había dicho dos veces que por qué no lo intentaba con la pintura, pero ella, con su actitud suave pero firme, las dos veces me dijiste no, Adrià, lo que me gusta es dibujar a lápiz o a carboncillo. Mi vida es en blanco y negro, quizá en recuerdo de los míos, que vivieron en blanco y negro. O quizá…

—Quizá huelguen las explicaciones.

—Seguramente.

Con todo, en casos cuyo principio rector nunca descubrí, Sara usó lápices de colores y sólo lápices para sombrear o matizar algún detalle de los paisajes, calles, retratos y edificios que dibujaba. Como nunca hizo ninguna referencia al asunto, no me atreví a preguntarle por qué.

A la hora de la cena le dije que sabía cuál era el otro retrato que le faltaba y me preguntó ¿cuál?, y yo contesté un autorretrato. Se quedó con el tenedor a medio camino, pensando en la idea; te sorprendí, Sara. No se te había ocurrido. Nunca piensas en ti.

—Me da vergüenza —dijiste, después de unos largos segundos de silencio. Y te metiste el bocado de croqueta en la boca.

—Pues supérala, que ya eres mayorcita.

—¿No es arrogancia?

—Al contrario; es una muestra de humildad: desnudas el alma a veintinueve personas y te sometes tú al mismo interrogatorio que a los demás. Así restableces el orden de las cosas.

Otra vez te pillé con el tenedor a medio camino. Lo dejaste y dijiste ¿sabes que a lo mejor tienes razón? Y gracias a eso, hoy, mientras te escribo, tengo tu extraordinario autorretrato frente a mí, al lado de los incunables, presidiendo mi mundo. Es el objeto más valioso de este despacho. Tu autorretrato, que iba a ser el último del recorrido indicado en la exposición que preparaste tan minuciosamente y a cuya inauguración no pudiste asistir.

Para mí, la obra de Sara es una ventana al silencio interior. Una invitación a la introspección. Sara, te quiero. Y me acuerdo de cuando proponías un orden para las treinta obras y de cuando hacías a escondidas los primeros esbozos de tu autorretrato. Y los de Artipèlag se quedaron calvos: *Sara Voltes-Epstein. Carbones. Una ventana al alma*. Un catálogo espléndido que invitaba a no perdérselo. O a comprar la exposición entera. Tu obra de madurez, que tardaste dos años en completar. Sin prisas, de manera natural, pausadamente, como siempre has hecho las cosas.

El autorretrato fue el que más trabajo te dio, encerrada en el estudio y sin testigos, porque le daba vergüenza que la viesen observándose en el espejo, mirándose en el papel y trabajando en los detalles: el pliegue dulce de las comisuras de los labios, las pequeñas derrotas que cobijan las arrugas. Y los plieguecitos de los ojos que te hacen tan Sara. Y todas las señales minúsculas que no sé reproducir, pero que, como si de un violín se tratara, convierten un rostro en un paisaje que refleja el largo viaje de invierno con todo detalle, con todo el impudor, Dios mío. Como el cruel tacógrafo que graba los incidentes de la vida del camionero, tu rostro dibuja nuestros llantos, tus llantos sin mí, aunque no sé exactamente cuáles son;

los llantos por la desgracia de tu familia y de los tuyos. Y algunas alegrías que asomaban en la viveza de los ojos e iluminaban la cara espléndida que tengo ante mí mientras te escribo esta larga carta que iba a ser de un par de folios. Te quiero. Te descubrí, te perdí y te reencontré. Y sobre todo, hemos tenido el privilegio de empezar a envejecer juntos. Hasta el día en que la desgracia entró en casa.

En aquella temporada fue incapaz de hacer ilustraciones y los encargos se retrasaron como nunca le había sucedido. Tenía todo el pensamiento puesto en los retratos al carbón.

Faltaba un mes para la inauguración de la exposición en Artipèlag y yo, antes de volver a Vico, Llull y Berlin y después de Pushkin y Belinsky, me zambullí en Hobbes y su siniestra visión de la naturaleza humana, siempre proclive al mal. Y entre una cosa y otra fui a parar a su traducción de la *Ilíada*, que leí en una edición deliciosa de mediados del diecinueve. Y sí, la desgracia.

Thomas Hobbes estaba intentando convencerme de que había que elegir entre libertad y orden porque, de lo contrario, vendría el lobo que tantas veces he visto dentro de la naturaleza humana cuando repaso la historia o a los conocidos. Oí la llave en la cerradura, la puerta que se cierra sin hacer ruido y no era el lobo de Hobbes, sino los pasos mudos de Sara, que entró en el despacho y se quedó unos segundos quieta y callada. Levanté la vista y enseguida me di cuenta de que había surgido alguna dificultad. Sara se sentó en el sofá tras el que espiaba yo tantos secretos en compañía de Carson y Águila Negra. Le costó empezar a hablar. Se notaba mucho que buscaba las palabras adecuadas y Adrià se quitó las gafas de leer y la animó diciéndole oye, Sara, ¿qué pasa?

Sara se levantó, fue al armario de los instrumentos y sacó el Vial. Lo puso encima de la mesa de lectura con un poco más de rotundidad de la necesaria, casi tapando al pobre Hobbes, que no tenía ninguna culpa.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo compró mi padre. —Pausa desconfiada—. Te he enseñado el certificado de compra. ¿Por qué?

—¿De dónde lo sacó tu padre?

—Es el Vial, el único storioni que tiene nombre propio.

Sara callaba, dispuesta a escuchar. Y Guillaume-François Vial dio un paso desde la sombra, para que lo viese el pasajero del coche. El cochero detuvo a los caballos exactamente a su altura. Se abrió la portezuela del vehículo y monsieur Vial subió al coche.

—Buenas noches —dijo La Guitte.

—Podéis dármelo, monsieur La Guitte. Mi tío está de acuerdo con el precio.

La Guitte se rió para sus adentros, orgulloso de su olfato. Había valido la pena asarse tantos días al sol de Cremona. Para asegurarse:

—Son cinco mil florines.

—Cinco mil florines, en efecto —lo tranquilizó monsieur Vial.

—Mañana tendréis el violín del famoso Storioni en vuestras manos.

—No pretendáis embaucarme, monsieur La Guitte: Storioni no es famoso.

—En Italia, en Nápoles, en Florencia… no se habla de nadie más.

—¿Y en Cremona?

—Los hermanos Stradivari están muy disgustados con la aparición del nuevo taller.

—Eso ya me lo habías contado… —Sara, impaciente, de pie, como un maestra severa que espera las excusas de un niño torpe.

Pero Adrià, como quien oye llover, dijo mon cher tonton!… —exclamó irrumpiendo en la sala al día siguiente a primera hora de la mañana. Jean-Marie Leclair ni se dignó levantar la cabeza; contemplaba las llamas de la chimenea—. Mon cher tonton —repitió Guillaume-François Vial con menos entusiasmo.

Leclair se volvió un poco. Sin mirarlo a los ojos le preguntó si traía el violín. Vial lo dejó en la mesa. Los dedos de Leclair salieron disparados hacia el instrumento. De una pintura de la pared surgió un criado narizotas con un arco de violín en la mano; Leclair estuvo un rato buscando todas las posibilidades sonoras del storioni con fragmentos de tres de sus sonatas.

—Es muy bueno —dijo al final—. ¿Cuánto te ha costado?

—Jau.

—Diez mil florines, más un premio de quinientas monedas que me daréis vos por haber encontrado esta joya.

—¡Oye, jau!

Con gesto autoritario, Leclair mandó salir a los criados. Puso una mano a su sobrino en el hombro y sonrió. Y oí estamparse contra el suelo un escupitajo seco del sheriff Carson, pero hice caso omiso.

—Eres un hijo de puta. No sé de quién lo has heredado, hijo de perra podrida, si de tu desgraciada madre, cosa que no creo, o del desgraciado malnacido de tu padre. Ladrón, estafador.

—¿Por qué? Si yo… —Esgrima de miradas—. De acuerdo, renuncio al premio.

—¿Crees que me fío de ti, con los años que llevas tocándome las narices?

—¿Entonces por qué me encomendasteis…?

—Para ponerte a prueba, estúpido hijo de perra enferma y sarnosa. Esta vez no te libras de la cárcel. —Unos segundos después, para rematar —: No te imaginas cuánto he esperado este momento.

—¡Jau, Adrià, que te pierdes! ¡Mira la cara que pone!

—Siempre habéis deseado mi perdición, tonton Jean. Me envidiáis.

—¡Coño, chaval, haz caso a Águila Negra, que todo eso ya lo sabe ella! Ya se lo has contado.

Jean-Marie Leclair miró a Carson sin comprender y lo señaló:

—A mí no me dirige la palabra un vaquero de mierda. ¡Saco de pulgas!

—Un momento de calma, ¿eh?, que a vos no os he dicho nada. Y merezco un respeto.

—Idos a paseo los dos. Tú y tu amigo, el de las plumas en la cabeza, que parece un pavo.

—Jau.

—¿Jau, qué? —Leclair, absolutamente irritado.

—Que, en vez de perder el tiempo haciendo nuevas amistades, haríais bien en proseguir la discusión con vuestro sobrino antes de que el sol se ponga por el monte de poniente.

Leclair, un poco desconcertado, miró a Guillaume Vial. Tuvo que hacer un esfuerzo de concentración y entonces lo señaló con el dedo:

—¿Qué crees que puedo envidiar de ti, desgraciado piojoso infecto?

Vial, rojo como un pimiento, estaba ofuscado y no podía reaccionar.

—Mejor no entremos en detalles —dijo, por decir algo.

Leclair lo miraba con desprecio.

—Por mí, entremos, entremos: ¿por el físico? ¿Por la estatura? ¿Por el don de gentes? ¿Por la simpatía? ¿Por el talento? ¿Por la talla moral?

—La conversación ha terminado, tonton Jean.

—Se terminará cuando lo diga yo. ¿Por la inteligencia? ¿Por la cultura? ¿Por la riqueza? ¿Por la salud?

Leclair cogió el violín e improvisó un pizzicato. Lo miró con respeto.

—Adrià.

—¿Qué?

Sara se sentó enfrente de mí. Oí débilmente decir al sheriff Carson cuidado, muchacho, que esto va en serio; luego no digas que no te avisamos. Me miraste a los ojos:

—Todo eso ya lo sé. ¡Hace tiempo que me lo contaste!

—Sí, sí, es que Leclair dijo el violín es excelente, pero no me importa nada, ¿entiendes? Lo único que quería era mandarte a la cárcel.

—¡Qué mal tío sois!

—Y tú un malnacido al que por fin he podido desenmascarar.

—El bravo guerrero ha perdido la chaveta después de tantas batallas. —Un escupitajo seco corroboró la sentencia del valeroso gran jefe arapaho.

Leclair tiró de la cinta de la campanilla y el criado narigudo entró por la puerta del fondo.

—Avisa al comisario. Que venga tan pronto como pueda. —A su sobrino—: Siéntate, vamos a esperar a monsieur Béjart.

No llegaron a sentarse. Cuando Guillaume-François Vial se disponía a hacerlo, pasó por delante de la chimenea, cogió el atizador y se lo clavó en la cabeza a su querido tonton. Jean-Marie Leclair, llamado l’Ainé, no abrió la boca. Se desplomó sin un gemido, con el atizador clavado en el cráneo. Una gota de sangre salpicó el estuche de madera del violín. Vial, respirando fuerte, se frotó las manos en el abrigo, aunque no se las había manchado, y

dijo no te imaginas cuánto esperaba este momento, tonton Jean. Miró alrededor, cogió el violín, lo guardó en el estuche salpicado y salió al balcón que daba a la terraza. Huyendo a plena luz del día se le ocurrió que tendría que hacer una visita poco cordial al bocazas de La Guitte. Y mi padre lo compró mucho antes de que naciera yo a un tal Saverio Falegnami, propietario legal del instrumento.

Silencio. Yo, por desgracia, no tenía nada más que añadir. Es decir, no tenía ningún interés en decir nada más. Sara se levantó.

—Tu padre lo compró en mil novecientos cuarenta y cinco.

—¿Cómo lo sabes?

—Y se lo compró a un fugitivo.

—A Falegnami.

—Que era un fugitivo. Y que seguro que no se llamaba Falegnami.

—Eso no lo sé. —Me parece que se me notaba a la legua que mentía.

—Yo sí que lo sé. —Los brazos en jarras, inclinada hacia mí—: Era un nazi bávaro que tenía que huir y que pudo desaparecer gracias al dinero de tu padre.

Una mentira, o una verdad a medias, o unas cuantas mentiras unidas por una coherencia que las transforma en verosímiles pueden sostenerse cierto tiempo, mucho tiempo, incluso. Pero no pueden durar toda la vida porque hay una ley no escrita que se refiere a la hora de la verdad de todas las cosas.

—¿Cómo sabes todo eso? —procurando no aparentar derrota, sino sorpresa.

Silencio. Ella, como una estatua, gélida, autoritaria, imponente. Puesto que no decía nada, seguí hablando un poco a la desesperada.

—¿Un nazi? Pues mejor que lo tengamos nosotros que un nazi. ¿No?

—Ese nazi se lo confiscó a una familia belga u holandesa que tuvo el mal gusto de dejarse caer por Auschwitz-Birkenau.

—¿Cómo lo sabes?

Cómo lo sabías, Sara… ¿Cómo sabías lo que sólo sabía yo, porque me lo había dejado escrito mi padre en arameo, en una hoja que seguro que sólo he leído yo?

—Tienes que devolverlo.

—¿A quién?

—A sus propietarios.

—Su propietario soy yo. Somos nosotros.

—A mí no me mezcles. Tienes que devolvérselo a los auténticos propietarios.

—No los conozco. ¿Holandeses, dices?

—O belgas.

—Una gran pista. Me planto en Ámsterdam con el violín en la mano y voy diciendo por ahí ¿es de alguien de ustedes, dames en heren?

—No te hagas el cínico.

No sabía qué decirle. Qué podía alegar, si siempre había temido que llegara ese día. No me imaginaba los detalles, pero sabía que tarde o temprano sucedería lo que estaba viviendo: yo, sentado, las gafas en una mano, mi storioni en la mesa, y Sara con los brazos en jarras diciendo pues investígalo. Hay muchos detectives en el mundo. O vamos a un centro de recuperación de bienes expoliados. Seguro que hay unas cuantas organizaciones judías que pueden ayudarnos.

—La casa se llenará de aprovechados al primer paso que des.

—O puede que vengan los propietarios.

—Estamos hablando de hace cincuenta años, ¿no?

—Los propietarios del instrumento tienen descendientes directos o indirectos.

—A quienes el violín importará un pimiento.

—¿Se lo has preguntado?

Poco a poco se te fue oxidando la voz y me pareció que me atacabas y me ofendí porque el óxido de tu tono me acusaba de una falta de la que hasta el momento no me creía culpable: la horrible falta de ser hijo de mi padre. Y, además, te cambiaba la voz, se te afilaba el timbre, como siempre que hablabas de tu familia o de la Shoá, o cuando salía a relucir la figura de tu tío Haïm.

—No pienso mover un dedo hasta saber si lo que dices es verdad o no. ¿De dónde lo has sacado?

Hacía media hora que Tito Carbonell estaba al volante de un coche parado en el chaflán. Vio salir a su tío, con la cabeza rala y cartera en mano, y echar a andar por la calle Valencia en dirección a la universidad. Tito dejó de tamborilear con los dedos en el volante. Desde el asiento de atrás, una voz dijo Ardèvol está más calvo cada día. Tito no consideró que tuviese que añadir ningún comentario; sólo miró la hora en su reloj. La voz de atrás iba a decir no creo que tarde mucho, tranquilo, cuando un guardia urbano saludó llevándose la mano a la gorra, se agachó para hablar con el conductor y dijo señores, aquí no pueden quedarse.

—Ahora mismo sale la persona que… Ahí está —improvisó.

Tito bajó del coche y el guardia se distrajo porque un camión de Coca-Cola pretendía descargar invadiendo la calle Lauria más de medio metro. Tito volvió a subir al coche y, al ver a Caterina entrar en el portal, dijo con voz jovial ésa es la famosa Caterina Fargues. La voz de atrás no respondió. Pasaron cuatro minutos más, hasta que Sara pisó la calle y miró a ambos lados; a continuación dirigió la vista al chaflán de enfrente y, a paso rápido y resuelto, se acercó al coche.

—Suba; nos mandan marchar de aquí —dijo Tito, señalando la puerta de atrás con la cabeza. Ella dudó unos segundos y montó en el coche, en el asiento de atrás, como si fuera un taxi.

—Buenos días —dijo la voz.

Sara vio a un hombre mayor, muy delgado, oculto tras una gabardina oscura, que la miraba con interés. Dio unos golpecitos con la mano en el espacio libre del asiento, para invitarla a sentarse a su lado.

—O sea que usted es la famosa Sara Voltes-Epstein.

Sara se sentó en el momento en que Tito arrancó el coche. Al pasar por delante del guardia, el conductor hizo un gesto de agradecimiento y se incorporó al tráfico de la calle Lauria.

—¿Adónde vamos? —dijo ella, un poco asustada.

—Tranquila: a un lugar donde se pueda hablar con comodidad.

El lugar donde se podía hablar con comodidad era un bar de lujo de la Diagonal. Les habían reservado una mesa en un rincón aislado en el que era imposible que pudiera meter las narices la poca clientela de esa hora. Se sentaron y se quedaron unos segundos mirándose los tres en silencio.

—Le presento al señor Berenguer —dijo Tito, señalando al hombre mayor y delgado. Éste saludó con una leve inclinación de cabeza. A continuación, Tito dijo que había comprobado personalmente, hacía cierto tiempo, que en su casa tenían un violín storioni llamado Vial

—¿Se puede saber cómo lo ha comprobado?

—que era de gran valor y que, por desgracia, se lo habían robado hacía más de cincuenta años a sus legítimos propietarios

—El propietario es el señor Adrià Ardèvol.

—y el caso es que hace diez años que su propietario legítimo lo está buscando y, al parecer, por fin lo hemos encontrado

—¿Y por qué voy a creérmelo?

—y sabemos que el instrumento fue adquirido por su propietario legítimo el quince de febrero de mil novecientos treinta y ocho, en la ciudad de Amberes. Entonces lo tasaron muy por debajo de su valor real. Después se lo robaron. Se lo confiscaron. El propietario legítimo ha removido cielo y tierra para localizarlo y, cuando lo consiguió, se concedió unos años de reflexión, pero ahora, por lo visto, está decidido a reclamarlo.

—Pues que lo reclame judicialmente. Y que demuestre esa historia tan rara.

—Existen problemas legales y no quiero fatigarla.

—No estoy cansada en absoluto.

—Tampoco quiero matarla de aburrimiento.

—Ajá. ¿Y cómo llegó a manos de mi marido?

—El señor Adrià Ardèvol no es su marido, pero si quiere, le cuento cómo llegó a sus manos.

—Mi marido tiene el certificado de propiedad del instrumento.

—¿Lo ha visto usted?

—Sí.

—Pues es falso.

—No tengo por qué creerlo.

—¿Quién era el propietario, según ese certificado?

—¿Cómo quiere que me acuerde? Me lo enseñó hace mucho tiempo.

—Todo eso no tiene pies ni cabeza —dijo Adrià sin mirar a Sara. Instintivamente acarició el violín, pero retiró la mano como si le diera calambre.

Yo era muy pequeño, pero mi padre me dijo con mucho secreto que entrase en el despacho, aunque no había nadie más en casa. Y me dijo mira bien este violín. El Vial reposaba en la mesa. Lo acercó a la lupa de mesa y me dijo que lo mirase bien. Metí la mano en el bolsillo y el sheriff Carson me dijo estate atento, muchacho, que esto debe de ser importante. Aparté la mano como si me quemara y miré el violín a través de la lupa. El violín, las raspaduras, los pequeños arañazos. Una rotura minúscula en la tapa. Y los aros, tal vez poco barnizados…

—Todo esto que ves en él es su historia.

Recordaba que en otros momentos me había contado cosas parecidas sobre el violín. Por eso no me extrañó nada oír jau, eso me suena. Y por eso respondí a mi padre sí, su historia. ¿Y eso qué?

—Que su historia pasa por muchas casas y por muchas personas que nunca conoceremos. Piensa que desde millesettecentosessantaquattro hasta hoy van…

—Hummm… Vediamo… Centonovantatrè anni.

—Pues eso. Veo que me has entendido.

—No, padre.

Hacía ocho meses que había empezado a estudiar.

—Uno.

—Uno.

—Due.

—Due.

—Tre.

—Tre.

—Quattro.

—Quattro.

—Cinque.

—Cinque.

—Sei.

—Sei.

—Sette.

—Sette.

—Otto.

—Octo.

—Otttto!

—Otttto!

—Bravissimo!

porque el italiano se aprende solo, en cuatro clases, créeme.

—Pero Fèlix… El niño ya estudia francés, alemán, inglés…

—El signor Simone es un gran profesor. En un año mi hijo podrá leer a Petrarca y no se hable más.

Y me señaló con el dedo para que no hubiese ninguna duda:

—Estás avisado: mañana empiezas italiano.

Ahora, mirando el violín, al oírme decir centonovantatrè anni, mi padre no pudo disimular una mueca de orgullo que, lo confieso, me dio una satisfacción completa y me enorgullecí. Y, señalando el instrumento con una mano y poniendo la otra mano en mi hombro, dijo ahora es mío. Ha pasado por muchos sitios, pero ahora es mío. Y será tuyo. Y será de tus hijos. De tus nietos. Y será de nuestros biznietos, porque nunca saldrá de la familia. Júramelo.

Me pregunto cómo puedo jurar en nombre de los que todavía no han nacido. Pero sé que juré también en el mío. Y cada vez que cojo el Vial me acuerdo del juramento. Y unos meses después mataron a mi padre por mi culpa. Y he llegado a la conclusión de que por culpa del violín.

—El señor Berenguer —dijo Adrià mirándola con una mirada acusadora— es un antiguo empleado de la tienda. Discutió con mi padre y con mi madre. Y conmigo. Es un estafador, ¿lo sabías?

—Estoy segura de que es un indeseable que te aborrece, pero sabe perfectamente cómo compró tu padre el violín: él estaba presente.

—Y el tal Albert Carbonell es un familiar lejano al que llaman Tito y que ahora lleva la tienda. ¿No te suena a complot?

—Si lo que dicen es cierto, el complot me da igual. Aquí tienes la dirección del propietario. Sólo tienes que ponerte en contacto con él y así salimos de dudas tú y yo.

—¡Es una trampa! El propietario que nos digan esos dos será cómplice suyo, ¿no te das cuenta?

—No.

—¿Cómo puedes estar tan ciega?

Me parece que ese comentario te dolió; pero yo estaba seguro de que no había nada inocente detrás de las maniobras del señor Berenguer.

Le dio un papel doblado. Adrià lo cogió pero no lo desdobló. Lo tuvo en la mano un buen rato, hasta que lo dejó encima de la mesa.

—Matthias Alpaerts —dijo.

—¿Eh?

—El nombre que no quieres leer.

—No es cierto. La propietaria se llama Netje de Boeck —dije con rabia.

Y así me dejaste en pelotas como a un niño de cinco años. Miré el papelito donde decía Matthias Alpaerts y lo dejé otra vez en la mesa.

—Todo esto es ridículo —dijo Adrià al cabo de mucho rato.

—Ahora que puedes restituir un mal que se hizo, te niegas.

Sara salió del despacho y no volví a oír tu risa nunca más.

46

Hacía tres o cuatro días que reinaba el silencio en casa. Es horrible que dos personas que viven juntas no hablen porque no quieren decirse, o no se atreven, cosas que pueden hacerles daño. Sara se concentró en la exposición y yo no servía para nada. Estoy convencido de que la mirada de tu autorretrato es un poco triste por lo silenciosa que estaba la casa mientras lo dibujabas. Pero yo no podía ceder. Por eso, Adrià Ardèvol resolvió ir a la Facultad de Derecho a consultar al doctor Grau i Bordas sobre el problema que tenía un amigo mío con un objeto de valor, presumiblemente expoliado durante la guerra, que su familia había adquirido hacía muchos años; el doctor Grau i Bordas escuchó el caso de mi amigo acariciándose la barbilla y después empezó a divagar sobre generalidades del derecho internacional y el expolio nazi y al cabo de cinco minutos Adrià Ardèvol comprendió que el buen hombre no tenía ni idea.

En el departamento de musicología de la universidad, el doctor Casals le dio mucha información sobre las diversas familias de violeros de Cremona y le recomendó a uno al que podía consultar, una verdadera autoridad en violines históricos. Y puedes fiarte, Ardèvol. Y la pregunta que quería hacerle desde el momento en que abrieron el estuche: ¿me dejas tocarlo?

—¿También tocas el violín?

En el pasillo de musicología, cuatro estudiantes se detuvieron a escuchar la música enigmática y dulce que se oía en uno de los despachos. Hasta que el doctor Casals dejó el violín en su estuche y dijo es extraordinario; como un gesú, de verdad.

En su despacho, Adrià dejó el violín en un rincón y recibió a dos alumnos que querían subir nota. Y a otra alumna que quería saber por qué me ha puesto un aprobado pelado si he venido a todas las clases. ¿Usted?

Bueno, a muchas clases. ¿Ah, sí? A algunas, sí. Cuando la chica se fue, entró Laura y se sentó en la mesa de enfrente de él. Estaba guapa de verdad y él le dijo hola, sin mirarla a los ojos. Ella saludó distraídamente con un gesto y abrió una carpeta repleta de apuntes o de exámenes por corregir o de cualquier otra cosa que le provocó un resoplido de pereza. Estuvieron solos un buen rato, cada uno a sus cosas. Dos veces, no, tres, levantaron la vista al mismo tiempo y sus miradas jugaron, tímidas, unos instantes. Hasta que a la cuarta, ella dijo qué tal estás. ¿Era la primera vez que tomaba la iniciativa? No me acuerdo. Pero sé que acompañó la pregunta con una leve sonrisa. Eso era una clarísima declaración de armisticio.

—Pse. Voy tirando.

—¿Sólo?

—Sólo.

—Pero si eres una celebridad.

—Anda, no me tomes el pelo.

—No, te envidio, como la mitad del departamento.

—Ahora sí que me lo tomas de verdad. ¿Y tú cómo estás?

—Pse. Voy tirando.

Callaron y sonrieron, cada cual en sus pensamientos.

—¿Escribes?

—Sí.

—¿Se puede saber qué escribes?

—Reescribo tres conferencias.

Con una sonrisa me invitó a proseguir y yo, obediente, dije Llull, Vico y Berlin.

—¡Tela!

—Sí. Pero es que lo reescribo todo para hacer un libro nuevo, ¿sabes? No tres conferencias sino…

Adrià hizo un gesto impreciso, como si estuviera sumido en un dilema:

—Tiene que haber una razón que los reúna a los tres.

—¿Y la has encontrado?

—Puede. El devenir histórico, pero no lo sé.

Laura ordenó papeles, que es lo que hacía siempre que pensaba.

—¿Es el famoso violín? —dijo señalando hacia el rincón con un lápiz.

—¿Famoso?

—Famoso.

—Pues sí.

—Uf, no se te ocurra dejarlo ahí.

—No te preocupes, voy a llevármelo a clase.

—No me digas que vas a tocarlo delante de… —dijo, risueña.

—No, hombre, no.

O sí. ¿Por qué no? Lo pensó de repente, como el día en que pidió a Laura que lo acompañara a Roma en calidad de abogada. Laura le inspiraba prontos.

Adrià Ardèvol tuvo la cara dura de empezar la clase de Historia de las ideas estéticas del segundo cuatrimestre en la Universidad de Barcelona tocando con su storioni la partita número uno. Seguro que ninguno de los treinta y cinco alumnos oyó los cinco errores injustificables ni se dio cuenta del momento en que se perdió e incluso tuvo que improvisar en el Tempo di Borea. Y cuando acabó guardó cuidadosamente el violín en el estuche, lo dejó en la mesa y dijo qué relación creéis que hay entre la manifestación artística y el pensamiento. Y nadie se atrevió a decir nada porque uf, ni idea.

—Ahora imaginaos que estamos en mil setecientos ocho.

—¿Por qué? —dijo un chico con barba que se sentaba al fondo, aislado del resto, tal vez para no contaminarse.

—El año en que Bach compuso lo que acabo de perpetrar.

—¿Y el pensamiento tiene que cambiar?

—Al menos, tú y yo llevaríamos peluca.

—Pero eso no cambia el pensamiento.

—¿No lo cambia? Hombres y mujeres vamos con pelucas, medias y tacones.

—Es que la idea estética del dieciocho es diferente de la de hoy.

—¿Sólo la estética? En el dieciocho, si no llevabas peluca, maquillaje, tacones y medias, no podías entrar en los salones. Hoy, a un hombre maquillado, con peluca, medias y tacones lo encierran en la cárcel sin hacerle preguntas.

—¿Hay que tener en cuenta la moral?

Fue una voz tímida, de la primera fila, de una chica delgaducha. Adrià, que estaba entre las mesas, volvió atrás.

—Buena pregunta —dijo. Y la chica se sonrojó, cosa que yo no pretendía—. La estética, por más que se empecine, nunca va sola.

—¿No?

—No. Tiene una gran capacidad para arrastrar otras formas de pensamiento.

—No lo entiendo.

En fin, que fue una clase que me vino muy bien para sentar las bases de lo que tenía que explicar las semanas siguientes. E incluso, durante unos instantes, pude olvidar que en casa vivíamos en silencio Sara y yo. A Adrià le fastidió no encontrar a Laura en el despacho cuando fue a recoger sus cosas, porque le habría gustado contarle el triunfo de su idea.

En el taller de Pau Ullastres, tan pronto como el violero abrió el estuche, dijo es un cremona auténtico, sólo hace falta olerlo y ver el porte que tiene. Aun así, Pau Ullastres no conocía la historia concreta del Vial; había oído hablar de él vagamente, pero consideraba que un storioni podía valer una cantidad impresionante de dinero y ha sido usted muy imprudente por no haberlo tasado antes. Por lo de los seguros, ¿sabe? Tardé unos segundos en entenderle, cautivado como estaba por la quietud del taller. Una luz cálida, rojiza, de color madera de violín, hacía tangible el inusitado silencio en pleno centro de Gracia. La ventana daba a un patio interior y al fondo se veía un almacén de secado de madera, cuya puerta estaba abierta. Allí envejecían las maderas a su ritmo, mientras el mundo, ahora redondo, daba vueltas como una peonza obsesionada.

Sobresaltado, miré al violero: no sabía lo que me había dicho. El hombre sonrió y lo repitió.

—Nunca se me había ocurrido tasarlo —respondí—. Forma parte del mobiliario de la casa, siempre ha estado presente. Y nunca hemos pensado en venderlo.

—Qué familia tan afortunada.

No le dije que lo dudaba porque no era asunto de Pau Ullastres y tampoco había podido leer estas líneas que todavía no estaban escritas. El violero le pidió permiso para tocarlo. Tocaba mejor que el doctor Casals. Casi sonaba como si lo tocara Bernat.

—Es una maravilla —dijo—. Como un gesú: es de la misma categoría.

—¿Todos los storioni son tan buenos como éste?

—No, todos no, creo yo; pero éste, sí. —Lo olió con los ojos cerrados —. Lo ha tenido guardado, ¿verdad?

—Ya hace tiempo que no. Fue una temporada que…

—Los violines están vivos. La madera del violín es como el vino. Trabaja poco a poco y le conviene la presión de las cuerdas; se enriquece al tocarlo, le gusta vivir a temperatura agradable, poder respirar, no recibir golpes, estar siempre limpio… Ciérrelo sólo cuando lo lleve de viaje.

—Me gustaría ponerme en contacto con los propietarios anteriores.

—¿Tiene usted el título de propiedad?

—Sí.

Le enseñé el documento de compraventa firmado por mi padre y el signor Saverio Falegnami.

—¿Y el certificado de autenticidad?

—Sí.

Le enseñé el certificado confeccionado por el abuelo Adrià y el violero Carlos Carmona en una época en la que por poco dinero se podían autentificar hasta billetes falsos. Pau Ullastres lo examinó con curiosidad. Me lo devolvió sin ningún comentario. Pensó un poco:

—¿Y ahora quiere tasarlo?

—No. Lo que quiero de verdad es cerciorarme de quiénes fueron los anteriores propietarios. Y me gustaría conocerlos.

Ullastres miró el título de propiedad:

—Saverio Falegnami, dice aquí.

—Los de antes de este señor.

—¿Puedo saber por qué quiere ponerse en contacto con ellos?

—Ni yo mismo lo sé. Para mí es como si este violín hubiera pertenecido siempre a mi familia. Nunca me había preocupado por su árbol genealógico. Pero ahora…

—¿Le preocupa su autenticidad?

—Sí —mentí.

—Si le sirve de algo, pongo la mano en el fuego por que este instrumento es de la mejor época de Lorenzo Storioni, pero no por el certificado, sino por lo que veo, oigo y toco.

—Me han dicho que es el primer violín que fabricó.

—Los mejores storionis son los veinte primeros. Dicen que se debe a la madera que empleó.

—¿La madera?

—Sí. Era excepcional.

—¿Por qué?

Pero el violero estaba acariciando mi violín y no respondió. Tuve celos de tantas caricias. Entonces Ullastres me miró:

—¿Qué es lo que quiere exactamente? ¿Por qué ha venido exactamente?

Es difícil indagar sin decir toda la verdad a los que pueden ayudarte.

—Me gustaría hacer el árbol genealógico de los propietarios que ha tenido desde el principio.

—Es buena idea… Pero le costará un ojo de la cara.

No fui capaz de decirle que lo que quería dilucidar era si el señor Berenguer y Tito se habían inventado el nombre de Alpaerts. Y saber si el nombre que me había dicho mi padre, Netje de Boeck, era verdadero. O tal vez corroborar que ningún nombre era auténtico y que el violín era sólo mío desde siempre. Porque estaba empezando a entender que sí, que si existía un propietario legal anterior al nazi, me convenía ponerme en contacto con él, fuera quien fuese, para ir de rodillas a suplicarle que me permitiera conservarlo hasta la muerte; me daba escalofríos la mera idea de que el Vial pudiera irse de casa para siempre. Y estaba decidido a hacer trampa para impedirlo.

—¿Me ha oído, señor Ardèvol? Un ojo de la cara.

Por si tuviera alguna duda, el Vial era auténtico. Quizá fui a ver a Ullastres sólo por eso: por oírlo con mis propios oídos; por asegurarme de que discutía con Sara por un violín valioso, no por cuatro maderas en forma

de instrumento. No, en el fondo no sé por qué fui. Pero me parece que desde la visita al taller de Ullastres empecé a pensar en la madera de alta calidad y en Jachiam Mureda.

Para comer le dieron una sopa de sémola muy insulsa. Pensó que tenía que advertirles que no le gustaba esa sopa de sémola que le daban en la chisma esa…, la pputa sopa de sémola. Pero las cosas no eran tan fáciles, porque no sabía si era por la vista o por qué, pero el caso es que cada vez le costaba más leer y retener las cosas. Puto techo. Retener las cosas. Retener.

—Rey, ¿no tienes hambre?

—No. Quiero leer.

—A ti habría que darte sopa de letras.

—Sí.

—Vamos, come un poco.

—Lola Xica.

—Wilson.

—Wilson.

—¿Qué quieres, rey, Adrià?

—¿Por qué no entiendo?

—Lo que tienes que hacer es comer y descansar. Ya has trabajado bastante.

Le dio cinco cucharadas de sopa de sémola y consideró que Adrià ya había cumplido con la comida.

—Ahora puedes leer. —Miró al suelo—. Hay que ver la marranada que hemos hecho con la sémola —dijo—. Y si quieres dormir la siesta, me avisas y te meto en la cama.

Adrià, obediente, leyó sólo un rato. Leyó pausadamente la explicación que daba Cornudella de su lectura de Carner. Lo leyó con la boca abierta, pero enseguida le dio un no sé qué me pasa, Lola Xica, y se cansaba, porque se le mezclaban Carner y Horacio encima de la mesa. Se quitó las gafas y se pasó la mano por los fatigados ojos. No sabía si tenía que dormir en la silla o en la cama o…, me parece que me lo han explicado mal, pensó. ¿No será en la ventana?

—Adrià.

Bernat entró en la cinquantaquattro y miró a su amigo.

—¿Dónde tengo que dormir?

—¿Tienes sueño?

—No sé.

—¿Quién soy?

—Lola Xica.

Bernat le dio un beso en la frente y miró la habitación. Adrià estaba sentado en una silla cómoda cerca de la ventana.

—¿Jònatan?

—¿Eh?

—¿Eres Jònatan?

—Soy Bernat.

—¡No: Wilson!

—¿Wilson es ese ecuatoriano tan despierto?

—No sé. Me parece que… —Miró a Bernat, perplejo—: Ahora me he hecho un lío —confesó al fin.

Fuera hacía un día nublado, ventoso y frío; pero lo mismo daba que hubiera sido soleado y alegre, porque el cristal separaba los dos mundos con mucha eficacia. Bernat se acercó a la mesilla de noche y abrió el cajón: dejó allí a Águila Negra y al sheriff Carson para que siguieran montando guardia fiel aunque inútilmente, echados en el trapo sucio en el que todavía se adivinaban cuadritos oscuros y claros y una gran cicatriz en medio; un trapo que había dado mucho que hablar a los médicos, porque, los primeros días, el señor Ardèvol no lo soltaba en ningún momento. Un trapo sucio y asqueroso, sí, doctor. Qué raro, ¿no? ¿Qué es ese trapo, eh, preciosidad?

Adrià rascó con la uña una manchita del brazo de la silla. Bernat se volvió al oír el ruidito y dijo ¿te encuentras bien?

—No hay manera de quitarlo. —Rascó con más fuerza—: ¿Lo ve?

Bernat se acercó, se puso las gafas y miró la mancha como si tuviera mucho interés. Como no sabía qué hacer ni qué decir, se guardó las gafas y dijo tranquilo, de ahí no pasa. Y volvió a sentarse enfrente de Adrià. Al cabo de un cuarto de hora de silencio, no les había interrumpido nadie, porque la vida está hecha de la suma de soledades que nos exponen a

—Muy bien, mírame. Adrià, mírame, por Dios Nuestro Señor.

Adrià dejó de rascar y lo miró un poco asustado; esbozó una sonrisa de excusa, como si lo hubieran pillado en falta.

—Acabo de mecanografiar tus papeles. Me han gustado mucho. Mucho. Y los de la otra cara de la hoja también. Voy a editarlos. Tu amigo Kamenek me aconseja que lo haga.

Lo miró a los ojos. Desorientado, Adrià siguió rascando desazonadamente la mancha del brazo de la silla.

—No eres Wilson.

—Adrià. Te estoy hablando de lo que escribiste.

—Perdone.

—No tengo nada que perdonarte.

—¿Eso es bueno o malo?

—Lo que escribiste me gusta mucho. No sé si es muy bueno, pero me gusta muchísimo. No hay derecho. Eres un hijo de puta.

Adrià miró a su interlocutor, se puso a rascar la mancha, abrió la boca y volvió a cerrarla. Levantó los brazos, perplejo:

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Escucharme. Toda mi vida. Es decir: toda mi pputa vida procurando escribir una cosa decente, que trastornara al lector y tú, que no lo habías intentado nunca, al primer intento metes el dedo en la llaga más sensible del alma, de la mía al menos. No hay derecho, coño.

Adrià Ardèvol no sabía si rascar la mancha o mirar a su interlocutor. Optó por mirar a la pared, preocupado:

—Me parece que se equivoca. Yo no he hecho nada.

—No hay derecho.

A Adrià empezaron a resbalarle dos lagrimones. No quería mirar al hombre que tenía enfrente. Se frotó las manos.

—¿Qué puedo hacer? —imploró.

Bernat, absorto, no respondió. Entonces Adrià lo miró y suplicó:

—Señor, oiga.

—No me llames señor. Soy Bernat y soy amigo tuyo.

—Bernat, oiga.

—No, óyeme tú. Porque ahora sé lo que piensas de mí. No me quejo; has sabido descubrirme y me lo merezco; pero todavía tengo secretos que nunca has sospechado siquiera.

—Lo siento mucho.

Se callaron. Y entonces entró Wilson y dijo ¿va todo bien, preciosidad? Y levantó la barbilla a Adrià para mirarle la cara como si fuera un niño. Le secó las lágrimas con un clínex y le dio una pastillita y un vaso medio lleno que Adrià bebió con avidez; con una avidez que Bernat no le conocía. Wilson volvió a decir va todo bien, mirando a Bernat. Éste, con un ademán, dio a entender fantástico, tío, y Wilson echó un vistazo a la sémola esparcida por el suelo. Con un pañuelo de papel recogió una poca, disgustado, y salió de la habitación con el vaso vacío y silbando una música desconocida en compás de seis por ocho.

—Me das una envidia que…

Pasaron diez minutos en silencio.

—Mañana llevo los escritos a Bauçà. ¿De acuerdo? Todos, los de tinta verde. Y los de tinta negra se los he mandado a Johannes Kamenek y a una compañera tuya de la universidad que se llama Parera. Las dos caras. ¿De acuerdo? Tus recuerdos y tu reflexión. ¿De acuerdo, Adrià?

—Me pica aquí —dijo Adrià señalando la pared. Miró a su amigo—: Cómo puede ser que me pique la pared.

—Iré informándote.

—También me pica la nariz. Y estoy muy cansado. No puedo leer porque se me mezclan las ideas. Ya no me acuerdo de lo que has dicho.

—Te admiro —dijo Bernat, mirándolo a los ojos.

—No volveré a hacerlo. Lo juro.

Bernat ni siquiera se rió. Se quedó mirándolo en silencio. Le cogió la mano que de cuando en cuando batallaba contra la mancha rebelde y se la besó como a su padre o a su tío. Lo miró a los ojos. Adrià le sostuvo la mirada unos segundos.

—Sabes quién soy —casi afirmó Bernat—. ¿No?

Adrià lo miraba fijamente. Dijo que sí con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—¿Quién soy? —Una chispa de esperanza asustada de Bernat.

—Sí, hombre… Eres… el… como se llame. ¿No?

Bernat se levantó, serio.

—¿No? —dijo Adrià, preocupado. Miró a Bernat, que estaba de pie —: Pero lo sé. Ése. No me sale el nombre. No sé si usted, pero el otro sí, hombre, sí. Uno que se llama…, ahora no me acuerdo, pero lo sé. Me cuida muy bien. Mucho. Me dice… ahora no sé lo qué me dice, pero sí, es él.

Y después de una pausa angustiosa:

—¿Verdad, señor?

Algo vibró en el bolsillo de Bernat. Sacó el móvil. Eseemeese: «Dónde te has metido?». Se agachó y besó al enfermo en la frente.

—Adiós, Adrià.

—Usted siga bien. Vuelva cuando quiera…

—Me llamo Bernat.

—Bernat.

—Sí, Bernat. Y perdóname.

Bernat salió al pasillo y se alejó; se secó una lágrima descontrolada. Miró furtivamente a ambos lados e hizo una llamada.

—¿Dónde puñetas te has metido? —la voz de Xènia, un poco alterada.

—Oye, no, nada.

—¿Dónde estás?

—Nada. Trabajo.

—¿Verdad que no tenías ensayo?

—No; es que me han salido otros asuntos.

—Anda, ven, que tengo ganas de follar contigo.

—Tardaré más de una hora.

—¿Todavía estás en Hacienda?

—Sí. Tengo que colgar, ¿vale? Adiós.

Desconectó antes de que Xènia le pidiera más explicaciones. Una mujer de la limpieza pasaba empujando el carro y lo miró con severidad por tener el móvil en las manos. Le recordó a la Trullols. Pero mucho. La mujer se alejó refunfuñando por el pasillo.

El doctor Valls juntó las manos como para rezar y movió la cabeza:

—La medicina de hoy no puede hacer nada más.

—¡Pero es un sabio! Es inteligente. ¡Superdotado! —Tuvo una sensación de déjà vu, como si fuese Quico Ardèvol de Tona—. ¡Domina diez o quince lenguas, yo qué sé!

—Ya no queda nada de todo eso. Lo hemos hablado muchas veces. Si a un atleta le cortan la pierna, ya no puede batir ningún record. ¿Lo entiende? Pues es parecido.

—Ha escrito cinco estudios emblemáticos en el terreno de la historia de la cultura.

—Lo sabemos… Pero es que a la enfermedad eso le importa un pimiento. Es así, señor Plensa.

—¿No hay marcha atrás?

—No.

El doctor Valls consultó el reloj, no ostensiblemente, sólo lo suficiente para que Bernat se diera cuenta. Aun así, éste tardó en reaccionar.

—¿Recibe otras visitas?

—La verdad es que…

—Tiene unos primos en Tona.

—Vienen alguna vez. Es doloroso.

—No hay nadie más que…

—Algunos colegas de la universidad. Algunas personas más, pero… pasa muchas horas solo.

—Pobrecillo.

—Por lo que sabemos, a él no le angustia mucho.

—Puede vivir de los recuerdos.

—No crea. No se acuerda de nada. Vive el instante. Y olvida enseguida.

—Es decir, ¿que ahora ya no se acuerda de que he venido a verlo?

—No sólo se le ha olvidado, sino que no creo que sepa quién es usted exactamente.

—Me parece que no. Si lo lleváramos a su casa tal vez se le hiciera la luz.

—Señor Plensa, esta enfermedad consiste en la formación de fibras intraneuronales…

El médico se calló y pensó un poco.

—Cómo explicárselo… —Pensó unos segundos más y dijo—: Las neuronas se convierten en fibras bastas, con forma de nudos… —Miró a ambos lados como pidiendo ayuda—: Para que se haga una idea, es como si el cerebro sufriera una invasión irreversible. Usted llevaría al señor Ardèvol a su casa, peo él no reconocería nada ni se acordaría de nada. El cerebro de su amigo está estropeado para siempre.

—Por tanto —insistió Bernat—, ni siquiera me conoce.

—Se comporta con educación porque era una persona educada. Empieza a no conocer a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—Todavía lee.

—Eso se acaba. Pronto se le olvidará. Lee y no retiene el párrafo que ha leído; debe releerlo, ¿me entiende? Y se queda igual. No: muy fatigado.

—¿Es posible que no sufra, si no se acuerda de nada?

—Eso no puedo asegurárselo del todo. Aparentemente, no. Y el deterioro se extenderá pronto a otras funciones vitales.

Bernat se levantó con los ojos llorosos; se cerraba para siempre una etapa. Para siempre. Y él se moría un poco con la muerte lenta de su amigo.

La Trullols entró en la cinquantaquattro con el carro de la limpieza. Cogió la silla de ruedas y llevó a Adrià al rincón para que no estorbase.

—Hola, preciosidad. —Miró el suelo de la habitación—: A ver, ¿dónde ha sido el desastre?

—Hola, Wilson.

—Pero ¿qué batalla has montado?

La mujer se puso a fregar la zona en la que había causado estragos la sopa de sémola y dijo a ver si ahora habrá que enseñarte a no hacer cochinadas, y Adrià la miró, asustado. La Trullols llegó con el trapo al borde de la silla desde la que la miraba Adrià, casi sobresaltado por la regañina. Entonces le desabotonó el primer botón de la camisa y dejó a la vista la cadenita con la medalla, como había hecho Daniela hacía más de cuarenta años.

—Es bonita.

—Sí. Es mía.

—No, es mía.

—Ah. —Un poco desorientado, sin argumentos.

—Me la devuelves, ¿no?

Adrià Ardèvol miró a la mujer sin saber muy bien qué tenía que hacer. Ella echó un vistazo a la puerta y entonces, suavemente, cogió la cadena y se la quitó a Adrià por la cabeza. La miró un segundo y se la metió en el bolsillo de la bata.

—Gracias, chato —dijo.

—De nada.

47

Abrió la puerta él en persona. Más viejo, tan delgado como siempre, con la misma mirada penetrante. Adrià notó un olor intenso que venía del interior, no supo si agradable o desagradable. El señor Berenguer se quedó unos segundos con la puerta abierta, como si le costara reconocer al visitante. Se secó unas gotas de sudor de la frente con un pañuelo blanco, doblado cuidadosamente. Por fin dijo:

—Arrea. Ardèvol.

—¿Puedo pasar? —dijo Ardèvol.

Unos segundos más de vacilación. Por último lo invitó a entrar. Hacía más calor dentro que fuera. El recibidor era un espacio relativamente grande, pulcro, reluciente, con un perchero espléndido de Pedrell de mil ochocientos setenta que debía de valer una fortuna, con paragüero, espejo y muchas molduras. Y una extraordinaria consola chippendale en un rincón, con un ramo de flores secas. Lo llevó a una sala adornada con un utrillo y un rusiñol en la misma pared. El sofá, de Torrijos hermanos, pieza única, seguramente la única que había sobrevivido al histórico incendio del taller. En otra pared, un manuscrito en página doble enmarcado con mucho esmero. No se atrevió a acercarse a ver de qué era. Desde lejos, le pareció un texto del dieciséis o principios del diecisiete. No sabía por qué exactamente, pero le pareció que a pesar del orden perfecto e indiscutible, faltaba el toque de una mano femenina. Resultaba todo demasiado rotundo, demasiado profesional para una vivienda. Sin poder evitarlo, admiró el conjunto de la sala y una confidente chippendale graciosísima que había en un rincón. El señor Berenguer lo dejó mirar a su antojo con cierto orgullo. Se sentaron. El ventilador que procuraba en vano aligerar el bochorno era un anacronismo de mal gusto.

—Arrea —repitió el señor Berenguer.

Adrià lo miró a los ojos y fue cuando identificó el intenso olor que se mezclaba con el calor: era el olor de la tienda, el mismo que lo había acompañado cada vez que la visitaba bajo la supervisión de su padre, de Cecília o del propio señor Berenguer. Un hogar con olor y ambiente de comercio. Era evidente que el señor Berenguer no se había retirado.

—¿Qué sucede con la propiedad del violín? —dije con mucha brusquedad.

—Cosas de la vida. —Y me miró sin disimular la satisfacción.

¿Qué cosas de la vida?, escupió el sheriff Carson.

—¿Qué cosas de la vida?

—Pues que ha aparecido el propietario.

—Lo tiene usted delante de los ojos: soy yo.

—No. Es un señor de Amberes bastante mayor. Los nazis le quitaron el violín cuando llegó a Auschwitz. Lo había adquirido en mil novecientos treinta y ocho. Los detalles tendrá que preguntárselos a él.

—¿Y cómo puede demostrarlo él?

El señor Berenguer sonrió y calló.

—Seguro que se lleva usted una buena comisión.

El señor Berenguer se pasó el pañuelo por la frente sin dejar de sonreír y sin decir nada.

—Mi padre lo adquirió legalmente.

—Tu padre lo robó a cambio de un puñado de dólares.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque estaba yo presente. Tu padre era un bandolero que se aprovechaba de cualquiera: primero de los judíos que huían a la desbandada y después de los nazis que huían organizados y en orden. Y no perdía ocasión de sacar partido de cualquiera que se hubiese arruinado y necesitara dinero con urgencia.

—Seguramente es que el negocio funciona así y seguro que usted colaboró.

—Tu padre era un hombre sin escrúpulos. Se deshizo del certificado de propiedad que había en el interior del violín.

—Le advierto que no creo lo que me dice ni me fío de usted. Sé que es capaz de todo. Me gustaría saber cómo ha adquirido ese torrijos o el pedrell del recibidor.

—Todo está en orden, no te preocupes. Tengo los documentos de propiedad de todas mis pertenencias. No soy tan bocazas como tu padre. Al fin y al cabo eligió la muerte que tuvo.

—¿Qué? —Silencio. El señor Berenguer me miraba con una sonrisa pícara mal disimulada. Seguramente para ganar tiempo y poder pensar un poco, Carson me obligó a decir ¿lo he entendido bien, señor Berenguer?

El signor Falegnami sacó una pistolita de salón, femenina, y lo apuntó nerviosamente. Fèlix Ardèvol no se inmutó. Esbozó una fingida sonrisa contenida y sacudió la cabeza como si estuviera muy disgustado:

—Está usted solo. ¿Cómo va a deshacerse de mi cuerpo?

—Será un placer enfrentarme a ese problema.

—Va a tener otro mayor: si no bajo por mi propio pie, la gente que me espera en la calle sabe lo que debe hacer. —Señaló la pistola, severamente —: Y ahora, me lo quedo por dos mil. ¿Acaso no sabe que es usted una de las diez personas más buscadas por los aliados? —Lo improvisó en el mismo tono que si regañara a un niño rebelde.

El doctor Voigt vio sacar a Ardèvol un fajo de billetes y dejarlo encima de la mesa. Con los ojos como platos, incrédulo, bajó la pistola:

—¡Ahí hay mil quinientos!

—No me haga perder la paciencia, doctor Voigt.

Así se doctoró Fèlix Ardèvol en compraventa. Al cabo de media hora estaba en la calle con el violín, el corazón un poco acelerado, el paso rápido y la satisfacción del trabajo bien hecho. Abajo no lo esperaba nadie con órdenes de hacer lo necesario en caso de que no bajara por su propio pie y se enorgulleció de su picardía. Pero había menospreciado la libretita de Falegnami y había pasado por alto su mirada llena de odio. Y por la tarde, sin decírselo a nadie, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo… ni al señor Berenguer, ni al padre Morlin, Fèlix Ardèvol denunció a un tal doctor Aribert Voigt, oficial de las Waffen-SS, que se ocultaba en el Ufficio della Giustizia e della Pace disfrazado de inofensivo conserje, grueso, calvo, de mirada perdida y nariz hinchada, cuyas actividades en medicina desconocía.

De la misma manera que no se había podido relacionar al doctor Budden con Auschwitz-Birkenau, tampoco al doctor Voigt. Alguien habría quemado los documentos correspondientes, pues todas las miradas inquisitoriales se dirigían al desaparecido doctor Mengele y a la gente de su entorno, mientras que los esforzados investigadores adscritos a otros lager tenían tiempo de destruir pruebas comprometedoras. Y, por si fuera poco, la confusión general, las numerosísimas listas de acusados, la incompetencia del sargento mayor O'Rourke, que incoó el expediente y que, dicho sea de paso, estaba desbordado de trabajo, impidieron que se descubriera la verdadera personalidad y las actividades del doctor Voigt, que fue condenado a cinco años de prisión por ser oficial de las Waffen-SS, sin constancia de que hubiera participado en alguna acción de guerra o de aniquilación al cruel estilo de la mayoría de unidades de las SS.

Unos años después, a esa hora, la calle del Sol estaba llena de gente con chilaba que salía de la majestuosa mezquita de los Omeya comentando las reflexiones de la Sura de ese viernes, o tal vez hablando simplemente de la escandalosa subida del precio del calzado, el té y las hortalizas. Aunque en las estrechas terrazas del café de la Concordia o el de las Tijeras también había mucho público con cara de no haber pisado nunca una mezquita, fumando un narguile y procurando no pensar en las posibilidades de otro golpe de Estado ese mismo año.

A dos minutos de allí, perdidos en el laberinto de callejuelas, sentados en una piedra de la fuente del Ciervo, dos hombres silenciosos miraban el suelo, abstraídos, como perdidos en el viaje del sol hacia occidente, por Bab al-Jabiya, camino del Mediterráneo. A más de un observador distraído le habría parecido que esos individuos eran hombres fervorosos que esperaban la puesta del sol y la llegada paulatina de la oscuridad, hasta el instante mágico en que fuese imposible distinguir un hilo blanco de uno negro y comenzara el al-Maulid an-Nabawï, la conmemoración y veneración eternas del nombre del Profeta. Y llegó el momento en que no se distinguía a simple vista un hilo blanco de uno negro y, por más que los militares no hicieran mucho caso, toda la ciudad de Damasco inició el al-Maulid an-Nabawï. Los hombres no se movieron de la piedra hasta que se oyeron unos pasos un tanto recelosos. Un occidental, por el modo de andar, por el ruido

excesivo, por los resoplidos. Se miraron en silencio y se levantaron. Por la esquina del callejón de las Moscas entró un hombre gordo de nariz grande secándose la frente con un pañuelo, como si ese día de al-Maulid an-Nabawï hiciera una noche calurosa. Se dirigió directamente a los dos hombres.

—Soy el doctor Zimmermann —dijo el occidental.

Los hombres, sin decir nada, echaron a andar a paso vivo por las callejuelas de los aledaños del bazar y el hombre grueso tuvo que esforzarse mucho por no perderlos de vista en cualquier esquina o entre la gente, cada vez más escasa, que circulaba por los callejones. Por último cruzaron una puerta entornada, la de una tienda atestada de utensilios de cobre; el occidental los siguió. Avanzaron por el único espacio libre que quedaba entre los montones de objetos, un paso estrecho que llevaba al fondo del local, donde había una cortina que daba a un patio iluminado por una docena de velas en el que un hombre bajito y calvo, vestido con chilaba, paseaba con visible impaciencia. Al ver entrar a los recién llegados, sin prestar la menor atención a los dos guías, estrechó la mano al occidental y le dijo empezaba a preocuparme. Los guías desaparecieron tan silenciosamente como habían llegado.

—He tenido dificultades en el control de aduanas del aeropuerto.

—¿Solucionados?

El hombre se quitó el sombrero como para lucir la calva y se abanicó con él. Con un gesto dio a entender que sí, que los había solucionado.

—Padre Morlin —dijo.

—Aquí siempre soy David Duhamel. Siempre.

—Monsieur Duhamel. ¿Qué ha averiguado?

—Muchas cosas. Pero quiero poner los puntos sobre las íes.

Allí, de pie, hablando en un murmullo, el padre Félix Morlin puso los puntos sobre las íes a la luz de las doce velas, mientras el otro hombre escuchaba atentamente, como si fuera una confesión sin confesionario. Le dijo que Fèlix Ardèvol, traicionando su confianza, había abusado de la situación del señor Zimmermann y prácticamente le había robado el

valiosísimo violín. Y, para colmo, había violado la sagrada norma de la hospitalidad, pues había denunciado al señor Zimmermann a los aliados y había revelado su escondite.

—La injusta delación me ha valido cinco años de trabajos forzados por haber servido a mi país en tiempo de guerra.

—Una guerra contra la expansión del comunismo.

—Contra la expansión del comunismo, sí.

—¿Y ahora qué quiere hacer?

—Encontrarlo.

—Basta de sangre —declamó el padre Morlin—. Sepa usted que, aunque Ardèvol sea voluble y os haya perjudicado, sigue siendo amigo mío.

—Sólo quiero recuperar mi violín.

—Basta de sangre he dicho. O se lo cobraré personalmente.

—No tengo la menor intención de tocarle ni un pelo. Lo juro como caballero.

Como si esas palabras fueran un certificado inapelable de buena conducta, el padre Morlin accedió; sacó del bolsillo de los pantalones un papel doblado y se lo pasó a Herr Zimmermann. Éste lo abrió, lo acercó a una vela, lo leyó rápidamente, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Al menos el viaje no ha sido en balde. —Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara diciendo pputo calor, no sé cómo pueden vivir en estos países.

—¿Cómo se ha ganado la vida, desde que salió?

—Ejerciendo la psiquiatría, naturalmente.

—Ah.

—¿Y usted qué hace en Damasco?

—Cosas internas de la Orden. A finales de mes vuelvo al convento de Santa Sabina.

No le dijo que estaba intentando reanimar la noble institución de espionaje fundada por monseñor Benigni hacía muchos años; había tenido que clausurarla por la ceguera de las autoridades vaticanas, que no se percataban de que el único peligro real era el del comunismo que arrasaría Europa. Tampoco le dijo que al día siguiente se cumplirían cuarenta y siete años de su ingreso en la Orden Dominica, a la que llegó con el santo y firme

propósito de servir a la Iglesia incluso a costa de la vida si fuere necesario. Cuarenta y siete años ya desde que solicitó el ingreso en el convento de la orden en Lieja. Félix Morlin había nacido el invierno de 1320 en la ciudad de Gerona, donde se educó en un ambiente de fervor y piedad, en el seno de una familia que se reunía todos los días para rezar sus oraciones al final de las actividades laborales. A nadie le extrañó la decisión del joven cuando optó por ingresar en la incipiente Orden Dominica. Cursó estudios de medicina en la Universidad de Viena y a los veintiún años se alistó en el Partido Nacional Socialista Austríaco con el nombre de Alí Bahr. Estaba dispuesto a emprender los estudios que lo convertirían en un buen qadi o muftí, puesto que se había mirado en las cualidades de sabiduría, ponderación y justicia de sus maestros, y poco después ingresó en las SS con el número 367.744. Después de servir en el campo de batalla en Buchenwald a las órdenes del doctor Eisel, el 8 de octubre de 1941 fue nombrado médico jefe del peligroso frente de batalla de Auschwitz-Birkenau, donde trabajó abnegadamente por el bien de la humanidad. Incomprendido, el doctor Voigt tuvo que huir con diferentes nombres falsos, como Zimmermann o Falegnami, y está dispuesto a esperar, con los elegidos, el momento de recuperar la tierra, cuando sea plana de nuevo, cuando la sharia se haya extendido por todo el mundo y sólo los fieles tengan derecho a vivir en ella en nombre del Misericordioso. Entonces los confines del mundo serán una bruma misteriosa y nosotros podremos volver a administrar ese misterio y todos los que de él se deriven. Así sea.

El doctor Aribert Voigt se palpó el bolsillo instintivamente. El padre Morlin le dijo más vale que coja un tren hasta Alep y otro de allí a Turquía. El Taurus Express.

—¿Por qué?

—Le conviene evitar puertos y aeropuertos. Y si el tren está cortado, cosa posible, alquile un coche con chófer: los dólares hacen milagros.

—Sé desenvolverme.

—Lo dudo. Ha venido en avión.

—Pero la seguridad era total.

—Nunca lo es. Lo han retenido un rato.

—No creerá que me han seguido.

—Mis hombres ya se han ocupado de evitarlo. Y a mí no me ha visto usted nunca.

—Es evidente que nunca lo pondría en peligro, monsieur Duhamel. Mi agradecimiento es infinito.

Hasta ese momento, como si no hubiera reparado en ello, no se desabrochó los pantalones. En una especie de cinturón de tela llevaba escondidos varios objetos pequeños. Sacó una minúscula bolsita negra y se la dio a Morlin. Éste aflojó el cordón que la cerraba. Tres grandes lágrimas de mil caras reflejaron, multiplicada, la luz de las doce velas. Morlin guardó la bolsa entre los misterios pliegues de la chilaba mientras el doctor Voigt se abrochaba los pantalones.

—Buenas noches, señor Zimmermann. Hay trenes hacia el norte a partir de las seis de la mañana.

—Pputo calor —dijo el señor Berenguer a modo de respuesta, mientras se levantaba y se ponía más directamente frente al ventilador.

Puesto que no había olvidado que el señor Berenguer había amenazado a su padre cuando él los espiaba detrás del sofá, Adrià dijo en voz baja señor Berenguer, soy el propietario legítimo del violín. Y si quieren ir a juicio que lo hagan, pero le advierto que si van por ese camino, tiraré de la manta y usted se quedará con el culo al aire.

—Como quieras. Tienes el mismo carácter que tu madre.

Eso nunca me lo había dicho nadie. Ni lo creí entonces. Fundamentalmente sentí odio por ese hombre, porque era el causante del enfado de Sara conmigo. Que dijera las animaladas que quisiera.

Me levanté porque debía mostrarme duro para dar credibilidad a mis palabras. En cuanto lo hice me arrepentí de todo lo dicho y de la manera en que había llevado el caso. Pero al ver la mirada burlona del señor Berenguer preferí seguir adelante, con miedo, pero adelante.

—A mi madre, ni mentarla. Tengo entendido que lo hizo pasar por el aro.

Empecé a andar hacia el recibidor y pensé que era un poco idiota: ¿qué había sacado en limpio de la visita? No había aclarado nada. Sólo había declarado unilateralmente una guerra que no sabía si tenía ganas de llevar

adelante. Pero el señor Berenguer, tras de mí camino del recibidor, me echó una mano:

—Tu madre era una cabrona integral que quiso amargarme la vida. El día en que murió abrí una botella de champán de la Veuve Clicquot. —Noté su aliento en la nuca mientras avanzábamos por el pasillo—. Bebo un sorbito cada día. Ya no tiene gas, pero así me obligo a pensar en la pputa señora Ardèvol de los cojones de la madre que la parió. —Suspiró—. No moriré en paz hasta que me haya tomado la última gota.

Llegaron al recibidor y el señor Berenguer se adelantó. Hizo el gesto de beber.

—Todos los días, plim, adentro, para celebrar que la cabrona está muerta y yo sigo vivo. Como puedes comprender, Ardèvol, tu mujer no cambiará de opinión. Los judíos son muy sensibles con ciertas cosas.

Abrió la puerta.

—Con tu padre se podía razonar, me dejaba las manos libres por el bien del negocio. Tu madre era una pelma, como todas las mujeres, pero tenía una malicia singular… Y yo, ¡plim!, una copita al cuerpo cada día.

Adrià salió al rellano de la escalera y se volvió a decir alguna frase digna, como pagará caros esos insultos o algo así. Pero en lugar de la sonrisa irónica del señor Berenguer, se encontró con el barniz oscuro de la puerta que el señor Berenguer acababa de estamparle en las narices.

Aquella noche, solo en casa, ensayé las sonatas y las partitas. No necesité las partituras, a pesar de los años que hacía, pero me habría gustado tener otros dedos. Y cuando tocaba la segunda sonata, Adrià se echó a llorar de tristeza por todo. En ese momento entró Sara, que venía de la calle. Al ver que era yo y no Bernat, volvió a salir sin saludar siquiera.

48

Quince días después de la conversación con el señor Berenguer falleció mi hermana. Ni siquiera sabía que estuviera enferma, como me pasó con mi madre. Me dijo su marido que no lo sabía nadie, ni ella. Acababa de cumplir 71 años y, aunque hacía mucho tiempo que no la había visto, yacente en el ataúd me pareció una mujer elegante. Adrià no sabía lo que sentía; pena, distancia, algo raro. No sabía qué sentimiento experimentaba. Le preocupaba más la mala cara de Sara que sus propios sentimientos por Daniela Amato de Carbonell, como decía el recordatorio.

No dije Sara, ha muerto mi hermana. Cuando Tito Carbonell me llamó para avisarme de la defunción de su madre, estaba yo más pendiente de si me decía algo del violín y tardé un poco en entender unas palabras tan sencillas como está en el tanatorio de Les Corts, por si quieres ir, el entierro se celebra mañana, y colgué y no dije Sara, ha muerto mi hermana porque me parece que habrías dicho ¿tienes una hermana? O nada, porque hacía unos días que no nos hablábamos tú y yo.

En el tanatorio, mucha gente. En el cementerio de Montjuïc, unos veinte. El nicho de Daniela Amato tiene una vista espléndida al mar. De qué le va a servir, oí que decía alguien detrás de mí, mientras los operarios lo sellaban. Cecília no se presentó, o no la avisaron o había muerto. El señor Berenguer fingió que no me veía en toda la ceremonia. Y Tito Carbonell se puso a su lado como para marcar territorio. El único que me pareció perplejo y abatido por la muerte de esa mujer era Albert Carbonell, que estrenaba viudez sin haber tenido tiempo de hacerse a la idea de la súbita soledad. Adrià sólo lo había visto un par de veces en su vida, pero le dio cierta lástima la desolación de ese hombre notablemente envejecido. Mientras bajábamos por las largas calles del cementerio, Albert Carbonell se acercó a mí, me cogió del brazo y me dijo gracias por venir.

—Faltaría más. Qué tristeza.

—Gracias. Quizá seas el único. Los demás están haciendo cálculos.

Nos callamos; el ruido de los pasos de la comitiva en el camino de tierra, punteado por susurros al oído, por alguna que otra maldición contra el bochorno barcelonés, por alguna que otra tos incontrolada, duró hasta que llegamos a los coches. Y entre tanto, casi al oído, aprovechando la ocasión, Albert Carbonell me dijo ten cuidado con el zorro de Berenguer.

—¿Trabajó en la tienda con Daniela?

—Dos meses. Y Daniela lo echó a patadas. Desde entonces se odiaron a muerte y no perdieron ocasión de manifestárselo mutuamente.

Otra pausa, como si le costase hablar y andar a la vez. Me acordé vagamente de que era asmático. O tal vez me lo inventé. El caso es que siguió diciendo Berenguer es un pájaro de cuenta; está enfermo.

—¿En qué sentido?

—Sólo hay un sentido. No está bien de la cabeza. Y odia a todas las mujeres. No puede soportar que alguna sea más inteligente que él. Ni que pueda decidir en su lugar. Eso le duele y lo reconcome. Ten mucho cuidado, que no te haga daño.

—¿Le parece que podría?

—De Berenguer se puede esperar cualquier cosa.

Nos despedimos delante del coche de Tito. Nos dimos un apretón de manos y me dijo cuídate; Daniela me habló con afecto de ti unas cuantas veces. Es una lástima que no tuvierais más trato.

—De pequeño estuve enamorado de ella un día entero.

Lo dije cuando subía al coche y no sé si me oyó. Desde dentro se despidió con un gesto vago. No volví a verlo nunca más. No sé si todavía vive.

No me di cuenta de que Albert Carbonell era la primera persona que no llamaba señor Berenguer al señor Berenguer hasta que me encontré en medio de la densa circulación que bordeaba el monumento a Colón, a rebosar de turistas haciéndose fotos, camino de casa y pensando si debía contártelo o no.

Cuando abrí la puerta, Sara podía haberme preguntado de dónde vienes, y yo, de enterrar a mi hermana; y ella, ¿tienes una hermana? Y yo, sí, una hermanastra. Y ella, pues podías habérmelo dicho; y yo, es que no me lo habías preguntado, teníamos muy poco trato, sabes. Y ¿por qué no me lo has dicho ahora, que ha muerto? Porque habría tenido que hablar de tu amigo Tito Carbonell, que quiere robarme el violín, y habríamos vuelto a discutir. Pero cuando abrí la puerta de casa no me preguntaste de dónde vienes y yo no contesté de enterrar a mi hermana y no pudiste replicar ¿tienes una hermana? Y entonces me di cuenta de que tu bolsa de viaje estaba en el recibidor. Adrià la miró sin comprender.

—Me voy a Cadaqués —respondió Sara.

—Voy.

—No.

Se marchó sin ninguna explicación. Fue una cosa tan rápida que no me di cuenta de la trascendencia que iba a tener para los dos. Cuando Sara hubo salido, desorientado todavía y con el corazón alterado, Adrià abrió los armarios de ella y notó un alivio repentino: tu ropa estaba en su sitio. Pensé que te habrías llevado sólo unas mudas.

49

Adrià no sabía qué hacer y no hizo nada. Sara lo había abandonado otra vez; pero ahora sabía por qué. Y sólo era una huida momentánea. ¿Momentánea? Para no cavilar más, se sumergió en el trabajo, pero le costaba concentrarse en lo que sería la redacción definitiva de *Llull, Vico, Berlin, tres organitzadors de les idees*, un título denso, pero tenía la necesidad íntima de escribir para alejarse de su *Història del pensament europeu*, que lo abrumaba por haberle dedicado muchos años, tal vez, o por las ilusiones que había puesto en ella, o porque habían hecho mención de ella personas a las que admiraba… La unidad, una de las unidades del libro, la daba el devenir histórico. Y reescribió los tres ensayos desde el principio. Hacía meses que trabajaba en ello. Me puse a hacerlo, querida mía, el día que vi en televisión las escalofriantes imágenes del edificio de Oklahoma City reventado por una bomba que había puesto Timothy McVeigh. No te dije nada porque esas cosas vale más hacerlas y después, si acaso, hablarlas. Me puse manos a la obra porque siempre he creído que los que matan en nombre de algo no tienen derecho a ensuciar la historia. Ciento sesenta y ocho muertos causó Timothy McVeigh. Y miles de desgracias, penas y sufrimientos que no aparecen en las estadísticas. ¿En nombre de qué intransigencia, Timothy? Y no sé cómo, me imaginé a otro intransigente con otra clase de intransigencia, y le pregunté, ¿por qué este destrozo, Timothy, si Dios es Amor?

—El gobierno americano que se vaya a tomar por el culo.

—Timothy, hijo: ¿qué religión practicas? —terció Vico.

—Dar por el saco a los que echan a perder el país.

—Eso es nula religión —paciente Ramon Llull—. Las religiones conocidas son tres, Timothy: esto es, el judaísmo, que es un error terrible y que me perdone el señor Berlin; el Islam, que es la creencia errónea de los

infieles enemigos de la Iglesia, y el cristianismo, que es la única, justa y verdadera, porque es la religión del Buen Dios, que es Amor.

—No te entiendo, abuelo. Yo mato al gobierno.

—Y los cuarenta seres cuya vida has truncado, ¿son gobierno? —Berlin, limpiándose las gafas con el pañuelo.

—Daños colaterales.

—Ahora soy yo quien no te entiende.

—1:1.

—¿Qué?

—Uno a uno.

—El coronel que no detiene la matanza de mujeres y niños de un poblado —dictaminó Vico— es reo de condena.

—Y si mata a los hombres, ¿no? —Berlin, burlón, a su colega, poniéndose las gafas.

—¿Por qué no os vais todos a tomar por el culo, eh?

—Este muchacho tiene una obsesión verbal con el culo —observó Llull, muy asombrado.

—El que a hierro mata, a hierro muere, Timothy —recordó Vico por si acaso. Y estaba a punto de especificar el versículo de Mateo, pero no se acordaba porque hacía mucho tiempo de todo.

—¿Queréis hacer el puto favor de dejarme en paz, viejos chochos y pedorros, cojones?

—Mañana te matarán, Tim —rememoró Llull.

—168:1.

Y empezó a difuminarse.

—¿Qué ha dicho? ¿Habéis entendido algo?

—Sí. Ciento sesenta y ocho, dos puntos, uno.

—Parece cabalística.

—No. Este muchacho nunca ha oído hablar de la cábala.

—Ciento sesenta y ocho a uno.

Llull, Vico, Berlin fue un libro febril, rápido de escribir, pero me dejó exhausto porque todos los días, al levantarme y al acostarme, abría el armario de Sara y la ropa seguía allí. Escribir así es muy difícil. Y un día terminé de escribirlo, que no es lo mismo que terminarlo. Y a Adrià le

entraron ganas de tirar todos los folios por el balcón. Pero se limitó a decir Sara, ubi es? Y entonces, tras unos minutos de silencio, en lugar de salir al balcón, hizo una pila con los folios, la dejó en un rincón de la mesa, dijo salgo, Lola Xica, sin darse cuenta de que Caterina ya no estaba, y se encaminó a la universidad como si fuera el lugar idóneo para distraerse.

—¿Qué haces?

Laura se volvió. Por la manera de andar, parecía estar tomando medidas al claustro.

—Pienso.

—Ah. ¿Y tú?

—Me distraigo.

—¿Qué tal el libro?

—Acabo de terminarlo.

—¡Ahí va! —dijo ella, contenta.

Le cogió de las dos manos pero inmediatamente se soltó como si le diera calambre.

—Pero no estoy nada seguro. Es imposible unir tres personalidades tan fuertes.

—¿Lo has acabado o no?

—Bueno, sí. Pero ahora tengo que leerlo todo y encontraré muchos obstáculos.

—Es decir, que no está acabado.

—No. Lo he escrito. Ahora sólo tengo que acabarlo. Y no sé si es publicable, la verdad.

—No te rindas, cobarde.

Laura le sonrió con una mirada que lo turbó un poco. Sobre todo por la razón que tenía llamándolo cobarde.

Al cabo de diez días, a mediados de julio, fue Todó, con su cachaza, quien le dijo oye, Ardèvol, al final sigues con el libro o no. Estaban los dos en el primer piso, mirando desde arriba el claustro soleado, en el que había muy pocos estudiantes.

Me cuesta escribir porque Sara no está.

—No lo sé.

—Coño, pues si no lo sabes tú…

No está; hemos reñido por una mierda de violín.

—Me cuesta unir unas personalidades tan…, tan…

—Tan rotundas, sí. Ésa es la versión oficial que conoce todo el mundo —interrumpió Todó.

¿Por qué no me dejáis tranquilo, coño?

—¿Versión oficial? ¿Y cómo sabe la gente que estoy escribiendo…?

—Eres la estrella, muchacho.

La madre que te parió.

Otro silencio largo. Las largas conversaciones de Ardèvol estaban llenas de silencios, según fuentes solventes.

—Llull, Vico, Berlin —recitó Todó volviendo de muy lejos.

—Sí.

—Hostia. Vico y Llull, todavía: pero ¿Berlin?

No, no, por favor, déjame tranquilo, pesado de las narices.

—Los une la voluntad de ordenar el mundo por el estudio.

—Arrea. Puede ser interesante.

Por eso me he puesto a ello, imbécil de los cojones, que me haces hablar mal y todo.

—Pero me parece que voy a tardar bastante. Y no sé si podré acabarlo: considéralo versión oficial.

Todó se apoyó en el pretil de piedra.

—¿Sabes una cosa? —dijo después de una larga pausa—. Me gustaría mucho que lo consiguieras. —Lo miró de soslayo—: Me vendría muy bien leer algo así.

Le dio un golpecito en el brazo en señal de complicidad y se fue a su despacho, en la esquina del claustro. Abajo, una pareja cruzaba el claustro de la mano, ajena al resto del mundo, y Adrià la envidió. Sabía que si Todó le había dicho me vendría muy bien leer algo así no era para darle coba y aún menos porque conviniera mucho a su espíritu leer un libro en el que se relacionase lo irrelacionable y se pugnase por demostrar que los grandes pensadores hacían lo mismo que Tolstoi pero con las ideas. Todó tenía un espíritu de poco gramaje y si anhelaba el libro que todavía no existía era

porque desde hacía unos años estaba obsesionado con minar la posición del doctor Bassas en su departamento y en la universidad y la mejor manera de hacerlo era crear nuevos ídolos de cualquier disciplina. Si no fuera por ti, hasta me habría halagado que me utilizaran los demás en su lucha por el poder. El violín es de la familia, Sara. No puedo hacer esto a mi padre. Murió por culpa de este violín ¿y ahora quieres que se lo regale a un desconocido que dice que es suyo? Y si no lo entiendes es porque con la cuestión judía vas a piñón fijo. Y te dejas embaucar por maleantes como Tito y el señor Berenguer. Eloí, Eloí, lammá sabactani.

A solas en el despacho, se le ocurrió de repente. O mejor dicho, se decidió de una vez. Debía de ser la euforia del libro casi acabado. Marcó un número y esperó pacientemente, pensando que esté, que esté, que esté porque si no… Miró el reloj: casi la una. Seguro que los pillaba comiendo.

—Diga.

—Max, soy Adrià.

—Dime.

—¿Puede ponerse?

Ligera vacilación.

—A ver. Un momento.

¡Significaba que estaba allí! No había huido a París, al huitième arrondissement, no se había marchado a Israel. Mi Sara todavía estaba en Cadaqués. Mi Sara no había querido alejarse mucho… Al otro lado del aparato, silencio todavía. No se oían pasos ni murmullo de conversaciones. Fueron muchos larguísimos segundos. La voz era de Max otra vez:

—Oye, dice que… Lo siento, chico… Dice que te pregunte si has devuelto el violín.

—No; quiero hablar con ella.

—Es que… Entonces dice… que no quiere ponerse.

Adrià sujetaba el teléfono con mucha fuerza. De pronto se le secó la garganta. No encontró palabras. Como si Max lo hubiera adivinado, dijo lo siento, Adrià. De verdad.

—Gracias, Max.

Y colgó en el momento en que se abría la puerta del despacho. Laura se extrañó al verlo allí. En silencio, fue hacia su mesa y estuvo unos minutos revolviendo en los cajones. Adrià no había cambiado apenas de posición mientras, mirando al vacío, oía las delicadas palabras del hermano de Sara como si fueran una sentencia de muerte. Al cabo de unos minutos suspiró con brusquedad y miró a Laura.

—¿Estás bien? —dijo ella al tiempo que recogía unas carpetas muy abultadas, como las que siempre cargaba de un lado a otro.

—Desde luego. Te invito a comer.

No sé por qué lo dije. No fue por vengarme de nada. Me parece que fue porque quería demostrar a Laura y al mundo entero que no pasaba nada, que todo estaba controlado.

Sentado enfrente de los ojos azules y la piel perfecta de Laura, Adrià se dejó la mitad de la pasta en el plato. Prácticamente ninguno de los dos abrió la boca. Laura le llenó el vaso de agua y él se lo agradeció sin palabras.

—¿Qué? ¿Qué tal van las cosas? —dijo Adrià poniendo cara de simpático, como si hubiesen abierto la veda para charlar.

—Bien. Me voy quince días al Algarve.

—Me alegro. Todó está un poco chiflado, ¿no?

—¿Por qué?

Unos minutos después llegaron a la conclusión de que en efecto, estaba un poco tocado; y que era preferible que no cuentes nada de mi libro, que todavía no existe, porque no hay nada más desagradable que escribir sabiendo que todo el mundo está pendiente de si podrás unir a Vico con Llull y todo eso.

—Hablo demasiado, ya lo sé.

Y para demostrarlo, le contó que había conocido a una gente estupenda y que habían quedado en el Algarve, porque estaban dando la vuelta a la península en bicicleta y…

—¿Tú también vas en bicicleta?

—Ya no tengo edad para esas cosas. Voy a tumbarme a la bartola, a desconectar de los malos rollos de la facultad.

—Y a ligar un poquillo.

Ella no contestó, pero le echó una mirada tan elocuente que supo lo que pasaba, porque las mujeres tenéis una capacidad para entender las cosas que siempre he envidiado.

No sé qué decirte, Sara. Pero fue así. El piso de Laura, diminuto, siempre pulcro, estaba un poco desordenado. Un desorden controlado, sobre todo en el dormitorio. Un desorden nada caótico, el propio de quien está a punto de salir de viaje. Montoncitos de ropa, exposición de zapatos, un par de guías turísticas y una máquina de fotos. Como el perro y el gato, se pusieron a fingir que.

—¿Es electrónica? —dijo Adrià, cogiendo la máquina con desconfianza.

—Ajá. Digital.

—Tú siempre a la última con los inventos.

Sin sentarse, Laura se quitó los zapatos y se puso unas chancletas o algo así que le quedaban monísimas.

—Seguro que tú todavía te apañas con una Leica.

—No tengo cámara. Nunca he tenido.

—¿Y los recuerdos?

—Aquí. —Adrià se señaló la cabeza—. No fallan. Y están siempre a disposición.

Lo dije sin ironía porque soy incapaz de predecir el futuro de nadie.

—Aquí caben doscientas fotos. —Le cogió la máquina con un gesto que quería disimular impaciencia y la dejó en la mesilla de noche, al lado del teléfono.

—Bravo —dijo él, desinteresado.

—Y luego puedo descargarlas en el ordenador. Así las veo más que en un álbum.

—Bravissimo. Pero para eso hace falta tener ordenador.

Laura se plantó enfrente de él, desafiante.

—¿Qué? —dijo, los brazos en jarras—. ¿Ahora quieres que dé una conferencia sobre la calidad de las fotos digitales?

Adrià la miró a los ojos, tan azules, y la abrazó. Estuvieron así mucho rato y lloré un poco. Por suerte, ella no lo notaba.

—¿Por qué lloras?

—No lloro.

—Mentiroso. ¿Por qué lloras?

A media tarde habían puesto su grano de arena para convertir en caos el desorden del dormitorio. Estuvieron mucho rato tumbados, mirando al techo. Laura se fijó en la medalla de Adrià.

—¿Por qué la llevas siempre?

—Porque sí.

—Pero si no crees en…

—Me sirve para recordar.

—¿Recordar qué?

—No sé.

Entonces sonó el teléfono. Sonaba en la mesilla de noche del lado de Laura. Se miraron con sensación de culpabilidad, preguntándose el uno al otro en silencio si esperaban alguna llamada. Laura no se movió, apoyada la cabeza en el pecho de Adrià, ambos oyendo el teléfono, que insistía monótonamente. Adrià miraba el pelo de Laura esperando que ella se moviese. Nada. El teléfono siguió sonando.

VI

Stabat Mater

Todo lo que tememos nos es concedido.

HÉLÈNE CIXOUS

50

Dos años más tarde, sonó de repente el teléfono y Adrià se sobresaltó, como de costumbre. Se quedó un rato mirando el aparato. La casa a oscuras excepto la luz de lectura, en el despacho. La casa en silencio, la casa sin ti, excepto el sonido insistente del timbre del teléfono. Señaló la página del libro de Carr, lo cerró y miró unos segundos más el teléfono, que ululaba como si así lo solucionase todo. Sonó unas cuantas veces más y al final, demostrada la gran obstinación de quienquiera que llamase, Adrià Ardèvol se frotó la cara con las manos, descolgó y dijo dígame.

Tenía la mirada triste y lacrimosa. Rondaba los ochenta años y estaba como desgastado, infinitamente cansado. Respiraba con ansiedad en el rellano de la escalera, firmemente agarrado a una pequeña bolsa de viaje, como si el contacto con ella fuera lo que lo mantenía vivo. Al oír llegar a Adrià, que subía lentamente a pie por la escalera, se volvió. Se miraron unos segundos.

—¿Mijnheer Adrian Ardefol?

Adrià abrió la puerta de casa y lo invitó a entrar mientras el hombre, en un inglés aproximado, certificaba que era la persona que lo había llamado por la mañana. Estaba seguro de que, con el desconocido, metía en casa una historia triste, pero ya no tenía elección. Cerré la puerta para que los secretos no se desparramasen por el rellano y la escalera; todavía de pie, le dije que hablase en holandés si lo prefería; el hombre aceptó la propuesta con un gesto de agradecimiento y le brillaron un poco los empañados ojos y Adrià tuvo que desempolvar con urgencia sus oxidados conocimientos de holandés para preguntar al desconocido el motivo de su visita.

—Es una larga historia, por eso le he preguntado si podíamos disponer de un buen rato.

Lo llevó al despacho. Se fijó en la expresión de admiración que el hombre no supo disimular al ver la estancia, como un visitante del Louvre que, inesperadamente, se encuentra en una sala llena de sorpresas. En el centro de la habitación, el recién llegado giró con timidez sobre sí mismo admirando los estantes llenos de libros, los cuadros, los incunables, el armario de los instrumentos, las dos mesas, tu autorretrato, y, encima de la mesa, Carr, sin terminar de leer todavía, y un manuscrito debajo de la lupa, la última adquisición: sesenta y tres páginas autógrafas de *The Dead*, con curiosos comentarios al margen, probablemente del propio Joyce. Y después de verlo todo, miró a Adrià en silencio.

Adrià lo invitó a sentarse en el lado opuesto de la mesa, el uno frente al otro, y pensé unos segundos cuál sería concretamente el pesar que había apergaminado en la cara del desconocido un rictus de dolor permanente. El hombre abrió la cremallera de la bolsa con cierta dificultad y sacó un objeto cuidadosamente envuelto en papel. Desenvolvió el paquete con mucha atención. Adrià vio un trapo sucio, renegrido de porquería, en el que todavía se adivinaban cuadritos claros y oscuros. El desconocido apartó el papel, dejó el trapo en la mesa y, con gestos que parecían litúrgicos, lo desplegó con cuidado, como si guardara en su interior un valioso tesoro. Parecía un sacerdote disponiendo el corporal en el altar. Desplegado el trapo, vi con desilusión que dentro no había nada. Como una frontera, un zurcido de lado a lado lo dividía en dos partes iguales. No supe percibir los recuerdos. Entonces el desconocido se quitó las gafas y con un clínex se secó el ojo derecho. Se dio cuenta del silencio respetuoso que guardaba Adrià y, sin mirarlo abiertamente a los ojos, dijo que no estaba llorando, sino que desde hacía unos meses padecía una alergia muy incómoda que le provocaba etcétera, etcétera, y sonrió como excusándose. Miró a alrededor y tiró el clínex a la papelera. A continuación, con un ademán vagamente litúrgico, señaló el trapo viejo y mugriento extendiendo hacia delante las dos manos, como invitándome a preguntar.

—¿Qué es esto? —pregunté.

El desconocido puso ambas manos en el trapo unos segundos, como si recitase mentalmente una oración muy sentida y, con la voz transformada dijo ahora imagínese que está comiendo en casa, con su mujer, su suegra y

sus tres hijitas, y la suegra, un poco acatarrada, y de repente…

El desconocido levantó la cabeza y vi que tenía los ojos anegados en lágrimas verdaderas, no de alergias y etcéteras. Pero no hizo nada para limpiarse las lágrimas de dolor, sino que miró hacia delante fijamente y repitió imagínese que está comiendo en casa, con su mujer, su suegra, acatarrada, y sus tres hijitas, con el mantel nuevo de cuadritos azules y blancos en la mesa, porque la pequeña Amelietje, que es la mayor, cumple años, y de repente descerrajan la puerta de la calle sin llamar antes siquiera y entra un hombre armado hasta los dientes, seguido por cinco soldados más, pisando fuerte, sin parar de gritar todos a la vez schnell, schnell, y raus, raus, y te sacan de casa para siempre a media comida, para toda la vida, sin dejarte siquiera mirar atrás, el mantel de fiesta, el nuevo, el que había comprado mi Berta hacía dos años, sin poder coger nada, sólo con lo puesto. Qué significa raus, padre, dice Amelietje, y no pude evitar el culatazo que le soltó un fusil impaciente que insistía raus, raus, porque el alemán se entiende solo, porque es la lengua y el que diga que no lo entiende es que tiene mala fe y lo pagará. Raus!

A los dos minutos íbamos por la calle, mi suegra tosiendo, con un estuche de violín en brazos porque su hija, al volver del ensayo, lo había dejado en la entrada; las niñas con los ojos abiertos de par en par, mi Berta, pálida, estrechando en los brazos a la pequeña Juliet. Por la calle, casi corriendo porque al parecer los soldados tenían mucha prisa, y las miradas mudas de los vecinos tras las ventanas, y cogí la manita a Amelia, que cumplía siete años y lloraba porque le dolía el culatazo de la nuca y porque los soldados alemanes daban miedo, y la pobre Trude, con cinco añitos, me suplicó que la aupara y la aupé, y Amelia tenía que correr para no perder el paso y, hasta que llegamos a la plaza del Vidrio, donde estaba el camión, no me di cuenta de que todavía apretaba en la mano la servilleta de cuadritos azules y blancos.

Había otros más humanos, me dijeron después. Los que decían podéis llevaros veinticinco kilos de equipaje y tenéis media hora para recogerlo, schnell, ¿eh? Y entonces piensas en todo lo que hay en una casa. ¿Qué te llevas? ¿Y adónde? ¿Una silla? ¿Un libro? ¿La caja de zapatos con las fotos? ¿Vajilla? ¿Bombillas? ¿El colchón? Mamá, qué significa schnell. Y

¿cuánto es veinticinco kilos? Acabas cogiendo el llavero inútil que cuelga olvidado en el recibidor y que, si vas sobreviviendo y no has tenido que trocarlo por un mendrugo enmohecido de pan, se convierte en el símbolo sagrado de la vida feliz y normal que vivías antes de la desgracia. Madre, ¿por qué ha cogido eso? Tú calla, me respondió mi suegra.

Salir de casa para siempre, acompañado por el ritmo de las botas de los soldados, salir de la vida con tu mujer pálida de pánico, las niñas espeluznadas, la suegra a punto de desmayarse y yo sin poder hacer nada. Quién nos había denunciado, si vivíamos en un barrio cristiano. Por qué. Cómo lo sabían. Cómo olían a los judíos. En el camión, para no ver la desesperación de las niñas, pensaba quién, cómo y por qué. Cuando nos obligaron a subir a un camión, que iba lleno de gente asustada, quedamos en el mismo lado Berta, la valerosa, con la pequeña, y yo con Trude en un lado. Mi suegra, un poco apartada, con su tos, y Berta empezó a gritar dónde está Amelia, Amelietje, hija, dónde estás, no te separes, Amelia, y una manita se abrió paso y se cogió de la pernera de mis pantalones y entonces la pobre Amelietje, asustada, todavía más asustada por haberse quedado sola unos momentos, me miró desde abajo pidiendo socorro, ella también quería que la aupase, pero no lo pidió porque Truu era menor, y nunca he podido olvidar su mirada, nunca en la vida, cuando tu hija te implora auxilio y no sabes, no puedes dárselo, y vas a ir al infierno por no haber ayudado a tu hijita cuando lo necesitaba. Sólo se me ocurrió darle la servilleta de cuadritos azules y blancos y ella la aferró con las dos manos y me miró agradecida, como si le hubiera regalado un preciado tesoro, el talismán con el que jamás se perdería, dondequiera que fuese.

El talismán no funcionó porque después del escabroso trayecto en el camión y de dos, tres o cuatro días dentro de un asfixiante y fétido furgón de carga sellado, me arrebataron a Truu de las manos a pesar de mi desesperación y cuando me atizaron un porrazo descomunal en la cabeza que me dejó atontado, la pequeña Amelia desapareció de mi lado, me parece que perseguida por unos perros que no paraban de ladrar. La pequeña Juliet en brazos de Berta…, no sé dónde estaban, Berta y yo no pudimos ni mirarnos por última vez, aunque sólo fuera para comunicarnos la desesperación muda en la que terminaba nuestra felicidad, conseguida

con mucho esfuerzo. Y la madre de Berta, sin dejar de toser, agarrada al violín, y Trude, dónde está Truu, he permitido que me la quitaran de las manos. No volví a verlas. No hacía sino unos instantes que nos habían obligado a bajar del tren y ya había perdido para siempre a mis mujeres. Rinrinríiin. Y aunque me empujaban y me gritaban al oído, volví la cabeza con desesperación hacia donde podrían estar y me dio tiempo a ver que dos soldados, con un cigarrillo en la boca, arrancaban a las mujeres de los brazos a niños de pecho como mi Juliet y los aplastaban contra la madera del furgón para obligarlas a obedecer de una pputa vez. Fue entonces cuando decidí dejar de hablar con el Dios de Abraham y con el Dios de Jesús.

—Rinrinríiin. Rinrinríiin.

—Perdone… —tuvo que decir Adrià.

El hombre me miró sin comprender, ausente. Seguro que no tenía conciencia de que estaba enfrente de mí, como si hubiera repetido un millar de veces lo que me estaba contando para atenuar el dolor.

—Llaman a la puerta… —dijo Adrià mirando el reloj al tiempo que se levantaba—. Es un amigo que…

Salió del despacho antes de que el anciano reaccionase.

—Paso, paso, paso, paso que pesa… —dijo Bernat al entrar en casa rompiendo ambientes y con un voluminoso paquete en brazos—. ¿Dónde lo dejo?

Y ya estaba dentro del despacho y no se esperaba encontrarse allí a un desconocido.

—Huy, perdone.

—Encima de la mesa —dijo Adrià, entrando tras él.

Bernat posó el bulto en la mesa y sonrió tímidamente al desconocido.

—Hola —le dijo.

El viejo inclinó la cabeza a modo de saludo pero no dijo nada.

—A ver si me ayudas —dijo Bernat mientras intentaba sacar el ordenador del embalaje. Adrià tiró de la caja hacia abajo y el aparato salió sujeto en las manos de Bernat.

—Ahora estoy…

—Ya lo veo. ¿Vuelvo más tarde?

Como hablábamos en catalán, me permití ser más explícito y le dije que era una visita inesperada y que me parecía que había para rato. Quedamos mañana, si te parece.

—Ningún problema. —Refiriéndose con discreción al visitante desconocido—: ¿Algo grave?

—No, no.

—Muy bien, pues hasta mañana. —Y refiriéndose al ordenador—: Pero entre tanto, no lo manosees.

—Ni se me ocurriría.

—Aquí están el teclado y el ratón. Me llevo la caja grande. Mañana te traigo la impresora.

—Gracias, oye.

—Las gracias a Llorenç, yo sólo soy el intermediario.

Miró al desconocido y le dijo usted siga bien. El hombre respondió con el mismo movimiento de cabeza que al principio. Bernat salió diciendo no hace falta que me acompañes; tú, a lo tuyo.

Salió del despacho y oyeron el golpe de la puerta al cerrarse. Me senté otra vez frente a mi invitado. Con un gesto me excusé por la breve interrupción y dije perdone. Sin palabras, le pedí que continuase como si Bernat no nos hubiera interrumpido con el ordenador viejo de Llorenç para ver si de una vez me animaba a renunciar a la insana costumbre de escribir a mano, a estilográfica concretamente. La donación llevaba incorporado el compromiso de un cursillo acelerado de equis sesiones, donde el valor equis dependía de la paciencia tanto del receptor como del donante. Pero era verdad que por fin había accedido a probar en carnes propias en qué consistía el ordenador, chisme que parecía fantástico a todo el mundo, aunque maldita la falta que me hacía a mí.

Al darle la señal, el anciano reanudó el relato como si la interrupción no lo hubiera afectado en absoluto, como si supiera el texto de memoria, y dijo llevo años haciéndome una pregunta, unas preguntas, porque son muchas y se confunden en una sola. Por qué sobreviví. Por qué, si era un inútil que había consentido, sin ofrecer la menor resistencia, que los soldados se llevasen a mis tres hijas, a mi mujer y a mi suegra con su catarro. Ni un amago de resistencia. Por qué tenía que sobrevivir yo; por

qué, si mi vida hasta entonces había sido completamente inútil, de contable en Hauser, en Broers, viviendo una vida aburrida, y lo único provechoso que había hecho era engendrar a tres hijitas, una negra de pelo negro como el azabache, la otra morena como las maderas nobles del bosque y la pequeña rubita como la miel. Por qué. Por qué, además, el gran castigo, la angustia enorme de no saber con total certeza, porque nunca las vi muertas, de no saber con certeza si realmente están todas muertas, mis tres hijitas, mi mujer y mi suegra, que no paraba de toser. Cuando terminó la guerra y después de dos años de búsqueda, tuve que aceptar las palabras del juez, que por las pruebas y los indicios —él los llamaba evidencias— existentes, dictaminó que podía dar por seguro que todas habían muerto, seguramente el mismo día en que llegaron a Auschwitz-Birkenau, porque, según consta en los documentos confiscados en el Lager, en esos meses conducían a las cámaras de gas a todas las mujeres, niños y ancianos y sólo se salvaron los hombres aptos para el trabajo. ¿Por qué sobreviví yo? Cuando me separaron de mis niñas y de Berta, creí que era a mí a quien llevaban a la muerte, porque, en mi inocencia, pensaba que el peligroso era yo, no las mujeres. En cambio, para ellos, los peligrosos son las mujeres y los niños, sobre todo las niñas, pues mediante ellas puede extenderse la maldita raza judía y mediante ellas venir la gran venganza futura. Fueron coherentes con esa idea y por eso sigo vivo, qué ridiculez, ahora que Auschwitz se ha convertido en un museo en el que sólo yo noto el hedor de la muerte. Tal vez haya sobrevivido hasta hoy y se lo esté contando porque fui cobarde el día del cumpleaños de Amelietje. O porque un sábado lluvioso, en el barracón, hurté un mendrugo de pan completamente podrido al viejo Moshes, de Vilnius. O porque me aparté disimuladamente cuando un Blockführer dispuesto a escarmentarnos la emprendió a culatazos y el golpe que debía herirme a mí mató a un muchachito cuyo nombre nunca sabré, pero que era de un pueblecito ucraniano de los alrededores de las Tierras Altas de Hungría y tenía el pelo negro como el carbón, más negro que el de mi Amelia, pobrecilla. O porque… No sé… Perdonadme, hermanos, perdonadme, hijitas, Juliet, Truu y Amelia, y tú Berta, tú, madre, perdonadme por haber sobrevivido.

Detuvo la relación de hechos pero no perdió la mirada fija al frente, ciega, porque no se puede contar tanto dolor mirando a alguien a los ojos. Tragó saliva, pero a mí, amarrado a la silla, ni se me ocurrió que con tanto hablar pudiera el hombre necesitar un vaso de agua. Como si no lo necesitase, continuó el relato y dijo y así fui con la cabeza gacha por la vida, llorando mi cobardía y buscando alguna manera de reparar mi maldad, hasta que se me ocurrió la idea de esconderme en un lugar en el que el recuerdo no me alcanzase nunca más. Busqué un refugio: seguramente me equivoqué, pero necesitaba cobijo y procuré acercarme al Dios del que desconfiaba porque no había movido un dedo por salvar a tantos inocentes. No sé si lo podrá entender, pero la desesperación absoluta empuja a hacer cosas extrañas: decidí ingresar en un convento cartujo en el que me aconsejaron que lo que me proponía no era una buena idea. Nunca he sido religioso; soy cristiano de nacimiento, aunque en casa la religión nunca fue más que una costumbre social y mis padres me transmitieron desinterés por el hecho religioso. Me casé con mi querida Berta, mi valiente esposa, que era judía pero de familia no religiosa y que por amor no dudó en unirse a un goy. Ella me hizo judío de corazón. Mentí a raíz de la negativa de los cartujos y no volví a revelar las razones de mi pesar ni mostré mi sufrimiento en ninguno de los dos lugares a los que acudí después. Tanto en el uno como en el otro aprendí qué era lo que podía decir y qué debía callar, de manera que cuando llamé a la cuarta puerta, la de la abadía de San Benito de Achel ya sabía que nadie pondría obstáculos a mi vocación tardía y supliqué que, si la obediencia no mandaba otra cosa, me dejasen vivir haciendo siempre los trabajos más humildes del monasterio. Y entonces volví a hablar, poquito, con Dios y aprendí a confesarme con las vacas. Y entonces me di cuenta de que el teléfono sonaba desde hacía un rato, pero no tuve ánimos para contestar. Al menos, era la primera vez en dos años que sonaba sin sobresaltarme. El desconocido, que ya no lo era tanto y se llamaba Matthias y que durante un tiempo se había llamado hermano Robert, miró el aparato y a Adrià esperando alguna reacción. Puesto que el anfitrión no mostró el menor interés por descolgar, siguió hablando.

—Y eso es todo —dijo, para ayudarse a arrancar otra vez. Pero tal vez lo hubiera dicho todo de verdad, porque procedió a doblar el trapo sucio como si recogiera un puesto de venta después de un día fatigoso de mercado callejero. Lo hacía con atención, poniendo en ello los cinco sentidos. Dejó el trapo doblado ante sí. Repitió en dat is alles como si holgaran las explicaciones. Entonces Adrià rompió su larguísimo silencio y preguntó por qué ha venido a contármelo. Y además añadió ¿qué tengo yo que ver?

Ninguno de los dos se dio cuenta de que en algún momento el teléfono se había hartado de llamar inútilmente. Ahora sólo llegaba, muy amortiguado, el rumor de la circulación de la calle Valencia. Ambos guardaban silencio, como si escucharan atentamente el ruido del tráfico del Ensanche barcelonés. Hasta que miré al viejo a los ojos y él, sin devolverme la mirada dijo con todo esto, le confieso que no sé dónde queda Dios.

—Bueno, yo…

—Fue parte de mi vida muchos años, en el monasterio.

—¿Le sirvió de algo la experiencia?

—No creo. Pero quisieron enseñarme que el dolor no es obra de Dios, sino una consecuencia de la libertad humana.

Entonces sí que me miró y prosiguió, levantando un poco la voz, como si diera un discurso político, y dijo ¿y los terremotos? ¿Y las inundaciones? ¿Y por qué cuando alguien hace el mal, Dios no lo impide? ¿Eh?

Puso las manos encima del trapo doblado:

—Hablé mucho con las vacas cuando era monje labrador. Siempre he llegado a la conclusión desesperante de que el culpable es Dios. Porque no puede ser que el mal sólo resida en la voluntad del malvado. Es demasiado fácil. Incluso nos da permiso para matarlo: muerto el perro, se acabó la rabia, dice Dios. Y no es cierto. Sin perro, la rabia sigue viva por los siglos de los siglos dentro de nosotros.

Miró a los lados sin fijarse en los libros que tanto lo habían maravillado al entrar en el despacho. Retomó el hilo:

—Llegué a la conclusión de que si Dios Todopoderoso permite el mal, Dios es un invento de mal gusto. Y me rompí por dentro.

—Lo entiendo. Yo tampoco creo en Dios. El culpable siempre tiene nombre y apellido. Se llama Franco, Hitler, Torquemada, Amalric, Idi Amin, Pol Pot, Adrià Ardèvol o lo que sea. Pero tiene nombre y apellido.

—No crea. El instrumento del mal tiene nombre y apellido, pero el mal, la esencia del mal…, eso no lo he resuelto todavía.

—No me diga que cree en el demonio.

Me miró unos segundos en silencio, como si sopesara mis palabras, cosa que incluso me enorgulleció. Pero no: tenía la cabeza en otra parte. Seguramente no le apetecía filosofar:

—Truu, la del pelo castaño, Amelia, la del pelo azabache, Juliet, la pequeña, rubia como el sol. Y mi suegra, acatarrada. Y la fortaleza de mi vida, mi mujer, que se llamaba Berta, y que tengo que creer que está muerta desde hace cincuenta y cuatro años y diez meses. No puedo acallar los remordimientos por seguir vivo. Siempre me despierto pensando que les he fallado, todos los días… y ahora que he cumplido ochenta y cinco años y todavía no he sabido morirme, vivo el mismo dolor con la misma intensidad que el primer día. Por eso, como a pesar de todo no he creído nunca en el perdón, he procurado vengarme…

—¿Cómo dice?

—… y he descubierto que la venganza nunca puede ser total. Sólo es posible ensañarse con el imbécil que se haya dejado atrapar. Siempre queda la insatisfacción de pensar que otros han salido indemnes.

—Lo entiendo.

—No me entiende —interrumpió, seco—. Porque la venganza todavía provoca más dolor y no comporta ninguna satisfacción. Y me pregunto, si no puedo perdonar, ¿por qué no me alegra la venganza? ¿Eh?

Se calló y respeté el silencio. ¿Me había vengado yo de alguien alguna vez? Seguro que sí, en las mil maldades de la vida diaria seguro que sí. Lo miré a los ojos e insistí:

—¿En qué parte de su relato aparezco yo?

Lo dije un poco desorientado, no sé si esperaba tener protagonismo de alguna clase en esa vida tan dolorosa o quería precipitar lo que me temía.

—Precisamente ahora entra usted en escena —respondió, casi escondiendo una sonrisa.

—¿Qué quiere?

—He venido a recuperar el violín de Berta.

Sonó el teléfono a modo de ovación fervorosa a los intérpretes de un recital memorable.

Bernat enchufó el ordenador, lo encendió y mientras esperaba a que la pantalla se animase, le conté lo que había pasado el día anterior. A medida que escuchaba se le desencajaba la boca de estupor.

—¿Qué dices? —dijo, absolutamente fuera de sí.

—Lo has entendido bien —respondí.

—Pero estás…, estás… ¡¡Estás loco, tío!!

Conectó el ratón y el teclado. Golpeó en la mesa con rabia y se puso a andar por la habitación. Fue al armario de los instrumentos y lo abrió con un impulso un poco más fuerte de lo necesario, como para cerciorarse de lo que acababa de decirle. Lo cerró con furia.

—Cuidado, no rompas el cristal —le advertí.

—A la mierda el cristal. A la mierda tú, hostias, ¿por qué no me avisaste, leches?

—Porque me lo habrías quitado de la cabeza.

—¡Evidentemente! Pero ¿cómo has podido…?

—Fácil: el hombre se levantó, fue al armario, lo abrió y sacó el storioni. Lo acarició mientras Adrià lo miraba con curiosidad y un poco de recelo. El hombre cogió un arco del armario, lo tensó, me miró como si me pidiera permiso y se puso a tocar. No sonaba muy bien. Bueno, nada bien.

—No soy violinista. Lo era ella. Yo era sólo un aficionado.

—¿Y Berta?

—Era una gran mujer.

—Sí, pero…

—Era la concertino de la Filarmónica de Amberes.

Se puso a tocar una melodía judía que yo había oído más de una vez, aunque no la localicé con precisión. Pero, como no le salía bien con el violín, terminó por cantarla. Se me puso la carne de gallina.

—A mí también, por tu culpa, por regalar el violín, ¡hostia!

—Era lo justo.

—Era un impostor, ¡bobo! ¿Es que no lo ves? Me cago en todo, por Dios. Nuestro Vial a tomar por el culo. Después de tantos años de… ¿Qué diría tu padre? ¿Eh?

—No seas ridículo. Nunca has querido usarlo.

—Pero me moría de ganas, ¡puñeta! ¿No sabes interpretar una negativa? ¿No sabes que cuando me decías tócalo, llévatelo a la gira, Bernat sonreía con timidez y dejaba el instrumento en el armario mientras negaba con la cabeza y decía no puede ser, no puede ser, es demasiada responsabilidad? ¿Eh?

—Eso es una negativa.

—No quiere decir sí, ¡que no te enteras, coño! ¡Quiere decir me muero de ganas! —Bernat, con una mirada como si fuera a morderme—: ¿Tan difícil es de entender?

Adrià se quedó callado un momento, como si le costase mucho digerir tanta filosofía de la vida.

—Mira, tío: eres un desgraciado —prosiguió Bernat—. Te has dejado embaucar por uno que te ha venido con el cuento lacrimógeno.

Señaló el ordenador:

—Y yo que venía a ayudarte…

—Mejor lo dejamos para otro día, ¿no? Hoy estamos… un poco…

—Mierda, tío, es que eres imbécil, ¡dar el violín al primer llorica que llama a la puerta! Es que no me lo puedo creer, oye.

Cuando acabó de cantar la melodía, el viejo dejó el violín y el arco en el armario y volvió a sentarse diciendo con timidez a mi edad ya no se puede tocar el violín más que para uno mismo. Falla todo, los dedos no responden y el brazo no tiene fuerza para sostener bien el instrumento.

—Lo entiendo.

—Ser viejo es indecente. La senectud es indecente.

—Lo entiendo.

—No lo entiende. Habría preferido morir antes que mi mujer y mis hijas, pero en cambio soy un anciano decrépito, como si tuviera algún interés en aferrarme a la vida.

—Se conserva bien.

—Tonterías. El cuerpo me falla por todas partes. Y hace cuarenta y cinco años que tendría que haber muerto.

—Entonces ¿para qué cojones quería un violín el muy estúpido si lo que deseaba era morirse? ¿No ves que es contradictorio?

—Tomé la decisión yo, Bernat. Y ya está hecho.

—Desgraciado. Dime dónde está ese cretino infeliz que voy a convencerlo de que…

—Se acabó. Ya no tengo storioni. Por dentro me parece que… he contribuido a hacer justicia. Me sienta bien. Con dos años de retraso.

—Pues a mí me sienta fatal. Lo veo: el cretino desgraciado eres tú.

Se sentó, volvió a levantarse. No se lo creía. Se enfrentó a Adrià:

—¿Por qué dices con dos años de retraso?

El viejo se sentó. Le temblaban las manos un poco. Las dejó reposar en el trapo sucio, que todavía estaba encima de la mesa primorosamente doblado.

—¿No ha pensado en el suicidio? —me salió un tono como un médico que pregunta al enfermo si le gusta la manzanilla.

—¿Sabe cómo pudo comprarlo mi mujer? —respondió el viejo.

—No.

—Puedo pasar sin él, Matthias, querido. Puedo seguir viviendo como…

—Sí, claro. Puedes seguir con el violín de siempre y no pasará nada. Pero te digo que vale la pena el esfuerzo. Mis padres me prestan la mitad del importe.

—No quiero estar en deuda con tu familia.

—¡También es la tuya, Berta! ¿Por qué no quieres aceptar que…?

Entonces fue cuando intervino mi suegra; en esa época todavía no estaba acatarrada. La época entre una guerra y la otra, cuando la vida volvía con furia y los músicos podían dedicarse a la música, en vez de pudrirse en las trincheras; la época en que Berta Alpaerts probaba horas incontables un storioni inalcanzable, de sonido hermoso, seguro, profundo, que le ofrecía Jules Arcan por un precio nada razonable. Fue exactamente el día en que Trude, la segunda, cumplió medio año. Todavía no teníamos a Juliet. Era la hora de la cena y, por primera vez desde que vivíamos juntos, mi suegra no

estaba en casa y cuando llegamos del trabajo nadie había preparado nada para cenar. Mientras Berta y yo improvisábamos algo, llegó su madre, cargada, y dejó un estuche oscuro, magnífico, sobre la mesa. Se hizo un silencio denso. Recuerdo que Berta me miraba buscando una respuesta que no podía darle yo.

—Abre eso, hija —dijo mi suegra.

Como Berta no se atrevía, su madre la animó:

—Vengo del taller de Jules Arcan.

Entonces Berta se precipitó hacia el estuche y lo abrió. Todos nos asomamos a mirar y el Vial nos guiñó un ojo. Mi suegra había decidido que, como estaba bien atendida en nuestra casa, podía satisfacer con sus ahorros la ilusión de su hija. La pobre Berta se quedó un par de horas muda de la impresión, incapaz de tocar nada, incapaz de coger el instrumento, como si no fuese digna, hasta que Amelietje, nuestra mayor que era chiquitina, la del pelo azabache, dijo ande, madre, que quiero oír cómo suena. Qué buen sonido le sacaba mi Berta… Qué bueno… Allí estaban todos los ahorros de mi suegra. Todos. Y algún secreto más que nunca quiso decirnos. Me parece que vendió un piso que tenía en Schoten.

El hombre dejó de hablar, se quedó con la mirada perdida más allá de la pared forrada de libros. Entonces, a modo de conclusión del relato, dijo me ha costado muchos años llegar hasta usted, hasta el violín de Berta, señor Ardefol.

—Eso no es un argumento, Adrià, joder. Puede ser un cuento completamente inventando, ¿es que no lo ves?

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —dijo Adrià, curioso.

—A base de paciencia y ayudas… Los detectives me han asegurado que su padre dejaba muchos rastros por donde quiera que pasaba. Hacía mucho ruido cuando se movía.

—De eso hace muchos años.

—Es que he pasado muchos años llorando. Hasta ahora no estaba preparado para hacer determinadas cosas, por ejemplo, recuperar el violín de Berta. A pesar de todo, he retrasado esta visita un par de años.

—Creo que fue hace un par de años cuando unos aprovechados me hablaron de usted.

—No les di instrucciones. Sólo quería averiguar su paradero.

—Pretendían actuar de intermediarios en la venta —insistió Adrià.

—Dios me libre de intermediarios: he tenido malas experiencias con esa clase de gente. —Miró a Adrià con fijeza—. Jamás se me habría ocurrido hablar de compraventa.

Adrià lo miró inmóvil. El viejo se le acercó como para eliminar intermediarios entre los dos.

—No he venido a comprarlo, sino a que lo devuelva.

—Te han estafado, Adrià. Te has dejado estafar por un timador astuto. Un tipo tan inteligente como tú…

Adrià no respondió y el hombre siguió hablando:

—Cuando lo localicé, quise conocerlo en primer lugar. A estas alturas de la vida ya no tengo ninguna prisa.

—¿Por qué quería hacerlo así?

—Para saber si tenía que pedirle cuentas a usted por su actuación.

—Le advierto que tengo la impresión de ser culpable de todo.

—Por eso lo he estudiado antes de venir a verle.

—¿A qué se refiere?

—He leído *La voluntat estètica* y el otro, el grueso. *Història del…*, *del…*

Chasqueaba los dedos para ayudar a su envejecida memoria.

—… *del pensament europeu* —dijo Adrià con orgullo muy, muy disimulado.

Exacto. Y una colección de artículos cuyo título no recuerdo ahora… Los he releído obsesivamente estos últimos meses. Pero no me obligue a hablar de ellos porque…

Se tocó la frente dando a entender que la cabeza no le funcionaba muy bien.

—¿Y por qué?

—No sé, no estoy seguro. Supongo que, al final, le he tomado respeto. Y, según los informes de los investigadores, usted no tiene nada que ver con…

No quise desmentirlo. Yo no tenía nada que ver con; pero tenía mucho que ver con mi padre. Posiblemente no era estético hablar de ello ahora. Por eso me callé. Sólo repetí por qué me estudió, señor Alpaerts.

—Lo que me sobra es tiempo. Y con la intención de reparar el mal, he cometido muchos errores: el primero, creer que escondiéndome desaparecería el horror; y lo más grave, provocar otros horrores por falta de previsión.

Estuvo hablando conmigo muchas horas seguidas, pero no se me pasó por la imaginación ofrecerle un vaso de agua. Entendí que un dolor tan profundo era la consecuencia de sucesos confusos y desordenados que lo hacían aún más hondo y sangrante.

Matthias Alpaerts había llegado a mi casa después de comer, sobre las dos o dos y media de la tarde. No nos movimos del despacho hasta las nueve de la noche, salvo un par de interrupciones para ir al lavabo. Hacía horas que las ventanas reflejaban la oscuridad de la calle y el reflejo en movimiento de los faros de los coches que todavía circulaban. Nos miramos y me di cuenta de que estaba a punto de desmayarme.

Por lo tardío de la hora, la negociación fue rápida: judías verdes, patata y cebolla, hervidas. Y tortilla. Mientras lo preparaba, me pidió permiso para volver al lavabo y me disculpé por ser un anfitrión tan desatento. Matthias Alpaerts me excusó con un gesto y entró con premura en el lavabo. Mientras la olla a presión soltaba su aviso, volví al despacho y puse el violín encima de la mesa. Lo miré con detenimiento. Le hice una docena de fotos con mi histórica máquina, que estaba donde la habías dejado; hasta que se acabó el carrete. Tapa, fondo, lateral, voluta y clavijero, mástil y unos cuantos detalles de los filetes. En plena operación, Matthias Alpaerts volvió del lavabo y me miró en silencio.

—¿Se encuentra bien? —dije sin mirarlo, mientras intentaba fotografiar la leyenda Laurentius Storioni me fecit por el orificio de la efe.

—A mi edad es necesario estar atento; nada especial.

Devolví el violín al armario y miré a Matthias Alpaerts a los ojos.

—¿Cómo sé que me dice la verdad? ¿Cómo sé que es usted Matthias Alpaerts?

El viejo sacó de la bolsa un carnet indefinible con su foto y me lo enseñó.

—Yo soy yo, como puede ver. —Recuperó el carnet—. En cuanto a la veracidad de lo que le he contado, me temo que no puedo demostrárselo.

—Comprenda que tengo la obligación de asegurarme —dijo Adrià, pensando más en Sara y en lo contenta que te pondrías si fuera yo lo suficientemente valiente para devolverle el violín.

—No sé qué otra cosa enseñarle… —dijo Alpaerts levemente alterado, al tiempo que escondía el carnet en la cartera—. Me llamo Matthias Alpaerts y desgraciadamente soy el único propietario de este violín.

—No lo creo.

—No tengo nada más que alegar. Como comprenderá, en casa no quedó el certificado de… Ni siquiera encontré las fotos de la familia cuando pude volver. Lo habían arrasado todo; destrozaron mis recuerdos.

—Permítame que desconfíe de usted —dije sin querer.

—Está en su derecho —replicó él—, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para recuperar el instrumento; es la única ligazón que tengo con mi historia y la de mis mujeres.

—Lo comprendo, de verdad. Pero…

Me miró como surgiendo del pozo de sus recuerdos, rezumando dolor por todos los poros.

—He vuelto al infierno al contarle todo esto. Quisiera que el esfuerzo no haya sido inútil.

—Lo comprendo, pero en el documento que tengo yo no consta su nombre como propietario del instrumento.

—¿No? —extrañado, desorientado, tanto, que hasta me dio un poco de pena.

Se quedaron los dos un rato en silencio. El olor de la verdura hirviendo en la olla empezó a llegar desde la cocina.

—¡Ah! ¡Claro! —exclamó de repente—. Seguro que está a nombre de mi mujer, claro. ¡Qué cabeza la mía!

—¿Y su mujer se llama?

—Se llamaba —me corrigió, cruel consigo mismo—. Se llamaba Berta Alpaerts.

—No, señor. Tampoco es ése el nombre que consta en el documento.

Silencio. Llegué a lamentar haber iniciado semejante regateo a la desesperada. Pero Adrià guardó silencio. Entonces, Matthias Alpaerts dio un gritito y dijo, claro, ¡lo compró mi suegra!

—¿Cómo se llamaba su suegra?

Estuvo unos segundos pensando, como si le costara acordarse de una cosa tan sencilla. Me miró con los ojos brillantes y dijo Netje de Boeck.

Netje de Boeck. Netje de Boeck… El nombre que me había escrito mi padre y que nunca he olvidado por pura mala conciencia. Y resulta que la tal Netje de Boeck era una suegra acatarrada.

—¡Te han estafado!

—No digas tonterías, Bernat. Para mí, eso fue definitivo.

—Imbécil de las narices.

Netje de Boeck, repitió el visitante. Sólo sé que el violín llegó a Birkenau como uno más de la familia: en el tren que nos transportó allí me di cuenta de que mi suegra, siempre con su tos, lo llevaba abrazado como si fuera una de sus nietas. Hacía un frío que helaba el pensamiento. Con mucho esfuerzo me acerqué hasta el rincón donde estaba sentada, al lado de otra señora mayor. Noté las manitas de Amelia agarradas a mis pantalones; me siguió todo el dificultoso trayecto por el vagón, atestado de gente abatida.

—Mamá, ¿por qué lo ha cogido?

—No quiero que nos lo roben. Es de Berta. —Netje de Boeck era una mujer de carácter.

—Mamá, pero ¿no ve…?

Entonces me miró con sus ojos negros y me dijo Matthias, ¿es que no ves que son tiempos de desgracia? No me han dado tiempo ni a coger las joyas; pero este violín no me lo robarán. Quién sabe si…

Y volvió a mirar adelante. Quién sabe si algún día nos dará de comer, debió de querer decir mi suegra. No me atreví a quitarle el violín, tirarlo al suelo podrido del vagón y decirle que se ocupase de Amelia porque la niña seguía agarrada a mi pernera y no quería soltarme. Yo llevaba a Truu en brazos; a Juliet y a Berta no volví a verlas nunca más, porque iban en otro

vagón. ¿Cómo lo voy a engañar, señor Ardefol? En otro vagón, en el camino incierto de la muerte segura. Porque sabíamos que íbamos hacia la muerte.

—Papá, me duele mucho aquí detrás.

Amelietje se tocaba la nuca. Como pude, dejé a Trude en el suelo y miré la nuca a Amelia. Un chichón considerable, con una herida en medio que empezaba a infectarse. Sólo pude aplicarle un beso amoroso e impotente. A partir de ese momento dejó de quejarse la pobrecilla. Volví a coger a la pequeña en brazos. Al cabo de un rato, Truu me agarró la cara para que la mirase a los ojos y me dijo tengo hambre, papá, cuándo llegamos. Entonces dije a la pequeña Amelietje como eres la mayor tienes que ayudarme y ella dijo sí, papá. Con dificultad, dejé a Truu en el suelo, pedí la servilleta a su hermana y con una navaja que me dejó un hombre barbudo y silencioso, la corté cuidadosamente en dos trozos iguales y di una parte a cada una de mis hijitas; la pobre Trude ya no volvió a decir que tenía hambre y Amelietje y ella se quedaron juntas, de pie, apoyadas en mis piernas, agarradas en silencio al trocito de servilleta milagrosa.

Lo más cruel de todo era saber que llevábamos a nuestras hijitas a la muerte, cogidas de la mano; fui cómplice del asesinato de mis hijas, que se aferraban a mi cuello o a las piernas; el gélido aire del vagón se hacía irrespirable y nadie se miraba a los ojos porque a todos nos mortificaban los mismos pensamientos. Sólo Amelietje y la pequeña Truitje tenían una servilleta de cuadritos para ellas solas. Y Matthias Alpaerts fue a la mesa y colocó la mano encima del trapo sucio que ya estaba doblado con primor. He ahí lo que me queda del día del cumpleaños de Amelia, mi hija mayor, a quien mataron a los siete años recién cumplidos. Y Truu tenía cinco y Julietje dos, y Berta treinta y dos y Netje mi suegra, tan acatarrada, algo más de sesenta…

Cogió el trapo, lo miró con fervor y recitó todavía no sé por qué milagro recuperé la mitad de Amelia. Depositó la servilleta en la mesa, otra vez con la unción con que el sacerdote dobla y desdobla el corporal en el altar.

—Señor Alpaerts —dije levantando un poco la voz.

El anciano me miró sin comprender el motivo de la interrupción. Por unos momentos pareció que no supiera dónde estaba.

—Vamos a comer un poco.

Lo hicimos en la cocina, como las visitas sin compromiso. A pesar de los pesares, Alpaerts comió con apetito. Examinó con curiosidad la vinajera del aceite; le enseñé a usarlo y bañó la verdura en aceite de oliva. En vista del éxito, saqué tu porrón, que hacía mucho tiempo que no se usaba, desde que te moriste: lo había guardado por miedo a romperlo. Me parece que no te lo había contado nunca. Puse un poco de vino, le hice una demostración y por primera y última vez, Matthias Alpaerts se rió de buena gana. Bebió del porrón, se manchó, todavía risueño, y, sin venir a cuento, me dijo, bedankt, heer Ardefol. Quizá quería agradecerme la carcajada espontánea; no quise averiguarlo.

Nunca sabré con certeza si Matthias Alpaerts vivió todo lo que me contó. En el fondo del corazón lo sé, pero nunca tendré la certeza absoluta. En todo caso me he rendido a un relato que me ha vencido, pensando en ti y en lo que habrías deseado que hiciese.

—Has dilapidado tu patrimonio, amigo mío. Si es que puedo llamarte amigo todavía.

—Si el violín es mío, ¿por qué te preocupa tanto?

Porque siempre he pensado que lo heredaría si te morías antes que yo.

—Porque lo que no está claro es que la historia del tipo ese fuera cierta. Y aunque dejemos de ser amigos para siempre, después te enseño a usar el ordenador.

—Me dijo si mira usted por el orificio de la tapa, mijnheer Ardefol, verá que pone Laurentius Storioni Cremonensis me fecit 1764 y al lado hay dos señales como dos estrellitas. Y debajo de cremonensis, una raya irregular, más gruesa o más fina, desde la eme hasta la última ene. Si no me engaña la memoria, porque han pasado más de cincuenta años.

Adrià cogió el violín y lo observó. Nunca se había fijado, pero era realmente así. Miró a Matthias, abrió la boca, la volvió a cerrar y dejó el violín en la mesa.

—Sí, en efecto, así era —ratificó Bernat. Pero yo también lo sabía y el violín no era mío, por desgracia.

Adrià puso el violín en la mesa otra vez. Había llegado el momento de tomar la decisión. En el fondo sé que no me costó mucho. Pero aún estuvimos charlando un par de horas antes de despedirnos. Le di el estuche original, el que tiene una mancha oscura que no ha habido forma de quitar.

—Eres un capullo integral.

—En virtud de un pesar atroz, Matthias Alpaerts ha vivido como si tuviera los mismos años que el día en que lo perdió todo. Ese pesar es lo que me ha vencido.

—Te ha ganado con su historia. No: con su narración.

—Puede. ¿Y qué?

El hombre acarició delicadamente, con la yema de los dedos, la tapa del violín. Empezó a temblarle la mano. Avergonzado, la escondió y se volvió a mí:

—El pesar se concentra y se intensifica cuando es un ser indefenso quien sufre. Y la certidumbre de que se podía haber evitado con un acto heroico atormenta a cualquiera toda la vida y toda la muerte. Por qué no grité; por qué no estrangulé al soldado que sacudió un culatazo a la pequeña Amelia; por qué no grité; por qué no detuve el tren; por qué no maté a los SS que nos decían tú a la derecha, tú a la izquierda, tú, ¿me oyes?

—¡Dónde están mis hijas!

—¿Qué dices?

—Dónde están mis hijas. ¡¡Me las han arrancado de las manos!!

Matthias, erguido, los brazos abiertos, los ojos de par en par, ante el soldado que había llamado al oficial.

—A mí qué me cuentas. Hala. ¡A circular!

—¡¡No!! Amelia, la del pelo azabache, Truu, la del pelo de color castaño de madera de bosque; estaban conmigo.

—He dicho que circules. Échate a la derecha y no jodas.

—¡Mis hijas! ¡Y Juliet, la de los rizos de oro! Una niña pequeña y muy lista. ¡Viajaba en otro furgón, oiga!

El soldado, cansado de tanta insistencia, le soltó un culatazo en la frente. Al caer, medio aturdido, vio en el suelo una de los dos mitades de la servilleta, la cogió y se agarró a ella como sus hijitas.

—¿Ve? —inclinó la cabeza hacia Adrià y se apartó un poco el escaso cabello: tenía una cosa rara en la cabeza, algo parecido a una cicatriz antigua de su dolor todavía fresco.

—Ponte en la fila o te aplasto el cráneo —dijo la voz pausada del doctor Budden, el oficial, con la mano en la pistolera cerrada. Era más tarde que de costumbre y estaba un poco angustiado; sobre todo después de la conversación con el doctor Voigt, que le exigía resultados en una cosa u otra, invente, puñeta, que no es tan difícil. Pero quiero un informe de los resultados. Y Matthias Alpaerts no pudo ver los ojos del monstruo porque la visera le tapaba la cara casi por completo. Se puso disciplinadamente en la fila de la derecha, que no era la de las cámaras de gas, aunque él no podía saberlo, sino la de los pabellones de desinsectación, para convertirse en mano de obra gratuita ad majorem Reich gloriam. Y Budden, como el flautista de Hamelin, pudo hacer su selección de niños y niñas. Unos metros más allá, Voigt tuvo ocasión de reventar la cabeza de un balazo a Netje de Boeck, la acatarrada suegra de Matthias. Y siguió contando a Adrià que, ante la amenaza del oficial, bajé la cabeza y desde entonces creo que por no haberme rebelado murieron mis hijas, Berta y mi suegra, que siempre tosía. A Berta y a Juliet dejé de verlas desde que subimos al tren. Pobre Berta: no pudimos mirarnos por última vez. Mirarnos, sólo mirarnos, Señor Dios mío; sólo mirarnos, aunque fuera desde lejos. Mirarnos… Queridas, os abandoné. Y no pude vengar el miedo que daban los ogros a Truu, a Amelia y a Juliet. Perdonadme, si es que esta cobardía merece perdón.

—No se torture.

—Tenía treinta y un años, ¡podía luchar!

—Le habrían reventado el cráneo y su familia habría muerto de todos modos. Ahora viven en su recuerdo.

—Tonterías. Esto es un martirio. El único acto de rebeldía que me permití fue la ridícula protesta que le he contado antes.

—Entiendo que lo diga: seguro que no hay forma de quitarse de la cabeza una cosa así; eso fue lo que creí de Matthias Alpaerts: su pesadumbre, que lo llevará a la muerte hoy, mañana o pasado. Eso era lo

que le dolía, y el haberse apartado cuando iba a recibir un culatazo que al final mató a un niño. O no haber dado un mendrugo de pan a un compañero: sus grandes pecados le horadaban el alma.

—¿Como a Primo Levi?

Era la primera vez en toda la tarde que Bernat no me insultaba. Lo miré pasmado, con la boca abierta, y él remató: quiero decir que se suicidó de viejo. Podía haberlo hecho antes, desde el momento en que salió del horror. O Paul Celan, que tardó la tira.

—No se suicidaron por el horror que vivieron, sino por haberlo escrito.

—No entiendo.

—Tan pronto como lo escribieron, pudieron morir. Así lo entiendo yo. Pero resulta que también se dieron cuenta de que escribir es revivir y pasarse años reviviendo el infierno es insoportable: murieron por haber escrito el horror que ya habían vivido. Y al final, tanto dolor y tanto pánico… reducidos a mil páginas o a dos mil versos; casi parece un sarcasmo condensar tanta pesadumbre en medio palmo de papel impreso.

—O en un disquete como éste —dijo Bernat sacando uno del estuche —. Toda una vida de horrores aquí dentro.

Entonces ya me había dado cuenta de que Matthias Alpaerts se había dejado el trapo sucio encima de la mesa del despacho. O lo había abandonado. O me lo había regalado. Me había dado cuenta, pero no me atreví a tocarlo. Toda una vida de horror dentro de un harapo sucio, como si fuera un disquete de ordenador. O un libro de poemas escrito después de Auschwitz.

—Sí. Mira… hummm… Bernat.

—Qué.

—No estoy de humor para ordenadores.

—Típico. Sólo con ver la pantalla te arrugas.

Bernat se sentó abatido y se frotó la cara con las manos, un gesto que yo consideraba sólo mío. Entonces el teléfono se puso a sonar y Adrià se sobresaltó.

51

—Lo dijo Horacio: Tu ne quaesieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi / finem di dederint, Leuconoe, nec Babylonios / temptaris numeros.

Silencio. Unos mirando por la ventana. Otros mirando al suelo.

—¿Y eso qué significa, profe? —la chica atrevida de la trenza inmensa.

—¿Es que no has estudiado latín? —Adrià, sorprendido.

—Hombre…

—¿Y tú? —al chico de la ventana.

—Yo, pueees…

Silencio. Adrià Ardèvol se dirigió, alarmado, a toda la clase.

—¿Alguien ha estudiado latín? ¿Algún alumno de ideas estéticas y su historia ha hecho alguna vez un curso de latín?

Después de un laborioso tira y afloja, resultó que sólo lo había estudiado una chica, la de la cinta verde en la cabeza. Adrià respiró hondo unas cuantas veces para serenarse.

—Profe, pero ¿qué significa eso de Horacio?

—Quiere decir lo que se dice en Hechos, en la segunda carta de San Pedro y en el Apocalipsis.

Silencio más denso todavía. Hasta que alguien con más criterio dijo ¿y qué dice en Hechos y demás?

—En Hechos y demás dice el día del Señor llegará como un ladrón en plena noche.

—¿A qué señor se refiere?

—¿Alguien ha leído la Biblia aunque sólo sea una vez?

Como no estaba dispuesto a aguantar otro silencio ominoso, dijo bien, dejémoslo aquí. O mejor: el viernes traedme una frase extraída de una obra literaria que tenga relación con este topos.

—¿Qué es un topos, profe?

—Y de aquí al viernes leed un poema e id al teatro. Me rendiréis cuentas de todo.

Entonces, ante la desorientación de los alumnos, se despertó y abrió los ojos de par en par. Y cuando entendió que no era un sueño, sino el recuerdo de la última clase, le entraron ganas de llorar. En ese momento se dio cuenta de que se había despertado de la pesadilla porque sonaba el teléfono. El maldito teléfono de siempre.

El ordenador encendido en la mesa del despacho. Nunca lo habría creído posible. La luz de la pantalla empalidecía la cara a Llorenç y a Adrià, los dos la miraban atentamente.

—¿Lo ves?

Llorenç movía el ratón y el cursor se desplazaba por la pantalla.

—Ahora tú.

Y Adrià, sacando la punta de la lengua, movía el cursor.

—¿Eres zurdo?

—Sí.

—Espera. Lo pongo en tu lado.

—Oye, que me salgo de la alfombrilla. Es muy pequeña.

La carcajada de Llorenç fue interior, pero Adrià la percibió.

—No te burles; es verdad; se me queda pequeña.

Una vez superado el obstáculo con unos movimientos de entrenamiento, Adrià Ardèvol fue iniciado en los misterios de la creación de un archivo de texto, que venía a ser una especie de rollo infinito, extraordinario, mágico. Y el teléfono empezó a sonar, pero Adrià, como quien oye llover.

—Ya lo veo, ya…

—¿Qué dices?

—Que debe de ser muy práctico, pero me da una pereza…

—Y después tienes que aprender a usar el correo electrónico.

—Huy, no. No, no…, que tengo trabajo.

—Es sencillísimo. Y el correo es básico.

—Sé escribir cartas y hay un buzón abajo. Además, tengo teléfono.

—Dice mi padre que no quieres móvil. —Silencio incrédulo—. ¿Es verdad?

El teléfono se cansó de llamar inútilmente y se calló.

—No me hace falta. Tengo aquí un teléfono estupendo.

—¡Pero si ni lo coges cuando suena!

—No —lo cortó Adrià—. Pierdes el tiempo. Tú me enseñas a escribir con este trastito y… ¿Cuántos años tienes?

—Veinte. —Señalando el cuadro de diálogo—. Aquí te dice lo que tienes que hacer para guardar el texto, así no pierdes lo que hayas escrito.

—Qué miedo me da eso… ¿Ves? El papel no puede perderse.

—O sí. También puede quemarse.

—¿Sabes que me acuerdo de cuando tenías dos días, en la clínica?

—¿Ah, sí?

—Tu padre estaba loco de alegría. No había quien lo aguantase.

—Ahora igual.

—Bueno, quería decir…

—¿Ves? —Llorenç señalaba la pantalla—. Así se guarda el documento.

—No he visto cómo lo hacías.

—Así, ¿ves?

—Es que vas muy deprisa.

—Mira; coge el ratón.

Adrià lo cogió con miedo, como si la fiera pudiera morderlo.

—Agárralo bien. Así. Pon la flechita ahí, donde dice archivo.

—¿Por qué dices que no hay quien lo aguante?

—¿A quién?

—A tu padre.

—Ufff… Es que… —Parándole la mano del ratón—: No, no, hacia la izquierda.

—Es que no quiere ir.

—Arrástralo por la alfombrilla.

—Coño, es más difícil de lo que parece.

—Qué va; es cosa de unos minutos de práctica. Ahora clica.

—¿Qué significa clica?

—Haz clic con el ratón. Así.

—¡Hostia! ¿Cómo lo he hecho? ¡Huy, ha desaparecido!

—Bueno…, empecemos de nuevo.

—¿Por qué no hay quien aguante a tu padre? —Pausa, moviendo el cursor con mucha dificultad—. ¿Eh, Llorenç?

—Ya ves, cosas que pasan.

—Te obliga a estudiar violín pero tú no quieres.

—No, no es eso…

—¿No?

—Bueno, un poco sí.

—No te gusta el violín.

—Sí, me gusta.

—¿En qué curso estás?

—Según el plan antiguo, sería séptimo.

—No está mal.

—Mi padre dice que tendría que estar haciendo virtuosismo.

—Cada cual va a su ritmo.

—Mi padre dice que no me lo tomo con interés.

—¿Y tiene razón?

—Hombre… No. A él le gustaría… ¿Y si volvemos a la lección?

—¿Qué le gustaría a Bernat?

—Que me pareciese a Perlman.

—¿Y a quién te pareces?

—A Llorenç Plensa. Y creo que mi padre no lo entiende.

—¿Y tu madre?

—Ella sí.

—Tu padre es muy buena persona.

—Ya lo sé. Sois muy amigos.

—A pesar de eso es muy buena persona.

—Bueno, ya. Pero es un plasta.

—¿Qué estudias? ¿Sólo violín?

—¡Qué va! Estoy matriculado en arquitectura.

—Bien, ¿no?

—No.

—¿Y por qué estudias esa carrera?

—No digo que la estudie, digo que estoy matriculado.

—¿Y por qué no estudias?

—Es la condición de mi padre. —Remedando a Bernat—: Para que saques algún provecho para el día de mañana.

—¿Y a ti qué te gustaría estudiar, en vez de arquitectura?

—Me gustaría ser maestro.

—Qué bien, ¿no?

—¿Ah, sí? Pues díselo a mi padre.

—¿Es que no le gusta?

—Es poco para su hijo. Le gustaría que fuese el mejor violinista del mundo, el mejor arquitecto y el mejor lo que sea del mundo. Y eso es agotador.

Un rato de silencio. Adrià apretaba el ratón con fuerza, pero el bicho no podía quejarse. Cuando se dio cuenta, lo soltó. Tuvo que respirar para serenarse.

—¿Y por qué no le dices que quieres ser maestro?

—Ya se lo dije.

—¿Y qué?

—¿Maestro? ¿Maestro, tú? ¿Mi hijo, maestro?

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes contra los maestros?

—Nada, ¿qué voy a tener? Pero ¿por qué no puedes ser ingeniero o cualquier otra cosa, eh?

—Quiero enseñar a leer y a escribir. Y a multiplicar. Es bonito.

—A mí me parece bien. —Tecla, mirando desafiante a su marido.

—A mí no. —Serio, Bernat se limpió la boca con la servilleta, la dejó en la mesa y, mirando el plato vacío, dijo la vida de maestro es agotadora y no se gana para disgustos. Y se cobra poco. Negando con la cabeza—. No, no es buena idea.

—Pero a mí me gusta.

—A mí no.

—Oye, es él quien tiene que estudiar, no tú, ¿de acuerdo?

—Muy bien, muy bien…, haced lo que queráis. Siempre os salís con la vuestra…

—¿Qué significa eso? —Tecla, sulfurada—. ¿Eh?

—No, no…, nada.

—Suéltalo, vamos, ¿en qué nos salimos siempre con la nuestra que no lo quieras tú?

Y entonces Llorenç se levantó con el plato en la mano, lo llevó a la cocina, se fue a su habitación y se encerró, mientras Tecla y Bernat seguían afilando el hacha de guerra porque tú has dicho que siempre me salgo con la mía ¡y no es verdad! ¡En absoluto! ¡Nunca!

—Pero al final te matriculaste en arquitectura —apostilló Adrià.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—Tienes razón. A ver, ¿qué más puedo hacer con este ordenador?

—¿Quieres probar a escribir un texto?

—No. Me parece que por hoy…

—Escribe una frase y la guardamos como si fuera un documento valioso.

—De acuerdo. ¿Sabes que servirías para maestro?

—Díselo a mi padre.

Adrià escribió Llorenç Plensa está enseñándome a usar todo esto. ¿Quién perderá antes la paciencia, él o yo? ¿O a lo mejor el Mac?

—¡Ahí va, eso es toda una novela! Ahora fíjate en lo que hacemos para guardarlo y poder volver a abrirlo cuando quieras.

Mientras Adrià, guiado por su paciente Beatrice, daba todos los pasos para guardar un documento por primera vez en la vida, para cerrar carpetas, para guardarlo todo y apagar el ordenador, Llorenç dijo creo que me voy a ir de casa.

—Bueno… Eso es algo que…

—No se lo digas a mi padre, ¿vale?

—No, no, pero antes tienes que encontrar un sitio.

—Compartiré piso.

—Menudo rollo. ¿Y qué vas a hacer con el violín, si vives con más gente?

—¿Por qué?

—A lo mejor molestas.

—Pues no me lo llevo.

—A menos que compartas piso con una novia o así.

—No tengo novia.

—Lo decía por…

Llorenç se levantó, un poco harto ya. Adrià intentó arreglarlo.

—Perdona… No es cosa mía que tengas novia o dejes de tenerla.

—Te he dicho que no tengo novia, ¿vale?

—Lo he oído.

—Tengo novio.

Unos segundos de desconcierto. Adrià tardó en reaccionar un poco más de la cuenta.

—Muy bien. ¿Lo sabe tu padre?

—¡Por descontado! Es parte del problema. Y si le dices que hemos hablado de esto… Me mata… y te mata a ti.

—No te preocupes. Y tú, a lo tuyo, créeme.

Cuando Llorenç dio por concluida la primera clase de uso de un ordenador a un alumno terco y singularmente inhábil y se marchó por la escalera, Adrià pensó qué fácil es aconsejar a los hijos de los demás. Y me entraron unas ganas locas de haber tenido un hijo nuestro con quien hablar de su vida, como acababa de hacer unos minutos con Llorenç. ¿Cómo es que los amigos nos hablamos tan poco que no sabía nada de Llorenç?

Estaban en el comedor y el teléfono no paraba de sonar y Adrià no se apretó la cabeza dando a entender que estaba harto porque Bernat estaba contándole una idea suya. Para no oír el aparato, abrió la puerta del balcón y entró una ráfaga de tráfico y ruido mezclada con voces de niños y arrullos de las sucias palomas que se esponjaban en el balcón de arriba. Salió al balcón y Bernat lo siguió. Dentro, casi en penumbra, Santa Maria de Gerri recibía la luz de poniente desde el lado de Trespui.

—¡No hace falta que organices nada! Hace más de diez años que te has estabilizado en la profesión de músico.

—Tengo cincuenta y tres años. No es ningún mérito.

—Tocas en la OBC.

—¿Qué?

—¡Que tocas en la OBC! —levantó la voz.

—Y qué.

—¡Y formas cuarteto con los Coma, caray!

—De segundo violín.

—Siempre te comparas con los demás.

—¿Qué?

—Que siempre te…

—¿Por qué no entramos?

Adrià entró en el comedor y Bernat tras él. El teléfono seguía sonando. Cerraron la puerta del balcón y el estruendo de la calle se redujo a un fondo olvidable.

—¿Qué decías? —dijo Bernat, un poco inquieto por el teléfono que sonaba.

Adrià pensó ahora dile que se replantee la relación con Llorenç. Él lo pasa mal, lo pasáis mal todos, ¿verdad?

—Decía que siempre te comparas con los demás.

—No creo, y aunque fuera verdad, ¿qué?

Tu hijo está triste. Tienes el mismo estilo que mi padre conmigo y es un infierno.

—Da la impresión de que procures por todos los medios que no te salpique ni una gota de felicidad.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Por ejemplo, si organizas esa conferencia, vas de cabeza al fracaso. Y a ponerte de mala leche. Y a poner de mala leche a los que te rodean. Es que no tienes por qué hacerlo.

—Si tengo que hacerlo o no es cosa mía.

—Como quieras.

—¿Y por qué no te parece buena idea?

—Te arriesgas a que no vaya nadie.

—Tú sí que tienes mala leche. —Miró el tráfico por el cristal—. Oye, ¿por qué no has contestado al teléfono?

—Porque ahora estoy contigo —mintió Adrià.

Miró a Santa Maria de Gerri sin verla. Se sentó en un sillón y miró a su amigo. Ahora le digo lo de Llorenç, se juró.

—Si lo monto, vienes, ¿verdad? —Bernat a lo suyo.

—Sí.

—Y Tecla. Y Llorenç, ya sois tres de público.

—Sí: Tecla, Llorenç y yo, tres. Y el estudioso, cuatro. Y tú, cinco. Bingo.

—No tengas tanta mala leche.

—¿Qué tal Tecla y tú?

—No es Jauja, pero vamos tirando.

—Me alegro. ¿Y qué tal Llorenç?

—Bien, bien. —Lo pensó un poco antes de proseguir—: Tecla y yo mantenemos una estabilidad inestable o algo así.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que hace unos meses que insinúa la posibilidad de separarnos.

—Ostras…

—Y Llorenç encuentra mil excusas para estar en casa lo menos posible.

—Lo lamento. ¿Qué tal le van las cosas a Llorenç?

—Ando con pies de plomo para no equivocarme mucho y Tecla hace ejercicio de paciencia, a pesar de las insinuaciones de separarnos. Eso es la estabilidad inestable.

—¿Y qué tal Llorenç?

—Bien.

Silencio. Por lo visto, el timbre del teléfono sólo incomodaba a Bernat.

Ahora le digo que últimamente veo bastante a Llorenç y que está tristón. Y Bernat: es su pose. Y yo, no: es culpa tuya, Bernat, porque le montas la vida sin su permiso. Y Bernat, seco, diría no te metas. Y yo: tengo que meterme, me da pena. Y Bernat, marcando las sílabas: no-es-a-sun-to-tu-yo. ¿Entendido? Y yo, de acuerdo, pero está triste: quiere ser maestro. ¿Por qué no le dejas que sea lo que quiera? Y Bernat se levantaría enfurecido como si me hubiera deshecho otra vez de nuestro storioni y se iría mascullando maldiciones y dejaría de hablarme para siempre.

—¿En qué piensas? —preguntó Bernat con interés.

—En… que tienes que prepararlo muy bien, asegurarte la asistencia de una veintena de personas y elegir una sala con capacidad para veinticinco. Éxito de convocatoria.

—Muy astuto.

Silencio. Tengo valor para decirle que lo que escribe no me gusta pero no sé hablar de Llorenç. El timbre del teléfono volvió a invadirlos. Adrià se levantó, descolgó el aparato y volvió a colgarlo. Bernat no se atrevió a decir ni pío. Adrià se sentó de nuevo y reanudó la conversación como si tal cosa.

—No puedes esperar multitudes. En Barcelona se celebran entre ochenta y cien actos culturales todos los días como mínimo. Además, la gente te conoce como músico, no como escritor.

—Músico, no; sólo soy uno más de los violines que rascan en el escenario. En cambio, como escritor, soy autor único de cinco libros de narraciones.

—De los que no se ha vendido ni un millar de ejemplares en total.

—*Plasma* solo llegó al millar.

—Sabes lo que quiero decir.

—Pareces mi editor: siempre animándome.

—¿Quién lo presentará?

—Carlota Garriga.

—Está bien.

—¿Bien? Genial. Ella sola ya tiene capacidad de convocatoria.

Cuando Bernat se marchó, no le había dicho ni una palabra de Llorenç. Y él no renunció a la idea de preparar una sesión suicida dedicada a su obra literaria: Bernat Plensa, un trayecto narrativo, dirían los tarjetones de invitación. Entonces, el teléfono, como si estuviese al acecho, volvió a sonar y, como siempre, Adrià se sobresaltó.

Adrià decidió reconvertir una clase de historia de las ideas estéticas en otra cosa y por eso los convocó en otro lugar y a otra hora, como la vez que fueron al vestíbulo del metro de Universitat. O cuando hicieron, qué sé yo,

un montón de cosas divertidas que se inventaba el pirado de Ardèvol. Dicen que un día dio clase en el jardín de la calle Diputación, con toda la gente pasando por allí, y él tan tranquilo.

—¿Alguien tiene problemas de horario?

Se levantaron tres manos.

—Doy por sentado que todos los demás seréis puntuales.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Escuchar. Y, si os apetece, intervenir.

—Pero ¿qué vamos a escuchar?

—Descubrirlo allí mismo forma parte del contenido de la clase.

—¿A qué hora acabaremos? —El chico rubio del medio, el de las dos fieles admiradoras que ahora lo miraban entusiasmadas por la oportunidad de la pregunta.

—¿Entra en el examen? —El chico de la barba de cuáquero que siempre se sentaba al lado de la ventana y separado de todo el mundo.

—¿Hay que tomar apuntes? —La chica de la trenza inmensa.

Después de resolver todas las dudas, la clase terminó como siempre, conminándolos a leer poesía y a ir al teatro.

Al llegar a casa se encontró con un telegrama de Johannes Kamenek, que lo invitaba a dar una conferencia en la universidad mañana. Stop. ¿Mañana. Stop? Kamenek se ha vuelto loco.

—Johannes.

—¡Ah, por fin!

—¿Qué pasa?

—Es un favor. —Voz alterada de Kamenek.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Seguro que tienes el teléfono descolgado o estropeado.

—Bueno, no. Es que… Si llamas por la mañana hay una señora que…

—¿Estás bien?

—Hombre. Antes de tu telegrama, sí. Me dices que vaya a dar una conferencia mañana. ¿Es un error?

—No, no. Tienes que tapar un agujero. Me ha fallado Ulrike Hörstrup. Por favor.

—Vaya. ¿Y sobre qué?

—Sobre lo que quieras. Público asegurado, porque son los participantes de las jornadas. Están funcionando muy bien. Y a última hora…

—¿Qué le ha pasado a la Hörstrup?

—Treinta y nueve de fiebre. Ni siquiera emprendió el viaje. Tendrías los billetes en casa antes de la noche.

—¿Y tiene que ser mañana?

—A las dos de la tarde. Di que sí.

Dije que no, que todavía no sabía de qué quería hablar, coño, Johannes, no me hagas esto, y él, habla de lo que quieras pero ven, por favor, y entonces tuve que decir que sí, me trajeron misteriosamente los billetes a casa y al día siguiente volé hasta Stuttgart y hacia mi querido Tübingen. En el avión pensé de qué me apetecía hablar y preparé un esquema. En Stuttgart me esperaba un taxista paquistaní convenientemente aleccionado, que me dejó a la puerta de la universidad después de infringir la ley a lo largo de unos kilómetros vertiginosos.

—No sé cómo pagarte el favor —dijo Johannes, que me recibió a la entrada de la facultad.

—Precisamente los favores no se pagan. Voy a hablar de Coşeriu.

—¡No! Hoy mismo hemos hablado de él.

—Porras.

—Tenía que haber… Vaya, lo siento mucho. Puedes…, no sé…

A pesar de las dudas, Johannes me arrastraba por el brazo en dirección a la sala de actos.

—Pues… improviso. Dame unos minutos para/No tenemos unos minutos —dijo Kamenek sin soltarme el brazo.

—Vaya. ¿Me da tiempo a ir a mear?

—No.

—Para que luego digan de la improvisación mediterránea y de la preparación metódica de los alemanes…

—Tienes razón, pero Ulrike ya era una sustitución.

—Caray, soy carne de tercera. ¿Y por qué no lo posponéis?

—Imposible. No se ha hecho nunca. Nunca. Y tenemos gente de fuera que…

Nos detuvimos en la puerta de la sala de actos. Me abrazó avergonzado, me dijo gracias, amigo, y me hizo entrar en la sala, en la que el treinta por ciento del par de centenares de personas que asistían a las jornadas en torno a la lingüística y el pensamiento miraron la pinta tan rara que tenía Ulrike Hörstrup, calvo, tirando a panzudo y nada femenino. Mientras Adrià ordenaba mentalmente las ideas que no tenía, Johannes Kamenek informó a los asistentes de los problemas de salud de la profesora Hörstrup y de lo afortunados que eran por poder oír al profesor Adrià Ardèvol, que les hablará de…, que les hablará ahora mismo.

Y se sentó a mi lado, supongo que para solidarizarse o algo así. Noté que se deshinchaba y se destensaba físicamente, pobre Johannes. Y para ordenar las ideas me puse a recitar, despacio y en catalán, un poema de Foix que empieza así: «És per la Ment que se m'obre Natura / A l'ull golós; per ella em sé immortal / Puix que l'ordén, i ençà i enllà del mal, / El temps és u i pel meu ordre dura».[3] Y lo traduje literalmente. Y después de Foix y de la importancia del pensamiento y del presente, hablé del significado de la belleza y de los motivos por los que la humanidad la persigue desde hace siglos. El profesor Ardèvol abrió muchos interrogantes y no supo o no quiso responderlos. E inevitablemente apareció el mal. Y el mar, la mar oscura. Habló del amor al conocimiento sin preocuparse por encajarlo debidamente en unas jornadas en torno a la lingüística y el pensamiento. Habló poco de lingüística y mucho de pienso en la naturaleza de la vida pero se me interpone la muerte. Y entonces, como un relámpago, se le apareció el entierro de Sara, y Kamenek, perplejo y silencioso. Y al cabo de mucho rato dijo por eso Foix termina el soneto diciendo: «… i en els segles em moc / Lent, com el roc davant la mar obscura» [4] y habían pasado cincuenta minutos. Y salió inmediatamente a los servicios y orinó más que un día entero de lluvia.

Antes de la cena de agradecimiento que le ofreció el comité organizador, Adrià quiso hacer dos cosas en Tübingen, contando con que no tenía que coger el avión hasta el día siguiente. Solo, por favor. De verdad, Johannes. Quiero hacerlo solo.

Bebenhausen. Estaba muy restaurado. Todavía se hacían visitas turísticas, pero nadie preguntaba al guía qué significa secularizado. Y pensó de lejos en Bernat y en sus libros. Habían pasado más de veinte años y nada había cambiado, ni en Bebenhausen ni en Bernat. Y cuando empezó a oscurecer, entró en el cementerio de Tübingen y paseó como tantas otras veces, solo, con Bernat, con Sara… Oyó el rumor de sus pasos, un ruido seco, duro, sobre el pavimento de tierra prensada. Sin pretenderlo, los pasos lo llevaron a la tumba vacía de Franz Grübbe, la última. Ante ella, Lothar Grübbe y su sobrina Herta Landau, la de Bebenhausen, la que tuvo la gentileza de hacerle una foto con Bernat, todavía estaban depositando unas rosas blancas como el alma del hijo y sobrino héroe. Al oír sus pasos, Herta Landau se volvió y, al verlo, disimuló el susto.

—Lothar… —dijo con voz ahogada, totalmente estremecida.

Lothar Grübbe se volvió. El oficial de las SS se detuvo allí mismo y, de momento, esperaba, mudo, a que los sorprendidos se explicasen.

—Estoy limpiando todas estas tumbas —dijo al fin Lothar Grübbe.

—Documentación —dijo el SS-Obersturmführer Adrian Hartbold-Bosch plantado frente al anciano y la mujer, más joven. Herta, muy asustada, no acertaba a abrir el bolso. Lothar estaba tan despavorido que empezó a comportarse como si lo cubriera un velo de indiferencia, como si ya estuviera muerto a tu lado por fin, Anna, y al del valiente Franz.

—Vaya… —exclamó—. Se me ha olvidado en casa.

—¡Se me ha olvidado en casa, Obersturmführer! —lo recriminó el SS-Obersturmführer Hartbold-Bosch.

—¡Se me ha olvidado en casa, Obersturmführer! —gritó Lothar, mirando al oficial a los ojos en actitud imperceptiblemente marcial. El teniente señaló la tumba.

—¿Qué hacen aquí, en la tumba de un traidor? ¿Eh?

—Es mi hijo, Obersturmführer —dijo Lothar. Señaló a Herta, yerta, horrorizada—: A esta joven no la conozco.

—Acompáñeme.

El interrogatorio lo dirigió el Obersturmführer Adrian Hartbold-Bosch personalmente, no fuera a darse el caso de que ese tal Lothar, a pesar de la edad, tuviese algún contacto con el grupo del abyecto Herbert Baum. ¡Pero

si es un viejo! (fray Miquel). Viejos y niños son igual de peligrosos para la seguridad del Reich. A sus órdenes (fray Miquel). Hacedle vomitar toda la información. ¿Como sea? Como sea. Castigadle las plantas de los pies, para empezar. ¿Cuánto tiempo? El tiempo de tres avemarías bien rezadas. Y después proseguid con el potro el tiempo de un credoinunumdeum. Sí, Excelencia.

Herta Landau, milagrosamente no detenida, tardó media hora desesperante en establecer contacto telefónico con Berlín, donde la informaron de lo que tenía que hacer para hablar con Auschwitz y milagrosamente, una hora después, oyó la voz de Konrad.

—Heil Hitler. Hallo. —Impaciente—: Ja, bitte?

—Konrad, soy Herta.

—¿Quién?

—Herta Landau, tu prima. Si es que todavía tienes familia.

—¿Y ahora qué pasa?

—Han detenido a Lothar.

—¿Quién es ése? —tono enojado.

—Lothar Grübbe, tu tío. Quién quieres que sea.

—¡Ah! ¿El padre del abyecto Franz?

—El padre de Franz, sí.

—¿Y qué quieres?

—Intercede, por compasión. Pueden martirizarlo y acabarán matándolo.

—¿Quién lo ha detenido?

—Las SS.

—Pero ¿por qué?

—Por poner flores en la tumba de Franz. Haz algo.

—Chica… Yo en eso no…

—¡Por el amor de Dios!

—Ahora tengo mucho que hacer. ¿Quieres ponernos a todos en evidencia?

—¡Es tu tío!

—Algo habrá hecho.

—¡No digas eso, Konrad!

—Mira Herta: el que la hace la paga.

—¿Holländisch? —oyó Herta decir a Konrad. Y después, al teléfono —: No sé el trabajo que tendrás tú, pero yo estoy con las manos en la masa. Tengo mucho que hacer, no puedo ocuparme de tonterías de esa clase. Heil Hitler!

Y oyó al malnacido de Konrad Budden colgar el teléfono… y condenar a Lothar. Y se echó a llorar desconsoladamente.

Lothar Grübbe, de sesenta y dos años, no era un individuo peligroso, pero su muerte podía ser ejemplar: ¿padre de traidor abyecto poniendo flores en una tumba como si fuera un monumento a la resistencia interior? Una tumba que…

El Obersturmführer Hartbold-Bosch se quedó con la boca abierta, pensando. ¡Claro! A los dos gemelos que aguantaban la pared:

—¡Que excaven la tumba del traidor!

La tumba del cobarde abyecto traidor Franz Grübbe estaba vacía. Lothar el Viejo se había mofado de las autoridades poniendo flores a escondidas en un lugar donde no había nada. Es más peligrosa una tumba vacía que con un saco de huesos dentro: el vacío la hace universal y la convierte en un monumento.

—¿Qué hacemos con el prisionero, Excelencia?

Adrian Hartbold-Bosch respiró hondo. Con los ojos cerrados dijo en voz baja y temblorosa colgadlo de un gancho de carnicero, como se castiga a los traidores al Reich.

—Estáis seguro…, ¿no es demasiado cruel? No es más que un abuelo.

—Fray Miquel… —voz amenazadora del Obersturmführer. Notó el silencio y miró a sus dos subordinados, que estaban cabizbajos. Entonces añadió, gritando, vomitando:

—¡Llevaos esta carroña!

Lothar Grübbe, horrorizado por la muerte que le esperaba, fue llevado a la celda de castigo. Puesto que no se castigaba a un traidor todos los días, tuvieron que montar un dispositivo en el que colgar un gancho previamente afilado a conciencia. En el momento en que lo izaron con una cuerda,

empezó a sudar y se atragantó con un vómito de pánico. Tuvo tiempo de decir tranquila, Anna, no pasa nada. Murió de miedo medio segundo antes de que lo ensartaran con la necesaria furia con que se empala a los traidores.

—¿Quién es esa Anna? —se preguntó en voz alta uno de los gemelos.

—Ya da igual… —respondió el otro.

52

Poco antes de las ocho menos cuarto de un martes con nubes oscuras en el cielo, ocupaban las cincuenta sillas dispuestas en la Sala Sagarra del Ateneu unos jóvenes que parecían escuchar embobados la música ambiental, excesivamente almibarada. Después de dudarlo interminablemente, un hombre mayor que parecía desorientado eligió un asiento del fondo como temeroso de que al final le preguntasen la lección. En primera fila, dos abuelas, visiblemente decepcionadas porque no habían olido ni rastro del piscolabis posterior, se hacían confidencias dándose cuerda con un abanico. En una mesa lateral, los cinco ejemplares de la obra completa de Bernat Plensa. Tecla estaba presente, en primera fila, cosa que no dejó de sorprender a Adrià. Tecla miraba hacia atrás como si controlase quién entraba. Adrià se acercó y le dio un beso y ella le sonrió por primera vez desde la última discusión en la que había intervenido en vano para poner paz. ¡Cuánto hacía que no se veían!

—Bien, ¿no? —dijo Adrià con las cejas enarcadas, refiriéndose a la sala.

—No me lo esperaba. Y mucha juventud, además.

—Ajá.

—¿Qué tal con Llorenç?

—Muy bien. Ya sé hacer documentos de texto y guardarlos en un disquete. —Adrià pensó unos instantes—. Pero todavía soy incapaz de escribir directamente en el ordenador. Soy hombre de papel.

—Todo llegará.

—Si es que tiene que llegar.

Entonces sonó el teléfono y nadie hizo caso. Adrià levantó la cabeza y las cejas. Nadie se daba por aludido, como si no sonase, oye.

Encima de la mesa de los presentadores había también un ejemplar de cada uno de los cinco libros publicados de Bernat, puestos de manera que la gente pudiera ver la cubierta. Dejó de sonar la almibarada música, pero el teléfono, más débilmente, no paraba y apareció Bernat acompañado por Carlota Garriga. A Adrià le extrañó verlo sin el violín en las manos, la ocurrencia le hizo gracia y sonrió. Autor y ponente se sentaron. Bernat me hizo un guiño y por unos momentos me imaginé que había montado todo el sarao sólo para mí. Por tanto, me propuse prestar atención a lo que decía la doctora Garriga.

Mundos cotidianos con personajes más infelices que otra cosa, que no llegan a decidirse entre amar o hacer mutis, todo ello servido con una notable capacidad estilística, y eso forma parte de otro aspecto que abordaré después.

Al cabo de media hora, cuando Garriga ya había tocado todos los temas, incluso el de las influencias, Adrià levantó la mano y preguntó si podía preguntar al autor el motivo de que los personajes de sus cuatro primeros libros tuvieran tantas semejanzas físicas y psicológicas, e inmediatamente se arrepintió de haber hecho la pregunta. Tras unos segundos de reflexión, Bernat afirmó sí, sí, el señor tiene razón. Es voluntario. Algo parecido a una manera de afirmar que esos personajes son precursores de los que aparecen en la novela que estoy escribiendo ahora.

—¿Está usted escribiendo una novela? —pregunté con asombro.

—Sí. Me falta mucho, pero sí.

Se alzó una mano al fondo: era la chica de la trenza inmensa; preguntó si nos podría explicar el sistema que empleaba para inventar los relatos y Bernat resopló satisfecho y dijo uf, menuda pregunta. No sé si soy capaz de responderla. Pero estuvo cinco minutos hablando de cómo se los inventaba. Y después, el chico de la barba de cuáquero se animó a preguntarle sobre sus modelos literarios. Entonces miré con satisfacción hacia atrás, hacia el público, y me quedé de una pieza al ver entrar a Laura. Hacía unos meses que no la veía porque se había ido a no sé qué otro sitio en Suecia. No sabía que había vuelto. Estaba guapa, sí. Pero no. ¿Qué hacía allí? Y más tarde el chico rubio de las dos admiradoras se levantó y dijo que él o la señora…

—La doctora Garriga —dijo Bernat.

—Eso —corroboró el chico rubio de las dos admiradoras—. Han dicho entre otras cosas que era usted músico y no entendía que, si era músico, cómo era que también escribía. Quiero decir, si pueden practicarse muchas artes a la vez. O sea si es que quizá también pinta o esculpe en secreto.

Las admiradoras rieron la gracia al ingenioso admirado y Bernat respondió que todo brotaba de la profunda insatisfacción del alma del hombre. Y entonces su mirada se cruzó con la de Tecla y noté una leve, levísima vacilación, y Bernat añadió rápidamente entiéndeme, lo que quiero decir es que la obra de arte nace de la insatisfacción; con la andorga llena no se crea arte: se duerme la siesta. Y algunos de los presentes sonrieron.

Cuando el acto terminó, Adrià fue a saludar a Bernat y éste le dijo ¿lo ves?, sala llena, y Adrià respondió, sí, chico, te felicito. Tecla dio un beso a Adrià: era evidente que estaba más tranquila, como si se hubiera quitado un peso de encima y, antes de que se les uniera Garriga, dijo oye, no esperaba que viniera tanta gente. Y Adrià no se atrevió a preguntar por qué no ha venido mi amigo Llorenç. Y Garriga se añadió al grupo y quiso saludar al doctor Ardèvol, a quien no conocía personalmente, y Bernat propuso por qué no vamos a cenar juntos.

—No puedo, oye. Lo siento. De verdad. Id a celebrarlo, que os lo merecéis.

Cuando salí, no quedaba nadie en la sala. En el vestíbulo, Laura fingía interés en la información de los próximos actos y en cuanto oyó los pasos de Adrià se volvió:

—Hola.

—Hola.

—Te invito a cenar —dijo ella, seria.

—No puedo.

—Vamos…

—No puedo, de verdad. Tengo que ir al médico.

Laura se quedó boquiabierta, como si se le hubieran atascado las palabras que quería decir. Miró el reloj sin hacer ningún comentario. Un poco ofendida dijo de acuerdo, bueno, nada, de acuerdo. Y con una sonrisa forzada: ¿estás bien?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Quizá me instale en Uppsala.

—Vaya. Si es lo mejor para ti…

—No sé.

—¿Podemos hablarlo en otro momento? —dijo Adrià levantando la muñeca del reloj como excusa.

—Vete al médico, anda.

Adrià le dio un beso casto en la mejilla y salió deprisa, sin mirar atrás. Todavía alcanzó a reconocer la risa relajada de Bernat y me alegré mucho, de verdad, porque Bernat se lo merece todo. Fuera, empezaba a llover y, con las gafas salpicadas de lluvia, se puso a buscar un taxi imposible.

—Perdona, chico. —Se limpió los empapados zapatos en la alfombra de la entrada.

—Tranquilo. —Lo invitó a entrar hacia la izquierda, directamente hacia el consultorio—. Creía que se te había olvidado.

En el lado derecho de la casa se oía rumor de platos y cubiertos, de vida cotidiana. El doctor Dalmau le cedió el paso y entornó la puerta. Iba a coger la bata que tenía colgada pero desistió. Se sentaron uno a cada lado de la mesa. Se miraron en silencio. Detrás del médico, una reproducción de Modigliani con muchos amarillos. Fuera, el plin-plin de una lluvia primaveral.

—A ver, ¿qué te pasa?

Adrià levantó una mano pidiendo atención.

—¿Lo oyes?

—¿Qué?

—El teléfono.

—Sí. Ahora lo cogen. Seguro que es para mi hija y estaremos un par de horas incomunicados.

—Ah.

Efectivamente, al fondo del piso dejó de sonar el teléfono y se oyó una voz femenina que decía ¿diga? Sí, soy yo; ¿quién quieres que sea?

—¿Qué más? —dijo el doctor Dalmau.

—Sólo es eso: el teléfono. Oigo sonar el teléfono continuamente.

—A ver si te explicas mejor.

—Lo oigo a todas horas, me culpabiliza y me muerde por dentro y no hay manera de quitármelo de la cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años o más. Casi tres. Desde el catorce de julio de mil novecientos noventa y seis.

—Quatorze juillet.

—Oui. Desde el catorce de julio de mil novecientos noventa y seis, cuando sonó el teléfono. Sonaba en la mesilla de noche del lado de Laura. Se miraron con sensación de culpabilidad, preguntándose el uno al otro en silencio si esperaban alguna llamada. Laura no se movió, apoyada la cabeza en el pecho de Adrià, ambos oyendo el teléfono, que insistía monótonamente. Adrià miraba el pelo a Laura esperando que ella se moviese. Nada. El teléfono siguió sonando. Y al final, milagrosamente, se restableció el silencio. Adrià se relajó y se dio cuenta de lo rígido que se había puesto mientras sonaba el teléfono. Pasó la mano a Laura por el pelo. Se inmovilizó porque el teléfono se disparó otra vez.

—Caray, qué pesados —dijo ella, y se acurrucó más contra Adrià.

Sonó un buen rato más.

—Cógelo —dijo él.

—No estoy. Estoy contigo.

—Cógelo.

Laura se incorporó de mala gana, descolgó el auricular y dijo dígame con voz apagada. Unos segundos de silencio. Se volvió y le pasó el auricular disimulando muy bien la perplejidad.

—Es para ti.

Imposible, pensó Adrià, pero cogió el auricular. Con admiración, se dio cuenta de que el aparato no tenía cable. Seguramente era la primera vez que usaba un teléfono sin cable. Y le pareció curioso pensar eso y acordarse ahora, con el doctor Dalmau, casi tres años después.

—Diga.

—¿Adrià?

—Sí.

—Soy Bernat.

—¿Cómo me has encontrado?
—Es largo. Escucha…
Entendí que la vacilación de Bernat era un mal presagio.
—Dime…
—Sara.
Ahí terminó todo, querida. Todo.

53

Los días, tan breves, a tu lado, lavándote, abrigándote, aireándote, pidiéndote perdón. Los días que he dedicado a aliviar el dolor que te he provocado yo. Los días de viacrucis, el tuyo sobre todo y, perdona, no quiero ofenderte, también mío, me han convertido en un hombre diferente. Antes tenía intereses. Ahora me he quedado sin motivos y paso el día pensando delante de ti, que parece que descanses plácidamente. ¿Qué hacías en casa? ¿Volviste para abrazarme o para reñirme? ¿Venías a buscarme o sólo querías recoger más ropa porque pensabas en el huitième arrondissement? Te llamé por teléfono, tienes que acordarte, y Max me dijo que no querías ponerte. Sí, sí, perdona: Laura, sí; me resulta todo muy penoso. Es que no hacía falta que volvieras: no tenías que haberte ido nunca porque no teníamos que haber discutido nunca por un violín de mierda. Te juro que se lo devolveré a su dueño en cuanto sepa quién es. Y lo haré en tu nombre, querida. ¿Me oyes? El papel que me diste con su nombre está en alguna parte.

—Váyase a dormir, señor Ardèvol —la enfermera de las gafas de pasta, la que se llamaba Dora.

—El doctor me ha dicho que hable con ella.

—No ha parado en todo el día. La pobre Sara ya debe de tener la cabeza como un bombo.

Miró el suero, reguló el flujo y observó en silencio el monitor. Sin mirarlo a los ojos:

—¿Qué le cuenta?

—Todo.

—Se ha pasado dos días sin parar de contarle cosas.

—¿Nunca ha lamentado los silencios que ha tenido con la persona a la que quiere?

Dora echó un vistazo general y mirándolo a los ojos dijo háganos un favor a todas, váyase a dormir y vuelva mañana.

—No me ha contestado.

—No tengo respuesta.

Adrià Ardèvol miró a Sara.

—¿Y si se despierta cuando no esté yo?

—Lo avisamos, no sufra. No se moverá de aquí.

No se atrevió a decir y si se muere, porque eso era impensable, ahora que iban a inaugurar en septiembre la exposición de dibujos de Sara Voltes-Epstein.

Y en casa seguía hablando contigo, recordando lo que te había contado. Y unos años después te escribo con prisa para que no te mueras del todo cuando yo no esté. Todo es mentira, ya lo sabes. Pero es una verdad grande y profunda que nadie podrá desmentir nunca. Éstos somos tú y yo. Éste soy yo contigo, luz de mi vida.

—Hoy ha venido Max —dijo Adrià. Y Sara no respondió, como si le diese igual.

—Hola, Adrià.

Él, que estaba absorto mirándola, se volvió hacia la puerta. Max Voltes-Epstein con un absurdo ramo de rosas en la mano.

—Hola, Max. —Por las rosas—: No hace falta que…

—Le encantan las flores.

Trece años viviendo contigo y no sabía que te encantaran las flores. Me avergüenzo de mí mismo. Trece años sin darme cuenta de que todas las semanas cambiabas el ramo de flores del jarrón del recibidor. Claveles, gardenias, lirios, rosas, cualquier cosa. Ahora, de pronto, estalló la imagen sobre mí como una acusación.

—Déjalas aquí, sí, gracias. —Señalé vagamente hacia fuera—: Ahora pido un jarrón.

—Puedo pasar la tarde aquí. He podido arreglarlo por…, si quieres ir a descansar…

—No puedo.

—Tienes cara de… Tienes muy mala cara. Deberías irte a la cama unas horas.

Estuvieron los dos un buen rato contemplando a Sara, cada cual viviendo su propia historia. Max pensaba por qué no la acompañé, así no se habría encontrado sola. Yo qué sabía, cómo iba a saberlo. Y Adrià pensaba otra vez obstinadamente si no hubiera estado en la cama de Laura, habría estado en casa retocando a Llull, Vico y Berlin y habría oído el rinrinríiin, habría abierto, habrías dejado la bolsa de viaje en el suelo y cuando hubieras sufrido el pputo derrame cerebral, la embolia infernal, te habría recogido del suelo, te habría llevado a la cama y habría llamado a Dalmau, a la Cruz Roja, a Urgencias a Medicus Mundi, y te habrían salvado, porque fue culpa mía, porque cuando te dio el ataque no estaba contigo y dicen los vecinos que saliste al rellano de la escalera, porque la bolsa ya estaba dentro, y cuando te recogieron, debías de haberte caído tres o cuatro peldaños, y me ha dicho la doctora Real que lo primero que han hecho es salvarte la vida y ahora verán si tienes algún esguince o alguna costilla rota, pobrecita, pero al menos, te han salvado la vida porque un día te despertarás y me dirás me apetece mucho un café, como la primera vez que volviste. Después de pasar la primera noche contigo en el hospital, todavía con el olor de Laura en la piel, al volver a casa vi en el recibidor tu bolsa de viaje y comprobé que habías vuelto con todo lo que te habías llevado y desde entonces quiero entender que volvías para quedarte. Y te juro que oí tu voz diciéndome me apetece mucho un café. Me dicen que cuando te despiertes no te acordarás de nada. Ni del trompazo que te pegaste en la escalera. Los Mundó, los vecinos de abajo, te oyeron y dieron la alarma y yo follando con Laura y oyendo un teléfono que no quería descolgar. Y al cabo de mil años Adrià despertó.

—¿A ti te dijo que volvía a casa?

Unos instantes de silencio. ¿Dudaba o no se acordaba?

—No sé. No me dijo nada. De pronto cogió la bolsa y se marchó.

—¿Qué estaba haciendo antes?

—Dibujar. Y pasear por el jardín mirando el mar, mirando el mar, mirando el mar…

Max no tenía costumbre de repetirse. Estaba afectado.

—Mirando el mar.

—Sí.

—Es que me gustaría saber si había decidido volver o…

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—Mucha. Para mí, mucha. Porque me parece que sí, que volvía.

Mea culpa.

Adrià pasó la tarde silenciosamente con Max, que, perplejo, todavía no acababa de entender lo sucedido. Y al día siguiente volví a tu lado con tus flores predilectas.

—¿Qué es eso? —dijo Dora frunciendo el ceño en cuanto llegué.

—Gardenias amarillas. —Vacilación de Adrià—: Son las que más le gustan.

—Aquí entra y sale mucha gente.

—Son las mejores flores que puedo traerle. Las que la han acompañado durante muchos años mientras trabajaba.

Dora miró el cuadrito con atención.

—¿De quién es? —dijo.

—Abraham Mignon. Siglo diecisiete.

—Es valioso, ¿no?

—Sí, mucho. Por eso se lo traigo.

—Aquí corre peligro. Lléveselo a casa.

En lugar de hacerle caso, el profesor Roig puso el ramo de gardenias amarillas dentro del jarrón y vertió la botella de agua en él.

—Le he dicho que tendré cuidado.

—Su mujer tiene que quedarse en el hospital al menos unos meses.

—Vendré todos los días, me pasaré aquí todo el día.

No podía pasarme el día, pero pasé muchas horas y entendí que una mirada silenciosa puede hacer más daño que un cuchillo afilado; qué horror, la mirada de Gertrud. Yo le daba la comida y ella me miraba a los ojos y, obediente, se tragaba la sopa. Y me miraba a los ojos y me acusaba sin decirlo.

Lo peor es la inseguridad; lo que es horroroso es no saber si. Te mira y no puedes desentrañar la mirada. ¿Me acusa? ¿Quiere hablar de su inmensa pena y no puede? ¿Quiere contarme cuánto me odia? ¿O tal vez quiere decirme que me quiere y que la salve? La pobre Gertrud está dentro de un pozo y no puedo rescatarla.

Alexandre Roig iba a verla a diario y pasaba largos ratos mirándola, dejándose herir por su mirada, quitándole el sudor de la frente, sin atreverse a decir nada para no empeorar la situación. Y ella, después de una eternidad, empezó a oír los gritos de Tiberium in Tiberim, Tiberium in Tiberim, que era lo último que había leído antes de la oscuridad. Y empezó a ver un rostro, dos o tres, que le decían cosas, que le ponían la cuchara en la boca, que le secaban el sudor y ella preguntaba qué pasa, dónde estoy, por qué no me decís nada, y entonces se vio lejos, muy lejos, de noche, y al principio no entendía nada, o no quería entenderlo y, llena de confusión, se refugiaba otra vez en Suetonio y decía morte eius ita laetatus est populus, tut ad primum nuntium discurrentes pars: «Tiberium in Tiberim!», clamitarent. Lo decía gritando, pero se le concentraba en la cabeza todo Suetonio y al parecer nadie podía oírla. Quizá porque hablaba latín y… No. Sí. Y entonces tardaba siglos en acordarse de quién era la cara que tenía constantemente ante sí y que le decía no sé qué que no oigo del todo. Y un día entendió qué era lo que recordaba de aquella noche y empezó a atar cabos y se horrorizó toda. Y como pudo se puso a gritar de miedo. Y Alexandre Roig no sabía qué era peor, si soportar el silencio insoportable o enfrentarse a las consecuencias de sus actos de una vez. No sabía si hacía bien, pero un día,

—Doctor, ¿por qué no habla?

—Sí habla.

—Perdone, pero mi mujer no habla desde que salió del coma.

—Su mujer habla, señor Roig, desde hace unos días; ¿no se lo han comunicado? No entendemos ni una palabra porque lo hace en una lengua rara y nosotros no… Pero habla. Ya lo creo que habla.

—¿En latín?

—¿Latín? No. Me parece que no. Bueno, yo, en cuestión de lenguas…

Gertrud hablaba y reservaba el silenció sólo para él. Eso lo asustó más que la mirada de cuchillo.

—Por qué no me dices nada, Gertrud —le dijo, antes de darle la sopa de sémola de las narices, como si no hubiera otro menú en este hospital.

Pero la mujer se limitó a mirarlo con la misma intensidad de siempre.

—¿Me oyes? ¿Me estás oyendo ahora?

Lo repitió en estonio y, en honor a su abuelo, en italiano. Gertrud callaba y abría la boca para recibir la sopa de sémola de cada día, como si la conversación no le interesara en absoluto.

—¿Qué cuentas a los demás?

Más sopa. A Alexandre Roig le pareció que Gertrud contenía una sonrisa irónica y empezó a sudar por las manos. Le dio la sopa en silencio, procurando no encontrarse con la mirada de su mujer. Cuando acabó, se acercó a ella, muy cerca, tanto que casi le olía el pensamiento, Pero no la besó. Le preguntó al oído qué les cuentas, Gertrud, que no me lo cuentas a mí. Y lo repitió en estonio.

Hacía dos semanas que había salido del coma; hacía dos semanas que le habían dicho profesor Roig, tal como nos temíamos, su mujer ha quedado tetrapléjica a causa de los traumatismos sufridos. Hoy no es posible, pero quién sabe si dentro de unos años podremos concebir esperanzas de paliar e incluso curar esta clase de lesiones, y me quedé sin palabras porque eran muchas cosas y muy grandes las que me estaban pasando y no me daba cuenta de la verdadera dimensión de la desgracia. Toda mi vida estaba revolucionada. Y encima, la angustia por saber lo que decía Gertrud.

—No, no, no. Es normal que el paciente experimente una leve regresión: es normal que hable en cualquier lengua, en la de su infancia. ¿Sueco, tal vez?

—Sí.

—Lo siento pero aquí, entre el personal…

—No se preocupe.

—Lo más curioso es que no hable con usted.

La madre que la parió. Pobrecita.

Sólo pasaron dos semanas hasta que el profesor Alexandre Roig consiguió por fin llevarse a casa a su mujer. Confió los aspectos técnicos a Dora, una gran experta en cuidados paliativos que le había recomendado el hospital, y

se dedicó a dar la sopa a Gertrud, a evitar su mirada y a pensar qué sabes tú y qué piensas de lo que sé yo y no sé si sabes y mejor que no lo oiga nadie.

—Lo más curioso es que con usted no hable —repetía Dora.

Más que curioso, era preocupante.

—Y cada día está más parlanchina, señor Roig; en cuanto se acerca una, se pone a hablar en noruego, ¿no?, como si… Tendría usted que esconderse para verlo.

Y lo hizo, con la complicidad de la matrona con toca de enfermera que se había tomado a Gertrud como algo personal y que cada día le decía hoy estás más guapa que nunca, Gertrud, y que cuando Gertrud hablaba le cogía la mano insensible y le decía qué dices que no te entiendo, preciosa, no ves que no sé islandés, qué más quisiera yo. Y el profesor Alexandre Roig, que a esa hora tendría que estar encerrado en el estudio, aguardó en la habitación de al lado cuanto fue preciso, hasta que Gertrud quiso volver a hablar; y a media tarde, a la hora de la pereza, cuando la enfermera cómplice se acercó a cumplir con el rito del cambio postural, Gertrud dijo exactamente lo que me temía y me eché a temblar como una hoja de abedul.

Dios me libre, no fue intencionado, por más que en lo más negro de su fuero interno anidase el deseo inconfesado. Fue la somnolencia, después de dos largas horas de carretera oscura, mientras Gertrud echaba cabezadas en el asiento del copiloto y yo conducía pensando con desesperación en cómo decirle que quería irme, que lo sentía mucho, muchísimo, pero que estaba decidido, y que era así, que la vida a veces nos hace esas jugadas y que me daba igual lo que pudieran decir la familia, los compañeros de trabajo o los vecinos, porque todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad y yo la tengo ahora. Estoy enamoradísimo, Gertrud.

Y entonces, la curva no anunciada y la decisión que tomó sin querer tomarla, porque todo estaba a oscuras y así parecía más fácil, y abrió la portezuela, se quitó el cinturón y saltó al asfalto, y el coche continuó, sin frenar, y lo último que oyó decir a Gertrud fue un grito: qué pasa, qué pasa, Saaaaandreee…, y algo más que no entendió bien y el vacío se tragó el coche, a Gertrud y a su chillido de miedo y desde entonces, nada más, sólo la mirada como un cuchillo. Y yo solo en casa, cuando Dora me echaba del hospital, pensando en ti, pensando qué había hecho mal y buscando con

desesperación el papelito en el que me habías escrito el nombre del propietario del violín y soñando que viajaba a Gante o a Bruselas con el Vial en su funda manchada de sangre, llegaba a una casa de gente acomodada, llamaba a un timbre que primero sonaba clonc señorialmente y después clanc con elegancia, y me abría una criada con cofia almidonada y me preguntaba qué desea usted.

—Vengo a devolver el violín.

—Ah, sí, adelante. Ya era hora, ¿eh?

La rígida criada cerraba la puerta y desaparecía. Y se oía su voz amortiguada, señor, vienen a devolver el Vial. E inmediatamente salía un hombre de pelo blanco, patriarcal, en bata de cuadros de color granate y negro, agarrando con fuerza un bate de béisbol, y me decía ¿usted es el desgraciado de Ardefol?

—Psí.

—¿Y trae el Vial?

—Aquí lo tiene.

—Fèlix Ardefol, ¿no? —decía levantando el bate por encima de los hombros.

—No. Fèlix era mi padre. Yo soy el desgraciado de Adrià Ardefol.

—¿Y se puede saber por qué ha tardado tanto en devolvérmelo? —El bate seguía apuntándome al cráneo.

—Es muy largo de contar, señor, y ahora… estoy cansado y mi amada está en el hospital, dormida.

El hombre de cabello blanco y aire patriarcal tiró el bate al suelo, la criada lo recogió y él me arrebató el estuche y allí mismo, agachado en el suelo, lo abrió, quitó las gamuzas protectoras y sacó el storioni. Esplendoroso. En ese momento me arrepentí de lo que hacía, porque el hombre de pelo blanco y porte patriarcal no era digno del violín. Me despertaba empapado en sudor y volvía al hospital, a tu lado, y te decía hago todo lo que puedo, pero no encuentro el papel. No, no me pidas que se lo pregunte al señor Berenguer porque no me fío de él y lo ensuciaría todo. ¿Dónde estábamos?

Alexandre Roig le puso la cuchara delante de la boca. Gertrud tardó unos segundos en abrirla; se limitó a mirarlo a los ojos. Vamos, abre la boca, le dije, por no tener que aguantar esa mirada. Al final, gracias a Dios, la abrió y pude hacerle tragar el caldo calentito con cuatro pistones y pensé que, seguramente, lo mejor era fingir que no había oído lo que dijo a Dora cuando creía que yo no estaba en casa y dije Gertrud, te quiero, por qué no me hablas, qué te pasa, si me dicen que cuando no estoy yo sí hablas, por qué, como si tuvieses algo contra mí. Y Gertrud respondió abriendo la boca. El profesor Roig le dio un par de cucharadas más y la miró a los ojos:

—Gertrud. Dime qué te pasa. Dime qué piensas.

Unos días más tarde, Alexandre Roig estaba en condiciones de reconocer que esa mujer no le daba pena, sino miedo, más bien. Lamento que no me des pena, pero así son las cosas en la vida. Estoy enamorado, Gertrud, y tengo derecho a rehacer mi vida y no quiero que me lo impidas ni dándome pena ni con amenazas. Has sido una mujer vital, siempre dispuesta a imponer tu criterio, y ahora te ves limitada a abrir la boca para recibir la sopa. Y a callar. Y a hablar estonio. Y ¿cómo te las vas a arreglar para leer tus Marciales y tus Livios? El imbécil del doctor Dalmau dice que esto de la regresión es frecuente. Hasta que un día Alexandre Roig, inquieto, decidió no bajar la guardia; no es regresión: es mala leche. Lo hace para mortificarme… ¡Sólo quiere mortificarme! Si quiere perjudicarme, no lo permitiré. Pero no quiere que yo sepa qué es lo que planea. No sé cómo neutralizar su jugada. No sé cómo. Encontré la manera ideal pero ella no se dejó. La manera ideal pero muy arriesgada, porque yo no sé cómo pude salir del coche.

—¿Es que no llevaba el cinturón puesto?

—Sí. Supongo que sí. No lo sé.

—No está forzado ni roto.

—Tal vez sí. No sé: yo estaba… El coche dio un bote tan brutal que se abrió la puerta y salté.

—¿Para salvarse?

—No, no. Fue el impulso del bote. Desde el suelo vi hundirse el coche; luego dejé de verlo y ella gritaba Saaaandreeeee.

—El desnivel era de tres metros.

—Para mí, se la había engullido el paisaje. Y supongo que me desmayé.

—¿Le llamaba Sandre?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Por qué sólo supone que se desmayó?

—No… Estoy confuso. ¿Cómo está ella?

—Mal.

—¿Se salvará?

Entonces el inspector le dijo lo que tanto temía él; le dijo no sé si usted es creyente o no, pero aquí se ha obrado un milagro; el Señor ha escuchado sus plegarias.

—No soy creyente.

—Su mujer no morirá. Ahora bien…

—Dios mío.

—Sí.

—Dígame exactamente qué quiere, señor Ardèvol.

Tuve que estar un rato ordenando las ideas inordenables. La paz del taller de Pau Ullastres me ayudó a serenarme. Y al final dije este violín fue robado en la segunda guerra mundial. Por un nazi. Me parece que fue requisado en Auschwitz propiamente.

—Caray.

—Sí. Y por circunstancias que no vienen al caso, hace muchos años que pertenece a mi familia.

—Y quiere devolverlo —se adelantó el violero.

—¡No! O sí, no sé. Pero me gustaría saber a quién se lo requisaron. Quién era el propietario anterior. Y entonces, ya veremos.

—Si el dueño anterior fue a parar a Auschwitz…

—De acuerdo. Pero tendrá algún familiar, ¿no?

Pau Ullastres cogió el violín y se puso a tocar fragmentos de una partita de Bach, no recuerdo cuál. ¿La tercera? Y tuve sensación de suciedad, porque hacía mucho rato que no estaba a tu lado y, cuando por fin llegué, te cogí la mano y te dije estoy dando pasos para devolverlo, Sara,

pero de momento no lo consigo. Quiero devolvérselo a su legítimo propietario, no a cualquier aprovechado. Y el violero me ha recomendado con viveza, señor Ardèvol, vaya con pies de plomo, no se precipite. Hay mucho vivales hurgando en historias como la suya. ¿Me entiendes, Sara?

—Gertrud.

La mujer miraba al techo; ni se molestó en desviar la mirada. Alexandre esperó a que Dora cerrase la puerta de casa y los dejase solos antes de hablar:

—Fue culpa mía —le dijo en tono suave—. Perdóname… Supongo que me dormí… Fue culpa mía.

Ella lo miró como si viniera de muy lejos y abrió la boca para decir algo. Sin embargo, unos larguísimos segundos después se limitó a tragar saliva y a desviar la mirada.

—No lo hice a propósito, Gertrud. Fue un accidente…

Ella lo miró y ahora fue él quien tragó saliva: esta mujer lo sabe todo. Nunca me había dolido tanto una mirada. Dios mío. Es capaz de contar cualquier disparate al primero que llegue, porque ahora sabe que sé que ella lo sabe. Me temo que no tengo alternativa. No quiero que seas un obstáculo para la felicidad que me merezco.

«Mi marido quiere matarme. Aquí nadie me entiende. Avisad a mi hermano; Osvald Sikemäe; es maestro en Kunda; que me salve. Por favor, tengo miedo.»

—No…

—Sí.

—Repítemelo —dijo Dora.

Àgata echó un vistazo rápido a la libretita. Miró al camarero que se alejaba y repitió mi marido quiere matarme. Aquí nadie me entiende. Avisad a mi hermano; Osvald Sikemäe; es maestro en Kunda; que me salve. Por favor, tengo miedo. Y aún añadió estoy sola en el mundo, estoy sola en el mundo. Alguien que me entienda, que hable y yo lo entienda.

—Pero ¿tú qué le has dicho? Ha sido la primera vez, desde que me ocupo de ella, que ha mantenido una conversación. Hasta ahora sólo hablaba a las paredes, pobre mujer. ¿Qué le has dicho?

—Señora…, eso son los nervios de…

—Mi marido sabe que sé que quiere matarme. Me da mucho miedo. Quiero volver al hospital. Aquí sola con él…, todo me da miedo… ¿No me cree?

—Claro que la creo. Pero…

—No me cree. Me matará.

—¿Qué razón puede tener para matarla?

—No sé. Hasta ahora estábamos bien. No sé. El accidente… —Àgata pasó la página de la libretita y siguió descifrando su mala letra escrita a toda prisa… El accidente me pareció… Cómo es que él no… Levantó la cabeza, desolada:

—Pobre mujer, iba diciendo cosas inconexas.

—¿Y tú la crees? —Dora, sudando de angustia.

—¡Yo qué sé!

Miraron a la tercera mujer, la silenciosa. Como si le hubieran hecho a ella la pregunta, habló por primera vez.

—Yo sí que la creo. ¿Dónde está Kunda?

—En la costa norte. En el golfo de Finlandia.

—¿Y tú, cómo sabes estonio y sabes…? —Dora, admirada.

—Ya ves…

Que significaba que conocí a Aadu Müür, sí, un muchacho muy bien plantado, de metro noventa, sonrisa bondadosa…, en fin. Lo conocí hace ocho años y me enamoré de él como una pánfila; me enamoré de Aadu Müür, el relojero, y me fui a vivir con él a Tallinn y me habría ido al fin del mundo, donde se acaban los contornos de las montañas y empieza un precipicio espantoso y si resbalas allí te vas de cabeza al infierno por haber creído en algún momento que la Tierra era redonda. Hasta allí habría ido si Aadu me lo hubiera pedido. Y en Tallinn trabajé en una peluquería y después vendí helados en un sitio en el que se podía tomar alcohol por la noche y llegó un momento en que hablaba tan bien estonio que creían que tenía ese acento porque era de la isla de Saaremaa, y cuando les decía que

era catalana no se lo podían creer. Porque decían que los estonios son fríos como el hielo, pero es mentira porque con vodka en el cuerpo se vuelven cálidos y extrovertidos. Y Aadu desapareció un mal día y no he vuelto a saber nada de él; bueno, sí, pero me duele recordarlo y volví porque allí no pintaba nada, en medio del hielo, sin Aadu el relojero, vendiendo helados a estonios a punto de borrachera. Aún no me he recuperado del trompazo y Helena me llamó y me dijo a ver si tenemos suerte, tú sabes estonio, ¿no? Y yo, sí, ¿por qué? Y ella, es que tengo una amiga enfermera que se llama Dora que tiene un problema que… Está asustada y… es que podría ser una cosa grave… Y yo todavía estoy en situación de apuntarme a cualquier cosa que me haga olvidar el metro noventa de Aadu y el alma dubitativa y dulce que un buen día dejó de serlo y dije ah, sí, y lo tengo muy fresco: dónde hay que ir, qué hay que hacer.

—No, no… Quiero decir… ¿Cómo sabes tanto? Porque a mí me costó muchísimo saber que lo que hablaba era estonio. No me sonaba de nada, ¿entiendes? Hasta que dijo algo, no me acuerdo qué, y yo, después de decirle noruego, sueco, danés, finés, islandés, dije estonio y me pareció que los ojos le brillaban de otra manera. Sólo por eso, sí. Y acerté.

—Lo más gracioso es que no sabemos si el marido es un asesino en serie o si ella está perturbada. Si estamos en peligro o no, ¿sabéis a lo que me refiero?

—Me parece que nunca había visto —segunda intervención de Helena — a una mujer con tanto miedo. Más vale que estemos atentas a partir de ahora.

—Tenemos que preguntarle más cosas.

—¿Queréis que vuelva a hablar con ella?

—Sí.

—Y si llega él…, ¿qué?

Después de una breve pero apasionada visita a su nueva amada, Alexandre Roig tomó la decisión definitiva. Lo siento, Gertrud, pero no tengo alternativa: me obligas tú a hacerlo. Ahora me toca vivir a mí. Subió las escaleras del metro por inercia, diciéndose de esta noche no pasa.

Entre tanto, Gertrud no paraba de hablar en estonio y Àgata, disfrazada de enfermera, ella, la que se desmayaba al ver la primera gota de sangre, con el corazón en un puño se lo traducía todo a Dora, y decía yo iba mirándolo en la oscuridad, lo veía de perfil. Sí, hace unos días que está raro, muy raro, y no sé qué le pasa y hacía así, apretando las mandíbulas, y la pobre Gertrud quería levantar un brazo para enseñar lo que era así, pero se daba cuenta de que no podía mover nada más que el pensamiento y entonces dijo en ese momento fue como si me enseñase el alma, me odiaba por el mero hecho de existir. Y dijo se acabó, a la mierda todo; sí, sí; se acabó, a la mierda todo.

—¿Lo dijo en estonio?

—¿Qué?

—¿Lo dijo en estonio?

—Yo qué sé… Entonces fue cuando vi que se toqueteaba el cinturón de seguridad y el coche echó a volar y yo dije Saaaaandreeeee, hijo de puuuuuutaaaa… Y nada más, nada más… Hasta que me desperté y él estaba delante de mí y decía no ha sido culpa mía, Gertrud, ha sido un accidente.

—Su marido no habla estonio.

—No. Pero lo entiende. O sí, sí lo habla.

—¿Y usted no podría hablar en catalán?

—¿En qué hablo?

Entonces se oyó la cerradura y a las tres mujeres se les heló la sangre.

—Ponle el termómetro. ¡No, frótale las piernas!

—¿Cómo se hace?

—Coño, frotando. Este hombre no tendría que estar aquí.

—Anda, ¿tenemos visita? —dijo él, disimulando la sorpresa.

—Buenas noches, señor Roig.

Las miró a ambas. A las tres. Mirada rápida, desconfiada. Abrió la boca. Se fijó en que la enfermera desconocida frotaba el pie derecho a Gertrud como si jugara con plastilina.

—Es… Ha venido a ayudarme.

—¿Qué tal está? —por Gertrud.

—Igual. Ningún cambio. —Por Àgata—: Es una colega que…

El profesor Roig entró en la habitación hasta el fondo, miró a Gertrud, le dio un beso en la frente, le pellizcó la mejilla y dijo ahora vuelvo, querida, que se me ha olvidado comprar pasta fina. Y salió sin dar ninguna explicación a las otras mujeres. Cuando volvieron a quedarse solas, se miraron las dos. Las tres.

Sara, ayer por la noche encontré el papel que me habías dado con el nombre. Matthias Alpaerts, dice. Y vive en Amberes. Pero ¿sabes qué pasa? Que no me fío nada de tu fuente. Es una fuente podrida por el resentimiento del señor Berenguer y de Tito. El señor Berenguer es un ladrón y lo único que quiere es vengarse de mi padre, de mi madre y de mí. Y te ha utilizado para sus intereses. Déjame pensarlo un poco. Tendría que saber… No sé; te juro que hago cuanto puedo, Sara.

Sé que quieres matarme, Sandre, aunque me llames querida y me compres pasta fina. Sé lo que hiciste porque lo he soñado. Me han dicho que he estado cinco días en coma. Para mí, esos cinco días han sido una visión muda, lentísima, del accidente: yo te miraba a oscuras, porque hace días que estás muy raro, un poco huraño, nervioso, siempre cabizbajo. Lo primero que piensa una mujer cuando el hombre está así es que le ronda por la cabeza otra mujer; el fantasma de la otra. Sí, es lo primero que se piensa; pero no sabía qué decir. No me hacía a la idea de que me engañaras. Y el primer día que dije en voz alta socorro, me parece que mi marido quiere matarme, socorro, me parece que quiere matarme, porque en el coche puso una cara muy rara y se quitó el cinturón y dijo se acabó y yo Saaandreeee, hijo de puuuuuutaaaaaaa, y después un sueño lento que lo repetía todo hasta que al parecer habían pasado cinco días. Ya no sé lo que digo. Sí, que la primera vez que me atreví a decir en voz alta que me parece que quieres matarme, nadie me hizo caso, como si no me creyeran. Pero me miraban, y esta Dora me decía pero qué dices, no te entiendo; si era clarísimo que yo decía me parece que mi marido quiere matarme, ya sin vergüenza y con otro miedo más: que nadie me creyera ni me hiciese caso. Es una manera de

estar más enterrada en vida todavía. Eso es terrible, Sandre. Te miro a los ojos y no me sostienes la mirada: ¿qué andas calculando? ¿Por qué no me dices lo que dices a los demás y a mí no? ¿Qué quieres? ¿Que te diga a la cara que me parece que querías matarme; que me parece que quieres matarme? ¿Que te diga, sosteniéndote la mirada, que creo que quieres matarme porque soy un estorbo en tu vida y es más fácil quitarme de en medio como quien apaga una vela que tener que darme explicaciones? A estas horas, Sandre, me parece que sobran las explicaciones; pero no soples mi llama: no quiero morir. Estoy quieta y enterrada en esta coraza y sólo me queda la débil llama. No me la quites. Vete, pide el divorcio, pero no me apagues la llama.

Àgata salió de la casa cuando en la escalera se olía ya tímidamente el aroma de las primeras cenas. Todavía le temblaban las piernas. En la calle la recibió el tufo de un autobús. Fue directamente al metro. Había mirado a un asesino a los ojos y la impresión había sido fortísima. Si es que el señor Roig era un asesino. Sí que lo era. Y cuando estaba a punto de bajar las escaleras, el mismo asesino, con sus ojos como puñales, se puso a su lado y dijo señorita, por favor. Ella se detuvo, asustada. Él sonrió tímidamente, se pasó la mano por el pelo y dijo:

—¿Cómo ha encontrado a mi mujer?

—Mal. —¿Qué iba a decirle?

—¿Es cierto que no hay recuperación posible?

—Por desgracia… Bueno, yo…

—Pero el proceso de miomatosis es soluble, por lo que me han dicho.

—Sí, claro.

—Es decir, a usted también le parece soluble.

—Sí, señor. Pero yo…

—Si usted es enfermera, yo soy el Papa de Roma.

—¿Cómo dice?

—¿Qué hacía en mi casa?

—Mire, ahora tengo prisa.

¿Qué se hace en estos casos? ¿Qué tiene que hacer el asesino al darse cuenta de que alguien está metiendo las narices donde no lo llaman? ¿Qué hace la víctima que no está completamente segura de que el otro es realmente un asesino? Se quedaron los dos titubeando como monigotes, hasta que a Àgata se le ocurrió decir usted siga bien, y echó a correr peldaños abajo, dejando plantado al profesor Roig en medio de las escaleras sin saber muy bien qué hacer. Àgata bajó al andén. En ese momento llegó un convoy. Una vez dentro, se volvió hacia la puerta y miró: no, el loco no la había seguido. No respiró tranquila hasta que se cerraron las puertas del vagón.

De noche, a oscuras, para no tener que mirarle la mirada. De noche, cuando fingía dormir, Gertrud llegó a ver la sombra del cobarde de Sandre y notó el olor del cojín del sofá, el que antes, cuando la vida era viva, se ponía en la cabeza para ver la tele con comodidad. Y aún tuvo tiempo de pensar Sandre ha elegido el cojín, como hizo Tiberio para asesinar a Augusto. No te costará mucho porque ya estoy medio muerta, pero has de saber que además de desgraciado eres un cobarde. No has podido ni mirarme a los ojos para decirme adiós. Y Gertrud no pudo pensar nada más porque el espasmo de la asfixia era más intenso que toda la vida y en un instante se convirtió en muerte.

Dora le puso una mano en la espalda y dijo señor Ardèvol, váyase a descansar. Es una orden.

Adrià se despertó y se volvió, sorprendido. La luz de la habitación estaba atenuada y las gardenias de Mignon desprendían una luminosidad mágica. Y Sara dormía, dormía y dormía. Dora y una desconocida lo sacaron a puntapiés del hospital. Y Dora le puso en la mano una pastillita para dormir y, por inercia, salió a la calle, cogió el metro en el Clínic mientras que el profesor Alexandre Roig, en la boca del metro de Verdaguer, se encontraba con una chica que podía ser su hija, seguro que era una alumna, y el mejor detective de todos, Elm Gonzaga, contratado por

las tres valerosas mujeres, los siguió discretísimamente después de haber captado el beso con una máquina como la de Laura, digital o como se llamen, y los tres esperaron en el andén hasta que llegó el convoy y la feliz pareja, junto con el detective, entró en el vagón y en Sagrada Família subieron fray Nicolau Eimeric y Aribert Voigt, charlando animadamente sobre grandes ideas que tenían en mente, y sentado en un rincón, el doctor Müss o Budden leía a Kempis y miraba por la ventana hacia la oscuridad del túnel y al otro lado del vagón, vestido con el hábito benedictino, el hermano Julià de Sant Pere del Burgal daba cabezadas. A su lado, de pie, Jachiam Mureda de Pardàc miraba, con los ojos como platos, el mundo nuevo que se le ofrecía, y seguro que pensaba en todos los Mureda y en la pobre Bettina, su cieguecita. Y a su lado, asustado, Lorenzo Storioni no comprendía lo que le pasaba y se aferraba a la barra del centro del vagón para no caerse, y el convoy se detuvo en la estación de Hospital de Sant Pau, bajaron algunos pasajeros y subió Guillaume-François Vial, engalanado con una peluca apolillada y charlando con Drago Gradnik, que era mucho más corpulento de lo que nunca me habría podido imaginar, pues tuvo que agachar la cabeza para entrar en el vagón, y tenía una sonrisa que me recordaba la expresión seria del tío Haïm, aunque en el retrato que le hizo Sara, el tío no sonreía. Y el convoy volvió a arrancar. Entonces me di cuenta de que Matthias, Berta la fuerte, Truu, la del pelo castaño como la madera del bosque, Amelietje, la del cabello azabache, Juliet, la pequeña, rubia como el sol, y la valerosa Netje de Boeck, la suegra acatarrada, hablaban con Bernat casi al final del vagón. ¿Con Bernat? Sí. Y conmigo, que también estaba en el vagón. Y nos contaban el último viaje en tren que habían hecho juntos, en un furgón sellado, y Amelietje enseñaba la herida de la nuca, la del culatazo, ¿ves, ves?, a Rudolf Höss, que estaba sentado solo, mirando el andén, sin ganas de echar una ojeada al chichón que tenía la niña en la nuca. Y los labios de la niña ya tenían el color oscuro de la muerte, pero a sus padres no les importaba mucho. Todos eran jóvenes y frescos excepto Matthias, que era viejo y lento de reflejos y tenía los ojos lacrimosos. Me pareció que lo miraban con desconfianza, como si les costase aceptar o perdonar la vejez de su padre. Sobre todo la mirada de Berta la fuerte, que a veces parecía la de Gertrud o no, un poco diferente. Y

llegamos a Camp de l'Arpa, donde entró Félix Morlin charlando animadamente con mi padre: hacía tantos años que no veía a mi padre que casi no distinguía su rostro, pero sé que era él. Detrás, el sheriff Carson acompañado de su fiel amigo, Águila Negra, los dos muy silenciosos, procurando no mirarme. Vi que Carson estaba a punto de escupir en el suelo del vagón, pero el valeroso Águila Negra se lo impidió con un gesto seco. El convoy estaba parado, no sé por qué razón, con las puertas de todos los vagones abiertas. Todavía tuvieron tiempo de subir poco a poco el señor Berenguer con Tito, cogidos del brazo, me pareció, y Lothar Grübbe, que titubeó en el momento de entrar en el vagón, y mi madre y Lola Xica, que venían detrás, lo ayudaron a decidirse de una vez. Y cuando las puertas se estaban cerrando entró a la carrera, forzándolas un poco, Alí Bahr en persona, él solo, sin la infame Amani. Las puertas se cerraron del todo, el convoy arrancó y treinta segundos después de entrar en el túnel en dirección a la Sagrera, Alí Bahr se plantó en medio del vagón y dijo, gritando desaforadamente, ¡¡llevaos, Señor Misericordioso, toda esta carroña!! Abrió la chilaba, chilló ¡¡¡Alá Akbar!!!, y tiró de una cinta que le salía de la ropa y todo se hizo luminosamente blanco y ninguno de nosotros pudo ver la inmensa bola de

Alguien lo zarandeaba. Abrió los ojos. Era Caterina, inclinada sobre él.

—¡Adrià! ¿Me oye?

Tardó unos segundos en situarse, porque su sueño venía de muy lejos. Ella insistió:

—¿Me oye, Adrià?

—Sí, ¿qué pasa?

En lugar de decirle acaban de llamar del hospital o tiene un llamada del hospital o incluso tiene una llamada, que dice que es urgente, o quizá aún mejor, en lugar de decir lo llaman al teléfono e irse a planchar, que era una excusa inmejorable, Caterina, siempre deseosa de estar en primera fila repitió a Adrià, me oye y yo sí, qué pasa, y ella, que Saga se ha despertado.

Yo sí que me desperté del todo y en vez de pensar se ha despertado, se ha despertado, pensé y yo no estaba y yo no estaba. Adrià se levantó de la cama sin darse cuenta de que iba desnudo y Caterina, de un vistazo, enseguida criticó su prominente tripa, pero se guardó el comentario para otra ocasión.

—¿Dónde? —dije, desorientado.

—En el teléfono.

Adrià cogió el aparato del despacho: era la doctora Real en persona, que le dijo ha abierto los ojos y empieza a hablar.

—¿En qué idioma?

—¿Perdón?

—¿Se la entiende? —Y sin esperar respuesta—: Voy enseguida.

—Tenemos que hablar usted y yo antes de que la vea.

—Muy bien. Voy enseguida.

Si no llega a ser por Caterina, que se cuadró delante de la puerta de la escalera, habría ido al hospital en pelotas, porque, embargado por la alegría, no me había dado cuenta de las circunstancias anecdóticas. Adrià se duchó llorando, se vistió llorando y riendo y se fue al hospital riendo, y Caterina, cuando hubo acabado con toda la ropa, cerró la casa y dijo este hombre llora cuando toca llorar y se ríe cuando tendría que llorar.

La doctora delgada y de cara un poco arrugada lo llevó a un pequeño despacho.

—Oiga, que quiero saludarla.

—Un momento, señor Ardèvol.

Le pidió que tomara asiento. Ella se sentó en su sitio y lo miró en silencio.

—¿Qué pasa? —se asustó Adrià—. Está bien, ¿no?

Entonces, la doctora le dijo lo que tanto temía él; le dijo no sé si usted es creyente o no, pero aquí se ha obrado un milagro; el Señor ha escuchado sus plegarias.

—No soy creyente —dijo—. Ni rezo —mintió.

—Su mujer no va a morir. Ahora bien, las lesiones…

—Dios mío.

—Sí.

—Por un lado, hay que esperar a ver cómo le ha afectado el ictus.

—Ya.

—Pero el caso es que se presentan otras complicaciones.

—Cuáles.

—Hace unos días nos llamó la atención una parálisis fláccida, ¿me entiende?

—No.

—Sí. Y el neurólogo pidió un TAC; en el TAC hemos visto una fractura de la sexta vértebra cervical.

—¿Qué significa?

La doctora Real se le acercó imperceptiblemente y cambió la inflexión de la voz:

—Que Sara tiene una lesión medular grave.

—¿Quiere decir que está paralítica?

—Sí. —Después de un breve silencio, en voz más baja—: Tetrapléjica.

Con el prefijo «tetra-» que significa «cuatro» y el sufijo «-plegia» de la palabra *plegé*, que significa «golpe» y también «desgracia», describíamos el estado de Sara. Mi Sara es cuatro veces desgraciada. ¿Qué haríamos sin el griego? No podríamos abarcar ni conocer las grandes tragedias de la humanidad.

No podía romper con Dios porque no creía en él. No podía atizar un bofetón a la doctora Real porque no tenía la culpa. Sólo podía clamar al cielo diciendo y yo no estaba, y podía haberla salvado; si hubiera estado allí, ella no habría salido a la escalera, sólo se habría caído al suelo, se habría hecho un chichón y nada más. Y yo follando con Laura.

Le dejaron ver a Sara. Estaba todavía medio sedada y a duras penas abría los ojos. Le pareció que le sonreía. Él le dijo que la quería mucho, mucho, mucho, y ella entreabrió la boca, pero no dijo nada. Pasaron cuatro o cinco días. Las gardenias de Mignon le hacían fiel compañía mientras iban despertándola lentamente. Hasta que un viernes, el psicólogo y el neurólogo, con la doctora Real, me prohibieron tajantemente que los acompañara y estuvieron una hora larga en la habitación de Sara, mientras

Dora montaba guardia como el can Cerbero. Y yo me quedé llorando en una sala de espera y cuando ellos salieron no me dejaron entrar a darle un beso hasta que desapareció hasta el último rastro de llanto en mi cara. Y en cuanto me vio no me dijo me apetece mucho un café, sino quiero morirme, Adrià. Y me quedé como un estúpido, con el ramo de rosas blancas en la mano y la sonrisa congelada.

—Sara mía —dije al fin.

Ella me miraba, seria, sin decir nada.

—Perdóname.

Nada. Me parece que tragó saliva con dificultad. Pero no dijo nada. Parecía Gertrud.

—Devolveré el violín. Ya tengo el nombre.

—No puedo moverme.

—Bueno, escucha. Esto es ahora. Hay que ver si…

—Ya me lo han dicho. Nunca más.

—¿Qué saben ellos?

A pesar de todo, le salió una especie de sonrisa resignada al oír mi respuesta.

—No podré dibujar más.

—Pero ¿verdad que puedes mover un dedo?

—Sí, éste. Y nada más.

—Es una buena señal, ¿no?

No se dignó responderme. Para disipar la incomodidad del silencio, Adrià prosiguió en un fingido tono animado.

—Primero hay que hablar con todos los médicos. ¿Verdad, doctora?

Adrià se había vuelto hacia la doctora Real, que acababa de entrar, sin haber soltado todavía el ramo de rosas, como si fuera a ofrecérselo a la recién llegada.

—Sí, claro, dijo la doctora.

Y cogió el ramo, como si fuera para ella. Sara cerró los ojos con cansancio infinito.

54

Bernat y Tecla fueron los primeros en ir a verla. Era tal su turbación que no sabían qué decir. Sara no tenía ganas de sonreír ni bromear. Dijo gracias por venir y no abrió más la boca. Yo no paraba de repetir en cuanto podamos volvemos a casa y lo dispondremos todo para que esté cómoda; pero ella miraba el techo, tumbada, y no se molestaba ni en sonreír. Y Bernat, exagerando el ánimo dijo ¿sabes una cosa, Sara?, estuve en París con el cuarteto y toqué en la misma sala Pleyel, la mediana, en la que tocó Adrià hace mil años.

—¿Ah, sí? —Adrià, sorprendido.

—Sí.

—¿Y cómo sabes que toqué allí?

—Me lo contaste tú.

¿Teníamos que contarle que fue allí donde nos conocimos tú y yo? ¿Con la complicidad del maestro Castells y de tu tía, cuyo nombre no recuerdo? ¿O nos lo quedamos para nosotros?

—Allí nos conocimos Sara y yo, podría decirse.

—¿Ah, sí? Oh, qué bonito, esto —señalando las gardenias de Mignon.

Entre tanto, Tecla se acercó a Sara y le puso la mano en la mejilla. Estuvo un buen rato acariciándole la mejilla en silencio, mientras Bernat y yo intentábamos fingir que todo iba bien, bien, sí, bien. El muy estúpido de Adrià todavía no se había dado cuenta; si quería que ella, si quería que Sara, si quería que lo notase, tenía que tocarle la cara, no las manos muertas. No están muertas. Pues dormidas.

Después, cuando se quedaron solos, Adrià le puso la mano en la mejilla y ella lo rechazó con un gesto muy seco, lleno de silencio.

—Estás enfadada conmigo.

—Tengo problemas más graves que estar enfadada contigo.

—Perdona.

Se callaron. Empezaron a aparecer cristales rotos en el suelo de nuestra vida y podíamos hacernos daño.

Por la noche, en casa, con los balcones abiertos por el calor, Adrià vagaba como un fantasma sin saber qué hacer y se indignaba consigo mismo a pesar de la gran tristeza; en el fondo le parecía que la víctima era él. Me costó mucho darme cuenta de que allí sólo había una víctima, que eras tú. Por eso, dos o tres días después, me senté a tu lado, te cogí la mano, noté su insensibilidad, la dejé delicadamente donde estaba, te toqué la mejilla con la punta de los dedos y dije Sara, estoy haciendo gestiones para devolver el violín a sus dueños. Ella no respondió nada a mi media verdad, pero no rechazó el contacto. Al cabo de cinco infinitos minutos de silencio, desde muy adentro, dijo gracias, con una vocecita débil, y supe que se me iban a escapar las lágrimas a raudales, pero me dominé a tiempo, pues sabía que en esa habitación del hospital yo no tenía derecho a llorar.

—«O en un estado que yo libremente considere indigno de mí.» Es lo que pone aquí exactamente.

—Es muy fácil decirlo.

—No: es así. Me costó mucho redactarlo, pero es mi testamento vital. Y tengo toda la lucidez del mundo para refrendarlo.

—No estás lúcida. Estás desmoralizada.

—Confundes el culo con las témporas.

—¿Qué?

—Estoy lúcida.

—Estás viva. Puedes seguir viviendo. Yo siempre estaré a tu lado.

—No te quiero a mi lado. Te quiero valeroso y haciendo lo que te suplico que hagas.

—No puedo.

—Qué cobarde eres.

—Sí.

Oímos unas voces que decían cinquantaquattro. Es aquí, sí. Se abrió la puerta y sonreí a las personas que entraron en ese momento en la habitación e interrumpieron nuestra conversación. Unos amigos de Cadaqués. También sabían lo de las rosas.

—Mira qué bonitas, Sara —dijo la mujer.

—Muy bonitas.

Sara sonrió pálidamente y se comportó con mucha educación. Les dijo que estaba bien, que se tranquilizaran. Y los amigos de Cadaqués pudieron irse al cabo de media hora un poco más sosegados, porque habían llegado sin saber qué decir, pobre chica.

Durante muchos días, numerosas visitas interrumpieron nuestra conversación, que sólo era una. Y cuando hacía quince o veinte días que Sara se había despertado, una noche, cuando estaba a punto de irme a casa, me pidió que le pusiera delante el cuadrito de Mignon. Lo repasó ávidamente unos minutos, sin parpadear. Y de pronto se echó a llorar. Seguramente fueron esas lágrimas las que me hicieron valiente.

55

La exposición se inauguró sin ti. Los de la galería no podían posponerla porque tenían el calendario comprometido para los dos años siguientes y Sara Voltes-Epstein nunca podría ir a verla, conque adelante y ya me lo contaréis, de verdad. Se puede grabar todo, ¿no?

Unos días antes, Sara nos llamó a Max y a mí a su lado y nos dijo quiero añadir dos dibujos.

—¿Cuáles?

—Dos paisajes.

—Pero… —Max, perplejo—. Es una exposición de retratos.

—Dos paisajes —insistió— que son retratos de un alma.

Max y Adrià se miraron con perplejidad.

—¿Cuáles son? —pregunté.

—Mi paisaje de Tona y el ábside de Sant Pere del Burgal.

Tu aplomo me dejó de piedra. Porque seguiste dando instrucciones: están los dos en la carpeta negra que se quedó en Cadaqués. El dibujo de Tona se titulará *In Arcadia Hadriani* y el otro, *Sant Pere del Burgal: un sueño*.

—¿De qué alma son retratos? —A Max había que explicárselo todo.

—Quien tiene que saberlo ya lo sabe.

—Anima Hadriani —dije a punto de llorar o de dar un salto de alegría, todavía no lo sé.

—Pero los de la galería…

—Dos dibujos más, ¡caramba, Max! Y si no hay presupuesto, que no los enmarquen.

—No, no: lo digo por el concepto de retrato…

—Max, mírame.

Te soplaste el mechón que te caía sobre los ojos, yo te lo aparté con la mano y me dijiste gracias. Y a Max: la exposición será como yo diga. Me lo debéis. Treinta retratos y dos paisajes dedicados al hombre que amo.

—No, no, si yo…

—Espera. Uno es una interpretación libre del paraíso perdido de Adrià. Y el otro son las ruinas de un monasterio que no sé por qué tiene metido en la cabeza desde siempre, y eso que no lo había visto hasta hace muy poco. Y lo haréis así. Lo haréis por mí. Aunque yo no pueda ver la exposición.

—Te llevaremos a verla.

—Me horrorizan los numeritos de ambulancias y camillas y… No. Grabádmelo.

Por tanto, fue una inauguración sin la protagonista. Max ofició de hombre fuerte y dijo mi hermana no está, pero como si estuviera. Esta noche le enseñaremos las fotos y el vídeo que estamos grabando y Sara, incorporada sobre unas almohadas grandes, vio por primera vez todos los retratos y los dos paisajes juntos y, durante la repetición de la inauguración en la cinquantaquattro, con Max, Dora, Bernat, el doctor Dalmau, yo y no sé si alguien más, cuando la cámara enfocó al tío Haïm, Sara dijo páralo un momento. Y estuvo unos segundos mirando la imagen congelada y pensando en lo que fuera y después vio el resto de la grabación. En mi retrato, yo medio cabizbajo, leyendo, no dijo que detuviéramos la imagen. La cámara llegó a su autorretrato, con la mirada enigmática, y tampoco quiso ni mirarlo. Observó atentamente a Max, que dirigía unas palabras a los presentes; vio que había asistido mucha gente y, mientras volvían a pasar las imágenes, dijo gracias, Max, muy bonitas tus palabras. Y comentó que había visto a Murtra, a Josée y Chantal Cases, a los Riera de Andorra, a todos, y anda, éste es Llorenç, ¿no?, cuánto ha crecido.

—Y Tecla, ¿ves? —dije yo.

—Y Bernat. Qué bien.

—Huy, ¿y este tan guapo? —saltó Dora.

—Un amigo mío —dijo Max—. Giorgio.

Silencio. Para romperlo, el propio Max:

—Se ha vendido toda la obra. ¿Me oyes?

—¿Y éste? ¡Páralo, páralo! —Sara casi se incorpora milagrosamente —: ¡¡Pero si es Viladecans!! ¡Parece que quiera comerse a tío Haïm con los ojos!…

—Sí, sí, es verdad, sí que estaba. Se pasó mil horas mirando cada retrato.

—Ostras…

Le brillaban los ojos y pensé está recuperando la ilusión y pensé es posible una nueva vida cambiando las prioridades, cambiando el estilo, cambiando todos los valores de todas las cosas. ¿No? Como si me hubiera oído el pensamiento, se puso seria. Al cabo de unos segundos:

—El autorretrato no está en venta.

—¿Qué? —Max, asustado.

—Que no está en venta.

—Pues fue el primero en caer.

—¿Quién lo ha comprado?

—No sé. Lo preguntaré.

—Os dije que… —Se calló, un poco desorientada.

No habías dicho nada. Pero se te empieza a mezclar el mundo con lo que dices, con lo que piensas, con lo que deseas y con lo que habría podido ser de no haber sido por.

—¿Puedo llamar desde aquí? —Max, desolado.

—Hay un teléfono donde el mostrador de las enfermeras.

—No hace falta que llames —lo cortó Adrià, como pillado en falta.

Noté que Max, Sara, el doctor Dalmau y Bernat me miraban. A veces me pasa: se me clavan las miradas como pinchos; o como recuerdos.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

—Porque lo he comprado yo.

Silencio. Sara hizo un mohín.

—Qué tonto eres —dijo.

Adrià la miró, abriendo los ojos de par en par.

—Quería regalártelo —improvisé.

—Yo también quería regalártelo. —Soltó una tímida risita nueva, que no le había oído nunca antes de la enfermedad.

La inauguración en el hospital terminó con un brindis de los presentes, cada uno con un triste vaso de plástico lleno de agua. Y Sara no dijo en ningún momento me habría gustado mucho estar allí. Pero me miraste y sonreíste. Estoy seguro de que te reconciliaste conmigo gracias a la media verdad sobre el violín. No fui suficientemente sincero para desmentirla.

Cuando hubo bebido el sorbo ritual, ayudada por mí, movió la cabeza de un lado a otro y, sin venir a cuento, dijo me voy a cortar el pelo muy corto, me molesta en la nuca.

Laura volvió del Algarve muy morena. Nos vimos en el despacho entre el lío y la inminencia de los exámenes de septiembre; me preguntó por Sara, yo le dije ya ves, y ella no insistió. Aunque estuvimos los dos muchas horas en el despacho, no nos dijimos nada más y fingimos que no nos veíamos. Al cabo de unos días comí con Max, porque se me había ocurrido editar un libro con el mismo título que la exposición, con reproducciones de todos los retratos a tamaño folio, ¿qué te parece? Me parece una idea excelente, Adrià; y los dos paisajes. De acuerdo, los dos paisajes también. Un libro caro, bien hecho, sin prisas. De acuerdo, bien hecho. Los dos estábamos dispuestos a financiar el proyecto y discutimos por eso, pero al final acordamos hacerlo a medias y me puse manos a la obra con ayuda de los de Artipèlag y de Bauçà. Y me hice ilusiones de que tal vez fuéramos capaces de iniciar otra vida contigo en casa, bien atendida, si todavía querías vivir conmigo, cosa que no sabía con certeza, y si estabas de acuerdo y dejabas de pensar cosas raras. Hablé con todos los médicos: Dalmau me advirtió que, por lo que él sabía, Sara todavía no estaba bien y que, por tanto, no me precipitase con lo de llevarla a casa, porque la doctora Real tenía razón. Y que era mucho mejor para la salud mental de todo el mundo no hacer grandes planes para el futuro. Que iba para largo y debíamos aprender a vivir al día, créeme. Y un día, Laura me arrinconó en un pasillo de las aulas y me dijo vuelvo a Uppsala. Me han ofrecido trabajo en el Instituto de Historia de las Lenguas y…

—Qué bien.

—Depende. Me voy. Si quieres una abogada, estoy en Uppsala.

—Laura, no quiero nada.

—Tú nunca has sabido lo que quieres.

—De acuerdo. Pero ahora sé que no voy a ir a verte a Uppsala.

—Dicho queda.

—No puedes esperar que los demás…

—Oye.

—Qué.

—Que es mi vida, no la tuya. El manual de instrucciones lo redacto yo.

Se puso de puntillas, me dio un beso en la mejilla y, que yo recuerde, no volvimos a hablar nunca más. Sé que vive en Uppsala. Sé que ha publicado seis o siete artículos bastante buenos. La echo de menos pero deseo que haya encontrado a una persona más entera que yo. Y mientras tanto, Max y yo decidimos que el libro de retratos sería una sorpresa, sobre todo para evitar que ella nos quitase la idea de la cabeza. Queríamos impactarla un poco con nuestra ilusión y contagiársela. Por eso pedimos un breve prólogo a Joan Pere Viladecans, quien accedió de mil amores. En pocas líneas dijo tantas cosas del arte de Sara que me dio un ataque de celos inmediato y febril sólo de pensar cómo puede ser que se me escapen tantos aspectos y detalles de los dibujos de Sara. Tantos como los que no he sabido captar de tu vida.

Poco a poco, fijándome en ti en el hospital, descubrí a una mujer capaz de dirigir el mundo sin necesidad de mover un dedo, sólo hablando, ordenando, sugiriendo, pidiendo, suplicando y mirándome con esos ojos que todavía hoy me taladran y me hieren de amor y de no sé qué. Es que yo no tenía nada más que mala conciencia. Me habías dado un nombre: Alpaerts. No estaba seguro de que fuera el verdadero propietario del violín. Sabía que no coincidía con el nombre que había escrito mi padre en el testamento o lo que fuera que me había dejado en arameo. No te lo conté, Sara, pero yo no hacía nada para dilucidarlo. Confiteor.

Aquella tarde pálida y lenta, sin visitas, cosa que empezaba a ser habitual, porque la gente tiene ocupaciones, me dijiste quédate un rato más.

—Si me deja Dora.

—Te deja. Ya lo he solucionado. Tengo que decirte una cosa.

Me había dado cuenta de que Dora y tú os entendíais bien desde el primer momento, sin necesidad de grandes discursos.

—Sara, no creo que sea…

—Oye, mírame.

La miré, triste. Todavía con el pelo largo, bellísima. Y me dijiste cógeme la mano. Así. Más arriba, que lo vea. Así.

—¿Qué tienes que decirme? —Temía que volvieras a sacar el tema.

—Que tuve una hija.

—¿Qué dices?

—En París. Se llama Claudine y murió a los dos meses de edad. Tenía cincuenta y nueve días de vida. No debí de ser buena madre, porque no supe ver lo que le pasaba. Claudine, ojos oscuros como el carbón, desamparada, llorona. Y un día no sé qué le pasó. Se me murió en los brazos, cuando la llevaba al hospital.

—Sara…

—Es el dolor más profundo que puede conocer una persona: la muerte de un hijo. Por eso no he querido tener otro. Me habría parecido injusto para Claudine.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Era culpa mía y no tenía derecho a traspasarte tanto dolor. Ahora la encontraré otra vez.

—Sara.

—Qué.

—No fue culpa tuya. Y tú no tienes que morir.

—Quiero morirme, lo sabes.

—No pienso dejarte.

—Eso mismo decía yo a Claudine en el taxi. No quiero que te mueras, no te mueras, no te mueras, no te mueras, Claudine, ¿me oyes, chiquitina?

Era la primera vez que llorabas desde que estabas en el hospital. Por tu hija, no por ti, mujer fuerte. Te quedaste callada un rato, dejando salir las lágrimas. Te las sequé suavemente con un pañuelo, en silencio y con respeto. Hiciste un esfuerzo y proseguiste:

—Pero la muerte tiene más poder que nosotros y Claudine, mi chiquitina, murió. —Se calló, agotada por el esfuerzo. Dos lágrimas más y continuó—: Por eso sé que ahora volveré a verla. La llamaba Claudine, mi chiquitina.

—¿Por qué dices que volverás a verla?

—Porque lo sé.

—Sara…, tú no crees en nada. —A veces no sé callarme, lo reconozco.

—Tienes razón. Pero sé que las madres encuentran a sus hijas muertas. Si no fuera así, sería imposible resistir la vida.

Me callé porque, como casi siempre, tenías razón. Adrià se calló porque también sabía que era imposible. Tampoco podía decirte que la maldad es capaz de todo y de más, a pesar de que todavía no conocía la historia de la vida de Matthias Alpaerts, de Berta la valerosa, de la suegra acatarrada, de Amelietje, la del pelo azabache, de Truu, la del pelo del color de la madera noble y de Juliet, la pequeña, la de los cabellos de hilo de oro.

Cuando Sara volvió a su casa, en el huitième arrondissement, recorrió el piso buscando a Bitxo y pensando dónde se ha metido, dónde se ha metido, dónde se ha metido, dónde se ha metido.

El gato estaba debajo de la cama, como si intuyera que las cosas se habían torcido. Lo sacó a traición, mintiéndole, diciéndole ven, bonito, ven, y cuando Bitxo se fió del tono de su dueña y salió de debajo de la cama, lo agarró dispuesta a tirarlo por la galería interior, porque no quiero seres vivos en casa nunca más. Nunca más nadie que se me pueda morir. Pero el maullido de desconcierto del gato lo salvó y la hizo reaccionar. Lo llevó a la SPA sabiendo que era injusta con el pobre animal. Sara Voltes-Epstein pasó unos meses de duelo, dibujando abstracciones negras, trabajando en silencio en las ilustraciones de unos cuentos que las madres leerían a sus hijas vivas y risueñas, mientras ella pensaba en dibujos que Claudine, su chiquitina, no vería nunca y procuraba que la pena no le devorase las entrañas. Y al cabo de un año justo recibió la visita de un vendedor de enciclopedias. ¿Entiendes por qué no podía volver enseguida contigo? ¿Entiendes que no quería vivir con nadie que se me pudiera morir? ¿Entiendes que estaba loca?

Me callé. Nos callamos los dos. Le dejé la mano sobre el pecho y le acaricié la mejilla: me permitió hacerlo. Le dije te quiero y quise creer que ella estaba más tranquila. En ningún momento me atreví a preguntarte quién era el padre de Claudine y si vivía contigo cuando la niña murió. Con sólo la explicación de unos trazos de tu vida, como si fuera un dibujo al carboncillo, remarcándome una sombra, obviándome un trazo, reivindicaste tu derecho a conservar tus secretos para ti, la habitación cerrada del conde Barba Azul. Y Dora permitió que me quedase hasta una hora escandalosamente improcedente.

56

El día que retomaste la conversación y volviste a pedirme que te ayudara a morir, que tú sola no podías, me estremecí porque me había hecho ilusiones de que lo habías olvidado. Entonces Adrià dijo cómo vas a querer morir si estamos a punto de darte una sorpresa. Cuál. Un libro tuyo. Un libro mío; ¿un libro mío? Sí, con todos los retratos; lo hemos hecho Max y yo.

Sara sonrió y estuvo un rato pensando. Y dijo gracias, pero lo que quiero es terminar. No me gusta morirme, pero no quiero ser un estorbo y no acepto esta vida que me toca vivir, mirando siempre el mismo trozo del puto techo. Me parece que fue el primero y el único taco que te oí. O tal vez fuera el segundo.

Pero. Sí, entiendo el pero. No sé cómo. Yo, sí: me lo ha contado Dora; pero necesito a alguien. No me lo pidas. ¿Te daría lo mismo que me ayudara otra persona? No; quiero decir, no se lo pidas a nadie. Aquí mando yo; es mi vida, no la tuya; el manual de instrucciones lo escribo yo.

Me quedé con la boca abierta. Como si entre Laura y Sara hubiera… Lamento reconocerlo, pero me puse a llorar como una magdalena delante de la cama de Sara, que, por cierto, con el pelo corto estaba monísima. Nunca te había visto con el pelo corto, Sara. Ella, como no podía pasarme la mano por la cabeza para consolarme, se limitó a mirar el puto techo y a esperar a que se me pasara la llantina. Me parece que en ese momento entró Dora con las pastillas, pero al ver el panorama salió discretamente.

—Adrià.

—Qué…

—¿Me quieres más que nadie?

—Sí, Sara. Sabes que te quiero.

—Pues haz lo que te digo. —Y al cabo de un rato—: Adrià.

—Qué.

—¿Me quieres más que nadie?

—Sí, Sara. Sabes que te quiero.

—Pues haz lo que te pido. —Y casi inmediatamente, por tercera vez —: Adrià, querido.

—Dime.

—¿Me quieres?

Y Adrià se entristeció porque se lo pidiera por tercera vez, porque yo daría la vida por ti y cada vez que me preguntas eso sólo pienso que…

—¿Me quieres o no?

—Tú lo sabes todo y sabes que te quiero.

—Pues ayúdame a morir.

Marcharme del hospital me daba mala conciencia. Vagaba por la Creación Universal mirando el lomo de los libros como un autómata, sin hacerles caso. Así como en otros momentos, pasear por prosas románicas me traía a la memoria lecturas placenteras; o entrar en poesía era, inevitablemente, coger un libro y leer a escondidas un par de poemas al azar o con toda la intención, como si la Creación Universal fuese el Paraíso y los poemas, manzanas nunca prohibidas. Así como al entrar en ensayo me identificaba con los que un día habían intentado poner orden en sus reflexiones, ahora deambulaba mirando, sin verlo, el título de los lomos, abatido, sólo con el dolor de Sara en los ojos. Era imposible trabajar. Me ponía ante el montón de folios manuscritos, intentaba releer lo último que había escrito, pero entonces surgías tú diciéndome si me quieres, mátame, o quieta durante años, paciente, equilibrada, saliendo cada cinco minutos de tu habitación para poder gritar de rabia. Pregunté a Dora habéis guardado la melena, cuando le cortasteis el pelo…

—No.

—¡Ostras!…

—Nos dijo que lo tirásemos.

—Caray, pero…

—Sí, es una lástima. Yo también lo pensé.

—¿De verdad le hicisteis caso?

—Es imposible no hacer caso a tu mujer.

Y las noches eran un largo insomnio. Hasta tal punto que me vi obligado a hacer cosas raras para poder dormir, por ejemplo repasar textos en hebreo, que era la lengua que tenía más abandonada, por las pocas oportunidades que surgían de trabajar con ella. Y busqué textos del quince y del dieciséis y textos actuales, que evocaban la presencia de la venerable Assumpta Brotons con sus quevedos y su media sonrisa, que al principio tomé por gesto de simpatía y después resultó ser, si no estoy equivocado, un rictus facial. Y la paciencia que tenía. Y la que tenía que tener yo.

—Achat.

—Aixat.

—Achat.

—Ahat.

—Muy, muy bien. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Schtajm.

—Xtaim.

—Muy, muy bien. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Schalosch.

—Chaloich.

—Muy, muy bien. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Arba.

—Arba.

—Chamesch.

—Hameich.

—¡Sí, señor, muy, muy bien!

Me bailaban las letras delante de los ojos porque me daba igual todo, porque todo mi deseo queda sólo a tu lado. Me metía en la cama después de las doce y a las seis de la mañana todavía estaba con los ojos abiertos. Me amodorraba unos minutos y, antes de que llegase Lola Xica, ya estaba levantado, afeitado, duchado y a punto para volver al hospital, si no tenía clase, a presenciar algún milagro por el amor de Dios.

Hasta que una noche me avergoncé tanto de mí mismo que me propuse ponerme de verdad en el lugar de Sara, a ver si lograba entenderla del todo. Y al día siguiente, Adrià se hizo el encontradizo con Dora, que no estaba tan asustada como yo, aunque se mostraba muy reticente porque no era un caso de enfermedad irreversible que tarde o temprano acabaría con la muerte; que podía pasar muchos años en esa situación; que…, y tuve que oírme defendiendo los argumentos de Sara, que se resumían en hazlo por amor a mí. Solo otra vez. Solo ante tu petición, ante tu súplica. Pero incapaz. Y una noche le dije que sí, que lo haría y ella me sonrió y me dijo si pudiera moverme me levantaría, y te daría un beso de tornillo. Y yo lo había dicho sabiendo que mentía, porque no tenía la menor intención de hacerlo. Al final, Sara, siempre te mentía; en eso y en las gestiones para devolver el violín, que, según mi versión, seguían adelante; estaba a punto de entrar en contacto con… Era patético el edificio de mentiras que construía sólo para ganar tiempo. ¿Ganar tiempo a quién? Ganar tiempo al miedo, pensar que cada día que pasa es un día más, cosas así. Se lo conté a Dalmau y me aconsejó que no involucrase a la doctora Real.

—Muchacho, me lo dices como si fuera un delito.

—Es que es un delito, aquí y según la legislación vigente.

—Entonces ¿por qué me ayudas?

—Porque una cosa es la ley y otra los casos que la ley no se atreve a legislar.

—O sea que estás de acuerdo conmigo.

—¿Qué quieres? ¿Que te firme una declaración?

—No. Perdona. Yo… En fin.

Me agarró, me sentó y, aunque estábamos en su consulta y no había nadie más en la casa, bajó el tono de voz y, con el modigliani amarillo como testigo mudo y escandalizado, me impartió un cursillo acelerado de muerte asistida por causa de amor. Y yo sabía que jamás recurriría a esos conocimientos. Pasé un par de semanas con una serenidad relativa, hasta que un día Sara me miró a los ojos y me dijo ¿cuándo, Adrià? Abrí la boca. Miré el puto techo y la miré sin saber qué decir. Dije he hablado con…, estoy…, ¿eh?

Al día siguiente te moriste sola. Siempre creeré que te fuiste sola porque comprendiste que yo era un cobarde y tenías muchas ganas de morirte, y me faltó valor para acompañarte en el último tramo y hacértelo más leve. Según la versión de la doctora Real, a pesar del tratamiento que te administraban, se repitió la hemorragia que había provocado el accidente y, aunque estabas en el hospital, no hubo nada que hacer. Te fuiste con la exposición de retratos todavía abierta. Y Max, que vino llorando, con Giorgio, me dijo qué lástima, no ha podido saber que le preparábamos el libro; teníamos que habérselo dicho.

Todo fue así, Sara. Como no fui capaz de ayudarte, tuviste que irte sola, deprisa, a escondidas, sin mirar atrás, sin poder despedirte. ¿Entiendes mi desazón?

57

—¿Adrià? —Sólo con eso supe que Max estaba alterado.

—Sí, dime.

—He recibido el fax.

—¿Está bien?

—No. En absoluto.

—Es que esto del fax no… Seguro que he tocado un botón que no…

—Adrià.

—Sí.

—El fax lo he recibido perfectamente. Has apretado el botón que debías apretar y me ha llegado.

—Muy bien. Ningún problema, ¿no?

—¿Ningún problema? ¿Sabes lo que me has enviado? —El tono parecía el de la Trullols cuando me decía haz arpegios en sol mayor y yo los comenzaba en re mayor.

—Coño, la nota biográfica de Sara.

—Sí. ¿Con qué nota has empezado? —insistió la Trullols.

—Oye, ¿qué te pasa?

—¿Dónde quieres que la ponga? —ahora ya era Max.

—Al final del libro de retratos. ¿Contento?

—No. Te leo lo que me has enviado.

No era una pregunta, sino un aviso. E inmediatamente le oí decir Sara Voltes-Epstein nació en París en mil novecientos cincuenta y de muy jovencita conoció a un estúpido que se enamoró de ella y, sin mala intención, no supo hacerla feliz del todo.

—Oye, yo…

—¿Sigo?

—No hace falta, oye.

Pero Max me lo leyó todo. Estaba muy enfadado y cuando terminó se hizo un silencio rarísimo. Tragué saliva y dije Max, ¿te lo he mandado yo?

Más silencio. Miré los papeles de encima de la mesa. Los exámenes de los de estética estaban sin corregir. Seguro que Lola Xica ha estado revolviendo. Y más papeles y. Espera. Cogí un papel, el que había enviado por fax, escrito con la Olivetti. Le eché un vistazo rápido.

—Ostras. —Silencio—: ¿Seguro que te he mandado esto?

—Sí.

—Perdona.

La voz de Max sonó más calmada:

—Si no te importa, redacto yo la semblanza biográfica. La información de las exposiciones la tengo a mano.

—Gracias, oye.

—No, y disculpa que… los nervios… Es que los de la imprenta necesitan el texto ahora mismo, si queremos que salga antes de que se cierre la exposición.

—Si te parece, intento…

—De ninguna manera: me encargo yo.

—Gracias, Max. Recuerdos a Giorgio.

—De tu parte. Por cierto: ¿por qué escribes puta con dos pes?

Colgué. Fue el primer aviso, pero yo todavía no lo sabía. Seguí revolviendo los papeles de la mesa. Sólo encontré ese texto. Lo releí con preocupación. Había escrito Sara Voltes-Epstein nació en París en mil novecientos cincuenta y de muy jovencita conoció a un estúpido que se enamoró de ella y, sin mala intención, no supo hacerla feliz del todo. Después de dolorosos tira y afloja, después de idas y venidas, aceptó vivir con el mentado estúpido unos largos años (demasiado breves) de vida en común, que se han convertido en los más importantes de mi vida. Los esenciales. Sara Voltes-Epstein murió en Barcelona en el otoño del noventa y seis. Mira si es pputa la vida que no pudo llegar a los cincuenta. Sara Voltes-Epstein se dedicó a dibujar la vida para los niños de los demás y muy de vez en cuando exponía, de mala gana, dibujos a lápiz o al carbón, como si sólo le importase lo esencial. Era muy buena dibujante. Era muy buena. Era.

La vida siguió, más triste, pero viva. La aparición del libro de los retratos de Sara Voltes-Epstein me llenó de una melancolía profunda e inacabable. La nota biográfica de Max era breve pero impecable, como todo lo que hace Max. Después, las cosas se precipitaron: Laura no volvió de Uppsala, tal como había amenazado, y yo me encerré a escribir sobre el mal porque me bailaban muchas cosas en la cabeza. Pero Adrià Ardèvol, por más que escribiera con desesperación y llenase folios y más folios, sabía que no avanzaba, que era imposible avanzar porque sólo oía el timbre del teléfono: un re sostenido muy desagradable.

—Rinrinríiin. —Ahora el de la puerta.

—¿Te importa?

Adrià abrió del todo. Esa vez, Bernat fue directo al grano; traía el violín y una bolsa voluminosa.

—¿Habéis vuelto a discutir?

Bernat entró sin responder a lo que era evidente. Estuvo silencioso los cinco primeros días, mientras yo me peleaba con un texto estéril y contra la insistencia del teléfono.

Con su buena fe característica, a partir del sexto día, Bernat dedicó unas cuantas cenas a intentar convencerme de que pusiera un ordenador en mi vida de una vez; me obligó a repasar lo que me había enseñado Llorenç, que se me iba olvidando por falta de uso.

—El concepto lo entiendo, sí, pero para usarlo… tendría que ponerme a usarlo y no tengo tiempo, la verdad.

—Lo que no tienes es remedio.

—¿Cómo quieres que me ponga con eso si todavía no he asumido la máquina de escribir?

—Pero la usas constantemente.

—Porque no tengo un secretario que me lo pase todo a limpio.

—No sabes cuánto tiempo te ahorrarías.

—Soy hijo del códice, no del volumen ni del rollo.

—No te entiendo.

—Que soy hijo del códice y no del volumen.

—Sigo sin entender. Y lo único que pretendo con el ordenador es que ahorres tiempo.

Ni Bernat me convenció ni fui yo capaz de hablarle de Llorenç ni de recomendarle que no ejerciese de padre al estilo del mío conmigo. Hasta que un día lo vi hacer la maleta; no hacía ni diez días que había pedido refugio en casa. Volvía a la suya porque, según me dijo antes de marcharse, no podía vivir así, aunque no sé exactamente qué significa. Se marchó de mi casa medio reconciliado con Tecla y volví a quedarme solo. Solo para siempre.

No paraba de dar vueltas a la idea en la cabeza, hasta que un buen día llamé a Max y le pregunté si estaría, porque tenía que verlo. Y me fui a Cadaqués dispuesto a todo.

La casa de los Voltes-Epstein es grande, espaciosa, no tremendamente bonita, pero permite disfrutar de la vista de las calas y del azul homérico del Mediterráneo. Es un paraíso en el que entraba por primera vez. Me gustó mucho que Max me abrazase en cuanto puse los pies en la casa. Entendí que era la acogida oficial en la familia, aunque, a buenas horas… Desde la muerte del señor Voltes, la mejor habitación de la casa era el estudio de Max: una biblioteca impresionante, dicen que la más extensa de Europa, sobre el mundo del vino: laderas soleadas, viñas, cepas, pámpanos, enfermedades, racimos, monografías sobre cabernet, tempranillo, chardonnay, riesling, shiraz y compañía; historia, distribución geográfica, crisis históricas, epidemias, la filoxera, nacimiento de variedades, la viña y la latitud y altitud ideales. La niebla y la viña. El vino que viene del frío. La uva pasa. El vino de montaña y de alta montaña. Viñas verdes a la vera del mar. Bodegas, cavas, cubas, maderas de roble de Virginia y de Portugal, sulfitos, años de envejecimiento, humedad, oscuridad, alcornoques, tapones, familias de corcheros, compañías exportadoras de vino, de uva, de corcho, de madera de cuba, biografías de enólogos históricos, de familias de viticultores, libros de fotografías sobre los diferentes colores de los viñedos. Clases de suelo. Denominaciones de origen; denominación de origen controlada, calificada y protegida, con publicaciones de legislación, listas, mapas, límites e historia. Las grandes añadas de la historia. Tierras, comarcas y zonas vitivinícolas. Entrevistas a enólogos y empresarios del

vino. El mundo de los envases del vino. El champán. El cava. El espumoso. El champán. La gastronomía y el vino. Vino blanco, vino tinto, vino rosado, vino joven, vino maduro. Vinos dulces y rancios. Y un complemento dedicado a los licores dulces y secos. Los monasterios y los licores, chartreuse, coñacs y armañacs, brandys, whiskies de todo el mundo, bourbons, calvados, grappa, aguardientes, orujo, anís, vodka; el concepto de destilación. El universo del ron. Las temperaturas. Los termómetros del vino. Los sumilleres que han hecho historia… Al entrar, Adrià puso la misma cara de asombro y admiración que Matthias Alpaerts al entrar en el despacho de su casa.

—Admirable —resumió—. Tú, un sabio del vino, y tu hermana, lo mezclaba con gaseosa y lo bebía en porrón.

—En las familias tiene que haber de todo, pero hay que hacer distinciones: el porrón no es malo per se. La gaseosa, en cambio, sí.

—Te quedas a comer —añadió—. Giorgio es un cocinero excelente.

Nos sentamos, rodeados del mundo del vino y de la pregunta no formulada: qué quieres, de qué quieres hablar, por qué, que Max prefería no hacer. También nos envolvía un silencio mezclado con aire de mar que invitaba a estar sin hacer nada, dejando pasar las horas plácidamente, sin que nadie ni ninguna conversación nos complicase la vida. No era fácil ir al grano.

—¿Qué quieres, Adrià?

Delicado de decir. Porque lo que quería saber Adrià era qué hostias habían contado a Sara, eh, para que huyera de mí de la noche a la mañana sin avisar ni…

Se hizo un silencio que sólo interrumpía parcialmente la tenue brisa salada.

—¿No te lo contó Sara?

—No.

—¿Se lo preguntaste?

—No vuelvas a preguntármelo nunca más, Adrià. Más vale que…

—Pues si ella decía eso, yo…

—Max, mírame a los ojos. Está muerta. ¡Sara está muerta! Y quiero saber qué coño pasó.

—Tal vez ya no te haga falta.

—Sí, me hace falta. Y tus padres y los míos también están muertos. Pero yo tengo derecho a saber de qué se me acusó.

Max se levantó, fue a la ventana, como si de pronto necesitara comprobar un detalle de la marina que se recortaba en la ventana igual que un cuadro. Estuvo allí un rato, absorbiendo los detalles. O pensando, tal vez.

—Es decir, que no sabes nada —concluyó sin volverse hacia mí.

—No sé siquiera qué es lo que tengo que saber o dejar de saber.

Me puse nervioso con tanta reticencia. Hice un esfuerzo por calmarme. Y quise ser más preciso:

—Lo único que Sara me dijo, cuando la recuperé en París, fue que yo le había escrito una carta diciéndole que era una judía asquerosa y que se guardase donde le cupiera la mierda de su familia, que parecía que se hubiera tragado un sable y no lo hubiera cagado.

—Caray. Eso no lo sabía.

—Pues eso me dijo ella, más o menos. ¡Pero yo no lo escribí!

Max hizo un gesto indeterminado y salió del estudio. Al cabo de un rato volvió con una botella de vino blanco fresco y dos copas.

—A ver qué te parece.

Adrià tuvo que contener la inquietud, probar el saint émilion y esforzarse en identificar los sabores que Max le iba diciendo; así, a breves sorbitos, vaciaron lentamente la primera copa hablando de aromas, no de lo que las madres habían contado a Sara.

—Max.

—Ya lo sé.

Se sirvió media copa, pero no se la tomó como enólogo, sino como bebedor. La apuró, chasqueó la lengua, dijo sírvete y empezó a decir a Fèlix Ardèvol le llamó la atención el aspecto de su cliente y te lo cuento, querida, porque, por lo que me dijo Max, sólo lo sabías por encima. Tienes derecho a saber los detalles: es mi penitencia. Por eso te digo que a Fèlix Ardèvol le llamó la atención el aspecto de su cliente, un hombre tan escuálido que, con el sombrero puesto, parecía un paraguas abierto en medio del jardín romántico del Ateneu.

—¿Señor Lorenzo?

—Sí —dijo Fèlix Ardèvol—. Usted debe de ser Abelardo.

El hombre se sentó en silencio. Se quitó el sombrero y lo posó delicadamente encima de la mesa. Pasó un mirlo piando entre los dos y se fue a un rincón de vegetación más frondosa. Con voz grave y en un castellano muy impostado, el hombre escuálido dijo recibirá usted hoy mismo y aquí mismo el envío de mi cliente, media hora después de que me marche yo.

—Muy bien. Tengo tiempo.

—¿Cuándo se va?

—Mañana por la mañana.

Al día siguiente, Fèlix Ardèvol cogió un avión, como hacía tan a menudo. Una vez en Lyon, alquiló un stromberg, como hacía tan a menudo, y en pocas horas se plantó en Ginebra. En el Hotel du Lac le esperaba el mismo hombre escuálido con voz de bajo búlgaro, que lo invitó a subir a una habitación. Ardèvol le entregó el paquete y el hombre, después de dejar el sombrero con delicadeza en una silla, con parsimonia, desenvolvió el paquete y desprecintó el sello de seguridad. Lentamente contó los cinco fajos de billetes, operación que le llevó diez minutos largos. Iba tomando nota en un papel y haciendo cálculos y registraba los resultados meticulosamente en una libretita. Anotaba incluso el número de serie de los billetes.

—Tanta confianza da asco —masculló, impaciente, Ardèvol. El otro hombre no se dignó responder hasta terminar la tarea.

—¿Qué decía? —preguntó mientras metía los billetes en una maletita; luego guardó la libreta, rasgó el papel de las anotaciones, reunió los trocitos y se los metió en el bolsillo.

—Que tanta confianza da asco.

—Como guste. —Se levantó, puso a su alcance un paquete que había sacado de la maleta y, empujándolo suavemente, se lo pasó a Ardèvol.

—Esto es para usted.

—¿Ahora tengo que contar yo?

El hombre sonrió cadavéricamente, rescató el paraguas de la silla, se lo puso por sombrero y dijo si quiere descansar, tiene pagada la habitación hasta mañana. Y se marchó sin volverse ni despedirse. Fèlix Ardèvol contó con cuidado los billetes y se quedó satisfecho con la vida.

Repitió la operación con ligeras variantes y pronto también con nuevos intermediarios y paquetes que iban aumentando de tamaño. E incrementó las ganancias. Además, aprovechó los viajes para escudriñar en rincones y husmear en estantes de bibliotecas, archivos y almacenes. Y un día, el hombre escuálido que decía llamarse Abelardo, tenía voz de trueno y hablaba un castellano impostado, como si le gustase escucharse, cometió un error. En vez de meterse en el bolsillo los trocitos del papel en el que había anotado los cálculos, los dejó en la mesa de la habitación del Hotel du Lac. Por la noche, tras recomponer pacientemente el rompecabezas encima de un cristal, Fèlix Ardèvol pudo leer las palabras que había en la otra cara del papel. Las dos palabras: Anselmo Taboada. Y unos garabatos indescifrables. Anselmo Taboada. Anselmo Taboada.

Fèlix Ardèvol tardó dos meses en atribuir una cara a ese nombre. Y un martes lluvioso se presentó en Capitanía y esperó pacientemente a que lo recibieran. Al cabo de muchísimo tiempo, después de ver pasar por delante de él a militares de todas las graduaciones y de haber oído fragmentos de conversaciones raras, le dijeron que pasara a un despacho el doble de espacioso que el suyo, pero sin libros. Del otro lado de una mesa, la cara del teniente coronel Anselmo Taboada Izquierdo con cierta expresión de curiosidad. Viva Franco. Viva. Sin mayores prolegómenos, iniciaron una conversación instructiva y provechosa.

—Según mis cálculos, coronel, ésta es la cantidad que le he enviado a Suiza —dijo Fèlix, y le acercó un papelito empujándolo con un dedo por encima de la mesa, como había visto hacer con el sobre de su dinero al hombre supuestamente llamado Abelardo.

—No sé a qué se refiere.

—Soy Lorenzo.

—Se equivoca. —Se levantó, nervioso.

—No me equivoco. —Ardèvol, sentado, tranquilo—: Precisamente he entrado en Capitanía para saludarlo porque me pilla de paso, puesto que voy a ver a mi gran amigo, el Gobernador Civil de Barcelona. Gran amigo mío y también del Capitán General, cuyo despacho está aquí al lado.

—¿Usted es amigo de don Wenceslao?

—Íntimo.

Mientras el teniente coronel volvía a sentarse, dubitativo, Ardèvol dejó en la mesa una tarjeta personal del Gobernador Civil y dijo telefonéelo y él mismo lo pondrá al día.

—No hace falta. Cuéntemelo usted.

No hacían falta muchas explicaciones, querida, porque mi padre tenía una habilidad prodigiosa para liar a la gente en su telaraña:

—¡Oh! —mueca aduladora de Fèlix Ardèvol mientras lo maldecía por dentro. El Gobernador Civil recogió del suelo los tres trozos en que se había roto la pieza de terracota.

—¿Es valiosa? —dijo.

—Vale una millonada, Excelencia.

Fèlix Ardèvol hizo un esfuerzo por disimular la irritación delante de ese manazas. Wenceslao González Oliveros dejó los tres fragmentos encima de la mesa y en su castellano florido dijo, con una insólita voz de torero emasculado, lo llevaré a arreglar, que lo peguen con un pegamento bueno, como hemos hecho con la España herida y deshonrada por los rebeldes.

—¡Ni hablar! —se le escapó a Ardèvol con demasiada pasión—. Lo restauro yo y en dos días tiene usted el regalo aquí, en su despacho.

Wenceslao González Oliveros le puso una mano en el hombro y anunció querido Ardèvol, este ídolo pagano es símbolo de la España herida por el comunismo, el catalanismo, el judaísmo y la masonería, que nos empujaron a una guerra necesaria contra el mal.

Ardèvol adoptó una actitud de reflexión profunda que agradó al Gobernador Civil. Éste, temerariamente, cogió el trozo más pequeño, un brazo desgajado de la figura, y se lo enseñó a su discípulo diciendo también había dos Cataluñas: una falsa, fraudulenta, cínicamente posibilista…

—He venido a pedirle un favor muy concreto.

—… imbuida de materialismo y, por tanto, escéptica en los ámbitos religioso y ético, y fundamentalmente apátrida.

—En pago a los servicios que voy a prestarle. Se trata de una cosa fácil para usted: permiso para disfrutar de libertad de movimientos.

—Otra Cataluña surge, amable y admirable, sana, vital, segura de sí misma, exquisitamente sensible como esta figurilla.

—Es una terracota púnica, carísima, comprada con mis ahorros a un médico judío que necesitaba dinero con urgencia.

—Pérfida raza judía, nos enseña la Biblia.

—No, Excelencia: nos lo dice la Iglesia católica. La Biblia fue escrita por judíos.

—Buena puntualización, Ardèvol. Veo que es un hombre cultivado, como yo. Pero eso no resta perfidia a los judíos.

—Ni mucho menos, Excelencia.

—Y no vuelva a discutirme nada —con el dedo levantado, por si acaso.

—No, Excelencia. —Señalando los tres trozos de terracota—: Estatuilla púnica, valiosísima, carísima, única, antiquísima: cartagineses y romanos.

—Sí. Una Cataluña dotada de inteligencia, abundante en castas nobles y distinguidas…

—Y le aseguro que quedará como nueva. Aquí donde la ve, tiene más de dos mil años de antigüedad. Es carísima.

—… fecunda en iniciativas, selecta en inclinaciones caballerescas y partícipe en emoción, acción e intuición…

—Sólo suplico un pasaporte sin trabas, Excelencia.

—… de los destinos últimos de España, la madre que nos ampara a todos los pueblos. Una Cataluña que sabe usar su entrañable dialecto sólo en el seno del hogar, con moderación, prudencia e íntimo decoro, para no ofender a nadie.

—Entrar y salir sin trabas del gran país que es España; aunque en Europa haya guerra; precisamente porque en Europa hay guerra, puedo dedicarme a pequeñas operaciones de compraventa.

—¿Como el buitre en busca de carroña?

—Sí, Excelencia, y le agradeceré con inmensa gratitud, en forma de objetos y piezas aún más valiosas que esta terracota púnica, que me otorgue dicho documento.

—Una Cataluña espiritual, dinámica y emprendedora de la que tanto tiene que aprender el resto de España.

—Yo sólo soy un comerciante, pero puedo repartir alegrías. Sí, exacto, sin restricciones geográficas, como los diplomáticos. No, no temo el peligro: siempre sé a qué puerta llamar.

—Desde la misma proa —podríamos decir— del gran bajel que avizora los nuevos horizontes.

—Gracias, Excelencia.

—Con Franco, nuestro amado Caudillo, esos horizontes, antaño enmugrecidos y envilecidos, están, en la actual alba radiante, al alcance de nuestra mano.

—Viva Franco, Excelencia.

—Prefiero metálico a estatuillas, Ardèvol.

—Hecho. Arriba España. —Y al teniente coronel Anselmo Taboada Izquierdo, al cabo de unas semanas, en su despacho sin libros—: ¿Quiere que llame a Su Excelencia el Gobernador Civil?

Vacilación del teniente coronel Anselmo Taboada. Entonces Fèlix Ardèvol le recordó y también me une al Capitán General una gran amistad. ¿Le dice algo ahora el nombre de Lorenzo?

Breve: un segundo como mucho necesitó el teniente coronel para sonreír ampliamente y preguntar ¿ha dicho Lorenzo? Pero ¡siéntese, hombre, siéntese!

—Ya estoy sentado.

Una conversación de un cuarto de hora fue suficiente. Tras perder la sonrisa al final de la negociación, el teniente coronel Anselmo Taboada Izquierdo hubo de claudicar y Fèlix Ardèvol dobló su asignación por las tres operaciones siguientes, más un plus fijo a final de año por valor de

—Concedido —dijo Anselmo Taboada sin dejarle terminar—. Concedido.

—Viva Franco.

—Viva.

—Soy una tumba, teniente coronel.

—Más le vale, por su salud, quiero decir.

Al hombre escuálido del paraguas por sombrero y que decía llamarse Abelardo no volvió a verlo nunca más, seguramente estaría confinado en los calabozos de incompetencia profesional. En cambio, Ardèvol consiguió que los colegas del nuevo amigo, un comandante y un capitán, también de intendencia, además de un juez y tres empresarios, le confiasen sus ahorros para que él los llevase a lugar seguro y de rédito más interesante. Al parecer lo hizo durante cuatro o cinco años, mientras había guerra en Europa, y también después, me dijo Max. Y supo crearse un nutrido grupo de enemigos entre los militares y los políticos franquistas que tenían capacidad de maniobra financiera. Debido tal vez a la manía de la compensación, decidió denunciar a cuatro o cinco profesores universitarios.

Menudo panorama, querida: cobraba a todo el mundo y todo se lo gastaba en material para la tienda y en manuscritos para sí… Por lo visto tenía un sexto sentido para detectar quiénes se morían por venderse y quiénes guardaban tantos secretos y tantos miedos que podía estrangularlos sin temor a represalias. Me dijo Max que tu familia lo sabía con certeza porque un tío vuestro, de los Epstein de Milano, fue una de sus víctimas; las estafas de mi padre lo afectaron hasta llevarlo al suicidio. He ahí la vida y milagros de mi padre, Sara. Mi padre, que era mi padre, Sara. Y, por lo visto, mi madre en la inopia. Al pobre Max le costó mucho contármelo, pero lo hizo así, a chorro, para quitárselo de encima. Y yo también lo he vomitado ahora porque era un secreto del que sólo conocías una parte. Y Max terminó diciendo por eso la muerte de tu padre…

—Sigue, Max.

—Que, según mi familia, cuando fueron a buscar las cosquillas a tu padre por el motivo que fuera, la policía franquista no quiso saber nada.

Guardaron silencio un rato, tomando sorbitos del vino, mirando al vacío, pensando que habría sido mejor no hablar de ese tema.

—Pero yo… —dijo Adrià mucho después.

—Sí, de acuerdo. Tú, nada. Pero él llevó a la ruina a un primo de mis padres y a su familia. A la ruina y a la muerte.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada.

—Ahora comprendo mejor a tu madre. Pero yo quería a Sara.

—Capuletti y Monteschi, Adrià.

—¿Y no puedo reparar el mal en nombre de mi padre?

—Lo que puedes hacer es acabarte el vinito. ¿Qué quieres reparar?

—Tú no me tienes ojeriza.

—El amor que te tenía mi hermana me lo ha puesto fácil.

—Pero ella huyó a París.

—Era una niña. Mis padres la obligaron a ir a París: a los veinte añitos no se tiene capacidad… Le lavaron el cerebro, sencillamente.

Silencio de nuevo… y el mar, el chapoteo de las olas, los graznidos de las gaviotas, la salsedumbre del aire, entraron en la habitación. Mil años después:

—Y cuando discutimos huyó otra vez. Vino aquí, a Cadaqués.

—Y no hacía más que llorar.

—¡Eso no me lo habías dicho!

—Me lo prohibió.

Adrià apuró la copa y pensó que servirían más vino con la comida. Se oyó una campanita que recordaba vagamente la de un paquebote del diecinueve y Max, disciplinado, se levantó.

—Comemos en la terraza. A Giorgio no le gusta que le hagamos esperar cuando la comida está a punto.

—Max. —El hombre se paró con la bandeja de las copas en la mano —: ¿Sara te habló de mí cuando estuvo aquí?

—Me prohibió que te contase ni una palabra.

—De acuerdo.

Max se encaminó a la terraza, pero antes de salir del estudio se volvió y me dijo mi hermana te quería con locura. —Bajó la voz para que Giorgio no los oyese—: Por eso no podía aceptar que no hicieses nada para devolver un violín robado. Fue eso lo que la descolocó. ¿Vamos?

Dios mío, querida mía.

—¿Adrià?

—Qué.

—¿Dónde estás?

Adrià Ardèvol miró al doctor Dalmau y parpadeó. Se fijó en el modigliani lleno de amarillos que había estado todo el tiempo, tanto tiempo, allí, enfrente de él.

—¿Cómo dices? —contestó, un poco desorientado, pensando dónde estaría realmente.

—¿Tienes ausencias?

—¿Yo?

—Has estado un buen rato… fuera de juego.

—Es que estaba pensando —se excusó.

El doctor Dalmau lo miraba con seriedad y Adrià sonrió y dijo sí, siempre he tenido ausencias. Todo el mundo me dice que soy un sabio distraído. —Señalándole, acusador—. Tú también.

El doctor Dalmau esbozó una sonrisa a medias y Adrià redondeó el tópico:

—Sabio, no mucho. Pero distraído, cada día más.

Hablaron de los hijos de Dalmau, el segundo gran tema del médico, subdividido a su vez en el pequeño, Sergi, ningún problema, pero Alícia… Y yo seguía con la sensación de llevar varios meses seguidos en la consulta de mi amigo. Cuando me iba, se me ocurrió sacar de la cartera un ejemplar de *Llull, Vico i Berlin* y se lo firmé. Para Joan Dalmau, que vela por mí desde que aprobó Anatomía Dos. Con profundo agradecimiento.

—Para Joan Dalmau, que vela por mí desde que aprobó Anatomía Dos. Con profundo agradecimiento. Barcelona, tu amigo Adrià. —Lo miró con satisfacción—. Gracias, chico. Sabes que para mí tiene mucho valor.

Sabía que Dalmau no leía mis libros. Los tenía impolutamente ordenados en la estantería alta de la librería del consultorio. A la izquierda del modigliani. Pero no se los regalaba para que los leyera.

—Gracias, Adrià —dijo blandiendo el libro. Y nos levantamos.

—No corre prisa —añadió—, pero me gustaría hacerte una revisión completa.

—¿Ah, sí? Pues si lo llego a saber, no te traigo el libro.

Los dos amigos se despidieron con una carcajada. Por increíble que parezca, la hija adolescente de Dalmau todavía estaba colgada del teléfono diciendo claro es que es un borde total, ¡te lo he dicho mil veces, tía!

Fuera, en la calle, me recibió la húmeda noche de Vallcarca. Pasaban pocos coches y salpicaban con la típica inconsciencia. Si no era capaz de contar mi horror a mis amigos, no tenía remedio. Hace tiempo que te moriste cuando venías a hablar conmigo y todavía no lo he aceptado. Vivo agarrado a la madera podrida de un naufragio; no puedo remar hacia ningún destino. Estoy a merced de cualquier racha de viento pensando en ti, pensando por qué no podía haber sido de otra manera, pensando en las mil oportunidades que perdí de quererte más tiernamente.

Fue ese martes por la noche en Vallcarca, con lluvia fina y sin paraguas, cuando comprendí que todo yo es una exageración. O peor: que todo yo es un error, empezando por la familia en la que nací. Y sé que no puedo delegar en dioses ni en amigos. Pero ahora, gracias a Max, además de saber más detalles sobre mi padre, sé una cosa que me mantiene vivo: que me querías con locura. Mea culpa, Sara. Confiteor.

VII

… usque ad calcem

Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos…[5]

MARGUERITE YOURCENAR

58

En esta casa empieza a haber más muertos de la cuenta, entendió Adrià que mascullaba su padre. Y paseaba por la Creación del Universo sin ver los lomos de los libros. Y en el trabajo, las clases perdieron vivacidad porque todo su anhelo se resumía en sentarse frente al autorretrato de Sara, en el despacho, a contemplar tu misterio, querida mía. O, también en silencio, frente al urgell del comedor, como si quisiera ser testigo de la huida imposible del sol por el lado de Trespui. Y muy de cuando en cuando miraba con desgana el pliego de papeles y algún día lo cogía, suspiraba y escribía unos renglones o releía, escéptico, el trabajo del día o de la semana anterior y le parecía dolorosamente intrascendente. El caso es que no sabía cómo evitarlo. Porque hasta el apetito había huido de él.

—Oiga, Adrià.

—¿Qué?

—Hace dos días que no come nada.

—No se preocupe: no tengo hambre.

—Pues claro que me preocupo.

Caterina entró en el despacho, cogió a Adrià por un brazo y empezó a tirar de él.

—Pero ¿qué hace? —Adrià levantó la voz, desconcertado.

—Por mí como si se pone a aullar. Ahora mismo viene conmigo a la cocina.

—¡Oiga! Pero ¡déjeme, mujer! —indignado, Adrià Ardèvol.

—No. Perdone, pero no. —Más indignada y gritando más que él—: ¿Es que no se ha mirado al espejo?

—Ni falta que hace.

—Venga, siga adelante. —Voz seca y autoritaria.

Él era Haïm Epstein y Lola Xica era el Hauptsturmführer, que se lo llevaba del barracón veintiséis contraviniendo las órdenes del Sturmbannführer Barber porque unos compañeros habían inventado un juego divertidísimo de cazar conejos. La Hauptsturmführer Katharine lo llevó a la cocina y, en lugar de media docena de mujeres húngaras asustadas, encontró una sopa de arroz y fideos y un segundo plato de filete con un tomate partido por la mitad. La Hauptsturmführer Katharine lo obligó a sentarse en la mesita y Haïm Ardèvol tuvo apetito por primera vez en muchos días y se puso a comer, cabizbajo, como temeroso de la recriminación de la Hauptsturmführer.

—Buenísima —por la sopa.

—¿Quiere más?

—Sí. Gracias.

Durante la cena, Katharine de pie, oculta la mirada por la visera de la gorra, golpeando amenazadoramente la caña de la lustrosa bota con la vara, vigiló al interno para que no se escapase de la cocina. Incluso consiguió que tomase un yogur de postre. Cuando acabó, el interno dijo gracias Lola Xica, se levantó y salió de la cocina.

—Caterina.

—Caterina. ¿No tendría que estar en su casa a estas horas?

—Sí, pero no quiero venir mañana y encontrármelo en un rincón, tieso como un bacalao salado.

—Exagerada.

—No, señor. Como un bacalao salado: más muerto que el mar Muerto.

Adrià volvió al despacho porque pensaba que su problema eran unos papeles escritos en los que no creía. Demasiadas cosas para arrastrar él solo. Y los días iban pasando. Los meses también; lentos, inacabables. Hasta que un día oyó un escupitajo en el suelo y dije qué quieres, Carson.

—A lo mejor ya es suficiente, ¿no?

—Nunca es suficiente si estás…

—¿Cómo estás?

—Yo qué sé.

—Jau.

—Sí, dime.

—Si me dejáis meter baza…

—Habla, vamos, Águila Negra.

—El viento de la amplia pradera sería bueno para tu espíritu enfermo.

—Sí. He pensado en hacer un viaje, pero no sé dónde ir ni qué hacer.

—Basta con que aceptes las invitaciones: a Oxford, a Rennes, a Tübingen y a no sé cuántos sitios más.

—A Konstanz.

—Eso es.

—Tenéis razón.

—La caza será fructífera si el noble guerrero ofrece su valeroso pecho a las nuevas gestas de caza y guerra.

—Te he entendido, gracias. Gracias a los dos.

Hice caso a mis consejeros y fui a airearme a las praderas de Europa en busca de nobles gestas. La inquietud de escribir volvió vacilante, con timidez, gracias tal vez a los viajes y a los ánimos que le infundían quienes le preguntaban cuándo vuelves a publicar, Ardèvol.

Y al final, un montón de folios escritos por una cara, que no lo convencían nada. He perdido toda la fuerza. No sé dónde está el mal y no sé explicar mi perplejidad agnóstica. Me faltan herramientas de filósofo para seguir el itinerario. Me empecino en buscar el lugar donde reside el mal y sé que no es en el interior de una persona. ¿En el interior de muchas personas? ¿El mal es fruto de una voluntad humana perversa? O no: proviene del Diablo, lo inocula en las personas que considera oportunas, como parece que pensaba el pobre Matthias Alpaerts, el de los ojos lacrimosos. El mal es que el Diablo no existe. Y Dios, ¿dónde queda? El Dios severo de Abraham, el Dios inexplicable de Jesús, Alá el cruel y el amoroso… Que se lo pregunten a las víctimas de cualquier acto perverso. Si existiera Dios, su frialdad ante las consecuencias del mal sería escandalosa. ¿Qué dicen a eso los teólogos? Por más poesía que le echen, al final, en el fondo, terminan tropezando con su límite: mal absoluto, mal relativo, mal físico, mal moral, mal de culpa, mal de pena… Dios mío. Sería de risa, si no fuera porque con el mal aparece el dolor. Y las catástrofes naturales, ¿también son mal? ¿Son otro mal? Y el dolor que provocan ¿es otro dolor?

—Jau.

—Qué.

—Me he perdido.

—Yo también, Águila Negra —murmuró Adrià, ante el montón de folios manuscritos con su letra ilegible pero pulcra. Se levantó y dio una vuelta por el despacho, para desentumecer las ideas. ¿Sabes lo que me pasaba, Sara? Que en lugar de razonar, gritaba. Que en lugar de pensar, lloraba o reía y así no se puede avanzar en el estudio. Y entonces pensé siete, dos, ocho, cero, seis, cinco.

Abrí la caja fuerte de mi padre, que hacía años que no abría. Siete, dos, ocho, cero, seis, cinco. Estaba intrigado, pues no recordaba lo que guardaba allí. Encontré un par de sobres gruesos con documentación diversa y seguro que totalmente inútil de mi padre y de mi madre: recibos de hacía mil años, notas apresuradas que habían perdido su urgencia después de cincuenta años. Y algunos títulos de acciones y de cosas parecidas que puse aparte para que las revisara el gestor, las valorase y me aconsejara qué hacer. Y en una carpeta azul, solo y triste, el manuscrito en arameo que me había escrito mi padre hacía muchos años. Un mensaje con efectos retardados. Si mi padre pudiera saber que al final me había desprendido del Vial, seguramente me daría cuatro voces y un buen bofetón. En la misma carpeta había otro amuleto también solitario: la carta que me escribió Isaiah Berlin por mediación de las maniobras de Bernat. Gracias, Bernat, amigo, tú, que, si nada se tuerce, leerás estas páginas antes que nadie y podrás eliminar esta expansión final.

Y quedaba otra cosa más en un rincón. Un sobre de Kodak. Lo abrí con dedos curiosos: las fotos que hice a mi storioni el día en que se lo devolví a Matthias Alpaerts. Ni siquiera recordaba que, después de revelarlas, lo escondí todo en la caja fuerte. Solo tenía presente, y todavía hoy pienso en ello, la incertidumbre, el no saber si había cometido la mayor barbaridad del mundo, si me había dejado embaucar con una crónica excesivamente dramática para ser falsa. Repasé las fotos de una en una: eran de las que llevaban incorporada la fecha en la que se habían hecho. Las repasé: la tapa, el fondo, los aros, la preciosa voluta, las efes; y la que hice acercándome al máximo a la abertura de la efe: casi no se veía la leyenda Laurentius Storioni Cremonensis me fecit del interior. Uf. Pasé la foto y me

quedé boquiabierto: la siguiente era una que te habías hecho en el espejo de tu armario. Como un autorretrato, previo tal vez al trabajo de dibujarte. La fecha, dos años antes que las anteriores. ¿Se te olvidó allí? ¿O tal vez empezaste el carrete y se te olvidó que estaba en la cámara, esperando a terminarlo para llevarlo a revelar? Y encontré un par de fotos más, hechas por ti. A Adrià se le empañó la visión y tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse. Era él, trabajando, con la cabeza inclinada sobre la mesa, escribiendo. Una foto hecha a escondidas, cuando no nos hablábamos. Estabas irritada e indignada conmigo, pero me sacaste una foto a escondidas. Ahora me doy cuenta de que no he reflexionado lo suficiente: la discusión debió de causarte más dolor que a mí, porque la iniciaste tú. ¿Y si el ataque vascular te sobrevino por soportar tanta presión?

La tercera foto era de una lámina puesta en el caballete de su estudio. Una lámina que nunca he visto y de la cual Sara nunca me habló. Una lámina salvaguardada en una foto, porque probablemente la había roto en mil pedazos. Pobrecita. Me costó contener las lágrimas y pensé que al día siguiente, si encontraba los clichés, encargaría una ampliación. La examiné con la lupa de mesa. Eran seis dibujos de aproximación: en busca de un rostro. Seis dibujos gradualmente más completos de medio perfil de la cara de un niño de pecho. No sabría decir si eran con modelo o un ejercicio de recuperación de la cara de Claudine; lo que ella recordaba. O si tuvo la sangre fría de dibujar a su hija muerta. Esa fotografía había estado todo el tiempo en la caja fuerte, con las demás. La fotografía de tu dolor. Porque todavía fuiste capaz de dibujarlo después de haberlo vivido; quizá no sabías que eso es irresistible. Fíjate en Celan. Fíjate en Primo Levi. Escribir, igual que dibujar, es revivir. Y para corroborarlo con un aplauso, sonó el maldito teléfono y me puse a temblar como si estuviera peor de lo que estaba. Me impuse, por orden de Dalmau, dicho sea de paso, la pesada labor de descolgar el aparato:

—Diga.

—Hola, Adrià. Soy Max.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Bien. —Cinco segundos—: ¿Y tú?

—Bien. Oye, ¿quieres venir a una cata en el Priorato?

—Pues…

—Es que me he animado a escribir un libro… Con muchas fotos, ¿eh?, no como los tuyos.

—¿Sobre qué?

—Sobre el proceso de la cata…

—Tiene que ser difícil describir sensaciones tan frágiles.

—Los poetas lo hacen.

Ahora le pregunto a ver qué sabe él de Claudine y de esa tristeza de Sara.

—Max Voltes-Epstein, el poeta del vino.

—¿Te animas?

—Oye, quería preguntarte una cosa que… —Se pasó la mano por la cabeza pelada y se contuvo a tiempo—. Bien, de acuerdo, ¿cuándo es?

—Este fin de semana, en el Centre Quim Soler.

—¿Vienes a buscarme?

—Hecho.

Max colgó. No tenía ningún derecho a hurgar en la vida de un hombre bueno como Max. Y tal vez no supiera nada, porque los secretos de Sara podían serlo para todo el mundo. Qué pena: podía haberte ayudado a sobrellevar tu dolor. Eso me suena un poco pretencioso. O a sobrellevar una parte. Me habría gustado ser tu refugio y no pude ni supe serlo lo suficiente. En todo caso, sólo te evité cuatro lloviznas dispersas, pero ninguna tormenta.

Pregunté a Dalmau por la velocidad del proceso, por la prisa que teníamos, por la urgencia, ¿me entiendes? Frunció los labios para ayudarse a pensar.

—Cada caso es diferente.

—Comprenderás que a mí me interesa el mío.

—Hay que hacer pruebas. Lo que tenemos ahora son indicios.

—¿De verdad es irreversible?

—Hasta donde ha llegado la medicina hoy día, sí.

—Putada.

—Sí.

En silencio, el doctor Dalmau miró a su amigo, sentado en el lado opuesto de la mesa de la consulta sin querer hundir la cabeza entre los hombros, pensando a toda prisa, negándose a fijar la vista en los amarillos de Modigliani.

—Todavía estoy activo. Leo bien.

—Tú mismo reconoces que tienes lagunas inexplicables. Que tienes momentos en blanco. Que…

—Sí, sí, sí… Pero eso es normal en la vejez.

—Sesenta y dos años no es la vejez hoy día. Has tenido muchos avisos. Y muchos te han pasado por alto.

—Digamos que éste es el tercero. —Silencio—. ¿Puedes darme una fecha?

—No; no hay fecha. Se trata de un proceso que va a su propio ritmo y es diferente en cada individuo. Te vamos a hacer un seguimiento, pero debes… —Cerró la boca.

—¿Debo qué?

—Tomar tus disposiciones.

—¿A qué te refieres?

—Dejar… arreglados tus asuntos.

—¿Te refieres al testamento?

—Bueno… No sé cómo… No tienes a nadie, ¿no?

—Hombre, tengo amigos.

—No tienes herederos, nadie, Adrià. Tienes que dejarlo todo arreglado.

—Qué bárbaro, tío.

—Sí. Y necesitas contratar a alguien para estar solo el menor tiempo posible.

—Bueno, eso cuando llegue el momento.

—De acuerdo. Pero ven cada quince días.

—Hecho —dije, imitando a Max.

Fue entonces cuando tomé la decisión sobre lo que había comenzado a gestarse la noche del aguacero en Vallcarca. Cogí los tres centenares de folios con los que me había quemado las cejas intentando hablar del mal, que ya sabía que es inefable y misterioso como las creencias, y en el dorso en blanco, a modo de palimpsesto, empecé la carta que creo que voy a terminar ahora al llegar al hic et nunc. A pesar de los esfuerzos de Llorenç, no he usado el ordenador, que yace sumisamente en un rincón de la mesa de escribir. Estos papeles son la realidad de una escritura caótica hecha de muchas lágrimas mezcladas con un poco de tinta.

Todos estos meses he escrito frenéticamente, mirando tu autorretrato y los dos paisajes que me regalaste: tu visión subjetiva de mi Arcadia y el pequeño ábside lobulado de Sant Pere del Burgal. Los he observado de manera obsesiva y conozco todos los detalles, todos los trazos y todas las sombras que los conforman. Y todos los relatos que me han generado. He escrito sin desfallecer delante de éste a modo de altar, erigido con tus dibujos, como si participase en una carrera entre la memoria y el olvido, que será mi primera muerte. He escrito sin pensar, arrojando sobre el papel todo lo narrable y confiando en que después, alguien con vocación de paleontólogo, Bernat si lo acepta, lo descifre para poder entregárselo a no sé quién. Puede que esto sea mi testamento. Muy desordenado, pero testamento.

Comencé con estas palabras: «Hasta anoche, andando por las calles mojadas de Vallcarca, no supe que nacer en semejante familia había sido un error imperdonable». Y una vez escrito, entendí que tenía que empezar por el principio. En el principio siempre ha sido el verbo. Por eso ahora he vuelto al principio y he releído «Hasta anoche, andando por las calles mojadas de Vallcarca, no supe que nacer en semejante familia había sido un error imperdonable». Hace mucho tiempo que viví todas esas cosas; y desde que lo escribí se ha colado mucho tiempo. Ahora es distinto. Ahora es el día siguiente.

Después de muchas gestiones en notarías y despachos de abogados y después de informar tres o cuatro veces a los primos de Tona, que no sabían cómo agradecerle el interés y las molestias que se tomaba por Adrià, Bernat se fue a ver a la tal Laura Baylina a Uppsala.

—Qué lástima, pobre Adrià.

—Sí.

—Perdona, pero me entran ganas de llorar.

—Llora, mujer.

—No. ¿Cuál es el encargo de Adrià?

Mientras ella soplaba un té calentísimo, Bernat la informó de los detalles del testamento que la afectaban.

¿Un urgell? ¿El del comedor?

—¿Ah, lo conoces?

—Sí. Estuve en su casa algunas veces.

Por tanto es ella. Cuántas cosas nos escondías, Adrià. Hasta hoy no la he conocido de verdad. Cuántas cosas nos escondemos los amigos, pensó Bernat.

Laura Baylina era guapa, rubia, baja, simpática y dijo que quería pensar si lo aceptaba o no. Bernat le dijo que era un regalo, que no había trampa.

—Impuestos. No sé si podré pagar los impuestos por recibir ese cuadro. O como se llame la cosa esa de sucesiones. Aquí, en Suecia, tendría que pedir un préstamo, heredar, pagar los impuestos y vender el cuadro para cubrir el préstamo.

Dejó a Baylina con el té todavía humeante, dando vueltas a la decisión, y volvió a Barcelona a tiempo para pedir permiso a gerencia para faltar a dos ensayos por asuntos familiares graves, soportó impertérrito la cara de perro del gerente y cogió un avión hasta Bruselas, el segundo en dos meses.

Era una residencia de la tercera edad, en Amberes. En recepción, sonrió a una mujer gruesa que usaba a la vez el teléfono y el ordenador, esperó a que terminase la llamada y cuando colgó, él exageró la sonrisa, dijo inglés o francés, la recepcionista contestó inglés y él preguntó por el señor Matthias Alpaerts. La mujer lo miró intrigada. Mejor dicho, lo observó. O esa sensación tuvo él: la de ser atentamente observado.

—¿Por quién dice que pregunta?

—Por el señor Matthias Alpaerts.

La mujer pensó unos momentos. Entonces consultó el ordenador. Estuvo un rato mirándolo. Cogió el teléfono dos veces para pasar llamadas y siguió mirando el ordenador. Hasta que dijo, ¡claro, Alpaerts! Tocó otra tecla, miró la pantalla y miró a Bernat:

—El señor Alpaerts murió en 1997.

—Vaya… Yo…

Estaba a punto de irse, pero se le ocurrió una idea loca.

—¿Podría ver su ficha?

—Usted no es familiar, ¿no?

—No, señora.

—Puedo saber el motivo…

—Quería comprarle un violín.

—¡Ya sé quién es usted! —exclamó, como si se quitara un gran peso de encima.

—¿Yo?

—Segundo violín del cuarteto Antígona.

Por unos instantes, Bernat Plensa soñó con la gloria. Sonrió, halagado.

—Qué memoria —dijo por decir algo.

—Soy muy buena fisonomista —respondió—. Además, un hombre tan alto… —Tímidamente—: Pero no recuerdo su nombre.

—Bernat Plensa.

—Bernat Plensa… —Le tendió la mano—: Liliana Moor. Los vi en Gante hace dos meses. Mendelssohn, Schubert, Shostakovich.

—Pues, en fin… Yo…

—Me gusta sentarme en primera fila, cerca de los músicos.

—¿Usted es profesional de la música?

—No. Sólo soy melómana. ¿Por qué quiere información de Alpaerts?

—Por el violín… —Dudó unos segundos—. Me gustaría verle la cara…, la foto de la ficha. —Sonrió—. Por favor…, Liliana.

La señorita Moor lo pensó unos segundos y en honor al cuarteto Antígona *volvió la pantalla hacia Bernat de manera que pudiera verla. En lugar del hombre delgado de ojos lacrimosos, abundante pelo blanco, orejas de elefante y presencia eléctrica que vio durante treinta silenciosos segundos en el despacho de Adrià, cuando fue a dejar el ordenador, en la pantalla plana apareció un hombre triste, pero grueso y calvo, con los ojos redondos, de color azabache, como el pelo de una de sus hijas, no se acordaba de cuál. La madre que los parió.*

La recepcionista volvió a poner la pantalla en su posición y Bernat empezó a sudar de angustia. Por si acaso repitió es que quería que me vendiese su violín, ¿sabe?

—El señor Alpaerts nunca tuvo violín.

—¿Cuántos años estuvo aquí?

—Cinco o seis. —Miró la pantalla y se corrigió—: Siete.

—¿Está segura de que el hombre de la foto era Matthias Alpaerts?

—Segurísima. Hace veinte años que trabajo aquí. —Satisfecha—: Las caras las recuerdo todas. Los nombres… es otra cosa.

—Tenía algún familiar que…

—El señor Alpaerts estaba solo.

—Me refiero a algún familiar lejano que…

—Estaba solo. Su familia murió en la guerra, los mataron a todos. Eran judíos. Sólo sobrevivió él.

—¿Ningún familiar?

—Siempre contaba lo que le había pasado, muy dramático, pobre hombre. Al final se volvió loco, creo. No paraba de contar siempre lo mismo, lo roía…

—La culpa.

—Sí. Siempre. A todo el mundo. Aquellos sucesos eran su razón de vivir. Vivir para contar que tenía dos hijas…

—Tres.

—¿Tres? Pues tres hijas, que se llamaban tal, tal y cual, y que…

—Amelietje la del pelo de color azabache, Truu la del pelo del color de la madera del bosque, y Juliet, la pequeña, rubia como el sol.

—¿Es que le conoció? —Con los ojos como platos, asombrada.

—En cierto modo. ¿Hay mucha gente que conozca esa historia?

—Muchos de los clientes de la residencia. Los que todavía viven, claro. Esto sucedió hace unos cuantos años.

—Claro.

—El que lo imitaba muy bien era Bob.

—¿Quién es?

—Fue compañero de habitación de Alpaerts.

—¿Vive?

—Ya lo creo. Nos trae de cabeza. —Bajó el tono de voz, totalmente entregada al segundo violín, alto como una torre, del cuarteto Antígona—: Organiza partidas clandestinas de dominó entre los residentes.

—Podría…

—Sí. Estoy saltándome todas las normas…

—En nombre de la música.

—¡Exacto! En nombre de la música.

En la sala de espera había cinco revistas en neerlandés y una en francés. Y una reproducción barata de un cuadro de Vermeer; *una mujer junto a una ventana que, tomada por sorpresa, miraba a Bernat como si éste fuera a entrar en la estancia del cuadro.*

El hombre llegó al cabo de cinco minutos. Delgado, de ojos lacrimosos y abundante pelo blanco. Por la cara que puso, no lo reconoció.

—¿Inglés o francés? —sonrió Bernat.

—Inglés.

—Buenos días.

Bernat tenía ante sí al hombre que una tarde convenció a Adrià… Te lo dije, Adrià, pensó. Te vieron venir de lejos. En lugar de estrangularlo directamente, volvió a sonreír y dijo ¿ha oído hablar de un violín storioni que se llama Vial?

El hombre, sin llegar a sentarse, se dirigió a la puerta. Bernat le impidió salir interponiéndose entre él y la puerta, tapando el umbral con todo su corpachón.

—Usted le robó el violín.

—¿Se puede saber quién es usted?

—Policía.

Sacó el carnet de integrante de la Orquestra Simfònica de Barcelona i Nacional de Catalunya y añadió:

—Interpol.

—Dios mío —dijo el hombre. Y se sentó, derrotado. Y le contó que no lo hizo por dinero.

—¿Cuánto le dieron?

—Cincuenta mil francos.

—Vaya.

—No lo hice por dinero. Y eran francos belgas.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

—Matthias Alpaerts no paró de fastidiarme en los cinco años que compartimos habitación. Todos los días me contaba lo de sus hijitas de las narices y su suegra, que estaba acatarrada. Todos los días igual, mirando por la ventana, sin verme siquiera. Todos los santos días. Entonces, un día se puso enfermo y luego vinieron unos hombres.

—¿Quiénes eran?

—No sé. De Barcelona. Uno delgado y uno joven. Y me dijeron nos han dicho que lo imitas muy bien.

—Soy actor. Retirado, pero actor. Y toco el acordeón y el saxo. Y un poco el piano.

—A ver si es verdad que lo imitas tan bien.

Lo llevaron a un restaurante, lo invitaron a comer y a probar un vino blanco y otro tinto. Y él los miró sin comprender y les preguntó ¿por qué no habláis con el propio Alpaerts?

—Está sentenciado. No durará mucho.

—Qué alivio, no tendré que volver a oír lo de la suegra que tosía.

—¿No le da pena, pobre hombre?

—Matthias dice que hace sesenta años que quiere morirse. ¿Cómo va a darme pena que se muera de una vez?

—A ver, Bob: enséñanos lo que sabes hacer.

Y Bob Mortelmans empezó a decir porque imagínate que estás comiendo con tu Berta, con tu suegra, que está acatarrada, y los tres soles radiantes de la casa, Amelietje, la mayor, que aquel día cumplía siete añitos; Truu, la segunda, que tenía el pelo de color caoba, y Juliet, la pequeña, rubia como el sol. Y que sin más ni más, revientan la puerta de tu casa y aparece un montón de soldados gritando raus, raus, y Amelietje, ¿qué significa raus, papá?, y yo no pude evitarlo y no hice ni un solo gesto para protegerlas.

—Perfecto. Está bien.

—¡Eh, eh, alto! Que sé decir más cosas que…

—He dicho que está perfecto. ¿Quieres ganar un montón de pasta?

Y como dije que sí, me llevaron en avión; lo ensayamos un par de veces en Barcelona, con variantes, pero siempre la verdadera historia de Matthias el pesado.

—Y, entre tanto, su amigo, enfermo, en cama.

—No era amigo mío. Era un disco rayado. Cuando volví a Amberes ya se había muerto. —Y para quitar hierro al asunto ante el policía alto—: Ya ve cuánto me echaba de menos, ¿entiende?

Bernat no dijo nada. Y Bob Mortelmans intentó acceder a la puerta otra vez. Bernat, sin levantarse de la silla y sin mover ni un músculo, dijo intente huir y le parto la espalda. ¿Me oye?

—Psí. Perfectamente.

—Usted es un canalla. Le robó el violín.

—Pero él ni siquiera sabía que lo tenía alguien…

—Es usted un canalla. Venderse por cien mil francos…

—No lo hice por dinero. Y eran cincuenta mil. Y belgas.

—Y también robó al desgraciado Adrià Ardèvol.

—¿Quién es ése?

—El señor de Barcelona al que engañó.

—Le aseguro que no lo hice por dinero.

Bernat lo miró con curiosidad. Hizo un gesto con la cabeza, como invitándolo a seguir hablando, pero Bob calló.

—¿Por qué lo hizo, entonces?

—Fue…, era una oportunidad… Era… el papel de mi vida. Por eso acepté.

—También ha sido el mejor pagado.

—Cierto, pero es que lo bordé. Y además, tuve que improvisar porque el tipo empezó una conversación y entonces, además del monólogo, tuve que improvisar la conversación.

—¿Y qué?

—Que lo conseguí. —Orgulloso—: Supe meterme totalmente dentro de mi personaje.

Bernat pensó ahora lo estrangulo. Y miró alrededor por si había testigos. Entre tanto, Bob Mortelmans volvió a su papel preferido, alentado por el silencio admirativo del policía. Interpretando, sobreinterpretando un poco:

—Quizá haya sobrevivido hasta hoy, que te lo cuento, porque fui cobarde el día del cumpleaños de Amelietje. O porque un sábado lluvioso, en el barracón, hurté un mendrugo de pan completamente podrido al viejo Moshes, que era de Vilnius. O porque me aparté disimuladamente cuando el Blockführer decidió escarmentarnos y la emprendió a culatazos y el golpe que era para mí mató a un muchachito que…

—¡Basta!

Bernat se levantó y Bob Mortelmans pensó que estaba a punto de zurrarlo. Se encogió, sentado en la silla, totalmente dispuesto a contestar, así encogido, más preguntas, todas las que quisiera hacerle ese agente de la Interpol.

Bernat dijo abre la boca, Adrià la abrió como Llorenç cuando tenía un año, y le dio la cucharada y dijo qué bueno, sopa de sémola, ¿eh? Adrià miró a Bernat y no dijo nada.

—¿En qué piensas?

—¿Yo?

—Tú.

—No sé.

—¿Quién soy?

—Éste.

—Toma, otra cucharada. A ver, abre la boca, que es la última. Hala, muy bien.

Abrió la tapadera del segundo plato y dijo oh, qué bien, pollo hervido. ¿Te gusta?

Adrià miró a la pared, indiferente.

—Te quiero, Adrià. Y te ahorro contarte lo del violín.

Él lo miró con la mirada de Gertrud, o con la que Adrià veía que Sara lo miraba con la mirada de Gertrud. O con la que Bernat pensaba que Sara miraba a Adrià con la mirada de Gertrud.

—Te quiero —repitió Bernat. Y cogió un bocado pálido y tristón de muslo de pollo y dijo huy qué rico, qué rico. A ver, abre la boca, Llorenç.

Cuando acabó de cenar, llegó Jònatan a buscar la bandeja y le dijo ¿quieres irte a la cama?

—Me encargo yo, si le parece.

—Muy bien: si necesita ayuda, silbe.

Cuando se quedaron solos, Adrià se rascó la calva y sopló. Se fijó en la pared con una mirada vacía. Bernat revolvió en la cartera y sacó un libro.

—El problema del mal *—leyó en la portada—. Adrià Ardèvol.*

Adrià lo miró a los ojos y después miró la cubierta. Bostezó.

—¿Sabes qué es esto?

—¿Yo?

—Sí. Lo has escrito tú. Me pediste que no lo llevase a publicar, pero en la universidad me aseguraron que valía mucho la pena. ¿Te acuerdas de algo?

Silencio. Adrià, incómodo. Bernat le cogió la mano y notó que su amigo se tranquilizaba. Entonces le contó que de la edición se había ocupado la profesora Parera.

—Me parece que ha hecho muy buen trabajo. Y la ha asesorado Johannes Kamenek, que, por lo que he podido constatar, es un tío que trabaja más horas que un reloj. Y te quiere mucho.

Le acarició la mano y Adrià sonrió. Estuvieron así un buen rato, en silencio, como dos enamorados. Adrià posó la mirada en la cubierta del libro con desinterés y bostezó.

—He repartido ejemplares entre tus primos de Tona. Se emocionaron mucho. Van a venir a verte antes de Nochevieja.

—Muy bien. ¿Quiénes son?

—Xevi, Rosa y no me acuerdo de cómo se llama el otro.

—Ah.

—¿Te acuerdas de ellos?

Siempre que le hacía esa pregunta, Adrià chasqueaba la lengua como si estuviese enfadado o tal vez ofendido.

—No sé —reconoció, incómodo.

—¿Quién soy yo? —dijo Bernat por tercera vez esa noche.

—Tú.

—Y cómo me llamo.

—Tú. Como te llames. Wilson. Estoy cansado.

—Pues, hala, a dormir, que ya es bastante tarde. Dejo tu libro en la mesilla de noche.

—Muy bien.

Bernat cogió la silla para acercarla a la cama. Adrià se volvió a medias, un poco asustado. Con timidez:

—Ahora no sé… si tengo que dormir en la silla o en la cama. O en la ventana.

—En la cama, hombre. Estarás más cómodo.

—No, no, no: me parece que es en la ventana.

—Lo que quieras, querido —dijo Bernat, llevando la silla hacia la cama. Y aún añadió—: Perdóname, perdóname, perdóname.

Lo despertó el frío intenso que entraba por todas las rendijas de la ventana. Todavía estaba oscuro. Chascó el yesquero hasta que consiguió prender el cabo de la vela. Se puso el hábito, se echó encima la capa de viaje y salió al estrecho pasillo. De una de las celdas del lado del cerro de Santa Bárbara salía una claridad vacilante. Con un estremecimiento de frío y pena se encaminó a la iglesia. El cirio que iluminaba el ataúd en el que reposaba fray Josep de Sant Bartomeu se había consumido. Colocó su vela en lugar del cirio. Al notar la proximidad de la madrugada, los pájaros empezaron a gorjear a pesar del frío. Rezó con fervor un padrenuestro, pensando en la salvación del alma del buen padre prior. El chisporroteo luminoso de la vela producía un efecto extraño en las pinturas del ábside. San Pedro, San Pablo y…, y…, y los otros apóstoles, y la Virgen y el hierático Pantocrátor parecían moverse por la pared al son de una danza reposada y silenciosa.

Pinzones, verderones, mirlos, gorriones y jilgueros cantaban la llegada del nuevo día, como durante siglos habían cantado los monjes las alabanzas al Señor. Pinzones, verderones, mirlos, gorriones y jilgueros parecían gozosos ante la noticia de la muerte del prior de Sant Pere del Burgal. O quizá cantaban de alegría, pues sabían que estaba en el Cielo porque había sido un buen hombre. O quizá los pajarillos de Dios, ajenos a tales zarandajas, cantaban porque no sabían hacer otra cosa. Dónde estoy. Cinco meses viviendo en la niebla y de cuando en cuando una lucecita que me recordaba tu exist

—Fray Adrià —oyó detrás de sí. Levantó la cabeza. El hermano Julià se puso a su lado con la vela vacilante.

—Debemos enterrarlo inmediatamente después de maitines —dijo.

—Sí, claro. ¿Han llegado los hombres de Escaló?

—Todavía no.

Se levantó y se puso al lado del monje, mirando al altar. Dónde estoy. Guardó las manos, llenas de sabañones, en las amplias mangas del hábito. No eran pinzones, ni verderones, ni mirlos, ni gorriones ni jilgueros, sino dos monjes tristes porque era el último día de vida monacal en su

monasterio, después de tanto tiempo de existencia continuada. Hacía muchos meses que no cantaban; sólo recitaban y dejaban el canto para los pájaros y su alegría inconsciente. Con los ojos cerrados, fray Adrià murmuró las palabras que durante siglos habían servido para romper el Gran Silencio de la noche:

—Domine, labia mea aperies.

—Et proclamabo laudem tuam —respondió fray Julià en el mismo tono de murmullo.

Esa Nochebuena, la primera sin Missa in Nocte, los dos frailes legos sólo pudieron rezar los maitines. Deus, in adiutorium meum intende. Fue el canto de maitines más triste de todos y cada uno de los centenares de años de vida monástica en Sant Pere del Burgal. Domine, ad adiuvandum me festina.

La conversación con Tito Carbonell fue inesperadamente distendida. Mientras pedían, Tito dijo que reconocía su cobardía, que hacía más de un año que no había ido a visitar a zio Adriano a la residencia.

—Inténtelo.

—Es que me da tanta pena… No tengo el temperamento que tiene usted. —Cogiendo la carta y haciendo una seña al camarero—: Por cierto, le agradezco el tiempo y el esfuerzo que le dedica.

—Lo considero una obligación de amigo.

Tito Carbonell lo guió diestramente por los recovecos de la carta, pidieron y comieron el primer plato con pocos comentarios. Y con un silencio un poco incómodo cuando ya no quedaba nada en el plato. Hasta que Tito se decidió a romperlo:

—¿Y qué desea, exactamente?

—Hablar del Vial.

—¿El Vial? ¿El violín de zio Adriano?

—Sí. Hace unos meses fui a Amberes a ver al señor Bob Mortelmans.

Tito recibió las palabras con una risa alegre.

—¡Creía que jamás me lo diría! —contestó—. ¿Qué quiere saber que pueda contarle yo?

Esperaron a que les llevasen el segundo plato; entonces, puesto que Bernat seguía en silencio, mirándolo a los ojos, Tito dijo:

—Sí, sí, fue idea mía; brillante, sí. Como conozco a zio Adriano, sabía que con la ayuda del señor Mortelmans todo sería más fácil. —Le señaló con el cuchillo—. ¡Y no me equivoqué!

Bernat comía en silencio, mirándolo sin decir nada. Tito Carbonell prosiguió:

—Sí, sí, el señor Berenguer vendió el violín storioni al mejor postor; sí, nos enriquecimos; ¿le gusta este bacalao?; ¿a que es el mejor que ha comido en su vida? Sí, es que era una pena tener encerrado un violín tan bueno. ¿Sabe quién nos lo compró?

—¿Quién? —Se notó demasiado que la pregunta le salió del estómago como un rugido.

—Joshua Mack. —Tito esperó alguna reacción de Bernat, que hacía esfuerzos titánicos para dominarse—. ¿Ve? Ha terminado en manos de un judío. —Riéndose—: Hemos hecho justicia, ¿no?

Bernat contó hasta diez para no cometer un disparate. Por soltar un poco de rabia dijo usted me da asco. Tito Carbonell ni se inmutó.

—Y me da lo mismo lo que haga Mack. Le confieso que en esta operación sólo he buscado dinero.

—Pero ahora yo voy a denunciarlo —dijo Bernat, mirándolo con toda la rabia en los ojos—. Y no piense que puede comprarme.

Tito Carbonell masticó, atento a lo que comía; se secó los labios con la servilleta, tomó un brevísimo trago de vino y sonrió.

—¿Comprarlo, yo? ¿A usted? —Chasqueó los labios, disgustado—. No pienso darle ni un duro por su silencio.

—Tampoco lo aceptaría. Lo hago por la memoria de mi amigo.

—Más vale que no me venga con discursos, señor Plensa.

—¿Le molesta que tenga principios?

—No, qué va. Es muy bonito. Pero sepa que sé lo que tengo que saber.

Bernat lo miró a los ojos. Tito Carbonell volvió a sonreír y dijo yo también he movido mis piezas.

—No lo entiendo.

—Hace como un mes que su editor trabaja en su nuevo libro.

—Me temo que no es asunto suyo.

—¡Ya lo creo! ¡Incluso salgo en él! Con otro nombre y como personaje secundario, pero salgo.

—Cómo sabe que…

Tito Carbonell se acercó, se puso justo enfrente de Bernat y dijo ¿es una novela o una autobiografía? Si la ha escrito zio Adriano, es una autobiografía; si la ha escrito usted, es una novela. Tengo entendido que los retoques que le ha hecho son tan nimios… Lástima que haya cambiado todos los nombres… Será difícil saber quién es quién. El único nombre que ha conservado es el de Adrià. Qué curioso. Pero, como usted tiene el descaro de apropiarse de todo el texto, la conclusión es que se trata de una

novela. —Chasqueó la lengua como si estuviese preocupado—. Y entonces resulta que todos somos pura ficción. ¡Incluso yo! —Se palpó el cuerpo y meneó la cabeza—. ¿Qué puedo decirle? Me da una rabia…

Dejó la servilleta encima de la mesa, serio de repente:

—Es decir: no me venga con principios.

Bernat Plensa se quedó con un trozo de bacalao en la boca, que se le secó de pronto. Oyó decir a Tito me he quedado con la mitad de los beneficios de la venta del violín, pero usted se ha quedado con el libro entero. Con la vida entera de zio Adriano.

Tito Carbonell se echó hacia atrás en la silla y observó atentamente a Bernat. Continuó:

—Sé que el libro, supuestamente escrito por usted, sale a la venta dentro de un par de meses. Usted dirá si convocamos una rueda de prensa o prescindimos de ella.

Separó los brazos, invitándolo a decidirse. Como Bernat no se movía, prosiguió:

—¿Quiere postre? —Llamó al camarero chasqueando los dedos—. El flan es sensacional.

Bernat entró en la cinquantaquattro cuando Wilson terminó de poner unas zapatillas deportivas novísimas a Adrià, que estaba sentado en una silla de ruedas.

—Mire qué guapo está —dijo el enfermero.

—Guapísimo. Gracias, Wilson. Hola, Adrià.

Adrià no se dio por aludido. Parecía que sonreía. La habitación estaba como siempre, aunque hacía mucho tiempo que no entraba allí.

—Te he traído esto —dijo.

Le dio un libro grueso. Adrià lo cogió con cierto temor. Miró a Bernat sin saber muy bien qué hacer con él.

—Lo he escrito yo —le dijo—. Todavía está fresco de la imprenta.

—Ah, qué bien —dijo Adrià.

—Puedes quedártelo. Y perdóname, perdóname, perdóname.

Adrià, al ver al desconocido con la cabeza gacha y casi llorando, se echó a llorar.

—¿Es culpa mía?

—No, qué va. Lloro porque… Cosas que pasan, ya ves.

—Perdone. —Lo miró con preocupación—. Ande, no llore, señor.

Bernat sacó una funda de CD del bolsillo, sacó el disco y lo puso en el reproductor de Adrià. Le cogió las manos y le dijo escucha esto, Adrià: es tu violín. Prokófiev. El segundo concierto. Empezó a oírse el lamento que Joshua Mack había arrancado al storioni de Adrià. Estuvieron veintisiete minutos así. Con las manos cogidas, escuchando hasta los aplausos de la grabación en directo.

—Te regalo este disco. Di a Wilson que es tuyo.

—¡¡Wilson!!

—No hace falta, ahora no. Ya se lo diré yo.

—¡¡Chicooo!! —insistió Adrià.

Como si estuviera esperando el momento, como si estuviera espiando, Wilson se asomó a la habitación.

—¿Qué hay? ¿Está bien?

—Sólo era…, que le he traído este disco y también este libro. ¿De acuerdo?

—Tengo sueño.

—¡Rey, pero si acabo de vestirte!

—Me hago caca.

—Ah, qué pesado eres. —A Bernat—: ¿Nos permite? Son cinco minutos.

Bernat salió al pasillo con el libro. Se dirigió a la terraza y lo hojeó. Una sombra se puso a su lado:

—Bien, ¿no? —El doctor Valls señalaba el libro—: Es suyo, ¿verdad?

—Lo ha…

—¡Uf! —lo interrumpió el médico—: No tengo tiempo para leer. —Y como si fuese una amenaza—: Pero le aseguro que algún día lo leeré. —Haciéndose el simpático—: No entiendo nada de literatura, pero mi crítica será implacable.

Ése no me preocupa, pensó Bernat viendo alejarse al médico. El zumbido del móvil. Se puso en un rincón de la terraza porque estaba prohibido usar el móvil en la clínica.

—Dime.

—¿Dónde estás?

—En el hospital.

—¿Quieres que vaya?

—No, no, no —dijo con un pequeño exceso de precipitación—. A las dos estoy en tu casa.

—¿De verdad no quieres que vaya?

—No, no, no… No hace falta, de verdad.

—Bernat.

—Qué.

—Estoy orgullosa de ti.

—Yo… ¿Por qué?

—Acabo de terminar el libro. Por lo poco que sé, has captado la manera de ser de tu amigo…

—Pueees… gracias, de verdad. —Rehaciéndose—: A las dos estoy en tu casa.

—No echo el arroz hasta que llegues.

—Muy bien, Xènia: ahora tengo que colgar.

—Dale un beso de mi parte.

En el momento en que desconectó, mientras pensaba con perplejidad en la figura imposible de la botella de Klein, Wilson sacó a Adrià a la terraza en la silla de ruedas. Adrià se puso una mano a modo de visera, como si hiciese un sol deslumbrante.

—Hola —dijo Bernat. A Wilson—: Me lo llevo al rincón de la glicinia.

Wilson se encogió de hombros y Bernat empujó a Adrià hasta el rincón de las glicinias. Desde allí se veía una buena porción de la ciudad de Barcelona, con el mar al fondo. Klein. Se sentó y abrió el libro por las últimas páginas. Y leyó Hace mucho tiempo que viví todas esas cosas; y desde que lo escribí se ha escurrido mucho tiempo. Ahora es distinto. Ahora es el día siguiente.

¿Y por qué he contado todo esto? Porque si fray Miquel no hubiera tenido mala conciencia ante las crueldades del santo Inquisidor, no habría huido y no se habría convertido en fray Julià, el que llevaba las semillas de arce en el bolsillo, y Guillaume-François Vial no habría vendido su storioni a la familia Arcan por un precio exorbitante.

—Un storioni.

—No conozco ese nombre.

—¡No me digáis que no habéis oído hablar de Laurent Storioni!

—No.

—Proveedor de la corte de Baviera y de Weimar —improvisó.

—Un desconocido para mí. ¿No tenéis nada de Ceruti o de Pressenda?

—¡Por el amor de Dios! —monsieur Vial, exageradamente escandalizado—. ¡Pressenda aprendió el oficio con Storioni!

—¿Y de Stainer?

—Ahora no tengo nada suyo. —Señaló el violín que reposaba en la mesa—. Probadlo. Las horas que queráis, heer Arcan.

Nicolas Arcan se quitó la peluca y cogió el violín con una mueca de disgusto o tal vez de menosprecio, pero muriéndose de ganas de probarlo. Empezó a decir cosas con su arco habitual; unos dedos agilísimos y una posición extraña al tocar, pero un sonido extraordinario casi desde la

primera nota. Guillaume-François Vial tuvo que pasar por la humillación de ver a un violinista flamenco tocar de memoria una de las sonatas del aborrecible tonton Leclair; pero no delató ningún sentimiento porque se jugaba una venta. Al cabo de una hora, con la calva y la frente sudadas, Nicolas Arcan devolvió el violín a Guillaume-François Vial, quien daba por sentado que lo había convencido.

—No. No me gusta —dijo el violinista.

—Quince mil florines.

—No tengo intención de comprarlo.

Monsieur Vial se levantó y cogió el instrumento. Lo guardó cuidadosamente en su estuche, que todavía tenía una mancha oscura de origen desconocido.

—Tengo un cliente a una hora y media de Amberes. ¿Me disculpáis que me vaya sin saludar a la señora?

—Diez mil.

—Quince mil.

—Trece.

—Catorce mil.

—Hecho, monsieur Vial. —Y con el precio ya fijado, heer Arcan reconoció en voz baja—: Sonoridad excepcional.

Vial dejó el estuche en la mesa y volvió a abrirlo. Vio la mirada encandilada de Heer Arcan, quien murmuró para sí:

—Sólo sé una cosa: que este instrumento dará muchas alegrías.

Nicolas Arcan envejeció al lado del violín y se lo legó a su hija, que era clavecinista, y ésta, a su sobrino Nestor, el compositor de las famosas estampas, y Nestor a su hijo y el hijo a un sobrino y así hasta que, al cabo de muchos decenios, Jules Arcan cometió una serie de errores en Bolsa y tuvo que echar a perder el patrimonio. Y la suegra que siempre tosía vivía en Amberes, como Arcan. Buenísimo de sonido, de proporciones, de tacto, de figura… Un cremona auténtico. Y si mi padre hubiera tenido escrúpulos, si Voigt hubiera sido un hombre honorable y no hubiera mostrado interés por el violín; si…, yo no estaría contándote todo esto. Si no hubiera tenido el storioni, no me habría hecho amigo de Bernat. Ni te habría conocido en un concierto en París. Yo sería otro y ahora no estaría hablando contigo. Ya

lo sé: te lo he contado todo desordenado: pero es que mi cabeza también está un poco desamueblada. He llegado justo hasta aquí, sin muchas posibilidades de repasar todo lo que te he escrito. No me veo capaz de mirar atrás; por un lado, porque cuando escribía algunas partes, lloraba; y por otro, porque noto que cada día desaparece una silla o una cornucopia de mi cabeza. Y me estoy convirtiendo en un personaje de Hopper, que mira por la ventana o por la vida con la mirada vacía y la lengua pastosa de tanto tabaco y whisky.

Bernat miró a Adrià, que parecía entretenido con una hoja de glicinia que le quedaba cerca de la cabeza. Tras cierta vacilación, se atrevió a decir:

—¿Te suena esto que te estoy leyendo?

Adrià dudó unos instantes y, con aire culpable, respondió:

—¿Tiene que sonarme, señor?

—No soy un señor: soy Bernat.

—Bernat.

Pero la hoja de glicinia era más interesante. Y Bernat siguió leyendo desde donde lo había dejado, que era cuando Adrià decía quiero decirte una cosa que me obsesiona, querida mía: después de pasarme la vida intentando reflexionar sobre la historia cultural de la humanidad y tocar bien un instrumento que no se deja tocar, quiero decirte que somos, todos nosotros, nosotros y nuestros afectos, una pputa casualidad. Y que los hechos se entrelazan con los actos y los sucesos; y las personas chocamos, nos encontramos o nos desconocemos y nos pasamos por alto también por casualidad. El azar lo es todo; o quizá nada es azaroso, sino que ya está dibujado. No sé con qué afirmación quedarme porque ambas son ciertas. Y si no creo en Dios tampoco puedo creer en un plan previo, se llame destino o como se llame.

Querida: es tarde, es de noche. Escribo mirando tu autorretrato, que conserva tu esencia porque tú sabías captarla. Y mirando los dos paisajes de mi vida. Un vecino, Carreres, el del tercero, me imagino, el alto y rubio, ¿te acuerdas?, está cerrando la puerta del ascensor y hace demasiado ruido para la hora que es. Adiós, Carreres. Todos estos meses he estado escribiendo en la otra cara del manuscrito, intentando reflexionar, sin suerte, sobre el mal.

Lástima de tiempo que he dilapidado en ello. Papel garabateado por las dos caras. En una cara, la reflexión fallida: en la otra, la narración de mis hechos y mis temores. Te he podido decir mil cosas de mi vida, inexactas pero verdaderas. Y puedo contarte y puedo conjeturar o inventar cosas sobre la vida de mis padres, a quienes he odiado, juzgado y menospreciado y ahora añoro un poco.

Esta narración es para ti, para que estés viva en algún lugar, aunque sólo sea en mi relato. No es para mí, que no llego a mañana. Estoy como Anicius Manlius Torquatus Severinus Boethius, que nació en Roma hacia el cuatrocientos setenta y cinco, que fue cubierto de honores por dedicar la vida al estudio de la filosofía de los clásicos; me doctoré en mil novecientos setenta y seis en la Universidad de Tübingen y después ejercí la docencia en la Universitat de Barcelona, a un cuarto de hora de casa a pie. He publicado varias obras, fruto de mis reflexiones en voz alta en clase. He sido designado para cargos políticos, que son los que me han llevado de la fama a la desgracia y me han encerrado en una prisión en el Ager Calventianus de Pavía cuando todavía no se llamaba Pavía; espero con ansia el veredicto de los jueces, aunque sé que será la sentencia de muerte. Por eso paso el tiempo escribiendo *De consolatione philosophiae* mientras espero a que llegue el final escribiéndote estas memorias, que no pueden llamarse de ninguna otra manera más que como se llaman. Mi muerte será lenta, no como la de Boecio. Mi emperador asesino no se llama Teodorico sino Alzheimer el Grande.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa; me lo enseñaron en el colegio, a mí, que no estoy ni bautizado, me parece. Y me lo aderezaron con un cuento increíble sobre el pecado original. Soy culpable de todos los terremotos, incendios e inundaciones de la Historia. No sé dónde está Dios. Ni el mío, ni el tuyo ni el de los Epstein. La sensación de soledad es muy lacerante, querida, queridísima mía.

No hay redención para el pecador. Como mucho, el perdón de la víctima. Pero a menudo tampoco con el perdón se puede vivir. Müss eligió la reparación sin esperar el perdón de nadie; ni de Dios. Creo que soy culpable de muchas cosas y he procurado seguir viviendo. Confiteor. Escribo con mucha dificultad, cansado, desorientado, porque empiezo a

tener lapsus preocupantes. Por lo que me da a entender el médico, cuando estas hojas estén impresas, querida mía, seré un vegetal incapaz de pedir a alguien que, ya que no por amor, al menos por compasión, me ayude a dejar de vivir.

Bernat miró a su amigo y éste respondió silenciosamente. Por unos momentos se asustó, porque le pareció la mirada de Gertrud. A pesar de todo, continuó leyendo he escrito todo esto en un intento desesperado de retenerte. He descendido a los infiernos de la memoria y los dioses me han permitido rescatarte con una condición imposible de cumplir. Ahora entiendo a la mujer de Lot, que también volvió la mirada atrás en un mal momento. Juro que miré atrás para procurar que no tropezases con el escalón irregular de la escalera. Los dioses implacables del Hades te han devuelto al infierno de la muerte. No he sabido resucitarte, querida Euridice.

—Eurídice.

—¿Qué?

—No, nada, perdone.

Bernat se calló unos minutos. Sudor frío. Espanto.

—¿Tú me entiendes?

—¿Eh?

—¿Sabes lo que es esto que te leo?

—No.

—¿De verdad?

—¡Chicoooo!

—Un momento —se decidió Bernat—. Vuelvo enseguida. —Sin ninguna ironía—: Tú no te muevas. Y no llames a Wilson, que ahora vuelvo.

—¡Wilson!

Con el corazón a punto de salírsele por la boca, Bernat irrumpió bruscamente, sin pedir permiso, en el despacho del médico y espetó al doctor Valls, me ha corregido una pronunciación incorrecta.

El doctor levantó la cabeza del documento que estaba leyendo. Tardó unos segundos en procesar la información, como si se le hubiese contagiado la lentitud de los enfermos:

—Un acto reflejo. —Miró sus papeles y después a Bernat—. El señor Ardèvol no puede recordar nada. Ahora ya no. Es pura casualidad, desgraciadamente para todos nosotros.

—Pero ha dicho Eurídice cuando yo he dicho Euridice.

—Casualidad. Le aseguro que es casualidad.

Bernat volvió junto a su amigo, al rincón de las glicinias y dijo perdóname, Adrià: estoy muy nervioso porque…

Adrià lo miró un poco de reojo.

—¿Eso es bueno o malo? —respondió, un poco asustado.

Bernat pensó pobre amigo mío, toda la vida razonando y pensando y ahora sólo puede formular una pregunta sobre la moral. Es bueno o malo. Como si la vida se resumiese en hacer el bien o no hacerlo. Puede que tenga razón. No sé.

Se quedaron otro rato en silencio hasta que Bernat, en voz alta y clara, reanudó la lectura en ahora ya he llegado al final. Han sido unos meses de escritura intensa, de repaso de la vida; he tenido tiempo de terminarla, pero ya no me quedan fuerzas para ordenarla como mandan los cánones. El médico me dijo que se me iría apagando la luz poco a poco, a una velocidad que no podía predecir porque cada caso es distinto. Hemos decidido, mientras todavía sea yo, que…, ésta, como se llame…, pues que haga jornada completa, porque dicen que tienen que vigilarme. Y pronto habrá que contratar a dos personas más para completar el ciclo… ¿Ves en lo que gasto el dinero de la venta de la tienda? He decidido que, mientras me quede un hilo de conocimiento, no quiero separarme de mis libros. Cuando lo pierda todo, me temo que me dará igual. Como no estás tú para cuidarme, como Lola Xica se fue con prisa hace ya muchos años…, he tenido que hacer yo mismo los preparativos. En la residencia de Collserola, cerca de mi querida Barcelona, cuidarán de mi cuerpo cuando me haya ido a un mundo que no sé si es de tinieblas. Me aseguran que no echaré de menos la lectura. No deja de ser irónico que me haya pasado la vida procurando ser consciente de los pasos que daba; toda la vida cargando con mis culpas, que son muchas, y las de toda la humanidad, y al final me iré sin saber que me voy. Adiós, Adrià. Me lo digo ahora, por si acaso. Miro alrededor, el despacho en el que tantas horas he pasado. «Todavía un instante miremos

juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver… Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos…»,[6] dice el emperador Adriano antes de morir. Pequeña alma. Alma tierna y flotante, Sara, compañera de mi cuerpo: primero te has ido tú a los lugares pálidos, helados y desnudos. Qué putada. Cojo el teléfono y dejo de escribir. Marco el número de móvil de mi amigo: hace meses que no sé nada de él, aquí encerrado, escribiéndote.

—¡Hola! Soy Adrià. ¿Qué tal estás? Vaya, ¿estabas durmiendo? No: ¿qué hora es? ¿Qué? ¿Las cuatro de la ma…? ¡Ay, perdona!… Vaya…, oye, quiero pedirte un favor y contarte un par de cosas. Sí. Sí. No, si puedes venir mañana…, bueno, hoy. Hombre, mejor que vengas tú, sí. A la hora que te convenga, por supuesto. No me moveré. Sí, sí. Gracias.

Acabo de contar lo que estoy viviendo hic et nunc. He tenido que escribir esto último en presente, cosa que me da mucha angustia. Estoy prácticamente en el final de mi texto. Fuera, los rosados dedos de la aurora pintan el cielo todavía oscuro. Tengo las manos ateridas de frío. Retiro las hojas escritas, el tintero y el recado de escribir y miro por la ventana. Qué frío, qué soledad. Los hermanos de Gerri subirán por el senderillo que vislumbraré cuando la aurora gane la batalla. Miro el Cofre Sacro y pienso que no hay nada más triste que tener que dar por extinto un monasterio que no ha dejado nunca de cantar alabanzas a Dios. No puedo dejar de creerme culpable de este desastre, querida. Sí, ya lo sé. Todos hemos de morir… Pero tú, gracias a la generosidad de mi amigo, que ha tenido la paciencia de serlo durante tantos años, tú seguirás viviendo en estas líneas cada vez que alguien lea estas páginas. Y un día, me dicen, también se me deteriorará el cuerpo. Perdóname, pero como Orfeo, no he podido ir más allá. La resurrección está reservada sólo a los dioses. Confiteor, querida mía. Leshana Haba’ah B’Ierushalayim. Ahora es mañana.

Esta larga carta que te he escrito ha llegado al final. Je n’ai fait celle-ci plus longue que parce que je n’ai pas eu le loisir de la faire plus courte. Después de tantos días intensos, ha llegado el descanso. Entrada de otoño. Madrugada, final de balance. Ahora es mañana para siempre. He encendido el televisor y he visto al hombre del tiempo con cara de sueño; me ha asegurado que en las próximas horas habrá un descenso súbito de las

temperaturas y chubascos esporádicos. Me ha hecho pensar en la Szymborska, que decía que aunque el sol predominaría en la mayor parte del territorio, a los que sigan vivos todavía les será muy útil el paraguas. A mí, por descontado, no me hará ninguna falta.

59

En la habitación de al lado de la cinquantaquattro, unas débiles voces infantiles cantaron fum, fum, fum, y a continuación se oyó una ovación voluntariosa seguida de una voz femenina:

—Feliz Navidad, papá. —Silencio—. Niños, desead feliz Navidad al abuelo.

Entonces resonaron unas carreras. Alguien salió despavorido de la cinquantaquattro, Jònatan, quizá.

—¡Wilson!

—Aquí estoy.

—¿Dónde está el señor Ardèvol?

—¿Dónde va a estar? ¡En la cinquantaquattro!

—Que no, no está ahí.

—¿Dónde va a estar, por el amor de Dios?

Wilson abrió la puerta de la habitación con la inquietud en el cuerpo y diciendo preciosidad, rey. Pero ni preciosidad ni rey. Ni en la cama ni en la silla, ni en la pared que me pica. Wilson, Jònatan, Olga, Ramos, Maite, el doctor Valls, el doctor Roure; un cuarto de hora después, el doctor Dalmau, Bernat Plensa y el personal de la residencia que no estaba de servicio lo ponían todo patas arriba buscando en terrazas, en cuartos de baño de todas las habitaciones y en los servicios del personal, en despachos, en todas las habitaciones, en todos los armarios de todas las habitaciones, Dios, Dios, Dios, ¿cómo puede ser, si apenas puede andar? ¿Ónde estás? Incluso llamaron a Caterina Fargues por si se le ocurría alguna idea. Y después ampliaron la búsqueda a los alrededores de la residencia, cuando confiaron el caso a los mossos y organizaron una batida por el parque de Collserola, detrás de un árbol, cerca de una fuente, perdido en el bosque cerrado, cerca de los jabalíes o, Dios no lo quiera, en

el fondo de uno de los lagos, Dios nos libre. Y Bernat pensaba teño medo dunha cousa que vive e que non se ve. Teño medo á desgracia traidora que ven, e que nunca se sabe ónde ven. Adrià, ónde estás. Porque Bernat era el único que podía saber la verdad.

Ese día, después de enterrar al padre prior, tenían que abandonar definitivamente el monasterio y dejarlo solo, a merced de los ratoncillos del bosque, que, a pesar de los monjes, ya se enseñoreaban del lugar desde hacía siglos, amos y señores, sin hábito benedictino, del lugar sagrado. Como los murciélagos, que tenían su hogar en el pequeño contraábside de San Miguel, por sobre la tumba de los condes. Pero en cuestión de pocos días empezarían a campar por allí también las alimañas silvestres de los montes y ellos no podrían hacer nada.

—Fray Adrià.

—Qué.

—Tenéis mal aspecto.

Miró alrededor. Estaban solos en la iglesia. La puerta de entrada estaba abierta. Hacía poco, todavía de noche, que los hombres de Escaló habían enterrado al prior. Se miró las palmas de las manos con un gesto que enseguida consideró excesivamente teatral. Miró a fray Julià y le dijo en voz baja ¿qué hago aquí?

—Lo mismo que yo. Prepararnos para cerrar el Burgal.

—No, no… Yo vivo… Yo no vivo aquí.

—No os entiendo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Sentaos, hermano Adrià. Por desgracia no tenemos prisa. —Lo cogió del brazo y lo obligó a sentarse en un banco—. Sentaos —repitió, aunque ya se había sentado.

Fuera, los rosados dedos de la aurora pintaban el cielo todavía oscuro y se animaba la algarabía de los pájaros. Hasta un gallo de Escaló se sumó, desde lejos, a la fiesta.

—¡Rey, Adrià! ¿Cómo has podido esconderte tan bien? —En voz baja —: ¿Y si lo han raptado?

—No digas tonterías.

—¿Qué hacemos ahora?

Fray Julià miró con extrañeza al otro monje. Guardó silencio, preocupado. Adrià insistió y dijo ¿eh?

—Pues… preparar el Cofre Sacro, cerrar el monasterio, guardar la llave y rezar para que Dios nos perdone. —Después de una eternidad—: Y esperar a que lleguen los hermanos de Santa Maria de Gerri. —Lo miró de nuevo con extrañeza—: ¿Por qué me lo preguntáis?

—Huid.

—¿Qué decís?

—Que huyáis.

—¿Yo?

—Vos. Vienen a mataros.

—Hermano Adrià…

—¿Dónde estoy?

—Voy a traeros un poco de agua.

Fray Julià desapareció por la puerta que daba al pequeño claustro. Fuera, los pájaros y la muerte; dentro, la muerte y la vela apagada. Fray Adrià se recogió en oración devota hasta que la claridad se enseñoreó de la tierra, que volvía a ser plana, con confines misteriosos a los que no podría llegar nunca.

—Repasad todas las amistades de este señor. ¡Y cuando digo todas, quiero decir todas!

—Sí, señor.

—Y no deis por cerrado el operativo de búsqueda. Ampliad el círculo a toda la montaña. Y al Tibidabo. A las atracciones también.

—Este señor tenía la movilidad reducida.

—Da igual: no dejéis piedra sin remover en toda la montaña.

—Sí, señor.

Entonces movió la cabeza, como si se despertase de un sueño profundo, se levantó y fue a la celda a recoger el Cofre Sacro y la llave con la que había cerrado la puerta del monasterio después de vísperas durante treinta años. Treinta años sirviendo de hermano portero en el Burgal. Recorrió todas las celdas vacías, el refectorio y la cocina. Entró también en la iglesia y en la minúscula sala capitular. Y creyó ser el único culpable de

la extinción del monasterio de Sant Pere del Burgal. Con la mano libre se golpeó el pecho y dijo confiteor, Dominus. Confiteor: mea culpa. La primera Navidad sin Missa in Nocte y sin la plegaria de maitines.

Recogió la cajita de los piñones y las semillas de arce, el regalo desesperado de una mujer desgraciada que con ese presente quiso ser perdonada por faltar a la esperanza divina con el acto execrable del suicidio. Contempló la cajita unos instantes, recordando a la pobre mujer, a la desgraciada Bizca; murmuró una breve oración por su alma, si es que era posible la salvación del desesperado, y guardó la cajita en el hondo bolsillo del hábito. Tomó el Cofre Sacro y la llave y salió al pasillo estrecho. No pudo resistir el impulso de dar el último paseo por el monasterio, a solas. Sus pasos resonaban por el corredor de las celdas, la sala capitular, el claustro… Terminó el recorrido con una ojeada al minúsculo refectorio. Uno de los bancos estaba pegado a la pared, deshaciendo el sucio enyesado. Por costumbre, apartó el banco. Se le cayó una lágrima rebelde. Se la secó con la mano y salió del recinto. Cerró la puerta del monasterio y dio a la llave dos vueltas que le resonaron en el alma. Guardó la llave en el Cofre Sacro y se sentó a esperar a los que llegaban, que subían, fatigados a pesar de haber pasado la noche en el Soler. Dios mío, qué hago aquí si…

Bernat pensó es imposible, pero no se me ocurre otra explicación. Perdóname, Adrià. Es culpa mía, lo sé, pero soy incapaz de renunciar al libro. Confiteor. Mea culpa.

Antes de que la sombra de las cosas hubiera avanzado un palmo en su recorrido, fray Adrià se levantó, se sacudió el hábito y dio unos pasos sendero abajo, agarrando el Cofre Sacro. Subían tres monjes. Con lágrimas en el corazón, se volvió a decir adiós al monasterio y emprendió el descenso para ahorrar a sus hermanos el final del repecho. Muchos recuerdos morían con ese gesto. ¿Dónde estoy? Adiós, paisajes. Adiós, barrancos y adiós murmullo de agua fresca. Adiós, hermanos del claustro y siglos de cantos y plegarias.

—La paz sea con vosotros, hermanos, en este día de la Natividad del Señor.

—La paz del Señor sea también con vos.

Tres desconocidos. El más alto se echó la capucha atrás. Frente noble.

—¿Quién es el muerto?

—Josep de Sant Bartomeu, el padre prior.

—Loado sea Dios. Entonces, vos sois Adrià Ardèvol.

—Bueno, yo… —Agachó la cabeza—: Sí.

—Estáis muerto.

—Hace tiempo que lo estoy.

—No: ahora lo estaréis.

La daga destelló en la claridad de la escasa luz antes de hundirse en su alma. La llama de su vela se apagó y no vio ni vivió nada más. Nada más. Ni pudo decir dónde estoy porque ya no estaba en ningún sitio.

Matadepera, 2003-2011

Di por definitivamente inacabada esta novela
el 27 de enero de 2011, día del aniversario
de la liberación de Auschwitz.
A lo largo de los años de gestación del libro
he pedido opinión y ayuda a muchas personas.
Sois tantos y hace tantos años que os importuno,
que temo dejarme algún nombre en el tintero.
Cuento con vuestra generosidad para optar
por un reconocimiento genérico del que espero
que os deis por aludidos y mencionados,
todos y cada uno de vosotros.
Os lo agradezco profundamente.

Dramatis personae

ADRIÀ ARDÈVOL I BOSCH

SARA VOLTES-EPSTEIN

BERNAT PLENSA I PUNSODA

ÁGUILA NEGRA, *valeroso jefe arapaho*

SHERIFF CARSON, *de Rockland*

FÈLIX ARDÈVOL I GUITERES, *padre de Adrià Ardèvol*

CARME BOSCH, *madre de Adrià Ardèvol*

ADRIÀ BOSCH, *abuelo de Adrià Ardèvol*

VICENTA PALAU, *abuela de Adrià Ardèvol*

LOLA XICA (DOLORS CARRIÓ I SOLEGIBERT), *mujer de confianza de Carme Bosch*

LOLA GRAN, *madre de Lola Xica*

ANGELETA, *modista de los Ardèvol i Bosch*

CECÍLIA, *empleada de Fèlix Ardèvol*

SEÑOR BERENGUER, *empleado de Fèlix Ardèvol*

SIGNOR FALEGNAMI / SEÑOR ZIMMERMANN, *conserje del Ufficio della Giustizia e della Pace*

DOCTOR PRUNÉS Y SEÑORA PRUNÉS, *unas visitas*

TECLA, *mujer de Bernat Plensa*

LLORENÇ PLENSA, *hijo de Bernat Plensa*

XÈNIA, *periodista amiga de Bernat Plensa*

LA TRULLOLS, *profesora de violín de Adrià Ardèvol y Bernat Plensa*

MAESTRO JOAN MANLLEU, *profesor de violín de Adrià Ardèvol*

HERR CASALS, HERR OLIVERES, HERR ROMEU, MÍSTER PRATS, SIGNOR SIMONE, DOCTORA GOMBRENY, *profesores de idiomas de Adrià Ardèvol*

PADRE ANGLADA, PADRE BARTRINA, SEÑOR BADIA, HERMANO CLIMENT, *profesores de Adrià Ardèvol en los jesuitas de la calle Caspe*

ESTEBAN, RULL, PEDRO, MASSANA, RIERA, TORRES, ESCAIOLA, PUJOL, BORRELL, *compañeros de clase de Adrià Ardèvol en los jesuitas de la calle Caspe*

SEÑOR CASTELLS Y ANTÒNIA MARÍ, *pianistas acompañantes*

TÍO CINTO DE TONA, *hermano de Fèlix Ardèvol*

TÍA LEO, *mujer de Cinto Ardèvol*

ROSA, XEVI Y QUICO, *primos de Adrià Ardèvol*

EUGEN COŞERIU, *lingüista, profesor de la Universidad de Tübingen*

JOHANNES KAMENEK, *profesor de la Universidad de Tübingen*

DOCTOR SCHOTT, *profesor de la Universidad de Tübingen*

KORNELIA BRENDEL, *compañera de Adrià Ardèvol en Tübingen*

SAGRERA, *abogado*

CALAF, *notario*

MORRAL, *librero del mercado de Sant Antoni*

CATERINA FARGUES, *sustituta de Lola Xica*

GENSANA, *compañero de estudios de Adrià Ardèvol en la universidad*

LAURA BAYLINA, *profesora de la Universitat de Barcelona, compañera de Adrià Ardèvol*

EULÀLIA PARERA, TODÓ, DOCTOR BASSAS, DOCTOR CASALS, OMEDES, *profesores de la Universitat de Barcelona*

HERIBERT BAUÇÀ, *editor*

MIREIA GRÀCIA, *presentadora de un libro de Bernat Plensa*

SAVERIO NOSEQUÉ, *violero de Roma*

DANIELA AMATO, *hija de Carolina Amato*

ALBERT CARBONELL, *marido de Daniela Amato*

TITO CARBONELL AMATO, *hijo de Daniela Amato y Albert Carbonell*

JASCHA HEIFETZ, *violinista de fama internacional*

MAESTRO EDUARD TOLDRÀ, *compositor musical y director de la Orquesta Municipal de Barcelona*

RACHEL EPSTEIN, *madre de Sara Voltes-Epstein*

PAU VOLTES, *padre de Sara Voltes-Epstein*

MAX VOLTES-EPSTEIN, *hermano de Sara Voltes-Epstein*

GIORGIO, *amigo de Max Voltes-Epstein*

FRANZ-PAUL DECKER, *director de la Orquestra Simfònica de Barcelona i Nacional de Catalunya (OBC)*

ROMAIN GUNZBOURG, *trompa de la* OBC

ISAIAH BERLIN, *filósofo e historiador de las ideas*

ALINE DE GUNZBOURG, *mujer de Isaiah Berlin*

PAU ULLASTRES, *violero de Barcelona*

DOCTOR DALMAU, *médico y amigo de Adrià Ardèvol*

DOCTOR VALLS

DOCTORA REAL

JÒNATAN, WILSON Y DORA, *enfermeros*

PLÀCIDA, *señora de la limpieza de Adrià Ardèvol*

EDUARD BADIA, *director de la galeria Artipèlag*

BOB MORTELMANS, *compañero de residencia de Matthias Alpaerts*

GERTRUD, *accidentada*

ALEXANDRE ROIG, *marido de Gertrud*

HELENA Y ÀGATA, *amigas de Dora*

OSVALD SIKEMÄE, *hermano de Gertrud*

AADU MÜÜR, *ex novio de Àgata*

EUGEN MÜSS, *médico de Bebenbeleke*

TURU MBULAKA, *jefe tribal*

ELM GONZAGA, *detective*

VIC Y ROMA, 1914-1918

JOSEP TORRAS I BAGES, *obispo de Vic*

FÉLIX MORLIN, *de Lieja, compañero de estudios de Fèlix Ardèvol*

DRAGO GRADNIK, *de Ljubljana, compañero de estudios de Fèlix Ardèvol*

FALUBA, PIERRE BLANC, LEVINSKI Y DANIELE D'ANGELO, S. J., *profesores de Fèlix Ardèvol en la Pontificia Università Gregoriana*

CAROLINA AMATO

SAVERIO AMATO, *padre de Carolina Amato*

SANDRO, *tío de Carolina Amato*

MUÑOZ, *obispo de Vic*

MOSÉN AYATS, *secretario episcopal*

BARCELONA, AÑOS CUARENTA Y CINCUENTA

COMISARIO PLASENCIA

INSPECTOR OCAÑA

RAMIS, *el mejor detective del mundo*

FELIPE ACEDO COLUNGA, *Gobernador Civil*

ABELARDO, *cliente de Fèlix Ardèvol*

ANSELMO TABOADA, *teniente coronel*

WENCESLAO GONZÁLEZ OLIVEROS, *Gobernador Civil*

GERONA, SANTA MARIA DE GERRI, SANT PERE DEL BURGAL (siglos XIV y XV)

NICOLAU EIMERIC, *Inquisidor General*

MIQUEL DE SUSQUEDA, *secretario del inquisidor*

RAMON DE NOLLA, *sicario del inquisidor*

JULIÀ DE SAU, *monje de Sant Pere del Burgal*

JOSEP DE SANT BARTOMEU, *padre prior de Sant Pere del Burgal*

BIZCO DE SALT

BIZCA DE SALT, *mujer del Bizco de Salt*

FRAY MAUR Y FRAY MATEU, *monjes del monasterio de Santa Maria de Gerri*

JOSEP XAROM, *de Gerona, médico judío*

DOLÇA XAROM, *hija de Josep Xarom*

EMANUEL MEIR, *de Varna, descendiente de Dolça Xarom*

LOS GEMELOS

PARDÀC, CREMONA, PARÍS
(siglos XVII y XVIII)

JACHIAM MUREDA, *cantador de la madera*

MUREDA, *padre de los Mureda*

AGNO, JENN, MAX, HERMES, JOSEF, THEODOR Y MICURÀ, ILSE, ERICA, KATHARINA, MATILDE, GRETCHEN Y BETTINA, *hermanos de Jachiam Mureda*

BULCHANIJ BROCIA, *el gordo de Moena*

LOS BROCIA DE MOENA, *enemigos de los Mureda de Pardàc*

HERMANO GABRIEL, *monje de la abadía de la Grassa*

BLOND DE CAZILHAC, *ayudante de Jachiam Mureda*

ANTONIO STRADIVARI, *violero*

OMOBONO STRADIVARI, *hijo de Antonio Stradivari*

ZOSIMO BERGONZI, *violero, aprendiz de Antonio Stradivari*

LORENZO STORIONI, *violero aprendiz de Zosimo Bergonzi*

MARIA BERGONZI, *hija de Zosimo Bergonzi*

MONSIEUR LA GUITTE, *comerciante de instrumentos*

JEAN-MARIE LECLAIR, L'AINÉ, *violinista y compositor*

GUILLAUME-FRANÇOIS VIAL, *sobrino de Jean-Marie Leclair*

ORFEBRE JUDÍO

AL-HISW

AMANI ALFALATI

AZIZZADEH ALFALATI, *padre de Amani*

MUJER DE AZIZZADEH

ALÍ BAHR, *comerciante*

HONORABLE QADI

LOS GEMELOS

NAZISMO Y SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

RUDOLPH HÖSS, *SS-Obersturmbannführer (teniente coronel), comandante del campo de Auschwitz*

HEDWIG HÖSS, *mujer de Rudolph Höss*

ARIBERT VOIGT, *SS-Sturmbannführer (comandante), médico*

KONRAD BUDDEN, *SS-Obersturmführer (teniente), médico*

HERMANO ROBERT, *novicio de la abadía de San Benito de Achel*

BRUNO LÜBKE, *soldado de las SS*

MATHÄUS, *Rottenführer*

TÍO HAÏM EPSTEIN, *tío de Rachel Epstein*

GAVRILOFFF, *deportado*

HEINRICH HIMMLER, *Reichsführer*

ELISAVETA MEIREVA, *unidad 615428*

HÄNSCH, *Gefreiter (caporal)*

BARABBAS, *Oberscharführer (sargento)*

MATTHIAS ALPAERTS, *de Amberes*

BERTA ALPAERTS, *mujer de Matthias Alpaerts*

NETJE DE BOECK, *suegra acatarrada de Matthias Alpaerts*

AMELIA, TRUDE Y JULIET ALPAERTS, *hijas de Matthias y Berta Alpaerts*

FRANZ GRÜBBE, *de Tübingen, SS-Obersturmführer (teniente) de división SS Reich*

LOTHAR GRÜBBE, *padre de Franz Grübbe*

ANNA GRÜBBE, *mujer de Lothar Grübbe*

HERTA LANDAU, *de Bebenhausen, prima de Konrad Budden y Franz Grubbe*

VLADO VLADIĆ, *partisano serbio*

DANILO JANICEK, *partisano*

TIMOTHEUS SCHAAF, *Hauptsturmführer (capitán) de la división SS Reich*

LOS GEMELOS

Notas

1 «Cuando me *rote*»: en catalán, el verbo *rotar* significa «eructar» y, en su uso pronominal, familiarmente, «dar la gana, salir de las narices, etc.». *(Esta nota y las siguientes son de la traductora.)*

2 *Brocanter, -ia*: especie de anticuario que restaura, compra y vende objetos de no más de cien años, generalmente más económico que los anticuarios, y su oficio.

3 «Abro mi vista al contacto del mundo / dado en mi mente, que me hace inmortal. / Fíjolo así y cerca o lejos del mal, / uno es el tiempo y en mi orden lo fundo.» *Solo y dolido*, Soneto 18, Visor, en traducción de Manuel Longares.

4 «En lo concreto levanto mi hogar / a cada instante y por siglos navego / lento, cual roca en un mar de espesura.» Íd. nota anterior.

5 *Memorias de Adriano*, en traducción de Julio Cortázar.

6 Íd. nota anterior.

Yo confieso
Jaume Cabré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Jo confesso*

© de la fotografía de la portada, Xabier Mendiola

© Jaume Cabré, 2011
Publicado de acuerdo con Cristina Mora Literary & Film Agency, Barcelona

© de la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2011

© Ediciones Destino, S. A., 2011
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2011

ISBN: 978-84-233-4550-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com